El Alquimista
Carlos Garrido

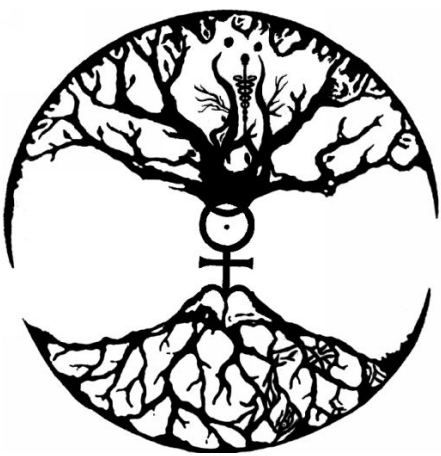
El Alquimista

Títulos de Carlos Garrido

La Senda del Caos (2016)
El Alquimista (2018)
Fin de una era
Orígenes
Leyendas Menores

Carlos Garrido Fdez.-Llamazares

El Alquimista



© 2018 Carlos Garrido Fdez.-Llamazares

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Almoria
Meseta de Cuatrovientos
Terralaia
El Paso
las Quemas
Mauriga
Mar Quebrado
Almusya
Robleda
El Verdegal
Lirm
1 - Tindarelha
2 - Tsacovia
3 - Falkeira baja
4 - Bukovia

El Continente
N
S
E
W
Almoria
Cuatrovientos
Omag
Tartaria
El Verdegal
Il Maniesse
Akhul
Il Dhaere
Myrba
Arrian
Robleda
Almusya
Ilmont
Dominios de Koldarien
Roldeghar
Gal Xebrá
Kol Xebrá
Il Mahere
Seegrith
Arsos
Tindarelha
Candial
N. Granta
Caudelia
El Paso
Lenvea
Tuerrenia
Fromeha
La Ramelada
Malham
Jauvera
Carl
Dandolé
Quintella

Índice

Prólogo
Acto 1
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Acto 2
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Acto 3
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Acto 4
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Acto 5
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40

Epílogo

Prólogo

Querida Caroline,
Te escribo puntualmente esta carta, tal y como te prometí la última vez que nos vimos. Cuento con impaciencia cada día que pasa sabiendo que es un día menos para poder volver a ver tu rostro, y mientras lo hago, te imagino, a ti, Caroline, mi dulce Caroline, buscándome entre las sombras, preguntándote si acaso en esta ocasión no te habrá de llegar mi carta, este escrito que con tanto aplomo te envío cada mes, siempre para asegurarme de que no te olvidas de mí, de la promesa que te hice. No me verás en tu palacio de marfil; no aún, aunque sé que seguirás buscando mis ojos en el rostro ajeno, mi olor en cada cruce de pasillo. Sé que esta carta no ahogará las ascuas que te consumen, pero te lo aseguro, mi promesa sigue viva, ahora y siempre.
No te olvido

Llegaba tarde, lo sabía. Llevaba meses esperando aquel momento y, a la hora de la verdad, ya se sentía decepcionado antes incluso de empezar. A su alrededor, la gente bullía en un alboroto alegre, quizá no especialmente intenso, pero a él se le antojaba ensordecedor. Sí, le sudaba la mano, le sobresaltaban las pisadas de los extraños a sus espaldas, y su mirada corría de aquí para allá, inquieta. Se abrió la puerta por enésima vez aquella noche, en el otro extremo de la sala, donde se agrupaban los bebedores más fugaces.

No alcanzaba a ver la entrada, pero en ese mismo momento supo que su cita había llegado. Durante un breve momento, los rostros curiosos le dieron la espalda, señal inequívoca de que algún viajero extravagante había cruzado el umbral.

Covedine ni siquiera estiró el cuello: conocía los hábitos de su invitado, así que simplemente trató de parecer lo más cómodo posible y dio un trago a la jarra de cerveza.

Esperó unos segundos y sólo entonces vislumbró, sobre los cogotes de la multitud, una larga pluma verde coronando un sombrero de ala. Para su sorpresa, el viajero de la pluma no se dirigió hacia él, sino que, de hecho, se plantó en la barra y estudió con detenimiento toda la sala, justo antes de encargar una bebida. Covedine le miró, inseguro, y le saludó con la mano. El extraño lo vio a él, de eso estaba

seguro, pero en lugar de responder al saludo se encogió de hombros y le dio la espalda. El hastiado hombre bufó; aquel hombre tampoco parecía ser su acompañante, lo que implicaba seguir esperando. Se preparó para darle otro trago a su bebedizo, y entonces una mano amiga lo sobresaltó.

—Debía asegurarme —le susurró al oído una voz—, la última vez que me encontré con un viejo conocido, intentó que la guardia me arrestase. Qué te voy a decir. No terminó bien. No para la guardia, al menos.

El hombre que le había tocado el hombro aún permanecía a sus espaldas, fuera de su campo de visión. Covedine no reaccionó. Le temblaba el pulso, pero hizo acopio de valor y, con cuidado, dio un nuevo trago a su jarra. La mano amiga le palmeó con calidez, y sólo entonces el alquimista se sentó a su lado, vestido, en contra de todo pronóstico, con ropa completamente normal. En su mano llevaba una jarra más apurada que la suya, lo que significaba que probablemente llevaba en aquella sala tanto o más tiempo que él.

—Es agradable volver a verte, Jan —articuló, no sin cierto esfuerzo —. Después de tantas cartas y de tanto esperar, comenzaba a pensar que no vendrías, que te habría pasado algo. ¿Has estado bien?

—Lo he estado—replicó él, esbozando una sonrisa torcida y volviendo a palmearle el hombro—. Covedine, mi viejo amigo… tú eres, según he oído, uno de los pocos leales que estaba allí, en la gran garganta cuando papá murió. Sin embargo —añadió el alquimista, mirándole a los ojos—, yo no te vi por allí.

—Huí —bufó el hombretón con un gesto de desdén. El alquimista le miró de hito en hito y reforzó más su sonrisa. Desde que él se había sentado a su lado, el veterano había comenzado a sentirse peor: estaba casi seguro de que sólo eran los nervios, pero tenía sudores fríos, se notaba débil y las risotadas, los comentarios subidos de tono a tan solo unos pasos de él, ahora se le antojaban un murmullo ininteligible. Sin duda eran sólo los nervios, no debía mostrar miedo.

—Siempre me ha gustado tu humor —susurró su invitado, justo antes de comenzar a aplaudir despacio—. El viejo Covedine —pronunció con énfasis—, siempre ácido, siempre… leal. Por eso me gustas tanto. No hace falta ser un genio para saber lo que te pasó aquel día —se excusó, dirigiendo su mirada al muñón en que terminaba la zurda del veterano—, sólo quiero saber qué opinas tú de los rumores.

El hombre tomó un trago. La bebida se le antojaba insípida, aunque bien podría haber sido por el tiempo que llevaba servida en la jarra. Él levantó el brazo para pedir, pero su acompañante le sujetó presto, mientras le seguía mirando a los ojos, y empujó su propia jarra junto a él. Covedine bebió. Aunque el

alquimista le asustaba, no estaba dispuesto a dejárselo ver. Tomó la jarra de bebedizo que le tendía y la vació de un solo trago. Jan Farelian volvió a aplaudir, de nuevo despacio, de nuevo con aquella sonrisa mordaz.

—Yo no sé nada —bufó al cabo el veterano—. Estaba inconsciente, así que… qué más da. Jul murió aquel día dando la vida por los suyos, es lo único que sé, y lo único que me importa, la verdad.

Los dos continuaron en silencio, sin mirarse. Covedine se sentía sorprendido por su propio arranque. Desde que había visto al alquimista había sido incapaz de articular una frase convincente, y de pronto acababa de mostrarse desinteresado, no sólo en lo que le preguntaban sino casi en todo lo que aquel hombre significaba.

Jan Farelian asintió, se levantó y caminó hasta la barra. Allí habló con el joven del sombrero emplumado, que les observaba ahora con atención. Los dos intercambiaron algunas palabras, y entonces el del sombrero pagó y se fue. El alquimista, sin embargo, pidió otras dos jarras y se dirigió de nuevo a la mesa, donde Covedine esperaba fingiendo indiferencia.

—Ésta —indicó el alquimista, mientras le tendía una de las jarras y le invitaba a brindar—, no está envenenada.

Los dos rieron, aunque el veterano lo hizo con nerviosismo. No pudo evitar darse cuenta de que ya no le temblaba el pulso y la mano le había dejado de sudar. Sin lugar a duda, los nervios habían ido a menos. Tenía que ser eso.

—Entonces —susurró el veterano, ahora sonriéndole a su compañero—. ¿Me vas a contar a qué te has estado dedicando?

—Por supuesto —replicó el alquimista, de algún modo menos amenazante—. A eso he venido.

Acto 1

Capítulo 1

Los campos de palacio bullían de actividad. Lejos, muy lejos de ellos, los jardines recibían sus respectivos cuidados, y los cortesanos subían y bajaban por el patio como hormigas diminutas.

Desde la torre más alta del palacete de Tsacovia, al marqués sólo se le pasaba por la mente lo liberador que resultaría poder saltar por la ventana y aterrizar suavemente en los jardines, lejos de aquella panda de cantamañanas. Desde que habían puesto el anuncio, habían desfilado por aquella sala un sinfín de trotamundos y sabelotodos, cada cual peor que el anterior.

—Por eso —continuó hablando el acicalado hombre al que el marqués había dejado de escuchar hacía tiempo—, considero que yo soy, sin lugar a dudas, el más apto de todos cuantos han osado caminar por estas galerías. ¿Señor?

—Sí —reaccionó el marqués, de improviso—, claro, puede retirarse, le haremos llamar. Muchas gracias.

El hombre esperó a estar fuera de la habitación para bufar, pero lo hizo con suficiente fuerza para asegurarse de que el marqués supiese lo ofendido que estaba por el trato recibido. El marqués, de todas formas, ya había vuelto a centrar su atención en el otro lado de la ventana.

Odiaba encargarse de las entrevistas, claro, pero no podía delegar la responsabilidad de escoger al próximo tutor de su única hija en uno de los criados. Al menos, eso es lo que le decía su esposa siempre que él lo proponía, y, aunque sabía que ella tenía razón, no podía evitar la sensación de estar tratando con bufones sin gusto cada vez que alguno de aquellos charlatanes ponía un pie en la habitación.

Resopló, observando la luna. Aunque aún no era de noche, apenas acababa de haber tenido lugar el solsticio, lo que le permitía contemplarla cuando aún había luz. Aquello era algo que siempre le había gustado desde joven.

—Preciosas, ¿verdad?

El marqués reaccionó, nuevamente sorprendido. No había oído al extraño entrar, y no esperaba más candidatos a tutor en lo que quedaba de día.

—Siento haberme colado —se excusó el hombre, que caminaba

apoyado sobre un cayado de aspecto humilde y por cuya espalda sobresalía una chepa notable, por no decir una gran joroba.

De alguna forma, el marqués resistió su primer impulso, que fue llamar a la guardia de inmediato. El extraño se movía con lentitud pero con decisión. Durante algunos momentos rebuscó en una bolsa de aspecto putrefacto, y al punto extrajo un objeto que le tendía con una sonrisa afable.

—Inténtelo. No es un telescopio —habló el jorobado, aun tendiéndole el cilindro—, claro, pero debería dar el pego.

El hombre vaciló. Tomó el objeto con lentitud y, aunque el extraño le causaba agitación e inseguridad, le dio la espalda y se pegó el catalejo al rostro. No se veía tan bien como en los libros, cierto, pero se veía mucho mejor que pegando los morros al cristal.

—Si lo quiere, es suyo —musitó el extraño, mientras se dejaba caer en una silla diminuta—. Disculpe que me siente, llevo días en el camino, y toda esta escalera… qué le voy a contar.

—Claro —murmuró el marqués, absorto en la observación de los cuerpos celestes—, pero no se disculpe, hable, hable un poco más.

—He oído que su señoría busca un tutor para la pequeña y…

—¿Tiene credenciales? —atajó el otro, sin despegar su morro del catalejo.

—Estudié en Pii, y posteriormente he sido profesor e investigador allí, durante algún tiempo. De hecho, vengo ahora de allí. Formaba parte del cuerpo de química, aunque…

El jorobado vaciló indeciso antes de continuar.

—Hable, por favor, con franqueza.

—En los últimos años no me he sentido demasiado cómodo en ese lugar. Por eso he emprendido este viaje, buscaba un cambio de aires, volver un poco a los orígenes.

—¿Es usted noble?

El jorobado no se esperaba una pregunta tan directa. Algunos, incluso, la habrían considerado un ataque personal, pero él sabía que su anfitrión ya hacía bastante esfuerzo dedicándole una parte de su atención mientras oteaba el cielo.

—Lo fui, aunque todo título nobiliario que pudiera poseer perdió validez hace tiempo, me temo.

—Cuénteme, por favor. Y dígame su nombre, si no es molestia. Somos caballeros —añadió, soltando el catalejo por primera vez y dirigiéndole una mirada despierta. El hombre tenía un bigote generoso y cuidado, más cercano al blanco que al gris, y unas matas de pelo escasas pero largas poblaban su cabeza. El rostro, poblado de arrugas, sonreía, cálido pero atento. Sólo entonces el jorobado supo que estaba siendo examinado a conciencia—. Y los caballeros, con título o sin él, deben tratarse con respeto. A su servicio —añadió, haciendo una

discreta inclinación sin levantarse—, Sebastian Bon Meister, antiguamente margrave… Ahora prefieren el término marqués. Dicen —añadió, con un deje de desdén—, que es más cosmopolita.

El jorobado se sonrió. Él también tenía poco aprecio a los que se anunciaban como cosmopolitas empedernidos.

—En cualquier caso —continuó el antiguo margrave—, soy el señor de estas tierras. No por méritos propios, debo admitir, sino por herencia. Sí me gusta atribuirme, sin embargo, parte del mérito de su auge. ¿Qué opina usted al respecto, señor…?

—Tankridian de Cabbery —replicó el jorobado, pronunciando con claridad—. Aunque suelen llamarme simplemente Ían, para abreviar. Mi madre, en paz descanse, no tuvo un gran criterio al elegir mi nombre.

El marqués le sonrió, y le palmeó la espalda con calidez. De alguna forma, aquel gesto confortó al jorobado. Sí, aquel hombre inspiraba confianza, en contra de todo pronóstico. Y también en contra de todo pronóstico era un hombre despierto, atento.

—Respecto a su pregunta —procedió, tras comprobar que el marqués no iba a dejarle ir tan fácilmente—. Sí es cierto que no hay mérito en nacer siendo de alta cuna. Al menos, yo no recuerdo haberlo elegido. Aunque —añadió, meditativo—, mantener un territorio próspero sí es labor de su propietario, sea él quien tome las decisiones o quien, con su buen o mal juicio escoja a los responsables. La vida, tal y como yo la veo, es una cadena de decisiones y responsabilidades. Eso es lo que pienso, señor.

El hombre asintió en silencio, meditando las palabras del jorobado. Mientras lo hacía, jugueteaba con el catalejo, inquieto pero sin perder detalle.

Permaneció un momento así, hasta que finalmente se giró, posó el catalejo en la encimera y se preparó para incorporarse.

—Tankridian, estoy cansado. Y como tú mismo has dicho, te has colado aquí.

Finalmente, se incorporó. También era más corpulento de lo que el visitante se había imaginado, y tenía un porte altivo, casi digno de ser acuñado en las monedas.

—No me malinterpretes —continuó hablando—. Me gustas. Creo que eres diferente a todos esos patanes que han pasado por aquí, pero no puedo aceptar a un desconocido en palacio por las buenas. Mañana a mediodía te veré aquí, en esta misma sala. Daré orden a los guardias de que te escolten personalmente. Te presentaré a mi esposa y entre los dos te interrogaremos, con saña, aventuro. Por tu aspecto —añadió el marqués antes de salir de la sala—, también aventuro que no has pagado una cama donde pasar la noche. Daré orden de que te escolten a la casa de invitados. Allí te servirán cena, cama limpia y agua

caliente. A mí, aquí donde me ves, Tankridian, me da igual cómo te presentes, pero mi señora esposa será más estricta, de eso puedes estar seguro. ¿Puedo contar contigo, Ían?

—Se lo aseguro, margrave.

—Quita, quita, no te arrodilles —bufó el otro, volviendo a la estancia y levantándolo de un tirón—. Lo que me faltaba por ver.

—Una cosa más, Sebastian —añadió el viajero, pronunciando el nombre de su anfitrión por vez primera. El hombre reaccionó, se giró, mirándole de improviso, como si no estuviese acostumbrado a oír su nombre en boca de otros—. Viajo de esta guisa, jorobado y zarrapastroso, por seguridad. No es seguro para un hombre de buen ver recorrer a solas los caminos. Sin embargo, para un jorobado sin pertenencias…

—Tankridian —le atajó el otro, ya dirigiéndose de nuevo hacia la salida de la sala—. Dúchese, descanse y póngase elegante. Mañana nos podrá sorprender, si gusta. Hasta entonces —Palmeó, llamando la atención de los guardias—, buenas noches.

* * *

El día siguiente jamás lo olvidaría. Recordaba haber cruzado el patio por las losetas de piedra que formaban enredados senderos, recordaba los guardias que lo flanqueaban: rectos, bien armados, incluso respetables. Los cortesanos paseaban por el patio con calma, como si las capuchas de seda los hiciesen invulnerables a la intensa lluvia que caía sobre ellos. Él mismo caminaba con rectitud, oía el sonido de sus pisadas sobre las losetas primero, y sobre el suelo de mármol después. Sí, caminaba con el pecho henchido, con rectitud y con la cabeza bien alta. De alguna forma se sentía como en casa, aunque aquel lugar era más rico y lujoso que donde él había crecido. Con todo, no se sintió pequeño cuando cruzó el umbral de la sala más alta.

—Su majestad —se presentó, hincando la rodilla y blandiendo el aire con su sombrero emplumado, del que aún goteaba el agua de lluvia.

La marquesa no sólo no le pidió que no se arrodillara, sino que se permitió esperar antes de solicitarle que se incorporase. El margrave no había mentido: su esposa estaba hecha de una pasta distinta. Eso lo supo en cuanto la miró a la cara y contempló aquellos ojos verdes escrutándole sin tregua.

—Mi esposo me ha hablado de vos —dijo ella tras aclararse la voz. Pronunciaba con claridad y con fuerza, como si estuviese dictando una sentencia en un jurado—, y ha usado para ello buenas palabras.

El alquimista miró al margrave, que trataba de disimular con poco éxito su sorpresa. A todas luces, el hombre esperaba encontrar de nuevo al jorobado cojitranco, más anciano que joven. En su lugar, se erguía ante él un atractivo hombre de rostro afilado, con una sonrisa

desafiante rematada por una frondosa perilla de chivo rubia.

—Probablemente mentiría —replicó el aspirante a profesor. La mujer curvó su pequeña boca en lo que parecía una especie de sonrisa.

—O quizá fue embaucado. En estos días es difícil saberlo. Usted responde al nombre de Tankridian de Cabbery —habló, ahora de forma tajante—, ¿es esto cierto?

—Absolutamente.

—Muy bien. Mi nombre es, preste atención porque habrá de recordarlo, Valeska Vihjalssom Teenfjord. Aunque —añadió rápido—, suelen referirse a nosotros por nuestros títulos. Me imagino por qué.

—Yo —replicó el alquimista, sabiendo que en aquella primera opinión se jugaba todo—, sin embargo, no entiendo por qué alguien preferiría nombraros por vuestro título, cuando tiene su señoría un nombre tan bonito. ¿De Ilyria, me aventuro?

—No de Ilyria, pero cerca.

La mujer no sonrió en esta ocasión. Mostraba un semblante artificialmente vacío; sabía que él también buscaba en ella cualquier resquicio que delatase algo. La conversación, si bien no era hostil, sí estaba siendo tensa, demasiado. Por suerte, el margrave también lo percibió y se lanzó al rescate.

—Maese Tankridian es nativo de Almoria, una tierra vecina, casi hermana. Nos gustaría saber más sobre su origen, si no es molestia.

—Mi origen… —suspiró el alquimista, tratando de subyugar su vena dramática—. Yo fui hijo único de un barón, en el antiguo condado de Jul. En alguna ocasión visité el palacio con mi padre. Poco después, opté por una vida distinta: necesitaba cambiar de aires, y me inscribí en la universidad de Pii. Allí…

—¿Conoció al conde Jul? —le atajó, en esta ocasión el margrave. Tankridian de Cabbery asintió.

—Hablé con él un par de veces. Papá le rendía tributo y le veía cada treinta o cincuenta días, pero yo a veces me quedaba fuera, en los jardines. Otras veces ni siquiera le acompañaba —añadió encogiéndose de hombros.

— ¿Conoció a los hijos del conde, Tankridian?

—Conocí al varón. Si alguna vez me crucé con la doncella, no supe diferenciarla de las otras jóvenes del lugar. Los dos eran bastante parecidos, creo haber oído. El conde —añadió un Tankridian pensativo—, fallecido en la batalla por el paso blanco, según he oído, compartía muchos rasgos con su hijo. Así se me antojó a mí, al menos. Aun así —añadió el alquimista, tras un largo silencio—, no llegué a conocer en profundidad a ninguno de los dos. En paz descansen.

—Dicen —irrumpió en esta ocasión la marquesa—, que los dos hijos siguen con vida. Aunque pesan sobre ellos rumores de todo tipo. Incesto, parricidio, brujería…

—Del conde y de su hijo —atajó en esta ocasión el alquimista, aparentemente indiferente—, sólo puedo decir que parecían gente normal, agradable incluso. Mi padre sólo tenía buenas palabras para el conde Jul. Y en cuanto a su hijo… podría ser. Sólo lo vi un par de veces, y me pareció un hombre corriente: miraba a las mujeres, se paseaba con sus conocidos… poco más. ¿Se acostaba con su hermana? ¿Practicaba brujería? —se encogió de hombros—. Pues a lo mejor sí. Desde luego, si lo hacía no era en los jardines de palacio a plena luz del día. No veo forma de dar una opinión mejor fundada, me temo.

—Es bastante. De todas formas, eso sólo sacia nuestra curiosidad. Cuéntanos, Tankridian, de tu estancia por la universidad.

—No voy a mentir: pasé allí varios años, pero terminé siendo expulsado. Años más tarde volvería, en esta ocasión como profesor, pero lo cierto es que jamás llegué a graduarme. En su lugar, me hice erudito y autodidacta. Puedo afirmar sin vergüenza que aprendí más por mi cuenta que a la sombra de aquellos fósiles autodenominados hijos de la ciencia. Casi al término de mi estancia allí, en mi quinto año, participé en un experimento con uno de mis maestros, aunque utilizamos técnicas que, por aquel entonces, aún no estaban homologadas. Antes de terminarlo, él fue expedientado y yo expulsado fulminantemente, lo que es gracioso porque hoy por hoy esas técnicas son perfectamente normales. Es lo que tiene la ciencia.

— ¿La regulación?

—Los estúpidos que la regulan —sentenció el químico, mordaz—. Hoy por hoy, el escenario no ha cambiado mucho, me temo. Pero es algo con lo que hay que lidiar.

El margrave no se perdía palabra; asentía atentamente, ligeramente inclinado hacia él. Por su parte, la marquesa se mantenía rígida, sentada sobre una silla que le iba pequeña, pero no así se mostraba menos digna; antes al contrario: incluso en aquella situación imponía como pocas personas de cuantas había presenciado el alquimista.

— ¿Cómo se las ingenió para ser admitido como profesor sin haber terminado sus estudios?

—Me temo que la respuesta podría decepcionarles… pero allá va: le ofrecí al rector una oferta que no podía rechazar. Una patente bastante lucrativa, en realidad. Así es como funcionan las cosas. Innovar, no. Cobrar dinero, sí. Al final, todo se reduce a eso, por desgracia.

— ¿Alguna vez ha matado a un hombre, maese Tankridian?

La pregunta de la marquesa le pilló desprevenido, aunque apenas lo dejó entrever. Levantó una ceja, mostrándose entre sorprendido y ligeramente indignado, y se aclaró la voz, mientras una larga lista de nombres y rostros desfilaba por su mente.

—En una ocasión estuve a punto, marquesa. Cerca de la frontera de

Almoria, en una taberna más de noche que de tarde. Había un hombre enorme, dinosáurico, diría, intentando llevarse de allí a una mujer que se resistía, de hecho, bastante bien. Yo estaba cenando con un viejo amigo, y al cabo, nos fue imposible continuar ignorando el espectáculo, así que tomé un cuchillo escondido en la manga porque… —se volvió a aclarar la voz, a todas luces indeciso—. Porque sabía que en una pelea yo no tenía nada que hacer contra aquel hombre, pero si le pillaba por sorpresa… tengo conocimientos, en fin. Sabía dónde había que clavar, aunque fuese un miserable cuchillo de cocina.

— ¿Qué pasó? —quiso saber la condesa, que por primera vez parecía más interesada en el relato que su esposo.

—Me levanté, caminé hasta él y le dije lo que pensaba… y él se quedó ahí mirándome, como si no entendiese nada. Parecía bastante bebido, así que quién sabe, a lo mejor era eso. El caso —añadió, tras una breve pausa—, es que meditó mis palabras y se fue. No hizo falta llegar a los actos dramáticos.

—La mujer os estaría agradecida, aventuro.

El químico se rio con naturalidad, con una voz bonita y clara.

—Ella nos llamó de todo, a mí y a mi compañero, que se había posicionado a mi lado sólo por si acaso… y salió corriendo detrás del hombretón.

—Típico —bufó la marquesa.

El alquimista no añadió nada; lucía una mueca ácida por toda conclusión de su relato.

—Es usted un hombre interesante, Tankridian. Durante el presente día, debatiremos su candidatura —afirmó, refiriéndose también a su marido—. Dese el día libre, familiarícese con el palacio, con la ciudad… Mañana a primera hora de la mañana tendrá un mensajero en su habitación. Él le hará saber si el puesto es suyo o no. ¿Alguna duda?

—Todo meridianamente claro, su señoría.

—Déjate de "su señorías". Si vas a ser el maestro de nuestra hija, deberás aprender a pronunciar nuestros nombres.

—Como guste la señora Vihjalssom.

La mujer sonrió. En esta ocasión abiertamente, sin tapujos. Él se permitió responder con una inclinación y se retiró. No necesitaba esperar al mensajero del día siguiente para saber que el puesto era suyo.

* * ** * ** * *

—*A eso te has estado dedicando* —bufó el hombre, evidentemente decepcionado.

El alquimista, de todas formas, se limitó a sonreír. Estaba disfrutando del momento: aquello no era algo de lo que soliese hablar. Y, para que todo fuese según el plan, necesitaba asegurarse de

cautivar a aquel hombre, Covedine.

Él no era imprescindible, por supuesto, pero buscar a un nuevo hombre de confianza implicaría más tiempo, más investigación, más tanteo… El veterano había dado mucho por su padre, había estado a su lado en el peor momento y siempre había sido fiel a su familia. Además, le caía bien. Había algo en sus comentarios desagradables, en su tez retorcida. Sólo entonces lo vio: le recordaba al viejo Jashid. Siempre ceñudo, siempre escueto, ácido.

—*Ser el tutorr de la hija del marqués fue sólo el primer paso en un largo camino, Covedine* —replicó sólo entonces el alquimista, tras darle un largo trago a una petaca salida de su cinto—. *Un largo, largo camino que espero poder compartir contigo. Por la memoria de mi padre, tu viejo amigo Jul. Y por otras cosas, claro está.*

El hombre no respondió de inmediato. Se quedó mirándole, como si le estuviese contando una historia sin sentido, y bebió, indiferente.

—*¿Para qué me necesitas?*

Aquella era la pregunta de oro, claro. Y la respuesta, con todo, iba a decepcionarle una vez más, aunque aquello no implicaba que la fuese a rechazar. Jan Farelian sacó a relucir su mejor sonrisa y chasqueó los dedos al aire. Más pronto que tarde, el viajero del sombrero emplumado se abrió paso hasta ellos y se sentó. Tenía el pelo negro, corto y descuidado bajo el sombrero.

—*Este es mi socio* —se permitió obviar el alquimista—. *Y esto* —añadió, refiriéndose a la pesada bolsa que el viajero había posado en la mesa—, *es una bolsa repleta de monedas. Como bien sabrás, ya no formo parte de la nobleza, y no dispongo de los fondos con los que contaba antaño. Este saco es casi todo lo que he conseguido reunir hasta ahora. Lo que necesito, es una persona de confianza que se ocupe de ello; en una bolsa no me sirve de nada. Cuando papá vivía, yo siempre tomaba una cantidad, de la cual invertía sólo una parte, y me quedaba el resto. Con la parte invertida, en medio año o como mucho a final del mismo, siempre era capaz de devolver más de lo inicial, lo que me dejaba un buen fondo para mis proyectos. Lo que necesito, es alguien que se ocupe de hacer eso, ya que yo ahora estoy terriblemente ocupado. Cada día que paso fuera de la universidad o de la casa del marqués, es un día perdido, y te aseguro que voy con el tiempo en contra. Si no sabes mercadear, no importa lo más mínimo. Te daré instrucciones de todo tipo, te dejaré una forma de contactar conmigo y te buscaremos un escolta. No se me ocurre más que ofrecerte, pero si se te pasa algo por la mente, podemos ponerlo sobre la mesa. Piénsatelo, Covedine. Mañana por la mañana pasaré a verte, y si decides unirte, te llevaremos con nosotros. Si decides no hacerlo, te dejaremos en paz. No volverás a vernos nunca, tienes mi palabra. Hasta entonces, amigo. Buenas noches.*

—*Acepto* —replicó el otro al instante. Posó su única mano sobre la

zarpa enguantada del alquimista y la estrechó con firmeza—. *Me da igual cuál sea tu intención final, Jan. Tu padre era un buen hombre. Lo que le pasó al condado… eso no merece quedar impune. Y tú no vas a dejar que así sea, ¿verdad?*

—*Verdad* —replicó el alquimista, firme, y dejando de sonreír por primera vez desde que había llegado la última jarra de cerveza.

—*Entonces cuenta conmigo.*

Capítulo 2

—Hoy —habló el hombre que se erguía sobre la tarima, mirando con interés a las gradas—, sustituiré al maestro Calduin, que no podrá asistir por causas probablemente justificadas... ¿Si?

—¿Se encuentra bien el maestro Calduin? —preguntó una joven de la primera fila. La disposición del aula era distinta a como él la recordaba. Era más amplia: se notaba que se habían deshecho del tabique del fondo y habían colocado los asientos escalonados, para que los alumnos de las filas traseras pudiesen ver mejor. Con todo, tres cuartas partes de los asientos permanecían vacíos.

—Por lo que yo sé, se encuentra perfectamente. Simplemente le ha surgido otro asunto. Quizá llegue para el final de la clase, quién sabe. La verdad —realzó de nuevo el tono de voz, pensativo—, no me han dado instrucciones muy claras de dónde había dejado la lección el profesor Calduin... ¿en algún punto de la búsqueda del alkhalest, aventuro?

La muchedumbre asintió en un silencio relativo. Aquel ambiente le hacía sentir de alguna forma como en casa, aunque también despertaba en su interior un cierto sentimiento agridulce.

—Eso me imaginaba —susurró para sí mismo—. Está bien, vamos a comenzar la clase con una pregunta. ¿Qué es y para qué puede servir el alkhalest? ¿Aha? Tú, la de la primera fila

—El alkhalest es el disolvente universal

—Un punto para ti. ¿Y para qué podríamos querer tal cosa teniendo, por ejemplo, el vitriolo?

—Para disolver metales —respondió ella con convicción.

—¿Y para qué queremos tal cosa?

—¿Para hacer aleaciones? —respondió otra voz.

La otra voz era un joven despeinado de la tercera fila. La tercera fila... no correspondía al grupo de estudiosos, ni al de jóvenes que iban allí por compromiso.

Por el aspecto, y sobre todo por la pregunta, correspondía al del grupo de jóvenes que iban allí a escuchar a ratos, y que con frecuencia respondían lo primero que les venía a la cabeza. La respuesta, con todo, no era incorrecta. O al menos, no del todo, aunque no estaba seguro de si el joven sabía por qué.

—Pero para eso ya tenemos los hornos, ¿verdad? —ahondó el profesor,

ansioso por saber si el estudiante respondía por inercia o realmente seguía su hilo—. Las fundiciones, y esas cosas humeantes.

El joven titubeó un poco antes de hablar de nuevo. En su rostro se podía ver una expresión casi de sorpresa, como si esperase que su respuesta fuese rechazada por sistema. En aquello, estaba claro, la universidad de Pii no había cambiado.

—El hierro, por ejemplo —habló el joven tras meditar un instante—, se funde a muy alta temperatura, y la obtención barata de un disolvente podría suponer un gran ahorro para la industria.

—Está bien —cedió el sustituto del profesor Calduin—, es un buen ejemplo, no hace falta irse a lo extravagante para encontrar usos a algo. A veces, simplemente, se trata de mejorar u optimizar, no de innovar. Pero dime —añadió, mientras jugueteaba con una larga perilla de chivo—. ¿Qué se sabe ahora mismo sobre el alkhalest?

—Se piensa —se aventuró de nuevo la joven de la primera fila—, que su origen puede estar en las sales de azufre.

—O en el aceite de las plantas de tallo largo que crecen en Z'Akhul, ya que viven bajo altas concentraciones de dicho material.

La nueva intervención había venido de una de las filas intermedias. Un hijo de comerciante, que sonreía con satisfacción. Estaba claro que pensaba que él sabía algo que los demás no. ¿Pero acaso no pensaban eso todos los hombres? El sustituto sonrió, y asintió en silencio.

—Es una posibilidad —concedió él, que conocía de sobra el rumor—. Entonces qué, ¿invadimos Z'Akhul?

La multitud no respondió. Nuevo silencio y nuevas risas nerviosas con la excepción del orgulloso hijo de comerciante que le miraba con complicidad. Estaba claro que no era la primera vez que escuchaban aquella idea en clase.

—Está bien, una última pregunta. ¿Sabéis cuánto invierte esta universidad cada año en la búsqueda de dicho disolvente?

En esta ocasión no hubo una respuesta inmediata. Ni siquiera una absurda. Hubo un silencio expectante, y luego volvió a nacer el mar de murmullos.

—¿Qué está pasando aquí? —aulló una voz en el umbral de la entrada, sobre el cual se encontraba un anciano gordezuelo.

—¡Profesor Calduin! ¡No le esperaba tan pronto!

—¿Jan? ¡Pero si no puedes estar aquí! ¿Sabéis quién es este hombre?

—Es el maestro Jannadi Fos..

—¡Es Jan Farelian! —tronó el maestro Calduin, interrumpiendo y asustando a la joven de la primera fila—. ¡Es un terrorista y un asesino! ¡Y además —tomó aire antes de anunciar el más grave de todos los delitos del impostor—, fue expulsado de la universidad! ¡Llamaré a la guardia!

—Está bien, ve a llamarlos —sugirió el sustituto, conciliador—. Así me dará tiempo a terminar este experimento, y después...

—¡Después irás al calabozo! —gritó el anciano, que corría ya por las galerías del vetusto edificio.

El silencio invadió la habitación. Finalmente, el impostor se apoyó sobre la mesa del maestro Calduin, y luego se sentó sobre ella, y con un gesto teatral soltó un "fiu" y se limpió el sudor de la frente.

—¿No ha sido un poco irresponsable dejar a toda una clase con un asesino, un... terrorista, ¿creo que ha dicho? ¿Con un expulsado de la universidad?

Risas nerviosas de nuevo. En esta ocasión mucho más tensas. Los jóvenes estaban clavados a sus asientos. Algunos no habían parecido darse cuenta de la realidad hasta que el propio Jan la había comentado. En cualquier caso, el silencio era absoluto nuevamente. Tal y como a él le gustaba cuando hablaba.

—En fin —Suspiró, tras una pausa teatral—, esto que hay aquí es un hilo trenzado de plata, y aquí al lado hay una trenza hecha de lo que debería ser carne porcina y longaniza. La carne, todos sabéis cómo es… ¿conduce la electricidad? Bueno, así asá —se balanceó, con un gesto de poca convicción—. Se han visto anécdotas curiosas de gente alcanzada por un relámpago, como la de cierto caballero al que le entró un relámpago por un dedo, y le salió por el pito, según dicen, pero en general no, la carne no suele conducir demasiado bien estas cosas. Y aquí atrás, junto a ellas, hay una tercera cadena, que alterna eslabones de hilo de plata trenzado y de carne de... porcino, o de pollo, no estoy muy seguro. El caso —añadió con énfasis—, es que en un extremo de las cadenas hay una bobina bastante potente que he fabricado yo mismo… esperemos que funcione, porque la verdad es que no la he probado. Al otro extremo de cada cadena hay un farol, de un color distinto para cada cadena. ¿Alguien sabe por dónde van los tiros?

El silencio seguía siendo absoluto. Todos le observaban con pánico o, en el mejor de los casos, con justificado recelo.

—Está bien, todos sabemos que cada material conduce la electricidad de una forma distinta. ¿Verdad?

—Verdad —respondió por instinto el joven de la tercera fila. Justo después volvió a lucir su cara de sorpresa y bajó la mirada al pupitre.

—Bien. Vamos a comprobar cómo la electricidad avanza más rápido en una superficie metálica que en una cadena con eslabones metálicos, y que a su vez, cualquiera de ellos transmite más rápido la electricidad que la carne. Ésto sugiere que el metal transfiere la electricidad por su superficie en lugar de por su interior, o en otras palabras, que se comporta como un bloque conductor. Esto, a su vez, podría indicar que los metales, de hecho, no se pueden disolver...

—¿Insinúa que el alkhalest no existe? —saltó, en esta ocasión, la joven de la primera fila.

El profesor sustituto no tuvo tiempo de responder. El gordezuelo Calduin

irrumpió en el aula seguido de tres guardias elegantemente vestidos, luciendo el clásico atuendo de la Universidad, azul y amarillo. Una nube de humo se desparramó, primero por la tarima y luego por toda la parte baja del aula.

Sucesos reales o inventados acontecidos en las aulas de la Antigua Universidad de Pii.

—A decir verdad, me habría gustado poder terminar aquel experimento. No tengo ni idea de qué habría pasado con la cadena hecha de carne.

—Probablemente habría estallado. Habría sido gracioso de ver —añadió el joven con el que compartía mesa, evidentemente complacido con la imagen—, todos esos sabiondos pringados de carne de cerdo.

—Hablando de carne de cerdo —suspiró el mayor, mientras jugueteaba con su perilla, a todas luces disgustado con el plato que tenía ante él—. ¿A ti esto te parece carne de cerdo? A mí me parece más restos de carne mal mezclados y poco hechos.

—En teoría…

—Que le jodan a la teoría. Vámonos a comer a un sitio de verdad, pago yo.

—Así visto, no sabe nada bien —concedió el otro, fuera de toda duda animado por el ofrecimiento de su acompañante.

La cocina de la Universidad gozaba, ciertamente, de mala fama. Las teorías más rebuscadas decían que la comida era premeditadamente mediocre para animar a los estudiantes a bajar a comer y cenar a los locales de la villa, con quienes la institución mantenía numerosos convenios. Fuese o no verdad, lo cierto es que cada vez servían comida de peor aspecto y, sin embargo, el coste de la pensión alimenticia seguía subiendo. Probablemente, porque los estudiantes la seguían pagando.

La villa, no obstante, ofrecía una amplia gama de locales que cubrían todo tipo de necesidades, no sólo de los estudiantes sino del gran flujo de viajeros que cruzaba la frontera, ya que aquel lugar era el principal paso entre los reinos de Hacín y Arrián, ambas regiones de gran importancia mercantil. De hecho, Pii formaba parte de la llamada "Carretera de la costa", que unía La Hornamenta, capital de Roldeghar, con Caudelia y Tindarella, los mayores puertos de Hacín y Almoria, respectivamente. Por ello, el tránsito de caravanas y mercantes era prácticamente constante a lo largo de todo el año; desde el sur cargaban sobre todo plomo, magnetita e instrumentos de hierro y acero de gran calidad, y desde el norte volvían los mercaderes con exquisiteces traídas de los puertos, más livianas pero exóticas y caras.

Aunque nadie lo decía en voz alta, todos sabían que en aquella región vivían del comercio de otros. Además, también era una costumbre para los recién licenciados en la universidad unirse a las caravanas para viajar a lo ancho y largo del continente; así, era raro no encontrar jóvenes licenciados de Pii por aquí y por allá, todos hablando bien de lo fantástica que había sido su educación.

En cualquier caso, los viajeros y mercantes eran vistos en la villa como ciudadanos de segunda clase, de forma que en los locales se les cobraba de más y en las calles se les trataba peor. Aun así, aquello no parecía disuadir a unos u otros de seguir visitando la ciudad, por lo que la situación se llevaba con relativa normalidad.

Sin mediar palabra, Jan Farelian y su pupilo continuaron caminando hasta llegar al local esperado. En su interior corrían las pintas de cerveza y los asados, y en la tarima tocaba un dueto local compuesto por un alegre flautista y un violinista de aspecto demacrado.

—No pretendo llamarte conspiranoico —habló, sólo entonces el pupilo—, pero creo que es un poco exagerado lo que haces.

—Nunca se sabe dónde puede haber un oído indiscreto —bufó el otro mientras se dejaba caer en una silla con una gran flor de lis grabada—, y es bueno que nos acostumbremos a esto, para cuando la situación se vuelva más tensa.

— ¿Más tensa?

—Nunca se sabe —masculló Jan, mientras indicaba al tabernero que les sirviese. Por ahora, bastante curioso hay interesado en las patentes. Imagínate si saliese alguna otra cosa a la luz…

—Respecto a eso…

— ¿Aha? —mugió el químico, mientras le daba un abundante trago a la jarra que acababa de aterrizar sobre su mesa.

— ¿Crees que conseguirás el laboratorio?

—Necesito ese laboratorio. No existe la opción de no conseguirlo, ¿Entiendes?

El joven asintió. Le dio un trago a su propia jarra, de un aspecto oscuro y de sabor tostado, y se limpió la espuma del morro con una servilleta. Conocía al profesor Jannedi, desde el momento que habría pasado a los anales de la historia como *“La confusión más desafortunada por parte del profesor Canduin”,* en la que el anciano había confundido al célebre profesor Jannedi con un vulgar fugitivo.

Por supuesto, también conocía a Jan Farelian. Y aunque no aprobaba sus métodos, sí sentía una gran admiración por su capacidad para haber obrado sin dudar. Además, las hazañas del alquimista siempre sonaban mejor cuando él se las confiaba en persona que cuando las oía en alguna taberna.

Aún no estaba seguro de por qué le había elegido a él para ser su pupilo, pero de eso estaba dispuesto a enterarse cuando llegase el

momento. En cualquier caso, consideraba que gozaba de una situación verdaderamente privilegiada para aprender de aquel hombre.

—Bueno —añadió el alquimista, conciliador tras haberle dado otro trago a su bebida—, encontraremos la forma, no hay de qué preocuparse.

— ¿No podrías comprárselo al decano?

—Probablemente podría, pero no quiero darle ese conocimiento a un hombre que se compra tan fácilmente.

El joven no pudo discutírselo; Jan Farelian había puesto en evidencia a uno de los profesores más célebres y respetados de la universidad, y sólo le había costado una patente, de la cual aún se llevaría un buen pellizco.

—¿Quién más tiene un laboratorio en el edificio Prahlini? A parte de Calduim, se entiende.

—¿A parte de Calduim? Creo que el doctor Bosago, pero hace años que nadie le ve. A todos los efectos, se le considera muerto, incluso en los ámbitos formales.

El alquimista chistó, descontento con la información. Probablemente podía deshacerse de Calduim sin que le supusiese un grave problema frente a la universidad, nada que no pudiese comprar con dos o tres buenas ideas. Sin embargo, le preocupaban los rumores; todo el mundo estaba al corriente de los encontronazos que habían tenido los dos doctores; algo así le pondría a toda la comunidad en su contra, incluso si la autoridad hacía la vista gorda.

—¿Crees que podría hacerme pasar por Bosago?

—Quizá podrías —murmuró el pupilo, pensativo—, pero era un hombre muy… suyo, por así decirlo. Además, sería muy conveniente: el señor Fossarian desaparece, y justo entonces vuelve un Bosago ligeramente cambiado, esquivo y poco convincente… porque te lo aseguro —añadió, antes de que su maestro se quejase—, incluso a ti te costaría hacerte pasar por el doctor Bosago, tenía tantos tics, tantas… cosas. En su día, se decía que había matado a su esposa accidentalmente en el laboratorio, y que nunca había vuelto a ser el mismo.

El otro no respondió. Alzó la mano, pensativo, para llamar al posadero. El guiso no tardó en llegar. Los dos continuaron comiendo y bebiendo sin pronunciar palabra: ambos sabían que el hombre pensaba mejor en silencio.

—¿Y si pides un favor en la corte?

—Supongo que podría ser el “plan B”, aunque que se me acaba de ocurrir un fantástico “Plan A”.

—¿Cuál?

—Voy a pedirle al doctor Calduim que me deje trabajar con él.

* * ** * ** * *

—Te lo aseguro, jamás has visto pasar por delante de ti un trato tan lucrativo.

El anciano no respondió; se limitaba a continuar observando al hombre de perilla de chivo frente a él, mientras detallaba su plan.

—Te va a llover dinero en cuanto hayamos terminado. No es que a tu edad vayas a poder sacarle mucho partido, pero ya sabes, lo suficiente para darte unas comilonas caras, comprarte ropa cara y por supuesto —añadió pomposo—, unas buenas zorras caras, si es que eso te hace feliz. Además, si no accedes, puedes darte por muerto.

El anciano continuó sin pronunciar palabra, en parte, porque se encontraba atado y amordazado. El alquimista, por otro lado, continuaba relatando su oferta mientras jugueteaba con unas tenazas al rojo vivo. Por un momento se le deslizaron y cayeron peligrosamente cerca de la nariz del anciano, que se sacudía sin resultado.

—A estas alturas debes saber que tengo al decano en el bote, que tengo a los limpiadores en el bote, a la jefa del comedor en el bote… no puedes chivarte —resumió, con tono afable—, ni fugarte, sin que yo lo sepa. No puedes mover un solo dedo sin que yo lo sepa, ¿entendido?

El anciano agitó la cabeza vigorosamente por toda respuesta, lo que le sacó al alquimista una bella sonrisa.

—Sabía que una persona de tu capacidad sabría ver lo positivo del trato. Qué me dices, ¿amigos? —añadió, estrechando uno de los amoratados dedos del hombrecillo—. Claro que sí. Mañana búscame en el comedor a mediodía. Será mejor que empiecen a vernos juntos, ¿vale? Asegúrate de traer algo interesante de qué hablar… o sea, nada relacionado con tus investigaciones. ¡Ah! —añadió, girándose sobre sí mismo—. Toma, para enterrar el hacha de guerra —susurró, mientras ponía una cuchilla en la palma de la mano del hombrecillo.

Con suerte, tardaría unos pocos minutos en librarse de sus ataduras. Sin ella, tenía entretenimiento para toda la noche.

El alquimista, en cualquier caso, se dirigió hacia la mesa con la cena, hurgó por la cocina y sacó otra escudilla. La manchó con la comida del plato servido, descolocó una silla y se dirigió a la salida.

—Gracias por invitarme a cenar —pronunció bien alto, mientras salía del hogar—. ¡Ha sido agradable escuchar tus disculpas!

Capítulo 3

—Impaciente —mascullaba el marqués, más para sí mismo que para su acompañante—, demasiado impaciente.

—Mejorará.

—No lo suficientemente rápido, maldita sea. Los demás chicos se lo van a poner difícil sólo por ser una hembra. No se puede permitir ni un solo paso en falso.

El marqués tenía razón. Los dos llevaban largo rato observando a la joven practicar con su instructor de esgrima. Al alquimista le habría gustado decir que él sabía lo suyo y que podía ayudarla, pero lo cierto era que, en lo referente a esgrima, sabía menos que su instructor. Habían pasado casi seis meses desde que había entrado como profesor de la que algún día sería la heredera de la casa Vihjalssom-Bon Meister, y aunque siempre estaba uno de los padres de la joven o un miembro de la guardia con ellos, se sentía en cierto modo como uno más en la familia; comía con los marqueses, y en ocasiones, salía a pasear con el margrave, quien, para su sorpresa, había resultado ser un hombre de ambiciones simples pero interesante.

Por su parte, la marquesa prefería guardar las distancias, y aunque ya no crepitaba el ambiente entre ellos dos, parecía que ninguno gozaba en demasía de la compañía del otro.

— ¿Sabe, Margrave? Solía pasar tiempo con dos buenos amigos, ellos sí que le habrían podido dar buenas lecciones de esgrima a la pequeña.

— ¿Asumo que no puede llamarles?

—Ojalá pudiera.

—Lo siento, Ían.

—Estas cosas pasan. En cualquier caso, haré memoria, y le haré saber si me he cruzado con algún entendido de confianza. Tengo que ordenar algunos asuntos —añadió, mientras se fijaba en un mensajero que cruzaba el patio con la vista fija en él—. Si me disculpa, nos veremos en la sesión de final de tarde.

—Con fortuna, Ían, cuídate bien.

Tankridian de Cabbery, sin embargo, estaba menos preocupado de encontrarse bien que de fijarse en el mensajero: no era uno de los chicos de palacio, de aquello estaba seguro. Sin cruzar palabra, el

joven pasó caminando rápido a su lado, le rozó y dejó caer una nota. *“Mal asunto”* pensó, *“demasiado dramático”*.

No cometió el error de delatarse en público; cogió el papel y se giró rápidamente, como queriendo alertar al joven para devolvérselo. Con todo, el mensajero ya estaba relativamente lejos, de forma que el profesor se encogió de hombros, arrugó la nota y se la echó a un bolsillo del chaleco.

Se alejó del palacio paseando por las sendas de losas que surcaban el jardín. A lo lejos, oía a la joven heredera cruzar espadas contra su maestro de esgrima, a la vista de todos. El alquimista evitaba demostrar demasiado interés en lajoven, pero lo cierto era que, conforme pasaba el tiempo, más le recordaba a alguien de su pasado: una cara pequeña y ovalada, colmada de cabellos rubios y coronada por dos bonitos ojos verdes. Para él, se llamaba Clarienna, se apodaba Clara, y era la viva imagen de su hermana Caroline cuando se habían conocido, apenas pasada la quincena.

Trató de dirigirle sólo un par de miradas distantes a las prácticas de la joven antes de desaparecer entre las viviendas del servicio. Aunque aún estaba en el edificio de invitados, se alojaba en un ala propia, en la que disponía de una humilde pero espaciosa casa con todo lo que necesitaba: una tina, una cocina con fogón y brasero y un cuarto espacioso para descansar y trabajar. Sin llegar a tumbarse, se rascó la perilla con calma y comenzó a leer la nota del misterioso mensajero, en voz alta y clara: allí no le asustaba que pudiesen escucharle

— “Querido amigo, en los últimos días una pesadilla me acecha. En la noche, las sombras me observan, y de día, los rostros inquietos se alteran en mi presencia. No sé qué hacer, así que me he gastado casi toda la pasta en un escolta. Lo siento, C”.

El hombre se quedó pensativo unos instantes, sin reaccionar. Luego arrugó la nota y la tiró a un montón de papeles arrugados.

—Profesional —bufó, para sí mismo—, jodidamente profesional. Me he gastado la pasta en un escolta —repitió, en esta ocasión con una voz aguda y ridícula.

No sabía cuánto era “casi toda la pasta”, pero una expresión así en una boca como la de Covedine le hacía pensar en mucho dinero. Y lo que era peor, en un escolta nada discreto, o toda una panda de auténticos escoltas, lo que no hacía sino empeorar la situación. En parte, pensó, era culpa suya: al fin y al cabo, no le había indicado cómo proceder si pensaba que le acechaban. Aquello podía retrasar el plan, pero ya estaba hecho, así que, a mal tiempo, buena cara. Recogió sus aparejos y preparó su maletín; aún tenía tiempo de sobra, pero quería comenzar lo antes posible la lección para dejarle tiempo a la joven. Así podría seguir practicando, si así lo deseaba. Su padre no le exigiría que ganase el torneo de esgrima, por supuesto, pero sí

deseaba que la pequeña quedase entre los cinco mejores.

Según tenía entendido, sólo iban a participar treinta y cuatro jóvenes, todos varones salvo ella. Suponiendo que alguno se pusiese enfermo o fingiese estarlo durante la competición, aquello dejaba fácilmente a unos treinta o veintimuchos participantes, de forma que ella sólo tenía que ser la mejor de cinco encuentros o, en el mejor de los casos, de cuatro. Aquello era una meta muy asequible.

—Tankridian.

—¡Mylady! —exclamó el alquimista, que no se había percatado de haberse cruzado con la doncella de hierro.

—Doña Clara necesita que su lección de hoy sea breve.

—Había contado con ello, Valeska, quiero decir…

—Así está bien. Andando, ella se está lavando, pero estará contigo en un momento.

El alquimista no respondió; se inclinó con religiosidad y continuó andando hacia la sala donde tendría lugar la clase. Fingió rebuscar algo entre un montón de papeles para no tener que caminar hasta el palacio en compañía de la marquesa, y cuando ya era seguro, echó mano de un discreto maletín de piel y trotó rápidamente hasta el lugar indicado.

Apenas un instante después de llegar él, se abrió la puerta y entró la joven envuelta en toallas y seguida de lo que parecía ser su séquito personal, portando telas y abalorios varios. La joven, sin embargo, los despachó con un único gesto.

—Buenas tardes, Clara —saludó el alquimista, haciendo una reverencia y cruzando el aire con su sombrero emplumado.

—Buenas tardes, Ían.

Ni apenas hubo terminado de hablar, la joven se deshizo de sus toallas, nuevamente con un único movimiento, aunque en esta ocasión de cintura. El alquimista se sobresaltó y se giró, instintivamente. Era la primera vez que se quedaba a solas con la pequeña, y estaba seguro de que, de una u otra forma, le estarían vigilando.

— ¿Nunca has visto una mujer desnuda? —rio la joven—. Vamos, gírate. Papá y mamá han dicho que es hora de que comience a tomar mis propias decisiones.

— ¿Y qué decisión es esta?

—Por un lado, quiero que me midas. Quiero que conozcas mi anatomía perfectamente. He oído que no sólo eres químico, sino doctor.

—No soy ese tipo de doctor, Clara.

—Pero sabes de anatomía, ¿no?

—Sí.

—Y has tratado enfermedades.

—Sí, sí que lo he hecho.

—Pues ya está. Mídeme, anota todos los datos y luego escógeme algo de ropa que creas que me puede quedar bien; necesito comprobar tu criterio en distintos ámbitos.

El alquimista no protestó. La joven hablaba con calma, pero en su tono había un deje permanente que no admitía un "no" por respuesta. En eso, había salido a su madre. Sin darle más vueltas, midió la estatura de la joven, el ancho de su cintura y su pecho, sus pliegues de grasa, el ancho y largo de sus pies y el perímetro y longitud de sus brazos. Finalmente le indicó que una combinación de colores fuertes, como rojo sangre y azul marino, le realzaría el rostro, quizá su punto más fuerte.

—¿Alguna recomendación?

—Pareces muy sana, Clara.

—Entiendo. Gracias, puedes retirarte, Ían.

El alquimista no se hizo de rogar. Aquella sesión debía ser una clase de matemáticas, pero no estaba seguro de qué había sido exactamente.

Tampoco estaba seguro de si habría sido observado o de si la joven le contaría a los marqueses lo que habían hecho. Se encontraba confuso, pero sabía que no tenía sentido amargarse hasta que llegasen las consecuencias.

Salió de palacio sin poder quitarse la visión de la joven de su mente. Sí, era la viva imagen de Caroline… pero más juiciosa y mucho más autoritaria. También más joven, demasiado.

Cuando llegó a su habitación se dejó caer sobre la cama y bufó. Sin quitarse más ropa que el calzado, apagó el candil y se quedó así un rato.

—¡Qué poco espectacular! —le sobresaltó una voz. Con todo, ni siquiera se molestó en incorporarse.

—Tan poco como esconderse en lo oscuro en la casa de otro. Saltémonos los preliminares, si gustas; estoy agotado. ¿Quién eres, qué quieres y cómo has dado conmigo?

—Soy Abib, de Almusya, y estoy en deuda contigo.

Jan le clavó una mirada inquisitiva. Los musíes y los bledanos se habían ganado la fama de ser gente esquiva y sombría. Espías, mercenarios o asesinos la mayor parte de las veces, y siempre acompañados de aquellas vagas dotes arcanas que enseñaban en las islas. Si tenía la oportunidad, solía evitar la presencia de estas personas.

—Nunca rechazo cobrar una deuda —se rió Jan, a pesar de lo que pasaba por su mente en aquel momento—, pero la verdad, no sé quién eres. Ni la menor idea, de hecho; tu nombre no me suena de nada.

—Hace casi un año, en el paso blanco. Éramos un comando de cuatro hombres. Yo fui el primero en caer, y desde el suelo pude ver como tú y los tuyos os deshacíais de mis camaradas. Llevaba tiempo

queriendo desertar —añadió veloz—, así que no puedes ni imaginarte lo bien que me vino, a pesar del dolor. He estado varios meses recuperándome, y aún me duele cuando hago así.

—Me alegro de haberte ayudado, Abib.

—He venido para hacerte ver que si yo te he encontrado, cualquier otro podrá hacerlo. Y después de investigarte, no me cabe duda de que habrá gente buscándote. No te has ahorrado minuta en labrarte enemigos, ¿eh?

—Eh.

—Está bien, no te molesto más tiempo. ¿Puedo considerar nuestra deuda saldada?

—Claro. Gracias por el aviso, Abib, pero aún no me has dicho cómo diste conmigo.

—Cogí rumores de aquí y de allí. Hasta el combate por la Garganta blanca, apenas había ningún indicio tuyo. Muertos por aquí y por allá, pero ¿quién diferencia un envenenamiento por higos podres de uno por veneno? —se encogió de hombros—. Yo no. Descarté los rumores anteriores a la batalla y me centré en los posteriores: Había sido visto un hombre de tus cualidades en Corthis, además de en el cañón. Luego vino la matanza de la escolta de la reina Caroline y su testimonio, y finalmente una aparición estelar de un profesor al que confunden con Jan Farelian en la universidad de Pii. Desde allí fue fácil seguir los pagos a ese mercader tuyo.

—¿Eras tú el que acechaba a Covedine?

—Necesitaba asustarle para que te escribiese de vuelta, ya que llevabas tiempo sin pasar por la universidad.

—La verdad —musitó Jan, ahora incorporado en la cama—, es brillante. Aunque me has costado una pasta, Abib. El hombre al que atemorizabas ha contratado una buena escolta.

—Sí, lo he visto. Dos jinetes myrbos, todo tatuados y armados hasta las cejas. Le habrá salido por un ojo de la cara.

—Me ha salido a mí por un ojo de la cara.

El desconocido se rió en la oscuridad, sin llegar a mostrarse.

—Disculpa, no sabes cuánto lo siento.

—No, no lo sé. Pero se me ocurre algo que sí podrías hacer para ayudarme, Abib. Algo que me sirva de verdad, no colarte en mi cuarto en plan misterioso para darme un aviso.

El hombre meditó sus palabras unos instantes, antes de salir de las sombras y, finalmente, dejarse ver por su anfitrión.

—Te escucho.

* * *

—Juego de pies, tantea con la punta, finge… ¡Y a la cintura! Otra vez, más rápido.

Las voces resonaban por las galerías de mármol. Sin embargo, en

esta ocasión, tanto el margrave como Jan, observaban a la joven practicar desde cerca.

—Este nuevo entrenador está hecho de una pasta distinta, Ían. ¿Es amigo tuyo?

—No, señor. Es amigo de un amigo. Por si acaso, no deje a Clara nunca sin vigilancia. A mí me parece un hombre de confianza… pero hoy por hoy, nunca se sabe.

El margrave asintió y posó su mano en el hombro del alquimista.

—Eres un hombre sabio, Ían.

—Gracias, señor.

— ¿Crees que ganará el torneo?

—He estado informándome sobre algunos de los otros chicos. La verdad, no creo que Clara pueda ganar, incluso con la ayuda de Abib. Hay algunos chicos muy buenos, por lo que tengo entendido.

—Así es —asintió el Margrave, consciente.

—Aun así, creo que no tendrá problemas para quedar cuarta o quinta. No es lo idóneo, pero servirá para demostrar a los demás que puede hacerlo igual de bien que cualquier varón.

El marqués no le miró; asentía en silencio, meditando las palabras de su compañero. A su esposa no le gustaba que pasase tanto tiempo con él; solía decir que le metía cosas raras en la cabeza. Sin embargo, había aprendido a escuchar al instructor, meditar sobre sus palabras y obrar en consecuencia. De alguna forma, aquello le hacía sentir bien.

Para cuando el entrenamiento terminó, tanto la joven como el nuevo instructor, "Abib *el musî*", pasaron junto a los dos espectadores, quienes les colmaron de ánimos y felicitaciones. Al despedirse, Clarienna abrazó tanto a padre como a profesor, y le dio las gracias al oído.

A pesar de la calidez que aquello le acababa de causar, una parte del alquimista no podía dejar de pensar en las palabras del nuevo instructor: *"Si yo te he encontrado, otros lo harán"*.

Sabía que tenía razón.

—Marqués.

—¿Sí, Ían?

—Me temo que dentro de poco tendré que volver a viajar. Creo que podré esperar al torneo si soy rápido en el camino, aun así…

—Claro, Ían, sin problema. Asegúrate de dejar una lista con los deberes y lecturas para Clara, únicamente.

—Por supuesto, así lo haré. Gracias por su comprensión, Sebastian.

—Aquí eres uno más, hijo. Ya lo sabes.

* * *

El día era lluvioso, pero aquello importaba poco en el interior del local *La Ninfa Alegre*, sobre todo si se tomaban por ciertos los rumores de que algunas personas se llegaban a pasar días enteros pegados a la

mesa.

Aquello les importaba poco al alquimista y su pupilo; en sus mentes rondaban asuntos más importantes, y el ruido de acordeón sólo ayudaba a sentir un mayor anonimato.

—Entonces, este tal Abib, ¿es de fiar? —preguntó el joven, abiertamente interesado. El otro se demoró antes de responder.

—Quién sabe, Alexei, quién sabe. Por ahora, es mejor fiarnos de él que ponerlo en nuestra contra. Un ex comando musí es un recurso valioso.

—Es un desertor.

—Cierto. Pero su historia suena creíble. He tenido tiempo para pensar en ella durante el tiempo que hemos compartido de camino a Pii.

—¿La compartirías?

—No es particularmente original —avisó, sin interés—. Nació siendo un esclavo, ascendió, a base de trabajo duro y terminó en los comandos, donde se vivía mucho mejor que picando piedra y cortando madera. Aun así, nunca le gustó esa vida, pero como ya he dicho…

—Se vivía mejor, claro. Entonces, ¿tenemos un asesino pacifista?

—Eso parece —se sonrió el otro—, al menos, por ahora. Pero lo importante no es su mera existencia, sino su aviso. Está claro que tiene que haber gente buscándome, y cada vez que algún estúpido se pone a gritar mi nombre delante de una multitud, como hizo nuestro querido Calduim, la cosa empeora. De momento he salido de Tsacovia para no poner en riesgo a la gente del marqués, aunque todo indica que aquí es donde más probable podría ser que me buscasen.

—Ya veo.

—Podría pedirle a Covedine que cree algunos señuelos. Ya sabes, pagar a alguien para que de un espectáculo, de forma que parezca yo. Un buen rastro falso, eso me podría dar tiempo.

—¿Qué tienes en mente? Quiero decir —se explicó el joven—. ¿Para qué necesitas tiempo, exactamente?

—Necesito tener el laboratorio del edificio Prahlini listo cuanto antes. He comprado el tinte —añadió, dejando entrever un frasquito cuidadosamente envuelto en una bolsa—. Para variar, ha sido caro, pero merecerá la pena.

—Yo he reunido los alambres.

—Bien. Me imagino que también habrán costado lo suyo.

—Los pedí para un proyecto, e inflé la cantidad necesaria.

—Así me gusta —se alegró Jan, revolviéndole los cabellos al joven —. Eres un chico listo, joder. Me recuerdas a mí de joven.

Alexei no respondió. El comentario le había causado una sensación agridulce: Para él, Jan Farelian era un genio de capacidad sin precedentes, pero también era un hombre con una evidente falta de

prudencia y respeto por la autoridad. Antes de ser su pupilo, jamás había "inflado" el presupuesto de un proyecto. Por otro lado, jamás le habían permitido abordar proyectos que mereciesen la pena. Le dio un trago a la jarra y trató de apartar aquella sensación de su mente.

—¿Qué tal le fue a la chica, ganó?

—No, no ganó —replicó el alquimista, orgulloso—, pero quedó tercera, rompió todas las expectativas. En uno de los combates, incluso desarmó a su oponente en un mano a mano.

—Sorprendente.

—Sí, ese Abib sabe lo que hace. Aunque admito que ella también es una buena pieza. Nunca había conocido a una joven tan resuelta, tan…

—¿Decidida?

—Sí, quizá —se resignó el alquimista. No había terminado su frase cuando se dio cuenta de que sí que había conocido a una joven así. Aquella que le había inspirado para dar un vuelco a su antigua vida. ¿Cómo estaría él ahora si no la hubiese conocido? Probablemente estaría pasando el tiempo con Caroline, despachando asuntos de palacio de vez en cuando, congeniando con sus iguales y haciendo escapadas nocturnas para sentirse vivo. Un escalofrío le sacudió el espinazo. Aunque aquello se le había antojado idílico hacía tan sólo unos pocos años, en aquel momento le causaba una indescriptible sensación de desazón. Dio gracias al cielo y bebió de la jarra.

—Si en un par de años sigo con ella, vendrá con nosotros —afirmó, tajante—. Lo he visto en su mirada. A veces pienso que quizá debería no volver a verla.

—Quizá. Algo me dice que esa Clara te altera. ¿Jan?

—Estoy bien, estoy bien. Es sólo el cansancio del camino —murmuró, a sabiendas de que no engañaba a nadie—. ¿Qué tal se va portando Calduim?

—De momento bien. Nunca me mira a los ojos, pero a veces me pide que le alcance algo. Y cuando yo se lo pido, siempre cumple al instante. Es agradable tener un ayudante.

—Sí, sí que lo es. Yo solía tener una buena ayudante en mis días. Mal rayo le caiga.

El joven no preguntó. Se sabía la vida de Jan Farelian "de Pe a Pa". Sabía a quién se refería el maestro.

—¿Cuál es el próximo paso entonces?

—Me quedaré en Pii esta semana. Hoy sin falta le enviaré una carta a Covedine, para que cree ese rastro falso. Mientras tanto, intentaré empezar a adecentar el laboratorio del sótano. Voy a necesitar un madero, aún no sé de qué tamaño, y pieles suficientes para cubrirlo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, simplemente una copia de la llave del edificio Prahlini.

—La hice hace días —se adelantó el joven, deslizándosela por debajo de la mesa. El otro la tomó, esbozando una sonrisa agradecida.

—Mañana comeremos todos juntos, tú, Calduim, Abib y yo. Al viejo no le vendrá mal conocer a un ex comando musí, a ver qué cara se le queda…

—¿Vas a compartir el plan con Calduim?

—No, no hablaremos del plan delante de él. Hablaremos de un plan falso, tú llevarás la iniciativa, ¿te parece?

—Claro.

—Nunca está de más ser prevenido. Calduim ya no nos es útil, y aunque una parte de mí aún le guarda rencor…

—No vas a hacerle nada, ¿no?

—Sólo es un viejo. Prefiero dejarle con vida. Con el tiempo, su vida volverá a la normalidad, si es lo que quiere. Hay algo más.

—¿Cuál?

—Será difícil bajar el tablón con las pieles hasta el sótano sin llamar la atención.

—Meteremos un carrito tapado con todo desmontado —sugirió el joven—. Eso sería de lo más normal. Tendrías que montarlo todo en el sótano por tu cuenta, y bajarlo por las escaleras a mano.

—Supongo que un poco de carpintería me irá bien. Con suerte, podremos dejar el laboratorio operativo en menos de tres días.

—¿Puedo preguntar por qué lo necesitas tan aislado?

—Puedes, pero aún no sabría decirte con seguridad. Sólo…

—¿Sí?

—Tengo la sensación de que pronto haré alguna prueba que haga mucho ruido.

El alquimista no pronunció aquellas palabras con su clásica sonrisa amenazante; antes al contrario, se le veía cabizbajo y cansado. Con todo, un nuevo escalofrío recorrió la espalda del pupilo, aunque estaba decidido: ayudaría al célebre maestro fuese cual fuese el precio. Al fin y al cabo, el progreso exigía sacrificios.

Capítulo 4

El día despuntaba claro en el horizonte; aún era pronto, aunque no para el empedernido alquimista. Alexei, que era consciente de ello, se había tomado la molestia de descender a las profundidades del edificio Prahlini, el más viejo de cuantos formaban el complejo de la universidad. Sobre él circulaban multitud de historias de fantasmas, espectros y vampiros. El joven no lo admitiría nunca, pero recorrer las oscuras galerías del desvencijado edificio le causaba un cierto estremecimiento.

Un ruido a sus espaldas le sobresaltó, haciéndole aullar y girarse de improviso. Detrás de él, una rata le miró fugazmente antes de salir corriendo. no le extrañó que hubiese ratas: no sólo el lugar era idóneo para ellas, sino que había habido experimentos con ratas en aquel edificio, entre otros animales. En parte, se decía que había sido por ello por lo que lo habían cerrado; la ciencia moderna no podía tolerar que se hiciese sufrir sin una buena causa a tantos seres vivos.

Con todo, era sabido que aquella consigna no tenía ningún valor de puertas para adentro, pero todos los que osaban infringirla se cuidaban de disimular endemoniadamente bien. Así, era fácil encontrar profesores que apenas sí soportaban a los animales, pero tenían treinta ratones de compañía o un estanque lleno de peces en su despacho. Sí, así funcionaba la ciencia. Una vez más, trató de sacarse aquella idea de la mente y continuó su camino.

Muchas escaleras más abajo y un buen paseo más adelante, encontró al escurridizo alquimista, que se dedicaba a clavetear unas tablas en un infructuoso intento de crear una superficie lisa.

Tras él había un oscuro túnel por el que surgía una ráfaga de aire.

—Aún no sé a dónde da. —Esbozó el alquimista por único saludo—. Pero sería fantástico tener un atajo a mano en vez de tener que dar todo este paseo, ¿verdad?

—Sí —coincidió el joven—, es un buen paseo hasta aquí. ¿Has estado toda la noche trabajando?

—He descansado un rato. Alcánzame esa petaca, ¿quieres?

—¿Agua? —preguntó el joven, inseguro, mientras le lanzaba la petaca.

—No quieres saberlo. Arrgh. —Aulló—. Sabe fatal. Necesito

mezclarlo con algo. Luego, sin falta.

—¿Necesitas una mano, Jan?

—¡Oh! No, no no —se apresuró a responder—, hacía años que no me ocupaba de algo así, lo estoy encontrando verdaderamente estimulante. ¿Qué crees, las clavo todas juntas y luego pongo las pieles, o pongo las pieles en los paneles y luego los clavo juntos?

—Clava primero las pieles, así será más cómodo trabajar con ello.

—Probablemente —replicó el otro tras una pausa meditativa—. ¿Qué planeas hacer hoy con el profesor Calduim?

—Ni idea —se sinceró el joven—. Yo llevo días centrado en lo mío, aunque creo que él está a punto de terminar algo, por lo que murmura cuando trabaja.

—Quizá aún llegue a sorprendernos. ¿Me alcanzas aquel mazo redondeado? Ah, gracias, gracias. Está bien, en un par de horas debería tener esto listo. ¿Bajarás a inaugurar el laboratorio conmigo?

—¿Ya hay laboratorio?

—A decir verdad —dudó el alquimista—, no he comprobado qué queda en buen estado. Supongo que todo lo de metal estará oxidado, pero el vidrio debería servir, y lo demás, quizá con un buen cepillo... pero ya nos encargaremos luego de eso, en cualquier caso.

—¿Te veré a la comida?

—Comed sin mí. Siéntete libre de introducir a nuestro amigo Abib. Yo… bueno —meditó, brevemente—, si, seguramente siga aquí en unas horas, lo siento Alexei. ¿Enviaste la carta a Covedine?

—Antes de venir aquí.

—Eres una bendición del cielo. En cuanto termine aquí, seguramente me dé un breve descanso, un par de días como mucho.

—¿Antes de inaugurar el laboratorio?

—En cuanto lo hayamos hecho. Hay alguien a quien necesito ver, un viejo conocido.

—¿De los que se alegrarán de verte?

—¿Sabes? —se preguntó a sí mismo el alquimista, soltando las herramientas por primera vez—. A decir verdad, no estoy muy seguro. Hace ya algunos años, Khaelara hizo bastantes amigos, y algunos de ellos me parecieron bastante agradables. No estoy seguro de que fuese un sentimiento mutuo, pero no te preocupes; no será nada que no pueda sortear con una buena sonrisa y una reverencia.

* * * *

La puerta crujió bajo sus nudillos cuando éstos la golpearon por enésima vez. Aunque nadie se decidía a abrir la puerta, el alquimista estaba seguro de que terminarían atendiéndole. Los paseantes, sin embargo, le dedicaban sutiles miradas de desdén, como si fuese cualquier desequilibrado común intentando ser atentido en un antro abandonado.

No se sorprendió cuando la puerta del Dragón Dorado se abrió. Lo que no se esperaba, sin embargo, fue el rostro que le acechaba desde lo alto: un enorme hombre de aspecto taciturno y cuerpo musculado le observaba con impaciencia.

—¿Qué narices quieres? ¿No ves que está cerrado, idiota?

—Soy un viejo amigo de Danel.

—¿Danel? No conozco a ningún Danel. ¿Vosotros? —preguntó, dirigiéndose a dos siluetas que se recortaban contra la luz de un candil moribundo a sus espaldas. Los dos negaron con la cabeza, y sólo entonces el alquimista se percató de las largas melenas que portaban los dos hombres.

Con todo, el hombretón que bloqueaba la puerta no le echó de allí. Antes al contrario, le tomó de la solapa y lo metió en el oscuro edificio. Antes de que éste tuviese la oportunidad de pronunciar una sola palabra, abrió una puerta a sus espaldas, allí donde la oscuridad era más intensa, y descubrió un inmenso salón de altos techos cristalinos y paredes de mármol.

—Pasa —le indicó el hombretón—. Mi nombre es Ulkravic. Soy el guardián —añadió, como si aquello lo explicase todo—. No sé de qué conoces a Danel, pero ya no vive aquí. Nos dejó este precioso portal, de todas formas.

—¿Qué es este lugar? —articuló el alquimista, sin preocuparse por ocultar su más absoluta sorpresa.

—Unas ruinas, cerca de Las Quemas. Escucha, no puedo dejar mi puesto. Estos dos, los de las melenas, son Aler y Ierdum. Ellos te guiarán a donde sea que lo necesites.

—¿Quién es ese? —les asaltó una nueva voz. En esta ocasión, una mujer vestida en armadura ligera. Pese a no ser tan grande como el guardián, el tono de su voz resultaba imponente, quizá por su acento de las islas.

—Un amigo de Danel. Al menos, eso dice.

La mujer no se molestó en ocultar su desconfianza. Se acercó más al alquimista, le tomó del rostro sin ninguna diligencia y lo examinó de cerca.

—Jamás nos hemos visto, extranjero. ¿Tu nombre?

—Jan. Jan Farelian, para servirle —musitó, retrocediendo lentamente para poder esbozar su famosa reverencia, como siempre, acompañada de barrido con el sobrero emplumado. Con todo, la mujer no sonrió.

—No me suenas.

—Soy un compañero de Khaelara. Una chica como así de alta, ojos azules, muy inteligente… peligrosa, veo que la conoces, sí. Formaba parte de su equipo, por aquel entonces.

—Digamos que la he oído nombrar. En cualquier caso, Danel ya no

vive aquí. Desertó con algunos de nuestros hombres.

—¿Quién está ahora al mando, si se puede preguntar?

—Celete. Veo que no lo conoces —apreció la mujer, esbozando un intento de sonrisa—. Es un hombre agradable, algo místico. Un druida.

—Odio a los druidas —bufó el alquimista—. ¿Cómo ha podido pasar algo así? ¡Hace menos de un año teníais futuro! ¡Y ahora os lidera un puñetero druida!

—¿Perdón?

—¿Quién se fía de los druidas? —insisió Jan.

—Celete…

—A la mierda con él. No quiero verle, ¿sabes? Quiero ver a Danel, o a alguno de los de entonces.

—¿Cómo quién?

—Sé que había un paladín que siempre estaba enfadado…

—Desertó.

—Otro de pelo blanco…

—Desertó.

—Estaban Danel, el otro mago, el de la camisa desabotonada, estaba también Draco, estaba…

—Laen sigue por aquí —le atajó la mujer—, si no ha salido.

—¿Me podrías llevar hasta él? —El alquimista resopló, aliviado. No conocía bien a aquel hombre, pero estaba seguro de haberse cruzado con él en Corthis, y también recordaba haber oído un par de palabras sobre él de boca de Khaelara en su momento.

—Soy Elorie —respondió ella con solemnidad, de nuevo, como si aquello lo explicase todo—. La compañera del guardián.

El alquimista bufó por enésima vez, agotado. Según lo que había oído el local había cambiado para mejor. La organización de la banda había cambiado también, aunque le costaba creer que lo hubiese hecho en la misma dirección.

—Bah, guardianes —bufó el primero de sus escoltas. Al alquimista no se le pasó que, a la luz del salón, las cabelleras de los dos eran literalmente perfectas: largas pero limpias, frondosas pero lisas. Durante un momento, incluso se permitió sentir algo de envidia—. No te sulfures, amigo —añadió el que debía ser Aler—. Son buena gente. Sólo necesitas acostumbrarte a tratarlos.

—Espero no tener que acostumbrarme a eso —bufó el otro—. En realidad, esperaba hablar con Danel y marcharme rápidamente. Tengo cosas que hacer.

—Si alguien sabe dónde encontrarle, ése será Laen —añadió el otro, tomándole del otro hombro. De alguna forma, la presencia de aquellos hombres le tranquilizaba. Su tacto le colmaba de paz. Al darse cuenta, se deshizo de ambos: aquello le estremecía sin medida.

—¿Falta mucho?

—Llegamos enseguida —respondió el segundo, aún conciliador. Al alquimista incluso le pareció vislumbrar un halo blanco en torno al rostro del escolta, aunque rápidamente lo desechó por imposible.

El hombre no mentía; en un momento llegaron a una estancia de aspecto humilde. El que debía ser Aler picó a la puerta, esperó un poco y entró. Sin mediar palabra, les indicó a los otros dos que le siguiesen.

Dentro de la estancia se desenvolvía una situación un tanto menos idílica: sobre un taburete voceaba el descamisado Laen, mientras un hombre bajo pero fornido trataba de seguir sus instrucciones ataviado con un equipo gasificador.

—¡Están por todas partes! —bramó el mago, fuera de sí.

—¿Te dan miedo los ratones? —preguntó el alquimistas sin poder controlarse. En su rostro lucía una sonrisa burlona.

—¿Ratones? —preguntó el mago, aún sin ser del todo consciente de su presencia—. ¡Son monstruos acorazados!

El alquimista rompió a reír, aunque un dolor agudo le espoleó el tobillo, cortando su risotada de raíz. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia la mesa y se subió junto al mago descamisado.

—¡Ahí, Dolo, acaba con ellos! —bramó este, aún ignorando al alquimista—. ¡Y vosotros, cerrar la puerta, que se escapan!

Aler y Lerdum no se hicieron de rogar: los dos hombres y sus respectivas melenas desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Sin su presencia, la habitación parecía más oscura y fría. No obstante, estaba Dolorius para solucionarlo con su imponente lanzallamas; de una suerte de agujeros situados por las paredes y el suelo, surgían unos seres como Jan no los había visto nunca antes: de casi dos palmos de largo, peludos y acorazados por su parte superior, armados con dos pinzas de distinto tamaño. Cuando el fuego las alcanzaba, aullaban de forma horrible.

—Portentoso —exclamó el alquimista—. ¿De dónde las habéis sacado?

—¿Tú crees que las hemos sacado de algún lugar? ¡Nos han infestado! Hemos enviado más hombres con lanzallamas a las profundidades, pero aún no han encontrado el nido principal.

—Suena peligroso, eso del nido. ¿Crees que podría llevarme unos pocos vivos?

—Si los cazas… —El hechicero bufó, mirándole por primera vez a los ojos.

—Lo digo en serio. Quizá os podría preparar un pesticida, o al menos un veneno. Algo para poneros las cosas más fáciles.

—Supongo que merece la pena probar… ¿qué dices, Dolo? ¿Te animas a cazar un par a mano?

—Aaaah, diablos. Podría tirarme todo el día haciendo esto. No me gusta trabajar —añadió, dirigiéndose al invitado—, pero de entre todos los trabajos que no me gustan, creo que abrasar estos engendros es sin duda el mejor.

—Busco a Danel. Me han dicho que sabrías decirme dónde está. Mi nombre es Jan Farelian, amigo de…

—Khaelara Dl'Khal Ashamaid —terminó el otro—. Sé quién eres, sí. Te vi luchar en la garganta blanca. Te vi perder a tu padre, dicho sea, y nos vimos después en Corthis. Parecías más alto entonces.

—¿Me ayudarás?

—Hmm no sé si debería. ¿Cómo le va a Khae?

—No la he vuelto a ver desde entonces.

El mago no respondió rápidamente. Suspiró afectado, consciente del verdadero significado de la respuesta, mientras su compañero volvía a poner en marcha el lanzallamas y se ocupaba de aquellas pequeñas bestias.

—¿Sufrió?

—Sí —respondió el alquimista, solemne. Sabía que no tenía sentido mentirle a un mago—. Eso creo.

—¿Para qué necesitas a Danel? ¿Qué puede darte él que no te pueda dar yo?

—Busco un libro de hechicería. Uno muy concreto.

—No sabía que te interesase la magia…

—Busco el libro del hombre gris.

—El conjuro del hombre sin rostro, eh —murmuró el mago, mientras una nueva llamarada bañaba el suelo de la habitación—. No, Danel no sabrá decirte dónde encontrarlo.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Ni él ni yo podríamos decirte dónde se encuentra. Pero si tanta falta te hace, creo que sé quién podría decírtelo. Es sólo una idea, pero ahora mismo no tienes otra cosa. A cambio, necesito algo de ti, Jan Farelian.

—Te escucho.

—Necesito que prepares un plaguicida de esos, un veneno para estas cosas malditas.

—Eso me llevará tiempo, y necesitaré un lugar de trabajo donde…

—Dime una dirección. Me las apañaré para que alguien capture unos cuantos vivos y te los enviaré en jaulas. ¿Hay trato?

—Hay trato —afirmó Jan Farelian, mientras se arrastraba por encima de la mesa para estrechar la mano al hechicero, que aún permanecía subido al taburete. Aquel podía ser el inicio de una productiva amistad.

* * *

El portal le escupió con cierto ímpetu, de forma que perdió el

equilibrio y, finalmente, se desplomó. En su interior sentía nauseas como no recordaba haber sentido en mucho tiempo. Sin lugar a dudas, no había punto de comparación entre los portales de Laen y los de Danel, pero al menos le había podido hacer llegar a su destino.

Cuando se pudo incorporar, el sol calentaba con intensidad. Miró al cielo para tratar de situarse, pero el mismo astro que le calentaba el cuerpo le impedía ver nada más. Clamó a los cielos por su estupidez, extrajo un frasco de su cinto y apuró la mitad de su contenido de un solo trago. Sabía fatal, sí, pero merecía la pena.

Tras reposar unos instantes, Jan Farelian se levantó y se orientó como buenamente pudo; ciertamente, no visitaba aquel lugar con frecuencia, pero había estado las suficientes veces para saber hacia dónde debía ir.

Cuando llegó a su objetivo, golpeó la puerta con decisión. *"Tac, tac, tac"*.

Un *"ya voy"* le respondió desde dentro. Aun así, el alquimista se permitió volver a picar, *"toc, toc, toc"*.

El umbral se abrió con timidez, y unos grandes ojos de color miel asomaron por la rendija, observándolo con abierto interés.

—¡Cuánto tiempo, princesa!

—¡Jan! —masculló la joven, justo antes de lanzarse a sus brazos sin pensárselo dos veces. El la alzó sin dificultad y la levantó—. ¿Has venido a por materiales?

—No, me temo que no, revoltosa. Hoy he venido sólo a buscar a Milaine.

—¿Mil? —preguntó la joven, desencantada—. Ha salido a comprar comida con los titos. Estaban discutiendo, así que aún tardarán bastante.

—¿Y tu hermana?

—¿Ali? Salió a entrenar. Al menos, eso dijo.

—¿Estamos solos entonces? —preguntó el alquimista, indeciso. No contaba con hacer una visita larga.

—Eso parece. ¿Quieres pasar?

El hombre no se lo pensó dos veces; quería terminar allí cuanto antes, pero si no tenía esa opción, decididamente prefería estar en un lugar cómodo y conocido.

Capítulo 5

La quietud se rompió de repente: tras el ruido de las llaves hurgando en el ojo de la cerradura, un simple golpe seco dio paso a una debacle de voces que se entremezclaban y pujaban por taparse unas a otras. El alquimista reconoció de inmediato el tono de los dos enanos, y sonrió.

Dejó el paño con el que estaba recogiendo el sudor de la pequeña y le indicó que dejase de hacer sentadillas. Juntos, bajaron por las escaleras y siguieron la estela de la discusión que inundaba el hogar.

—¡Te estoy diciendo que los calabacines son más sanos!

—¡Tú sí que eres un calabacín! —replicó la inconfundible voz de Ibrid, hecha una furia—. ¡Todo el mundo sabe que lo mejor para las tripas son los pomelos! ¿Ves? Po-me-los.

Jan Farelian continuó hasta la cocina y allí encontró a los dos enanos esgrimiendo sendos vegetales con furia. Tras ellos se encontraba Milaine, recostado contra la pared y mirándole con fijeza: por descontado, el hechicero se había percatado de su presencia incluso antes de verle. De alguna forma, aquel joven le causaba desazón. No dejaba de sorprenderle lo mucho que había cambiado en tan poco tiempo.

—Es una alegría verte de nuevo, Jan. Ven —pidió, abriéndose paso entre los enanos, quienes aún decidían si dedicar su atención al huésped o continuar apoyando a su vegetal preferido—, a mis brazos, amigo.

El químico dudó. Por alguna razón, no se sentía seguro cerca del joven, y menos aun estableciendo tanto contacto como implicaba un abrazo. Aun con ello, el gesto le reconfortó.

—Es agradable veros. A todos —añadió, tratando de captar la atención de los dos enanos.

Finalmente, fue Ibrid quien cedió.

—¡Ah, qué demonios! ¡A mis brazos! ¿Has venido a por materiales?

—No, no, nada de eso. Aunque como no estabais, he aprovechado la ocasión…

—¡Tu casa es mi casa! —le interrumpió el jovial enano—. Sírvete lo que quieras. ¿Necesitas sudor de enano, eh? ¿Un cuesco embotellado?

—No creo que necesite sudor de enano —atajó el hechicero, conciliador—. Ven, siéntate conmigo, Jan; dejemos que los reyes de la

cocina se disputen su territorio.

El alquimista no protestó; la cocina era angosta para su gusto, más aún si se convertía en un campo de batalla de comida con cinco personas dentro.

La salita era humilde, pero tenía todo lo que tenía que tener: Se sentaron en unas butacas viejas pero cómodas, y el joven mago echó las persianas con un solo gesto de su mano.

—¿Quieres sentarte con los jóvenes, renacuaja? —le preguntó Milaine a la joven que había bajado del dormitorio con Jan. Ella negó, sonriente. Sin lugar a dudas, la cocina era un lugar más atractivo en aquel momento para alguien de su edad—. No me extraña. ¿Vino?

—No, gracias.

—Yo sí tomaré —replicó él, dirigiendo su atención al botellero que colgaba de la pared—, si no te importa.

El alquimista asintió, y él, para sorpresa de su huésped, se levantó, caminó hasta el botellero y se tomó un momento para decidir qué botella deseaba.

—No esperarías que trajese algo tan delicado levitando.

Jan rió. No estaba seguro de por qué, pero aquel joven le causaba una cierta impresión que no alcanzaba a reconocer. Un aire nostálgico le envolvía, ¿pero por qué?

—¿Qué tal ha sido el viaje? —musitó el mago, sacándolo de sus ensoñaciones—. ¿Han sido muchos días?

—En realidad me ha escupido un portal.

—Me lo imaginaba. ¿Asumo entonces que no es una visita de placer?

—¡Oh! No sólo de placer —rio Jan. Tomando uno de los vasos que poblaban la mesa y llenándolo de vino. Milaine le dedicó una sonrisa sincera, se inclinó y le acercó su copa. Él brindó, y se permitió un momento para paladear el vino.

—Maldita sea, Mil. ¿También te has convertido en un enólogo experto?

—Ojalá —se sonrió el joven—. Parece ser que Khaelara tenía deudas pendientes. Aún le siguen llegando algunas viandas: vinos, cervezas, quesos, ropa… estoy intentando que dejen de enviarlo a Lirm. Hace dos meses llegó un barril abierto y la mitad de los quesos habían sido empezados.

—¿Has tratado de contactar con quienes lo envían? Quiero decir… no te juzgo, pero ¿saben que todo esto no le llega a la persona que se lo envían?

—Contacté con un par de ellos, pero no pareció importarles mucho. Dijeron que tenían una deuda de por vida y que… bueno —atajó—, ya sabes cómo se las gastaba Khae. Ellos sabrán lo que hacen, me imagino.

—Supongo que sí —cedió el otro, tomando otro trago de vino. En

cualquier caso, tienes razón; no he venido sólo para haceros una visita, aunque —dudó, pensativo—, reconozco que siempre es agradable veros. Sobre todo, veros así de bien, qué te voy a contar. ¿Cómo vais vosotros?

—Por suerte, seguimos sin grandes novedades. Desde que Lirm quedó reducida a un pedazo de cristal nos ha ido bien. He oído que por allí han estado pasando cosas bastante turbias desde entonces, pero… yo ya no me fío de nadie. ¿Sabes lo que dicen, de *"nueva casa, nueva vida"?* Pues ya has visto que Ib y Gamblid no han cambiado mucho, pero les ha sentado muy bien el cambio de aires, y yo dedico la mayor parte del tiempo a continuar estudiando lo que Khae dejó en Cuerno Negro. Hay cosas verdaderamente interesantes, aunque dejó tanto escrito que…

—Es difícil abarcarlo.

—Eso es. Por las mañanas suelo ir allí, y por las tardes adiestro a las chicas. Tal y como le prometí a Khae.

—¿Y qué tal lo llevan los enanos? Algo me dice que no te estarán poniendo las cosas fáciles.

—En realidad, se lo están tomando muy bien. Ibrid incluso ha decidido unirse al adiestramiento.

—Fascinante.

—Sí que lo es. La verdad sea dicha, Ibrid se cansa muy rápido, no tiene demasiada fuerza y, sobre todo, le falta fuerza de voluntad. Pero le está viniendo bien, tanto el entrenamiento físico como el psicológico. En realidad —añadió dubitativo—, cualquier cosa es mejor que lo que ha estado haciendo los últimos años. Aunque ellas pronto le superarán… y me preocupa que se desanime y lo deje.

—Seguro que te las ingenias, Mil. Sabes, no me gusta alabar a la gente, principalmente porque la mayoría son unos cretinos y haciéndolo sólo lo empeoras, pero en tu caso, te has convertido en un hombre espectacular en apenas…

—Me vas a sacar los colores —le cortó el otro—. No hay necesidad de decir nada, Jan. Los dos somos personas respetuosas. Yo también te aprecio, venga un brindis. Y cuéntame que te ha traído hasta aquí. Tenemos hasta la hora de la comida. Porque piensas quedarte a comer, ¿verdad?

—Verdad. A tu salud, Mil. Y a la de los tuyos.

* * *

—Así que, en teoría, ¿yo puedo saber dónde está ese libro que buscas?

—Eso me han dicho.

El joven dudó. Se recostó en el sillón y bebió, pensativo.

—No sólo no sé dónde puede estar, Jan; ni siquiera recuerdo haberlo oído nombrar, nunca. Podría preguntarle a Kergal, pero…

—¿Cómo le va?

—Fantástico, en realidad. Es muy feliz, aunque no se acuerda de todo el tiempo que pasamos juntos. Cada vez lo veo más como una persona completamente distinta a aquel que fue mi maestro. Quién sabe —dudó—, quizá lo sea.

—Tienes razón; si alguna vez supo algo sobre ese libro, dudo que recuerde nada.

—Y aun así —añadió, incómodo—, no sé cómo abordar esto.

—Tranquilo. Sé que no le pondrías en peligro para ayudarme. Es normal, lo entiendo. No te pediría que hicieras algo así.

El joven asintió. No quería ser él quien lo dijese, pero de alguna forma, aún sentía cierta devoción por el hombretón que había sido su maestro no hacía tanto tiempo atrás.

—Pensaré en esto, Jan. Buscaré información y haré algunas preguntas, pero ahora mismo no puedo hacer mucho más.

—Lo entiendo. No te preocupes Mil; si encuentras algo, házmelo llegar a Pii. Envíalo siempre a nombre de Alexei; él sabrá hacérmelo llegar esté donde esté. Y… una cosa más.

—Te escucho.

—¿Crees que podrías dejarme en Pii para antes de la cena?

—Si lo deseas, puedo dejarte en Pii en un momento.

El químico dudó. Por un lado, tenía trabajo que hacer; montones de trabajo. Por otro, disfrutaba de estar en aquel lugar, de la calidez que desprendían los enanos, la ingenuidad de las chicas…

—Quizá quieras esperar a que llegue Ali. Debería estar al caer.

“Ali”, la pequeña Alira. Una joven portentosa, más allá de toda duda; aplicada y responsable, bonita… y con aquellos ojos azules. Durante un momento, una visión cruzó su mente y un escalofrío le recorrió el espinazo.

—En realidad, debería irme ya.

* * *

—¿Has encontrado lo que buscabas?

El químico negó con la cabeza, mientras le daba un trago a una petaca de aspecto descuidado.

—He cruzado un portal y sido teletransportado dos veces en un mismo día, para nada. Qué asco —bufó, cansado—. Y todo el trabajo que no he hecho estos días…

—¿Qué harás entonces?

—Voy a dejar la universidad. Al menos, oficialmente. Supongo que lo mejor será que me quede en el laboratorio del sótano, pero diré que he salido de viaje. ¿Encontraste la salida que te dije? ¿No? Bueno, no pasa nada, por cómo soplaba el viento, debía estar bastante descubierta. ¿Te apetece cenar?

—No puedo —se disculpó Alexei, sentándose al lado de su mentor—.

Le dije a Calduim que cenaría con él. Creo que se está acostumbrando a trabajar conmigo. Anteayer —comenzó a decir el joven—… me preguntó por ti. *"A qué te dedicabas",* dijo, "*qué te había pasado"*. Mencionó que solías ser un buen estudiante.

—Era brillante, sí —se enorgulleció Jan—. Pero no un buen estudiante. Quizá uno mediocre; las clases me aburrían, y las interacciones que podían ofrecer mis compañeros me resultaban poco estimulantes, en el mejor de los casos… y yo respondía en consecuencia.

—Piensa que todo esto va con él. Que le odias por lo de tu expulsión.

—Menudo idiota. —Él se levantó, airado, y paseó inquieto durante unos segundos, mirándose la punta de los pies—. Como si no tuviese nada más importante de lo que preocuparme. ¿Te veo mañana, entonces?

—A primera hora de la mañana.

Capítulo 6

Aún no era primera hora de la mañana, pero sabía que aquello no importaba: descendió por las oscuras galerías del edificio Prahlini y, una vez más, se permitió ser asustado por un roedor.

Continuó descendiendo hasta llegar a su objetivo y, allí donde había habido un túnel sólo unos días antes, ahora se erguía una pared de aspecto sólido aunque descuidado, completamente acorde con el resto del lugar. El joven lo palpó con cuidado, y cuando encontró las muescas que estaba buscando, empujó, y contempló, no sin cierta sorpresa, cómo el panel giraba sobre unas bisagras chirriantes.

Tras atravesarlo, cerró el panel y continuó por el túnel, del que ahora colgaban unos faroles con aspecto de haber estado encendidos no hacía mucho.

Tirado en medio de aquel caos que se hacía llamar laboratorio estaba el alquimista, despatarrado y completamente desnudo. El joven buscó sus ropajes y se los echó por encima sin despertarle: dormía profundamente. Junto su mano reposaban en el suelo unas herramientas de aspecto primitivo y lo que parecían las piezas de otro farol.

Se acercó un poco más, interesado, y contempló que, junto a su otra mano había un reloj de arena, milagrosamente en pie, y a sus pies un frasco diminuto, lo que le sirvió para esclarecer el misterio. Sin prisa pero sin pausa, recogió las piezas del farol y trató de componerlo él mismo, mientras esperaba a que su tutor recuperase el conocimiento.

Aún tuvo que pasar un rato antes de que el inconsciente Jan Farelian comenzase a boquear, a todas luces sediento.

—Aaah, Alexei, amigo mío. Gracias por taparme. ¿Cuánto tiempo he estado, más o menos…?

—Volteé el reloj de arena cuando terminó de caer.

—Ah, excelente —se maravilló el alquimista—, verdaderamente excelente.

—¿Puedo preguntar qué hacías? Antes de caer dormido, quiero decir.

—Puedes —aseveró el otro, con confianza—. Y debes. Para algo soy tu tutor; tu deber es preguntarme, y el mío responderte. Estaba probando una variación del estimulante que tomo, había aumentado

la concentración de—dudó durante unos instantes, mientras se rascaba el mentón con interés—… bueno, el caso, es que no salió como me esperaba, y cuando comencé a sentirme somnoliento, decidí medir cuánto duraba el sueño.

—¿Por qué?

—Necesitamos fondos, amigo. Puede que estemos a punto de dar con una fórmula para conciliar un sueño prolongado y tranquilo. Aunque, con las concentraciones que he usado, estoy bastante seguro de que a medio plazo terminaría provocando algún tipo de rechazo.

—Podemos trabajar en ello.

—De hecho, sí que podéis. ¿Anda haciendo Calduim algo interesante?

—Conocimientos buque insignia —bufó el joven con desdén. Su tutor le imitó, con sorprendente sincronización.

—Ponle a trabajar en esto. Además, le irá bien sentirse útil. ¿Has visto qué aspecto tiene? Sí sí sí, estoy convencido de que le va a hacer bien. Uhmmm. ¿Alex?

—¿Sí?

—Te sonará raro, pero cuando has llegado aquí… estaba solo, ¿verdad?

El joven no respondió. Miró a su maestro, preocupado, y se limitó a asentir con una sonrisa. El alquimista se la devolvió, jovial como si no hubiese pasado las últimas horas durmiendo desnudo en el sótano de un edificio en ruinas.

—Te he traído algo para desayunar, Jan. ¿Quieres tomarlo ahora?

—No debería —musitó, indeciso—, pero eso que huelo parece un croissant caliente del Horno Beler.

—Eso es porque es un croissant caliente del Borno Beler.

—¡Qué demonios! Trae, siéntate conmigo y comamos con calma. ¿Has traído leche?

—Una botella.

El alquimista soltó el bollo y abrazó al joven. Le alborotó el pelo y le besó en la cabeza; sí, aquellas pequeñas cosas le hacían feliz. Claro que aquel antro estaba en el sótano de un edificio abandonado, pero ¿acaso no se encontraba su antiguo laboratorio en una sala también en ruinas? Por supuesto. Aquello era lo más cerca que había llegado a estar de sentirse en casa desde hacía mucho tiempo. Además, adoraba a su joven ayudante. Era servicial sin ser servil, listo sin ser un listillo; en pocas palabras, una persona de bien.

Devoró el bollo con calma, deleitándose y apartando por un momento la tempestad de ideas que le corrían por la mente. Al terminar, se sirvió leche en un matraz de aspecto frágil y se la bebió de un trago. El joven le sonrió, y él le devolvió el gesto. Sí, adoraba estar allí, hacer pruebas e investigar.

—¿Sabes?

—Di.

—He estado intentando inducirme pánico, pero no soy capaz.

—¿Con qué fin?

—Adrenalina —replicó el alquimista, serio—. Creo que si conseguimos un cultivo de adrenalina, podríamos preparar muy fácilmente un bebedizo, o incluso un inyectable, que permitiese al sujeto actuar de forma sobrehumana.

—También podrías matarlo de un paro cardíaco.

—Touché —cedió el maestro—. Aún estoy investigando. El problema, es que si consigo inducirme pánico, me será muy difícil mantener la cánula para sacarme sangre, por lo que había pensado ponerme una cánula mientras trato de inducirme una parálisis del sueño.

—Ingenioso. Aunque una vez más, arriesgado. Podrías sacarte demasiada sangre, o hacer un movimiento brusco y romperte una vena.

—Lo sé —musitó el otro—, lo sé…

—Lo que quieres es que sea yo quien te induzca el pánico.

—Así es.

El joven resopló. Conocía el afán del alquimista por poner a prueba todo lo que conocía; incluido él mismo, y no lo apoyaba. Pero sabía que si no consentía, buscaría alguna otra forma mucho más peligrosa de hacerlo sin él. Asintió, con calma, mientras apuraba un vaso de laboratorio lleno de leche.

—Sabemos que dura poco dentro del organismo, pero no sabemos cómo reacciona fuera, de forma que tendríamos que encontrar al menos un paciente compatible con mi sangre, y repetir el experimento retardando la inyección, para saber cuánto dura fuera del organismo, digamos, recién extraída, veinte segundos después de ser extraída, cuarenta segundos y un minuto después. Si continúa teniendo efecto, podemos probar con dos minutos, luego diez, veinte… y tratar de afinar. ¿Te parece?

—Me parece. Pero costará encontrar un sujeto que esté dispuesto a eso.

—Seguramente sí, será desagradable, porque tendrá que verme sufriendo pánico intenso. Me ocuparé de encontrar algo para eso. ¿Crees que podrías tener un voluntario para esta noche?

—¿Tan pronto? —se asombró el chico—. ¿Vuelves a Tsacovia?

—Aún no, pero me gustaría avanzar con esto, y la realidad es que aún necesito mucha información.

—Me imagino que has comprobado los libros.

—En realidad, no he podido acceder a la biblioteca —explicó el mayor, mientras comenzaba a ojear una suerte de papeles esparcidos

por las mesas—. He salido hace un rato y he visto a la guardia de la universidad haciendo la patrulla.

—Como siempre.

—Buscaban algo.

—¿Te preocupa?

—Soy precavido. Y además, siento algo, un… mal presentimiento, por así decirlo.

—Está bien. Haremos esto, Jan. Redactaré un anuncio y lo pondré en el cartel de La Ninfa Alegre, en el comedor, y en la entrada de la biblioteca, y después me dedicaré a buscar algo sobre la recolección de adrenalina.

—Quizá el doctor Popolov tenga algo.

—Hace años que no traen ningún libro de Popolov.

—Qué asco de biblioteca —bufó el otro—. Está bien, es un plan bien organizado, Alex. Yo me prepararé una máscara para que no me reconozcan; prefiero pasar por un chalado antes de que se corra la voz de que estoy aquí.

—Hasta la noche entonces, Jan. Que tengas un buen día.

—Que tengas un buen día, Alex.

* * *

Ninguno de los dos tuvo un buen día. Antes de la hora de comer, una voz sobresaltó a Jan Farelian, que se encontraba enfrascado en la búsqueda de pequeños roedores.

—¿Jan? ¡Sé que estás ahí dentro!

El alquimista bufó. Era el profesor Calduim. Quizá no la última persona a la que quería ver en aquel momento, pero desde luego, podía situarla entre las últimas quince.

—¡Vamos, ábreme!

—¡Aquí no hay nadie! —exclamó el alquimista—. ¡Márchese, sólo soy un viejo calabozo y quiero estar tranquilo!

En esta ocasión fue el anciano quien bufó, y lo hizo con suficiente fuerza para ser oído a través del panel que cubría la entrada.

—Si quisiese incordiarte me habría traído a la guardia.

El argumento hizo mella en el alquimista; ¿por qué había ido sólo? Y más importante, ¿qué quería de él?

—Aguanta un momento —replicó Jan al cabo, mientras se hacía con un matraz cerrado de aspecto turbulento. Sin pensárselo dos veces, pinchó el tapón de corcho con una jeringuilla, quitó el émbolo y encajó en su lugar un delgado tubo de piel que presionó entre sus dedos. Con calma, se dirigió hacia el panel que fingía ser una pared, y pasó el tubo por debajo—. Ya casi estoy, deja que quite los candados —susurró, justo antes de sentarse en el suelo.

Apenas un momento después, Jan comenzó a oír unas toses agónicas al otro lado de la puerta: justo lo que él esperaba, una única persona

tosiendo.

—Aléjate un poco, Calduim —le indicó, mientras retiraba el tubo de piel y quitaba la jeringa del matraz. Sin prisa pero sin pausa, lo volvió a colocar en su sitio y luego, se dirigió de vuelta al panel y lo abrió con calma.

—Mi calabozo es tu calabozo —indicó el alquimista con una pomposa reverencia.

—Jan, ¿por qué no llevas ropa?

—¿No la llevo? —preguntó el otro mientras contemplaba los gayumbos roídos que vestía. Vaya, se me habrá olvidado.

—¿No estarás mezclando químicos así?

—Oh no —replicó el otro, nuevamente con exceso de énfasis—, eso sería tremendamente negligente. No, sólo estaba buscando ratones.

—¿Entre toda esa mugre oxidada?

—¿Sí? —dudó el otro—. ¡No! No, no, estaba buscándolos ya sabes, por ese otro lado menos peligroso. ¿Para qué has venido, Cal? A parte de para preocuparte por mi salud.

—Principalmente para preocuparme de tu salud.

—No fastidies —bufó el otro—, estoy sanísimo.

—Alexei no me ha querido decir en qué andas metido, pero te conozco.

—Un cuerno me conoces.

—Y me sé tu historia —continuo el otro sin hacer caso, mientras rebuscaba una silla en el alborotado laboratorio. Repasemos, estudiante aburrido, brillante pero poco exitoso… expulsado de la Universidad a los… ¿Qué edad tenías por aquel entonces, Jan?

—¿Qué más dará?

—Ya, la verdad es que da igual. Luego, por lo que he podido saber, estuviste jugando al químico de palacio, haciendo crecepelos y demás basura, mientras en tu… ¿calabozo, has dicho? Guardabas tu verdadero laboratorio, que casualmente descubrió tu hermanastra. Me imagino que no lo descubrió por accidente.

—Te imaginas bien —accedió el otro de mala gana—. ¿Es necesario este repaso de mi vida?

—Necesito saber lo que me he perdido.

—Me tiraba a esa zorra.

—¿Perdón?

—A Caroline, mi hermanastra.

El anciano permaneció unos instantes en silencio, pensativo.

—Los libros sagrados dicen que un hombre debe amar a su familia —concluyó indiferente—. Supongo por tu tono que no salió bien.

Jan no respondió de inmediato. La respuesta indiferente del anciano le pilló por sorpresa. Por primera vez volvía a ver en aquel hombre al profesor que le había acogido bajo su ala, al hombre que había visto

en él un joven con auténtico potencial, a pesar del criterio de todos cuantos le rodeaban por aquel entonces.

—No, no salió bien. Le he estado dando vueltas a las razones, y la verdad…

—No encuentras el por qué; probablemente no lo haya, Jan —murmuró el profesor, pasándole una mano por el hombro al otro—. A veces la gente toma malas decisiones.

—Ella llevó a mi padre a la muerte, y a mí me llevó al exilio. No me importaría perdonarle no lo sé, un abandono, una infidelidad, me daría lo mismo… pero mató a mi padre, de una u otra forma.

—Y supongo que piensas vengarte.

—Así es. Más adelante, cuando tenga todo a punto.

—¿De eso va todo esto?

—En realidad no. No sólo, al menos. Quiero que ella pague, pero al mismo tiempo, no quiero protagonizar una venganza sanguinaria, un… capítulo banal. Escucha, veo que me has seguido la pista.

—Sí, desde que irrumpiste en mi clase y llamé a la guardia, he tratado de…

—¿Te suena este nombre —le interrumpió el otro con calma—, Khaelara? Dl'Khal Ashamaid.

—Hmmm.

—Princesa Celiona, Cristina la mercenaria…

—Sí he encontrado referencias hacia una cierta Celiona, de las tierras del norte.

—Bien. Llamémosla Khae. Ella no era una científica, como tú o como yo, pero probablemente fue la persona más inteligente que he conocido.

—¿Más que el doctor Popolov?

El hombre dudó, aunque sólo durante un instante.

—Digamos que poseía un tipo de inteligencia distinta. Menos enfocada, más… global, por decirlo de alguna manera. Ella me convenció para enrolarme en lo que me ha terminado trayendo a esta situación.

—¿La culpas?

—¿A Khae? —se sorprendió el alquimista—. Para nada. Ella hizo lo que tenía que hacer. Lo… necesario, por así decirlo. Tomó las decisiones difíciles.

>>Todo comenzó con una reunión de viejos amigos, si quieres llamarlo de laguna manera. Ella nos demostró lo equivocados que estábamos con nuestra visión del mundo, nos enseñó que todo es más frágil, más maleable de lo que parece, y que aquellos que toman decisiones tienen no sólo el poder, sino la responsabilidad de cambiarlo. Para mejor —añadió—, se entiende.

—Así que ella os capitaneó en todas esas masacres que

protagonizasteis…

—Comenzó en Urriech, con la muerte del Conde. Luego empezamos a trazar planes, nos unimos a ella sin reservas —dudó, recordando al viejo grupo de asesinos, y entre ellos a Deli, quien nunca había apoyado el plan—, más o menos. Los planes eran simples, los objetivos bien escogidos, y el avance frío, nunca mordiendo más de lo que podíamos tragar, siempre respetando los límites… no acabar con inocentes, no correr riesgos innecesarios, priorizar siempre el plan, el bien común, ¿lo entiendes? Seguro que sí —añadió, tras contemplar cómo el hombre le miraba a los ojos—. Sí, aprendimos mucho de Khae, una… gran persona, por así decirlo. Sólo lamento no haber tenido más tiempo para disfrutar de ella, para aprender… pero eso no importa ahora —zanjó, sacudiendo la cabeza y aclarando sus pensamientos—. Descubrimos el potencial que teníamos, que siempre habíamos tenido, a decir verdad. Allí donde Khae ponía sus pies sembraba el caos, ciertamente, pero también creaba un nuevo orden donde aquellos sumidos en la discordia escuchaban sus palabras. Zanjó una guerra de bandas en la zona de Las Quemas y Las Viñas, derrotó a un demonio y unió a quienes se habían visto envueltos en la catástrofe para dar el golpe de gracia en Trimmil y Corthis. Sí, todos salimos reforzados de sus planes.

—Murieron muchas personas, Jan.

—Mercenarios, reclutas, soldados rasos… no te engañes, Calduim, estoy seguro de que murieron buenas personas, pero admite que entre esos colectivos abunda sobre todo la escoria más ruin. Las calles de Tartaria y Almoria son más seguras ahora. Y no he estado en Cuatrovientos, pero me puedo imaginar un escenario semejante. Cayó una institución innecesaria, un mediador que vivía de los tributos. Con su caída, han dado un ejemplo y se han ganado derechos, para todos.

El anciano meditó durante unos momentos, inseguro de estar conforme con el rumbo que llevaba aquella conversación.

—¿Y esta Khae? ¿Qué ha sido de ella?

—Podría decirse que dio la vida por la causa.

El anciano le observaba, contemplativo, mientras digería aquella información y trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Murió en paz?

—Era joven. Demasiado joven. O… bueno —dudó—, en realidad no. Sí que era joven, pero llevaba más a sus espaldas que tú y yo. Se podía ver en sus ojos, en la forma en que lo escudriñaba todo, y a todos. Murió luchando por lo que quería, puede que entre gran dolor… pero sí, ella creía en eso, en vivir por una causa y morir siendo fiel a ella. Creo que se fue en paz. En cualquier caso —añadió, alzando el tono y dándole un trago a una petaca—, eso nos lleva hasta hoy. O hasta hace seis meses, que fue cuando sucedió, poco antes de que yo

irrumpiese en tu clase y tú llamases a la guardia.

—Ese día me hice un flaco favor.

—Te aplasté, Calduim. Sin rencor, pero necesitaba pasar por encima de ti.

—Lo entiendo.

—Y eso es muy positivo. Cuando yo era joven… más joven, si gustas, te consideraba un hombre sabio, o como mínimo, coherente. Llevo tiempo esperando a que entres en razón.

—¿Mientras me aplastabas, como tú dices?

—Te he aplastado en público y en privado, te he amenazado, te he despojado de tu reputación y te he mostrado lo mal que has estado dirigiendo tu vida. Las decisiones poco acertadas que has tomado, las investigaciones sin sentido…

—¿Por qué, Jan? —le interrumpió el anciano—. ¿Tanto rencor guardas?

—Al contrario. Te guardaba rencor, sí. Pero en su día fuiste importante para mí; al igual que Khaelara, me enseñaste de qué era capaz. A otro nivel, desde luego, pero cumpliste un papel fundamental, y por eso te he estado haciendo esto, porque te lo debo.

—No… te sigo.

—Eres libre, Cald. El primer día que me viste, saliste corriendo, te humillaste ante tus alumnos, y, de paso, ante toda la universidad. Eras un hombre aburrido y cobarde, solitario y sin futuro.

—¿Y qué soy ahora, Jan? Según tú.

—Has acudido al calabozo más profundo de un edificio abandonado, con una oscura historia a sus espaldas en busca de un hombre al que temes, sólo para encontrar respuestas. Eres un hombre libre que ha escogido el camino del conocimiento y ha reconocido su error. Mejor tarde que nunca, ¿no te parece? Un buen amigo mío, Jashid…

—¿Más historias sobre asesinos?

—Literalmente. —El alquimista se rió con ganas—. Digamos sólo que cambió de rumbo hacia el final de su vida. No vivió así mucho tiempo, pero vivió de verdad. Comenzó a sonreír, a… llamarme amigo. Reconoció su error, como tú, Calduim. Un trago a tu salud.

—Y a la tuya, Jan —replicó el otro, mirándole con unos ojos verdes llorosos—. Quizá cometí un error al acogerte, Jan. Yo… lo hice y…

—Y te lo agradezco —le cortó el otro—. Bebe a nuestra salud. Hoy es un buen día para los dos.

* * *

El día no pintaba bien. Alexei había invertido toda la tarde en encontrar personas dispuestas a participar en el experimento de inducción al miedo. Incluso cuando éste les había explicado a los voluntarios que su único papel era recibir una inyección de adrenalina, y que se les pagaría por ello, nadie quería saber de una

prueba con un nombre tan poco halagüeño.

Conforme transcurría el día, el joven había comenzado a ir presentando el experimento de otras formas menos directas, *"Estudio de los efectos de la adrenalina en jóvenes de gran belleza"*, *"Impactos y efectos de la adrenalina en mentes brillantes"*, y otros de semejante índole. Con todo, los candidatos se le resistían; incluso cuando estos nuevos nombres demostraban ser mucho más eficaces, nadie quería oír hablar del edificio Prahlini, en torno al cual giraban no pocas historias de masacres, posesiones y fantasmas.

Se aproximaba la hora de la cena y aún no había conseguido enrolar a nadie. Cansado, se dirigió a La Ninfa Alegre, donde quizá pudiese encontrar a su maestro, aunque su prioridad era descansar y cenar para poder continuar con su cometido.

Asqueado como estaba, decidió evitar las avenidas; la taberna no se encontraba en una zona particularmente concurrida. Al aproximarse, vio un par de guardias de la Universidad apostados en la entrada del garito; mal asunto. Sí, había acusado a su maestro de estar paranoico, pero aquello era una anomalía en toda regla. Con todo, no estaba dispuesto a quedarse sin cenar, así que rodeó el local, saltó un muro de adobe en mal estado y se dirigió a la entrada trasera, que daba a las cocinas. De camino pasó junto a una pequeña comuna de mendigos, y se sorprendió de lo distintas que podían llegar a ser las calles a uno y otro lado de un vulgar muro de adobe.

—¿Quieres pasar un buen rato, encanto?

Alexei se giró. Entre las personas que se amontonaban junto a un montón de desperdicios, una mujer de aspecto sucio le miraba con impaciencia. Se sorprendió al dedicarle un segundo más a la mujer. La había visto en algún lado antes, pero no sabía dónde.

—Voy a cenar. Puedes acompañarme si gustas.

La mujer no se lo pensó dos veces; se levantó con inesperada agilidad y alcanzó al joven del sombrero emplumado en dos zancadas.

Sí, estaba seguro de que la conocía.

—¿Te he visto por la Universidad?

—Puede ser —replicó la otra, que se había parado junto a él. A todas luces, estaba esperando algo—. ¿Te cojo del brazo, de la mano…?

—No hace falta que me cojas si no quieres.

—Eres un cliente bastante raro.

—No soy un cliente —zanjó el otro—. No quiero un buen rato, sólo te he ofrecido cenar conmigo.

—¿Pero pagas tú, no?

—Pago yo.

La mujer se encogió de hombros. A Alexei le parecía guapa. Guapa, al menos, debajo del montón de mugre que llevaba encima. Estaba escuálida, demasiado, y su pelo daba auténtico asco. Vestía además

unos harapos roñosos y, para que negarlo, olía a mierda. Aún con todo, le parecía una mujer bonita a su manera.

—Tendrás que darte un baño si quieres sentarte a mi lado.

—¿También lo vas a pagar tú?

—También. He tenido un mal día, y me vendrá bien distraerme.

La mujer no rechistó. Se limitó a seguir al joven, que daba largas zancadas. Golpeó tres veces en la puerta de la cocina, "tac, tac, tac", antes de que le abriesen.

—Siento entrar por aquí —se excusó el joven ante la mujer que se hacía llamar "La Ninfa" de La Ninfa Alegre.

La rechoncha anciana se rio a fauce abierta y le palmeó la espalda indicándole que pasase.

—¿La mesa de siempre? —chirrió, más que habló la anciana.

—Hoy una habitación. Necesito que esta mujer parezca una persona de verdad. Jannadi lo pagará, si no le importa fiarme…

El joven habló con una expresión completamente inexpresiva, aunque apenas pudo ocultar un deleite agridulce al contemplar cómo la sola mención de su maestro le había causado un ligero sobresalto a la anciana.

—Segundo piso, tercera a la derecha, jovencito —gañó de nuevo la anciana.

—¿Podría traer algún vestido de su talla? —preguntó el joven, levantando el brazo de la mujer harapienta como si fuese un maniquí —. A cuenta del maestro, por supuesto.

La mujer asintió con vehemencia. El profesor Jannadi era un hombre afable y generoso, pero la anciana le había visto desenvolverse en un par de situaciones en las que había tenido desacuerdos con otros clientes. Personas que se desvanecían súbitamente, que cambiaban de idea de repente o se lanzaban al suelo y se hacían un ovillo entre terribles gritos de dolor, aquellas y otras cosas había tenido que contemplar "la Ninfa", para su desgracia. Le gustaba el joven, pero no se le ocurriría contrariarle ni a él ni a su maestro.

Alexei tomó de la mano a su invitada y la llevó hasta la habitación indicada. En el segundo piso estaban las habitaciones más lujosas, cada una con una única cama de amplias dimensiones, adaptada a un tipo concreto de clientes. Una tina también amplia presidía el centro de la habitación, sobre un brasero elaboradamente labrado. El joven se acercó a la tina y comprobó que el agua estaba templada. Sin prisa pero sin pausa, tomó un fuelle que colgaba de la pared y azuzó un poco las brasas.

—Quítate la ropa —indicó el joven, sin siquiera mirar a su invitada, cuyo rostro quedó congelado en el acto.

—Dijiste que sólo sería una cena…

—No quiero acostarme contigo —le indicó el otro, interrumpiéndola

—. Quiero que estés limpia mientras cenamos. También quiero saber tu nombre.

—¿El de verdad?

El joven dudó. Estaba de mal humor, y encontraba aquellas preguntas absurdas.

—Me da igual. Tampoco podría saber si el que me digas es de verdad.

—Llámame Anya.

—Está bien. Quítate la ropa, Anya, y métete en la tina. Ahora te alcanzo jabón y cepillo, quiero que tomes el tiempo que necesites para salir como los chorros del oro. ¿Entendido?

La joven asintió sin decir ni una sola palabra. Estaba acostumbrada a acompañar a personas por dinero, e incluso a darles los mal llamados "servicios de compañía". Hacía, en términos simples, cualquier cosa por sobrevivir. Sin embargo, conforme más se limpiaba ante aquel joven, más sucia se sentía. Él, mientras tanto, se limitaba a leer en la cama. De vez en cuando la miraba a ella durante un rato, se deleitaba, no se molestaba en ocultarlo, con el cuerpo de ella, y luego se volvía a sumergir en sus papeles.

Tenía un mal presentimiento.

El baño, con todo, le sentó bien. Antes de haber terminado, alguien picó a la puerta, y el joven se levantó para abrir. Cerró al poco tiempo, volviéndose hacia ella con un vestido sencillo, pero mucho más elegante que el que había traído.

—¿Anya Pycjenka? —Dijo de pronto el joven. Ella se sobresaltó, aunque él no se molestó en mirarla; se limitó a dejar el vestido junto a una pila de toallas al lado de la tina—. Te sentabas en la tercera fila en fundamentos de física, hace dos años. Yo me sentaba al fondo, me acuerdo de ti. De… tu pelo, tenías un pelo bonito, Anya.

—Yo no te recuerdo —replicó ella, como disculpándose—. Lo siento.

—Mejor así. Te ocultaría mi nombre, pero aquí todos lo saben —reconoció con indiferencia—; lo terminarías oyendo antes o después. Alexei, pupilo del maestro Jannedi Fossarian.

La mujer asintió. Ella no conocía al maestro Jan, de eso no había duda. Tampoco parecía que aquello le importase; era el propio joven quien le inspiraba desconfianza, él mismo lo podía ver en la forma en que evitaba su mirada.

—Cuando hayas terminado, pediré algo de cenar. ¿Te gusta la carne al horno?

—Como de todo —se apresuró a responder ella, casi sorprendiéndose a sí misma.

—Ya veo que estás hambrienta —susurró él, justo antes de volver a sentarse en la cama. Se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo hacia ella—. Estás… escuálida, Anya. No pareces sana, ¿quieres que te

mire?

La joven dudó. Él continuaba acercándose poco a poco, con la mirada fija en ella. Una sensación desconocida para él hasta aquel momento inundaba su cauce sanguíneo; se sentía bien, y supo al momento que era el sentimiento de dominación. La joven, si acaso era más joven que él, estaba encerrada en la tina, encogida como un ratón, completamente atemorizada.

—Estoy —alcanzó a balbucear— per-perfectamente.

Él sonrió, y lo hizo con ganas, enseñando los dientes y curvando el rostro. Ya casi la tenía al alcance de su mano, y sabía que ella no gritaría; había estudiado ese tipo de miedo, y sabía que ella estaba prácticamente paralizada, al igual que un animal a punto de ser atropellado por un carro: *"miran al carro"* pensó *"lo ven, aterrorizados, y se quedan quietos mientras el carro les pasa por encima"*.

La mujer, contra todo pronóstico, gritó. No fue un gran grito, porque estaba débil y el agua caliente de la tina parecía haberle afectado. Alexei, con todo, no se dejó perturbar. Dio un paso más, y luego otro, y la tomó por el cuello, lo que le arrancó otro grito a la mujer. La zarandeó, para asegurarse de que daba otro grito, en esta ocasión más apagado, y contempló cómo la joven se desvanecía entre sus brazos, aún sumergida en la tina de pecho para abajo.

Alexei se aseguró de dejarla en una posición segura, rebuscó en su cinto y extrajo una jeringa de aspecto imponente. Sin pensárselo dos veces, comenzó a palpar el brazo de la mujer, comprobó la jeringa y la pinchó con ella. El preciado líquido rojo comenzó a llenar el instrumento, hipnotizándole. Casi podía sentir la adrenalina fluyendo por la aguja de metal.

Sabía que lo que había hecho no estaba bien, pero desde luego, había sido el mal menor comparado con lo que podría haber hecho Jan ante la ausencia de sujetos de experimento.

Sin prisa pero sin pausa, colocó la jeringa en un lugar seguro y volvió a centrarse en la joven, que aún reposaba en la tina con los brazos por fuera, a modo de seguro contra un ahogamiento accidental. Teniendo en cuenta el mal estado físico de la joven, estaba seguro de que le quedarían moratones en los brazos, pero no habría mayores consecuencias. Antes de continuar, se quitó la camisa y se desabrochó los pantalones; si alguien preguntaba por los gritos de la mujer, estaba preparado para dar una explicación más que creíble. No obstante, nadie apareció, de forma que siguió observando a la mujer para asegurarse de que no se resbalaba y se hundía en el agua.

Limpia como estaba, parecía una persona completamente distinta; aquel cabello sí era el que él recordaba de la tercera fila. Su rostro, ahora mortecino, desvelaba una piel que nada tenía que ver con el de la joven de entonces, ahora maltratada y llena de marcas. Su cuerpo,

sin embargo, ganaba en la tina respecto al recuerdo que él tenía de ella. Sabía que no era ético, pero a aquellas alturas de la noche ya había destrozado cualquier límite ético y moral, así que se permitió admirarla mientras estaba allí, inconsciente. Se acercó un poco más y comenzó a lavarle el pelo con calma. Aún tenía lodo seco detrás de las orejas, así que se las lavó con cuidado. Le cepilló el pelo, que por alguna razón ella había preferido descuidar ante el comentario del joven, y luego la sacó de la tina, no sin cierto esfuerzo, y la llevó en brazos hasta la cama.

Allí fue donde despertó, al cabo de un rato, mientras él contemplaba nuevamente sus escritos, esparcidos a su alrededor en el suelo de la habitación, donde se había sentado a esperar.

Anya Pycjenka no gritó, porque estaba amordazada, aunque lo intentó.

—Tranquila —susurró el otro, a sabiendas de que aquello no la tranquilizaría. La había dejado desnuda, amordazada y atada. En esa ocasión no iba a necesitar jugar el papel de demente para aterrorizarla: sacó otra jeringa y la pinchó de nuevo, mientras ambos contemplaban cómo se llenaba el segundo instrumento—. Estás participando en un experimento. Estoy estudiando los efectos de la adrenalina con mi maestro, y para eso he necesitado inducirte el pánico. Con esto deberíamos tener más que suficiente —añadió, indicando las dos jeringas llenas de sangre—. Aunque no voy a quitarte las mordazas aún. Voy a pedir algo de cena, te vas a vestir, y luego, si quieres, podrás volver a la calle, a ofrecer buenos ratos a la gente.

La mujer no respondió, no sólo porque no pudiese articular palabra, sino que ni siquiera lo había intentado.

—O, si lo prefieres, puedes venir a nuestro laboratorio. No se come tan bien como aquí, pero estarías mejor cuidada. Limpia, vestida y alimentada. Y haciendo algo interesante, en vez de vender tu cuerpo por unas pocas monedas.

Ella no se revolvió. Miró a la ropa, indicándole algo que él entendió: contempló el cuerpo desnudo de la mujer y vio muestras varias del frío que ella sentía: en la piel de su cuello, en los rasgos de sus pechos… asintió, en silencio, y con premeditada calma se permitió deleitarse con aquella visión una vez más. Luego, se permitió cortarle las ataduras y tenderle el vestido. Ella lo tomó, recelosa. Luego él le tendió las enaguas, y finalmente el calzado. No era un conjunto lujoso, pero con ella dentro lucía bien. Él la tomó de la mano, aún amordazada, y la llevó ante el elegante espejo que se erigía al lado de la tina.

Alexei la miró, y ella asintió, con calma, esbozando una tímida sonrisa. Finalmente, comenzó a quitarse la mordaza, y él se lo

permitió, mientras la observaba con calma.

Antes de poder entender qué había pasado, Alexei se encontró levantándose del suelo entre un montón de cristales junto a un enorme espejo roto. Se limpió la sangre del rostro justo a tiempo para ver a la mujer salir corriendo por la puerta. Se levantó, rápido, y tomó un enorme cristal. Sin pensárselo dos veces se rajó la palma de la mano, y se lanzó hacia la puerta como una tromba, aún embadurnado en sangre.

—¡Esa puta ha intentado matarme! —gritó, recordando que había guardias apostados a la entrada y enseñando la herida en la mano, de la que corría sangre que le bañaba todo el brazo.

El efecto fue inmediato. Desde la segunda planta vio como determinadas personas se levantaron de sus asientos para apresar a la susodicha, al tiempo que entraban los guardias desde fuera de la entrada. La ley en Pii era dura. Probablemente no era justa, pero ¿en qué país lo era? El castigo en la mayoría de los casos pasaba por el ojo por ojo. Cuando los representantes de la ley eran escasos, sólo una aplicación despiadada del código podía servir para que los potenciales criminales se lo pensasen dos veces.

Los guardias la apresaron con violencia, recuperándola de entre la multitud, mientras ella daba voces y se revolvía sin éxito.

Alexei bajó de las escaleras tratando de ensuciar lo menos posible, aunque comenzaba a darse cuenta del excesivo tamaño de la herida que se había hecho en la mano; la sangre fluía a borbotones, caliente y pegajosa, y por los cortes de la cabeza le caía sobre los ojos y le nublaba la vista.

—No la matéis —pidió, haciendo acopio de fuerzas—. Me ha destrozado las manos, necesitaré… necesitaré —repitió, tratando de no desplomarse. Estaba seguro de tener más heridas de las que pensaba, y comenzó a notar cómo el pantalón desabrochado comenzaba a rezumar sangre—. Necesitaré… un par de manos.

* * *

No reconoció el lugar en el que estaba de inmediato. No era una habitación de la Universidad, ni de La Ninfa, pero era una cama mullida, por lo que no podía ser el laboratorio.

Junto a él, se encontraba el anciano profesor Calduim lleno de sangre, y un poco más al fondo, reconoció una figura alargada que se inclinaba sobre una tercera silueta.

—Menos mal que estás bien, jovencito.

—Sólo ha sido un susto —bufó Alexei.

El del fondo seguía más interesado en la figura que se encontraba a su lado; él se incorporó, no sin cierto esfuerzo, sólo para contemplar horrorizado cómo dos figuras más se encontraban en la habitación. Lejos, casi en el umbral, dos guardias con el uniforme de la

Universidad sostenían dos correas de cadenas; la primera colgaba hasta los grilletes de una mujer de aspecto fatigado, y la segunda hasta las esposas del siempre atento Jan Farelian.

—No deja de llamarme la atención —dijo este último, sólo cuando se percató de que el joven había recuperado el conocimiento—, cómo se necesitan dos de estos avezados y competentes guardias para sostener dos correas. ¿No te parece, Alex?

Uno de los guardias tironeó de su cadena, derribando al alquimista.

—Oh sí, abuso de autoridad —exclamó, riéndose desencajadamente —. Había olvidado lo creativo que era el guardia promedio. Uno de mis mejores amigos fue un guardia, capitán de la guardia nada menos, cuando yo era un chaval. Él era mayor, claro —añadió, con aire olvidadizo—, pero no importaba, porque yo me entendía mejor con las personas adultas, y a él… supongo que le gustaba pasar tiempo con los niños, como a tantos y tantos agentes de la ley.

Un nuevo tirón de la cadena postró al alquimista, pero éste sólo redobló sus risotadas; para Alexei, no parecía tanto estar provocando al guardia sino divirtiéndose de verdad.

El escolta, no obstante, si debía estar tomando las risas como una provocación, porque, al punto, soltó las cadenas y se lanzó a propinarle puntapiés al prisionero, que con sorprendente agilidad se aferró a la pierna del otro, inmovilizándole.

Hechos un nudo de piernas y brazos cayeron al suelo, en una macedonia de insultos y risas cada vez más intensas y estridentes.

El joven Alexei no se levantó; al lado del alquimista y su guardia, Anya le miraba en silencio, en cuclillas y con su vestido rojo hecho harapos; era evidente que aquello no se lo había hecho ella. En su rostro lucía una colección de moratones y arañazos. Él reconoció en ellos la indiscutible huella de la muchedumbre prendiendo a un culpable, fuese o no conocido su delito.

El joven sintió un escalofrío y continuó mirando a los ojos de la deteriorada mujer. No estaba seguro de qué era lo que le ponía los pelos de punta, pero sentía algo dentro de él gritándole que era la culpabilidad. No obstante, él no se sentía culpable; había hecho lo necesario por la causa; por su maestro más concretamente, que era quien abanderaba aquella lucha, aquella guerra de guerrillas contra la ignorancia.

El estruendo que causaban las risas y los insultos entremezclados terminó de pronto cuando la puerta se abrió en tromba; por ella entró un hombre con un uniforme y un aire distintos: desde su posición, Jan lo midió como pudo; estaba claro que no era un miembro de la guardia de Pii.

—Mi nombre es Ardauz Milampere, capitán de la guardia de Tsacovia por orden del marqués Sebastian Bon Meister.

El alquimista chistó. Nada más verlo ya había estado casi seguro de que aquel iba a ser un enviado de otro país, pero no se esperaba un agente del margrave y, aunque aquello era positivo, no le gustaba equivocarse.

—Me gustaría denunciar —habló el alquimista, aún entrelazado con el guardia y tirado en el suelo— un abuso de autoridad. Este hombre me ha agredido sin causa… y me ha robado el sombrero.

—No es mi jurisdicción —replicó el capitán Milampere sin inmutarse —. Le aconsejo que ponga una reclamación.

Jan Farelian chistó, y sólo entonces comenzó a hacer un esfuerzo por separarse del maltrecho cuerpo del guardia, que a su vez también forcejeaba por separarse del prisionero en la medida de lo posible.

—He venido para escoltar y transportar al hombre conocido como — dudó, mientras consultaba un pergamino—… Jannedi Fossarian, o Tankridian de Cabbery.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó el alquimista, aún arrastrándose por el suelo.

—Puede.

—¿Por qué?

—No estoy obligado a responderle. Asumo que es usted el susodicho, ¿verdad?

—¿Yo? —preguntó, aparentemente escandalizado—. ¡No, que va! Debe ser este hombre al que estoy esposado, me dijo que se llamaba… ¿cómo dijo, Tankridian? Algo así, Tantridian, Castridian, no lo sé. Me puso estas esposas por… no sé exactamente por qué, y…

—Suficiente. Quítele las esposas —le ordenó al guardia que aún se retorcía por el suelo—. Nos lo llevamos.

—¿A quién? —preguntó el guardia, confuso.

El capitán Milampere se limitó a resoplar. Había oído historias sobre la inutilidad de la guardia de Pii, pero nunca había tenido que trabajar con ella.

Golpeó la puerta dos veces, y tres miembros con el mismo uniforme entraron en la habitación.

—Estos hombres serán su escolta, señor de Cabbery. Ellos son responsables directos de que ambos lleguemos ante el señor marqués, donde será obligado a responder una serie de preguntas.

—Es muy amable al ponerme una escolta —agradeció el alquimista, que ahora le sacaba la lengua al guardia con el que se acababa de enzarzar en una pelea—, pero no la necesito, yo mismo pensaba pasar por Tsacovia en menos de tres semanas.

—Insisto —replicó el otro, señalando las ballestas que ahora esgrimían sus tres acompañantes, para gusto del alquimista, demasiado bien apuntadas.

Jan Farelian no se resistió. Resopló, se despidió del joven del

camastro con la mano y echó a caminar acompañado de su nueva y muy competente escolta.

Capítulo 7

—Ían, entiendo que sabes por qué te hemos traído aquí.

—Me hago una idea, aunque la verdad, agradecería una explicación. Para saber hasta qué punto estoy en un aprieto —añadió él con su mejor sonrisa.

La marquesa resopló, irritada. No vestía su habitual indumentaria de la corte; en su lugar, una capa y una capucha, ambas de color negro, la ocultaban de las miradas curiosas. Bajo aquellas prendas vestía un corsé también negro, unas calzas del mismo color y unas botas de caña alta con ribete.

Al alquimista no se le pasó la excelente figura que aquellas prendas remarcaban en la mujer, aunque prefirió no hacer ningún comentario dadas las circunstancias.

—El cuándo sucedió no es relevante —dijo la mujer al fin, tras permanecer un momento en silencio—. Baste decir que nunca me he fiado de ti, Ían.

—¿Y su marido, el señor marqués?

—Él ha tenido sentimientos encontrados. Se negaba a ver la verdad, diría.

—Una afirmación muy contundente. Como su figura, con esas prendas… ¡Ay! Ya lo he dicho —se rio—. Me pierde esta lengua.

La mujer, contra todo pronóstico, sonrió.

—Dejadnos a solas —pidió a la escueta guarnición. Salvo el capitán Milampere.

El capitán, que ya salía sin cuestionar ninguna orden, se giró de improviso, sonriente.

—No te equivoques, Ían —explicó la mujer—, no te temo… pero he oído demasiadas cosas. Acotémoslo en que siento un respeto que considero bilateral.

—Las malas lenguas, cómo hablan —concedió el alquimista.

—Acabaremos antes si no me interrumpes. O digámoslo así —añadió, al ver que el prisionero volvía a abrir la boca, dispuesto a soltar algún otro comentario improductivo—. Tú eres el único interesado en saber por qué estás aquí; si vuelves a interrumpirme, este diálogo habrá terminado. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente.

—Sabía que nos entenderíamos. —La mujer se sonrió, triunfante—. Volviendo al tema que nos ocupa, no me fiaba de ti, así que encargué al señor Milampere que investigase tu pasado. Ha viajado estos meses, por aquí, por allá… ha visto mundo, por así decirlo, y volvió no hace mucho con unas hipótesis no concluyentes —añadió, haciendo especial énfasis y mostrando una mirada significativa—, pero muy alarmantes… pregunta, si gustas.

—He hecho muchas cosas terribles en toda mi vida. Si me explicase exactamente qué cosas descubrió el capitán Milampere…

—Seré breve. ¿Tuviste algo que ver con el atentado en Fonleau?

—Soy el único y exclusivo responsable —replicó el alquimista, solemne—. Aunque yo no lo llamaría atentado.

La mujer le indicó que se callase con un gesto. En sus ojos brillaba algo que el alquimista no sabía interpretar. ¿Era furia? ¿Curiosidad? ¿Lascivia? No tenía ni idea.

—Te estamos dando la oportunidad de ser sincero, Ían. Agradeceríamos… agradecería —corrigió, enfatizando—, yo, personalmente, que fueses educado.

—¡Oh venga! —se quejó el alquimista, ahora visiblemente ofendido —. ¿Tengo que haber tenido cómplices? Los he tenido para otras cosas, pero eso fue mío y sólo mío. Me pasé días para recolectar la soga y empaparla para hacer las mechas, ¡es mi maldito mérito! ¡Soy el culpable, el único y exclusivo responsable de aquello! Y si no me creen, pues iré al calabozo, me da igual.

La mujer no respondió de inmediato. Le dirigió una mirada confusa al capitán, pero este se encogió de hombros. Sin pensárselo dos veces, Valeska Vihjalssom Teenfjord le tendió una servilleta al alquimista y se puso a rebuscar en su faltriquera, de la que extrajo una pluma de aspecto antiguo.

—Es un regalo —explicó—, así que ten cuidado con ella.

—¿Qué tengo que escribir?

—Quiero un informe detallado de todo lo que hiciste en Fonleau. Con fechas, precios, nombres, procedimientos, horas… todo. ¿Está claro?

—Bastante claro —bufó el otro—. ¿Qué más quiere su señoría?

—¿Tuviste algo que ver con el asesinato del capitán Qedrat?

—No —replicó el otro—. Su muerte me pilló por sorpresa, la ver…

—¿Tuviste algo que ver —le interrumpió nuevamente la marquesa —, con la catástrofe de Corthis?

—Estuve allí —admitió el alquimista—, pero difícilmente pude tener algo que ver.

—¿Tuviste algo que ver con la caída de la sociedad conocida como la Cofradía del bosque?

—Absolutamente sí.

—Apúntalo todo. ¿Tuviste algo que ver…?

—Voy a necesitar más que una servilleta.

—Milampere, tráigale al señor de Cabbery un pergamino.

—Que sean no menos de veinte hojas, y más tinta —sugirió el alquimista con una sonrisa orgullosa—. Algo me dice que vamos a tener una noche bastante larga.

* * *

—Esto es bastante confuso. No estoy seguro de…

—Deberíamos rescatar a Jan —zanjó el anciano profesor Calduim.

—¿Tu y yo? ¿Qué propones? ¿Vamos solos a Tsacovia y sometemos la ciudad con nuestra abrumadora superioridad militar? ¿Envenenamos su suministro de agua, los disolvemos en alkhalest?

El anciano profesor no replicó de inmediato; le dedicó una única mirada, suficientemente obvia como para no necesitar decirle nada, y el joven lo entendió.

—Lo siento —se disculpó Alexei—. Esto me supera.

El profesor se limitó a palmearle la espalda. Jan Farelian y él habían tenido sus diferencias, y el hecho de que el alquimista hubiese hundido su escasa reputación no le había ayudado a superarlas, pero muchos años antes habían sido más que alumno y profesor, y durante aquella charla en el sótano del edificio Prahlini, había sentido que, de alguna forma, aquella relación volvía a existir.

—Lo peor, es que desconocemos qué pretendía hacer Jan.

—¿Respecto a qué? Quería vengarse de su hermanastra.

—Hay más. Cuando lo encontraste tirado, te dijo que estaba trabajando en un estimulante, ¿verdad? Intentando mejorar la receta de ese estimulante que lleva tomando desde hace meses.

—Así es.

—Y también… dijiste, mencionaste —dudó—. ¿Una joven en Tsacovia?

—Eso creo, sí.

—Y sabe que alguien le buscaba, pero no los marqueses, sino alguien de lejos… encargó aquel rastro falso a su mercader, ¿verdad?

—Covedine, sí.

—Bueno —replicó el anciano, tratando de usar un tono positivo—, no tenemos toda la información ni por asomo, pero tenemos bastantes piezas. Diría que la venganza contra su hermanastra nunca ha sido su objetivo final, sino… una especie de parada.

—Sí. Siempre hablaba del bien mayor. Quería emular a esa Khaelara, eso nunca lo ha dicho —admitió el más joven de los dos—, pero era evidente. Se siente a su sombra, como si fuese…

—…su aprendiz —terminó el otro.

—Khaelara. La he oído mencionar bastantes veces, pero ni siquiera a día de hoy tengo claro qué fue lo que hizo exactamente, Calduim.

—¿Guardaba Jan sus recuerdos? ¿Memorias, diarios?

—Le gustaba tenerlo todo en su cabeza. Decía que ahí no se lo podían robar.

El joven aprendiz dejó escapar una risa nerviosa.

—Me cuesta creer que no escribiese nada. Alguien tan inteligente, a pesar de ese ego desproporcionado, debería tener algo por escrito. Aunque sólo fuese por haber previsto esta situación.

—Tienes razón.

—Y quizá Covedine, su mercader, sepa algo. Sé que se escriben con frecuencia.

—¿Y nadie más a mano?

—Quizá haya una persona…

—¿Quién?

—Mencionó a aquel hombre, el que le dijo que le buscaban… Abib. Terminó enrolándolo para dar clases de esgrima en el palacio, si no me equivoco.

—¿Cómo has dicho? ¿Abib? Qué nombre más raro.

—Así es —replicó el más joven, a todas vistas de acuerdo con el profesor—. Abib.

El zumbido, un "!Bzzp!" rápido le sorprendió, pero la visión del hombre vestido de negro les arrancó un alarido a los dos.

—Demasiado tarde —les amonestó el extraño—. Ya han cogido a Jan.

El joven reconoció al extraño como al mencionado Abib: vestido de negro, maduro y cojitranco. Además, portaba unas esposas de aspecto bastante elaborado.

—¿Sabes lo que quieren de él? —preguntó el aprendiz, saltándose cualquier posible protocolo social.

—No tengo ni idea. Pero si os he podido sentir a vosotros, no pueden estar lejos. Suponiendo —dudó el hombre—, que a mí me tuviesen cerca de donde tienen a Jan. Me han traído desde Tsacovia en una vulgar jaula —gruñó—. Lo más probable es que aún no se lo hayan llevado preso. Seguro que le han metido en una jaula cerca de la mía para salir con la primera luz del día.

—¿Sabes dónde pueden tenerlo retenido? —preguntó Alexei. El otro no respondió—. Está bien. No sabemos dónde está, pero sabemos que está más o menos cerca, en la villa o en los edificios de la facultad. Sabemos que la guardia recibió el aviso en La Ninfa, y desde ahí nos siguieron el rastro hasta aquí... ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Poco —replicó el profesor Calduim, intranquilo—. Muy poco.

—Entonces no pueden estar lejos —concluyó Abib—. Por cierto, vosotros… ustedes, saben quién soy yo. Pero yo no sé quiénes son ustedes.

—Este apuesto caballero es el maestro Calduim de Ramembert —explicó el otro, mientras se levantaba buscando algo—, y yo soy un simple estudiante, pupilo de Jan, si gustas. Puedes llamarme Alex.

—Un placer; a pesar de las circunstancias.

—Estoy buscando algo para quitarte esas esposas. ¿De qué son?

—¿De metal? —replicó el angustiado profesor de esgrima.

—Parecen una aleación de plomo. Mala elección para retener a un mago.

—No soy un mago. Soy un…

—¿Plomo, eh? —le interrumpió el más joven, que a todas luces no estaba interesando en qué era su nuevo acompañante—. Está bien, creo que podríamos tener algo por aquí. ¿Cuánto te teletransportas, Abib?

—¿En estas condiciones? —suspiró éste—. Poco.

El más joven imitó el gesto, resignado. Se encontraba demasiado angustiado para pensar con claridad. Las manos le temblaban y se sentía torpe rebuscando entre los bultos de Calduim, demasiado ordenados para él, que vivía acostumbrado al desastre omnipresente del laboratorio de Jan.

Dejó de rebuscar durante un momento, se llevó los manos al rostro y llenó sus pulmones de aire. Una, dos, tres veces. Sabía que en ese estado no se podría concentrar. Se dio un paseo por la habitación para tranquilizarse, dando zancadas amplias pero calmadas. Abrió la ventana para recibir el fresco en el rostro, y sólo entonces se percató de lo bien que olía el aire que entraba, el aire fresco que no estaba colmado del olor a hierro de la sangre. Se giró, reprimió una arcada y se volvió al lugar sobre el que habían estado Anya y Jan encadenados.

Entonces lo vio: oculto en el rastro sanguinolento de la prisionera, un reflejo vidrioso. Alexei no se lo pensó: se inclinó sobre el charco de sangre coagulada y extrajo un pequeño vial.

—No estoy seguro de hasta qué punto es seguro —susurró, lo suficientemente alto para que sus acompañantes le escuchasen—, pero creo que he dado con algo que nos ayudará a encontrar a Jan.

* * *

El fuego danzaba con impaciencia sobre los leños de la chimenea. No demasiado lejos, proyectando una sombra alargada al calor de la lumbre, Jan Farelian se ocupaba de llenar hojas y hojas de pergaminos bajo el atento escrutinio del capitán Ardauz Milampere.

A su lado, en un rincón más oscuro, la marquesa mascaba un trozo de pan duro que acompañaba con pedazos de queso fuerte.

—¿Te queda mucho, Ían? —preguntó con impaciencia.

—Me queda… algo, decididamente. Aún no he llegado al último tercio.

—¿Has llegado a Corthis?

—Casi —aseguró el otro, con un tono que rozaba a antipatía. No le gustaba escribir, pero le gustaba aún menos que le interrumpiesen cuando estaba concentrado. Y además, comenzaba a ponerse nervioso —. ¿Me servirías un trago de vino?

—¡Eh! —bufó el capitán de la guardia—. Un respeto a la marquesa.

—Tranquilo, Mil.

—¿Cómo has dicho? —se sobresaltó el alquimista.

—Le he dicho que no se altere. Yo misma te serviré el vino…

—No, nonono —le interrumpió—. Le has llamado Mil…

—¿Ían? ¿Te encuentras bien?

—Valeska —intervino el capitán—, este hombre parece perturbado.

—No estoy perturbado —susurró el otro con una sonrisa retorcida—. Sólo soy difícil de comprender.

El capitán Milampere chistó, pero no se permitió caer en la discusión fácil. Su invitado le causaba antipatía, pero era un objetivo de importancia, tal y como la marquesa le había indicado.

—Si estuviese perturbado —continuó mascullando el otro—, no tendría para escribir tantas cosas. Me haría pis encima, gritaría y poco más.

—Ían, el vino —le atendió la mujer—. Permíteme que insista, pero ¿te encuentras bien?

—He estado mejor —gruñó el otro—. Estoy… nervioso, es la primera vez que me apresa un marqués. O una marquesa, para el caso. Mencionó su señoría Fonleau… ¿sabe por qué lo volé por los aires? Apresaron a una compañera. Ni siquiera era un ser particularmente querido, y aun así, no lo dudé ni un momento.

Ninguno de los dos anfitriones respondió; la marquesa se acomodó de nuevo en un taburete, lejos de las llamas, indicándole a su capitán que no se permitiese caer en su juego.

Ardauz Milampere, con todo, no necesitaba las indicaciones para evitarlo, y aquello lo podía sentir el propio Jan en su mera presencia. Había algo en él que habría deseado tener en su propia guardia, en la compañía de su padre… quizá con hombres así, no habría ocurrido todo aquello.

—¿Ían?

—Estoy bien, estoy bien. Sólo le estaba dando vueltas a algo.

—¿Deseas compartirlo? —se interesó de nuevo la mujer.

—Es una historia llana, aburrida… empieza con una inversión, gasté mis últimos ahorros en miel. Adquirí unos cuantos panales de Apis… de abejas mirbaníes —se corrigió el hombre, dubitativo—, de la que venden los druidas, parda, dulce pero intensa… sabes cuál, veo. Buen gusto.

—Insito, Ían.

—Está bien, no es una gran historia, pero si esos son los deseos de la

marquesa, sea pues.

* * *

Las ruedas del carruaje se hundían levemente en la de capa lodo y limo; había llovido no hacía mucho y el bosque lo dejaba notar. Por lo demás, la travesía transcurría como de costumbre: tranquila y sosegada. Para gusto del capitán de la guardia, se podría decir que incluso demasiado sosegada. Los asuntos de palacio no le resultaban particularmente entretenidos, pero al menos los encontraba más dinámicos que dirigir aquella escolta. Además, la ruta atravesaba un coto de caza privado, y jamás había habido ningún tipo de problema con ella; su presencia allí era, por así decirlo, meramente simbólica.

Las lentas travesías sólo le servían para imaginar cuánto papeleo se acumulaba en su oficina mientras él perdía el tiempo en aquellos largos paseos.

—A los buenos días —saludó el capitán, abiertamente sorprendido por la presencia del extraño en el camino.

—A los buenos días —replicó el otro, con un elegante gesto ensayado. Vestía un capote con capucha blanco, y bajo él llevaba una camisola también blanca, cubierta por un chaleco verde manzana y por unos largos guantes de piel. De su holgado cinturón colgaban multitud de saquitos y rebrillaban diminutos tarros y botes de todos los colores.

Unas calzas demasiado limpias para un caminante y unas botas de caña alta, propia de los jinetes, completaban el extraño atuendo del viajero.

— ¿Le importaría apartarse del camino, buen señor?

—Precisamente estaba a punto de pedirle lo mismo —replicó el otro con naturalidad.

El guardia bufó. No estaba de humor para tratar con chalados ni para perseguir a nadie por entre los árboles. Desmontó del caballo y sólo cuando se acercó al desconocido cayó en su llamativo cinturón.

—Haced el favor de identificaros. Es una orden expresa de la guardia real.

—¡Cuántas formalidades! —bufó el vagabundo, acercándose—. ¡Pero si soy yo, Favio! Demasiado rápido me has olvidado.

El capitán llamado Favio titubeó. Estaba claro que algo se revolvía dentro de él. Sí, ahora le reconocía, aunque no se alegraba de verle. Aquello le sacó una sonrisa al alquimista.

—Pese a que no deseo hacerlo, debo pedirle que se entregue, señor.

—No —rechazó el otro quitándole peso—, gracias. Veo que has cambiado el uniforme. A mí, —enfatizó, caminando en torno al fornido guardia y midiéndolo sin florituras, mirándolo de arriba abajo y de abajo arriba—, me gustaba más el de nuestra casa, pero supongo que los tiempos cambian.

—Eso está claro. Póngase de rodillas y le llevaremos sin hacerle daño.

—No —repitió, con naturalidad—. He venido a salvar a la condesa.

—Reina consorte —le corrigió el guardia—. Y nadie la retiene en contra de su voluntad.

—¿Qué me dices? —replicó con exagerado asombro, llevándose las manos a la cabeza—. Pues entonces vengo a raptarla. Os desafío a vos, señor capitán de la guardia, a un duelo uno contra uno, por la presente de honor y dignidad establecida por... mí, hace cuatro años si no me falla la memoria. Al fin y al cabo, estamos aún en las tierras de mi familia, y aquellas leyes siguen vigentes, espero.

—Esto es absurdo —bufó el guardia—. ¿Piensa derrotarnos a todos, duelándonos uno por uno?

—Si es necesario...

—Ni siquiera está armado —apostilló el capitán.

—Mi estoque de esgrima, allá lo veo, en lo alto del cajón, de seguro mi querida hermana lo trajo para mí.

—Mi señor...

—¡Presto! ¡Servidme mi estoque, maldita sea! —ordenó el antiguo señor de la casa Farelian. Alguno de los soldados, como en un acto reflejo, se lo alcanzó, ganándose una muda reprimenda del capitán—. Así está mejor, bien, ¿preparado?

—No voy a batirme en duelo con usted, mi señor. No es mi deseo arrestarle, pero tengo órdenes que cumplir.

—¡En guardia! —exclamó el otro con un absurdo espaviento, mientras blandía el estoque lejos del capitán. Sólo entonces advirtió éste un delgado filamento que nacía del cinto de su antiguo señor y se perdía entre la maleza—. ¡Vamos! ¿No tenéis honor que defender? Me parece que oigo, a lo lejos, a vuestra esposa y vuestra hija llorar de vergüenza por haber congraciado con un cobarde, ¿me oís? ¡Con un cobarde!

—Mi señor... Jan, es la última vez que le aviso. Ríndase de forma pacífica y le daremos un trato honorable. Por los años que nos unen, por favor.

—¡Cobarde! —insistió el otro, aún blandiendo el estoque con espavientos teatrales.

—No tenemos tiempo para esto —se lamentó el capitán—. Prendedle.

—Yo no lo haría —les espetó el otro, cambiando radicalmente de actitud. Sostenía el arma con torpeza, a la altura de la cintura.

—¿Y eso por qué?

—Porque el uno contra uno es una posibilidad que no podéis permitiros rechazar, os lo aseguro.

—¿Y qué vas a hacer si nos negamos? —le espetó el llamado Favio.

El otro sonrió, visiblemente a gusto con la situación. En absoluto parecía preocupado pese a estar rodeado de guardias armados.

El capitán desenvainó sin ganas y lanzó una estocada torpe, haciéndole retroceder sólo para caer en manos de los demás escoltas. En apenas un momento, se encontraba inmovilizado y engrilletado.

—¡Pardiez! —aulló el alquimista—¡Habéis ofendido a mi honor!

—Estate quietecito y no juegues con los grilletes, podrías dañarte las manos.

—Nada me gustaría menos. Pero exijo ver a mi hermana.

—No estás en condiciones de exigir. Irás atado al vagón, tienes suerte de que vayamos lento porque en otro caso irías a rastras, bastante tiempo nos has hecho perder ya, Jan. Veo —musitó Favio, con tono lúgubre—… que los rumores eran ciertos. Pero quién sabe. Quizá puedan ayudarte. La medicina ha mejorado mucho últimamente.

—¿Qué pasa allí alante, capitán? —bramó uno de los guardias que flanqueaban el carruaje.

—Es Jan Farelian. Con toda seguridad se ha vuelto loco.

—¡No estoy loco! —exclamó—. ¡Por mi honor! ¡Por mi vida!

—¿Qué es todo este ruido?

—¡Ah Caroline! —exclamó el alquimista con una entonación cantarina —. Al fin te veo, este amable señor... ¡Ha sido todo un terrible malentendido!

La mujer se asomó fuera del carro y le miró de hito en hito. El guardia le espoleó tirando de las cadenas del grillete para que se inclinase, y él lo hizo de la forma más absurda y teatral posible.

—Estás loco viniendo aquí —musitó la mujer—. ¿Está desarmado?

—Completamente.

—Quitadle el cinturón.

—Se me caerán los pantalones. ¿Qué picarescas intenciones guardáis, hermana mía?

—Y los brazales —continuó ordenando ella sin hacerle caso—, y las botas, y la capa.

—¿La capa y las botas también?

—Todo.

—¡Socorro! —gritó el encapuchado mientras le quitaban la capucha—. ¡A mí la guardia, me mancillan!

El capitán de la guardia le dio otro capón, maldijo y escupió. Vio que Jan se disponía a gritar otra vez y le propinó un segundo cachete.

—¡Mis hombres aguardan entre los árboles! Si me dejáis ir, os perdonaré la vida.

Los guardias rieron todos a una, salvo el capitán, que le alzó del cuello de la camisola blanca y le miró muy de cerca.

—Jan, no seas necio.

—Al menos dejadme batirme en uno contra uno...

—Traédmelo.

—Ya has oído a la reina, lunático —bufó el enorme guardia zarandeándole por las solapas del cuello.

El hombre se incorporó con torpeza, aún engrilletado, y caminó titubeante hasta el carruaje. Sin ninguna ceremonia, la mujer le ordenó

entrar y así lo hizo.

—A los buenos días, bellísima señora.

—Eres un imbécil integral, y un majadero.

—Yo también me alegro de verte. ¿Podrías decirle a tus bellas acompañantes que nos dejen un poco de intimidad? No me siento en condiciones de satisfaceros a todas a la vez, quizá otro día...

—Salid —ordenó la reina consorte, tajante. En un visto y no visto, estaban solos en el carruaje.

—Mucho mejor así. Me cuesta parecer un lunático mientras me aguanto la risa.

—Tengo serias dudas de que sólo aparentes serlo, Jan.

—Soy un genio interpretativo.

—Entre otras muchas cosas, sí. Saltémonos las presentaciones y el drama innecesario; dime qué te trae aquí.

—Tenía ganas de ver a la reina.

—¿En mi propio condado? —bufó la mujer—. Tu falta de sentido común no ha dejado de crecer, por lo que veo.

—El sentido común solo sirve para hacer lo que todos hacen.

—Y aun así, sólo con eso ya habría sido suficiente para no terminar así.

—¡Cuánta hostilidad estoy detectando! —se rio el otro—. Solamente he oído que te casabas y quería darte mi bendición. Ni más, ni menos.

La reina le observó, el ceño fruncido y los puños cerrados con furia.

—Siempre supe que volverías en un momento así.

—Había querido volver antes, querida, pero estuve ocupado evitando a mi propia guardia, ¿Sabías que ahora soy un proscrito?

—Algo había escuchado.

—Al parecer —susurró, acercando sus manos engrilletadas al rostro de la mujer—, mi querida hermanastra me denunció ante nuestra propia corte, por practicar artes prohibidas ni más ni menos.

—Menuda pájara —bufó, con una media sonrisa retorcida—. Y seguro que la querías mucho.

—Más que a mi vida, puedes estar segura... Toda una lástima, no sabes lo bien que se le daba...—comenzó a decir, mientras hacía el gesto de meterse algo en la boca—, eso sí que era un don, algunos nacen con el destino ya escrito.

Ella le abofeteó con fuerza por toda respuesta, lo que no arrancó sino una profunda risotada de las fauces del alquimista.

—Supongo que me la merezco.

—¿Has venido sólo a que te abofetee? —exclamó ella más alto de lo que le hubiese gustado.

—Bueno, quería ver si era capaz de sacarte algo más, me había hecho ilusiones cuando me mandaste quitar la ropa...

La princesa le volvió a abofetear. Esta vez dos veces, una con cada mano. El alquimista se frotó la mejilla y esbozó de nuevo una sonrisa.

—Veo que no te he pillado de buen humor. ¿Un mal día?

—Sólo desde que al lunático de mi hermano le ha dado por volver de entre los muertos.

—Caroline… ¡Caroline! —repitió, de alguna forma sorprendido—. ¡Era mi deber volver para felicitarte por tu nueva adquisición! ¿Qué clase de hermano sería si no? ¿Eh? Veamos, qué has sacado… ¿un título nobiliario más grande y nuevo que el anterior? Eso es genial —susurró con sorna—. Y sólo has tenido que vender a tu familia, aquellos que te acogieron cuando no tenías nada. Pecata minuta, si lo miras con perspectiva, claro.

—Con papá muerto no me quedaba otra opción.

—Claro que sí —exclamó Jan alzando la voz—. ¡Podrías haberte ceñido a nuestros planes! Habríamos mantenido el control económico de forma que los comerciantes presionasen a la incipiente nobleza, habríamos ganado suficiente tiempo para reforzar nuestra posición y forzar una sucesión oficial.

—Fantasías.

—Estaba todo meticulosamente calculado, pero decidiste vendernos, a papá y a mí, y abrirte de piernas ante el primer magnate, ¡Oh —exclamó él, haciéndole burla—, tiene una corona, mi héroe!

La princesa le abofeteó de nuevo una vez. Y fue a abofetearle otra vez más cuando él le agarró de la muñeca, aún con sus manos engrilletadas.

—Esta ha sido última vez que me levantas la mano.

—¡Guardia!

—No gastes fuerzas, me voy a ir ya. Sólo quería felicitarte por tu elección, y por el niño.

La mujer boqueó, incapaz de articular palabra por un momento.

—¿Cómo lo sabes?

—No seas idiota, eso se nota... se huele. Es todo un logro viniendo de un esposo borracho e impotente, mis más sinceras felicitaciones.

—El Rey Leboh no es impotente —replicó ella ofendida. Él la miró fijamente y sonrió.

—Ni siquiera esperaste a que el cadáver de papá se enfriase para comprobarlo... créeme —añadió con un tono y una mirada que impedían no creerlo—, quizá no todavía, pero ¡oh, lo será!. Te aseguro que lo será, es parte de mi regalo de bodas.

—Estás chiflado, Jan.

—El problema, es que no sabes cuánto. Te presenté mi mejor faceta, el altruista, idealista y filántropo, y tú la arrojaste a la hoguera —concluyó, arrastrando las palabras—. Podríamos haber cambiado el mundo, Caroline, a nuestra manera, podríamos —comenzó a decir, perdiendo la vista en ninguna parte—… bah, qué más da ahora. Al final sólo eras una más, basura en el montón de desperdicios, pero bueno, ¿y quién no lo es a estas alturas, verdad?

Ella le miraba fijamente, congelada. Cierto, aquel hombre era el

hermanastro con el que había crecido, con el que había compartido tantos recuerdos, tantas experiencias… pero había más. O quizá había menos, era difícil decirlo. Quizá las piezas fuesen las mismas, pero ya no estaban encajadas de la misma forma: reconocía sus ojos, pero no su mirada; reconocía sus labios, pero no su sonrisa, y también reconocía sus manos, pero no la forma en que le acariciaban el rostro, a pesar de los grilletes.

—Siempre dijiste que cambiarías el mundo.

—Y lo hice, puedes estar segura.

—Quizá también te cambiaron a ti.

—No puedes cambiar algo así sin esperar que eso te cambié a ti también. A toda acción le corresponde una acción de igual fuerza y sentido opuesto, ¿verdad? —se rio el hombre, al principio con timidez y después con una fuerza estridente, de forma desencajada—. Comprendí la grandeza de nuestros actos al momento. No podía conformarme con una vida de palacio, con tumbarme en un cómodo canapé mientras veía cómo el mundo ardía.

>>Entonces, entendí que a veces, hasta el más hermoso huerto debe arder. Cuando la mala hierba está tan arraigada que no se puede arrancar, se debe quemar todo, reducirlo a cenizas, y sólo entonces replantar la simiente. De alguna forma, es lo que tú hiciste con nuestra casa, sé que me entiendes —añadió, acariciando nuevamente el rostro de la mujer. Ahora, ella podía paladear el intenso aroma que expedía el alquimista, pero no alcanzaba a recordar qué era—. Sí… sé que me entiendes, Caroline. Era mucho más fácil, más duradero, cambiar todo aquello por un reino. ¿Por qué luchar por conservar el orden en un pequeño condado si podría no durar ni un año hasta que surja otro problema? Le prendiste fuego a todo sin pensártelo dos veces. No te culpo —se sonrió Jan—, yo también voy a hacerlo.

—El mundo jamás habría admitido nuestra unión —rebatió ella. Aunque él no había hecho la pregunta, de alguna forma se sentía como si se la estuviese gritando a sólo un palmo de su rostro. Las lágrimas le corrían por las mejillas, mientras observaba la retorcida sonrisa de aquel que, tras tantos años, se le antojaba un desconocido.

—¿Por ser hermanastros? —susurró él—. Ni siquiera compartimos sangre... yo te amaba, Caroline.

Los ojos de ella brillaban. Su rostro se contraía de dolor.

—Por eso estás aquí.

—Sí… y no —susurró él. Sus ojos también brillaban, pero no había en ellos lágrima alguna; sus facciones estaban ahora contraídas por un odio que exhibía con orgullo.

Tomó la mano de ella y envolvió con las suyas.

—Estoy aquí para decirte que escogiste el mal mayor. Tenías el cielo, pero querías las estrellas. Y ahora lo vas a perder todo porque no me has dejado elección. Voy a cogerte a ti, a este… huerto —se rió, con

nerviosismo—, que has plantado, Caroline, y lo voy a reducir a cenizas. Vas a echar de menos el cielo en el que estabas mientras contemplas cómo arden las estrellas, eso te lo juro.

—¿Piensas derrocar un imperio tú solo?

—¿Yo? —bramó el hombre, álgido, teatral—. No, tú lo harás. Yo encontraré a quien continúe el legado de papá. Reharé mis cálculos y mis planes, plantaré donde encuentre cenizas y quemaré donde haya enfermedad, protagonizaré un verdadero renacer, querida.

> > Y cuando todo haya terminado, entonces, y sólo entonces, volveré a por ti. Te ofreceré un trago de Cornoié Romaeu, un último trago, dulce, añejo, contundente como la vida misma, para que lo saborees mientras contemplas tu legado.

—Divagas —bufó ella, tratando de ocultar su voz quebrada—. Siempre divagas, Jan, ¿cómo piensas salir de aquí?

—Caminando, claro.

—¿Y mis guardias? Te atarán al carro y te arrastrarán hasta llegar a palacio, y entonces te meterán en una celda, donde te interrogarán y te torturarán hasta morir.

—Hasta morir —repitió él, con tono solemne—. Un sabio dijo una vez "quien a hierro mata, a hierro muere".

—¿Y qué? ¿Aceptas tu condena, sin más?

—No —replicó él con una prominente sonrisa—. Dios me ha dado una mente prodigiosa, recursos y medios, soy su herramienta para hacer justicia.

—Tu no crees en ningún dios —replicó ella, hastiada por revivir aquella conversación que le traía recuerdos lejanos.

—Quizás yo no. Pero él en mí, sí. Permíteme que te lo demuestre, ves… ¿esto, que tira del borde de mis calzas? Y puedes oler, seguro, mi perfume, un concentrado de hierbas con una base concentrada de citronela, oh —exclamó, mientras se llenaba los pulmones con el aroma que ahora inundaba el carruaje—, ya lo has olido antes, aunque no sabes dónde, pero no pasa nada. ¿Quieres saber cómo termina esto? Tira del hilo —le susurró al oído, indicándole el sedal que surgía de su cintura.

—No…

—Tira del hilo, Caroline —reiteró, agarrándole el rostro con ambas manos y apretando sus mejillas—, o lo haré yo, te cortaré una mano y usaré sus dedos, aún cálidos, suaves y sanguinolentos, para tirar del maldito hilo…

La mujer rompió a llorar. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, pero sabía que no había vuelta atrás. Sabía que, desde el momento en que aquel hombre se había cruzado en su camino, no habían hecho más que seguir un cálculo, reírse de él mientras se adentraban en su telaraña.

Cerró los ojos y tiró del hilo. Se soltó de las calzas y desapareció raudo a través de la puerta, oyó algo entre las ramas, y después sobre el carro y sus

cabezas. Un instante más tarde, una amalgama de panales llovió sobre el carro y sus alrededores.

El apacible vaivén de las ramas pronto fue sustituido por el zumbido endemoniado de un millar de insectos, y como a lo lejos, a duras penas, se oían los aullidos inhumanos de los soldados.

Sin dejar de mirarla, el alquimista atrancó la puerta de su lado del carruaje.

—Si yo fuese tú, atrancaría mi puerta también—sugirió el alquimista, calmado.

La mujer no lo dudó: atrancó la puerta justo antes de que el capitán Favio estampase su rostro contra el cristal y comenzase a golpear buscando refugio. La mujer podía oírle aullar con claridad mientras los insectos masacraban su cuerpo.

Poco a poco, el rostro del capitán fue inflamándose y adoptando un color amoratado, sus golpes fueron volviéndose más pausados y débiles, y finalmente, se derrumbó contra la puerta y se escurrió, dejando un rastro de sangre y pus en el vidrio del carruaje, justo donde antes había estado su rostro agonizante.

—Ya nos has visto hacerlo antes —susurró el alquimista, que rebuscaba ahora entre los objetos y enseres de los que había sido despojado, esparcidos sobre el suelo del carro—. Sabes que podemos, y que lo haremos. Esto —añadió, rebuscando en un pequeño bolsillo de su chaleco —, es para ti.

Con delicadeza, tomó la mano de la reina consorte, que se aún contemplaba la puerta con el rostro desencajado, ahora a duras penas consciente de su alrededor. También con delicadeza, la hirió con un diminuto punzón.

—Considéralo un regalo de bodas, Caroline. El primero de muchos. Y para que podamos quedar como buenos amigos, te daré un consejo: al principio, nunca sienta bien cargar con un puñado de muertes bajo tu conciencia, pero no te preocupes: te acostumbrarás. Te acostumbrarás cuando todos empiecen a caer, cuando el amado rey muera sin descendencia y tú seas reina, y el pueblo busque un culpable bajando la voz, apuntándote, mirándote por las esquinas, susurrando "ella llegó al palacio manchada de sangre, con su escolta muerta", "ella heredará", te mirarán e incluso tu amado esposo te mirará, y cuando sea incapaz de satisfacerte, te culpará, porque ya no despiertas en él ninguna sensación. "Quizá le envenenaste en casa", dirán, al fin y al cabo, tú fuiste también quien encontró el laboratorio con el que incriminaste a tu hermano, que ni siquiera estaba en el condado. "¿Cómo lo encontraría?", preguntarán las malas lenguas, y te apuntarán a ti, y al tiempo, quien sabe, quizá incluso ese rey tuyo que tanto te quiere, también te apunte a ti, aunque para entonces ya dará igual; todos habrán comenzado a caer, uno tras otro. Serás reina de un huerto en llamas, de un montón de cenizas.

—Eres un demonio —susurró ella solamente, estallando en llanto.

—Soy tu demonio particular, tu creación, Caroline. Este trago —masculló, mientras tomaba un frasquito de su cinturón—, es a tu salud; no tomaremos otro hasta dentro de unos años, si al final decides esperarme. Me ha alegrado mucho volver a verte —le susurró al oído, antes de besarle en la mejilla y salir del carruaje pasando por encima de ella.

La bota de caña alta se hundió en el lodo, que ahora se teñía de rojo junto al cuerpo de Favio, antiguo capitán de la guardia del condado de la casa Farelian.

El alquimista se inclinó, rebuscó en el cadáver y tomó sin ceremonias la llave de sus grilletes, que se permitió dejar a la entrada del carruaje.

A uno y otro lado del camino se amontonaban los cuerpos de los guardias vestidos con el escudo de la reina consorte, todos ellos antiguos miembros de la extinta casa Farelian.

—Pecata minuta —se dijo a sí mismo el alquimista, sonriente, mientras sorteaba cadáveres amoratados—, si lo miras con perspectiva.

* * *

—¿Así que ese es el gran misterio? —tajó la marquesa—. Te tirabas a tu hermana, ¿y qué?

—Y nada. Usted ha insistido, doña Valeska.

La condesa no replicó; en aquello tenía razón. Ardauz Milampere los miraba alternativamente, con una expresión incierta en el rostro.

—Mañana salimos para Tsacovia —decidió la mujer de improviso—. Hemos terminado por hoy. Ardauz, organiza las guardias de tus hombres. No quiero menos de dos personas con él, siempre. Si necesita mear, lo acompañarán también.

—Así se hará.

—Si necesita algo, sea comida, tinta, agua…

—¿Y vino? —interrumpió el prisionero.

—Si desea vino, se le traerá también. Si hace ruido, puedes golpearle. Si intenta huir, se hace el gracioso o da cualquier problema, puedes golpearle. ¿Entendido?

—Entendido.

—Será agradable volver a Tsacovia —murmuró el alquimista, lo suficientemente alto para que sus dos acompañantes lo oyesen—. Ver qué tal le va todo al margrave, a la pequeña y a Abib…

—Abib ha sido relevado de su cargo —replicó la marquesa, seca.

—¿Abib? —reiteró el alquimista—. ¿El bueno de Abib? Pobrecito. Le venía bien ese empleo… uh, ¿alguien más ha oído algo en el piso de arriba?

—¡Ardauz!

—Subo a investigar.

La marquesa se mostró conforme. Aún antes de que el hombre dejase la estancia, se acercó hasta la entrada y echó el cerrojo. Después, una

por una, fue asegurando las ventanas y sólo entonces le indicó al capitán de la guardia que procediese a la inspección.

—No se preocupe, marquesa —se sonrió el alquimista, que jugueteaba aún con la plumilla—, si algo pasa, yo la protegeré. Sólo desearía…

—¿Qué?

—Tener al bueno de Abib aquí, para ayudar a protegeros —susurró.

La marquesa le miró confundida, durante apenas un segundo. No obstante, aquello fue un segundo más de lo que se podía permitir: ni corto ni perezoso, el asesino cojitranco se materializó junto a la puerta, justo a las espaldas de la marquesa.

El hombre, contra todo pronóstico, fue más rápido que ella, que ya se revolvía. Con sorprendente maestría en alguien que cojeaba de aquella manera, el asesino apresó su cuello, usando para ello las esposas que aún colgaban de sus manos.

Como un resorte, el propio Jan se incorporó de la silla y le colocó la punta de la plumilla en el cuello.

—Menuda estupidez de plan —bufó el alquimista, sonriente—. Este sitio está rodeado de guardias reales.

—Pero me llamaste tres veces…

—Tenía curiosidad —se sonrió el otro—. Ardauz bajará en cualquier momento.

—¿Quién es Ardauz? —preguntó Abib, aún sosteniendo a la marquesa, que ya no forcejeaba.

—Alguien con quien no nos las queremos ver. Bastante más inteligente que el guardia promedio de la Universidad, te lo aseguro.

—¿Y qué propones entonces? —replicó de nuevo, angustiado.

El alquimista no respondió de inmediato. Oteó en rededor, visiblemente nervioso, y tras un momento se volvió de nuevo hacia su compañero y le guiñó el ojo.

—Necesito que le entregues esto a los demás —susurró, mientras sacaba un pedazo de servilleta pintarrajeado de entre los pliegues de su ropa—. No lo leas aún, házselo llegar, y yo me encargo del resto. En la nota está toda la información que necesitáis, ¿vale?

—Vale —cedió el otro, visiblemente poco convencido.

—Pues hale, desaparece.

El hombre cojitranco no se hizo de rogar; en un abrir y cerrar de ojos, los grilletes ya no aprisionaban a la marquesa. La plumilla que amenazaba su garganta, tampoco.

—Siento esto, Valeska. Los chicos son impulsivos, yo…

—Siéntate —ordenó la otra con el rostro constreñido—. Ahora.

—¡Ardauz! ¡Aquí, ya!

El capitán de la guardia no se hizo de rogar; en apenas unos instantes bajaba ya las escaleras con gesto curioso.

—¿Ha sucedido algo, Valeska?

—Nada. Nos llevamos ya al señor de Cabbery.

—¿Ahora? Pensaba que íbamos a esperar a mañana.

—Ahora he dicho. Dispón a tus hombres para partir —ordenó la mujer. Su tono no dejaba lugar a discusión.

—Sin demora, mi señora marquesa.

La mujer no esperó en esta ocasión, se retiró sin una sola palabra y recogió un escueto fardo de pertenencias, abandonado en el rincón más oscuro de la sala.

Acto 2

Capítulo 8

"Para mis queridos compañeros. Con suerte, os habré podido hacer llegar la nota adecuada, pero tened en cuenta que he preparado varias de antemano y que podría haberos enviado una errónea. Si consideráis que la situación no se ciñe a la de la nota, por favor, ignoradla y poner mi situación en conocimiento de Covedine. Dejo en ese caso mi suerte en sus manos y os encomiendo la simple labor de amasar una fortuna con la que hacernos valer a mi retorno.

Si por el contrario, se da el improbable caso de que os haya entregado la nota adecuada, he secuestrado (o al menos lo he intentado) a la marquesa Valeska, que se retuerce ahora de pánico entre mis manos. En este caso, os enviaré más cartas explicándoos mi situación cada semana, siempre que me sea posible, enviándoselas a cierto mercader de un puesto de queso de la villa de Calaud, que hará las veces de enlace franco y que no debe conocer vuestras identidades. Os dará mi correspondencia a la seña de "Por favor, doscientas libras de turquesa azul de Tadidia". Si se negase o diese signos de no reconocer la contraseña, apaleadle hasta obtener la información necesaria.

Continuando con el plan, en el supuesto de que todo vaya según lo previsto, debería volver con vosotros antes del término de treinta días, previsiblemente con fondos abundantes y, quién sabe, quizá la hija y la simpatía de la marquesa.

Con cariño, vuestro científico preferido, no me echéis de menos (yo no lo haré)."

J.

El día clareaba, aunque la inactividad era patente aún a aquellas

horas en el viejo laboratorio del edificio Prahlini. Los tres hombres se desparramaban inmersos en distintas lecturas, rodeados por completo de un desorden patológico en el que sólo se agitaban algunas llamas que iluminaban la amalgama de candiles colgantes.

—¿Hoy es el día, no?

—Fue ayer —replicó el más joven de los tres.

—Quién sabe, quizá…

—¿Has oído que hayan raptado a la marquesa, o a su hija? —zanjó el aprendiz—. Pues ya está, Jan nos dio una nota errónea. O algo le ha salido mal, tanto da.

—¿Y ahora qué?

—¿Crees que podrías ir a hablar con los marqueses, Abib?

El hombre, que ya no vestía su indumentaria de asesino, arqueó una ceja por toda respuesta.

—Sí, quizá no sea una buena idea.

—He amenazado a una marquesa, que con toda duda me habrá identificado como un desertor de la guardia musí. Me habrá delatado hace días, y eso…

—¿Eres un desertor? Pensaba que te habían dado por muerto.

—Quizá eso hubiese sido inteligente —accedió el hombrecillo—. Pero también era más arriesgado. Como desertor, mientras siga pagando mis impuestos a la guardia musí, no pondrán especial énfasis en dar conmigo.

—No sabía que tenías que pagar impuestos, Abib.

—Bastante duros, además. Cuando uno de nosotros se independiza, tiene la opción de pagar una tasa que, por así decirlo, rebaja un poco las ganas del imperio en encontrarnos.

—¿Y la llevas al día?

El hombre se rio con nerviosismo por toda respuesta. Alexei resopló; el tiempo se les echaba encima y Jan no aparecía.

—Creo que voy a seguir trabajando un poco —se aventuró el más anciano de los tres—. Esa mujer que has traído está resultando ser un… excelente sujeto.

—Se llama Anya.

El anciano asintió, indiferente.

—Creo que podemos hacerle mucho bien. Tal y como quedó…

—Calduim —le interrumpió de nuevo el más joven, al que el tema le resultaba visiblemente incómodo—. Ve a trabajar tranquilo, yo iré a La Ninfa y esperaré alguna noticia.

—Sólo me siento mal…

—¿Por el tendero de queso? Se recuperará —resolvió el otro, como queriéndole quitar importancia—. Piensa en la cantidad de veces que podrá contar esa anécdota en la taberna, casi le hicimos un favor. ¿Qué harás tú, Abib?

—Creo que buscaré un nuevo nombre. Y quién sabe, quizá dé clases de esgrima, necesito sacar algo de dinero de donde sea.

—Estaba pensando que podrías hacerle una visita a Covedine. Al fin y al cabo…

—Dame una dirección —cedió el otro, poco dispuesto a discutir con su compañero.

—De todas formas, no hay de qué preocuparse. Incluso si han encerrado a Jan, es cuestión de tiempo que se escape antes o después.

—¿Del calabozo de los marqueses? —replicó el profesor Calduim desde el fondo del laboratorio, mientras desinfectaba sus instrumentos con un tarro de alcohol.

El más joven asintió convencido, aunque en su interior luchaba por acallar algo que se revolvía en su interior.

—Seguro que hasta está ya de camino —susurró, nuevamente más para sí mismo que para sus compañeros—. No hay de qué preocuparse.

* * *

El techo del calabozo era húmedo y opresor. Demasiado bajo para el gusto del alquimista, que en algunas zonas incluso lo rozaba con el pelo.

Las pisadas resonando por la galería le animaron sobremanera; le gustaba no sólo recibir visitas, sino provocar a los guardias. Cualquier cosa era mejor que estar a solas sin poder trabajar, y se aseguraban bien de que no tuviese nada con qué hacerlo.

—¡Eh, guardia! ¡No me cabe más pis, necesito que me vacíen el cazo! Esta vez no lo volcaré, lo prometo.

El hombre se rio desencajadamente de su propio comentario, pero su visitante no. Normalmente, la guardia no solía reírse con él. Quizá por eso le evitaban.

Tras la máscara de metal que estaba obligado a llevar, apenas sí podía ver por dos pequeños resquicios, y aquello le irritaba mucho. Con todo, se alegró de ver a la marquesa ante él, en lugar de uno de los típicos guardias del calabozo.

Sin dudarlo, se inclinó, haciendo una graciosa reverencia.

—Mis disculpas, Valeska, yo…

—Da igual —le cortó la otra con violencia. Al alquimista no dejaba de sorprenderle lo frío que se había vuelto el trato desde que le había puesto la punta de la plumilla en la garganta. Para él, aquello había sucedido hacía ya una eternidad—. He estado revisando todo lo que has escrito, Tankridian. La verdad —admitió, girando sobre sí misma —, no sé qué pensar.

—¿Pregunta la joven heredera por mí?

—Lo hace, sí.

—Ya sé que no es posible, pero sólo para que conste, me gustaría

verla.

—¿Con la máscara de metal?

—Estoy muy enfermo —exclamó el otro, teatral. También guiñó un ojo, aunque eso no lo podía ver la marquesa—. ¿Cómo va el margrave?

—Sano. Sigue sin querer bajar a verte, no te creas que no se lo he preguntado.

—Y yo que se lo agradezco, Valeska.

La mujer asintió, en silencio. Luego, indicó al hombre que se alejase de los barrotes de la jaula, y así lo hizo este. Luego, tomó unos papeles que había escrito con una ramita y hollín, y los tendió junto a los barrotes. Después, volvió a alejarse de ellos, y la mujer tomó los documentos.

—Me gustaría poder darte una pluma en condiciones, Ían.

—Tranquila —se sonrió el otro con naturalidad—. Yo tampoco lo haría, sin rencor.

La mujer asintió nuevamente, el rostro aún constreñido en una mueca implacable.

—He escrito a un conocido mío. Yo no sé qué pensar, es cierto, ni tampoco lo saben Sebastian ni Ardauz, aunque él tiene ideas más… sencillas. Por así decirlo.

—Ardauz… tiene pinta de buen hombre, es una lástima que no hayamos podido conocernos mejor.

—Me alegro de que lo veas así —replicó la mujer, adoptando nuevamente su tono de imponer condiciones—, porque será él quien te escolte. Irás a ver a un conocido mío, Ían, que nos dará un informe sobre ti.

—¿Un loquero?

—Algo así.

El alquimista bufó. Había muchas disciplinas que despreciaba; las que más, la cosmología y la astrología, pero los herboristas, los druidas, los mezcladores de elixires y los echadores de cartas también se encontraban entre sus menos preferidos. Los loqueros gozaban sólo de una opinión ligerísimamente mejor que estos últimos.

—¿No hay alguna otra alternativa? No se está tan mal aquí al fin y al cabo, el otro día con la ramita y el hollín dibujé en la pared una po…

—No hay vuelta de hoja, Ían. Irás al especialista. Si le das el menor problema a Ardauz, tiene orden de matarte. Además, llevarás un localizador. En esta casa nunca hemos usado de la magia, no nos gusta, pero en esta ocasión…

—O sea, que os quedáis sin capitán de la guardia y contratáis a un hechicero por mí. Me siento halagado, marquesa.

—Y así debe ser —zanjó la otra con seriedad—. Quiero que

entiendas que estamos invirtiendo mucho en ti, Ían. Me gustaría que me dieses la palabra de que vas a comportarte.

—No es que no tenga pensado hacerlo —comenzó a farfullar el alquimista—, pero a veces hay imprevistos, a veces…

—Si das el menor problema y Ardauz no te mata, lo hará el mago con el localizador que llevarás, y se enviará un comunicado a la reina Caroline dando cuenta de toda tu información conocida, así como de tus conocidos cercanos.

>>Puedes creerme cuando te digo que te hemos estado investigando, Jan —enfatizó la mujer, recordándole así que no le pasaban inadvertidas algunas de sus otras identidades—. Te digo esto, insisto, porque quiero que nos llevemos bien. Sebastian quiere verte libre de nuevo. Y Clara también. ¿Está claro?

—Clarísimo. El problema…

—Te devolveremos tus togas bordadas para ponerte a salvo de tu hermana o de cualquier otro que te esté buscando. Y la máscara que llevas también contiene una aleación de silentella.

—¿Silentella?

—El tejido de ocre ya no se lleva, Jan. Aleaciones —le sonrió la mujer—. No has pasado tanto tiempo enjaulado y ya tienes que ponerte al día… una escolta te recogerá. Se te limpiará y se te vestirá antes de dejarte en compañía de Ardauz.

—Gracias, marquesa.

—Jan —le cortó la mujer, indicándole que no hiciese reverencias y con un tono menos firme—. De verdad que estamos arriesgando mucho por ti. No me jodas, ¿vale?

El alquimista la miró fijamente y asintió con aplomo.

* * *

—De Cabbery —le aprendió el jinete por enésima vez. Los dos hombres llevaban casi dos días en el camino y seguían sin acostumbrarse a la compañía mutua. El trato era forzoso, ninguno se molestaba en ocultarlo a aquellas alturas—. Sigo sin entender por qué la marquesa se está gastando tanto en ti. Estás costando…

—Una fortuna —le atajó el otro—. Ya lo sé. Y no, yo tampoco tengo ni idea, capitán.

—Señor Milampere —le corrigió el otro con tono derrocado. No era la primera vez que se lo decía, ni la segunda. Ni siquiera la décima.

—Lo que sea.

—¿Qué pasó el día que te apresamos, Ían?

El alquimista no respondió de inmediato. El capitán de la guardia había evitado hacerle preguntas directas desde que habían salido de Tsacovia. Y ahora, ya casi al término de su viaje, exponía aquellos dos hechos. Uno tras otro, sutil, pero significativo.

Jan Farelian se sonrió con malicia, aunque su acompañante, que

guiaba al animal sobre el que ambos viajaban, no lo pudo advertir al ir detrás.

—Si tu pregunta es si la marquesa y yo…

—Yo no he preguntado eso —se adelantó el otro de inmediato.

El prisionero rio, agitado.

—Si se me hubiese ocurrido propasarme con la marquesa, estoy bastante seguro de que no habrían quedado restos míos para traer aquí. ¿Vale?

El otro asintió, aún tomándole de la cintura con la mano libre.

Jan no se terminaba de acostumbrar al trato del capitán de la guardia de Tsacovia. Su experiencia le dictaba que la mayoría de los miembros de la guardia en general, y los de alto rango en particular, recibían sueldos inversamente proporcionales a su interés por hacer bien las cosas.

Y allí estaba aquel Ardauz Milampere, echando por tierra sus estadísticas.

—Ardauz, ¿cómo terminó al servicio de la marquesa?

—¿A qué se refiere?

—¿Eres un hijo bastardo del margrave o algo así?

—Gané rangos —replicó el otro—. Empecé como farolero, ni siquiera como guardia de la ciudad. Por extraño que le parezca —añadió, de alguna forma ofendido—, acumulé méritos, señor De Cabbery. Algunos progresamos así.

El alquimista no insistió. Ardauz Milampere le causaba sentimientos enfrentados. Mientras que le habría gustado tener a un hombre de su talla al lado de su padre, se encontraba asimismo incapaz de confiar en él, y aunque le gustaba ver cómo se preocupaba por la familia real, no encontraba nada que pudiese unirlo a ellos salvo su mera dedicación vocacional.

Aquel hombre le desconcertaba.

—Bienvenido a Bukovia.

—Qué nombre más ostentoso para una villa así.

—Las apariencias engañan, de Cabbery. Bukovia no es una villa extensa, no, pero tiene una industria exportadora destacable. De aquí salen tejidos y perfumes hacia la caravana del suroeste, y no muy lejos hay una explotación maderera y una cantera que suplen a los alrededores de Pii. La gente de este lugar vive bien, hay oportunidades de tener un trabajo digno, y eso hace la zona más segura, con menos delincuentes. Este lugar es uno de los sitios de los que más se enorgullece el margrave, y lo hace con razón, en mi opinión.

—¿Vive aquí el loquero?

El hombre bufó. Sabía el tipo de persona que era su prisionero y sabía cómo tratar con los de su calaña, pero su compañía constante le resultaba exasperante.

Sin prisa pero sin pausa, los dos hombres se adentraron en el asentamiento sin apearse del caballo. Tomaron una de las vías principales y avanzaron hasta volver a tomar un desvío que llevaba hacia las afueras. No demasiado lejos, en una colina, se erigía un edificio notable, amplio y bien iluminado. A su alrededor, una valla discreta bloqueaba el paso y una suerte de árboles y arbustos sabiamente distribuidos ocultaban la finca a la vista de ojos curiosos.

El capitán Milampere guio al caballo hasta la entrada de la finca y esperó junto a la valla. Al poco, un hombre vestido de negro se acercó caminando por un sendero de grava que cruzaba el jardín. Al momento, recogió el escrito que le tendió el capitán de la guardia entre los barrotes de la verja, y, tras revisarlo minuciosamente, se lo devolvió a su legítimo propietario y les permitió la entrada.

—Bienvenidos a la residencia del doctor Popolov —replicó el guardián con escaso entusiasmo y nula ceremonia. Tras cruzar la verja los dos visitantes, volvió a cerrarla y echar los numerosos cierres de seguridad. Antes de que ninguno de los dos viajeros se pudiese dar cuenta, el guardián ya había desaparecido entre los árboles.

La finca, por otro lado, parecía mucho más imponente desde dentro, y la villa, desde la colina, parecía de alguna forma más reducida, casi insignificante.

Tras dedicarle un momento a aquel pensamiento, escolta y prisionero se apearon del animal, tras lo cual, el primero le tendió al otro unas esposas.

Jan Farelian odiaba estar esposado, pero si aquella era la condición para lo que fuera que fuese aquel procedimiento, estaba dispuesto a transigir. Se colocó ambas esposas y le tendió las manos al capitán para que comprobase que estaban bien cerradas. No lo estaban, pero Ardauz Milampere lo corrigió en apenas un instante.

—Será mejor que te comportes ahora, de Cabbery.

El otro asintió. Se divertía con el capitán a falta de otra cosa mejor, pero de la misma forma que estaba dispuesto a ir esposado, también estaba dispuesto a mostrar su mejor faceta al loquero. Además, no era la primera vez que visitaba aquel lugar, aunque su escolta no parecía estar al tanto de aquello.

Su acompañante usó el picaporte para dar tres sonoros golpes a la puerta, “tac, tac, tac”. En la casa no se oyó ni un ruido, ni un solo signo de que alguien les hubiese oído.

El capitán volvió a tomar el picador, pero el otro le sostuvo con las manos esposadas, agarrándole con torpeza.

—Paciencia —le indicó el alquimista, ahora sí, intransigente. El otro le miró, de alguna forma sorprendido, pero no insistió. Soltó el picador con delicadeza y continuó esperando, de pie.

Al poco, la pesada puerta cedió con un quejumbroso aullido. Al otro

lado del umbral, una mujer joven de aspecto mortecino les recibió con una modesta reverencia. El capitán de la guardia respondió con una inclinación de cabeza, y también respondió el alquimista, inclinando todo el cuerpo y esgrimiendo las manos esposadas como si mostrase una hermosa flor.

—Desearía tener un sombrero que blandir ante vuestra presencia —añadió además con un tono servil.

—Buscamos a vuestro señor, el doctor Tarum Popolov. Teníamos concertado…

—Sé perfectamente —le interrumpió la mujer con aplomo—, lo que tenían concertado. Diagnosis de conducta, veracidad de hechos, análisis de personalidad y de riesgo, cualificación potencial cuantitativa para desempeño de funciones varias a especificar en documento…

El capitán no respondió de inmediato. Se limitó a boquear con torpeza mientras le tendía el rollo de pergamino que había mostrado al guardia de la entrada. La mujer lo aceptó sin interés y echó a caminar por una galería, indicándoles que la siguiesen.

La comitiva continuó avanzando por el pasillo, cubierto por una gruesa alfombra y mobiliario oscuro. El lugar se encontraba lóbregamente iluminado, y se veía lo justo para no tropezar con las mesillas y armarios que se amontonaban por todos lados, en ocasiones cubiertos por largos paños descoloridos.

Al poco llegaron a un amplio y lujoso salón cuyas paredes estaban cubiertas de librerías. Unas escaleras de madera lo conectaban con un segundo piso en el que se amontonaban más documentos, aunque la mujer no se dirigió allí, sino al amplio sillón que se colocaba junto a una hoguera y una mesa con vasos y botellas de licor abiertas.

Sin ninguna ceremonia, se dejó caer sobre el sillón y les indicó a los otros dos que obrasen de la misma forma. Sólo entonces, a la luz del fuego, el capitán se dio cuenta de hasta qué punto tenía la mujer un aspecto ceniciento.

—Usted debe ser el capitán de la guardia Ardauz Milampere —continuó hablando ella, haciendo gala de un pronunciado y extraño acento—, y usted el llamado Tankridian de Cabbery. En adelante, sujeto.

—Puede llamarme Ían, de Tankridian.

—Sujeto será más adecuado —zanjó la otra. Aún no se había dignado a desenvolver el papel que le había tendido el capitán de la guardia.

—Respecto al doctor…

—El doctor se encuentra extremadamente ocupado en estos momentos, me ha pedido que sea yo quien me encargue de este sujeto. La marquesa tiene pleno conocimiento de ello y consiente, se lo

aseguro. No estaríamos aquí si no fuese el caso, Milampere.

El hombre volvió a quedar nuevamente sin respuesta, aunque en esta situación se permitió asentir con aplomo, dando un aspecto de alguna forma más competente.

—Con el debido respeto —habló entonces—, su señoría no se ha presentado.

—Es Catalina Popolov —le informó el prisionero cabizbajo, mientras se peleaba con las esposas para servirse licor—. Hija del doctor Tarún Popolov y la doctora Emilia Cabileri.

La mujer lo advirtió y le arrebató la botella de entre las manos, sin violencia pero con convicción.

—No puedes beber alcohol antes de las pruebas, sujeto.

—¿Y tú sí? —replicó el otro, dolido—. Ya está, va a salir que estoy loco.

—Saldrá lo que tenga que salir. Si todo sale como debería, las pruebas se prolongarán durante los próximos cuatro días, señor Milampere. Ya he preparado todo lo necesario, y podremos empezar esta misma madrugada, en cuanto descanséis del viaje. He dispuesto que os acomoden en una misma alcoba, y tendremos unas cinco horas para cenar, dejar las pertenencias, asearnos y descansar un poco. Con suerte —continuó hablando la doctora, haciendo gala de su extraño acento—, antes del amanecer habremos terminado la primera sesión de estudio y podremos hacer una pausa larga para desayunar y dormir un poco hasta media tarde.

* * *

—¿De Cabbery?

—¿Uh? —mugió el otro. Se habían acostado hacía un rato, pero ninguno era capaz de conciliar el sueño—. ¿Si?

—¿Qué tal ha sido?

—Ha ido bien. La doctora… no comparto sus métodos, aunque los respeto —añadió rápidamente—. Primero me ha sentado en una silla muy pequeña, me ha asegurado que nadie nos podía ver ni oír, y me ha acercado un vaso con leche y pastas de mantequilla, pero no me ha dejado tocarlas; antes me ha dibujado unas líneas en las manos y la cara y ha estado un rato mirándome y tomando nota. Después me ha invitado a probar la comida y ha seguido apuntando, y después me ha preguntado si tomaba algo.

—¿Algo?

—Tipo alucinógenos o… drogas

—¿Y bien?

—¿De verdad te interesa, Ardauz?

El otro no respondió. Se limitó a resoplar, cansado. El viaje no había sido largo, pero de alguna forma se encontraba machacado. Cuando el alquimista llegó a la habitación, él ya se había desecho de su

armadura ligera y se había puesto el tradicional traje de gala de la guardia tsacovia.

—¿Sabes qué? Tienes razón, no es asunto mío.

—Claro que no, hombre. A ti sólo te pagan por traerme y llevarme de vuelta, ¿no?

—¿Te molesta? —replicó el capitán, haciendo uso de un matiz casi hostil en su voz.

En esta ocasión fue el alquimista el que no respondió de inmediato. Aún no era capaz de entender a Ardauz Milampere, y aquello sí que le molestaba. ¿Qué motivaciones tenía? El dinero no era una de ellas, de aquello estaba seguro.

—Le di la receta de un estimulante en el que he estado trabajando los últimos meses. Confío en que no la difunda, la doctora es una buena profesional.

—Da la sensación de que la conozcas bien, de Cabbery.

—Conocí a su padre. Acompañé a mi antiguo tutor una vez, en el pasado. Antes de que me expulsasen de la universidad y él decidiese echarse a perder. Intercambiamos algunas palabras con el doctor Popolov, fue… interesante. Revelador, por así decirlo, una mente adelantada a nuestro tiempo.

—No has respondido —objetó el otro con un tono nuevamente firme, imponente—. ¿Conocías a la doctora?

—Aha. Aunque ella no parece acordarse de mí. En privado me ha seguido llamando "sujeto".

El otro se rio, y aquello tranquilizó al alquimista. Aquel hombre le confundía, sí, y también le irritaba, pero al mismo tiempo le hacía sentirse seguro.

—Ardauz.

—¿Sí?

—Cuando la marquesa mandó transportarme, aún en Pii, cuando subiste al segundo piso, ¿recuerdas?

—Aha.

—Convoqué a un aliado. Un compañero, antiguo miembro de la guardia musí.

—¿Un desertor?

—Eso parece —asintió el otro—. Él inmovilizó a la marquesa y yo le puse la plumilla en el cuello.

—¿Por qué harías eso? —preguntó el otro, poco sorprendido.

—Convencí a mi compañero para que se fuera, le engañé, en realidad —replicó el alquimista, ignorando la pregunta—, me disculpé con la marquesa y volví a sentarme.

El capitán se tomó unos momentos antes de responder. Su prisionero le frustraba, se le antojaba un hombre incomprensible y peligroso.

—Eres un hombre raro, de Cabbery.

—¿No quieres saber por qué hice esto también?

—Tú mismo lo dijiste —susurró el otro, adormecido—, sólo me han pagado para que te traiga y te devuelva, nada más. Buenas noches, Ían.

—Buenas noches Mil —respondió el alquimista. Sus propias palabras le trajeron recuerdos de alguien a quien prefería dejar en el pasado. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero lo domeñó con firmeza y cerró los ojos.

Mañana sería un día duro.

* * *

Había amanecido hacía ya algunas horas, pero ni de lejos se podía considerar que era media tarde, como la mujer les había dicho que sería cuando se levantasen.

Aun así, la doctora había picado en la puerta con pocas ceremonias y se había adentrado en su habitación sin esperar respuesta de ningún tipo.

—Buenos días, capitán, sujeto.

—Buenos días —replicaron los otros al unísono. Los dos se resintieron, también al mismo tiempo, cuando la mujer recogió las rústicas persianas, inundando el cuarto de una luz cegadora.

—Sujeto, levántate y baja al jardín, tenemos aún un buen rato hasta la hora de la comida. Estaré esperando bajo el sauce.

—Estaremos abajo en un momento, doctora —respondió el capitán.

La mujer se acercó al lecho, sobre el cual aún se retorcía, perezoso, el capitán Milampere.

—No se preocupe, mis hombres me cubren. Además —añadió, asegurándose de ser oída—, a usted sólo le pagan por escoltar al prisionero, ¿verdad? Ida y vuelta.

El capitán asintió, sorprendido, y la mujer echó a caminar en solitario hacia la puerta.

—Cinco minutos, sujeto. No me hagas enviar a alguien a por ti.

La puerta se cerró con un chirrido agónico, y sólo cuando los lamentos que emitían las tablas del pasillo se fueron alejando, el capitán se permitió articular unas palabras mientras observaba al apresurado alquimista.

—¿Crees que nos ha estado espiando?

—Lo dudo mucho —respondió el otro, mientras asentía claramente con la cabeza.

* * *

—Hace un día precioso, sujeto. ¿No le parece?

—¿Es una pregunta de examen? —replicó el otro, sonriente.

—Toda palabra pronunciada es parte de un examen, de Cabbery.

Ella no sonreía, aunque le observaba con algo difícil de describir en la mirada.

—Doctora —comenzó a articular el alquimista, aunque ella le interrumpió con un gesto firme.

—*Tratado sobre la duplicidad de la naturaleza de determinados impulsos intangibles*, *Proposición para el segundo convenio de estándares articulados: dimensiones de dientes, pistones y pernos*, *Uso y derivados del beleño en*…

—Vale —le atajó el otro—. Te acuerdas de mí. Pues me alegro, Catalina.

—Doctora —le corrigió la otra—. Una cosa no quita la otra. En la carta que se me entregó, se indica que eres un sujeto especialmente peligroso.

—¿Y qué?

—Que estamos cubiertos por mi guardia en todo momento. Me pareció ético avisarte antes de continuar con el estudio.

El hombre se giró, buscando a la guardia, pero no podía ver a nadie a su alrededor en toda la finca.

—¿Tu guardia lleva trajes de Kergoroth?

—Kergoroth es el pasado —bufó la otra—. La demonología no tiene cabida en el mundo moderno. Y al tiempo, ningún tipo de magia. La ciencia es el futuro, Jan. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

El hombre dudó. ¿Aquello era parte del examen? ¿Estaba la doctora poniendo a prueba su megalomanía, o se limitaba simplemente a compartir sus ideas?

—No te preocupes, mis sirvientes entregarán tus libros y pliegos a Ardauz, pero la llave de la caja te la daré solamente a ti. Al fin y al cabo, tanto tú como tu maestro erais hombres libres cuando se los entregasteis a mi padre. Dicho eso, la prueba sigue en pie. La marquesa me ha encargado diagnosticarte y así lo haré, no te quepa duda.

—Sé que no es nada personal.

—Sé que lo sabes —se sonrió la otra de forma fugaz—. Sabes, Jan. Recibo muy pocas visitas; la mayoría de ellas sólo para recibir material de estudio, y en alguna ocasión para aceptar manuscritos de algún erudito que se cree el próximo Tarum. Algunos son buenos —añadió, pensativa, más para sí misma que para su acompañante—, e incluso un par fueron sorprendentes, sí. Pero la mayoría son simples palurdos pedantes que se llenan la cabeza de cifras, conceptos y reacciones y piensan que son visionarios, profetas de una nueva era —clamó la mujer, soltando un generoso escupitajo al terminar—. Me honra recibir a alguien de tu talla, Jan, aunque sea bajo estas condiciones. Si la marquesa te otorga el visto bueno, me gustaría hacerte una oferta de trabajo. Sobre el papel, serías mi empleado, pero te construiríamos un ala propia, dirigirías tu propio laboratorio y no tendrías que darme ninguna explicación. Por supuesto —añadió,

rápidamente—, es demasiado pronto para saber si la marquesa te otorgará libertad. Es incluso demasiado pronto para saber si eres un demente, Jan. Lo primero es lo primero, y aún no me has respondido a mi comentario sobre el sol.

—Es agradable notar el sol en la piel, doctora.

—¿Esa es tu respuesta? —articuló la otra, arqueando una ceja.

Jan Farelian la miró, inseguro, y asintió.

—Supongo que sí que lo es. ¿Me ves demasiado pálida, Jan?

—Anoche no la veía demasiado pálida —replicó el otro sin mirarla. Con un gesto, manifestó que deseaba pasear por el jardín, pero la otra le cogió de las prendas y le obligó a mirarla—. Sí, con la pomada por toda la piel, sin duda, se ve demasiado pálida, doctora. ¿Podemos…?

—Adelante, pasea —le indicó la otra—. La finca es agradable, aunque suelo disfrutarla tras la puesta de sol.

—Siempre es positivo contar con una nueva perspectiva. Usted debería saberlo mejor que nadie —parafraseó el otro, sonriente. Pasear le calmaba, y la doctora, aunque le agradaba, también le causaba una cierta inquietud; razón de más para caminar al sol.

—Podríamos pasear todos los días si terminas trabajando para mí. Quiero decir, no mucho rato. Lo justo para despejar la mente.

—Sé que no es asunto mío, doctora, pero…

—No, Jan —atajó la mujer, adoptando nuevamente su tono firme—, no he dormido. Y no, no me sienta bien el sol.

—En realidad —maniobró el otro, que había estado a punto de formular aquellas precisas preguntas—, quería saber si había tomado algo para desayunar. Sería agradable verla tomar algo para variar.

La mujer retrocedió, visiblemente alborozada, y le miró a los ojos.

—La marquesa tenía razón; es usted un hombre peligroso, Farelian. Por cierto, tengo entendido que el hombre que le escolta conoce su identidad. ¿Por qué insiste en llamarle de Cabbery?

—No tengo ni idea —admitió el otro—. Supongo que porque así me presenté ante su marquesa.

—Una mujer inteligente, la marquesa Vihjalssom. Aunque esta decisión no le pega, no suele tomarse tantas molestias por un mero individual, si entiendes a qué me refiero.

—Lo entiendo —replicó el otro, a la defensiva—. Y no, no he dormido con ella. Ardauz también me lo ha preguntado, no lo entiendo. ¿Acaso tiene historial de infidelidades la marquesa?

—En absoluto —se apresuró a apostillar la mujer.

El alquimista no replicó, pero la miró con dureza. La marquesa era una mujer, si bien mayor que él, de belleza bien conservada. Con todo, aquella idea jamás se le habría pasado por la cabeza, por no hablar del profundo respeto que sentía hacia el margrave, aquel hombre cansado que le recordaba a su propio padre, el conde Jul.

—¿Estás bien, Jan?

—Estoy bien —se apresuró a replicar el otro, tratando de alejar aquella idea de su mente—. Entremos y hagamos las pruebas que hagan falta, por favor.

—Ya estamos haciendo las pruebas —susurró la otra, lo suficientemente alto para que el alquimista la oyera—. No me gustaría tener que repetírtelo una y otra vez. Y ahora, al laboratorio. Necesito darte unos alucinógenos bastante fuertes, y lo mejor para todos será que estés inmovilizado.

—¿Con el estómago vacío?

—No me hagas repetírtelo, Jan.

El hombre no se lo hizo repetir; volvió a otear en rededor, nuevamente sin vislumbrar ningún guardia en la finca, y echó a trotar tras la mujer, que ya le aventajaba.

Respetaba a la doctora, pero no se sentía cómodo siendo su sujeto de estudio. Algo le decía que por aquella finca habían pasado muchos como él, pero que pocos habían salido.

Al fin y al cabo, aquella era una de las cosas que él siempre había deseado: la mejor forma de saber si algo podía beneficiar a una persona no era con ratas o conejos, sino con personas. Lo único que siempre se lo había impedido era la ética, pero la doctora…

La doctora se alejaba demasiado de su estilo, para gusto del alquimista, y no le hacía gracia la idea de quedarse a solas con la supuesta guardia a la que ni siquiera podía ver.

Sin pensárselo dos veces, se remangó las ropas y empezó ya no a trotar, sino a correr por las oscuras galerías de la humilde mansión.

* * *

Los alaridos sacudían los pasajes de la vieja casa y agitaban a las aves del jardín. El sótano, contra todo pronóstico, se encontraba bien insonorizado; una serie de pesadas cortinas cubrían casi todas las paredes, y la puerta de metal forjado se encontraba bien almohadillada.

—¿Siempre gritan así? —quiso saber el capitán de la guardia, que por primera vez presenciaba una de las pruebas.

—No siempre —replicó la otra, a todas luces indiferente—. ¿Importa?

El otro negó con la cabeza. No le agradaba lo más mínimo ver a aquel hombre atado a un potro y dando aquellos alaridos salvajes, pero el deber era el deber.

—En ocasiones sólo babean o se duermen. En realidad, pocas pruebas son dolorosas, capitán.

—¿Puedo preguntar qué tipos de prueba hace normalmente?

—Puede —respondió la doctora sin apartar la mirada de sus apuntes —, pero me resultaría terriblemente difícil darle una respuesta que

pudiese considerar concisa.

—¿Desarrolla medicinas?

—¿Medicinas? —repitió la otra, mirándole ahora con una ceja arqueada—. Podrían llamársele así, supongo. Pero no, no las desarrollo, capitán. Sólo elucubro. Dejo que el trabajo de laboratorio lo afinen otras personas menos cualificadas.

—No estoy seguro de entenderla.

—No puede decir que no se lo advertí. Verá… y le explico esto por cortesía, pero debe saber que está interfiriendo en las pruebas.

—Perdón.

—No se preocupe, contaba con esto. Lo que yo hago, es tratar de elucubrar qué compuesto, o principio, o efecto, puede desencadenar una reacción concreta. Por ponerle un ejemplo concreto, nuestro sujeto estaba tratando de obtener adrenalina para inyectársela a sí mismo en momentos de necesidad.

—¿Cómo es eso?

—Pretendía inducirse una situación de pánico profundo esperando poder sacarse sangre en el proceso, para poder inyectársela en un momento en que necesitase una respuesta especialmente rápida.

—Suena…

—Negligente. Terriblemente negligente, sí.

El capitán fue a decir algo, pero se limitó a boquear, inseguro, y guardar silencio.

—Iba a decir algo como “monstruoso”, ¿no? ¿Grotesco?

—No, yo…

—No se preocupe —le interrumpió ella, nuevamente sin dejar de tomar apuntes sobre los balbuceos del sujeto, que había dejado de gritar—. No esperamos aceptación. Por eso vivimos en estas cómodas fincas, al igual que los hechiceros viven en sus torres.

—Creo que será mejor que espere fuera, doctora —terció el capitán, incómodo.

—Aún necesito que se quede aquí un poco más, capitán. Me resulta interesante ver cómo reacciona el sujeto a su presencia. ¿Me haría el favor de susurrarle algo?

—¿Cómo qué?

—Algo agradable, capitán; necesito que reaccione a un estímulo positivo, amigable, por así decirlo.

El hombre dudó. El prisionero no le causaba ninguna hostilidad, pero tampoco le conocía lo suficiente como para susurrarle algo que le hiciese sentir seguro.

—Lo has hecho bien —dudó, inseguro de qué nombre usar—, Jan. Lo has hecho muy bien. Deberías estar orgulloso.

—¿Tú… tú…. lo estás?

—Claro que sí —replicó el otro, tras dudar un momento pero con

firme seguridad.

—Gracias, papá —susurro el alquimista, dejando escapar un espumarajo mientras se giraba hacia el capitán de la guardia. Los ojos del hombre miraban a algún punto perdido en el vacío.

La doctora asintió para sí misma y anotó algo en su inseparable manojo de papeles.

—Esa pluma...

—¿Delira? —preguntó el capitán de la guardia. La otra le indicó que guardase silencio y se acercó más al alquimista. Luego, continuó garabateando en sus papeles, ahora simples borrones.

—Ah… ¿Khae? ¿Eres tú? —quiso saber el alquimista. Sus palabras sonaban torpes, lentas. Cada frase le costaba un gran esfuerzo.

—Claro que soy yo —susurró la doctora, acercándose—. ¿Qué tal has estado, Jan?

El hombre balbuceó algo ininteligible, pero se las apañó para menear la testa, indeciso.

—No me quejo… supongo que he estado… estado…

—¿Peor?

—Peor, sí, he estado peor… ¿Qué tal has estado tú, querida?

La mujer sonrió. A todas luces, en las notas que le había enviado la marquesa había varias referencias a las andanzas confesas del alquimista.

—He ido a algunos sitios y hecho cosas, ya sabes.

—Claro… —asintió el otro, visiblemente tranquilo y cerrando los ojos—. Quiero dormir, Khae. Me darías…

—¿Sí?

—¿Mi beso de buenas noches? —balbuceó el otro, con los ojos ya completamente cerrados.

La mujer se incorporó y miró al capitán de la guardia, que se mostraba igual de confundida que él. Luego, volvió la vista a sus apuntes, y finalmente, de nuevo al prisionero adormecido.

Después, volvió a preguntar con la mirada a su acompañante, que no había mudado de expresión, y se inclinó sobre el alquimista que permanecía a atado a la mesa por pies y manos.

—Buenas noches, Jan —susurró ella. Luego, se inclinó un poco más, apoyándose sobre la tabla donde reposaba el prisionero, y le besó en la frente.

Con el mero contacto, el otro reaccionó como un resorte; aún con los ojos cerrados, golpeó un sonoro cabezazo a la mujer, que se desplomó sobre él, y aún atado de pies y manos, mordió a la mujer, primero en el pómulo y luego en la nariz, abriendo sólo las fauces para gritar terribles improperios.

—¡Zorra! —bramó, furioso—. ¡Sólo eres una sucia y estúpida zorra, no me engañas!

—¡De Cabbery! —exclamó el otro al momento, luchando por separar a la doctora del enfervorecido alquimista.

—¡Siempre pensaste que eras más lista que yo! ¡Pues no! —aulló, antes de propinar un nuevo cabezazo a la doctora, que volvió a desplomarse sobre él.

El capitán de la guardia vio la ocasión y la aprovechó, y antes de que la mujer volviese a quedar a merced del alquimista, la alejó del potro donde el hombre continuaba tronando con auténtico odio desbocado.

—¡Pienso arrancarte las vísceras mientras te mantengo con vida! ¡Te lo aseguro, voy a hacer que deseases haber muerto con papá! ¡Estás muerta!

Ardauz ayudó a la mujer a incorporarse tomándola por la cintura, pero esta se lo sacudió con aspereza y se giró, con algo en los ojos que obligó al hombretón a retroceder un paso.

Ni corta ni perezosa, la mujer echó a caminar por el laboratorio mientras el alquimista continuaba amenazando e insultando indiferentemente.

—Yo me ocupo —informó, indicándole que se mantuviese alejado del prisionero. Aún agitada, se limpió la sangre del rostro y comenzó a tantear una suerte de herramientas que colgaban de la pared.

—Quieta —ordenó en esta ocasión el capitán—. Mis órdenes son entregar y devolver al prisionero, Catalina.

—Y así lo harás —replicó la otra, impasible—. Pero aún quedan pruebas por hacer.

—¿Qué tipo de pruebas?

—¡Pruebas! ¡Y ahora largo del laboratorio, capitán! Es una orden.

—Sólo obedezco órdenes de la marquesa.

La mujer lo observaba con fiereza; respiraba agitadamente y sostenía entre sus manos vibrantes un martillo de aspecto siniestro. Ardauz Milampere, aunque no se encontraba cómodo con la situación, se interponía entre ella y el prisionero, que continuaba clamando a todos los infiernos.

—No se equivoque, doctora —habló ahora el capitán, el rostro endurecido y el pecho hinchado—. Sé cuánto invierte la marquesa en usted y en su laboratorio. Y sepa que tengo permiso expreso para acabar con usted si lo considero necesario. Y ahora…

—Le sugiero que se calme —completó el alquimista, justo antes de romper en una sonora carcajada.

Las otras dos personas en la sala se giraron hacia él, sorprendidos.

—El martillo, doctora —insistió el otro.

—Podría llamar a la guardia.

—Hágalo —instó el capitán. Ahora avanzaba hacia ella, sin prisa pero sin pausa, recortando el espacio.

La doctora, cuya menor estatura se hacía evidente frente al fornido capitán de la guardia, dirigió una última mirada al sujeto, que ahora reía descontroladamente. Tras aspirar con fuerza, frunció el ceño, pero el hombretón la tomó por la muñeca y le arrebató la herramienta, obligándola a mirarle a los ojos.

—Será mejor que nos tranquilicemos todos —repitió de nuevo el alquimista, ahora tratando de imitar al capitán.

Capítulo 9

—¿Piensa volver con nosotros a Tsacovia, doctora?

La mujer no respondió. En su lugar, lanzó una mirada hostil al alquimista sobre la escudilla de asado, de la que no había probado un solo pedazo, y arrugó el ceño.

—La doctora preferirá continuar aquí —habló el capitán, conciliador —, bastante tiempo le hemos robado ya. ¿No cree, de Cabbery?

—No lo sé. Ha tenido la ocasión de experimentar con una mente verdaderamente aventajada. No lo digo yo —añadió, al ver los rostros de desagrado de sus acompañantes—, lo han dicho casi todos mis profesores, amigos y discípulos. Y algunos eran gente con un juicio razonablemente bueno, así que no sería justo negarles la razón sólo porque no es socialmente adecuado elogiarse a uno mismo, ¿no?

La doctora respondió nuevamente con un silencio y una mirada tensa. Su rostro estaba poblado de morados y marcas de dientes. Además, algo entre ella y el capitán había cambiado; el alquimista no sabía exactamente qué, pero estaba seguro de que había pasado algo mientras él había sido presa de los alucinógenos.

—A ver, sólo por curiosidad —se aventuró, a sabiendas de que su pregunta iba a causar una reacción abiertamente hostil. La curiosidad, con todo, bien lo merecía—, ¿qué ha sucedido mientras yo me encontraba así? A parte de los morados que le hice a la doctora, quiero decir.

—No sucedió nada —zanjó el capitán de la guardia.

—¿Nada? Cualquiera diría que…

—Nada —reiteró la mujer.

—Así que —susurró el otro por lo bajo, como si hablase para sí mismo pero asegurándose de ser oído—, papá y la doctora han tenido un encuentro y un desencuentro amoroso.

—De Cabbery —habló Ardauz Milamepre, haciendo ahora uso de su "tono de capitán"—, hemos dicho que ya es suficiente.

En esta ocasión, el alquimista no insistió. Sabía que no había sido eso. Quizá simplemente había sido un desacuerdo brusco. Quizá una discusión por asuntos de la corte. Súbitamente había dejado de importarle.

—¿Queda alguna prueba más, doctora?

—Una última prueba.

—¿Y después?

—Después partiréis. Como ha dicho el capitán, bastante tiempo me habéis robado ya.

—Es verdad —masculló el otro—, bastante tiempo llevamos ya aquí, ¿verdad Ardauz? Casi empiezo a extrañar mi celda. El trato no era todo lo amistoso que uno podía desear, pero ese… —aspiró, de forma teatral— ambiente de superioridad que flota por aquí me agobia, ¿lo hueles tú también, eh? Pues venga. No tengo más hambre, doctora. Hagamos la última prueba y larguémonos de aquí.

* * *

—¿Qué fue esa última prueba, de Cabbery?

El alquimista se permitió canturrear un poco mientras ideaba cómo explicárselo a su compañero de viaje. De la misma forma que algo había cambiado entre el capitán y la doctora, también había cambiado algo entre ellos, aunque no había sido de súbito sino poco a poco.

Ya no se sentía prisionero del hombre que le acompañaba, sino en todo caso su compañero, aunque no olvidaba que, dependiendo del informe de la doctora, sería libre para continuar considerándolo así o volvería a ser prisionero del apuesto hombretón.

Con todo, y quizá con más razón debido a aquel pensamiento, Jan Farelian estaba tratando de disfrutar de aquel viaje de vuela a Tsacovia.

—Me llevó a otro laboratorio subterráneo, también acolchado e insonorizado. Te imaginas para qué, ¿verdad?

—Sí, creo que me hago una idea.

—Pues me mostró a otros sujetos. La doctora, supongo que ya lo sabes, tiene una colección de personas metidas en jaulas de varios tamaños. Me pidió que le ayudase en un par de... operaciones, llamémoslo así.

—¿Crees que medía tus conocimientos?

—Quizá. Aunque me inclino más porque medía mi capacidad para causar dolor y la forma en que reacciono a ello.

—¿Y te gusta?

—No soy un sádico, Ardauz —replicó el otro, ofendido.

El capitán se disculpó de inmediato y continuaron la marcha en silencio durante un rato. Se habían apeado del animal al entrar en el bosque. No porque el terreno fuese inseguro, sino porque preferían disfrutar de la marcha: el sendero era amplio y los alrededores bellos.

Jan estaba seguro de haber pasado por lugares semejantes montones de veces, pero por alguna razón, aquella vez se le antojaba distinta: más intensa y definida, y aquello le hacía sentir bien.

—Ardauz.

—¿Sí?

—Asumiendo que el informe de la doctora sea positivo, ¿tienes idea de qué tendré que hacer para la marquesa? ¿Me dejará ir sin más o me pondrá a su servicio?

El otro le miró de forma significativa. Si lo sabía, no se lo podía contar. Sin embargo, había un deje de disculpa muda en la mirada del capitán. Jan Farelian no terminaba de dejarse sorprender por la disciplina que mostraba aquel hombre, incluso para tan pequeños detalles.

—Supongo que tendremos que averiguarlo —suspiró.

—Ían… —comenzó a decir, inseguro—. No puedo hablar en nombre de la marquesa, ¿vale? Pero es una mujer sabia. Puedes estar seguro de que tomará una buena decisión.

—De eso estoy seguro —masculló Jan, incómodo—, de lo que no lo estoy, es que esa buena decisión sea también buena para mí.

—Ían…

El capitán no llegó a terminar la frase.

Una flecha surcó el camino de lado a lado, silbó agitada y se incrustó en un tocón del otro lado.

—¡Bajo ataque! —exclamó al capitán, que en un movimiento sorprendentemente ágil se colocó tras el caballo.

Jan, por su parte, se quedó pasmado en el sitio; instintivamente se echó la mano al cinto, sólo para encontrar que no llevaba ninguno de sus frascos. Tras un breve examen de la situación, se echó al suelo.

—¡De Cabbery, aquí!

Las flechas continuaban lloviendo cerca de ellos, aunque sin acercarse demasiado.

—¿Qué sabes hacer?

—¿Sin mi equipo? —bufó el otro, fuera de sí—. ¡Nada!

El animal relinchó, dejándolos expuestos, y al momento, una flecha cayó cerca de ellos. Demasiado cerca, para gusto del alquimista.

El otro maldijo de forma terrible. Se incorporó, tomando al caballo de la riendas y lo obligó a retroceder, alejándose del lado del que surgían las flechas.

—Sea quien sea, no quiere que le veamos —masculló Jan—. Quizá sea un viejo conocido. ¿Te viene alguien con muy mala puntería a la mente? —Ahora no —atajó el otro, que se peleaba con el animal para hacerlo entrar entre los matorrales.

Ya allí, montó al animal y echó su fuerte brazo al prisionero, que lo tomó sin dudarlo un momento y montó también al asustado animal. Tan rápido como podían ir, se alejaron de allí.

La noche les sorprendió en una cueva, escondidos y sin una lumbre a la que arrimarse. La conversación, al igual que los ánimos, habían

decaído.

—Ían.

—¿Sí?

—Lo que voy a hacer ahora, no debes contárselo a nadie, ¿entiendes? Ni siquiera a la marquesa. Yo lo haré cuando llegue el momento.

—¿Ni siquiera si me lo preguntase directamente?

—Ni siquiera. Eso, al menos, me lo debes.

El alquimista no preguntó, pero la mirada de su compañero era mortalmente seria, así que asintió. Sin mediar palabra, el otro se puso a rebuscar en las alforjas y comenzó a esparcir un sinfín de ropas, paños, bolas de piel con utensilios de todo tipo, y finalmente una arqueta demasiado grande para contener bisutería.

—La marquesa me dio esto para que se lo enseñase a la doctora —le indicó, acercándole la caja al otro—, ni más, ni menos. La llave no la tengo yo, fíjate lo poco que se fiaba de ti… se la envió directamente a la doctora, por si me la robabas mientras dormía. Pero estoy seguro de que alguien de tus capacidades podría forzarla.

—¿Se supone que debo saber qué hay dentro?

—Tu equipo, Ían.

El otro le miró de hito en hito.

—¿Qué equipo? Yo no llevaba nada encima cuando me capturasteis. Escucha… Ardauz, todo esto es muy raro. Y muy conveniente, ¿vale? Párate a pensarlo. Nos embosca una persona, dos como mucho —explicó, haciendo pausas para asegurarse de que su compañero procesaba la información—, que además no se deja ver, y que encima tampoco alcanza a acertarnos a menos de treinta pasos, ni a nosotros ni a nuestro caballo, y justamente nos encontramos en una situación en la que llevamos mi equipo pero no podemos acceder a él. Casi parece que estén… poniéndonos a prueba, ¿no te parece?

—La marquesa no haría tal cosa.

—Yo estaba pensando en la doctora.

Ardauz Milampere frunció el ceño, y lo hizo con furia, aunque respiró profundo y volvió a adoptar aquel gesto contemplativo que le caracterizaba.

—¿Qué propones, Ían?

—Digo que pasemos de la doctora. Echamos a caminar rumbo a casa, y si nos volvemos a encontrar con el maniaco de las flechas, en vez de huir, nos lo llevamos por delante. Apuesto a que ni a un palmo nos acertaría, no parece que sea ese su objetivo.

—¿Entonces?

—Pasamos de él y volvemos con la marquesa.

—¿Y el cofre…?

—Dudo mucho que tenga mi equipo, la verdad. Si hay un combate,

mucho me temo que en esta ocasión estás solo. Además, tampoco es que pueda hacer mucho en el bosque. Yo cazo en la ciudad, amigo.

"Amigo". No quería decir que se arrepentía de haber dicho aquello, aunque le sonaba extraño. Sólo recordaba haber llamado amigo a su aprendiz Alexei y a su antiguo compañero de gremio, Jashid. Al menos, sólo recordaba habérselo dicho con confianza a aquellas dos personas. Había más personas a quienes había considerado sus amigos, por supuesto, y al pensar en ello le acudía a la mente el nombre de Khaelara… aunque no recordaba haberla llamado amiga en ninguna ocasión.

—¿Al camino? —ofreció, tratando de quitarse aquella idea de la cabeza.

—Al camino.

El bosque se antojaba menos bello a la noche, sumido en la oscuridad sempiterna que gusta de mostrarse amenazante, poblada de aullidos, ojos que desaparecen en las cercanías y movimiento de ramitas a los lados del camino. Con todo, la luna dejaba entrever algo de luz, y aunque no era lo ideal, se las apañaban para no salirse del camino.

Los dos hombres caminaban despacio para asegurarse de que ninguno se perdía, y por delante iba siempre el animal de carga, que avanzaba perezoso pero mucho más convencido que sus dos amos.

Antes de que se animasen a volver a pronunciar una sola palabra, las ramas del bosque habían comenzado a quedar atrás, aunque no por ello dejaron de avanzar; la pareja continuó a paso ligero hasta llegar a un asentamiento, en el que buscaron donde pasar la noche y donde dejar al animal de carga en buenas manos.

Tras beber y comer hasta quedar saciados, los dos hombres se dirigieron a una alcoba en la que pasaron la noche.

El resto del camino continuó sin incidencias, aunque no era raro cuando alguno de los dos se detenía a mirar atrás, sólo por si acaso.

Desde el accidente del bosque, no habían vuelto a ver nada que les indicase que les seguían, pero aquello había sido demasiado extraño como para no pensar en ello cada vez que algo se agitaba a los márgenes del camino o cada vez que alguien se giraba para mirarlos de improviso.

Con todo, los ruidos entre arbustos solían ser pequeñas alimañas y las miradas curiosas de aldeanos desocupados: hacía días que nada parecía amenazar su integridad.

Aún inseguros, llegaron de nuevo a Tsacovia, donde la guardia de los marqueses les recibió, todo saludos y reverencias.

Al alquimista se le antojó que el capitán volvía a caminar con más fuerza, casi incluso a ser un poco más alto dentro de aquellos muros; saltaba a la vista que aquel lugar era su casa, de una u otra forma.

Los dos hombres cruzaron el patio del fortín, y Jan sintió un aguijonazo de nostalgia al pasar junto al edificio de invitados y recordar la que había sido su habitación en aquel lugar. De alguna forma, todo había comenzado allí, con la visita de Abib.

¿Sería capaz de invocar al asesino si se concentraba en él y repetía su nombre? Había funcionado en el pasado, aunque la propia marquesa le había indicado que sus ropajes estaban repletos de tejido que negaba la magia. De todas formas, prefería no probarlo. Se detuvo al poner un pie de nuevo en el palacio, que ahora se le antojaba mucho más grande y frío, menos hospitalario.

—¿Debo volver a ponerme las esposas, Ardauz?

El otro se lo pensó. Estaba claro que no tenía instrucciones al respecto, pero aun así optó por disculparse y ponerle los grilletes a su compañero, que, al parecer, volvía a ser su prisionero.

—Pase lo que pase —le susurró el capitán de la guardia—, he disfrutado de este viaje contigo, de Cabbery.

De Cabbery no respondió, pero asintió con energía para hacerle ver al hombre que lo escoltaba que el sentimiento era mutuo. El resto del avance se le hizo extremadamente lento, como si fuesen sus últimos pasos antes de subir al cadalso. Caminaron por las galerías con suelo de mármol, avanzaron por unas escaleras y pasaron de largo la sala del trono. Continuaron ascendiendo más y más, y finalmente, llegaron a la habitación más alta del torreón. Junto al alféizar de la ventana reposaba el catalejo que le había tendido al margrave no hacía tanto tiempo.

El alquimista se sentó en la misma silla diminuta en la que se había dejado caer durante su primer encuentro con el margrave, aún disfrazado de jorobado por aquel entonces.

El catalejo, pudo advertir, había sido alterado. Desde lejos era difícil estar seguro, pero no recordaba que el objeto hubiese tenido tantas muescas al entregárselo al margrave; parecía bastante evidente que alguien había estado trabajando con él, aunque no quería arriesgarse a tenerlo en las manos cuando los marqueses entrasen en la sala.

El momento, sin embargo, se prolongó más de lo esperado. Casi una eternidad más tarde, a juicio del alquimista, se escuchó el prolongado quejido de la puerta, y por ella entró en esta ocasión el propio margrave.

—Buenas tardes, caballeros.

—Buenas tardes, margrave —respondieron los dos al unísono.

—He estado debatiendo con mi esposa sobre esto —indicó, dejando caer un pergamino enrollado sobre una mesa llena de papeles garabateados—. Es el informe de la doctora Popolov, con pelos y señales. En él se indican las reacciones del doctor Farelian ante estímulos de todo tipo. Un montón de guarrerías, en realidad.

—Margrave —le interrumpió el prisionero, inseguro—, disculpe que le interrumpa, pero no soy doctor; jamás terminé mi educación en la universidad.

—Me remito a las palabras de la doctora, Ían. Dice… dice muchas cosas —bufó irritado—. Lo que te considera, en términos generales, lo deja abierto a discusión. Remarca algunos de tus rasgos como la capacidad para mentir sin inmutarte, así como para causar y tolerar el dolor ajeno. Por supuesto, remarca una inteligencia muy superior a la media —enumeró, mientras continuaba pasando páginas del pliego enrollado—, conocimientos avanzados en botánica, fisionomía… bueno, tú mejor que nadie sabes de lo que sabes y de lo que no, Ían, no hay sentido para que sigas escuchándome enumerar tus títulos. En definitiva, concluye que se te debería considerar un individuo extremadamente peligroso.

—No pretendo ofenderle, margrave, pero ese era el punto de partida. Por eso estoy aquí.

El margrave le miró con impaciencia. De aquella habitación, era él quien parecía estar pasándolo peor de todos.

—Hemos podido verificar la mayoría de los datos que nos has contado sobre tu historia familiar, Ían. También hemos observado que hiciste un buen trabajo como profesor de Clarienna, al igual que lo hizo tu compinche como instructor de esgrima. En base a esto, Ían, hemos determinado que, pese a ser un individuo extremadamente peligroso, no amenazas la integridad de la casa Von Meister.

—Nada más lejos de mi intención, margrave —reafirmó el otro con tono humilde—. La única persona a quien amenazo es mi hermanastra, tal y como le he contado a la señora marquesa. No guardo ningún otro rencor contra nadie.

—Así pues, Tankridian de Cabbery, eres libre de ir, si así lo deseas.

—¿Sin más? —preguntó el otro, decepcionado. El capitán de la guardia, que observaba atentamente, lo miró, extrañado.

—¿Qué es lo que quieres, de Cabbery? —preguntó éste.

—Con el debido respeto, contaba con poder continuar trabajando para los marqueses, como instructor de Clarienna. O al menos, poder coordinarlo con mi trabajo en la universidad.

—Respecto a eso, muchacho —habló el marqués, por vez primera relajado. En aquel momento, al alquimista se le antojó mucho más parecido a como lo había encontrado en su primera reunión—, también hemos hablado Valeska y yo. Me temo que no es posible.

—No tendría problema en alojarme en la celda, margrave, y llevar siempre escolta. Ardauz ha sido un buen acompañante estos días.

—Ardauz no puede descuidar sus obligaciones para hacerte de niñera, Tankridian.

—Podría asignarle un par de escoltas, dos reclutas —intervino el

capitán—, si la marquesa gusta. Lo acompañarían día y noche, y podría alojarse incomunicado, en las celdas subterráneas como él mismo ha sugerido.

Los dos hombres miraron al capitán de la guardia con cierta sorpresa.

—Ve, habla con ella Ardauz. Pero antes —añadió frenando al capitán, que ya abandonaba la sala—, hazme el favor de retirarle los grilletes a nuestro invitado.

* * *

—Ha llegado la carta de la doctora, Tankridian.

—¿Y bien?

Había expectación en el aire: el alquimista llevaba días inquieto sin poder hacer nada; antes de continuar las sesiones con la heredera, los marqueses se habían reunido con él en repetidas ocasiones para charlar de todo un poco y para asegurarse también de que no se le escaparía información delicada delante de la joven.

Por otro lado, le habían dejado hacer un pedido de material para construir su propio laboratorio en condiciones dentro de la finca de los marqueses, ya que a cambio de permanecer con ellos, le habían vetado la comunicación con el exterior.

—Beleño blanco, beleño negro, estramonio, hierba de…

—Todos contienen psicoactivos —atajó él—, lo sé.

—La doctora ha recomendado precaución. Cito textualmente "me asusta pensar lo que un hombre así podría hacer con semejantes materiales".

—Es gracioso que la doctora diga eso, porque me ató a una cama de torturas y me drogó, sólo para experimentar conmigo.

La marquesa no replicó; en parte, porque fue ella quien había dado la orden.

—Además, experimenta con personas. No entiendo por qué ella es más adecuada que yo para evaluar riesgos, con el debido respeto.

—Ya que lo preguntas —afirmó ella, dispuesta a complacer al alquimista—, es cierto que la doctora carece de algunas limitaciones propias de la mayoría de las personas. La principal diferencia entre ella y tú, Ían, es que tanto ella como su padre nos han servido desde siempre. En esta ocasión, se trata puramente de confianza y tiempo. En cualquier caso —reanudó, tras contemplar la mueca de desánimo del otro—, y dado que hemos consentido en permitirte permanecer a nuestro lado, no veo sentido para privarte de tus herramientas, aunque —enfatizó—, sí que coincido con la doctora en que tendrás que apañártelas solo; Catalina ha enfatizado que podrías ejercer una relación de dominancia ante un posible ayudante, convirtiéndolo de alguna forma en un seguidor fiel a ti antes que a cualquier otro. Yo coincido con ella, y creo que es algo que prefiero evitar. Además,

también hemos rechazado la idea de que contactes con tus antiguos compañeros en la universidad de Pii. Por ahora, deberás olvidar que alguna vez han existido.

—¿Existe la posibilidad de que esto cambie en el futuro?

—Es pronto para decidirlo con seguridad, Ían. Pero sí, la posibilidad existe.

—O sea —recapacitó el otro—, que sería el tutor de Clarienna, tendría un laboratorio propio, una pequeña casa y un huerto donde cultivar mis propios materiales.

—Trabajarías para la casa Von Meister, Ían. No debes olvidarlo. Además, deberías dejar constancia escrita de cuanto trabajo realices, y sería la doctora quien supervisara dichas memorias.

Jan Farelian meditó aquellas palabras. Nunca había sido amigo de dejarse supervisar, y aunque sí le gustaba investigar a solas, sin tener que preocuparse de nada ni nadie, desde que tenía memoria había usado de algún ayudante para realizar la mayor parte del trabajo repetitivo, que en un laboratorio era la gran mayoría.

Aun así, aquella puerta le otorgaba unas condiciones razonables, y en el futuro, prometía el retorno para con sus compañeros en Pii. La idea de convocar a Abib a la noche o en el bosque se le hacía tentadora; deseaba hacerles saber a sus amigos que se encontraba bien, pero no quería jugársela: las condiciones eran muy precisas.

Sin pensárselo dos veces, se deshizo en una voluminosa reverencia y saludó a la marquesa.

—Tankridian de Cabbery a su plena disposición, mis señores.

Capítulo 10

Tres golpes tranquilos sorprendieron al alquimista.

—¿Quién es? —canturreó, aún atento a la mezcla burbujeante que calentaba sobre un pequeño fogón. A su lado, un taco de hojas perfectamente apiladas se llenaba de garabatos, fórmulas y números conforme avanzaba la mañana.

—El correo —replicó, también cantarina, la voz del capitán de la guardia.

Tankridian de Cabbery se sonrió ante la inesperada sorpresa y le indicó a su visitante que entrase sin más ceremonias. Oyó el mecanismo de la cerradura girar y posteriormente el crujido de la puerta.

—Empiezas pronto, Ían.

El otro se giró levemente y le sonrió sin mediar palabra. El capitán de la guardia vestía hoy su casaca azul de la corte y una armadura ligera de aspecto elaborado.

—¿Por qué tengo el honor de recibir el correo de manos del mismísimo capitán de la guardia?

—Es de la doctora.

—Hum... la verdad —masculló el de la mesa—, ni me acordaba de ella. ¿Lo has leído?

—Como ordena la marquesa.

—¿Y dice algo interesante? —replicó, devolviendo toda su atención a la mezcla burbujeante.

—Poca cosa. Te felicita por tu nuevo puesto. Te recuerda su oferta, y te avisa de que la fórmula que le entregaste es peligrosa. Se explaya bastante con tecnicismos que no me he molestado en intentar entender.

—¿Menciona adicción? ¿Turbidez?

—Puede ser, sí.

—La doctora trabaja despacio. Más de lo que cree, por desgracia.

—O quizá —se aventuró el otro, acercándose a la mesa—, tú trabajas demasiado.

El otro desechó el comentario con gracia, como quien atiende una chiquillada. El más corpulento se dejó caer sobre uno de los asientos

del humilde laboratorio y Tankridian de Cabbery se giró para atenderle.

—¿Va todo bien, Ardauz?

—Va todo bastante bien, sí. Pero de veras creo que pasas demasiado tiempo aquí… piénsalo; si la marquesa quiere que te integres en su corte, limitarte a trabajar, comer y dormir seguramente no cumple todas sus expectativas.

—Ardauz —habló el otro, despacio, asegurándose de hacerse entender mientras le miraba a los ojos—, ¿te ha pedido la marquesa que vengas a decirme esto?

—Qué va. Simplemente me preocupo por ti, nada más.

El alquimista le miró de hito en hito. Apreciaba al capitán, pero no estaba seguro de comprender la enigmática sonrisa que siempre le tenía deparada.

De pronto, una idea cruzó por su mente, y se agitó.

—Ardauz —comenzó a formular—, ¿no te gustarán los hombres, verdad?

El otro le miró durante un momento con los ojos muy abiertos, visiblemente confundido. Después, sin más, se deshizo en carcajadas, lo que relajó al científico.

—No, Ían, no me gustan los hombres —replicó el otro cuando al fin pudo hacer uso de habla—. Tengo mujer y una hija, de hecho… Aunque no fueron bien las cosas con ellas, la verdad. El trabajo exigía pasar mucho tiempo fuera, y… bueno, qué te voy a contar. La chispa se fue perdiendo, Ían —resumió el otro mientras se levantaba del asiento—. Una pena, pero esas cosas pasan. Quería decirte que hoy termino el turno temprano y pensábamos salir a descansar un poco, un par de chicos de confianza y yo. Y pensé que a lo mejor te apetecería venirte.

—Eso es todo un detalle, pero no tengo tiempo, Ardauz.

—¿En qué trabajas que tienes tanta prisa? ¿De veras no puedes descansar un rato?

—No debo —le corrigió el otro—. Dejé algunos planos en casa, en mi laboratorio, antes de que ser declarado un delincuente, o apóstata, o… —hizo una pausa para meditar, agitado—. O lo que me hayan declarado, da lo mismo.

>> Pero uno de los inventos más prometedores que tenía entre manos era un tejido sintético resistente al fuego. No es gran cosa por sí mismo, pero estoy seguro de que le podría intercambiar el ser ignífugo por alguna otra cualidad, vale su precio en platino.

—¿Y tratas de reproducirlo?

—Estoy seguro de que mi hermana se habrá llevado todos mis apuntes, y me gustaría poder patentar este material antes que regalarle esa fuente de fondos.

—¿Entonces se trata de dinero?

El alquimista se giró de nuevo, y en esta ocasión se levantó también. Con su mejor cara, puso una mano sobre el hombro del capitán de la guardia y le miró a los ojos.

—Ardauz. Como tú mismo has leído, he estado bajo los efectos de ese brebaje que mencionaba la doctora, y ahora mismo no pienso con claridad.

—Claro. No te preocupes, Ían —masculló el otro—. Te dejo tranquilo… y quién sabe, quizá más adelante te animes a venirte con nosotros.

—Quizá más adelante —balbuceó el alquimista.

Por alguna razón, la sola de mención de su antiguo laboratorio le había supuesto un varapalo. No podía dejar de imaginarse sus papeles ardiendo en manos de su hermanastra. Y al fondo, casi fundida en las sombras, la figura de una persona que no alcanzaba a ver, pero que se desparramaba sobre un charco de sangre.

Sabía que aquella situación no la había vivido nunca, aunque no por ello era la primera vez que la veía: no lo recordaba, pero tenía que haber soñado con ella antes.

Aún nublado por la visión, cerró los puños muy fuerte, maldiciendo por lo bajo la traición de su hermanastra. Respiró profundo una, dos, tres veces, y se dispuso a retomar su estudio: demasiado tarde. Aún no se había vuelto a girar cuando escuchó el sonido de un frasco estallar.

De nuevo, maldijo por haberse permitido distraerse por la visita del capitán. El frasco se había calentado demasiado y había estallado. Ahora tendría que volver a preparar los reactivos, y al menos, uno de ellos necesitaba reposar varias horas. Lo meditó fugazmente, y sin perder un instante, salió a las carreras tras el capitán de la guardia.

* * *

El ambiente de la taberna era agradable, incluso distendido. Aún no había empezado a llenarse y la mayor parte de la sala de estar permanecía vacía, por lo que podían permitirse charlar sin alzar la voz.

—¿Cómo es estar de vuelta entonces, amigo? —quiso saber uno de los dos acompañantes del capitán—. ¿Se echa en falta el estar en la corte? ¿El enseñar?

—En realidad —empezó a explicarse el alquimista.

El capitán, sin embargo, le robó la palabra, haciéndose ver.

—Me temo que Tankridian no puede hablar sobre lo que hace o deja de hacer en la corte —se disculpó—, por la cuenta que le trae. Si te las apañas para responder la pregunta de todas formas…

—Por favor —desechó el otro, haciendo ver que no le suponía una traba de ningún tipo—. A decir verdad, Pol, la enseñanza no es nada agradecida. Y quizá por eso suele ser vocacional, al menos al

principio. Así que sí, incluso ahora, estando aquí, echo de menos el poder transmitir mis conocimientos a otras personas. Por más que me guste estar en palacio —añadió, antes de que el llamado Pol tuviese tiempo a responder—, no dejan de ser cosas distintas, enseñar en uno y otro sitio. Y las dos me encantan, para que quede constancia.

—¿Eras una rata de biblioteca? —se lanzó el otro—. Sin ánimo de ofender, quiero decir: de pequeño...

—No me ofendo —se sonrió el otro—, en absoluto. Y respecto a lo que preguntas, pues no. La verdad es que de pequeño era un niño muy inquieto. Me encantaba el campo y hacía dibujos de los animales, de las plantas, de las piedras… pero también me gustaba mucho jugar, más con mis padres que con los otros chicos, pero mis recuerdos de la infancia son bastante movidos. No empecé a estudiar en serio hasta los doce años. Y estuve en Pii desde los dieciséis hasta casi los veinte años. A esas alturas, aprendía más por mi cuenta que en las clases, la verdad.

—Ardauz dice que te echaron por ser demasiado listo.

El alquimista se rió con ganas. Le habían echado, sí, pero no por ser demasiado listo. Para él, el término "demasiado" no podía ir delante de "listo", salvo que se estuviese hablando de un rival.

—Aunque me halaga —comenzó a explicar, aún entre sonrisas—, la verdad es que me expulsaron por violar las normas. Necesitaba sujetos humanos para hacer una serie de pruebas, así que me usé a mí mismo como sujeto.

—Mala idea —coincidieron el llamado Pol y el capitán de la guardia.

—¿Eran pruebas peligrosas? —preguntó este el primero—. ¿Alguna droga?

La nueva pregunta volvió a sacarle una risotada, aunque el ambiente le agradaba. Hacía mucho que no se sentía así, y cada vez que dejaba la mente en blanco, no podía evitar evocar a Alexei en La Ninfa Alegre, en Pii.

—No, no demasiado. Para serte sincero, esas cosas a veces no son tan fáciles de ver desde dentro, ¿sabes? Hace poco estuve con… una compañera —continuó, tras contemplar la mirada de advertencia que le lanzó el capitán—; una científica como yo, y me hizo ver que estaba tomándome algo que no me hacía ningún bien. Pero no, no creo que se le pudiese llamar droga.

>>Claro —añadió, dubitativo—, que eso depende de la legislación de cada lugar. A lo mejor, algo que hoy tomamos con normalidad, mañana se descubre que es peligroso y adictivo y se prohíbe. O por ejemplo, supongamos que la cerveza que estás tomando, Pol, es importada y la hacen los druidas con una miel especial, y mañana se descubre que provoca adicción y se determina que sea considerada como una droga. ¿Dirías que has estado consumiendo drogas?

El hombre no respondió de inmediato, aunque se permitió dedicarle una mirada de desconfianza a la cerveza que estaba tomando.

—No es de importación —dijo solamente, aún sin fiarse del líquido que llenaba su jarra.

—Pero entiendes mi punto de vista. A veces, los términos tienen límites puramente arbitrarios. Lo que hoy es ilegal, mañana podría no serlo, y viceversa. Por eso me arriesgué en Pii y por eso me expulsaron. Como podéis ver… nada parecido a ser demasiado inteligente —se rió, acompañado en esta ocasión de los tres hombres con los que compartía mesa—. De hecho, si hubiese sido suficientemente inteligente, habría valorado la opción de que me podían pillar. Jamás se me pasó por la cabeza que aquello pudiera pasarme, la verdad. Di por hecho que era demasiado inteligente para ello —añadió, tras darle un largo trago a la jarra—. ¿Sabéis que le dije no hace mucho a la hija de los marqueses? Que da igual cuánto sepa uno, cuánto controle la situación: la realidad es que nunca debes dar por hecho que eres la persona más inteligente de la sala, porque siempre se puede aprender algo de quien menos te lo esperas.

—Eres… —empezó a decir el llamado Pol—. Un ratón de biblioteca, Ían. De los de cuento, además.

—Pero da gusto oírte hablar —intervino el otro guardia, Herr Gelmann—, ¿no es verdad?

El diálogo se prolongó aún bastante, hasta que poco a poco, los tres miembros de la guardia se fueron quedando sin preguntas para la nueva atracción.

Al final, el capitán insistió en pagar la cuenta de los cuatro, y ninguno se opuso. Aún en la puerta del establecimiento, Gelmann y Pol se despidieron de su capitán con dos sonoros besos en las mejillas y se dirigieron a sus respectivas casas. Los otros dos, sin embargo, no echaron a caminar de inmediato.

—Ían —habló al fin el capitán—. He de confesarte algo.

—¿Al final sí te gustan los hombres? No te preocupes amigo, eso ha sido la cerveza.

El otro sonrió, pero sólo durante un breve instante.

—La pregunta de Pol no ha sido casualidad. La de las drogas —especificó, al ver la cara de su compañero—. Sucede que tenemos un problema en un barrio en el que, desde hace semanas, estamos viendo personas que trafican con mercancías peligrosas.

—Aha… ¿Y cuál es mi labor allí?

—Primero, he leído los informes de la marquesa y la doctora. Sé que solías ser bueno infiltrándote donde te daba la gana, Ían, y que fabricabas prácticamente cualquier cosa.

—En realidad…

—No —le cortó el otro—. Déjame hablar, y luego me corriges, por

favor. Lo que quiero es sacar esa basura de las calles. La marquesa no quiere que la guardia entre en cada casa para buscar… indicios, y lo entiendo. Es normal que no quiera disparar una alarma social, pero tampoco está dispuesta a ver cómo su ciudad se pudre.

—Lo entiendo. Pero no sé qué esperas de mí.

—A decir verdad, no esperaba nada concreto. Quería mostrarte el problema y que entendieses que yo estoy atado de pies y manos. Si tú tienes cualquier idea, puedo hablar con la marquesa.

—Ardauz —habló el otro rápido, sin darle tiempo a continuar—, me encantaría echarte una mano, de verdad. Pero creo que lo último que quieren los señores marqueses ahora mismo es verme volviendo a las actividades al margen de la ley.

El otro le miró de improviso. Sabía algo, pero en su rostro saltaba que no podía o quería compartirlo con él.

—¿Y si te dijese que no es así?

En esta ocasión, fue Jan quien devolvió una mirada indecisa.

—Ían, no debería ser yo quien te contase esto, así que por favor, evita mencionarlo en la corte, ¿vale?

El otro asintió, nuevamente indeciso. Era la segunda vez que aquel hombre le pedía guardar un secreto a ojos de los marqueses, y aquello le incomodaba.

—La marquesa espera más de ti. Antes de que todo esto se empezase a liar, dejó la educación de su hija en tus manos, y te permitió recomendarle un instructor de esgrima. Si en vez de estar en un campeonato de esgrima hubiese sido una competición musical, sin duda habría seguido tu criterio. Hay una razón por la que la marquesa no se fía de ti, y está bien fundada. De hecho, diría que es la misma por la que tú no te fías de la doctora Popolov: los dos sois muy inteligentes. A todos nos gusta rodearnos de gente predecible, eso asegura que te llevas las menos sorpresas posibles. Sin embargo, caminemos —le indicó, haciendo una breve pausa—, Ían, quiero que veas el barrio… sin embargo, te decía, es esa misma razón la que impulsa a la marquesa a mantenerte cerca, al igual que también es la que impulsa al margrave a mantener la finca de la doctora con todos los gastos que ella desee: la sociedad está cambiando. Antes, si un país vecino te hacia la puñeta, montabas un pequeño teatro en la frontera, un ataque de falsa bandera por ejemplo, y lo invadías.

—Pero —continuó el alquimista, que ya se conocía el cuento—, todo cambió con la batalla del Paso blanco, en Trimmil.

—Eso es. Los países ya no quieren ejércitos imbatibles: imponen, sí, pero son muy caros de mantener, y siempre pueden sublevarse o darse a la anarquía y causar el caos en el propio territorio, por no hablar de una emboscada que termine con ellos, o una hambruna o una enfermedad. Hace tiempo que empezó una carrera hacia una nueva

etapa, y no ganará quien tenga el ejército más grande ni las mejores armas, sino quien pueda imponer sus conocimientos.

—En definitiva —atajó el otro, mientras prestaba atención a la zona por la que paseaban. El capitán de la guardia le iba indicando con sutileza algunos edificios e individuos, que en contra de lo esperado, no se diferenciaban de los demás en nada a simple vista—, la marquesa quiere lo mejor de lo mejor para su casa, incluyendo un profesor excepcional para su hija, de forma que cuando los demás hijos de monarcas tomen sus tierras entre rebuznos, su hija pueda continuar la carrera por esta nueva etapa en plenas facultades.

—Así es, Ían. Y eso, te lo cuento de nuevo en estricta confidencia, no incluye sólo los conocimientos teóricos. ¿Ves algo que te llame la atención?

—La verdad es que me esperaba un suburbio —admitió el otro—. Estas personas no parecen estar tomando ninguna droga. No tienen el rostro comido, no tiemblan, no parecen estar mal.

—Precisamente. Por eso en este caso nos está costando tener información verídica, Ían. Todo es muy discreto, pero no te dejes engañar: ante nuestros ojos, esta gente se va a pique. Te dejaré los informes en tu escritorio, y si decides ayudarme, hablaré con la marquesa personalmente para que te facilite cuanto consideres oportuno. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

—Hmmm. ¿Ardauz?

—¿Sí, amigo?

—No quiero hacer preguntas obvias, pero aun así voy a arriesgarme: ¿me estás haciendo chantaje?

El otro se rió, le miró y le dio una palmada amistosa en la espalda.

—No, Ían, no te estoy haciendo chantaje. Si la marquesa me pregunta mi opinión sobre ti, será positiva me ayudes o no. Lo cierto es que todo esto no tiene nada que ver con las condiciones que te dieron para quedarte, así que me parecerá perfecto si te niegas a tomar parte. Lo entendería, de hecho… pero no lo decidas todavía, espérate a leer los informes antes de responder.

El alquimista asintió, meditativo. Ardauz Milampere, capitán de la guardia real de los señores marqueses de Tsacovia, era un hombre al que le resultaba imposible entender. En su experiencia, la mayoría de las personas se podían llegar a conocer y hasta predecir en cuestión de minutos u horas. En los casos más complejos, se podía hablar de algunos días. Ardauz Milampere, sin embargo, le continuaba sorprendiendo, a pesar de que hasta la fecha no había mostrado ningún gusto exquisito o conducta extraordinaria. Tenía familia, pero no una de la que hubiese salido un matrimonio feliz. Tenía un puesto de trabajo digno y de alto rango, y se lo había ganado a pulso. Además profesaba una lealtad encomiable hacia sus señores, aunque sin miedo

a guardar secretos a sus espaldas si así les servía mejor, y lo que era más, trataba al propio alquimista con amabilidad pese a conocerlo desde hacía relativamente poco y en circunstancias tan comprometidas.

Todo aquello era demasiado bueno, casi antinatural, y esa sensación le escamaba. Aun así, hacía tiempo que no se había sentido tan bien aceptado por alguien que no trabajase para él, y aquella sensación bien podía valer la pena.

Volvió a mirar al capitán de la guardia, que caminaba ahora distraído, mirando aquí y allí entre las personas del barrio, buscando a aquellos que podían estar echando su vida a perder.

No necesitaba esperar a leer el informe, sabía que le sentaría bien volver a hacer algo de trabajo de campo.

Capítulo 11

—Ya han llegado las herramientas, Ían.

El hombre entró sin molestarse en picar a la puerta, a todas luces conteniendo la emoción. Aún no he abierto el baúl, ¿me acompañas?

—¿Has avisado a la marquesa? —replicó el otro, en esta ocasión sin desviar su atención del vial que calentaba—. Pidió que la avisásemos antes de abrir nada. ¿Me harías el favor…?

—Sin problema. Dejo aquí las cosas, si no te importa.

Al alquimista no le importaba, y el otro lo sabía. Antes de darle tiempo a articular una respuesta, ya había dejado la arqueta sobre la cama de la habitación contigua y había vuelto a salir. Sí, Tankridian de Cabbery dormía y trabajaba en su propio edificio, en un ala anexa a la casa de invitados. Como él mismo solía decir, era humilde pero suficiente. Más que el espacio, le preocupaba lo cerca que estaban todas sus cosas si algo estallaba en el pequeño despacho que hacía las veces de laboratorio, pero al menos podía trabajar sin preocuparse de ser interrumpido. La única excepción, claro estaba, era el capitán de la guardia, que de vez en cuando gustaba de visitarle sin previo aviso.

Antes de poder terminar con lo que estaba calentando, volvió el susodicho, acompañado en esta ocasión del margrave y de la pequeña Clarienna.

—Voy a necesitar un momento más —les indicó el alquimista sin llegar a mirarles—, sino las últimas horas de trabajo habrán sido en balde…

—Sin problema, Ían —habló el marqués—. ¿Crees que podrías contarnos lo que estás haciendo, o sería…?

—Se trata de un gel que, en teoría, debería ser impermeable.

—¿Y en qué se diferencia de los curtidos de grasa y aceite? —habló la mujer. Su padre, tras ella, asintió con orgullo.

—De momento, en nada, Clara. Pero si esto sale como debería, por un lado sería mucho más fácil de almacenar, ya que podríamos evitar que se pudriese, y una vez supiésemos fabricarlo en dosis un poco mayores, podría trabajar con este gel para añadirle otras propiedades. Por ejemplo, si creamos una mezcla inerte… ¿Sabes lo que significa inerte?

—Que no reacciona con otras cosas.

El marqués volvió a asentir con orgullo.

—Exacto. Pues si consiguiésemos un gel inerte, y que fuese suficientemente sólido para no deshacerse con facilidad, podríamos utilizarlo para tapar heridas y evitar que se infectasen. O incluso, para detener hemorragias, siempre que no sean internas.

—Tankridian, no sé si es adecuado…

—Clara debería estar preparada para saber de todo, margrave. Incluso del cuerpo humano. Además, todos hemos visto sangre en algún momento de nuestra vida, ella también.

El hombre no lo rebatió. Sabía que el profesor tenía razón. Al fin y al cabo, había una buena razón por la que ocupaba aquel cargo.

—Esto es, por así decirlo, un primer paso, la primera piedra sobre la que asentar una nueva industria, si nos permitimos ser positivos. Por supuesto…

Nadie le interrumpió. Antes al contrario, los tres acompañantes permanecieron en silencio, expectantes.

—Por supuesto —continuó, tras unos breves segundos—, estas cosas llevan tiempo y no suelen salir bien a la primera, ni a la segunda, ni siquiera a la décima. Pero la clave es encontrar los errores y trabajar sobre ellos. Al final todo sale, con tiempo y esfuerzo. Esto ya está, por ahora. Siento la espera.

—No te disculpes Ían, sólo faltaría —le disculpó el margrave—. Y ahora, ¿pasamos a tus utensilios?

—Respecto a eso… en esta ocasión, quizá sí sería mejor estar a solas. Nosotros tres —añadió, indicando que no era adecuado para la hija del marqués.

—Valeska ha insistido en que Clara esté presente. Quiere que comience a estar preparada desde ya para el futuro. Dice que nunca se sabe…

—Lo que puede pasar —terminó el alquimista con disgusto. No le gustaba ese enfoque, pero era cierto; la vida era frágil, y aunque no tenía por qué pasar nada, a veces pasaba. Una enfermedad que se torcía, una rueda del carruaje que se rompe, o incluso un atragantamiento. No se le ocurrió pronunciar una sola palabra de protesta—. Y no le falta razón, margrave. Está bien, procedamos a la apertura…

—Al fin —se relamió el capitán de la guardia—. No me gusta decir esto en alto, pero siempre he tenido curiosidad por el tipo de herramientas que usan las… personas…

—Como yo —completó, nuevamente, el alquimista. Sabía que Ardauz no quería ofenderle, pero su frase había tomado un camino difícil de desandar. Aun así, no se sentía ofendido; entendía perfectamente al capitán de la guardia—. Con confianza, Ardauz.

—Gracias.

El capitán hendió la elaborada llave en la cerradura de la arqueta y giró el mecanismo. Una, dos, tres veces, hasta que cedió con un sonoro "clack!". Jan Farelian no podía dejar de fijarse en los ojos como platos del capitán de la guardia, que ahora bailaban de aquí para allí en un continuo vaivén. Sin lugar a dudas, para él, aquella caja suponía una auténtica revelación. De alguna forma, entendía que para la guardia real, los asesinos camuflados eran como los dragones para los niños: nunca habían visto uno, pero lo temían por encima de todo. En cierto modo, aquello era material sacado del mundo de los sueños.

—Esto es un clásico —comenzó a explicar el alquimista, mientras extraía un brazalete de la caja—. Junto a la muñeca tiene dos anillas, para que quien lo lleva tire de ellas con el meñique y el pulgar, y al hacerlo, se retira el seguro que contiene esta pequeña aguja… así.

Los acompañantes soltaron un sonoro *"ooooh"* casi al unísono. Aquella situación le hacía sentir extraño al alquimista: él nunca había enseñado a nadie sus trucos. Y lo que era más, tampoco los había aprendido preguntando: simplemente se creaba sus propios utensilios conforme pensaba que le podían ser de utilidad, o le describía lo que necesitaba al viejo Gamblid. Aquella situación le resultaba completamente nueva.

—Hay muchas variantes de los brazaletes: con un disparador de perdigón, con una hoja sólida de tipo daga en lugar de la aguja… con disparador de una sola anilla, de gancho… el mecanismo sigue siendo semejante, y aunque es un arma muy teatral, su principal utilidad es pasar inadvertida hasta que estás suficientemente cerca de tu objetivo. Sé que hay algunos modelos más avanzados que también permiten esconder la hoja rápidamente, pero personalmente, no los he utilizado. Creo que esos sí tienen futuro, de todas formas. Esto… esto es mi preferido —se rió, manoseando un aparatoso cinturón lleno de ranuras—. Aquí coloco los frasquitos que necesito. Pociones, explosivos, medicinas, placebos… cualquier cosa. Creo que el combate mano a mano está en vías de extinción, y abogo por otros métodos más sofisticados. A veces es simple cuestión de pragmatismo: uno no siempre tiene tiempo de batirse en duelo con uno o más adversarios, y para qué engañarnos, en mi caso, tampoco suele tener las de ganar. Nada más sencillo que solucionarlo con un frasco incendiario, o con un fogonazo capaz de aturdir y cegar momentáneamente a todos los presentes.

—¿Qué es esto, Ían?

—A decir verdad —dudó, durante un momento—, nunca lo he utilizado, pero diría que es una ballesta de mano plegable. Ideal para colarla escondida en la capa, supongo. Esto que veis aquí —indicó, cogiendo una cincha tachonada—, es algo tan sencillo como parece;

una cincha con tachones, muy áspera. Si la miráis más de cerca, las tachuelas están un poco más afiladas de lo normal, por lo que es fácil hacerse un arañazo con ella. Esto se puede rociar con una toxina al gusto de la situación, a saber: debilitante, somnífero, anticoagulante, nervioso… para gustos los colores. Simplemente, rocías bien las tachuelas con lo que desees emplear, caminas con mucho cuidado —enfatizó, alzando el cinto ante los ojos de sus intrigados espectadores —, y te chocas, o ni siquiera, te rozas un poco con el desafortunado. Y luego a esperar. A veces, las soluciones más efectivas son las más sencillas.

—¿Y esto qué es?

—¿Esto? —repitió el alquimista, sorprendido—, vaya… es el sombrero de Alexei. De un gusto excelente —añadió, mirándolo más de cerca con un gesto perdido. Cuando se dio cuenta de que estaba llamando la atención, lo arrojó con indiferencia—. Nada especial. En un par de ocasiones le pedí hacerse pasar por mí, quizá por eso terminó entre mis cosas. Yo solía tener uno parecido, con una pluma de otro color. Supongo que no tuvo la suerte de caer en el registro de la marquesa.

—¿Puedo quedármelo?

—¿Perdón?

—Que si puedo…

—Por supuesto, Clara. Un sombrero bonito para una mujer bella —susurró, colocándoselo con delicadeza. En verdad, el sombrero resaltaba el rostro de la pequeña y la embellecía. Ella sonrió, arrancándole una sonrisa a su vez al alquimista—. No quiero interrumpir, pero esta habitación aún está llena de vapores nocivos. ¿Qué os parecería si continuamos después de comer, mientras trazamos el plan de acción?

—¿Ya has diseñado un plan de acción?

—Duermo mejor —comenzó a decir el alquimista, levantándose y caminando hacia el escritorio cercano a la cama sobre la que se encontraban—, pero aún paso mucho tiempo en vela. Pensar me ayuda a llenar esos momentos. Y a mantener la mente en forma. Desde que dejé de tomar esa basura me noto menos despierto. Seguramente sea sólo una sensación —añadió, quitándole importancia—, como cuando dejas el alcohol o el té, pero… no por eso resulta menos molesto. De todas formas, sí, he estado trabajando en el plan, y puedo decir con orgullo que es terriblemente sencillo. Si observamos no más de cuatro o cinco días podríamos llevarlo a cabo con completa seguridad. ¿Con cuántos hombres de confianza contamos?

El marqués desvió la mirada hacia el capitán de la guardia, que asintió en silencio, y luego los dos miraron al alquimista, al unísono, y sonrieron.

Él, por su parte, no pudo evitar sentir una mezcla de miedo y emoción; un escalofrío le recorrió el espinazo, y durante un momento no pudo evitar acordarse del momento en el que se le daban a conocer los planes de su antigua compañera.

Parpadeó, y no pudo evitar ver sus despiertos ojos azules. Al volver a abrirlos, aún tenía a un lado al capitán de la guardia y al otro al margrave de Tsacovia, un hombre de aspecto cansado pero al mismo tiempo, firme, incansable.

Sonrió, y miró al frente, a los despiertos ojos verdes de la joven que le observaban bajo el sombrero de su aprendiz.

* * *

El día transcurría con normalidad en la calle del mercado. La mayoría de los puestos comenzaban ya a recoger el género, los niños correteaban por las calles y los nobles se paseaban permitiéndose admirar los alrededores del palacio.

Aquí una pareja de guardias se paseaba indiferente, allí un doctor de la peste ofrecía remedios contra las almorranas, y más allá, a lo lejos, dos panaderos pactaban una bajada de precios para poder aprovechar los últimos excedentes del día.

Como de costumbre, la rutina cerraba su jornada comercial y aquellos que podían gastarse unas monedas acudían a sus tabernas de siempre. Precisamente, allí se dirigía también Von Kaufen, un joven adinerado que se había labrado unos ahorros considerables en los últimos meses. Caminaba distraído, planificando su día de mañana antes de abandonarse por completo al ocio y al placer. En apenas un momento entraría en *La jarra dulce* y habría terminado oficialmente su jornada.

Un noble de aire desenfadado se tropezó con él, y casi sin prestarle atención balbuceó algo a modo de disculpa, sin siquiera molestarse en dedicarle un momento.

Von Kaufen se detuvo en seco. Era suficientemente cauto como para no gritar a un noble que ni siquiera conocía, pero aquello no quitaba que aquel patán le acabase de destrozar la hombrera del jubón. No era nuevo, pero casi. Se frotó, irritado, mientras calculaba mentalmente cuántas horas de trabajo le costaría ahorrar para un remiendo o, en el peor de los casos, comprar un sustituto.

Aún con la mano en el roto de la prenda, echó a caminar, aunque se sorprendió al percatarse de que le costaba esquivar a las personas y el suelo, apenas un momento antes sólido bajo sus pies, se tambaleaba peligrosamente. Antes de poder decir nada, un bulto sin rostro se chocó contra él, profiriendo algún tipo de insulto que ni siquiera llegó a entender. Sin poder hacer nada por evitarlo, se encontró aturdido y mareado, sangrando ya no sólo por la herida del hombro sino por el codo, que se había dañado al caer contra el adoquinado.

Afortunadamente para él, el doctor de la peste ya corría en su dirección, sombrero en mano y remangándose la túnica.

Von Kaufen sabía que le estaban haciendo preguntas, pero no alcanzaba a entender cuáles. Por no alcanzar, ni siquiera alcanzaba a emitir más que un lastimero balbuceo. Notó como una serie de manos y brazos le ayudaban a incorporarse, pero también notaba como cada vez más, el conocimiento se le escapaba entre los dedos de la mano, que zarandeaba cada vez con menor devoción.

* * *

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, las húmedas galerías de los calabozos de palacio le causaban al llamado Tankridian de Cabbery una cierta sensación de estar en casa. Confundido por las implicaciones que aquello tenía, se lo sacó de la cabeza y dio un trago a un frasco de contenido amarillento sin siquiera detenerse un instante.

—¿Estamos seguros de esto, Ían?

—¿Es azul el cielo? —replicó el alquimista. La marquesa caminaba a su lado a paso vivo.

—Si no estás preparado para esto, podemos hablar con la doctora…

—Respeto a la doctora —aseveró el otro, asegurándose de usar las palabras adecuadas—, pero en lo que se refiere a interrogar personas, fue terriblemente negligente conmigo. Por poco no salimos todos mal parados.

—Fuiste tú quien la atacó.

—Bajo el efecto de las drogas que ella me administró en su laboratorio.

No hubo respuesta. La marquesa no lo admitiría en voz alta, pero ambos sabían que por su mente cruzaban aquellas mismas ideas. ¿Cómo había podido permitirse la doctora un accidente así tras tantos años de experiencia?

—La verdad es que eres un poco crispante, Ían.

Él asintió, en silencio. Aquello no se lo iba a discutir; no sólo porque era irrelevante, sino porque además sabía que era cierto. Echando la vista atrás, no podía sino avergonzarse de algunas de sus conductas desde que había sido apresado y llevado a Tsacovia.

—¿Quiere un trago, Valeska? Es…

La mujer no le permitió acabar. Sin siquiera limpiar la boquilla de la que acababa de beber el alquimista, tomó el frasco y se lo llevó a la boca.

—¿Qué es? —preguntó ella, sólo después de haberlo tragado.

—Afloja un poco las emociones, por así decirlo. Te hace menos sensible a todo.

—¿Menos empático?

—Indirectamente, sí.

La mujer asintió y continuó caminando. Al poco, llegaron a la celda que buscaban, donde ya les esperaban el margrave y el capitán de la guardia.

—Buen trabajo —les felicitó la mujer—. Ahora nos ocupamos nosotros. Sebastian, Ardauz…

—Marquesa. —Se inclinó, diligente—. De Cabbery…

Los tres hombres se deshicieron en reverencias los unos frente a los otros. Al parecer, los dos de mayor edad se resistían a abandonar al preso. El margrave le propinó un codazo al otro, que entendió el mensaje al punto.

—Marquesa, creo que esto debería ser llevado a cabo por…

—No —zanjó ella—. Además, por más que disfrutemos de su compañía, Milampere, no podemos prescindir tanto tiempo de sus servicios. Se le necesita en su puesto.

—Como ordene —asintió el otro, volviendo a deshacerse en una maraña de reverencias.

—Y tú —susurró la mujer, dirigiéndose al margrave—, contigo ya hablaré luego.

El hombre asintió, besó a la mujer en la frente y echó a caminar a paso rápido tras el capitán de la guardia, cuya figura ya se deshacía en la oscuridad de las galerías.

—¿Puedo preguntar qué ha sido eso? —se aventuró el alquimista sin bajar la voz. La pregunta, con todo, la hizo sin siquiera mirar a la mujer, centrado ya en el rollo de piel que extendía junto al prisionero, ya consciente.

La mujer asintió, mirando al hombre que los observaba anclado a un potro de torturas.

—¿Acaso vamos a soltarle después de esto?

—En eso tienes razón, Ían —asintió ella tras un momento de reflexión. Miró al hombre atado y negó con el rostro—. No entiendo cómo a Sebastian se le ha pasado por la cabeza hacer algo así. Ya tiene una edad. Y responsabilidades.

Jan Farelian no la interrumpió. Le sorprendía que la mujer mantuviese la mente firme en ese aspecto y se preocupase, incluso tras haber tomado el elixir amarillento.

—Si le sirve de consuelo —habló—, el plan estaba perfectamente calculado. Todos estábamos más pendientes del marqués que de ninguna otra cosa.

—Entonces era una chapuza de plan —atajó ella. El otro no pudo quitarle la razón. Sí, aquello había sido poco menos que una chiquillada; habían drogado y atacado a un hombre que se dirigía a la posada a tomarse algo y el riesgo era mínimo. Pero de haber sido un plan de mayor peligro, quizá no se habrían podido permitir estar pendientes del margrave.

—La próxima vez trataré de disuadirle.

—No servirá de nada. La próxima vez, simplemente házmelo saber, Ían.

—Marquesa…

—Sin falta. ¿Qué herramienta necesitas?

—Ninguna aún. Lo primero es preguntar. Hay gente que en cuanto ve las herramientas de tortura se acuerda de un montón de cosas, sin necesidad de llegar a darles uso.

—¿Y si eso no funciona?

—Depende. Hay quien prefiere alargar la tortura hasta quebrar al individuo. Personalmente —añadió, agitando un pequeño bisturí—, yo prefiero causar un gran dolor en poco tiempo. Encuentro terriblemente ineficaz el dedicar horas y horas y horas a torturar a una persona. Por no hablar de lo desagradable que resulta… y cuando al fin has reducido a esa persona a las migajas de lo que fue un día, ¿hasta qué punto te puedes fiar de sus confesiones? Hay quien después de días, semanas y meses de torturas, simplemente se vuelve loco. Hay quien se inventa una vida nueva, hay de todo. Con las herramientas de que disponemos, lo mejor sería enfocarnos en causar un dolor terrible hoy. Y si no nos cuenta lo que queremos, lo encerramos y tiramos la llave. Será por delincuentes dispuestos a chivarse —bufó el alquimista, comprobando lo que parecía una cuchara del tamaño de una cuenca ocular—. Se me ocurre que podemos comenzar con agua fría agua caliente, luego pasar a quemaduras por todo el cuerpo, astillas, cortes, sal en heridas y ojos, arrancar uñas, romper huesos… tenemos para unas cuantas horas de trabajo, en el peor de los casos.

—No parece tu primera vez —objetó la mujer.

—Digamos que me he documentado. A veces… a veces —repitió, en esta ocasión bastante más convencido—, la ciencia exige sacrificios que no puede hacer uno mismo. Digamos que no todos estos métodos me resultan nuevos, marquesa.

* * *

La primera explosión llegó rápido y sacudió el valle. Las siguientes, no menos impresionantes, se solaparon unas con otras, levantando lenguas de llamas, escombros y cristales a partes iguales.

Una hilera de aceite en llamas nacía entre los árboles y se perdía dentro de las llameantes ruinas, que no hacía más que unos instantes habían sido una destilería. El cartel, que esgrimía un llamativo título de *“Alambique Harred”* aún se dejaba ver entre las llamas, colgando de un pedazo de muro que se resistía a derrumbarse junto a sus compañeros.

—Espero que no nos hayamos equivocado.

—Yo también lo espero —masculló el alquimista. Se encontraba escondido entre la vegetación, junto al capitán de la guardia y sus dos

compañeros, Pol y Herr Gelmmann.

El Alambique Harred había sido el lugar marcado por el prisionero como el origen de la droga que se extendía por las calles de Tsacovia. Interrumpida la principal fuente de suministro, sólo quedaba prestar atención a los nuevos comerciantes que comenzasen a acudir a la ciudad durante las próximas semanas. Con suerte, una combinación de inspecciones en detalle y estudios de las mercancías incautadas les permitiría aprender más sobre aquel problema a erradicar.

Respecto a la posibilidad de irrumpir en el alambique y tomar muestras, habían decidido que no era la opción más sabia: en su lugar, un accidente como aquel, plausible pero al mismo tiempo devastador, parecía una jugada más cauta. Durante la noche habían dejado el rastro de aceite para llevar el fuego hasta los puntos clave, y unas horas más tarde, durante el día, habían prendido las llamas de lo que sería un accidente memorable. Al fin y al cabo, ese tipo de cosas sucedían en las destilerías si no se era precavido.

—¿Quieres que nos quedemos a verlo? —preguntó el alquimista. Acababa de darle un trago al frasco amarillento y se lo tendía ahora a su acompañante, aunque a decir verdad, le causaba menos impresión el terror de los trabajadores atrapados entre las llamas que el torturar a un solo individuo.

Suspiró, incapaz de comprender la simple naturaleza humana, y tras contemplar cómo su acompañante negaba, con el rostro aún encogido en una mueca retorcida, se dio media vuelta y echó andar, alejándose de los edificios en llamas.

—A mí tampoco me gusta, pero es lo mejor.

El capitán no respondió, ni tampoco ninguno de sus acompañantes. Los otros dos miembros de la guardia evitaban mirarse a los ojos, a todas luces víctimas de los sentimientos encontrados. Para Jan, aquellos hombres eran sólo un poco más ingenuos que el capitán, catando por primera vez el desagradable sabor del sabotaje, de la muerte de otros por un bien mayor. Recordaba la primera vez que él mismo lo había sentido y sabía que no era un plato de buen gusto. Había quien, tras muchos años de experiencia, seguía sin acostumbrarse. Aquella actitud, aunque sin duda era mucho más humana, le parecía algo indeseable: un compañero con remordimientos era alguien a descartar, una bomba de relojería, preparada para explotar en cualquier momento, derrumbándose, y con ella el equipo entero.

Sabía que se preocupaba por un futuro que ni siquiera sabía si tendría que afrontar, de forma que se sacó aquellas ideas de su mente y se centró en el presente: los cuatro hombres caminaban en silencio, incómodos los unos con los otros, y sabía que era su deber, no por ser el responsable sino por ser el único capaz, de arreglar aquello.

—Cuando estemos de vuelta en casa, nos tomaremos algo a la salud de esos pobres desgraciados. Descansen en paz —añadió, a pesar de que aquellos hombres no le causaban una pena particularmente grande; al fin y al cabo, trabajaban en algo que dañaba a otros—. Por otro lado, la gente de nuestra ciudad disfrutará de unas calles menos peligrosas. He visto lo que la droga llega a hacerle a algunos barrios. Esto… esto no es nada en comparación con lo que he visto en Cuatrovientos o en Myrba, os lo aseguro.

Los otros no añadieron nada, pero al menos cruzaron miradas entre ellos. Y más importante aún, con el alquimista, que les miraba con el ceño fruncido, afectado, pero aun así con la seguridad de haber obrado bien. Ninguno de ellos había estado en Myrba o en Cuatrovientos, pero el consuelo de no haber terminado como ellos les aligeró el terrible peso que llevaban encima.

Capítulo 12

“Tac, tac, tac”. Le sorprendieron tres golpes suaves en su puerta.

—Adelante, entra querida, no te mojes.

Fuera llovía con fuerza, y no quería que la pequeña cogiese un resfriado por su culpa. Llegaba pronto para la clase, pero eso no le importaba en absoluto; antes al contrario, aunque tuviese que esperar, aprovecharía para explicarle su trabajo.

—No te acerques demasiado. Esto es un compuesto que debería de mermar la capacidad del individuo para tomar decisiones. Haciéndolo, indirectamente, más dócil.

—¿Puedo preguntar con quién planeas usarlo? —le sobresaltó la voz de la doctora. No era a ella a quien estaba esperando.

—Catalina, cuánto tiempo…

—Tres meses —le atajó la mujer—. Es agradable verte de nuevo, Farelian.

—No te recomiendo usar ese nombre —masculló el otro—. Estoy seguro de que la marquesa habrá insistido en ello. Nunca sabes cuándo puede haber un oído indiscreto. Por cierto, ¿cómo terminaste trabajando para la marquesa, Catalina? —preguntó, girándose de improviso.

—¿De veras te interesa?

—¿Es relevante saber si me interesa? Probablemente no habría preguntado si no tuviese algún tipo de interés, fuere curiosidad o no, la motivación subyacente. No ponga esa cara —se rió él—, una respuesta densa y carente de contenido para una pregunta obtusa y carente de función.

La mujer no replicó; en su lugar, resopló, resignada, y se dejó caer sobre el colchón del alquimista. Él aún no se había girado a mirarla, pero sabía que estaba cansada. En Bukovia, la mujer se había mostrado estricta y displicente. Resoplar y dejarse caer en la cama de otra persona rallaba lo enfermizo en una persona como ella.

—Ponte cómoda —bufó el.

—No tengo tiempo. Acabo de ver a Valeska y tengo que acomodar mis cosas en la habitación que me han dado del edificio de invitados, lavarme y presentarme ante el capitán de la guardia. Un tipo extraño.

—¿Verdad? Es agradable que coincidamos en algo. Con todo, parece un buen hombre.

—No me cabe duda de que lo es, de Cabbery.

Los dos rieron con complicidad.

—¿A qué has venido entonces, si no es indiscreción?

—Antes de que otro te pida lo mismo en una forma menos apetecible, quería invitarte a la Convención por el progreso de este año. Tendrías que asistir como mi acompañante, sobre el papel…

—Con mucho gusto —la interrumpió él—. Siempre que los marqueses den el visto bueno, por supuesto.

La mujer lo miró con interés, aún tirada sobre la cama.

—¿No estás jugando a ser un perrito faldero, verdad?

Él negó con el gesto. La vida en Tsacovia no se adaptaba a sus planes a medio plazo, pero era agradable. Disponía de comodidades, de un lugar de trabajo y, por primera vez, de personas a las que podía considerar sus seres queridos antes que sus cómplices. Vivir bajo la autoridad de los marqueses era un precio pequeño a pagar por aquel estilo de vida.

—Está bien, de Cabbery. Te dejo con tu silencio dramático, no te distraigo.

—Muchas gracias, doctora. Espero verla para la cena.

Él no se giró, no la miró para despedirse, ni se inclinó: toda su atención recaía sobre los compuestos que sostenía entre sus manos. La situación era simple, y pese a ello, no encontraba la forma de elegir. Estaba casi seguro de que uno de los frascos estaba mal etiquetado, pero no recordaba que nadie hubiese tenido acceso a su mesa de alquimia sin su conocimiento. El olfato, que solía ser su herramienta para salir de dudas, no le decía nada, lo que agravaba la situación.

Apenas unos momentos después de cerrarse la puerta, tres nuevos golpes volvieron a resonar, en esta ocasión más fuertes *“toc, toc toc”*.

—Adelante —repitió el alquimista, curioso.

—Buenas tardes, Ían —saludaron el capitán de la guardia y Clarienna al unísono.

—Buenas tardes, pareja.

—Voy con prisa —indicó el primero—. Sólo quería comentarte que la marquesa me ha pedido que te pidiese que acompañases a…

—Se acaba de pasar por aquí, hace un momento.

—Vale, vale… pues entonces, me marcho corriendo. Ían, Clara…

—Que te vaya bien, Ardauz —respondieron en esta ocasión los otros dos, también a coro.

El capitán se giró y boqueó algo, confundido, pero al momento recordó que tenía prisa y que le habían mandado asearse y atender el papeleo antes de recoger a la doctora.

—Creo que Ardauz está interesado en la doctora —habló ella—. Me

ha hecho muchas preguntas.

—¿Preguntas interesantes? —inquirió el otro, aún centrado en los enigmáticos frascos. La pequeña no respondió de inmediato; dudó, se encogió de hombros, a sabiendas de que el profesor no la observaba, y caminó hasta ponerse a su lado.

—No sabría decirte. ¿Qué estás haciendo con esos frascos?

—Perder el tiempo —admitió finalmente—. Escoge uno, Clara.

La joven no lo dudó ni un instante. Echó una única mirada a cada uno de los frascos y, sin dudarlo, señaló al que el hombre sostenía con su diestra.

—Sea pues. ¿Sabes lo que hace este jarabe? Pues yo tampoco. Mañana, si tenemos un poco de suerte, veremos. ¿Has traído los deberes hechos? —Ahá —replicó ella poco convencida—. Pero no he sabido hacer la parte de identificar hojas. Lo he copiado de un libro.

—Es natural, no te apures. No sueles ir mucho al campo, ¿verdad?

La joven negó con la cabeza, insegura.

—Papá y mamá mandaron construir un jardín botánico hace tiempo, pero creo que no se usa desde hace años.

—Interesante —susurró el otro, sorprendido. Nadie se había molestado en hacerle saber que disponían de un jardín botánico—. ¿Crees que podríamos ir un día?

—Seguro. Aunque estará lleno de malas hierbas y bichos. ¿Por qué no vamos ahora, Ían?

—¿Sin preguntar? No sé si es una buena idea, ni siquiera sabemos si es seguro…

—Claro que es una buena idea —replicó ella con ánimos renovados, el rostro deslumbrante—. Preguntaré a mamá de todas formas. Ponte ropa de explorar y después ve a que te den la llave.

—¿A qué te refieres con ropa de explorar?

—Botas altas, capa y sombrero… tú eres el profesor. —la mujer se rió con suavidad.

Él titubeó. Algo le decía que aquello no era una buena idea, pero por otro lado, no sabía hasta qué punto era libre de contradecir no sólo a los marqueses sino a su hija. Sin rechistar, Jan Farelian rebuscó en su arqueta y se echó por encima su capa y su sombrero emplumado. Definitivamente no era ropa de monte, pero evitaría que si algún ser indeseable se desprendía de las ramas, aterrizase sobre su cogote.

—Ve yendo a buscar la llave, Ían, papá tiene que saber dónde la guardan. Yo revisaré las tareas y… ¿tienes algún libro útil?

—He conseguido salvar alguno.

—Yo lo llevo —aseveró la joven, casi echándolo de su propia habitación—. ¡Vamos, no queremos que anochezca!

* * *

El alquimista se quedó extremadamente sorprendido al seguir a un

guardia anciano hasta una pesada puerta de metal. La razón por la que no había visto nunca el jardín botánico era obvia: no se encontraba en los jardines de palacio, sino en un patio interior. Se accedía al mismo desde una galería del ala vieja del palacio, empleado mayoritariamente como almacén de muebles antiguos y ocasionalmente como lugar de descanso por los guardias.

La puerta que bloqueaba su acceso era imponente incluso a pesar de la capa de óxido que la teñía de rojo. Era difícil saber el qué, pero algo en su aspecto aullaba que no quería ser tocada. Cuando menos aún, abierta.

El anciano guardia, pese a todo, encontró la llave tras una ardua búsqueda en un matojo aparentemente interminable donde distintas piezas de metal se agitaban endemoniadamente. En un abrir y cerrar de ojos, la llave, pesada y oxidada, estaba fuera del matojo del guardia, que se despidió con una gentil inclinación y se alejó cojeando por el pasillo.

La joven Clarienna no se hizo esperar mucho; también preparada con unas elegantes botas altas y una capa de aspecto sencillo, se cubría la cabeza con el sombrero emplumado que había pertenecido no hacía tanto a Alexei. Al pasar a su lado, algo se agitó dentro del pecho del alquimista y un escalofrío le sacudió el espinazo.

—¿Te ha costado mucho dar con el amo de llaves? —preguntó ella alegremente.

Él negó, más atento a la indumentaria de la chica que a su pregunta. Cierto, había coincidido con el margrave o con el capitán de la guardia en que el sombrero le quedaría bien, pero ella ni siquiera se había molestado en pedirle permiso para llevárselo. Quizá sólo era un malentendido. O quizá la joven le enviaba señales para asegurarse de que él sabía quién mandaba.

Trató de quitarse aquella idea de la cabeza y hendió la cerradura con la llave. La intentó girar, en vano, y tras varias intentonas soltó la pieza y se encogió de hombros.

La hija del marqués, pese a todo, no le iba a dejar ir tan fácilmente; antes de darse cuenta, ya había encontrado una vieja escoba y volvía hacia la cerradura dispuesta a ayudarle haciendo palanca. En un abrir y cerrar de ojos, la vieja cerradura ya no era un problema.

La puerta cedió con un chirrido estremecedor, y ellos la atravesaron. En el interior, contra todo pronóstico, el suelo no se asemejaba tanto al de una jungla con hierba de varios codos, o al menos, no todo el suelo; frente a ellos se abrían varios senderos de suelo yermo; allí donde el sol no conseguía atravesar el dosel vegetal crecía poco o nada, y sólo en las zonas más laterales las hierbas crecían más allá de los dos codos. A su alrededor, troncos de todos los tipos y tamaños se distribuían con escaso sentido: cortezas jóvenes y carcomidas se veían

aquí y allí, musgos verdes y amarillos, colmenillas, círculos del diablo y vulgares champiñones crecían allí donde la tierra o la corteza parecían más húmedas, y ocasionalmente, incluso se dejaba ver algún ramo de flores.

Conforme avanzaban sin rumbo, las distintas fragancias de la madera húmeda y las flores frescas se colaban en sus fosas nasales. El alquimista recogía hojas y pétalos de flores con profunda calma mientras le explicaba a su pupila a qué especies pertenecían y a qué función obedecía cada distinta morfología. Antes de que ninguno de los dos se quisiese dar cuenta, el sol amenazó con ponerse.

—Esta la conozco —aseveró la menor, echándose sobre una vistosa seta rojiblanca.

—Esa la conoce todo el mundo.

La joven se rió. Era consciente de que aquella seta era probablemente la más popular, aunque no estaba dispuesta a dejar que su maestro desechase su conocimiento tan a la ligera.

—La amanita muscaria provoca dos tipos distintos de toxicidad. La primera, cuando se consume en fresco, provocando fatiga y mareos, llegando incluso a causar asfixia y muerte, y la segunda, se consuma en fresco o en seco, provoca alucinaciones. Se llama… entógeno. No se recomienda consumir más de un sombrerillo por persona —añadió, para asegurarse de impresionar a su acompañante—, incluso si se consume en seco.

Jan Farelian contempló a la joven durante unos momentos, anotó un par de garabatos en la hoja que sostenía entre las manos y la guardó. Al siguiente momento, comenzó a aplaudir, despacio pero sonriente, haciendo ver a la joven que estaba orgulloso de su conocimiento.

—Quién sabe —canturreó ella—, quizá podríamos compartir un sombrerillo de estos dentro de un tiempo.

—No creo que sea buena idea, Clara.

—Se supone que debes enseñarme cosas. Y obedecerme —añadió, con una sonrisa que, ahora sí, le recordaba sin lugar a duda quién mandaba allí.

Él no respondió. La situación no le gustaba lo más mínimo; no sólo por ser potencialmente problemática, sino porque en general, llevaba muy mal el simple hecho de no controlar una situación. Por norma consideraba que la mayoría de la gente era menos apta que él para tomar decisiones, así que se tenía no sólo capaz de decidir en nombre de otros, sino responsable de aquella labor.

Con todo, se había asegurado de repetirle a la joven durante sus lecciones que jamás se debía considerar la persona más inteligente de la habitación, porque con frecuencia, aquello llevaba a sorpresas desagradables, y él mismo estaba siendo la prueba viviente.

—He leído la confesión firmada que le diste a mamá. No me digas

que de pronto has olvidado cómo divertirte, Ían.

Él guardó silencio. La joven se movía con un paso felino, contoneante, y ahora ya no se centraba en la seta sino en él mismo, como si no fuese más que una presa asustada.

—¿Sabes lo que es esto, Farelian?

"Farelian". Algo en la forma de pronunciarlo, no sabía qué, le puso los pelos de punta. Había sido completamente sincero con Alexei en Pii. ¿No le debía a los marqueses lo mismo con su hija? Y pese a todo, algo dentro de él le gritaba que no.

—Es de tu laboratorio —susurró ella con una sonrisa pícara.

El alquimista lo reconoció al momento. Era un diminuto frasco en el que se leía "sucubina". La mujer lo destapó y se roció la muñeca con él. Luego el brazo y el cuello, y avanzó un paso más hacia el alquimista, que ahora se daba con un tronco poblado de musgo contra sus espaldas.

Con todo, no fue capaz de articular palabra. Si de algo estaba orgulloso además de de su ingenio, era de su olfato, y ahora mismo, aquel sentido estaba jugándole una mala pasada. En su interior sabía que lo que sentía no era más que una respuesta química, nada que él no pudiese controlar. ¿O sí?

La joven avanzó, cercándolo, y él pudo ver con claridad su cuello, bailando bajo el sombrero emplumado que ahora se inclinaba sobre la blanca piel de aquella mujer joven.

—Eres demasiado joven —balbuceó el alquimista, haciendo un visible esfuerzo.

—Tengo dieciséis años, Ían —le espetó ella—. Muchas amigas mías se han prometido antes. No quiero aprender esto casándome con un cuarentón gordo y borracho. Además…

—No te casarás con nadie que no quieras, Clara. No hagas esto.

—Además —continuó ella, ya acariciando el rostro del alquimista y rozando su muñeca perfumada contra sus mejillas—, yo mando. Si quiero que me enseñes, me enseñas. Si quiero que me hagas el amor, me lo haces. Eres mío para modelarme. Para enseñarme el poder, Ían. He leído lo que has hecho, y te he visto mirándome, cuando entrenaba esgrima, cuando me sigues por los pasillos, cuando entro en tu alcoba.

Jan Farelian maldijo para sí mismo. Tenía los sentidos embotados por la sucubina. Las palabras de la joven le llegaban claras pero lejanas, como en un sueño. Sin estar seguro de qué hacía, tiró al suelo los dos sombreros emplumados, llenó los pulmones de aquella fragancia que le atontaba y se dejó caer sobre el lecho de musgo.

—Soy tuya como tú eres mío, Ían —sentenció ella—. Y ahora… ahora ya sabes lo que quiero —susurró al oído del hombre cuya boca mordía, besaba y relamía su cuello, descendiendo cada vez más.

* * *

La puesta de sol había quedado ya muy atrás cuando la pesada puerta oxidada volvió a cerrarse. En un silencio extraño, maestro y pupila cruzaron el umbral y se aseguraron de dejar la puerta cerrada a cal y canto, tal y como se la habían encontrado.

Sin mediar palabra, la joven extendió la mano y él le tendió la llave; algo le decía que las visitas al jardín se harían relativamente frecuentes, aunque en aquel momento era incapaz de decidir qué sentimiento le causaba aquello.

—Ha sido una buena clase —terció entonces la joven—. Ha sido una suerte que se te ocurriera visitar el jardín. Nos vemos a la cena, Ían. Hasta entonces.

El otro no dio muestra de ir a responder. Se encontraba moralmente devastado. La sensación de haber sido observado le pesaba como un yunque al hombro, y un frío extraño le sacudía el estómago.

—Hasta entonces —repitió la mujer, asegurándose de que él entendía el mensaje.

—Hasta entonces, Clara. No olvides hacer la tarea que te encargué.

Ella asintió, satisfecha, y tomó los apuntes, esquemas y garabatos variados del fardo que ahora sostenía el alquimista. Sin más rodeos, se marchó a paso rápido por la galería.

El llamado Tankridian de Cabbery, por el contrario, se quedó allí, como petrificado. Nadie les podía haber visto: ellos tenían la única llave y habían cerrado la puerta tanto al entrar como al salir. Aunque, por otro lado, los marqueses le habían asegurado que le estarían observando cuando le enviaron a ver a la doctora, hacía apenas tres meses. No resultaba descabellado pensar que lo siguieran observando, al menos durante las sesiones con la joven.

No estaba seguro de qué podía pasar, pero sabía que, fuese lo que fuese, no sería bueno. Quizá era buen momento para aceptar la oferta de la doctora y mudarse a Bukovia, o incluso, para fugarse de vuelta a Pii, con Calduim y Alexei. De una u otra forma, su mundo comenzaría a desmoronarse más pronto que tarde, de aquello estaba seguro.

Con todo, decidió esperar a la cena; lo cierto era que no se encontraba bien, y si se iba a fugar no quería hacerlo de cualquier manera.

Esperaría.

* * *

La hora de la cena llegó antes de lo esperado. Dos golpeteos resonaron en su puerta, aunque él aún no había terminado en la tina. Hiciese lo que hiciese, no podía evitar seguir sintiéndose sucio. Se echó un paño de felpa por encima para cubrirse las vergüenzas y llegó hasta la puerta, el agua aún escurriéndole por el cuerpo.

—¿Qué pasa? —bufó de mala gana tras abrir.

—Quería asegurarme de que no llegabas tarde.

—Doctora…

—¿Necesitas ayuda con ese baño, Ían?

El hombre arqueó la ceja. En boca de otra persona, no dudaría del significado de aquellas palabras, pero tratándose de la doctora, no podía estar seguro de que aquello fuese una proposición. O al menos, no una proposición del tipo que se le había cruzado por la mente.

—Estaré a tiempo para la cena, lo prometo.

La doctora esbozó un gesto de sorpresa mal escondida, abrió la boca como para ir a decir algo, y finalmente asintió. Jan Farelian no estaba seguro de si aquella mujer se le estaba insinuando, pero sí se aseguró de mirarla de forma que ella no albergase duda alguna de que él la estaba rechazando.

—Siento haberte sacado del baño.

Él no la disculpó; se inclinó de hombros y cerró la puerta con desgana. No quería hablar con nadie, y mucho menos con la desconcertante doctora.

Para su disgusto, la puerta volvió a resonar, tres veces en esta ocasión, "tac, tac tac". El alquimista maldijo de forma verdaderamente creativa, volvió a girar y volvió a abrir.

—Buenos días… ¡Oh! —exclamó el capitán de la guardia, desviando la mirada—. Lo siento, lo siento. No sabía que interrumpía…

—No interrumpes, Ardauz. La doctora acababa de llegar, y ya se iba —pronunció con desdén—. Sólo quería asegurarse de que estaría a tiempo para la cena.

—Para eso mismo venía yo, no quisiera que…

—Ardauz —le atajó él, desganado—. De verdad que estaré a tiempo, pero sólo si me dejáis terminar el baño.

—Claro, Ían, amigo… ¿la acompaño, doctora?

La mujer tardó en responder: miraba ahora fijamente al alquimista, sonrojada. El capitán se permitió tocarle un hombro con delicadeza y ella se giró sobresaltada, a todas luces poco acostumbrada al contacto con otras personas.

—Por supuesto, capitán Milampere.

—Sólo Ardauz, por favor.

Ella se sonrió, y Jan sintió como un pinchazo de envidia le atravesaba el estómago. La doctora se le antojaba una mujer verdaderamente especial. Una de las mejores mentes del continente, y la había tenido que rechazar ni siquiera sabía exactamente por qué.

—Os veré enseguida, pareja. Aseguraos de no llegar tarde a la cena.

Los dos sonrieron, aunque sólo ella lo hacía con el rostro ruborizado. Antes de continuar pensando en ello, el llamado de Cabbery cerró la puerta con escasa delicadeza, se deshizo del paño de felpa y caminó de nuevo hasta la tina.

El agua comenzaba a enfriarse, lo que le llevó nuevamente a soltar

maldiciones nunca oídas antes.

Pasó el tiempo y seguía sin encontrarse mejor. Tras hacer acopio de fuerzas, se arrastró fuera de la tina y empezó a rebuscar en su arqueta. No tenía ninguna gana de comprobar qué más cosas le había cogido Clarienna sin su permiso, pero no le quedaba otra. Tanto la doctora como el capitán se habían puesto sus mejores galas, y sabía que se esperaba lo mismo de él. Echó la vista atrás y cayó en que lo único que podía considerar una ropa especial era su vieja toga de alquimista, aunque no la había vuelto a usar desde la muerte de su padre; el trébol de la casa Farelian le traía amargos recuerdos, y, al cabo, aquella vida había terminado para él. Ahora era Tankridian de Cabbery… aunque no tenía forma de saber por cuánto tiempo.

Se resistió a su primer impulso de lanzar la ropa de vuelta a la arqueta y comenzó a vestirse: primero los calzones, luego las calzas blancas, las botas altas con dobladillo de piel, teñidas de un verde pistacho; luego la camisola con chaleco del mismo color y los cinturones de frascos. Cuando se lo hubo ceñido adecuadamente, echó mano del guardapolvo, tejido con extrema elegancia y por supuesto, también blanco.

Sintió un deseo irrefrenable de calarse la holgada capucha, pero sabía que en aquel lugar, aquello no tenía sentido. Se caló los finos guantes de piel y echó a caminar, directo a la cena. El tacto de las botas y del bajo del guardapolvo rozándole las piernas le hizo sentir bien. Le recordaba los tiempos en que salía solo, con un plan concreto y con las cosas claras. La situación exactamente opuesta a la que se exponía en aquel momento. Pese a todo, le agradaba pensar que, si aquel iba a ser su final, lo afrontaría con su viejo uniforme, luciendo con orgullo el estampado de la casa Farelian.

Cuando llegó al salón ya lucía una bonita sonrisa, y aunque había sido el último en personarse, a ninguno de los presentes parecía importarle. Aquello le tranquilizó: por ahora, nadie parecía querer volver a encerrarle en una celda.

—Perdón por el retraso —se excusó, pese a todo.

—Ni lo menciones. Ardauz nos avisó de que no tenías buena cara antes.

—Nada que no arregle un buen baño caliente, margrave —replicó el otro, haciendo una breve inclinación—. Y un buen plato lleno de comida junto a aquellos a los que uno quiere. El primer brindis, a vuestra salud, todos los que me habéis acogido en vuestra casa como a uno más… sobre todo los marqueses. ¡Por Valeska Vihjalssom Teenfjord y Sebastian Von Meister! Y por vosotros, Ardauz y Catalina, también, aunque no me deis de comer.

El comentario fue bien recibido. Hubo aplausos breves, brindis al aire y carcajeos. La comilona dio comienzo y las charlas se fueron

diversificando. Por la mesa fueron pasando alimentos variados pero en cantidades bien medidas, por lo que rara vez quedaban restos que devolver a la cocina. La bebida corría, aunque también con medida, sin escasear, y antes de que nadie se pudiera dar cuenta, también habían comenzado a llegar los postres.

A Jan Farelian no le gustaba el derroche, pero aquella comilona rodeado de personas a las que apreciaba le hacía sentir verdaderamente en casa. Y además, nadie le había acusado del terrible crimen de mancillar a la hija de los marqueses.

Por un momento, sintió el temor irracional de que alguien pudiese leer sus pensamientos y se centró en el suflé de salmón, que hacía las veces de postre y de segundo plato indiferentemente. Se sirvió un pedazo abundante y se llenó la boca con él, cerrando los ojos y abandonándose al sabor.

El resto de la cena se desarrolló sin infortunios de ningún tipo, en contra de todo pronóstico. Cuando los comensales comenzaron a dejar de meterse dulces en la boca, los marqueses hicieron pasar a un escueto grupo de músicos y comenzaron a bailar lentamente.

La doctora se acercó a él con ruego en la mirada, pero éste indicó que se encontraba demasiado lleno para moverse. Por suerte para ella, el caballeroso Ardauz Milampere ya acudía al rescate, y en un abrir y cerrar de ojos, los dos bailaban no demasiado lejos de los marqueses, a pesar del tamaño de la sala.

La escena, ciertamente, revivía recuerdos agridulces en su mente. Jan no recordaba a su madre, pero sí recordaba a su padre, el conde Jul, bailando con la que sería la madre de su hermanastra Caroline. En vida, los dos habían estado perdidamente enamorados, como también lo había estado él mismo de la mentada hermanastra. La sonrisa se le torció inadvertidamente al pensar en aquella mujer: Caroline. La única culpable de la muerte de su padre, de haberle enviado a él al exilio y de haber interferido en los planes de Khaelara.

Había jurado venganza, de eso no se olvidaría nunca… a pesar de que el destino había sido bondadoso con él y parecía haberle concedido una segunda oportunidad.

—Me enseñarás a bailar algún día —le sobresaltó la voz de Clarienna—, ¿verdad?

Él asintió. No tenía fuerzas ni, por qué negarlo, valor, para llevarle la contraria a la joven en aquel momento. Su simple voz bastó para apartar de la mente del alquimista todo rastro de su hermanastra. En su lugar, el rato que habían pasado en el jardín de los marqueses ocupaba su mente con extraordinaria viveza.

—Lo de antes —comenzó a decir ella.

Él chistó, pidiéndole que no lo comentase allí. No obstante, los dos sabían que sus acompañantes no les prestaban ninguna atención; antes

al contrario, las dos parejas bailaban en la escueta habitación, entre la mesa y la entrada, mientras ellos se acomodaban ahora en un banquillo de la parte menos iluminada de la sala.

—Lo de antes —insistió ella—, lo decía en serio. Piensas que has llegado aquí por casualidad, pero no es así. Yo te estaba esperando, sabía que antes o después llegaría alguien especial.

—No llegué aquí por casualidad —masculló el otro. No quería admitir por qué había llegado allí, pero lo cierto era que había llegado buscando algo muy concreto: el hijo de una persona con influencia, alguien que pudiese usar de sus servicios y que, al mismo tiempo, le abriese la puerta que se le había cerrado al ser expulsado de su propia casa.

Sí, había llegado buscando poder, de eso no había duda, pero en su interior, anhelaba algo más. Necesitaba otro aprendiz, uno diferente a Alexei, más práctico y directo. No tan obsesionado con las opciones sino con las acciones. Y desde luego, Clarienna sabía actuar.

Miró a los ojos verdes de la joven, a la que ya no podía ver como "la pequeña", y asintió. Buscaba trascender como maestro.

No había vuelto a infiltrarse entre la nobleza solamente para conseguir buenos contactos, de la misma forma que no había vuelto a la universidad a la que odiaba sólo para conseguir dinero: necesitaba alguien que le siguiese, que aprendiese de él y se dejase moldear, tal como ella había dicho.

—Cuanto antes lo asumas —continuó hablando ella, acariciando la mano del alquimista—, mejor será para todos.

Él asintió, se deshizo de su mano con delicadeza y le revolvió los cabellos rubios. Luego, los besó con cariño y se escabulló con calma hacia la puerta, excusándose desde lejos para con los marqueses, que le desearon una feliz noche sin siquiera dejar de bailar.

Recorrió las galerías con paso desacompasado, casi torpe. La cabeza le daba vueltas, y en esta ocasión estaba seguro de no haber sido presa de ningún producto que alterase su conducta: Clarienna tenía razón. Y aquello implicaba demasiadas cosas para asumirlas tan fácilmente. Le obligaba a hacer planes, a prever situaciones.

El ruido de unos pasos corriendo por las galerías le obligó a girarse: rezó para que no fuese ni la hija de los marqueses ni la doctora, y miró.

Maldijo en bajo por no rezar con más convicción y saludó a la segunda.

—Lo siendo, doctora…

—Ían —le interrumpió ella—. Ya has dejado claro que no quieres acompañarme; no me humilles más con eso, te lo ruego. Te necesito para otra cosa —añadió, antes de darle tiempo a replicar—. Dos días antes de partir, recibí a un emisario, un tipo de los bosques. Al parecer

están teniendo problemas no muy lejos de Bukovia.

—¿Qué tipo de problemas? —se interesó Jan, a quien aquel encontronazo, por alguna razón, cada vez le resultaba más natural.

—Por lo que pude entender, esperaban que yo lo averiguase, al ser la autoridad local en ciencias… y en otras condiciones lo habría hecho con gusto, pero tenía que preparar el viaje. Sin embargo, pensé que tú podrías cumplir con la labor, siempre que la marquesa te dé el visto bueno.

—Pensaba que tenía que acompañarte al congreso.

—El congreso es dentro de tres semanas. Ahora me dirijo a otro sitio, como representante del laboratorio Popolov. Además, creo que tú tienes más experiencia de primera mano con seres exóticos. Según los informes de la marquesa, colaborabas con una mujer que se las apañó para enrolar dragones en una guerra.

El alquimista dudó; no estaba seguro de por qué, pero había demasiadas afirmaciones en aquella frase que de alguna forma le ofendían. Tomó aire, se calmó y habló.

—¿Y puedo preguntar qué tipo de criaturas exóticas implica este asunto?

—Pues sí —resolvió ella con ligereza, encogiéndose de hombros—, pero no sabría decírtelo. Como ya he dicho, sólo tengo la misiva del mensajero. Te la he traído, junto con algunos pergaminos útiles y… sólo en caso de que aceptes —añadió con sinceridad—, sin presión. Si estás haciendo cosas por aquí, lo entiendo. Lo que no termino de entender es…

—¿El qué?

—Tal y como habló el mensajero, me dio la impresión de ser un problema antiguo. No sé por qué no me habrían dicho nada antes. De todas formas, seguro que estarán tan felices contigo como lo estarían conmigo misma, si no más.

El alquimista la observó durante un momento mientras trataba de buscarle un sentido a aquellas palabras, pero sólo podía ver a la prestigiosa mujer turbada; el rostro teñido de rubor y los gestos nerviosos.

—Catalina, estoy cansado. ¿Puedo responderte mañana?

—Puedes decidirlo cuando quieras. Yo dejaré los bártulos aquí por si cambias de idea antes de que vuelva; tres semanas dan para mucho, así que…

La mujer no terminó la frase. Se limitó a continuar mirándole con fijeza, levantando el mentón para mirar a aquel hombre que le sacaba casi dos cabezas.

—¿Te puedo preguntar algo? —susurró, mirándole a los ojos.

—Por favor.

—¿Por qué te haces llamar alquimista? Está claro que eres un

químico, como yo.

—¿Qué es la alquimia, Catalina?

—Tonterías.

Él sonrió, pero no le impidió continuar; antes al contrario, le indicó con un gesto gentil que continuase hablando.

—Juegos de manos, cortinas de humo y colores, trucos… engañabobos, principalmente. La búsqueda de la piedra filosofal, del alkhalest, la transmutación del oro…

—Respecto a esta mujer de la que hablabas antes, Khaelara…

—¿Sí?

—Enrolar dragones para una batalla no fue, ni de lejos, su mayor logro. Era una joven prometedora, muy inteligente. Diseñó un plan maestro simple pero efectivo, funcional. Potencialmente, causó el final de una era y el comienzo de otra, aunque de esto no se hablará hasta dentro de mucho tiempo, me temo; no es algo de lo que la gente se dé cuenta rápidamente. Ella… era una pensadora, luchadora, líder… asesina sin escrúpulos, también. ¿Sabes cómo se definía a sí misma, Catalina?

—¿Cómo?

—Escritora. Aquello fue lo que sintió que la caracterizaba mejor. Quizá por ser lo que más disfrutaba, o por ser lo que consideró su labor más importante; la verdad es que no lo sé. ¿Crees que eso menoscaba sus otras labores?

La mujer negó con el rostro, sólo para al momento siguiente comenzar a asentir. No porque considerase que la respuesta era afirmativa, sino porque quería mostrar que entendía el significado de aquel mensaje.

—Un título o un nombre no tienen más valor que aquel que se le quiera dar. No es más que una palabra. Buenas noches, doctora.

—Buenas noches, doctor—respondió la mujer, ceñuda. No quería dejarle ir sin más. Sabía que allí el cargo de científico renombrado lo ocupaba ella. Al igual que sabía que, de entre todos los autodenominados sucesores de Tarum Popolov, ella era la heredera legítima, la mente más prodigiosa de todo el continente, probablemente. Y pese a todo, aquel hombre la había desarmado con un planteamiento genuinamente sencillo.

Sí, quería oír más. De él, de la tal Khaelara y de todo aquel planteamiento, pero la blanca figura del alquimista se desdibujaba ya entre las sombras de la galería, y al poco, incluso el sonido de sus pisadas se fue extinguiendo para dejar paso a un silencio lúgubre, frío. Durante un momento se sintió observada; una sensación de desazón penetrante le sacudió el estómago, y echó a correr de vuelta a la sala de la cena, donde aún sonaba la música de los marqueses.

Capítulo 13

—¿Piensas estar de vuelta para el retorno de la doctora?

—Eso espero.

Ardauz guardó un silencio meditativo durante unos instantes.

—¿Quieres que te haga un resumen de las notas?

El alquimista se giró, risueño, y le palmeó el hombro al capitán de la guardia.

—No es necesario, amigo. Con la primera lectura creo que tenemos suficiente —articuló el otro, mientras rebuscaba entre los bártulos que la doctora había dejado para él—. ¿Siempre has viajado tanto, Ardauz? Cualquiera diría que un capitán de la guardia no suele salir de palacio.

—Y así solía ser. Llegaste tú y… bueno —pausó, tomando aire con fuerza—. Digamos que están cambiando muchas cosas. Es agradable ver el mundo más allá de estas paredes.

—Hay quien dice que el mundo es un libro, y que si no viajas siempre lees la misma página. Claro, que también hay quien dice que la tierra es plana o que las mujeres deben ser encerradas durante sus ciclos. Nunca faltan estúpidos opinando de todo, Ardauz. De todas formas, me alegro de que puedas viajar, si eso es lo que te gusta. ¿Crees que te las apañarás para tener contenta a la doctora? —preguntó, dándole un codazo y esgrimiendo una sonrisa cómplice.

El otro asintió con el rostro serio, hundiéndolo rápidamente entre los bártulos.

—Creo que tengo los pergaminos.

—Con cuidado. No queremos que se rompan…

—¿Vas a utilizarlos entonces?

—Ya veré. No tiene sentido cerrarme puertas antes de decidirlo, Ardauz. ¿Encuentras el de La Falkeira?

—Omag… El Paso, estos vienen sin etiquetar… este taco es de Bukovia y Tsacovia; Kelingrado, Pii… Bimescas, no sé para qué podrías querer ir allí.

—Simplemente pásamelos, por favor. Luego los ordenaré a mi gusto; no tiene sentido andar con ellos entre tantos trastos… ¿Esto es una espada?

—¿La doctora te ha dejado una espada?

—Quién sabe —se sonrió el alquimista—, podría quedarme bien al cinto. Ni siquiera creo que esté afilada.

—Pesa demasiado poco, Ían —le atajó el otro, tomándola de entre sus manos—. No creo que sea una espada de verdad.

—Atrezzo —susurró el otro, mientras una sonrisa se perfilaba lentamente en su rostro—. Supongo que me viene al pelo, aunque no me sentiría mal llevando una espada de verdad al cinto. ¿Crees que la marquesa me permitiría…?

—Sin duda. Eres uno más, Ían. De hecho —añadió el capitán de la guardia, inseguro de si debía continuar hablando—, la marquesa seguramente se sentiría más segura si supieses manejar un arma, por si alguna vez te tocase luchar por Clara, los dioses no lo quieran.

—Siempre he preferido evitar las armas. Al menos, las clásicas. Pero no te falta razón en que un arma hace poco daño al cinto, y llegado el caso puede ser de mucha utilidad.

Ardauz asintió, haciéndole ver que él compartía aquella misma idea. Después, se levantó lentamente, remoloneando.

—Tengo que irme, Ían. Debería estar recogiendo a la doctora, y, la verdad, no veo el momento de salir. Desde que te apresáramos, he viajado siempre contigo, y algo me dice que la doctora no se va a entender conmigo de la misma forma que se entiende contigo.

El hombre le miró ahora directamente, con humildad pero impidiéndole apartar la mirada.

—Todo el mundo parece querer encontrarme algo —se rio el alquimista—. La doctora y yo no *“nos entendemos”*, te lo aseguro. No te negaré que siempre he anhelado conocerla en persona, pero…

—¿No es lo que esperabas?

—En realidad sí —replicó, jugueteando con un pequeño matraz que contenía un fluido de color verdoso—. Soy yo el que ya no es como entonces. No veo el momento, el… interés, de hecho, en “conocerme” .—Se rió, justo antes de adoptar un tono más siseante—. Ni con ella ni con nadie. Aquí siempre hay algo que hacer, y la verdad, por más que me guste trabajar para los marqueses, no he perdonado a mi hermanastra. Trabajo para ellos, y en los descansos me recreo en mis planes, voy completando poco a poco la forma de…

—¿Sí?

El alquimista se dio cuenta de que llevaba demasiado rato hablando más de la cuenta. Negó con el rostro y sonrió, afable, indicándole a su compañero que no eran más que desvaríos.

—Te estoy entreteniendo —se rio, volviendo a adoptar un tono tranquilo—. Te aseguro que a la doctora no le gustará que llegues tarde. Tú y yo hablaremos, no te preocupes. Habrá tiempo cuando vuelvas.

—Está bien. Te tomo la palabra, amigo. Te deseo suerte si decides atender el recado de la doctora.

—Lo mismo digo. Os deseo un viaje tranquilo. Que disfrutéis mucho del paisaje y de la compañía mutua. Buen viaje, Ardauz.

* * *

Las instrucciones eran simples: desenrollar bien el pergamino sobre el suelo, asegurándose que al menos las cuatro esquinas estaban bien sujetas. Jan colocó distintas prendas de ropa vieja sobre ellas y continuó repasando el proceso mentalmente. Una vez aseguradas las esquinas, se debía impregnar con óleo las zonas doradas del lienzo, y tras ello, se debía uno colocar sobre el glifo y prenderle fuego al pergamino.

Por un momento decidió volver a centrar su atención en la nota que acabana de leer. De acuerdo con el tal Di Catto, colaborador de la doctora, aquello que ahora reclamaba su atención parecía haber tenido su origen tiempo atrás; poco después de la batalla por la Garganta blanca, por poner una referencia. Aquella era una fecha que le llamaba poderosamente la atención; había sido por aquel entonces cuando Gamblid y Milaine habían tenido que abandonar su ciudad, también a causa de una catástrofe natural.

Por supuesto, lo más probable es que no existiese ninguna relación, pero algo en su interior se negaba a aceptar lo que el sentido común le dictaba. Sabía que, en realidad, no tenía más opción que ir; incluso si decidía quedarse en Tsacovia, su curiosidad terminaría llevándole investigar de una u otra forma. Volvió a meter la nota en la bolsa de viaje, enfadado consigo mismo por permitirse desperdiciar el tiempo de aquella forma, y volvió a centrarse en el instrumento que el llamado Di Catto les había prestado.

El pergamino, por llamarlo de algún modo, era cuadrado y cada uno de sus lados medía unos cinco pies. A juicio del alquimista, aquello era más una alfombra de lienzo que un simple pergamino, y el simple hecho de dejarlo arder mientras él se colocaba en el centro le causaba no poca inseguridad.

Según la doctora, aquellos pergaminos habían sido un valioso regalo de uno de sus colaboradores, un tal Adencelli di Catto, hechicero local.

Personalmente, él se consideraba un firme detractor de la hechicería en general, y de la que implicaba el riesgo de ser devorado por lenguas de fuego en particular.

Con todo, unos rollos de teletransporte eran algo demasiado valioso para dejarlos pasar.

Sin prisa pero sin pausa, terminó de preparar el lienzo, caminó hasta el centro, donde se cruzaban unos glifos ininteligibles, y dejó caer un fósforo encendido.

El resultado fue instantáneo: las llamas se esparcieron con un sonoro rugido, devorando el suelo bajo sus pies. Notó cómo el calor le lamía las piernas y los brazos. Durante unos momentos, decidió cerrar los ojos y esperar. Estaba seguro de que aquello funcionaría y de que, contra todo pronóstico, no corría ningún riesgo.

Continuó esperando hasta que comenzó a notar el calor treparle por el cuerpo y empezó a quemarle la piel de la cara. Sin pensárselo dos veces echó a correr, la ropa envuelta en llamas. Se golpeó contra algo que no podía ver por las lenguas de fuego que lamían su cuerpo, trastabilló y se cayó al suelo. Aún desorientado, se deshizo de la capa y del sombrero y rodó hasta golpearse con otra cosa, que en esta ocasión tampoco pudo ver.

Un terror desgarrador se apoderó de él al contemplar la opción de haberse quemado los ojos, pero lo desechó rápidamente al obviar que algo así tenía que doler mucho más.

—Qué modales los míos —le atendió una voz de tono pomposo, elegante—. Se haga la luz… mucho mejor —asintió una silueta que se dibujaba contra la tenue luz que iluminaba el umbral.

Jan Farelian se levantó, disgustado, sólo para comprobar que sus prendas se encontraban ennegrecidas por el hollín pero en perfecto estado. Menos preocupado por sus modales que su anfitrión, gateó para encontrar la capa y el sombrero y se los volvió a colocar.

—Te doy la bienvenida, Jan Farelian. Como puedes ver, esto no es La Falkeira baja, te ruego me perdones por este engaño.

—¿Se puede saber dónde estoy entonces?

—No —replicó el otro con suavidad—. Sólo te he traído para conversar, y cuando termines te enviaré a tu destino. Considera esto como una… pausa, una invitación a descansar de un amigo.

—¿Qué razones tengo para pensar que somos amigos? —preguntó el otro, oteando la habitación. El lugar tenía sólidas paredes de roca y mobiliario desvencijado por todas partes. En el centro se alzaban unas escaleras sobre las que se encontraba su anfitrión, y a su alrededor flotaban una suerte de distintos libros, pergaminos y compendios—. Es más —añadió, adoptando un tono menos serio—, ¿por qué obvias que soy ese tal Juan?

—¿Lo eres?

—Depende de quién lo pregunte. ¿Le debes dinero?

El hombre del centro chasqueó disgustado, y uno de los ejemplares que flotaban ante él se cerró con un ruido sordo que reverberó por la estancia.

—No le debo nada, no. Pero ha sido el único eslabón que he podido localizar. No hace tanto, se vio envuelto en una cadena de sucesos relevantes.

—No me suena lo más mínimo.

—Lamentablemente, las dos personas a las que habría deseado localizar, y que también habrían tenido un papel en estos eventos, han resultado estar desaparecidas.

—Ya veo —susurró el otro, mientras curioseaba cuantos trastos estaban a su alcance. Aquí había un juego completo de vajilla, allí un cajón lleno de pañuelos, más allá una telaraña de aspecto amenazante —. Entonces… ¿no tienes nada contra ese tal Juan?

El anfitrión se giró y le miró. Desde donde estaba, Jan sólo podía vislumbrar su figura recortada contra la luz que surgía del mismo centro de la estancia, allí donde orbitaban los libros. Tenía un porte altivo, una camisola holgada y una capa, aquello era cuanto alcanzaba a distinguir.

—No, no tengo nada contra él. Sólo un par de consejos. Como ya te he dicho, esto no es más que una parada en casa de un amigo. Un descanso para el largo viaje.

—Entiendo… de todas formas —resolvió el alquimista, jugueteando con su perilla de chivo—, siento decir que no conozco al tal Juan, pero le haré saber si me lo encuentro de casualidad que le envía recuerdos…. ¿Adencelli?

—Petenkoffer. El barón Petenkoffer, por favor.

—Estoy seguro de que estará encantado de oír de su viejo amigo el barón Patankauffer. Suponiendo que me lo encuentre y lo conozca, por supuesto.

El otro negó con el rostro, aparentemente frustrado, aunque divertido.

—Hazle saber que está a punto de descubrir algo relevante, si se diera tal situación de encontrarle y conocerle, claro está.

—¿Cómo de relevante?

—Lo suficiente como para haberle traído aquí; este… episodio, por así llamarlo, no ha sucedido aquí y ahora sin razón aparente. Sin lugar a duda, Jan tendrá preguntas a las que deseará dar respuesta. También debe saber que, aunque en esa tierra no tiene enemigos, habrá personas que supongan —dudó, tratando de encontrar la palabra adecuada—… un obstáculo. Confío en que mi amigo Jan sabrá sortear las dificultades, de todas formas. Y… una cosa más, antes de dejarte proseguir con tu camino, Ían.

—¿Perdón?

—Está claro que si no eres mi amigo Juan, debes ser Tankriddian de Cabbery, asistente de la nueva sangre de la casa Bon Meister, maestro dedicado y protector. Me sentiría muy disgustado si me lo negases.

—No lo negaré entonces —accedió el otro, esbozando una sonrisa desafiante.

—Ve con cuidado, Ían. Cuando hayas terminado, si deseases volver a verme, busca el esculapio en llamas. De una u otra forma lo

terminarás encontrando, aunque no tienes por qué volver. Pero —añadió, mientras comenzaba a remover las manos elegantemente—, confío en que tu buen criterio te traerá de vuelta. Con suerte, acompañado de Jan Farelian. Buen viaje y buena suerte.

* * *

"Pf, magos" se dijo a sí mismo el alquimista. *"Con razón a nadie le gustan los magos"*. El lugar, aunque no tenía forma de comprobarlo, sí parecía ser el adecuado. O al menos, parecía ser mucho más adecuado que el anterior. Se llenó los pulmones de aire fresco y reconoció el olor a eucalipto, propio del brazo este de la Cordillera Viperina, conjunto montañoso que delimitaba al reino de Omag.

Con un poco de suerte, el llamado Petenkoffer le habría dejado cerca de su destino. Buscó un camino y echó a caminar hacia las montañas, deseando de todo corazón que su orientación no le estuviese jugando una mala pasada. Mientras caminaba, se iba dando golpecitos en las prendas para tratar de librarse del hollín que aún las cubría.

De alguna forma, se sentía extraño al caminar por un bosque sin su escolta personal. O más concretamente, se sentía extraño al volver a caminar en libertad, y por un momento, sintió la imperiosa necesidad de guardar la capa y el sombrero emplumado y adoptar otra apariencia.

Con todo, la sofocó sin dificultad y recordó las palabras del hombre que acababa de encontrarse: *"no tienes enemigos en esta tierra"*. Cierto, no tenía ningún distintivo real, pero si algo se torcía y terminaba prisionero, sabía que era cuestión de tiempo antes de que los marqueses le pusieran de nuevo en libertad. Siempre que no dejase el marquesado atrás, era libre.

El rostro del alquimista se agrió momentáneamente al recordar que, en su tierra natal, sí era un fugitivo con todas las de la ley. Pero aquello sería algo de lo que preocuparse en el futuro.

Sin dedicarle un segundo más a aquellos pensamientos, echó a caminar por el sendero, por el que no tardó en llegar a La Falkeira baja. Era un lugar agradable, tan rural como podría esperarse de un pueblo situado en la falda de una cordillera.

Las casas se distribuían a ambos lados del camino, en un lugar que según se podía ver a simple vista, no era más que una sección de bosque que había sido talada tiempo atrás.

Jan Farelian continuó caminando ante las miradas inquietas de algunos de los habitantes, lo que de alguna forma le hizo ponerse alerta. Con todo, nadie se acercó para hablar con él, e incluso pasada la sorpresa inicial, pronto las miradas furtivas fueron desapareciendo.

Sin ningún ánimo de continuar vagando sin rumbo, se acercó al que sin duda debía ser el herrero del pueblo, que se encontraba golpeando una herradura con un pesado martillo junto a una cabaña de aspecto

humilde.

—Buenos días —saludó el alquimista, haciendo una elegante reverencia y blandiendo su sombrero emplumado.

—Buenos —replicó el otro sin soltar sus herramientas, el rostro indiferente.

—Busco a un hombre llamado Galerno.

—¿Galerno, eh? —masculló el otro, pensativo—. Eres… ¿de la guardia?

—¿Hay guardia por aquí? —se rio el alquimista, probablemente fuera de lugar—. Vengo de parte de los marqueses. La doctora Popolov envió un informe que…

—Es aquel de allí —le interrumpió el otro—. El que está sentado en aquel tocón.

Jan se giró, sólo para comprobar que, efectivamente, había un hombre sentado sobre un tocón, casi entre los árboles.

—Muchas gracias, buen hombre. Que tenga una buena mañana.

El otro no respondió más que un gruñido. Volvió a rumiar algo para sí mismo y continuó trabajando en su herradura.

Sabía poco del tal Galerno. En los informes de la doctora sólo había leído un galimatías de términos que no significaban mucho para él, y que había preferido guardarse en las bolsas para leer más tarde. En algunos párrafos simplemente se refería a él como *el halconero*. Conforme fue recortando distancias, el hombre al que se dirigía también le clavó la mirada.

—Esperaba a una doctora —se anticipó el extraño—. Pero bienvenido sea, mejor alguien que nadie. Un hombre pasó por aquí no hace mucho diciendo que la doctora no vendría, aunque pensé que sencillamente era uno de esos entendidos que gustan de opinar de todo, si sabe usted a quiénes me refiero.

—Me temo que lo sé demasiado bien. Soy Tankridian de Cabbery —añadió, inclinándose con gracia—, enviado del margrave. A su servicio.

—Un placer, Tankridian.

—Sólo *Ían,* por favor. Así es como me llaman los amigos.

—Por supuesto. Mi nombre es Galerno, aunque asumo que ya lo conoce. Soy un emisario de la gente del bosque. Hace menos de dos meses que se me envió a este pueblo. ¿Quiere algo para mojar la garganta, Ían?

—Con gusto.

El halconero se sonrió con alegría y comenzó a rebuscar en una faltriquera. Una pequeña petaca y dos vasitos de aspecto tosco surgieron de la bolsita y el hombre comenzó a llenarlas con afán.

A Jan se le antojaba difícil calcular su edad: tenía el rostro curtido, pero era lampiño y no tenía canas. Con cierta resignación, estimó que

lo mismo podría haber visto veintidós inviernos que cuarenta y pocos.

Se sorprendió al contemplar que, tras llenar los vasos y guardar la petaca, continuó rebuscando en la bolsita y sacó un pedazo de carne, que sujetó con un guante de cetrería.

El alquimista resistió el impulso de agacharse al oír el chillido de un águila a sus espaldas; de joven había visto varios espectáculos de cetrería y conocía hasta qué punto estaban entrenados aquellos animales.

Cumpliendo con sus expectativas, un espléndido animal aterrizó sobre el guante del llamado Galerno, y sólo cuando éste se lo acercó, tomó el pedazo de carne de entre sus dedos.

—Este es Claudio —le indicó el cetrero—, me acompaña desde que era un polluelo, y ahora es… mi compañero, por así decirlo. Nos cuidamos mutuamente. Bebamos, Ían, a nuestra salud.

—A nuestra salud.

El alquimista bebió sin importarle qué brebaje se podía estar llevando a la boca, pero sonrió, sorprendido, al paladear el intenso sabor del licor de hierbas. Posó el vaso tallado en madera sobre el tronco con fuerza, y se sonrió.

—Magnífico licor.

—Gracias. Solía hacerlo yo mismo, antes de venir a la aldea. Respecto al asunto que nos atañe…

—Te escucho, Galerno.

—En realidad —el hombre dudó, durante unos momentos prolongados—, seguramente no sea yo el más indicado para hablarte de esto, pero mejor yo que nadie. La Falkeira baja es el último asentamiento antes de adentrarse en el bosque de esta zona de la falda de las montañas, Ían. En resumen, aunque no pase mucha gente por aquí, no deja de ser una frontera entre la tierra de la gente del bosque y el reino de Hacín, aunque en los mapas…

—Lo sé, lo sé. Habla, por favor.

—Esta región del bosque siempre ha estado bajo el control del Rey y la Reina del bosque. Por supuesto, no son reyes de verdad, pero ya sabes cómo son estas cosas.

—Sin embargo…

—Sí —continuó el otro, retomando el tema con aplomo—, no hace mucho ha pasado algo. Ha crecido una… enfermedad, por así llamarlo, en lo más profundo del bosque, y han surgido problemas. ¿Qué tipo de problemas? —preguntó él mismo.

Jan frunció el ceño e hizo un esfuerzo por no chistar. Odiaba a las personas que incluían preguntas a sí mismos en medio de una explicación, pero prefería no distraer más a aquel hombre.

—Es difícil decirlo —zanjó—. Por eso estoy aquí. Originalmente iba a tratar de alcanzar un pacto para controlar la tala, pero el lugar se ha

vuelto peligroso ahora y mi labor es impedir que nadie en esta aldea se adentre entre los árboles sin mi permiso.

—¿Puedo preguntar por qué se interesan tanto los reyes del bosque en la seguridad de la gente de esta aldea?

—La convivencia es un asunto básico; nos beneficia a todos, Ían.

—Supongo que sí. ¿Algo que deba saber antes de adentrarme allí?

—Sí. El bosque es amplio, amigo. Para los ojos de los inexpertos, los árboles son todos iguales, los caminos son semejantes, y a la noche, todo ruido es una amenaza. Pero no te preocupes —continuó, conciliador—, esta región del bosque solía ser transitada tiempo atrás, encontrarás señales y marcas en los árboles que te indicarán a dónde ir. Te aconsejo descansar hoy. Te darán asilo en la posada, y podrías ponerte en camino al amanecer para alcanzar tu destino antes de que se ponga el sol.

—¿Algo más?

—¿Sabes usar un arco, Ían?

—La verdad es que no.

Galerno meditó sus palabras y asintió lentamente. Luego le dio una palmada amistosa en el hombro y echó a caminar.

—Eso no será un problema. Te recogeré al amanecer, amigo. Asegúrate de estar listo para entonces.

* * *

La posada local había resultado ser ligeramente distinta de lo esperado. Aún con un aire más campestre que el resto del poblado, probablemente por cortesía de la construcción en madera, el lugar le recordaba más a un albergue; en la sala principal, de tamaño más bien humilde, dos hombres de aspecto cansado bebían infusiones en mesas distantes. Y en el segundo piso, se apiñaban sólo cuatro alcobas también de dimensiones reducidas y con pocos lujos.

El alquimista se dejó caer sobre la cama con estruendo, regocijándose en el chirriar de las tablas y del propio suelo, que le causaban un extraño placer.

Cuando hubo pasado suficiente tiempo para quitarse la monótona voz de Galerno de su mente, se dio media vuelta y comenzó a escarbar en la bolsa que traía.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, sentía la necesidad salvaje de revisar las notas y los documentos de la doctora, como si hubiese algo allí que se le estuviese escapando. Las ganas desaparecieron de pronto, sin embargo, al ser presa de un escalofrío y de aquella sensación recurrente de estar siendo observado. La notó sólo durante un segundo, pero fue suficiente para aguarle el humor.

Desganado, se volvió a desplomar sobre la cama y rebuscó con pocas ganas. Tomó un pliegue que lucía la palabra *“bestiario”* en letras sobrias. Justo debajo, una inscripción en menor tamaño indicaba

“Asociación Popolov Calsamid”. Lo abrió, sólo para encontrarse una serie de distintos pliegues más pequeños. Comenzó a pasarlos uno por uno, *“animados y elementales”*, *“animales y bestias”*, *“bosque”*.

No tenía demasiado claro qué esperarse, pero las advertencias de la doctora seguían pululando por su mente, y había viajado lo suficiente para oír historias de todo tipo sobre las llamadas *“gentes de los bosques”*, desde aquellas donde eran poco más que unos simples refugiados que vivían comiendo hierbas y lamiendo rocas hasta auténticas civilizaciones de hombres árbol, trolls y otras culturas inteligentes.

La realidad era que le importaba poco qué se iba a encontrar al día siguiente. Sólo le importaba ser capaz de lidiar con ello y volver a sus quehaceres; salir de palacio estaba resultando ser menos emocionante de lo que había esperado, y en aquella sala humilde de madera, aún echaba de menos algunas comodidades de su habitación de Tsacovia. Efectivamente, le mataba tener que contentarse con leer un rato, sin poder continuar su trabajo ni charlar un rato con Ardauz o Clara.

Se sonrió momentáneamente al pensar en ella, sólo para agriarse el gesto al siguiente instante. Le convendría pasar un tiempo lejos de la joven, sin lugar a duda. Pero si alguien se enteraba alguna vez de lo que había pasado, sabía que podía olvidarse de volver a servir a los marqueses, de continuar con su plan para con su hermanastra o de cualquier otra cosa que implicase poner un pie fuera del calabozo.

Pero lidiaría con aquello a su debido tiempo. Mientras tanto, lo único que podía hacer era ojear aquel bestiario. Descubrió con una mezcla de desilusión e interés que la mayoría de la información se centraba en el punto de vista de un cazador: sí, incluía generalidades sobre los seres a los que describía, como dónde podían encontrarse, cómo reaccionaban ante la visión o la cercanía de un humano e incluso, en algunos casos, cuáles eran sus costumbres. Sin embargo, el grueso del texto se basaba en información sobre complexión, fisiología y formas de abatir a estos seres. No evitó deleitarse contemplando dibujos, algunas veces elaborados y otras más bien burdos, a todas vistas realizados por distintas personas. Con curiosidad, observó que también había dos letras distintas llenando las páginas. En su mayoría se trataba de una letra alargada y elegante, de alguna forma familiar, mientras que en otros casos podía encontrar apuntes en los márgenes o sobre los dibujos del mismo tipo de letra que había en el pliego principal.

Una vez se hubo sacado de la mente todas las ideas sobre la corte, se permitió sumergirse en la lectura, que de alguna forma le recordaba a las guías botánicas y zoológicas que leía cuando era pequeño. Así, no tardó en aprender que, aunque los sátiros y los faunos se describían habitualmente como un mismo ser, los primeros eran de mayor

tamaño y disponían de mayor inteligencia, mientras que que los faunos eran poco más que diablillos de los bosques, traviesos y poco dados al raciocinio.

Aprendió también qué seres se hacían pasar por trampas para cazar viajeros desprevenidos, a pesar de que éstos no se daban en las latitudes en que él se encontraba, pero la lectura le resultaba absorbente. Leyó sobre los ents, los antárboles y la desdibujada figura del terantárbol, sobre las náyades y las xanas de los estanques y los ríos, parándose en cada leyenda añadida a pie de página y tratando de verse a sí mismo en presencia de aquellos seres cuya existencia conocía pero jamás había tenido en cuenta.

Se acostó pronto para estar listo al amanecer; por alguna razón, le espantaba la idea de hacer esperar a Galerno, de forma que cenó ligero en la sala principal de la posada, ordenó los pliegues del bestiario y se echó en la cama con moral renovada.

En sus sueños, sin embargo, una sombra le observaba mientras caminaba por las galerías del desvencijado edificio Prahlini. Atravesaba su laboratorio a oscuras, sorteando decenas de farolillos rotos, y se escabullía por un agujero en la pared sólo para encontrar que al otro lado de la grieta no había luz, sino un cielo plagado de estrellas.

Una mano pequeña se entrelazaba con sus dedos, tiraba de él y le hacía caer sobre el prado. Sin embargo, notaba la presencia observándole, pero una fragancia intensa le asfixiaba y no podía pronunciar una sola palabra.

* * *

Al día siguiente amaneció con aquel sueño fresco en su memoria, aunque no lo recordaba como una pesadilla. De hecho, había descansado esplendorosamente, y sólo podía pensar en las cosas sobre las que había leído la noche anterior y las fantasías que se agolpaban ahora en su mente. Aquel iba a ser un gran día.

Acto 3

Capítulo 14

Se deshizo de la ropa de cama, dispuso sus documentos para el viaje y bajó a esperar a su acompañante. En la sala principal de la posada atendía ahora una joven atractiva que se despidió de él con un gesto que pretendía ser elegante, sin éxito. Aun así, Jan era un caballero con modales, y como tal, la saludó, inclinando ligeramente el sombrero con la mano, lo que le arrancó una sonrisa a la mujer.

Afuera le esperaba ya su acompañante, tendido junto a un enorme can al que acariciaba con delicadeza.

—Buenos días, Tankridian. Hoy hace un sol precioso para perderse entre los árboles. No sabes cuánto te envidio.

—Pensé que me acompañarías —replicó el otro, indiferente. Lo cierto era que no se sentía a gusto en compañía del cetrero.

—Sólo puedo acompañarte un rato. Llegado un punto debo volver; cosas que hacer aquí. ¿Estás ya preparado?

Tankridian de Cabbery asintió con ímpetu. El otro dejó de acariciar al animal, que se incorporó de inmediato mirando con sus grandes ojos al extraño.

—¿Es un lobo?

—Me gusta verlo como un lobato.—El hombre se sonrió—. Va para dos años; aún es joven y está lleno de energía. ¿Verdad que sí, Fergo? —le susurró al animal, mientras le rascaba la cabeza—. Claro que sí. Y ahora, será mejor que nos pongamos en marcha, Ían.

El otro no protestó. Quería quitarse de encima tanto a su anfitrión como al animal que lo acompañaba. Rápidamente se adentraron entre los árboles, zizagueando entre los pinos y castaños jóvenes que

ocupaban la mayor parte del espacio. Con menor frecuencia surgían olmos y abetos, y serpenteando entre sus pies, pequeños arbustos, tocones cortados y helechos de hojas alargadas creciendo sobre la hojarasca marchita.

Con todo, el cetrero se desenvolvía con naturalidad y Jan se limitaba a pisar donde él ya había puesto los pies. Al poco rato se encontraba completamente perdido e incapaz de distinguir de qué dirección procedían.

Continuaron caminando en silencio hasta poco antes de mediodía, momento que dejaron el sotobosque para llegar a un cruce de senderos.

—Sólo has de seguir el camino, y en los cruces, sigue heráldica del lancero rojo. Pertenece a un antiguo barón que pobló estas tierras y te llevará a un viejo palacete desmoronado. Cuando llegues, rodea la finca y continúa como si la hubieses cruzado de frente. En teoría —añadió, justo antes de tomarse una pausa para pensar—, no es peligroso cruzar ese lugar mientras se haga antes del anochecer, y quién sabe, lo más probable es que sean historias sin sentido, pero yo me siento más seguro rodeando la finca.

El alquimista asintió, le agradeció el consejo y echó a caminar.

—¿Qué dices? —Escuchó al cetrero a sus espaldas—. Sí, podrías acompañarle.

—¿Perdón?

—Fergo dice que podría acompañarte. Por si pasase cualquier cosa, para echarte una mano.

Jan dudó. No estaba seguro de si su acompañante bromeaba o si realmente había hablado con el lobo. En cualquier caso, la idea se le antojaba igualmente indeseable.

—No me llevo bien con los animales, Galerno, pero te agradezco el ofrecimiento de todas formas.

El otro no insistió. Se encogió de hombros y silbó, reclamando la atención del animal. Después echó a caminar por donde había llegado sin volver la vista atrás.

—Saluda a la reina de mi parte —pidió, ya mientras se perdía entre los árboles.

Por un momento, Jan se sintió vulnerable, perdido en un lugar en el que se sabía extraño. La sensación duró poco de todas formas; un sendero era un sendero, y si le habían dejado allí debía ser por una buena razón.

Caminó hasta llegar al palacete desmoronado, que coronaba una pequeña colina y estiraba su murillo de roca como dos grandes brazos abarcando el jardín. La sola idea de desoír al cetrero le causó un cierto regocijo; en los sitios abandonados muchas veces había cosas a las que merecía la pena echar un ojo, pero de nuevo, se impuso la cordura y

evitó ser presa de su instinto, que le llamaba a saltar el murillo de roca y curiosear el lugar.

Tras un largo rodeo, continuó caminando, ya no por un sendero sino por una marca de hierbas aplastadas, señal de que aquel lugar era una ruta transitada. A partir de allí, los pinos y eucaliptos desaparecían en favor del hayedo, y el olor mentolado quedaba relevado por la fragancia de las hojas recién caídas sobre el lodo.

Jan se permitió llenar los pulmones de aquel aire menos fresco pero igualmente confortante, contempló los árboles con sus últimas hojas en las ramas, y continuó el camino. Pronto, la mayor parte de los helechos también desaparecieron y dieron lugar a arbustos de mayor tamaño. El suelo también cambió: aquí y allí asomaban gruesas raíces de los árboles, cuyos troncos comenzaban a ser también más nudosos y gruesos, plagados siempre de liquen en su cara norte.

El sendero había desaparecido hacía rato, pero Jan estaba seguro de alguna forma de ir en la dirección correcta. Escaló un terraplén, descendió una cuesta zigzagueando y al poco, llegó a un claro sobre el que caían unos antinaturales haces de luz.

Al llegar allí sintió, entonces sí, la seguridad de estar siendo observado, de forma que dejó los fardos en el suelo y se sacudió el polvo y las hojas de encima; no estaba seguro de qué tipo de seres iban a ser el rey y la reina del bosque, pero sí estaba seguro de querer presentarse tan elegante como fuese posible.

—Buenos días —saludó con su mejor sonrisa y una pizca de incertidumbre.

No hubo una respuesta inmediata. Sin embargo, una serie de largos crujidos comenzaron a surgir de un inmenso roble situado a sus espaldas.

Evitando movimientos bruscos, se giró y contempló a la figura femenina que se perfilaba contra la corteza del enorme árbol. Estaba seguro de que aquella mujer, si acaso se le podía llamar así, no había estado allí cuando él había llegado al claro, aunque era evidente que contra el tronco del árbol se dibujaban un busto y rostro femeninos, como si alguien los hubiese esculpido en la corteza.

Jan Farelian hincó una rodilla y se retiró el sombrero emplumado en un acto reflejo, y al alzar la mirada, le pareció distinguir que el rostro de corteza sonreía.

—A su servicio —susurró el alquimista.

—Muy de agradecer —replicó la forma con una voz reseca, semejante al crujir de las ramas contra el viento—. Soy Laurel, la Reina del bosque.

—Yo soy Tankridian de Cabbery, enviado de los marqueses para serviros.

—Levántate, Tankridian.

—Sólo Ían —sugirió el otro con una sonrisa. En esta ocasión, no le pareció que la Reina le correspondiese—, si no es molestia.

—Normalmente la gente del bosque soluciona sus propios problemas —explicó la otra con un tono sereno, demasiado lento para el gusto del forastero—. Pero en esta ocasión no es algo con lo que podamos lidiar. Cuantos han tratado de solucionar el problema han caído a manos de una terrible enfermedad. Por eso hemos solicitado un adalid del conocimiento a los regidores de nuestras tierras más allá de la linde del bosque. Nuestro bienestar es un asunto que nos concierne a todos.

—Soy consciente de ello.

—Eso espero. Los pilares de nuestro mundo se tambalean —continuó susurrando, haciendo un visible esfuerzo por pronunciar las palabras en la lengua común—, sin nosotros…

—No se esfuerce, mi señora —pidió el alquimista—. Veo que le cuesta mucha energía comunicarse.

—La reina laurel no suele hablar nuestra lengua —habló con claridad otra voz a espaldas del alquimista.

Mientras hablaba con la reina, toda una comitiva se había perfilado contra los límites del claro. Ahora le hablaba una mujer esbelta de piel verde, cubierta únicamente por capas de liquen y trepadora que a duras penas cubrían sus partes nobles.

—Lo entiendo. Me imagino que no pasan muchas personas de fuera por aquí.

—Ninguna —zanjó su interlocutora—. Pero esta es una ocasión que bien lo requiere. Sígueme, si eres tan amable. Yo te pondré al corriente de todo lo que necesitas saber, no tiene sentido malgastar las fuerzas de la anciana.

El hombre no discutió. Además de la razón expuesta, prefería hablar con la mujer de piel verde y rostro ceñudo, que hablaba con un tono humano y un ritmo menos soporífero. La reina del bosque le había resultado verdaderamente imponente, casi celestial, pero puestos a elegir, el pragmatismo siempre llevaba las de ganar.

Sin mediar palabra echó a caminar junto a ella. Aún no se había presentado, pero por la forma en que el resto de seres les acompañaban manteniendo la distancia, estaba claro que tenía que ser alguien importante allí.

A sus costados, caminando o trotando entre las ramas, había al menos otras dos mujeres de menor edad, también cubiertas de liquen y trepadoras, acompañadas de un extraño ser que no había visto dibujado entre los manucritos de la doctora, dotado del cuerpo de un venado y el busto y rostro de una dama. Desdibujado más allá de las ramas y los arbustos, le parecía distinguir también la figura de un sátiro, y estaba seguro de que más atrás o incluso sobre las copas de

los árboles, más seres le observaban con atención. Sin lugar a duda, su visita era un evento sin precedentes.

—Puedes llamarme Rinda —le indicó la mujer sin dejar de caminar —. Y para saciar tu curiosidad, te diré que soy una humana como tú.

—¿Puedo preguntar…?

—La piel verde es por el liquen —se adelantó ella—. Con el tiempo suficiente se logra una relación íntima con el bosque, tan íntima que esto que ves, no es más que una parte del todo. Somos druidas. Habrás visto alguno antes, sin duda.

—Sí que he visto alguno, pero no tenía… esos elementos simbiontes.

—Sólo algunos alcanzamos este estado de comunión con el bosque. Los que nos dedicamos en cuerpo y alma al mismo y vivimos en los dominios de la reina, con suerte, pasamos a ser parte de un todo. Como un enjambre, si quieres verlo así, conectados los unos con los otros.

—¿Por eso os afecta tanto esta enfermedad de la que habló la reina?

—No, aunque es una pregunta inteligente. Aquellos que han caído víctimas de la enfermedad simplemente han dejado de formar parte de nuestra gran familia. Sin embargo…

—¿Puedo preguntar a dónde me llevas? —la interrumpió.

—A otra parte del bosque —replicó ella sin ganas—. Un lugar donde podrás descansar del largo viaje.

—¿Cuál es el origen de esta enfermedad?

—Desconocemos el momento exacto del brote, pero comenzamos a apreciar los primeros síntomas hará casi dos estaciones al término de Yule. Entonces, no les dimos la importancia que merecían, por desgracia. Por eso hemos llegado a esta situación. Además, el territorio de la reina Laurel es muy extenso. En sus días, ella patrullaba unida al rey del bosque, aunque ahora se marchite en ese viejo olmo. Esto —añadió, desviando la mirada—, jamás se lo contaría a un forastero, y menos en presencia de cuantos nos observan, pero muchos temen que la reina esté cediendo a la enfermedad. Es tu prioridad atajar esta afección a cualquier coste. Tienes… plena autoridad y libertad en nuestro bosque, Tankridian. Al menos, en el territorio de la reina Laurel.

—Algo me dice que el rey no estará tan de acuerdo con mi presencia aquí como vosotras.

La mujer se rió, con resignación.

—No sabría decirte. El rey del bosque enfermó no hace tanto, pero el territorio que ahora domina ya no es seguro para muchos. Contigo, sin embargo, quizá esté dispuesto a hacer una excepción. No es un ser privado de razón, de acuerdo con lo que tengo entendido. Espero estar en lo cierto —añadió desesperanzada, mientras levantaba una rama del sendero para que pasase el alquimista—, porque en caso de un

enfrentamiento no tendríamos forma de asegurar tu integridad. Es decir, evita cualquier enfrentamiento, Tankridian. El rey no es tu enemigo, pero te hará pedazos si te interpones en su camino. Ahora mismo hay una especie de… paz tambaleante. Las fronteras entre ambos territorios se mantienen sin violencia, pero la enfermedad se afianza más allá de nuestros límites, y muchos temen que esta paz dure poco. Allí donde te dirijo, Ían, nos espera un agente del rey. Él piensa que serás un mero emisario, pero tu misión, insisto, es encontrar la fuente de la enfermedad, y acabar con ella si puedes.

—A cualquier precio —reiteró él, para hacer ver que estaba entendiendo su repetitivo discurso.

—Así es. Hemos requerido la presencia de la doctora Popolov porque nosotros no hemos podido sanar esta enfermedad con los medios de que disponemos. Nuestra esperanza está en vosotros, los más sabios del exterior. Con suerte —añadió tras una pausa breve—, de este problema obtendréis información valiosa. Presumo que fue eso lo que atrajo a la doctora en un principio.

La mujer no insistió. Al poco rato llegaron a un desnivel del que caía un pequeño reguero. Junto al estanque que formaba, había una oquedad oscura donde le esperaba una figura, para sorpresa del alquimista, también humana.

Rinda le dedicó una última mirada de ánimo y le indicó que caminase hasta allí. El resto de la comitiva tampoco le siguió. Aquel lugar debía de ser una de las fronteras entre territorios.

Él no se hizo de rogar. Antes de abandonar el límite del hayedo, se giró y miró a los duros ojos de la mujer de piel verde.

—Olvidaba decirlo… Galerno envía recuerdos a la reina.

La mujer le indicó que se fuese sin más. Al alquimista le resultó una reacción interesante, aunque tendría que escarbar sobre aquello en otro momento. Frente a él, el bulto de aspecto humano se removía impaciente en la pequeña cueva.

Jan se encaramó por las rocas redondeadas que delimitaban el estanque y se adentró, sosteniéndose el sobrero emplumado.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió su anfitrión con énfasis. De cerca, no era más que un hombre de aspecto decepcionantemente ordinario, con un rostro redondeado, barba mal afeitada y algo regordete.

Sonriente, le tendió una mano oscurecida, que el alquimista agarró sin deshacerse de los guantes.

—Soy el emisario —explicó Jan sin ganas de volver a escuchar la misma historia.

—Tranquilo, sé quién eres. No te voy a aburrir con los detalles, ven, sígueme.

El alquimista no necesitó que se lo dijesen dos veces. Siguió al

extraño hombre por una pequeña oquedad oscura y se deslizó antes de tener tiempo a valorar si aquello era sensato. Tras un breve momento de desorientación, sintió cómo dejaba de caer para dar con su cuerpo sobre algo blandito.

Apoyó las manos en lo que resultó ser un denso tapiz de hierba, verde, húmeda y fresca. Antes de llegar a orientarse, notó también cómo algo tiraba del cuello de sus ropajes, incorporándolo con brusquedad. Ante sus ojos se dibujó un rostro vagamente humano, no esculpido en la madera de un árbol, sino siendo su parte central. De aquellos seres sí había leído; podía ser, a juicio de las descripciones, o bien un ent o bien un terantárbol, si su suerte era menos buena. A diferencia de la reina Laurel, el ser tenía ojos en sus cuencas, y a juzgar por el acompasado vibrar del rostro, respiraba.

—Bienvenido —habló el ser con una voz grave y pesada, también mucho más humana que la de la reina—. Soy el Rey del bosque, y no tengo intención de robarte mucho tiempo. Acompáñame, pequeño amigo.

Por alguna razón, Jan Farelian se sintió aliviado de no tener que volver a dar un nombre falso. En aquel lugar, por más que trataba de pensar lo contrario, no podía evitar sentir que se encontraba fuera de su elemento, que jugaba en desventaja contra cualquiera de los seres que podía encontrarse allí.

Sin darle más vueltas, echó a caminar tras el corpulento ser, aprovechando para no perder detalle. Aquel lugar también era un claro, pero no caían sobre él haces de luz, y las copas de los árboles se entrelazaban formando un dosel retorcido que eclipsaba toda luz del sol. En aquel lugar se podía sentir una tranquilidad imperante, y un silencio antinatural poblaba el ambiente.

—Este es el santuario de la luna —explicó el ser que le guiaba, como si pudiese leer sus pensamientos—. Los trolls lo crearon hace mucho tiempo, más allá de donde alcanza mi memoria. Ven —añadió, para recuperar la atención del alquimista.

El Rey del bosque caminaba rápido, y a pesar de la inmensa mole que era, pisaba con delicadeza y apenas hacía ruido. Jan tenía que trotar algunas veces y correr otras para igualar su paso.

—Nos encontramos lejos de la frontera donde te despediste de Laurel y sus aliados, emisario —explicó, de nuevo sin necesidad de que él formulase la pregunta—. El hombre que te trajo hasta aquí se llama August, y es un druida, aunque como has visto, ha explotado más la faceta de mago que la de naturalista. No es una idea nada mala —añadió meditabundo—, en estos tiempos que corren.

Jan se permitió no dar su opinión; no le gustaban los magos, independientemente de que fuesen vagos relamidos de la corte o vagabundos del bosque.

Pronto llegaron a una caverna sellada por zarzas y un extraño rosal de altos tallos con espinas y rosas de un tono púrpura. El Rey acarició las plantas y estas se plegaron, permitiendo el paso al lugar.

Dentro, la caverna sorprendía con unas altas bóvedas y varias galerías de aspecto primitivo pero imponente, y aquí y allí crecían más plantas espinosas protegiendo aquello que no debía ser visto de los ojos curiosos.

Aun así, el Rey del bosque continuó caminando. Indicó al alquimista que no le siguiera y se abrió paso a través de un dosel de espinas que dejaba a la vista el nivel inferior de la caverna. Bajo sus pies se extendía una plataforma en cuyo centro destacaba un cogollo de trepadoras. A una sola orden del Rey comenzaron a desplegarse, perezosas al principio y con más ímpetu después.

Una vez terminaron de extenderse por el suelo quedó a la vista un objeto de aspecto cristalino.

Jan Farelian observó sin perder detalle; estaba seguro de que la plataforma sobre la que reposaba el objeto no era una mera roca.

—Es el hermano Qeilin —habló el Rey del bosque, anteponiéndose una vez más a las dudas del alquimista—. Cuando lo encontramos, habló del poder que debía encerrar ese objeto. Habló de una fuente de vida, de un… enlace, entre el microcosmos.

—Y el macrocosmos —terminó el alquimista con desdén. Había leído muchos artículos sobre aquella bazofia. No en vano era el principio principal de una de las muchas ramas de la alquimia—. Entiendo que al hermano Qeilin no le fue muy bien. Está muerto, ¿verdad?

—Está frío… e inmóvil. Cubierto por una pátina de roca, pero su barba crece y puedo sentir su angustia.

El alquimista masticó aquella información con calma. En su mente, algunas ideas comenzaban a volar sin ton ni son.

—Se diría que el cristal le mantiene con vida —habló al fin—. ¿Qué es lo que creéis vosotros? Y lo que es más importante, ¿quiénes han pasado a ver esta situación?

—Sólo la gente del bosque, druidas todos ellos. He hablado de ello con los demás seres… las gorgonas, los centauros, los faunos… ninguno recuerda nada parecido.

—Y entiendo que bajar a echar un ojo no es una posibilidad.

—Demasiado arriesgado. Sin embargo, las flores de estas trepadoras contienen pequeños cristales a veces. Quizá desees llevarte uno para estudiarlo.

—Me tienta —admitió el alquimista—. Pero no me llevaría algo que parece tan peligroso en una bolsa sin más. Me gustaría salir de aquí y ver cuáles han sido los síntomas de esa enfermedad de la que habla la reina Laurel.

—Hmm… Laurel…

Jan no interfirió. El Rey del bosque hablaba más rápido que la que había sido su consorte, pero no lo suficiente como para interrumpirle a la ligera, de forma que decidió esperar.

—Existe una enfermedad, sí… pero no es la que ella cree. El orgullo la ciega, y la llevará a terminar marchitándose en un viejo tronco sin vida.

—¿Qué alternativa tiene?

—Volver —replicó el enorme ser mientras se volvía parar mirar a Jan con sus enormes ojos—. Yo jamás la eché. Fue ella quien decidió que nuestros caminos debían separarse. Nuestras ideas eran demasiado distintas, allí donde yo veía vida, ella sólo veía peligro. Donde yo veía riqueza, ella veía una amenaza. Preguntas por los síntomas… bien, estos son los síntomas —habló el enorme árbol mientras extendía uno de sus nudosos brazos.

A poco tardar, algo graznó entre la maleza y voló hasta posarse en el brazo extendido.

Ante los ojos del alquimista se encontraba un ave de bellos colores, exótico pero no extraño. Había leído de reptiles, anfibios y aves poco comunes en bosques y selvas; no entendía qué tenía aquel animal de sorprendente.

—Este ser no tiene nombre —habló el árbol—. Los de su especie no han sido descubiertos aún, no aparecen en ninguno de tus tratados, emisario, porque el Yule pasado no existía. En las cercanías de este lugar, algunos seres han cambiado. No siempre para mejor —añadió con pesar—. Por eso, Laurel quiso deshacerse del cristal, pero el hermano Qeilin la contradijo. No fue el único, pero sí el primero. Explicó que un artefacto como ese era una fuente de vida, un regalo rebosante de poder, aunque Laurel sólo pensaba en cómo podríamos convivir con nuevas especies; le aterraba que surgiese una raza que en pocos años pudiese ser una amenaza, como lo fueron los centauros no hace tanto, o los sátiros.

—¿Y qué dijiste tú? —preguntó Jan sin importarle tutear al Rey.

—Dije… que no podemos denominarnos los guardianes de la vida si cuando se nos presenta tratamos de acabar con ella. Es el ciclo mismo de la existencia… nacen nuevas especies, y algunas desaparecen. A nosotros también nos llegará nuestro momento, no te quepa duda… aunque Laurel parece empecinada en que el suyo llegue demasiado pronto.

—Estoy pensando en que he visto esto antes, anciano.

—¿Uh…?

Jan se sonrió. El rostro arbóreo del Rey del bosque le miraba ahora desencajado como lo habría hecho el de un niño ante la más vulgar de las sorpresas.

—Hace poco visité a un antiguo conocido en Almoria, cerca de Las

Quemas. Fui a verle para pedirle información, y me los encontré con un problema de plagas. Tenían una especie de ratones demasiado grandes, acorazados y con pinzas. Dijeron que estaban buscando el nido en las profundidades —añadió el alquimista mientras se rascaba el mentón—. No llegué a ver ningún cristal como el que me has enseñado, pero no me extrañaría que tuviesen algo así en el nido. De hecho, creo que debería avisarles de que no lo toquen, no querría que terminasen como el hermano Qeilin.

—¿Qué sugieres entonces?

—Quedamos en que me enviarían algunos de esos seres a mi laboratorio… pero no he podido acceder a él desde entonces. Debería pedir permiso a los marqueses para volver a mi laboratorio, aunque no estoy seguro de sí sería acogido con los brazos abiertos. Por lo pronto —volvió a murmurar, jugueteando nuevamente con su mentón—, creo que la prioridad es que nadie intente manipular el cristal, aunque eso ya lo habéis descubierto vosotros.

>>También deberíais de intentar contactar con un hechicero llamado Laen, puedo dar instrucciones de cómo dar con él. Además, creo que sería interesante aclarar la situación con la reina Laurel. Ella piensa que se está preparando una batalla campal.

—Hmmm…

El alquimista guardó silencio. En un momento, todo su cuerpo se acababa de tensar como si estuviesen estirándolo en un potro de tortura.

—Anhelo a Laurel… pero el bosque no puede permitirse su vanidad. Si ella se marchita y muere, gran parte del bosque lo hará también. No… no puede irse sin más, no hasta que otra hamadríada tome el relevo, y los druidas no han anunciado la llegada de otra todavía, por lo que la opción de morir no le corresponde a ella tomarla.

—¿Entonces, habrá una batalla?

—Si es necesario, arrasaré su tierra para que el resto del bosque perdure. Laurel vivirá —sentenció con tono adusto—, quiera o no.

* * *

La reunión fue sin duda más rápida de lo planeado. Sin embargo, el descubrimiento no dejaba lugar a dudas; sin más que lo puesto, Jan no tenía nada que hacer allí aparte de suposiciones. Aquella misma noche el rey del bosque llamó al hermano August, que acudió presto a recoger a su invitado. Juntos echaron a caminar hacia la frontera, donde, en teoría debía continuar esperando la mujer llamada Rinda. El paseo fue más breve de lo esperado, ya que aquella zona del bosque era menos frondosa y el suelo estaba más limpio de podredumbre y hojarasca.

Llegaron a la frontera al anochecer, pero no había allí nadie esperando al alquimista. El druida regordete se frotó las manos y

esperó durante un rato visiblemente intranquilo, pero nadie acudió.

—¿Dónde han ido los demás?

—Quizá no se esperaban que volvieses tan pronto. Aun así, el rey debería haberles hecho llegar el mensaje —añadió preocupado—. Esto no me gusta.

—August.

—¿Sí?

—¿Te fías de Rinda?

El hombre dudó. Probablemente no se había planteado aquello últimamente.

—Es una mujer inteligente. Para mi gusto, no se ha situado en el bando adecuado, pero llegado el momento sabe qué es lo que hay que hacer.

—¿Quieres decir…?

—Aha. Protegerá a la reina Laurel mientras haya otra opción. Llegado el momento en que no la haya, no me cabe duda de que protegerá al bosque. Muchos tratan de prolongar ese final, es desagradable y no nos gusta… pero sabemos qué es lo que hay que hacer.

—La reina Laurel también debe saberlo.

—Sin duda, aunque se empecina en negar lo evidente.

—Hm… ¿Y no os preocupa? Yo no sé nada de los bosques, pero al estar frente a ella, me ha parecido imponente, incluso en el estado en el que se encontraba.

El hombre le miró, los ojos aún colmados de preocupación.

—No es inteligente hablar de eso. No aquí, en el linde de su tierra, emisario. De todas formas —añadió bajando la voz, mientras escudriñaba la espesura—, no te falta razón. La reina no parece más que un tumor marchito en un tronco, pero el poder de las hamadríadas siempre ha sido carne de leyenda. Se dice que la primera hamadriada, Floria, nació de la tierra misma, y de ella brotaron los primeros bosques y prados. Claro que sólo es una leyenda —añadió apresuradamente—, pero nadie tiene interés por poner a prueba qué hay de cierto en esas historias.

—No quiero parecer impertinente, August, ¿pero no podrías simplemente teletransportarme? Como hiciste cuando llegué aquí.

—Cuando llegaste aquí no te teletransporté; atravesamos un pequeño portal que había construido con anterioridad… me temo que no tengo un control de esas dotes tan avanzado para teletransportarte. Podría intentarlo, claro. Pero en vez de aterrizar fuera del bosque, podría esparcir los pedazos de tu cuerpo por todo el camino.

—Entiendo —susurró el otro, recordando por qué le disgustaban tanto los magos—. ¿Esperaremos al amanecer, entonces?

—No, no creo que sea la mejor idea. Rinda sabe de sobra que estás

aquí, a menos que algo vaya mal. Y si ese fuese el caso, lo mejor sería que salieses de aquí cuanto antes. Haremos esto: te acompañaré hasta donde sepas volver a ubicarte, emisario. Y si algo fuese mal, puedo intentar teletransportarte no demasiado lejos, lo suficiente para ponerte a salvo…. Sé que no es la mejor idea que has escuchado hoy.

—Ya, pero es lo que tenemos —accedió el otro, maldiciendo por dentro a todos los magos, druidas y hechiceros de distintas disciplinas por enésima vez—. Pues adelante, aprovecharemos la oscuridad para pasar inadvertidos.

El camino de vuelta fue sorprendentemente tranquilo, incluso a pesar de la constante sensación de acecho. Las aves no cantaban, pero en el bosque la vida continuaba de noche; los roedores correteaban entre los matorrales y los búhos y lechuzas les daban caza y graznaban endemoniadamente, haciendo saltar al alquimista cada vez que aquello sucedía.

No obstante, la sensación de acecho se fue desvaneciendo rápidamente, y los graznidos de lechuza fueron sobresaltándole cada vez menos, hasta integrarse con el resto de sonidos del bosque.

Entre tanta vida, Jan casi podía sentirse como si fuese él quien estaba al acecho. Sus pisadas no hacían ruido, y apenas sí podía ver un leve brillo que pendía de un saquito en el cinto de su acompañante. Pasaron cerca de una zona por la que le daba la sensación de haber caminado en sentido opuesto apenas unas horas antes, acompañado de la druida Rinda, y supo que se encontraban cerca del claro de la reina Laurel. A partir de allí, sólo restaba escalar el terraplén por el que había bajado zigzagueando, caminar por un sendero recto y rodear la finca del antiguo barón. Sólo entonces comenzó a preocuparse sobre cómo cruzaría el bosque de castaños y eucaliptos por el que había llegado en compañía de Galerno, aunque su nuevo acompañante parecía tener claro donde se encontraba en todo momento.

—Si algo fuese mal —susurró el druida delante de él—, corre al noroeste. Recuerda que el líquen crece en la cara norte de los árboles.

La advertencia no le gustó. Hasta aquel momento, no habían visto ninguna señal de que algo pudiese ir mal. Claro que siempre estaba bien estar preparado, ¿pero por qué decirlo en aquel momento? La seguridad con la que pisaba el alquimista se esfumó de súbito, y justo al siguiente instante oyeron un chillido desgarrador.

Los dos se detuvieron de golpe y se miraron. No pronunciaron palabra, pero en sus mentes cruzaba la misma idea: ¿ayudar o huir?

Un segundo grito les sobresaltó, y en esta ocasión el druida echó a correr en dirección al sonido, justo cuando Jan Farelian estaba seguro de que haría lo opuesto.

Se abrió paso a través de la oscuridad, pisando sobre matorrales y arañándose las ropas con los arbustos que no podía ver.

Su guía se detuvo de súbito y así lo hizo él; frente a ellos, una Rinda agonizante se retorcía sobre el suelo, no lejos del claro de la reina.

A duras penas enfocó la mirada en ellos y estiró una mano, balbuceante.

—Es… Es…

—Es una trampa —completó el alquimista—. Parece el momento de salir de aquí.

—Espera —susurró el otro, acercándose a la mujer.

Jan Farelian no tenía ganas de esperar, pero la decisión no dependía de él. Echó de menos el viejo cinto con el que solía viajar, plagado de bebedizos para casi cualquier situación, y se contentó con enumerar las herramientas que la marquesa le había proporcionado, a todas luces insuficientes.

Algo rugió entre la espesura, y de pronto la aparente calma que poblaba los alrededores se convirtió en un murmullo de hojas y hierbas pisoteadas y golpeadas. No tenían forma de saber qué era lo que les rodeaba, pero el rostro del druida anunciaba que no era nada bueno.

La mujer aulló de forma inhumana, sobresaltándoles a ambos, y sus ojos comenzaron a rezumar un fluido que brillaba intensamente.

En esta ocasión, el incluso August retrocedió, el rostro quebrado de pánico y las manos temblándole fuertemente.

—¿Es ya el momento de sacarnos de aquí? —le reprendió el alquimista.

El otro no respondió; se limitó a buscar aceleradamente entre los saquitos que le colgaban del cinto.

Jan Farelian no se consideraba un luchador, y mucho menos un cazador de monstruos, pero en aquel momento, incapaz de ver qué les cercaba y con el hombre encargado de protegerle incapaz de hablar ni actuar, sintió la adrenalina bombear con fuerza.

—Hazte a un lado —dijo con convicción, mientras empujaba al druida.

Se plantó entre él y el límite del claro más cercano, se plantó en una pose rígida y se acomodó el sombrero emplumado. Luego asió la empuñadura del arma que le colgaba del cinto, tratando de rememorar los seres sobre los que había leído en el bestiario de la doctora y determinar qué espanto era el que podía surgir de entre las ramas.

Tomó y expulsó aire, una, dos, tres veces, y tiró de la empuñadura, sólo para recordar que no era más que una vulgar obra de atrezzo. Maldijo, pero aquello no le impidió desabrocharse el arma y asirlo con las dos manos, la porte mucho menos digna y el rostro en forma de blasfemia hecha imagen.

Algo se agitó en el lado opuesto del claro, pero sabía que aquello no

suponía una amenaza directa, por lo que ni siquiera se giró. Ante él, algo surgió de la oscuridad reptando. El corazón le dio un vuelco, pero saltó sobre aquel ser y lo aporreó con ganas usando el arma de madera.

No tenía forma de saber si había acabado con él, pero lo que había oído lejos hacía un momento se acercaba por su espalda, de forma que se giró para plantarle cara.

Con todo, la visión le dejó sin aire.

Algo parecido a un tallo que se agitaba sobre seis patas quitinosas se dibujaba contra la oscuridad del claro, pero cerca de él, mucho más cerca, August se debatía con horror mientras el ser que hasta hacía poco había sido una mujer agonizante luchaba por meterse al druida entero en una horrorosa boca sin dientes.

—¿Es ya el momento de salir de aquí? —exclamó el alquimista, que se había echado al suelo y tiraba del druida.

Los ojos del llamado August expresaban un terror sin límites, y dada la situación, no podía culparle. Unas horas antes, jamás se le habría ocurrido pensar que aquel bosque les tenía preparada aquella horda de monstruosidades.

Una vez más, Jan Farelian se lamentó por no llevar consigo los brebajes con los que solía viajar antiguamente. Tiraba con todas sus fuerzas de la mano del druida, pero las fauces de aquel ser parecían tener las de ganar.

Miró una vez más a los ojos del druida y decidió cambiar de idea. Al fin y al cabo, él ya estaba perdido de todas formas.

—¡Sácame de aquí! —aulló el alquimista— ¡Ahora o nunca!

El hombre no reaccionó al principio, de forma que Jan Farelian soltó su mano, pero en lugar de huir, se acercó más al hombre, que se agarraba ahora al suelo para evitar ser tragado vivo, mientras más seres monstruosos se adentraban en el claro.

Sin dudarlo, Jan Farelian tomó el arma de atrezzo y le golpeó en la mano con la que se aferraba ahora a una raíz.

—¡Sácame de aquí! —ordenó nuevamente—. ¡O desearás morir antes de que esa mierda te trague!

No hubo respuesta, pero él no era de los que se daban fácilmente por vencidos. Evitó la cabeza para no privarle de consciencia y siguió golpeando al hombre, no sólo donde aún no había sido tragado sino a través del cuerpo del ser desencajado que se lo comía.

—¡Sácame! —continuó chillando sin dejar de golpear—. ¡ Sácame!

La tormenta de golpes ganó en ritmo e intensidad. Pasado el susto inicial, golpear aquella madeja de druidas caníbales, o lo que fuese aquello, sentaba igual de bien que batirse en un duelo. Continuó dando golpes en ambos cuerpos con rabia, uno tras otro. La espada comenzaba a abollarse, pero no tenía tiempo para preocuparse por

ello. Se giró, dispuesto a golpear a lo que fuese que tenía a sus espaldas, pero algo salió mal: le falló el equilibrio, trastabilló y se fue al suelo.

Todo tembló, se volvió a desplomar antes de incorporarse y vomitó.

Antes de intentar levantarse de nuevo, se quedó de rodillas y observó: aún podía escuchar los sonidos horripilantes del bosque, y aunque en la oscuridad se encontraba perdido sin remedio, reconoció aquel terraplén.

Alguien, probablemente August, le había teletransportado lejos de aquel lugar, aunque para gusto del alquimista, no lo suficientemente lejos. Zigzagueando un poco, o simplemente resbalando por el terraplén, daría al claro de la reina Laurel, que en aquel momento era el segundo lugar del mundo en el que menos ganas tenía de estar.

Se levantó con torpeza y echó a correr en dirección contraria, temeroso de todo ruido a su alrededor.

El corazón le dio un vuelco con el graznar de una lechuza, tropezó y cayó, lastimándose una rodilla. Aun así se levantó y continuó trastabillando por el sendero hasta contemplar el muro de la finca marcada con un lancero rojo.

Durante un momento, recordó la advertencia del hombre que le había indicado cómo llegar allí, pero le sobró tiempo para saltar el pequeño muro de piedra y lanzarse a la finca, donde las hierbas crecían hasta más allá de su cintura. Avanzó hasta la casa, a pesar de que la advertencia del cetrero resonaba ahora en su mente con especial intensidad.

Se abalanzó sobre una puerta entreabierta, atravesó el umbral y se encontró en un inmenso salón oscuro, lleno de muebles tapados por mantas y telarañas ocupando las esquinas. La luz de la luna entraba por dos grandes ventanas, y unas anchas escaleras de aspecto decrépito llevaban al segundo piso, donde podía ver una puerta mal cerrada de la que nacía un haz de luz.

“No es peligroso cruzar ese lugar mientras se haga antes del anochecer”. Aquello resonó en su mente por enésima vez, e instintivamente se echó la mano al cinto, de donde colgaba su abollada espada de atrezzo llena de tierra, sangre y otras sustancias que prefería no analizar.

—¡Menuda se ha armado ahí fuera! —exclamó una voz familiar en el segundo piso—. Sube, por favor. Me alegra volver a verte, aunque no te esperaba tan pronto. Y atranca la puerta, si eres tan amable.

El alquimista dudó. Por norma general, no se fiaba de desconocidos que vivían en casas abandonadas construidas sobre bosques monstruosos, pero la alternativa de salir de allí y echarse otra vez entre los árboles le resultaba muy poco halagüeña.

Cerró la puerta, que chirrió lastimeramente, y empujó un viejo armario hasta bloquearla.

La idea se le antojó absurda, ya que por las ventanas del salón podría colarse el mismo rey del bosque si quisiera, pero se limitó a obedecer.

Cruzó el salón abandonado y pisó sobre las escaleras, subiendo con precaución ante la amenaza constante que emanaba de las tablas quejumbrosas.

Avanzó por el pasillo, que parecía menos endeble, y se permitió ojear el salón: desde el segundo piso tenía un cierto encanto señorial.

La puerta se abrió sola, invitándole a pasar. Él decidió que no era quién para rechazar la invitación de una puerta lastimera, así que sin volver la vista atrás se adentró en la sala oscura.

—¿Encontraste a mi amigo, Jan Farelian, y le diste mi mensaje?

El alquimista bufó. Estaba harto de druidas y magos en general, pero aquel hombre que parecía perseguirle le causaba un especial desagrado. Con todo, seguía pareciendo una mejor opción que deambular entre los árboles.

—Encontré demasiadas cosas en el bosque. Se me hace difícil rememorar ahora, lo siento. ¿Entiendo que has contemplado el espectáculo de ahí fuera? —preguntó el alquimista mientras se retiraba el sombrero y recolocaba la pluma.

—Ahá —replicó el otro. Seguía envuelto en un haz de luz y rodeado de libros abiertos que flotaban a su alrededor—. Un combate magistral, por cierto.

—¿No piensas decirme aún quien eres ni qué quieres de este tal… Juan?

El hombre se rio con calidez, aunque Jan seguía siendo incapaz de contemplar su rostro, ensombrecido en el haz de luz que le envolvía.

—No hay necesidad. Sólo tengo asuntos que tratar con él. Es innecesario inmiscuir a meros conocidos comunes, ¿no te parece?

Jan no respondió. Aquella situación le sacaba de sus casillas, pero no le quedaba otra que pasar por el aro.

—Me advirtieron que este sitio era peligroso. En especial al anochecer.

—Oh, eso. No te preocupes. Hay un féretro de roca en el sótano, pero me tomé la libertad de poner encima una roca esta tarde. Creo que hoy no podrá a salir a pasear quienquiera que haya dentro.

—¿Una roca?

—Aha. Ya sabes, calcita. Magnetita, betas de arcilla… rocas.

—Un nuevo concepto para mí—replicó el otro con su mejor sonrisa —. ¿Puedo preguntar qué lees?

—No leo, estudio. Siempre quedan cosas por saber. Mi amigo Jan estaría de acuerdo.

—Parece un tipo agradable ese Jan.

—Sí, aunque no está centrado últimamente.

—¿Por eso le buscas?

—Entre otras cosas. Le vendría bien mi ayuda.

Algo aulló en el exterior.

El hombre sin rostro se agitó, y aunque Jan no podía ver su expresión, sintió que sonreía. Los libros que flotaban a su alrededor se cerraron de golpe, y el haz de luz se apagó, aunque su rostro permanecía oculto a ojos del alquimista. Caminó hasta una ventana cubierta de polvo y pasó la mano por ella, limpiando una pequeña franja. El hombre se agitó levemente y dio un par de pasos atrás, sin dejar de mirar al exterior.

—Esta situación me trae buenos recuerdos—habló el desconocido—. En fin, volveremos a encontrarnos, no me cabe duda. Ya sabes que no tienes más que buscar el esculapio en llamas.

—¿Qué esculapio?

El hombre se giró de súbito.

—¿No has encontrado el esculapio? —preguntó alterado.

—Huía de una horda de… cosas planta, creo. Y me metí aquí.

El hombre se rió, en esta ocasión con más ganas, y continuó moviéndose por la habitación, visiblemente inquieto.

—En cualquier caso, si encuentras a mi amigo Jan, dile que revise el artículo de las sembradoras, estoy seguro de que lo encontrará especialmente interesante. Ahora, muy a mi pesar, debemos irnos. ¿Dónde deseas que te deje? ¿Tsacovia, Bukovia, Kelingrado? ¿Pii, quizá?

El hombre dudó. Aquellos eran los mismos destinos que aparecían en los pergaminos que le había entregado la doctora. Fuese quien fuese aquel hombre, era el responsable de que él hubiese acabado en aquel bosque; lo había sospechado, pero tener la seguridad le causaba una sensación confusa.

—Me gustaría volver a casa —dijo con sinceridad.

—¿Al condado de Jul?

—A Tsacovia.

El hombre asintió, aparentemente satisfecho por su respuesta.

—Si de casualidad encuentras a Jan Farelian, dile que busque el esculapio.

Capítulo 15

El aire de Tsacovia le llenó los pulmones, y aunque apenas podía ver nada en la oscuridad de la noche, se ubicó rápidamente y descubrió que había aterrizado no sólo en la ciudad, sino en los mismos jardines de palacio. Echó a caminar espantando a una pareja que buscaba intimidad, y pronto cruzó el patio principal del palacio y puso rumbo a su habitación en el edificio de invitados.

Estaba agotado y tenía unas ganas tremendas de volver a ver a los marqueses, a Clara y al capitán Ardauz, aunque sabía que éste seguiría de viaje con la doctora.

A primera hora de la mañana, sin falta, informaría de su llegada.

Atravesó el salón de invitados, informando a la guardia de su presencia y sus intenciones para con los marqueses, y caminó hasta su propio edificio anexo.

Allí abrió la puerta dispuesto a dejarse caer sobre la cama sin quitarse las ropas sucias del camino, pero una luz encendida en el cuartito que hacía las veces de laboratorio le arrancó la idea de cuajo.

Arrimó la puerta sin hacer ruido, tomó la espada de atrezzo abollada entre sus manos y caminó hasta el laboratorio.

Antes de cruzar el umbral, el rostro sonriente de Clara se plantó ante él.

—¡Bienvenido a casa!

La pequeña no corrió a abrazarle, probablemente debido al lamentable estado de suciedad en el que se encontraban sus ropajes. Sobre él se entremezclaban costras de sangre, tierra y vómito. Aún con ello, la ausencia de abrazo le resultó desmoralizante, y la idea de echarse en la cama en aquel estado abandonó su mente para no volver nunca.

—¿Puedo preguntar qué haces despierta a estas horas?

—Estudiar. He cogido algunos libros prestados. Te habría pedido permiso pero ya te habías ido. Y además…

—¿Sí?

—Soy la hija de los marqueses. Puedo hacer lo que me dé la gana —admitió con calma. No había desdén en sus palabras, sólo sinceridad —. Me alegro mucho de tenerte de vuela, Ían. Veo que ha sido un viaje corto y… violento.

—Ha sido bastante desagradable, sí —admitió él—. Me alegro de que a ti te haya ido mejor.

—Sólo has estado fuera dos días.

Aquellas palabras le hicieron sentir como si le hubiesen vuelto de dentro afuera. Sólo había estado fuera dos días, cierto. Y sin embargo había visto demasiadas cosas como para asimilarlas todas.

—Me marcho ya, Ían. No quiero que dejes de descansar por mí. Buenas noches, y acuérdate de quitarte esa ropa llena de mugre antes de irte a dormir.

—Gracias, Clara. Yo también me alegro mucho de verte —aseguró, tratando de acaparar su atención—. Simplemente no esperaba encontrarte aquí, y este viaje ha sido un poco extraño.

La mujer le sonrió, se acercó a él y le acarició el rostro cansado. Sintió un leve escalofrío con el que ya estaba familiarizado, y recordó lo poco que había echado de menos esa sensación durante esos dos días. También sintió que le observaban, a pesar de estar seguro de que aquello era imposible: la propia marquesa se había asegurado de que su hermanastra no tuviese forma de rastrearlo usando magia. Al fin y al cabo, ella era la primera interesada en no buscarse un problema con la reina de un territorio vecino.

—Mamá estará contenta de verte. No lo ha dicho abiertamente, pero se nota que no está a gusto teniéndoos a Ardauz y a ti de viaje a la vez.

—Es agradable saber eso —respondió él, acariciando también la cara de la joven.

Se sonrieron, y el resto pasó demasiado rápido: las ropas llenas de mugre cayeron al suelo, y para hacerles compañía, también cayeron las de la hija del marqués.

En un abrir y cerrar de ojos, ya no se acariciaban sólo los rostros, y los escasos dos días que habían pasado sin verse comenzaron a ser recuperados rápidamente.

* * *

A primera hora de la mañana, Tankridian de Cabbery cruzó el patio principal elegante y aseado y anduvo en busca de sus anfitriones. Pronto llegó al cuarto donde les servían el desayuno, razonablemente modesto para personas de su nivel social. Allí fue rápidamente invitado a unirse a la comitiva con una colección de abrazos y sonrisas.

Antes de enturbiar el día con los sucesos acontecidos en La Falkeira baja y sus alrededores, todos comieron y bebieron hasta quedar saciados. Luego, los marqueses, su hija y el tutor echaron a caminar por los jardines, mientras él les informaba con pelos y detalles sobre todo lo acontecido. Los marqueses agriaron sus rostros al llegar al momento donde August empezaba a ser devorado vivo, pero él no se

ahorró ningún detalle, ni siquiera el encuentro con el hechicero sin rostro, que en teoría habría de ser un antiguo colaborador de la doctora y respondería al nombre de Adencelli di Catto, fuese aquel su auténtico nombre o no.

El relato incluyó la vuelta a través de los jardines y el encuentro de la joven Clara en su despacho, aunque en aquel suceso concreto, se permitió omitir un par de detalles. Los marqueses respondieron agradecidos por lo completo del relato, mientras la joven caminaba junto a ellos con los ojos como platos.

Al terminar, se permitió preguntar por Ardauz y la doctora, sobre los que aún no había ninguna información relevante. En este caso, fue la joven Clara quien les interrumpió.

—¿Sabe Ardauz lo del padre de la doctora?

—¿Qué del padre? —respondió el alquimista.

—Bueno… mamá dijo que te mandaría a un loquero, pero luego siempre has tratado con la doctora, en vez de con el doctor Popolov. Y también ha sido ella quien ha ido a representar al laboratorio en la conferencia a la que le acompaña Ardauz.

Tankridian de Cabbery se rio, de alguna forma sorprendido por la prespicacia de la joven.

—Es cierto —admitió la marquesa—, quizá Ardauz no se haya parado a pensar en ello. Nosotros no se lo hemos comentado.

—En realidad —añadió el alquimista—, no hay nada escrito en piedra. El rumor dice que Tarum Popolov murió hace mucho, por causas irrelevantes para el caso, y que la doctora sigue usando el laboratorio como una firma conjunta para no perder el prestigio familiar. Probablemente, porque le costaría mantener su repercusión si sus estudios llevasen su firma en vez de la de su padre. Cuando estuve allí jamás vi al doctor Tarum, y para ser sincero, no esperaba encontrármelo, pero Ardauz sí se mostró sorprendido al principio. Quizá no confiaba lo suficiente en mí para preguntármelo abiertamente.

—Quizá. Hay algo que me parece particularmente interesante en todo esto, Ían —habló el marqués—. Aunque yo tampoco me siento del todo cómodo pidiéndotelo, pero… Respecto a ese bestiario que te dejó la doctora…

Tankridian de Cabbery no respondió de inmediato. No quería negarle nada a aquel hombre que le recordaba tanto a su propio padre, pero algo le decía que no era el momento.

—Vale, no te preocupes —respondió el hombre antes de darle tiempo a articular una palabra—, entiendo que quieres saber más sobre todo lo que sucedió en la Falkeira, no pasa nada. Quizá más adelante…

—Sebastian —le interrumpió él—, podríamos leerlo juntos. Dos

mentes piensan mejor que una, y últimamente no hemos tenido tiempo libre para estar solos. Quiero decir —añadió apresurado, sabiendo que de alguna forma había dicho algo extraño—, quizá, si es pertinente…

El hombre, con todo, rompió todos los protocolos reales y le abrazó con fuerza.

Jan Farelian no guardaba ninguna relación de parentesco con Sebastian Von Meister, y de aquello estaba seguro, pero no por ello se sentían menos parte de una misma familia.

* * *

Los siguientes días transcurrieron con una calma inusitada; sin la doctora ni el capitán de la guardia, Tankridian de Cabbery tenía todo el tiempo del mundo para centrarse en su trabajo y en la educación de Clara, y aquello le sirvió para sentir que efectivamente retomaba las riendas de su vida tras los extraños sucesos en La Falkeira.

Cuando se quedaba demasiado tiempo sin hacer nada, sin embargo, aquellos dos días volvían a su mente una vez tras otra, como si se le estuviese escapando algo trascendental, pero lo cierto era que había decidido no volver allí por nada del mundo.

Poco a poco fue recuperando la facilidad para concentrarse y relajarse sin volver a aquel lugar apoteósico, y tras las cenas, siempre revisaba el bestiario en compañía del marqués, tratando de encontrar sin éxito los seres que había creído ver en el bosque.

El artículo de las sembradoras que le había mencionado el hechicero sin rostro tampoco parecía estar en aquel bestiario, aunque a decir verdad, ni quería fiarse demasiado de aquel hombre, ni estaba seguro de estar buscando en el sitio adecuado.

La rutina continuó con normalidad durante casi una semana, hasta que una tarde Valeska Vihjalssom Teenfjord en persona irrumpió en su despacho como una tromba.

A pesar del afecto que había ido desarrollando por aquella mujer, Jan no podía dejar de sentir un rígido respeto que en ocasiones le inspiraba algo parecido al temor.

Ella, con todo, se delataba con unas comisuras retorcidas que arruinaban su mueca seria, y el alquimista pudo leer en su mirada que ella misma era consciente de aquello.

—¿Sí? —atendió con sencillez, tras dudar un segundo sobre cuál era su situación.

—He de decir que tomamos nota de todo cuanto comentaste, Ían —anunció la mujer, mientras posaba una caja de mimbre en el colchón del alquimista—. Ya me imagino que no será perfecto, pero trabajaremos en que termine siéndolo.

El hombre dudó. Había visto a la marquesa contenta e incluso abiertamente sonriente en muchas ocasiones, pero pocas veces

mostrándose impaciente, y mucho menos informal. En aquel momento, se había subido a su camastro, aún sosteniendo la elegante caja de mimbre, y sostenía el equilibrio con una actitud casi felina, esperando a que él tomase el obsequio de entre sus manos.

Sin ninguna intención de hacerla esperar, Ían se subió al camastro de la misma forma y tomó la caja. Rápidamente la posó, la abrió y comenzó a inspeccionar su interior.

—No hemos tenido la ocasión de medirte —se explicó la marquesa mientras él comenzaba a desplegar unas togas de aspecto oscurecido —, pero tenía que ser una sorpresa; aun así puedes pasarte cuando quieras por la tienda de maese Garnie, es nuestro sastre personal y te hará los ajustes que consideres necesarios.

El alquimista intentó responder, pero las palabras no le salieron de inmediato; sobre la cama se extendían ahora tres uniformes con la enseña de la guardia de Tsacovia y la casa de los marqueses. Además, en el interior del capote estaba bordado el emblema de la casa Farelian.

—Está oculto de las miradas indiscretas —explicó la marquesa—, pero cerca de tu corazón. Siéntete libre de descoserlo si lo prefieres, para cubrirte las espaldas, pero pensé que te gustaría.

—Me encanta —logró articular finalmente el alquimista—. Es sencillamente…

—Y ya que lo echaste en falta durante tu salida —le interrumpió ella —, las hemos dotado de bolsillos para viales, pliegues varios, bolsillos…

El alquimista trataba de mantener la atención en las palabras de la mujer, pero aquellas togas habían removido algo en su interior que había permanecido dormido durante mucho tiempo. Sintió un frío descorazonador por un instante, pero lo ignoró, aún inmerso en la inspección de sus nuevos uniformes.

—Te has ganado nuestra confianza, Ían. Has ayudado a nuestra hija, a nuestra guardia y a nuestra mejor apuesta por el progreso, la doctora. Y lo has hecho sin protestar, ciñéndote a nuestras directrices y nuestras limitaciones, y sin pedir nada a cambio. Y eso —añadió la mujer, con una bonita sonrisa—, sin contar que te has sabido granjear nuestra confianza y simpatía, Ían. Sé que parece pronto para decirlo, pero tanto Sebastian como yo estamos convencidos de que eres un hombre extraordinario. Sobra decir que eres digno y libre de vestir nuestra insignia... y la próxima vez que viajes, no dudes en hacerlo completamente armado; hemos invertido mucho dinero, tiempo y esfuerzo en ti como para que lo eches a perder por una mera formalidad. Ante la duda, Ían, eres completamente libre para ir y venir en nuestro territorio.

—Muchísimas gracias, Valeska.

—No nos las des. En retorno, sólo te pedimos lo siguiente —añadió la mujer, arrancando sin quererlo la sonrisa del rostro del alquimista —. Cuando marches contra tu hermanastra, hazlo siempre sin dañar a nuestra casa de modo alguno, y por favor, háznoslo saber. Nos gustaría apoyarte en cuanto sea posible… desde la distancia. ¿Me entiendes?

—Perfectamente —asintió él.

—Además —añadió ella, ignorando el rostro indeciso del otro—, creo que deberías hacerte con un arma de verdad. Esa espada de madera puede haberte servido, pero…

—Hoy mismo, sin falta.

—Habla con Sebastian —le interrumpió ella de nuevo—. Él sabrá proveerte de algo adecuado. Si necesitas aprender, aprende, tómate tu tiempo y hazlo con calma. Y hazlo asegurándote de que Clara también aprende.

El hombre asintió, decidido. Aquella había sido una labor pendiente para él desde hacía mucho. Sabía desenvolverse con la esgrima de palacio, por supuesto, pero sabía que aquello no tenía nada que ver con un combate real, donde no se lograba la victoria con la punta del arma sino con el cuerpo entero, donde la hoja no era más que una de las muchas herramientas para salvar o arruinar una vida.

Asintió de nuevo, deshaciéndose de aquella idea, y sólo entonces la mujer se volvió a incorporar y se despidió con su habitual aire formal.

Aquello le dejaba en una situación interesante. Y desde luego, mucho mejor de lo que habría podido prever tan solo unos meses antes, encerrado en una celda y privado incluso de usar una simple plumilla. De pronto tenía plena libertad… aquello seguramente incluía retomar el contacto con sus aliados en Pii, con Alexei y con los hombres de Laen, a quien le debía un informe avanzado sobre aquellas bestias que habían plagado su sede.

La situación se había convertido en la opuesta de la acostumbrada: mucha libertad para escoger qué hacer, mucho tiempo para invertir en nuevos conocimientos y demasiadas promesas que cumplir.

Sólo entonces se permitió valorar a fondo un pensamiento que le llevaba rondando la mente desde hacía días: ¿seguían siendo sus aliados todas aquellas personas? Quizá le habían dado por muerto o habían obviado que, sin más, no cumpliría con su palabra.

Pero lo primero era lo primero; echó a correr tras la marquesa para preguntarle si podía retomar el contacto con todas aquellas personas. Además, no le había dejado la dirección del tal sastre Garnie, y había demasiadas posibilidades para su ropa como para quedarse maravillado sin más.

* * *

Las fórmulas nunca habían sido un problema: desde que tenía

memoria, su mente había sido casi siempre más que suficiente para retener toda información relevante, algo que le había costado tiempo y esfuerzo lograr, pero de lo que se encontraba particularmente orgulloso.

Con todo, algunas de sus viejas mezclas no terminaban de cuajar, y aquello le inquietaba. Tras varios días de leves frustraciones, había decidido dejar de trabajar para tratar de encontrar qué era lo que le estaba impidiendo volver a hacer sus viejas mezclas; sabía que no era un problema de concentración, ya que, con sus más y sus menos, trabajar en su humilde laboratorio lograba acaparar toda su atención.

El instrumental tampoco era un problema; sus herramientas eran las mínimas imprescindibles, y algunas de calidad bastante pobre, pero aún con todo, conseguían sus propósitos, y la mayoría de los componentes que necesitaba los tenía a mano, bien secos o en su pequeño cultivo personal.

Sí, con lo que tenía allí no podía hacer todo lo que había podido hacer en su día, pero debería ser más que suficiente para bastantes de sus mezclas de viaje.

Hastiado, cruzó el patio y se adentró en los jardines, que conformaban un humilde laberinto de setos en cuyo centro había un estanque tranquilo.

Se sentó junto a su orilla y se quedó mirando las imágenes distorsionadas que se reflejaban en el agua. Algunos nobles paseaban desenfadadamente por el lugar, dedicándole breves miradas carentes de interés.

Desde que había llegado allí, no se había preocupado en conocer a los círculos de los marqueses, pero sabía que buena parte de la corte sí lo conocía a él, cuanto menos, de vista, por ser habituales sus paseos en compañía de la respetada pareja o bien de la pequeña. Con todo, se las apañaba para pasar relativamente desapercibido. Sabía que, para la mayoría, no era más que un profesor, un asesor o, en algunos casos, un amigo de la familia que prestaba sus servicios. Aun así, no podía evitar preguntarse cuánto duraría aquello. A los nobles les gustaba cuchichear, y los rumores viajaban rápido. Antes o después, alguien terminaría preguntándose si el hombrecillo del laboratorio de los marqueses no se parecía demasiado al hijo del conde Jul, buscado por barbaridades varias, entre las que se incluía, según a quién se preguntase, parricidio, incesto o brujería.

Desde luego, era algo de lo que preocuparse, pero lo haría a su debido momento. Se dejó caer de espaldas sobre el césped y se llenó los pulmones con la fragancia de la hierba recién cortada. El cielo estaba nublado, pero aun así le molestó la claridad que se colaba entre las nubes; se colocó el sombrero emplumado sobre el rostro y se abandonó al descanso.

Pasó un rato hasta que una voz conocida le sacó de sus ensoñaciones: cada vez más cerca, y el alquimista supo que no por casualidad, oía al marqués parlotear más alto de lo normal, con seguridad para alertar al alquimista de su cercanía.

—Buenos días, Sebastian —se adelantó él.

El marqués se inclinó brevemente para corresponderle, y le indicó con un gesto que se uniese a la conversación.

—Este hombre es el barón Quirrel, es un mercader reputado nativo de Arrián.

—Un placer —mintió el alquimista mientras esbozaba su mejor sonrisa. Aunque consideraba el mercadeo como uno de los pilares de cualquier sociedad civilizada, odiaba a los grandes comerciantes, más cercanos desde su punto de vista a la figura del cacique itinerante que a la del mero mercader—. ¿A qué se debe la visita, si no es indiscreción?

—Sí lo es —le reprendió el marqués rápidamente—, sir Quirrel es un invitado personal, y se ha desviado de la ruta de su caravana para poder hacernos una visita. Hacía algún tiempo que no teníamos ocasión de poder charlar tranquilamente, y por eso hemos preferido pasear por los jardines, donde hay más calma y menos oídos curiosos.

—Quizá desee acompañarnos.

—Oh no, no querría molestar —aseguró el alquimista mientras trataba de colocarse el sombrero, sin éxito—. Además, he salido del laboratorio para…

—¿Del laboratorio? —le interrumpió el extraño con un brillo en los ojos.

—Maese de Cabbery es un hombre de ciencias. Le hemos construido un pequeño despacho donde tiene tiempo y medios para dedicarse a aquello en lo que es de más utilidad, ¿verdad?

—Verdad verdadera.

—Me encantaría verlo —musitó el mercader—. De pequeño siempre quise dedicarme a la ciencia. La verdad es que no me gustaban las hierbas ni los manuales, pero me chiflaba el halo de misterio que rodeaba a los alquimistas y los galenos. Y además, todo el mundo les reverenciaba allá donde iban.

—¿Por eso se hizo mercader? —preguntó Ían con un deje de reproche en la voz. El otro se limitó a esbozar una sonrisa fea.

—Quizá en otro momento —les interrumpió el marqués—, lo cierto es que el laboratorio está en un ala de otro edificio, no nos coge de camino.

—Una lástima —se resignó el otro mientras echaba a caminar nuevamente.

El paseo transcurrió con calma, y aunque el marqués insistió en que el alquimista les acompañase, no tuvo ocasión de intervenir en la

conversación en ningún momento; antes al contrario, los dos hombres hablaban como viejos amigos, aceleradamente y sin dejarle tiempo para incorporarse a la conversación.

El trío caminó por entre los muros de setos, volvió a bordear el estanque por el extremo opuesto y se adentró en el humilde laberinto de sanjuanes.

A Jan le sorprendía la facilidad con la que el marqués se orientaba por el lugar, sin pararse si quiera a contemplar cada cruce ni buscar señas que permitiesen el reconocimiento de las zonas. Al tiempo, sin embargo, llegaron a un pasillo sin salida, lo que no impidió al viejo margrave continuar avanzando hasta llegar al final. Una vez allí, hundió una mano entre las ramas del arbusto, y apenas un momento después, un muro se desplazó, mostrando una oscura galería.

Jan Farelian se permitió deleitarse contemplando no sólo el camino secreto, sino el orgullo que revestía el rostro del marqués.

—Adelante —le instó el hombre—, adelante.

Los dos acompañantes entraron sin dudar; intercambiaron una mirada para expresarse mutuamente lo poco sorprendidos que se encontraban, como si de alguna forma compitiesen por demostrar quien conocía mejor al marqués. Luego, se adentraron en la galería y comenzaron a descender unos escalones de aspecto burdo.

—Aquí estamos completamente a salvo de oídos y miradas indiscretas —informó Sebastian Von Meister—, así que podemos dejarnos de charlas sobre mercadeo y banalidades. Ían, este hombre es un viejo amigo de mi infancia, y está aquí como emisario del reino de Arrián.

—Un placer —saludó sir Quirrel, ofreciendo ahora su mano al alquimista. Éste la tomó y la estrechó con fuerza.

—Y este hombre —indicó el anfitrión—, es Tankridian de Cabbery, un antiguo maestro de la Universidad de Pii. Está encargándose de la educación de nuestra hija Clarienna, y por lo que tengo entendido, colabora con Catalina Popolov ocasionalmente.

—Un placer, señor Quirrel.

—Llámame Tomas —le indicó el otro—, con confianza. La situación —comenzó a hablar tras un silencio en el que aprovechó para aclararse la voz—, es que en nuestras fronteras con Tartaria están proliferando algunos problemas cada vez menos sutiles.

—Explícaselos a Tankridian, es un tipo con sesera.

—Desde siempre, los pasos de la cordillera han sido un elemento tenso, ya que ni las fronteras de Arrián ni las de Tartaria incluían esos territorios, y al ser lugares de paso obligado por los mercaderes, los aranceles, impuestos, tasas de paso… y todos esos asuntos, eran por así decirlo, bastante delicados, y en general los dos reinos se han ido entendiendo. Sin embargo, en el último año han comenzado a

proliferar, no en las zonas de la cordillera —puntualizó el mercader—, sino dentro de nuestro territorio, pero cerca de estas zonas en disputa, varios magnates filántropos que parecen tener una extraña fijación con instaurar la libertad del pueblo, su derecho a elegir y otras patochadas semejantes.

—¿Qué es lo que promueven estos agitadores? —preguntó el alquimista con verdadero interés.

—Demasiadas tonterías. Cosas como que los campesinos deberían poder elegir a los alcaldes, y estos a los condes, y los condes a los marqueses, que a su vez escogerían a los duques, y éstos al gobernante, sustituto del rey. Promueven el derecho a no pagar impuestos, a deambular ignorando las fronteras, a la seguridad de los caminos… en definitiva, gilipolleces —zanjó el hombre.

—Entiendo que estas cosas puedan convencer a la gente —masculló el alquimista mientras jugueteaba con su mentón—, pero es evidente que no se puede tener todo; sin impuestos no hay dinero para pagar soldados en los caminos, por ejemplo.

—Evidentemente. En otra situación, pensaría que son meros mercaderes sin cerebro que simplemente quieren ayudar a la gente y no se preocupan en pensar cuál es la mejor manera.

—Pero al ser algo tan frecuente y en tan poco tiempo —continuó el alquimista—, lleva a pensar en un plan del reino vecino para sabotear las fronteras, ¿verdad?

—Efectivamente. Nuestro monarca, el rey Eumerio, vota por localizar a estos alborotadores y deshacerse de ellos, pero algunos creemos que al hacer esto, probablemente estaría dando la razón a esta revolución en ciernes. Si eliminamos a los alborotadores, temo que los aldeanos puedan alzarse contra la corona, y esto sería lo que desea el reino vecino.

—Es una situación delicada, está claro —zanjó el marqués—. De los reinos de la costa mercante, Hacín es quien más fácil ha tenido la convivencia con Tartaria al no tener fronteras en común… pero es de mutuo interés que los tres reinos prevalezcan. Si uno cae, los demás iremos detrás. Arrián, Hacín y Almoria deben apoyarse mutuamente —reiteró—. Aunque a bote pronto, no encuentro una solución fácil para ese problema… claro que si la hubiese, no estaríamos aquí, ¿verdad?

Los otros dos asintieron sibilinamente. El marqués se hacía pasar bien por un noble acomodado y a medio marchitar, pero lejos de aquella imagen que pretendía dar, Jan veía en él cada vez más a un hombre suspicaz y despierto. Aquello aumentaba su respeto por él, pero al mismo tiempo le preocupaba. No eran pocas las intrigas que guardaba de los marqueses, empezando por la extraña relación que mantenía con su hija.

Desechó aquellos pensamientos cuando un escalofrío familiar y su obligada sensación de estar siendo observado le asaltaron.

—¿Te encuentras bien, Ían? —preguntó el margrave.

El otro asintió adoptando su mejor sonrisa, maldiciendo por dentro por haberse permitido mostrar aquella debilidad ante sus acompañantes.

—Es sólo que este lugar es extraño. Construí algo parecido hace tiempo —masculló, aparentando estar ensimismado. Le venía a la mente la puerta del laboratorio del edificio Pralhini, en Pii—. Me trajo algunos recuerdos, nada importante.

—Podemos salir, si lo prefieres…

—No no, en absoluto. Respecto a lo que ha expuesto Tomas…

—¿Sí?

—Lo cierto es que, a priori, no se me ocurre nada. Creo que lo mejor sería encontrar un grupo de hombres fieles, en quienes se sepa con completa seguridad que se puede confiar, e investigar con calma, dejando pasar el tiempo si es necesario e incluso asumiendo pérdidas, si así se da una falsa sensación al adversario de ventaja. Y cuando haya suficiente información para decidir —añadió, frotándose las manos con fuerza—, exterminarlos o anularlos desde donde no se lo esperen. La guerrilla, y esto es una guerrilla —aclaró—, no se puede combatir con violencia abierta. El virrey Timonska lo sabe y quiere sacar provecho de ello antes de que los demás lo entendamos y nos hagamos a la idea. Desde la batalla del paso blanco, las guerras y las relaciones entre los reinos, han emprendido un cambio irreversible, amigos míos. Es importante comprenderlo y obrar en consecuencia.

—Respecto al virrey —se aventuró el marqués—, ¿estamos seguros de que es él quien está detrás de esto? Es cierto que es un hombre ambicioso, pero si jamás ha amenazado vuestras fronteras, parece un paso extraño que lo haga ahora, cuando no tiene ninguna necesidad de hacerlo. Desde la batalla del paso blanco, como bien has dicho —añadió, dirigiéndose al alquimista—, gran parte del imperio Tartaro ha comenzado una evolución en un sentido distinto al actual… tras la, ejem… masacre —carraspeó—, los campesinos han obtenido condiciones de trabajo mejores, debido a la escasez de mano de obra. Esto ha llevado a que haya menos hambrunas y pobreza, y el conocimiento se está descentralizando. No parece que el virrey tenga ninguna razón de peso para embarcarse en cruzadas con reinos vecinos tras las cordilleras. ¿Qué hay de eso, Tomas?

El mercader meditó durante unos momentos antes de continuar hablando.

—Lo cierto es que no lo sé. Más hombres de confianza fueron enviados a otros sitios, Almoria, Roldeghar, el Verdegal, e incluso Tartaria… sobre todo Tartaria, pero aún no he tenido ocasión de

compartir información con ellos. Lo cierto es que hemos barajado la opción que comentas: Tartaria es un reino tremendamente extenso, y eso permitiría que este núcleo de alborotadores prosperase en su interior. Quién sabe, quizá incluso estén causando problemas allí también. Es algo que esperamos saber pronto.

—Hasta entonces no hay mucho más que podamos hacer, supongo.

Los tres hombres se miraron, indecisos. La situación era incierta, y sabían que el margrave tenía razón: si uno de los reinos caía, los demás tendrían sus fronteras expuestas. Unidos eran fuertes y era su deber aprovecharlo.

Con todo, salieron de la pequeña galería por las mismas escaleras que les habían llevado hasta allí, y lo hicieron sin encontrar una solución al problema. Por lo pronto, todo estaba en manos de lo que dijesen los demás informes, pero era agradable salir de allí sabiendo que podían confiar en sus vecinos.

O al menos, eso era lo que Jan Farelian podía leer en los rostros de sus acompañantes. Mientras ellos se sentían respaldados por sus semejantes, él no podía evitar pensar que su hermanastra era la reina de Almoria, y a pesar del poco poder que tenía allí la familia real, antes o después acabaría con ella sin importar las consecuencias que aquello pudiese traer a su reino… y con él, a las fronteras de Hacín, reino en el que se encontraba en aquel momento y que acogía al lugar al que había logrado llamar hogar.

Los tres hombres salieron del laberinto de setos, pasaron junto al estanque y se despidieron, nuevamente dejando fuera del diálogo al alquimista y volviendo a adoptar los títulos nobiliarios como parte del trato personal; estaba claro que, si bien no contaban con estar siendo observados, preferían cubrirse las espaldas sólo por si acaso.

Jan Farelian sabía lo que era eso y no les culpaba; antes al contrario, no podía evitar ver a aquellos hombres, un magnate mercante y un marqués, como pobres reflejos de sí mismo, preocupados de quién podría estar mirando en un determinado momento y de quién era realmente digno de confianza y quién no.

Se sonrió a sí mismo, apiadándose de ellos y se despidió formalmente, no estrechando la mano al mercader sino deshaciéndose en reverencias y blandiendo el sombrero emplumado.

Aquel día no le había servido para aclarar su mente: a la noche, volvió a encontrarse sentado en su despacho sin saber qué hacer, incapaz de recordar los matices de algunas de sus fórmulas.

Se acostó enfadado consigo mismo, y sólo antes de conciliar el sueño se sintió a gusto, al evocar la sorpresa de encontrarse a Clara en su habitación el día que había vuelto de su viaje al bosque. Al principio se sintió mal al pensar en Sebastian y en su preocupación no sólo por la gente de su territorio, sino en la de su ciudad natal e incluso en la

de sus reinos vecinos.

El marqués era un buen hombre y había decidido fiarse de él, otorgándole no solo su voto de confianza, sino el cuidado de aquello que más quería en el mundo: su hija Clara.

Sí, se sintió mal al pensar en cómo le estaba devolviendo el favor a aquel hombre bueno de aspecto cansado, pero el recuerdo de la joven en su habitación le sacó aquellas desagradables ideas de la cabeza.

Se durmió con aquello en mente y con una sonrisa plácida, aunque a la noche, el mismo sueño que le había perseguido en La Falkeira volvió a tener lugar. La misma sombra serpenteante persiguiéndole a través del ruinoso edificio de la Universidad, la misma grieta y la misma mano joven, con la misma fragancia llenándole por dentro.

De nuevo, no pudo considerarlo un mal sueño, y al igual que tan solo unos días antes, se despertó con una sonrisa pánfila.

Capítulo 16

Le sorprendió una nota de aspecto elegante; estaba seguro de no haberla metido en sus bolsillos, y sin embargo, allí estaba, esperando a ser encontrada antes de la visita al sastre.

Por un momento, la idea de que alguien hubiese logrado colocarle aquel papel sin que se diese cuenta le enfureció. Sin embargo, pronto recordó las intrigas del marqués, y supuso que aquella debía ser una de sus discretas formas de hacerle llegar información delicada.

Se deshizo del sobre, que no mostraba nombre alguno, y leyó con calma la nota, donde sólo figuraba una frase, *"ante los ojos del delfín, con la luna alta bajo tus pies"*. Demasiado poético para su gusto, e insuficientemente críptico. Durante los últimos días había paseado por los jardines del palacio para relajarse, y poco a poco, había llegado a orientarse con cierta facilidad por el laberinto. El seto con forma de delfín, en cualquier caso, se encontraba casi junto al estanque, donde el reflejo de la luna alta brillaría junto a sus pies a media noche.

Arrugó el papel y lo echó al del montón de fórmulas inefectivas; cualquier inepto podía desentrañar aquel mensaje, aunque dudaba de que pudiese tener ninguna importancia.

Con todo, le escamaba la ausencia de firma y tampoco había sido capaz de reconocer la caligrafía de la nota.

Las razones para apuntar a alguno de los marqueses flaqueaban, y la llegada de notas de otras fuentes era algo que le preocupaba demasiado. Abib había sido capaz de seguir su rastro y dar con él, y si un viejo asesino tullido había podido hacer eso, cualquier persona con tiempo y medios sería capaz de igualarle. Algo en su interior le susurraba que era el momento de preparar la bolsa y marcharse de viaje.

Aun así, se las apañó para tomar más papel y comenzar a hacer cálculos; por primera vez en muchos días sentía que pensaba con claridad, y no estaba dispuesto a dejar pasar aquello por algo tan nimio como una carta anónima en su bolsillo.

El resto de la tarde pasó rápido entre carboncillo, papeles y, finalmente, vapores y matraces.

Jan Farelian sintió que, poco a poco, todo volvía a estar en su lugar; aún quedaban muchas fórmulas por completar, pero algunas de sus

viejas mezclas volvían a tener sentido tanto en su memoria como en sus papeles.

Al aproximarse la hora de la cena, avisó a la guardia de la casa de invitados de que se encontraba enfrascado en una intensa sesión de trabajo y que cenaría a solas para retomar cuanto antes su labor. Sabía que no era su obligación avisar a los marqueses, pero sentía que era lo mínimo que podía hacer, dada la confianza que habían depositado en él.

Continuó trabajando hasta tarde, y las antiguas pociones comenzaron a verse, olerse e incluso palatearse de la forma adecuada. Antes de darse cuenta, el alquimista tuvo que apagar el pequeño fuego, limpiar el destilador y tapar los reactivos.

Se calzó el conjunto pardo que le había dado la marquesa y se echó al patio a paso apresurado.

Bajo la capa destacaba un fino estoque de esgrima; el marqués no había sacado el tema del arma del que le había hablado Valeska, y él había preferido no añadir más presión al hombre.

Al calarse la capucha sintió una mezcla de emociones encontradas: la nostalgia de sentirse un encapuchado misterioso chocaba con la sensación extraña de no poder juguetear con el elegante sombrero emplumado.

Se ciñó el cinto con sus flamantes frascos de distintos colores, cruzando su pecho en diagonal, desde el cuello hasta la cintura, y por último, pero no menos importante, se aseguró de que el capote tenía el peso adecuado para ondear al aire cuando caminase a paso vivo.

Se cruzó con poca gente por el patio, y ya en los jardines pasó junto a una pareja de nobles a los que alborotó su capa revoloteante.

Por lo demás, en los jardines sólo se oían los grillos y algún ave nocturno. Continuó caminando a paso vivo hasta llegar junto al seto recortado en forma de delfín, pero allí no había nadie esperándole.

Sin ceremonia alguna, se sentó en el césped, como tantas veces había hecho, y se dedicó a pensar en sus cosas.

—Tankridian de Cabbery —le sorprendió, tras un rato largo, una voz que le sonaba vagamente familiar.

—En persona —replicó el otro sin siquiera dirigirle la mirada. En su lugar, se terminó de tumbar sobre la hierba húmeda y perdió la mirada en el cielo, que aquella noche se mostraba demasiado nublado para su gusto.

—He venido…

—¿Ni siquiera vas a darme un nombre? —le interrumpió el alquimista.

—…Para comprobar con mis propios ojos si el tutor de la pupila de los marqueses es tan bueno como dicen con la espada. En un combate amistoso —añadió el desconocido rápidamente—, por supuesto.

—¿Y si no quisiera pelear?

—Entonces no pelearíamos, sería una pena, pero las cosas no siempre salen como uno prevé.

—Estaría dispuesto a un duelo amistoso —cedió el alquimista tras meditarlo durante unos instantes—, pero no podría ser amistoso si no conozco a mi oponente.

—Soy un amigo —se rió el desconocido—. Pero si el nombre significa tanto…

—Supongamos que sí.

—Supongamos que me puedes llamar… sire Di Catto, por ejemplo.

El alquimista se carcajeó abiertamente. Estaba demasiado cansado de aquel hombre, si acaso era un hombre. Pero también estaba demasiado cansado para rechazarle abiertamente. Además, le había sacado del bosque sano y salvo, aunque aún no había determinado hasta qué punto era culpable de su viaje allí.

—¿Tienes arma, Di Catto?

—Por supuesto. Una de verdad y una de madera, para adaptarme a las costumbres locales.

El alquimista se rió nuevamente, aunque esta vez de forma más comedida. Su mueca se cuajó en una sonrisa retorcida, de algún modo amenazante, y le indicó a su acompañante que le siguiera entre el laberinto de setos.

—Asumo que en un duelo de esgrima amistoso no se usará magia. ¿Asumo bien?

—Sólo si consideras un amigo a quien tienes en frente. Primera norma de la esgrima, de Cabbery. En guardia —añadió el extraño, cuyo rostro quedaba oculto una vez más ante la única luz de la luna.

El alquimista desenvainó con premeditada calma. Antaño había sido un verdadero esgrimista de élite, pero durante las clases que había dado con la joven heredera, había descubierto con desencanto que aquella época le quedaba ya lejos.

Con todo, alineó los pies y colocó su cuerpo con extraordinaria soltura. Su oponente actuó igual, y le dedicó una breve inclinación, momento que el alquimista aprovechó para atacar a traición.

El otro paró el golpe, retrocediendo pero sin lograr poner suficiente tierra de por medio. Jan avanzó, golpeando con más furia que estrategia el arma de su rival, mientras éste intentaba desviar los golpes más que pararlos en seco para no perder el equilibrio. En un abrir y cerrar de ojos, el extraño dio con la espalda contra un seto, y la punta del arma enemiga tocó su pecho con delicadeza.

—¿Al mejor de tres? —preguntó el hombre sin rostro.

El otro asintió. Sabía que no era gentil negar aquello al oponente visitante, y menos aun cuando había perdido por no tener en cuenta el terreno.

—¿Puedo preguntar por qué me sigues? —habló el alquimista mientras los dos volvían a colocarse en el centro del pasillo de setos.

—Eres especial —replicó el otro con aparente indiferencia—. No eres la única persona especial, desde luego. Hay quien dice que todos somos… da lo mismo. Digamos que eres especial para mí. No mi única baza, pero desde luego, la que despierta más optimismo.

—Aha… ¿Y puedo preguntar por qué? Uno, dos… ¡en guardia!

El combate comenzó del mismo modo: el alquimista se adelantó lanzando golpes toscos y haciendo retroceder a su adversario. En esta ocasión, el enfrentamiento duró más, y ambos adversarios se batieron con intensidad, pero al mismo tiempo con elegancia, el brazo en desuso cruzado siempre tras la espalda.

A poco tardar, el extraño volvió a dar con la espalda en el seto, se agitó, y rápidamente cruzó el arma en un movimiento más propio de una daga, desvió el golpe con la cruceta del sable y lo giró con un movimiento ágil, desequilibrando a su adversario y tocándole con la punta del arma en el pecho.

—Uno a uno, victoria para quien gane el siguiente —habló sire Di Catto—. Eres especial por muchas razones. O mejor dicho, Jan Farelian es especial para mí por muchas razones, a veces olvido con quien hablo —añadió el hombre, con un tono que dejaba entrever que se estaba divirtiendo—. Para empezar, porque comparte conmigo una visión crítica y objetiva del mundo, comprende el valor del conocimiento…

—Tengo entendido que Jan Farelian considera el conocimiento como un arma —le interrumpió el alquimista.

—Cualquier cosa puede ser un arma, llegado el caso —replicó el otro —. Piensa en tus manos… las necesitas para trabajar, para comer... pero podrías usarlas para acabar con la vida de alguien, si así quisieras. Una, dos… ¡En guardia!

En esta ocasión, las armas se batieron con más cuidado. Ninguno de los dos combatientes retrocedió al principio: allí donde uno avanzaba un paso, el otro se las apañaba para recuperar el terreno poco después; los golpes se sucedían con calma, ya no había espacio para el tanteo burdo ni los movimientos bastos.

—Sólo tengo una pregunta —habló Jan Farelian tras retroceder dos pasos, el sable aún enarbolado en alto—. Aquel a quien buscas aquí, ¿es acaso tu primera opción?

—Mi primera opción ha sido imposible de contactar —respondió el otro, también retrocediendo un par de pasos y adoptando una pose semejante—. Una mujer como así de alta… una melena negra como la noche y unos ojos azules, fríos como el hielo… Nunca bajes la guardia —le indicó al alquimista lanzándole una finta—. ¡Segunda norma, de Cabbery! Sí, le debía un favor, pero tú eres lo más cerca que he

podido llegar a estar de ella. No comparto su visión del… bien y del mal —añadió, tras tomar aire y avanzar un paso con decisión—, pero es innegable que sabía lo que hacía, y eso, hoy por hoy, es una virtud. ¿Qué haces, tú, de Cabbery? ¿Lo sabes?

—Perder el tiempo con un desconocido.

—Al contrario… estás con un desconocido para evitar perder el tiempo. Eres un diamante en bruto, Ían. Quiero decir… El hombre al que busco, Jan Farelian, es un diamante en bruto. Una semilla, por así decirlo, de la que puede crecer algo bello. Pero al igual que una semilla, puede caer en terreno baldío y echarse a perder. Eso es lo que determina cuando una persona especial llega a algo. Hay mucha gente especial en el mundo, como tú y como yo.

—No podríamos decir lo mismo de la gente modesta —habló el alquimista, lanzando una estocada a la espinilla. Su oponente la esquivó con facilidad, retrocediendo y retirando la guardia, enarbolando el sable con demasiada confianza. Jan lo vio claro y se lanzó, a sabiendas de que aquello era una clara provocación.

Su oponente se limitó a estirar el brazo, dejando que Jan corriese contra la punta de su arma, pero éste giró sobre sí mismo y lanzó una estocada, alcanzando únicamente aire y perdiendo el equilibrio.

—Eres una persona extraordinaria —habló el extraño, mientras le daba un suave toquecito en la espalda con la punta del arma—, pero asumes que eres siempre más inteligente. ¿Sabes por qué no he podido contactar con la mujer a la que busco?

—¿Porque está muerta?

—Porque cumplió su cometido. Tuvo claro desde el principio en qué situación estaba y a dónde quería llegar. Cumplió su objetivo, Ían, y se fue, porque no tenía ninguna buena razón para no hacerlo.

—Si hablamos de la misma persona, diría que dejó de estar aquí porque la apuñalaron en el pecho.

El otro sonrió; a la luz de la luna, Jan Farelian no podía ver su rostro, pero sí alcanzaba a distinguir la abierta sonrisa de su oponente.

—A lo que me refiero, amigo, es a si tienes claro dónde estás, y sobre todo, a dónde quieres ir, o si por el contrario quieres estar aquí, acomodado en un palacio esperando a que algo suceda y ver qué pasa. Quizá consideres que ese es el mejor escenario para crecer una semilla extraordinaria, pero…

—Sigues diciendo que soy una semilla extraordinaria —replicó el alquimista, en esta ocasión con abierta hostilidad.

—Digo que eres especial, nada más. Como ya te comenté, en el mundo hay mucha gente especial… sólo quiero saber si Jan Farelian es el hombre que busco. Si no lo es, no pasa nada, tengo a otra persona en mente…

—¿Puedo preguntar quién? Por si me lo encuentro antes que a Jan,

quiero decir.

—Avísame si encuentras a Jan, el hombre dispuesto a hacer algo con el don que se le ha dado. Mientras tanto —añadió, antes de darle tiempo a hablar a su acompañante—, no olvides que es importante seguir entrenando, pero que al final, hay cosas en las que no importa cuánto lo intentes; algunas personas estamos hechas para destacar en una cosa y no en otra.

—Lo tendré en cuenta, Di Catto. Que tengas una velada agradable.

—Igualmente, de Cabbery. Ha sido un placer charlar contigo, como siempre.

* * *

Para no variar, Tankridian de Cabbery esperó al día siguiente para hablar con los marqueses, y también en esta ocasión se permitió compartir con ellos el peculiar encuentro con el hombre sin rostro.

Los marqueses, aunque le escucharon con el rostro ceñudo, no dudaron en restarle importancia.

—No es por ofenderte —habló la mujer—, pero locos ha habido siempre, y más frecuentemente entre el gremio de los hechiceros, dados a juguetear con fuerzas que no comprenden y a los delirios de grandeza.

—Como fuere —continuó el margrave—, todo indica que este hombre no te desea ningún mal. Antes al contrario, se diría que te está echando una mano por aquí y por allá… lo que me escama, es qué puede querer exactamente de ti. El tiempo me ha enseñado a no fiarme de los rostros amables.

—En eso estoy de acuerdo, Sebastian. A decir verdad, me preocupa más el hecho de que siga… sugiriéndome encontrarnos incluso en los terrenos del palacio. Sea lo que sea que trame, no me gustaría que terminase involucrando a más gente.

El marqués asintió en silencio, dejando ver que un sentimiendo similar se había pasado por su mente.

—Valeska y yo le hemos estado dando vueltas a los sucesos que nos has contado, Ían, y más aun teniendo en cuenta esto que acabas de comentarnos, creemos que quizá sería recomendable que pasases un tiempo fuera de palacio, a pesar de la tranquilidad que nos causa contar contigo… especialmente en ausencia de Ardauz.

—Estoy de acuerdo —habló la marquesa—. Tener a un hombre con tus cualidades cerca es siempre algo positivo, pero ahora mismo parece que hay demasiada gente con el ojo puesto en ti. Sebastian y yo habíamos pensado en recomendarte pasar una temporada con la doctora Popolov, una vez haya vuelto de sus viajes.

El alquimista no reaccionó; se limitó a juguetear con su perilla mientras trataba de asimilar aquellas palabras, mientras sus anfitriones le observaban con calma.

—La verdad, no se está en ningún lugar como en casa —comenzó a articular—, pero los hechos son los que son. Estaría más que dispuesto a pasar una temporada con la doctora, además… podría ser positivo para ambos, creo. Cuando era más joven, siempre había soñado con trabajar con el doctor Tarum Popolov, y ahora…

—Respecto a Clarienna —habló la marquesa, interrumpiéndolo con delicadeza—, no es lo ideal, pero creo que podría viajar con una escolta discreta y verte un par de veces al mes. Tendrías que encomendarle tareas y nosotros podríamos supervisar que cumpliera… sé que no es lo mejor —añadió rápidamente—, pero estaríamos hablando de una solución temporal. Hasta que estos asuntos tuyos se calmen un poco.

—Me parece una solución adecuada —sentenció el alquimista—. Como bien ha dicho, no es lo ideal, pero visto lo visto…

—No sabes cuánto me alegro de haber dado contigo, Ían —intervino el marqués—. Nos has venido a pedir de boca a pesar de todo. Fue toda una suerte que te enterases de que estábamos buscando un tutor para Clara, ¿no te parece?

—Desde luego —replicó rápidamente, mientras trataba de evitar que su rostro se ensombreciera. ¿Cómo había averiguado que el marqués Von Meister buscaba un tutor para su hija? Claro que había anuncios en los carteles y los postes, pero él rara vez se paraba a leerlos. Le costaba rememorarlo, pero estaba prácticamente seguro de que alguien se lo había dicho. Y pese a todo, era incapaz de recordar cuándo o dónde había sido, y desde luego, quién—. Si no es molestia, me gustaría volver al laboratorio. Ayer conseguí recuperar el ritmo y no me gustaría perderlo tan pronto.

Los marqueses no se lo discutieron. Una sirvienta recogió los platos y las tazas de la mesa, y un momento más tarde ya se estaba despidiendo con una elegante inclinación y salía por la puerta a paso vivo.

Demasiada gente con el ojo puesto en él, desde luego que sí. Estaba el hechicero que respondía a Adencelli di Catto, sí, pero sin duda había más gente buscándole, o como mínimo, interesada en saber si seguía vivo, entre los que contaba a Laen de la Hermandad, a Alexei y su grupo de Pii, a Covedine, que a aquellas alturas debía haber amasado una pequeña fortuna y sembrado al menos media docena de falsos rastros… también Milaine, al que le había encargado encontrar algo para él, y por último, pero no menos importante, su hermanastra, ahora reina de Almoria y amenazada de muerte por él.

Sin duda, una lista de preocupaciones a tener en cuenta, a la que sumaba la constante sensación de estar siendo observado.

Aquellas ideas le imposibilitaron del todo en centrarse en su labor, de forma que prefirió trabajar en cuadrar fórmulas en lugar de hacer

las pruebas que tenía pendientes para aquel día.

A la hora del almuerzo, se metió en los bolsillos un par de frutas de la cocina del ala de invitados y salió a pasear. En aquella ocasión no fue a los jardines exteriores, sino que se perdió por las galerías menos transitadas del palacio, pidió la llave del jardín botánico y se dio un paseo por aquel lugar.

Desde su última visita había cambiado poco: la hierba seguía creciendo como una jungla allí donde los árboles no proyectaban sombra, y junto a los troncos menos afortunados afloraban pequeños macizos de setas. Encontró y recogió algunas especies interesantes, y también se detuvo a observar algunos de los tranquilos seres que poblaban el lugar.

Antes de media tarde ya estaba de vuelta en su pequeño laboratorio con los bolsillos llenos de hojas, setas y restos orgánicos, y pudo trabajar sin interrupción hasta bien entrada la noche.

Unos delicados toquecitos en su puerta le sacaron de su estado de concentración.

—Adelante —habló él, a sabiendas de que se trataba de la hija de los marqueses.

La joven entró resuelta, se coló hasta su pequeño despacho y se quedó a observar a una distancia prudencial.

—He recogido algunas setas del jardín.

—¿Recogiste amanita? —bromeó la pequeña.

—Aha. Recogí un poco de todo, quizá quieras identificarlo.

—¿Crees que puedo?

—No tengo ni idea —confesó el alquimista, sin dejar de mirar los frascos que sostenía entre sus manos—. Pero nos servirá para hacernos una idea de cómo vas. ¿Has hablado con tus padres hoy?

—Aha. Me han dicho que te irás una temporada, seguramente con la doctora. ¿Te gusta la doctora? —preguntó ella directa, sin tapujos.

—La verdad —comenzó a responder, de alguna forma seguro de que no podría engañar a la joven—, tiene algo, pero no sé si es por ella o porque siempre quise trabajar con su padre, Tarum Popolov. Fue muy reputado en su día, autor de los mejores compendios de fisiología y taxonomía, con importantes aportaciones en el campo de las matemáticas y la física. Era mi ejemplo a seguir de pequeño.

—¿Entonces sí?

—Creo que no —zanjó el otro sin convicción—. Al principio, cuando tuvo que hacer el informe sobre mí, me pareció que la doctora era… especial, por así decirlo. Misteriosa, ¿sabes? Pero ahora que he tenido la ocasión de hablar con ella de tú a tú, de igual a igual…

—¿Aha? Continúa —pidió la joven desde la distancia.

—Me parece vulgar. Extremadamente inteligente, preparada para tomar el relevo de su padre incluso, pero… no es especial. ¿Me

entiendes?

—Eso creo —susurró ella, posando una mano en el hombro del científico—. Será una pena volver a tenerte tan lejos, Ían.

—Lo sé.

—Pero seguro que nos las apañamos para continuar con nuestras clases, ¿verdad?

—Sin ninguna duda —respondió el otro, soltando los frascos y girándose para mirarla por primera vez. Tenía pensado partir a la mañana siguiente, y sabía que no volvería a ver a la joven mujer hasta dentro de algún tiempo. Le sonrió y le acarició primero el pelo, luego una mejilla y finalmente el cuello.

—Tengo que prepararte bastante tarea para que hagas en mi ausencia. Y además, mi huerto… Sería fantástico si pudieras ocuparte de él.

—Sólo si continúas aprendiendo esgrima. Así podremos practicar cuando vaya a verte.

—Me parece justo —se sonrió él—. ¿Damos un paseo, Clara? Para variar.

Ella asintió con entusiasmo.

Salieron y pasearon por los jardines. Jan Farelian no podía evitar aquella desagradable sensación de estar siendo observado, pero sabía que no era más que una manía; de otra forma ya habría tenido problemas. Estaba casi seguro de ello.

El paseo les llevó por el estanque, por el laberinto de setos y por el patio, donde estuvieron un rato sentados, simplemente viendo a la gente pasar.

Jan se aseguró de no dejarse nada en el tintero en cuanto a hechos relevantes se refería, en parte porque sentía que la relación que mantenía con la joven era verdaderamente importante, pero también porque algo le decía que de alguna forma, ella se daría cuenta de cada mentira que saliese de sus labios. Al mirar a sus intensos ojos verdes, no podía evitar recordar la sensación que le vapuleaba cuando se planteaba siquiera contradecir a Khaelara, amiga íntima en su momento y, al mismo tiempo, fuente de una extraña aprensión.

El paseo se prolongó aún un poco más; caminaron por las viejas galerías abandonadas y recogieron la única llave del jardín botánico, que en adelante pasaría a estar a cargo de la joven.

Pasearon por él una vez más antes de despedirse, se tumbaron sobre un lecho de musgo y dejaron pasar el tiempo observando a las lechuzas, los ratoncillos y otros seres nocturnos, a la luz de una vela.

Después de aquella larga velada se despidieron sin grandes actos y se fueron a dormir.

No era una despedida perfecta, pero desde luego había sido más que suficiente para dejar a ambos más que satisfechos. Al día siguiente

empezaría una etapa nueva. Con mucha suerte, una etapa corta.

Capítulo 17

Sabía que la doctora Popolov y el capitán de la guardia no volverían hasta pasados aún unos días, pero la charla con los marqueses no dejaba de retumbar en su mente, una y otra vez. A pesar de la comodidad que le rodeaba en Tsacovia, sentía que algo terrible se avecinaba, y cuando aquello llegase, no quería tener cerca a quienes se habían convertido en su nueva familia.

Se echó los bártulos al hombro, echó la llave de su pequeña ala del edificio de invitados y se despidió de los guardias que tantas veces habían hecho para él de mensajeros.

Se echó al camino orgulloso, con uno de los trajes que le había regalado la marquesa y una bolsita repleta de monedas y créditos del marquesado.

Una vez más, se le hacía extraño no viajar de incógnito, pero merecía la pena hacerse ver si quería alejar las miradas indiscretas de la corte, y además, aquellos nuevos trajes eran demasiado bonitos como para no lucirse.

Ya en el camino, se lamentó por haber emprendido la marcha sin poder hablar con el margrave sobre el arma que en teoría le tenían preparada, pero era una de las cosas que tendría que esperar. Se palmeó la empuñadura que llevaba al cinto, su ya familiar arma de attrezzo, y se lamentó al ver que seguía estando abollada y ligeramente retorcida.

Aún no sabía exactamente cuál era el orden en el que visitaría sus destinos, aunque sí sabía que su camino terminaba en El Paso, ciudad que hacía de frontera entre Hacín y Almoria, reino sobre el que su hermanastra extendía ahora sus garras. No le cabía duda de que, a pesar de no haber rumores al respecto, la nueva reina estaría revolviendo cielo y tierra para dar con cualquier rastro suyo; cada vez que pensaba en aquella mujer, Jan Farelian ya no veía a su amante en blanco vestido de elegantes vuelos, sino a la dama de rostro quebrado en la caravana acribillada por sus avispones, no hacía tantos meses.

Sí, él había lanzado una declaración de guerra y luego había desaparecido de la faz del mundo, o al menos lo había intentado, pero sabía de sobra que aquello no sería suficiente para que la mujer dejase de buscarle, y cuanto más se acercase al Paso, más posibilidades había

de topar con los mirones de la reina.

Aun así, aquella era la menor de sus preocupaciones; su equipo de Pii, los sucesos del bosque y su trato con la Hermandad ocupaban puestos de mayor prioridad en su lista, que quedaba encabezada por su relación con Clarienna Von Meister y la sensación de estar siendo observado y vapuleado cada vez que algo le causaba una sensación intensa, fuese del tipo que fuese.

Lo primero, en cualquier caso, pasaba por dejar un rastro sutil pero firme, en el que se pudiese apreciar que estaba cruzando Hacín en dirección al norte. Aquello serviría para alejar cualquier posible rastro del marquesado. Continuó en el camino casi hasta la puesta de sol, momento en el que decidió entrar en una vieja cantina que afloraba a un lado del camino principal, no lejos de la última villa que había cruzado.

Una vez allí, entró con poca delicadeza, reclamó la atención del posadero alzando la voz y se sentó a beber en una mesa situada en la parte menos iluminada mientras revisaba algunos papeles.

No mucho después ordenó preparar la habitación más barata disponible y se encerró en ella, dispuesto a emplear como mínimo las primeras horas de la noche en revisar sus cálculos, hipótesis y esquemas. Sin un laboratorio con el que poner en práctica la teoría, se acostó pronto y se levantó temprano, sin ningún sueño recurrente en su memoria.

Aquel ritmo de camino, descanso y cantina continuó durante al menos dos días más, asegurándose de dejarse ver pero sin llamar la atención.

Al tercer día alcanzó un asentamiento mayor que los anteriores, y allí se hospedó para pasar las últimas horas de la tarde disfrutando de buena música y comida caliente antes de encerrarse en su habitación.

En la palestra se lucía una pareja de cantantes mientras un joven tocaba el laúd a sus espaldas. El alquimista se permitió desviar la atención de sus papeles por primera vez en varios días y se centró en disfrutar del espectáculo.

Una jarra abundante con licor de hierbas casero y una escudilla de asado completaban el momento.

Cuando la pareja hubo terminado de cantar, el público se deshizo en vítores y brindis a su salud, y rápidamente la sala se fue convirtiendo en un bebedero donde el bullicio crecía por momentos; hora de retirarse al cuarto para descansar.

Ya recogiendo los bártulos, una conversación en concreto captó la atención del alquimista, no tanto por su tema originalmente sino por su tono, pues era un hombre barbudo de aspecto ajado quien ahora vociferaba presidiendo una mesa.

—¡Y os digo —exclamó el hombre—, que no hay peor esclavo que

aquel que no se sabe tal!

Un coro de vítores y risas aseveró sus palabras.

—¡La riqueza pertenece al pueblo y al pueblo debe volver!

De nuevo, sus palabras fueron aplaudidas y coreadas.

Tankridian de Cabbery terminó de recoger sus bártulos y se acercó a la mesa, displicente.

—¿Entonces qué? —habló—, ¿Ejecutamos al alcalde y saqueamos su casa?

—¿Al alcalde? —repitió el alborotador, confundido—. ¡A los marqueses! Esta tierra ha pertenecido a la familia del marqués Caupera desde generaciones… ¡Pues yo digo que ya vale! —aulló, golpeando la mesa—. ¡Ya vale de explotarnos, de vivir de nuestro sudor!

—¿Os explota entonces el marqués Villacin Caupera? —insistió el alquimista—. Este… Caupera, has dicho, ¿os ha hecho algo?

—¿Te parece poco robar nuestro trabajo? —preguntó el otro, levantándose ahora y encarándose al alquimista, demasiado cerca de éste para su gusto.

—Sólo quiero saber, amigo —arguyó pausadamente, mientras deslizaba su mano hacia la empuñadura del arma de atrezzo. Sabía que había captado demasiada atención en muy poco tiempo—, ¿qué haríamos tras ejecutar a este cabrón, el Caupera? ¿Le quemamos las tierras?

El hombre le clavó una mirada incierta. Decididamente, era incapaz de saber si el alquimista le estaba hablando en serio o no, aunque eso no le impedía continuar caminar hacia él, el paso torpe y trastabillante.

—Le quemamos las tierras, amigo —explicó el alborotador con calma, posándole una mano en el hombro—, y nos llevamos a su mujer y a su hija.

—Para vengarnos de que nos ha robado nuestro trabajo —concluyó el otro.

—Efectivamente.

—¿Pero entonces, si quemamos sus tierras de qué vamos a vivir pasados dos, tres meses máximo, cuando se hayan agotado sus despensas?

El hombre se giró, de nuevo mirando a sus congéneres, que escuchaban apiñados desde la mesa.

—Este amigo es idiota —sentenció, tras soltar una carcajada afable y volverse de nuevo al alquimista, que aún reposaba su mano sobre la empuñadura del arma de madera—, cuando se acaben sus despensas, usaremos su oro, amigo. Tiene despensas repletas de oro.

—¿Y alguien las ha visto alguna vez? —susurró de Cabbery acercándose al oído de su acompañante.

—¿Eres imbécil o algo? —replicó el otro, empujándole con desdén —. Pues si existen, existen; ninguno de nosotros las hemos visto porque no nos dejan, idiota.

—Por eso queremos hacernos con ellas —volvió a reiterar el alquimista, soportando el aliento encervezado de su interlocutor, con seguridad casi inflamable—, claro, ahora lo entiendo.

El otro le miró durante unos segundos con calma, y luego quebró su rostro en una sonrisa ebria.

—Sabía que tenías algo en esa cabeza, amigo. Se empeñan en decirnos que no todos servimos para todo, pero…

—Menos mal que tenemos mentes privilegiadas —le atajó el alquimista—, como la tuya, para poder descubrirnos la verdad.

Tankridian de Cabbery no dio opción a responder a su embriagado compañero; se despidió frugalmente y se echó escaleras arriba, directo a su habitación.

—¡Posadero! —llamó antes de llegar al segundo piso. Un hombre apuesto se alzó rápido, dispuesto a servir a su huésped—. ¡Quiero una muchacha en mi cuarto, pagaré por adelantado!

El hombre clavó una mirada certera en él, pero asintió rápido. Jan había viajado lo suficiente en otros tiempos para saber que todo propietario de una buena posada era capaz de encontrar mujeres rápidamente, si no tenía a ninguna trabajando para él. No en vano cada vez había más establecimientos compitiendo; la calidad del servicio y el precio eran los que, a la larga, decidían si un negocio familiar perduraba o era devorado por rivales más jóvenes y preparados.

Ya en la habitación, Jan Farelian esparció sus bártulos como de costumbre, pero en lugar de regar el pequeño escritorio con papeles y pergaminos, sacó algunos aparejos de sus bolsas y comenzó a trastear con ellos, mientras distraídamente echaba uno o dos ojos por la ventana.

A poco tardar, tres suaves golpes resonaron en su puerta *“tac tac tac”*. El hombre cubrió sus herramientas con un pañuelo y corrió a abrir la puerta, bolsa en mano.

Ante él se encontraba el apuesto posadero junto a una todavía más apuesta mujer, tan alta como él mismo, de largos cabellos anaranjados y finos ojos.

—¿Admite créditos del marquesado Von Meister? —preguntó el hombre, tratando de no mirar fijamente a la pelirroja.

—A dos tercios.

Dos tercios de su valor era un precio algo elevado para ser un territorio tan cercano a dicho marquesado, pero aún entraba dentro de lo aceptable. El hombre asintió con calma y deslizó los papeles firmados por los marqueses entre sus dedos. El posadero los tomó con

firmeza y le deseó una buena noche, invitando a la mujer a entrar a la alcoba.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella con una sonrisa significativa.

Jan Farelian esbozó una sonrisa semejante, caminó hasta ella y la tomó por la cintura con delicadeza.

—Soy un hombre de gustos singulares —le susurró al oído, mientras acariciaba el cuello de la mujer con su índice—, pero estoy seguro de que sabrás complacerme.

Ella se sonrió con picardía, sin impedir al hombre seguir acariciándola.

—Pero antes… lo que más me… gusta —concluyó, inseguro de estar usando la palabra adecuada—, es que nos escuchen. Quiero que te quedes mirando en la ventana y me avises cuando salga alguien.

El rostro de la mujer cambió radicalmente, aunque aún sonreía y no había hecho nada por deshacerse del agarre del alquimista.

—Te he visto en el salón…¿Te interesa Etheo?

—¿Etheo es el hombre borracho que tan amablemente me estaba gritando al oído? —quiso saber el otro, mientras seguía jugueteando con el cuello de la mujer.

Ella asintió y sonrió, visiblemente a gusto.

—Podría interesarme quién le ha metido esas gilipolleces en la cabeza. Está claro que él no es un lumbreras. Yo…

—Aún tardará —le cortó ella, tomando las manos de él y forzándolas a subir por su cuerpo—. Tenemos tiempo.

—Quizá tú sí —susurró él, haciendo un esfuerzo por volver a colocar sus manos sobre la cintura de la joven—. Yo, lamentablemente, estoy trabajando.

—Lástima. —Se rió con picardía y le clavó los ojos—.La mayoría de mis clientes son más como Etheo y menos como…

—Aurelian de Cabbery —se presentó el hombre—. Vuelvo de visitar a mi hermano en el sur.

—Rosa —le volvió a interrumpir ella—. Rosa de ningún sitio.

—¿Es Rosa una abreviatura para Rosaura? —preguntó él, aún aferrado a aquella mujer que se le antojaba irresistible. Sonrió, sabía que era un nombre falso, pero también sabía que ella se lo había dado sin intención de hacerle creer lo contrario.

—¿Entonces qué hacemos mientras sale tu amigo, Aurelian? ¿Tienes algo en mente?

—¿Puedo pedirte cualquier cosa? —preguntó él con una sonrisa pérfida. Ella asintió—. Algo encontraremos —susurró nuevamente al oído de la mujer.

Tenía algo en mente.

* * *

La mujer que respondía al nombre de Rosa no había mentido; había

entrado ya la noche cerrada cuando empezaron a salir los primeros grupos numerosos del salón, casi directamente bajo su ventana.

—¿Son ellos? —preguntó el alquimista desde la cama.

La mujer se estiró para mirar y negó, con una sonrisa en el rostro. Hacía mucho que no se veía en aquella situación, pero se sorprendió al ver que no había perdido nada de práctica; desde la cama, sin siquiera estar incorporado, daba pinceladas vagas a un lienzo en el que se veía a la mujer de cabellos rojizos en el escritorio, desprovista de ropa y trabajando con las herramientas que él le había dado.

—¿Debo retirar la carcasa? —preguntó ella, mostrándole al hombre una esfera de cerámica.

—Eso es. Una vez hayas desacoplado las dos piezas de la carcasa, deberías poder retirar la mecha simplemente tirando con cuidado —le indicó, sin dejar de darle pinceladas al lienzo—. Y con las otras tres, lo mismo. Debes tener especial cuidado al retirar la mecha, no vayas a derramar el líquido.

—¿Puedo preguntarte qué es ese líquido?

—Es una mezcla que… podría ser—dudó. No estaba seguro de que contarle aquello a una desconocida fuese su mejor idea de la noche—, o podría no ser algo en lo que he estado trabajando durante algún tiempo.

—¿Un secreto, eh?

—Más bien una prueba. Por cierto —añadió con rapidez—, intenta no respirar cerca del frasco, una vez retires la mecha. Podría haber vapores, y no sé hasta qué punto es seguro…

—¿Esto es lo que hacéis los inventores? —le interrumpió ella con un deje cantarín en la voz—. Siempre pensé que eran cosas más difíciles.

—Cualquiera puede embotellar un líquido. Lo difícil es dar con la composición adecuada de lo que hay que embotellar. Hoy sabremos si la mezcla funciona.

—¿Nervioso? —se rió ella, volviéndose hacia él y asegurándose de mostrarle todos sus encantos.

—La verdad es que sí. Además, hacía años que no pintaba a nadie…

—¿Puedo ver el cuadro?

—Sólo cuando esté terminado

—No es la primera vez que pintas a una mujer desnuda —aseveró, más que preguntó ella—. ¿Verdad?

Él ni siquiera se molestó en responder. Años atrás había pintado muchos retratos de su hermanastra, y no en todos se había vestido para la ocasión. Lo cierto es que aquella situación le había traído recuerdos agridulces, pero no tenía sentido estropear aquel momento con ellos.

—¿Tú has posado antes para ser pintada?

—Una vez, más de joven, pero el tipo era…

—De los que te ofrecen pintarte, pero luego quieren tocar, ¿no?

Ella se rió, por primera vez mostrando signos de vergüenza.

—Es una buena forma de decirlo, sí. Yo era poco menos que una cría, y él tenía cierta reputación en la villa. Se decía que iba a ser un auténtico artista moderno, y yo…

—Me hago una idea —le cortó él. Saltaba a la vista que aquel fragmento de su vida le causaba traía recuerdos amargos, y se asombró de que aquella mujer que ni siquiera le había dicho su nombre estuviese compartiendo aquello con él. Quizá simplemente era buena inventando, aunque lo cierto era que no le importaba.

—Sale alguien —susurró ella, volviendo a estirarse para mirar por la ventana.

Jan se permitió deleitarse con su esbelta figura una vez más antes de continuar trabajando con el pincel.

—Es tu amigo.

—Entonces hemos terminado, Rosa. Muchas, muchas gracias por la velada.

—Espera. Déjame hacerlo por ti. A Etheo le debo una.

—¿Por eso has esperado tan amablemente?

—¿Importa? —replicó ella, tensando su sonrisa.

—Échale el líquido de un par de frascos por encima, a él y a los que le acompañen, da lo mismo.

—¿No será pis?

—¡Hazlo!

La mujer no se hizo de rogar. Agitó los frascos por la ventana abierta, sin siquiera asomarse. En medio del barullo de la marabunta que salía de la posada, apenas sí alcanzó a oír una voz confusa preguntando si llovía. La mujer se acurrucó en la silla del escritorio con una sonrisa pícara, aún mostrando su busto al alquimista.

—¿Ya está?

—Ya está.

—Esperaba que se les derritiese la cara o algo así —admitió ella, de algún modo decepcionada.

—Si estuviésemos haciendo algo terrible… y no digo que lo estemos haciendo —puntualizó el alquimista con una sonrisa pícara—, no sería la mejor elección hacerlo a la vista de todos. Y menos si lo estuviésemos haciendo por algo que pudiésemos considerar una buena razón.

—¿No se supone que morir por la causa es la más digna de las muertes?

—¿La más digna? Ni idea, no lo he probado —se rió él—. Lo que sé es que es más fácil dejarse matar por la causa que luchar y vivir por ella. Y si crees que puedes aportar algo a la misma, también es injustificable el trazar un plan suicida e inmolarse con la cabeza bien

alta, siempre en nombre de tu causa. La cosa cambia, claro —añadió pensativo—, si consideras que eres un despojo humano incapaz de aportar más que eso; entonces sí estaría bien inmolarse por la causa, me imagino. No te rías, hay mucha gente que en el fondo se sabe así. Quítale esa atmósfera etílica a ese hombre, Etheo, y tendrías poco menos que un patán temblequeante.

—Pareces saber mucho de cómo es la gente.

—Creo saber mucho —puntualizó el otro sin dejar de darle generosas pinceladas al lienzo—. Aunque siempre hay preparada una sorpresa desagradable para recordarle a uno todo lo que no sabe, eso tampoco lo olvido.

Ella no insistió, y él no continuó hablando; de alguna forma, los dos se sentían más cómodos centrándose en el retrato.

—¿Siempre que contratas a una mujer la quieres sólo para pintarla?

—¿Cuándo he dicho que te quiera sólo para pintarte? —se rió él. Ella le correspondió, tratando de moverse lo menos posible.

—Tenía entendido que un retrato podía tomar días, incluso meses.

—Esos son los retratos de la gente que sabe lo que hace. Los que no somos expertos lo hacemos de cualquier manera. También nos queda peor —concedió—; cada uno con lo suyo. Por cierto, sé que no es lo mismo —comenzó a explicar, mientras jugueteaba con el lienzo que sostenía entre sus manos—, pero he usado dos sábanas en vez de una como lienzo. He pensado que mejor que ver el cuadro sería tener una copia, aunque esté un poco deslucida.

Los ojos de la mujer echaron chiribitas por un segundo.

—¿Para mí?

—Para ti sola. ¿Quieres que te lo dedique con un “para Rosa” en una esquina?

Ella mudó el gesto con rapidez para esbozar una sonrisa felina.

—Buen método para intentar sacarme mi nombre real.

—La verdad es que no me importa tu nombre real. Un nombre es un nombre, Rosa. Me da igual si es el que te pusieron tus padres, si es el que usas para trabajar o si te lo inventaste sobre la marcha; a mí me sirve.

La mujer adoptó un gesto meditabundo y luego asintió.

—Para Rosa estará bien, entonces.

El alquimista asintió también, convencido. El cuadro no estaba a la altura de los que había pintado hacía sólo algunos años, pero estaba espléndido para haber sido pintado en ropa de cama con tintes y compuestos químicos. Además, había tenido una oportunidad fantástica de probar uno de los compuestos en los que más tiempo había invertido, y había podido gozar de buena comida y buena compañía.

Y lo que era mejor, la noche aún no había terminado.

* * *

Como de costumbre, se levantó temprano, cuando la primera luz del día se coló por su ventana. No se molestó en despertar a la mujer que yacía a su lado; en su lugar, recogió con mimo todos sus documentos y sus herramientas, salió sin hacer ruido y dejó una generosa propina al apuesto posadero, que ya estaba meridianamente situado en su lugar de trabajo.

De allí se echó al camino, y del camino a una de las principales carreteras de la región, por donde ya circulaban caravanas varias, carretas y pequeños comerciantes en burro o a pie; nunca era demasiado temprano para ganarse la vida, y pasar al lado de aquellas gentes siempre le recordaba lo afortunado que había sido en su juventud. En aquel preciso momento, le recordaba que había logrado volver a serlo, y, en cierto modo, le hacía replantearse hasta qué punto merecía la pena arriesgarlo todo por una mera venganza.

Con todo, continuó caminando rumbo al norte, hacia el peligro y lo desconocido. La aplastante mayoría de las personas que pasaban junto a él eran campesinos o mercaderes ambulantes. Algún viajero casual y alguno de aquellos nobles que se echaban al camino a explorar. Allí algún mercenario, acá una familia que emigra. En su mayoría, personas carentes de interés, pero aquello no le suponía un problema; antes al contrario, tenía muchas cosas en las que pensar, y para eso no había nada mejor que un tiempo a solas con uno mismo.

El camino continuó rezumando indiferencia durante al menos un par de días. En una ocasión, Jan se cruzó con una pareja que parecía haber bebido demasiado y lanzaba improperios y amenazas a los viajeros, y en otra se cruzó con un corrillo de curiosos que se agolpaban en un cruce junto a un enano particularmente musculado que aseguraba ser *"el glog"*. La curiosidad no le duró al alquimista más que para saber que el glog era algún tipo de cazador de criaturas mitológicas. Había visto muchos charlatanes y muchos bravucones a lo largo de su vida. También sabía que, con frecuencia, un mismo individuo reunía ambos defectos, y tenía claro que aquella combinación solía resultar en problemas para aquellos que no ponían tierra de por medio cuando aún había tiempo. Sí, seguramente aquel enano le terminaría causando un problema a alguien, pero estaba seguro de que no sería a él.

El camino le llevó a una casa de hospedaje que hacía las veces de mesón. Se llamaba *El Rabanete*, y era el lugar concertado hacía algunos días con Laen. Si la carta enviada hacía días no había sufrido ningún accidente, el hechicero debería estar esperándole. Sin pensárselo dos veces, se adentró en el lugar y se fijó en los parroquianos de la sala común. Ya había pensado cómo aprehender al regente del lugar para preguntar por su amigo, cuando se dio cuenta

de que una figura en el fondo del comedor le saludaba con la mano.

El hechicero no tardó en acudir, sonriente y descamisado como de costumbre. Le tendió la diestra al alquimista y le dedicó una cálida sonrisa.

—La verdad, no esperaba un trabajo tan completo. Felicidades.

—Gracias —replicó el otro tratando de no parecer confundido. Al menos su interlocutor parecía verdaderamente agradecido con el trato, cualquiera que fuera.

—Al principio no pensé que tu pupilo fuese a poder encargarse de las muestras que te enviamos. Ya sabes —añadió al captar el matiz confundido del alquimista—, aquellas ratas acorazadas que nos plagaban los sótanos.

—Lo cierto es que no he podido hablar con mi pupilo durante bastante tiempo, Laen. Si pudieses concretar más…

—Alexei —replicó inseguro—, ¿es tu aprendiz, no? Mencionó que habías desaparecido, pero cuando nos llegó el mensajero del rey del bosque con un recado de tu parte, supusimos que tu aprendiz ya estaría al tanto de tu retorno. Veo por tu cara que no era el caso —susurró, tratando de averiguar lo que aquello implicaba—. ¿Necesitas ayuda con algo, Jan?

El alquimista negó con la cabeza. No estaba seguro de en qué posición le dejaba aquello; le gustaba saber que la Hermandad no le guardaba rencor de ningún tipo, pero de cara a su equipo de Pii, podía parecerles que se había dado a la fuga y les había dejado de lado sin más miramientos.

En cierto modo, lo que había pasado no era muy diferente de aquello, por más que el haber sido capturado no hubiese dependido de él. Pero sabía que podía haberse fugado, incluso a pesar de las amenazas de los marqueses; estaba casi seguro de que eran simples faroles.

—¿Te diriges a Pii? —quiso saber el hechicero.

—Quizá debería. Me dirigía a cierto congreso que se celebra en estas fechas. En realidad —añadió, más para sí mismo que para su acompañante—, es bastante probable que encuentre a mi equipo allí.

—Parece que va a ser un gran reencuentro —se rió el otro—, para bien o para mal. ¿Crees que podrás llevarte tu parte de los trabajos?

—Eso es lo que menos me preocupa —confesó—. Laen, dijiste que mi aprendiz se encargó de vuestra plaga, ¿verdad?

—Ahá. Tardó más de los que nos habría gustado, pero nos envió un compuesto que dejaba a esos bichos tiesos. No necesitamos más lanzallamas.

—¿Llegasteis a encontrar el nido?

—Dejamos de buscarlo cuando nos llegó la misiva del bosque. Si hay algo en lo profundo que hace que los seres cambien, creo que lo mejor

es dejarlo donde está. Echamos abajo algunos túneles y tratamos de cambiar algunos portales. En definitiva, hicimos lo posible por poner tierra de por medio, y por ahora nos ha dado resultado.

—Eso es interesante… muy interesante, de hecho.

—Parece que hiciste un buen trabajo con ese chico.

—Ojalá pudiera atribuirme el mérito. Yo sólo le di una… inspiración, si quieres llamarlo así. Tenía un gran talento desaprovechado, y le ayudé a enfocarlo.

—Respecto a eso…

—¿Sí?

—¿Recuerdas a aquel chico que seguía siempre a Khaelara?

—¿Milaine? Por supuesto, es un buen amigo.

El hechicero se permitió esbozar una sonrisa burlona, pero no comentó nada al respecto. Se limitó a darle una palmada amistosa en el hombro y dedicarle una mirada amable.

—No coincidí mucho con él, pero una vez dijo que la ciencia y la magia competían por un mismo objetivo, y que antes o después, una de ellas desbancaría a la otra. Ahora que el Consejo se ha disuelto y que el bastión del mar quebrado ya no es una escuela de magia… o al menos, no como solía serlo, parece que será la ciencia quien gane esa carrera. A veces pienso en ello, y no puedo evitar recordaros a ambos al lado de ella.

—De Khaelara.

—Eso es. A él en aquella catedral subterránea, y a ti en Corthis, ambos siguiéndola a ella allí donde iba.

—¿Y qué?

—Nada —replicó el mago, risueño y resuelto—. Sólo me hace plantearme hasta qué punto tenía razón Milaine. Parece que la magia se dispersa y se desestructura mientras que la ciencia se centraliza, se estandariza y se globaliza.

—Mirándolo con perspectiva, lo uno no tiene por qué ser peor que lo otro.

—Por supuesto que no —coincidió—, sólo quería saber qué pensabas tú, pero creo que acabas de expresarlo.

—Ninguno de los dos rumbos parece particularmente halagüeño. Y espero equivocarme, pero creo que ambas disciplinas estaban en un sano equilibrio, no sólo entre ellas sino consigo mismas, y ahora… Laen —masculló, cambiando el gesto radicalmente—. ¿Estás seguro de que esto te lo dijo Milaine? ¿Cuándo?

—Hmmm…

—¿No lo recuerdas con claridad?

—Puede que fuese en Corthis. O puede que fuese después. Hablamos un par de veces durante este año. Cosas de magos —añadió, aún sonriente pero con un matiz distinto, tratando de dejar claro que no

era asunto suyo y, al mismo tiempo, no ser desagradable. El alquimista no insistió.

—En fin. Es agradable poder charlar con un rostro amigo, Laen, pero tengo que volver al camino.

—¿Vas entonces al congreso por el progreso?

—¿Tendrás gente allí?

El hechicero asintió con calma.

—No estoy seguro de si quiero viajar acompañado, aunque te agradezco la oferta.

—Nuestros chicos salieron hace días, en realidad. Te estaba ofreciendo un portal. ¿Te gustó el último que preparé para ti?

—Fue… útil. Algo brusco para mi gusto, pero no soy un experto.

—Puedo llevarte allí si quieres. Incluso puedo pedir que te acojan en su campamento, si tu reencuentro con tu equipo no sale bien. Pregunta por Garibehlo de Las Manchadas. Es nuestro ponente principal, te acogerá si mencionas que vas de mi parte.

—No sabía que invertíais en ciencia —se sonrió el alquimista con picardía.

—Ya lo sabes. Y ahora, ambos tenemos cosas que hacer. ¿Querrás ese empujoncito o no?

—Creo que me podría venir bien, de hecho —concedió el otro—. Pero antes me gustaría pedirte otro favor. No es que seas mi mago preferido —carraspeó el alquimista, tratando de apartar la idea de que odiaba en general a los magos—, pero no tengo otro a mano. Puedo pagarte por tu tiempo, si quieres.

El hechicero arqueó una ceja con una expresión que bailaba entre la curiosidad y el desdén, pero no se arriesgó; se limitó a ponerse nuevamente en pie e indicarle al alquimista que le siguiese al interior del edificio.

Capítulo 18

Le envolvió la clásica sensación de mareo mezclada con náuseas y debilidad. Alzó la mano casi a ciegas para encontrar algo en lo que apoyarse y no caer al suelo, y en esta ocasión sí lo encontró.

Se giró con esfuerzo para ver qué le había permitido librarse de la caída reglamentaria y contempló a un hombre lánguido y enfermizo, el rostro barbudo y constreñido en una mueca de asombro.

Jan se revolvió instintivamente, deshaciéndose de la mano que le sujetaba por las ropas, y se desplomó, aunque éste lo agarró de nuevo con presteza, evitando el golpe contra el suelo por segunda vez.

—¿Está bien, amigo?

Incapaz de articular una palabra, el alquimista asintió con esfuerzo, tratando por tercera vez de sostenerse por sí mismo. Sorprendentemente, lo consiguió, aunque su paso era tambaleante y el camino a su alrededor daba vueltas sobre sí mismo. Aquello era un mal necesario que pasaría pronto… estaba casi seguro de ello.

—Gracias, que tenga un buen día —balbuceó, antes de desaparecer por el sendero.

No sabía con exactitud dónde se encontraba, pero estaba casi seguro de no haber caído lejos de su objetivo. Al menos, todo lo casi seguro que se podía estar en su lamentable estado.

Caminó hasta dar con una elegante señal en un cruce de senderos, dio la vuelta y echó a caminar sobre sus pasos; no se encontraba en El Paso, como había planeado, sino en Tindarelha, capital del reino de Almoria y anfitriona del Concilio bianual del conocimiento, que a pesar de tan grandioso nombre, era esencialmente un evento en el que se escogía a los investigadores más prometedores de los tres reinos de la costa oeste. Para los más puristas, aquello no era más que un filtro para asegurarse de enviar sólo a lo mejor de lo mejor al verdadero congreso.

Tindarelha, como capital del reino, también era el lugar en el que residía su hermanastra, aunque en el mismo momento que avistó la ciudad, se percató de lo lejos que estaba todavía de ella; desde la colina donde se encontraba él, descendía un sendero serpenteante hacia los barrios bajos de la metrópolis, aquellos que se agolpaban tanto por fuera como por dentro de las murallas. Conforme el terreno

volvía a ascender adentrándose en el mar, algunas construcciones de aspecto más lujoso se alzaban majestuosas, y en lo más alto, coronando los acantilados, se erigía el Gran Palacio, una obra verdaderamente sobrecogedora.

Llevaba tiempo queriendo estar allí, en la ciudad de su hermana y dispuesto para la caza. Sin embargo, ahora que se encontraba en aquella situación sólo podía ver una ciudad gigantesca con un palacio bien protegido y ningún conocido a quien recurrir.

Se retiró el sombrero emplumado, se limpió el sudor de la frente con un paño y se lo volvió a colocar mientras echaba a andar por el camino. Visitaría a su hermanastra antes o después para hacerle pagar por lo que le había hecho a su padre y por haberle destrozado la vida. Sin embargo, todo indicaba que aquello no iba a ocurrir en aquella visita a la capital.

Se contentó con dirigirse hacia el corazón de la urbe para buscar allí la sede del Convenio bianual. Con suerte, allí encontraría no solo a la doctora y a Ardauz, sino a algún miembro de su equipo de Pii. Mientras le daba vueltas a aquella idea pasó junto a los campos primero, y después atravesó la barriada y las murallas de la ciudad. Las viviendas más cercanas al lugar se correspondían por completo con el aspecto ruinoso que le transmitido al mirarlas desde la lejanía; construcciones de dos y tres pisos hechas de una madera ennegrecida y doblada se embutían unas contra otras, y sólo las vías principales gozaban de un empedrado de calidad; cuanto más se alejaba una calle de estas vías, más ruinosas parecían sus viviendas y más basura se agolpaba junto a sus muros.

Con todo, había multitud de vendedores ambulantes que ofrecían baratijas y objetos de dudosa procedencia, así como mendigos y pedigüeños que tocaban pequeñas flautas, panderetas y mandolinas.

El alquimista se abrió paso por la vía principal hasta dejar atrás aquella zona mugrienta. Conforme ascendía por las calles, poco a poco el empedrado se hacía más frecuente, las calles más anchas y se empezaba a ver edificios de aspecto sólido y formidable.

Jan sabía que la mayoría de estas construcciones eran tiendas y factorías que pertenecían directamente a la nobleza, y que habían sido construidas en aquel lugar no sólo para ser explotadas con facilidad sino para hacer las veces de barrera entre los barrios bajos de la ciudad y los más acomodados. Aquí y allí se encontraban sencillas escaleras de roca que permitían ascender a algunas calles más altas o a negocios ubicados en las segundas y terceras plantas.

Jan se fijó en un par de establecimientos de aspecto interesante, pero no se detuvo; sabía que un evento como el que buscaba tenía que encontrarse en la zona de la nobleza o en las cercanías del puerto, y en cualquiera de los dos casos le interesaba continuar avanzando;

prefirió evitar las estrechas escalinatas en favor de las grandes avenidas, entre las que resultaba fácil pasar desapercibido. En aquella parte de la ciudad, la vida parecía bullir incansablemente y era fácil fundirse con la muchedumbre.

El paso de aquella zona a la más acomodada fue mucho más discreto y gradual que entre las zonas anteriores; poco a poco se empezaban a ver edificios grandes de hasta tres y cuatro pisos levantados en caliza y granito, se empezaban a ver algunos arcos por los que una calle atravesaba una gran vivienda y, en general, todo parecía más limpio y ordenado. También aparecían algunos jardines y zonas donde las plantas de acantilado crecían de forma natural.

Jan Farelian se permitió desviarse un poco hasta una de estas zonas y se paró a admirar las vistas: tras un rato de subida ininterrumpida y más esfuerzo del que le habría gustado, se encontraba casi a las afueras del gran palacio y podía contemplar casi toda la ciudad a sus pies. Desde allí, uno de los puertos de la capital quedaba directamente bajo el acantilado en el que se había sentado a mirar. Se aseguró de llevar el sombrero de pluma bien calado ante la fuerte ráfaga de viento que le envistió; le tentaba usar la ropa de la marquesa, pero no en vano ella la había mandado diseñar con cierto parecido a los uniformes que él mismo había usado en tiempos pasados, y no se podía permitir ser reconocido en aquella ciudad. Además, los cinturones con frascos harían saltar más de una alarma, sobre todo tan cerca del palacio como se encontraba, de aquello estaba seguro.

Continuó observando desde donde estaba hasta que decidió que desde allí no podía encontrar el lugar que buscaba. Se echó de nuevo a la calle y le preguntó a un mercader. Al parecer, el convenio estaba teniendo lugar dentro del recinto palaciego.

Malas noticias, y buenas. Un escalofrío le recorrió la espalda y le hormigueó por los brazos hasta llegar al extremo de sus dedos. Quizá aquella sí sería su última visita a la capital después de todo. Aun así, los asistentes llevaban ya varios días dentro del palacio, y estaba seguro de que cualquier acreditación para poder entrar y salir de la zona ya habría sido repartida, por lo que quedaba descartado el entrar por la puerta grande haciéndose pasar por un asistente de Hacín.

Por un momento, le cruzó la mente la idea de secuestrar a alguno de los participantes, si podía identificarlo, y hacerse con la acreditación necesaria, pero al momento se deshizo de aquella idea; si hacía eso, no sabía si podría pulular libremente o sería escoltado hasta el puesto de su equipo, que lo desenmascararía fácilmente.

La opción de colarse en el palacio también resultaba llamativa, pero estaba seguro de que no podría hacerlo con facilidad y con poco tiempo. En el pasado, había recurrido a secuestrar, torturar y suplantar a personal del lugar, pero para aquello necesitaba mucho

más tiempo para escoger un objetivo y aprender sus rutinas, así como para sonsacarle información de forma veraz. No, aquella tampoco era una opción en aquel momento.

Podía esperar a que el concilio terminase para tratar de encontrarse con sus compañeros, pero en una ciudad tan grande las posibilidades de cruzarse sin darse cuenta eran muy altas.

Resopló y se apoyó contra una pared, a la sombra de uno de los arcos que caían sobre las calles. Sus ideas habituales no le servían en aquel lugar; normalmente no le importaba improvisar, en parte porque siempre había estado orgulloso de su capacidad para salir de todo tipo de situaciones, pero sabía que su punto fuerte no era la improvisación sino la anticipación. Si hubiese malgastado menos tiempo de camino… pero culparse no era la forma de solucionarlo; estaba bastante seguro de que había al menos una docena de soluciones sencillas ante sus ojos.

¿Cómo hacía la gente normal para entrar en los sitios?

—¡Eh! —llamó a un mensajero—. ¿Cuánto cobran los guardias de palacio por un soborno?

—¿Los guardias de palacio? —preguntó el hombre, de aspecto cansado—. ¡No admiten sobornos! La reina mandó colgar a unos cuantos no hará ni cuatro meses. Desde entonces no hay sobornos, favores, chicas… ni nada. Menuda mierda —añadió malhumorado—. ¿Cuánto pagas tú?

—¿Perdón?

—Por un soborno. Si voy y les digo que hay alguien queriendo sobornar a un guardia, seguro que me llevo un pellizco.

—Ve y diles que hay un hombre con sombrero que no sabes cómo se llama ni dónde se aloja. Seguro que te ponen un trono debajo del culo.

El otro no se rió, pero se mantenía reticente a marcharse.

—Podría llamar a los guardias, ponerme a gritar…

—Tus ideas sólo mejoran —replicó Jan, retirándose el capote para dejar ver el pomo de su espada de attrezzo—. Venga, seguro que se te puede ocurrir una mejor.

—¿Qué tal si… me pagas —titubeó, a todas vistas inseguro pero decidido a continuar con su idea—, por sustituirme un día o dos?

—¿Puedes entrar a palacio?

—Más o menos. Los guardias del muro exterior no nos hacen mucho caso, hay mucho investigador que quiere cosas todo el rato, así que los mensajeros nos sacamos unos dineros…

—¿Cuánto quieres? —le interrumpió el otro.

—¿Cuánto tienes encima?

* * *

Al final, la solución más sencilla había sido la ganadora; pocos minutos después de su satisfactorio encuentro bajo el arco, Jan

Farelian echaba a caminar animadamente, despojado ya de su capa, su camisola y sus botas de viaje, envuelto en unos ropajes menos formidables pero indudablemente cómodos.

—Disculpe —le habló desenfadadamente a uno de los guardias que patrullaban la entrada al recinto de palacio—, creo haber visto a un hombre que se daba un aire al de los carteles de se busca. Como así de alto —indicó el alquimista, notando cómo la ropa del mensajero le quedaba algo justa al tratar de alzar la mano—, pelo corto, con un guardapolvos gris…

La respuesta no se hizo de esperar. Uno de los guardias llamó la atención al otro y, y este, a su vez, llamó a otro del interior del recinto. Ni medio minuto más tarde, un pequeño batallón se echaba a las calles en busca del posible intruso.

Sí, cambiarle uno de sus uniformes al mensajero había sido una idea que le impedía dejar de sonreír. Era cierto que le encantaban aquellas ropas, pero el pragmatismo iba siempre primero.

—Perdone —llamó a uno de los últimos guardias que salía tras la patrulla—. ¿Nadie me inspecciona para entrar?

El guardia le indicó que entrase con un gesto de desdén, y ¿quién era él para desobedecer a la guardia? Entró con paso vivo y ya dentro, paró a otro hombre que patrullaba el recinto para preguntarle dónde quedaban las tiendas de los invitados al convenio.

Atravesó un patio que le resultó, en cierto modo, semejante al del palacete de Tsacovia, aunque el de la gran capital hacía ensombrecer al segundo en tamaño y cantidad de adorno y detalle.

Continuó sin pararse a observar las florituras; al fin y al cabo, era un mensajero y los mensajeros iban siempre con mucha prisa. Para sentirse más metido en materia, incluso se permitió chocarse con un hombre de aspecto importante y deshacerse en reverencias mientras se retiraba apresuradamente.

Llegó a las dependencias, que resultaron ser un cúmulo de tenderetes medianos donde los invitados al convenio convivían malamente. Allí, buscó el grupo de carpas perteneciente a Hacín, y en su interior encontró solamente dos. Se asomó a la primera sin ninguna indiscreción para contemplar a un hombre de aspecto cansado junto a otros dos de gran tamaño, sin lugar a duda sus guardaespaldas. Sin siquiera pedir disculpas, corrió hacia la siguiente carpa y entró apresuradamente.

—¿De Cabbery? —el capitán de la guardia lo reconoció de inmediato, y por la expresión de sus rostros, podría decirse que fue para disgusto de ambos.

—Buenos días —saludó—. Los marqueses…

—Los marqueses te enviaron a Bukovia a esperar.

—El laboratorio de la doctora me aterroriza —confesó él. Fuese

cierto o no, aquello pareció calmar al capitán—. ¿Qué tal os está yendo por aquí? ¿Hay mucho progreso por la humanidad?

—Muchos juntaletras —bufó el otro—. Yo no entiendo la mitad de lo que dicen, pero la doctora sólo echa pestes y blasfema por lo bajo en su lengua natal. Me desconcierta esta mujer —admitió—. A ratos parece una persona normal, sólo… muy inteligente. Y otros ratos…

—Ya, sé cómo dices. No he olvidado nuestra estancia en su laboratorio, ya te lo dije.

El capitán no insistió. Pasada la sorpresa inicial, se dejó caer en un taburete, se limpió el sudor de la frente y resopló. Allí parecía mucho más cansado y mayor de lo que nunca le había parecido en Tsacovia.

—¿Recuerdas que te dije que no me importaba ver mundo, Ían?

—Aha.

—Bien, pues si ver mundo es dormir en el suelo de una carpa rodeado de sucios juntaletras durante días, que le jodan al mundo, quiero volver a mi casa, a mi cama fría y dura con mi esposa… que es aún más dura y más fría. Paso de viajar y de enriquecerme como ser humano, es un asco.

—Amén a eso. Toma —terció el alquimista tendiéndole una petaca —, te irá bien recordar un poco de lo que es el hogar, esto lo traigo desde… bueno, no desde Tsacovia, pero cerca, qué más da. A tu salud.

—Y a la tuya, amigo.

—Ah… Es fuerte, pero estimulante. ¿Ha hablado ya la doctora?

—Un par de charlas cortas. Al parecer, los investigadores exponen un cartelito con el tema de su investigación, responden preguntas breves durante un par de días, y finalmente se les da una fecha para que expongan su tema solamente ante los interesados. No es mal método.

—Supongo que no, aunque suena terriblemente aburrido.

—Díselo a ella. Se pasa el día rellenando formularios.

—Burrocracia —bufó el alquimista—. Pero ese es el camino del progreso, por desgracia. Adaptarse o morir, dijo alguien alguna vez. Probablemente un necio conformista, basura así nos sobra en esta parte del mundo, ¿no te parece?

—Y yo qué sé.

—No me gusta la perspectiva de tragar con todo lo que venga. Tampoco me gusta la perspectiva reaccionaria de…

—Ían. —El hombre le interrumpió con el rostro serio. Saltaba la vista que no estaba de humor para escucharle divagar.

—Sí, perdona. Llevo muchos días en el camino y no he podido charlar con nadie. Con nadie que mereciese la pena, ya me entiendes. ¿Sabes si ha encontrado a algún amigo juntaletras la doctora?

—¿A parte de ti?

El alquimista rió con ganas.

—Me entristecería saber que me cuentas entre ellos.

Ardauz Milampere arqueó las cejas y sonrió, por primera vez relajado y calmado. En sus ojos se veía el desgaste de estar en aquel lugar sin hacer nada, pero Jan Farelian reconocía en ellos el placer de disfrutar de la compañía de un amigo. Alzó la petaca a su salud y bebió.

—Por cierto —habló el capitán de improviso, como cayendo en algo obvio—, ¿cómo has entrado aquí?

—Pues verás —comenzó a decir el alquimista mientras pensaba en el mensajero que le había intentado extorsionar—, es una historia de lo más sencilla, pero seguro que te vas a reír.

* * *

Pese a todo, resultaba que la doctora sí conocía a algún juntaletras de los que había asistido al convenio, y tras la firma de los documentos, formularios y solicitudes necesarias, había ido a visitar a uno de ellos, un tal Aphaebus Marlene, de la lejana Terraldía. Jan Farelian irrumpió en la mesa en la que se sentaban, dentro de una de las carpas que hacía de las veces de salones, y se sentó sin ceremonia alguna.

—Siento mi retraso —anunció, sin gesto de pesar—. Perus Tiss, guardaespaldas de la doctora.

—Bienvenido —saludó el otro con un acento demasiado familiar para él—, tome asiento, por favor.

—Tonterías —bufó la doctora, apartando la mano que el doctor Marlene le tendía al supuesto guardaespaldas—, el señor Tiss no es mi guardaespaldas, es…

El otro arqueó la ceja, suspicaz.

—En realidad, no estoy segura del todo de qué es. Se dedica a tomar apuntes, anotar cosas… creo que es amigo del capitán Milampere.

—Oh, entiendo, entiendo… Un notario, digamos.

—Algo así. ¿Quiere incorporarse a la conversación, señor Tiss?

—Con gusto, pero antes, ¿han dado orden ya para las consumiciones?

—Hace rato —indicó la doctora, señalando unos vasos vacíos—. Me temo que tendrás que pasar por esta vez sin refrescar el gaznate.

—Ni loco —se rió el otro, volviendo a sacar la petaca—. ¿Un trago, doctor?

Aphaebus Marlene negó con la cabeza, disgustado por los modales del acompañante.

—Hablábamos —trató de continuar, mientras seguía ignorando la petaca que le tendía el hombre, sonriente—, del camino de la evolución humana.

—Oh, sí. La doctora me ha hablado de algunos de sus experimentos, muy por encima, ya sabe, para que pudiera entenderlos.

—Le envidio, señor Tiss.

—Llámeme Perus, por favor.

—No recuerdo haberte hablado de mis pruebas —anunció ella con un tono de advertencia—, Perus.

—Oh sí, aquellas ya sabes, las de mejora de los rasgos… longevidad, reflejos, inteligencia…

—¿Puedes recordarme cuándo lo hice? —enfatizó ella para hacerle entender que no debía hablar de eso.

—Claro, ya sabe, aquella vez en Bukovia que…

—Oh, sí, ya recuerdo —atajó ella—. Y ahora por favor, deja hablar al doctor Marlene o tendrás que abandonar la mesa. ¿Entendido?

—Entendidísimo —se sonrió el otro con malicia.

El doctor no respondió de inmediato, atento como estaba a las frugales revelaciones del torpe ayudante. Saltaba a la vista que la doctora no había tenido ocasión de dar su exposición, pero que su tema prometía traer competencia a un campo disputado, porque ¿quién no quería mejores humanos? Si existía una patente que podía traer dinero ilimitado, era esa, sin lugar a dudas.

Jan no necesitaba leer los carteles de los ponentes para saber que aquel año ese sería el tema principal; no en vano la doctora se había centrado en aquello, y no por nada los marqueses invertían toneladas de dinero en que ella pudiese tener cuantas facilidades pudiese imaginar.

Al fin y al cabo, ¿qué era la ciencia sino una inversión? Había conocido a suficientes juntaletras, como el capitán les llamaba, para saber que ocho de cada diez estaban allí por más amor al dinero que al conocimiento, y que incluso aquellos que lo hacían por vocación, estaban sujetos a trabajar para el mejor postor, ya que la ciencia era cara y no se pagaba sola. Sí, así eran las cosas, aunque pocos se atrevían a hablar de aquel intrincado tabú.

—Pues mi investigación —comenzó a hablar el doctor tras un tenso silencio—, se basa más en los estudios de fertilidad de una especie que en los de mejorarla. Por eso la doctora y yo no tenemos problemas en compartir nuestros resultados, aunque reconozco que, pese a ser campos opuestos —se relamió durante un momento, mirando fijamente a la mujer—, me resultan igualmente interesantes, por así decirlo.

—El doctor Marlene —indicó la mujer, agradecida por poder cambiar de tema—, se ha centrado en una revisión histórica del pequeño continente de Terraldía, donde conviven trolls, humanos y los descendientes de los ponaturi, unos seres de pequeño tamaño y piel verde. Aparentemente, no hay documentación de estos pequeños seres hasta hace poco más de doscientos años. A partir de esa fecha más o menos, comenzaron a anotarse avistamientos, generalmente en

las zonas costeras, de comportamientos primitivos y uso de herramientas simples. En ocasiones se describen agresiones y esclavización de las otras razas de la isla hacia ellos, ante las que originalmente huían en bandada.

>>Con el tiempo, comenzaron a verse comportamientos algo más sofisticados: creación de herramientas algo más complejas, organización de las tareas, creación de pequeños puestos con barricadas… cosas sencillas. En los últimos diez años, estos seres pequeños se han establecido como una de las razas dominantes, han firmado alianzas, convenios de comercio y en fin, todo lo demás —atajó la doctora.

—Puedo ver por dónde van los tiros.

—Efectivamente. Si en doscientos o trescientos años han conseguido evolucionar hasta más o menos nuestra altura, está claro que esta raza tiene un gran potencial, y —matizó—, además constituye una amenaza. Una que no podemos permitirnos ignorar, además, aunque poca gente se preocupa de ello en el gran continente. En Terraldía nos sentimos abandonados, como si fuésemos una mera colonia.

El alquimista fue a decir algo, pero rápidamente cerró la boca. Terraldía era un continente bastante menor que Nacra, en muchos aspectos inexplorado, y desde siempre disputado por distintas razas nativas. Desde su punto de vista, la humanidad no pintaba nada en un territorio lejano y hostil. Era como colonizar un desierto; claro que se podía, pero la pregunta era, ¿para qué? En su lugar, se limitó a darle un trago a la petaca y asentir con una sonrisa encantadora en el rostro.

—El caso, es que he llegado a la conclusión de que estos pequeños seres, por una causa u otra, tienen una esperanza de vida muy corta, y además, hemos ejercido una presión selectiva sobre ellos al matarlos, esclavizarlos, avasallarlos… en fin, veo que me entiende, señor Tiss.

—Con claridad. Aquí todos los presentes tenemos experiencia en torturar y mutilar en nombre del progreso.

—Ahá —asintió el otro sin captar el sarcasmo.

—Está claro que no podemos retroceder a hace trescientos años y permitirles ser unos seres que se contentaban con la pesca y la caza de crustáceos, pero quizá podríamos aprender de ellos.

—Si no me equivoco —intervino el alquimista tras limpiarse la boca con la manga—, estos… descendientes de los ponaturi, como los ha descrito, creo haber leído que se dividían en castas. ¿Qué hay de cierto en ello?

—No lo sabemos con seguridad —admitió el otro—. No hay relatos de nadie que se haya adentrado en uno de los asentamientos de estos seres y haya vuelto, pero si nos fiamos de los relatos… lo que no deberíamos hacer muy a la ligera —enfatizó—, habría dos de estos

tipos de seres. Unos de menor tamaño, capaces de dialogar, actuar y pensar como cualquiera de nosotros, y otros algo más grandes, que serían poco menos que cómo decirlo…

—¿Esclavos bobalicones?

—¡Esclavos bobalicones! —Exclamó el doctor, a todas luces satisfecho con el término—. Es usted una persona con un vocabulario muy conveniente, señor Tiss.

—Le viene a uno con el trabajo de laboratorio.

El otro asintió contento, de nuevo incapaz de entender lo mordaz del comentario.

—Aphaebus —les interrumpió la mujer con su mejor tono—, Perus y yo deberíamos irnos. Hemos dejado al capitán Milampere en la tienda y creo que no se encuentra del todo a gusto en este ambiente.

—Ya… rodeado de juntaletras —se rió el otro, haciendo gala de un desdén imperecedero hacia sus compañeros—. No le culpo. Que tengan una buena tarde, doctora y señor.

* * *

El camino de vuelta hacia el tenderete fue tenso y silencioso. La doctora había perdido aquel halo de misterio que la envolvía durante su encuentro en el laboratorio, aunque Jan no terminaba de comprender qué era lo que había cambiado. A su criterio, aquella mujer era, con sus más y sus menos, una más entre aquellos juntaletras sin iniciativa. Con una capacidad superior a la media, de eso estaba seguro, pero vendida al que de un modo u otro había resultado ser el mejor postor.

Lo que le venía a la mente en aquel momento era, ¿habría sido él uno de ellos si no hubiese sido expulsado de la universidad? El pensamiento le causó un leve escalofrío; sólo de pensar que podría haber terminado confraternizando con un hombre como Aphaebus Marlene le ponía los pelos de punta, capturando o comprando esclavos para torturarlos, estudiarlos y, seguramente, viviseccionarlos. No era el primer hombre que conocía así, y en el fondo, sabía que era gracias a personas como él el que muchos conocimientos importantes llegasen al resto de la sociedad.

Aun así, no dejaba de ser un vendido, se contentaba con trabajar para un bien menor a costa de hipotecar el futuro; ¿De qué podían servir años de trabajo de un investigador en un campo si, el día de mañana, otro publicaba su mismo objetivo? De nada, por supuesto. Aquello les obligaba a competir en vez de colaborar. ¿Y si un investigador completaba su trabajo con éxito y su mecenas imponía un uso abusivo de su patente? De nuevo, no traería ningún beneficio a todos aquellos que no pudieran pagarlo.

Sí, el sistema funcionaba, pero lo hacía en el mismo sentido de siempre, y todos aquellos adalides del saber y cerebros al servicio del

progreso eran los artífices de aquella encerrona a medio plazo.

Pero no todo era negativo, al menos podían bromear llamando juntaletras a sus compañeros.

Sin dejar de caminar, dio gracias al cielo por no haber terminado su formación en su día; tendría que abrazar al doctor Calduim en cuanto le viese y agradecerle su negligencia y cobardía en el pasado.

—Hablando de Calduim —exclamó él, rompiendo el silencio y deteniéndose en seco.

—¿Perdón?

—¿En qué dirección queda la carpa de Pii?

La doctora no reaccionó rápidamente. Fue a decir algo, pero en su lugar se limitó a mirar al alquimista. Sus ojos expresaban urgencia, así que se limitó a señalar el lugar, indecisa. Algo en su mirada la había alborotado, y un frío profundo le recorrió el espinazo y la hizo trastabillar. Él la cogió al vuelo, tomándola de la cintura con delicadeza. Ella lo agradeció en silencio, pero se deshizo de la gentil presa al contemplar que en sus ojos aún refulgía la misma mirada.

—¿Todo bien? —se arriesgó la doctora, aún sintiendo el rastro del escalofrío.

—Todo bien. Esperaré a la ponencia —explicó él, como si aquello debiese dar sentido a la situación—. Estamos llamando la atención aquí, doctora. ¿Se tiene en pie?

—Eso creo.

—Pues a casa.

Capítulo 19

—Pensé que querrías ver a tu pupilo.

—Yo también lo pensé —replicó Jan, distante.

El capitán de la guardia no insistió. Junto a la doctora y al alquimista, que aún vestía su uniforme de mensajero, bebía té de una taza minúscula que desentonaba con sus manos grandes y fuertes.

—No puedo estar seguro de cómo reaccionará al verme —explicó el impostor—. Sabe suficientes cosas de mí para… bueno —dudó, buscando la palabra exacta. Se dio cuenta de que no existía una palabra adecuada para decirlo de forma bonita—, no querría dar lugar a un malentendido, y si me acerco de frente y sonriéndole después de estar tanto tiempo desaparecido, podría dar lugar a uno. Le he dado un par de vueltas, y creo que la opción menos mala sería abordarlo por sorpresa. Uno de nosotros lo droga, lo traemos aquí, le explicamos lo sucedido…

—Ían —le interrumpió el capitán—. ¿Te estás escuchando? Estás hablando de drogar a tu pupilo. A un crío.

—Tonterías. Seguro que hay críos en la universidad, pero te aseguro que ese chico es… un pequeño monstruo, por así decirlo.

—Le vi en una de las charlas —les interrumpió la doctora, alzando la voz—. La verdad es que es clavado a ti, Ían.

—Y ambos sabéis que clase de persona soy yo. Paraos a pensarlo un momento y decidme que no tengo razón.

No hubo respuesta inmediata, sólo el ruido de las pequeñas tacitas de té entrechocando y posándose en la mesa. Una de las mesitas sonó al ser posada con fuerza, y luego de nuevo al desequilibrarse y caer, vertiendo el té caliente sobre los pantalones del capitán.

—Dios —estalló el capitán—. ¿No había tacitas más pequeñas? ¿No hay vasos normales en este sitio de mierda? Joder.

—¿No quema? —se arriesgó la doctora, sin perder detalle.

—Arde.

—¿Y no piensa cambiarse?

Un aullido cortó el aire. Como un muelle, los dos varones se abalanzaron a la entrada de la tienda. A no más de cien pasos, algunas personas chillaban y otras comenzaban a agolparse formando un corrito junto a la carpa de Pii.

—Doctora —llamó el alquimista—, conmigo, por favor.

La mujer dudó. Se viró a mirar al capitán de la guardia, que le devolvía una expresión recelosa.

—Será mejor que te ayude yo, si vas a hacer algo Ían.

—Si voy a hacer algo —repuso el otro con apremio—, será mejor que no pillen al capitán de la guardia de Tsacovia ayudando a un prófugo.

El capitán no protestó en esta ocasión. Le indicó a la mujer que saliese del tenderete y, a su paso, volvió a cerrar el toldo que hacía las veces de puerta.

No le gustaba aquella situación.

* * *

Ya en la entrada del vistoso tenderete de la universidad, un hombre con un sombrero emplumado se debatía a puñetazos con una pareja de guardias, mientras otros dos observaban de cerca y trataban de mantener a raya a los curiosos.

—Suficiente —zanjó otro hombre, con un uniforme más rico y con varias insignias en el pecho. A diferencia de sus subalternos, que vestían casacas rojas de la casa del Bienaventurado, éste hombre lucía una suerte de armadura cosida sobre la prenda, lo que le dotaba de cierta presencia imponente—. Te presentarás ante la reina Caroline, vivo o muerto. Esta reyerta pueril termina ahora.

—Mira —susurró el alquimista desde lejos, sonriente—, mi hermana tiene a su propio Ardauz.

La doctora no le devolvió la sonrisa. Antes al contrario, le recriminó la gracia en aquella situación.

—¿No piensas ayudarle?

—Espera.

Desde el borde del círculo de curiosos, apenas sí se podía contemplar la acción, pero Jan Farelian no estaba tan interesado en verla como para abrirse paso hasta la primera fila. No con aquel guardia temible a punto de llevarse al que bien podría ser su doble.

—Os digo que no soy el hombre al que buscáis —insistió el prisionero, que ofrecía ahora las manos al capitán, dócil.

Éste arrugó la nariz, gruñó y cerró los grilletes.

—Estoy teniendo un dejavú —se relamió el alquimista—. Vamos a ver qué tal se las apaña nuestro pequeño Jan.

—¿De verdad?

—No podemos plantarle cara a esos guardias. Ni siquiera aunque tuviésemos a Ardauz, y además no podríamos abrirnos paso hasta fuera por el recinto de palacio y atravesar la ciudad. No por la fuerza, al menos.

—Ciertamente —habló el hombre acorazado, mientras agarraba al joven prisionero del mentón—, no te correspondes con la descripción

de Caroline… pero será ella quien lo juzgue en persona. En cualquier caso, se te acusa de atentado terrorista en Fonleau, de uso de la demonología en Corthis, más de una veintena de homicidios, entre los que se incluyen agravantes como la premeditación o el uso de venenos, de avispones, de perros, de…

—¿La ha llamado Caroline? —preguntó el alquimista sorprendido, alzando la voz más de lo que habría deseado.

—Hay rumores, ya sabes. De que el capitán y la reina… confraternizan. También los había entre Ardauz y Valeska, y ya ves que son falsos. No te confíes.

—No lo hago.

—…amenazas contra la corona —continuó enumerando el capitán —, suplantación de cargos públicos, exhibicionismo, alteración del orden, consumo y venta de sustancias no reguladas, evasión de tasas…

—Menudo coñazo —se quejó el alquimista.

El corrillo de curiosos se comenzó a dispersar, probablemente con una idea semejante. Mientras, los guardias comenzaban a abrir paso a empellones entre aquellos que se resistían a ceder al aburrimiento en un intento de llevarse al prisionero, que ya no se resistía.

—Es curioso cómo tanto él como yo reaccionamos positivamente ante un capitán de la guardia tras habernos pegado con sus subalternos, si te paras a pensarlo.

—No parece el momento de pararse a pensarlo, Ían.

El alquimista no protestó. Ciertamente, no parecía el momento de pararse a pensarlo.

Antes de darle tiempo a pensar en una réplica mordaz, alguien gritó de nuevo, aunque en esta ocasión fue un grito apagado, más bien un gruñido.

—¿Quién te piensas que eres? —balbuceó un hombre que se movía despatarrado en el suelo, sobre el prisionero de los grilletes. Firmemente agarrada, blandía una botella de ron sin ritmo ni sentido —. ¿Piensas que puedes venir aquí —continuó farfullando, mientras miraba al capitán de la guardia—, y llevarte lo que te dé la gana? ¡Pues no! No sin pelear.

El corrillo volvió a cerrarse en torno a los cinco guardias. Otro hombre bamboleante, este de mayor tamaño y envuelto en una pesada armadura, se abrió paso entre la multitud agitando una petaca con la que rociaba a cuantos eran demasiado lentos para apartarse.

—¡Aquí estás! —bramó el segundo, justo antes de apartar a un guardia de un manotazo y lanzarse sobre el montón.

Sin mediar palabra, los dos borrachos, uno sobre otro y ambos sobre el prisionero comenzaron a propinarse puñetazos, codazos y botellazos a lo largo y ancho del cuerpo.

—¡Ya basta! —aulló el capitán—. ¡Que alguien se lleve a estos dos!

Y cualquiera que se ponga en medio también será detenido y pasará una semana entera en los calabozos. ¡He dicho! —añadió alzando la voz, mientras propinaba un puntapié al montón de brazos y patas.

—¡Capitán!

Alguien empujó a un guardia, que trastabilló, trató de recuperarse y cayó.

El capitán se giró de improviso, pero alguien le empujó por su espalda y fue a dar sobre el montón de borrachos que aplastaba al prisionero.

—¡Quieren quitarnos la ciencia— gritó el alquimista, haciendo un gesto cómplice a la doctora—. ¡No lo permitiremos!

—¡No lo permitiremos! —repitió otra voz en algún punto del corrillo.

—¡No lo permitiremos! —se sumó la doctora Popolov.

El coro comenzó a corear la frase y a cerrarse sobre los guardias. Cada vez había más ruido y más caos, y cada vez se sumaban más curiosos y más guardias.

La reyerta, aunque estaba mediada sólo por insultos, gritos coreados y empujones, destilaba tensión, y conforme llegaban más personas, más se caldeaban los ánimos.

En el centro de la muchedumbre, el capitán de la guardia del palacio real de Tindarelha pataleaba y se intentaba levantar una y otra vez, sólo para dar de nuevo con su cuerpo en el montón de borrachos, que continuaban golpeándose e insultándose con inusitada viveza.

A no más tardar, algunos de los ponentes comenzaron a abrirse paso por la multitud, y con ellos, aquellas personas que habían acudido a escucharles.

En un visto y no visto, más de una treintena de guardias bloqueaba el acceso al recinto, y frente a ellos se acumulaba un muro de rostros enfervorecidos que gritaban y coreaban.

—Esto no pinta bien, Ían.

—No —concedió el otro, temiendo que en cualquier momento la guardia cargase contra la multitud—, probablemente no ha sido mi mejor idea. Y lo que es peor, se me está ocurriendo otra.

La mujer no preguntó; se limitó a tomar la mano de su acompañante para no perderse entre la multitud y se dejó llevar. La tensión no disminuía, y desde donde estaban podían ver mejor cómo se comportaba cada masa de personas.

A su costado, contra las torres del palacio, se ponía el sol, y desde fuera del recinto comenzaban a llegar guardias montados de aspecto nervioso.

—No, no pinta nada bien. Pero sé positiva; al menos ya no estamos allí.

La mujer asintió, por una vez de acuerdo con el conflictivo

alquimista.

—¿Tienes una pluma?

—¿Perdón?

—Que si llevas una plumilla encima, Catalina. Necesito una pluma, una mala si puede ser.

—No entiendo…

—Esta es una oportunidad única.

—¿Para qué?

—No quieres saberlo. Ve, vuélvete a la tienda.

La mujer comenzó a buscar entre los pliegues de su ropa mal combinada.

—Esta plumilla era de mi padre.

—¿No tienes otra? —gruñó él. Ella negó con el rostro, así que se limitó a resoplar, resignado, y desarmó el instrumento ante la atónita mirada de la mujer. Luego rebuscó entre sus propios bolsillos, sacó un pequeño frasco cuyo contenido era un líquido rojizo de olor férreo y remojó dentro la plumilla, de forma que quedase cargada de aquella sustancia. Recogió una pizca de tierra, la amasó con un poco de saliva e incrustó dentro la plumilla, mientras la doctora continuaba observándole.

Sin mediar palabra, le indicó a la mujer que le siguiera, y acto seguido comenzó a escabullirse entre los tenderetes, con la plumilla aún en la mano.

Tras pasar el último tenderete, se escabulleron entre el muro de cipreses.

—Cuidado con el rostro —farfulló él, tratando de abrirse un camino entre las ramas del seto.

Desde donde estaban casi podían tocar a los guardias montados que bloqueaban la entrada al recinto. Antes de hacer nada, Jan se giró para asegurarse de que la doctora no estaba teniendo problemas para llegar hasta allí, pero sorprendentemente se había abierto camino sin mayor dificultad que algunos arañazos en su rostro pálido.

El alquimista respiró con profundidad una, dos, tres veces. Luego metió el terrón con la plumilla en el cilindro de la pluma, se lo llevó a los labios como si fuese una simple cerbatana y sopló.

El proyectil apenas hizo ruido, como era propio en las cerbatanas, y se clavó en el lomo de uno de los animales, que se puso de patas y relinchó quejumbrosamente.

Antes de que nadie pudiese preguntarse qué había pasado, ellos ya habían desaparecido de entre los setos.

* * *

De vuelta en el corrillo, el capitán ya se había resignado y ya no intentaba levantarse. Más allá de aquello, la multitud había cambiado el eslogan inicial por una serie de consignas que iban sucediéndose

una a otras, mientras los guardias se limitaban a observar desde la entrada.

Con todo, la idea de un bando cargando contra el otro parecía cada vez más improbable.

Uno de los ponentes más jóvenes se abrió paso hasta el capitán de la guardia y le tendió una mano para ayudarle a levantarse.

—¿Qué significa esto, capitán? —le instó con abierta hostilidad mientras le golpeaba el pecho con su dedo índice.

El capitán, mucho más alto, más ancho y más fuerte que el joven, languideció momentáneamente, probablemente más afectado por el conjunto de la situación que por aquel hombrecillo que le golpeaba el pecho.

—Me ocuparé personalmente de que el órgano regulador y la reina sepan de esta agresión contra mis guardaespaldas. Mierda de guardia —añadió, tendiendo una mano a los dos hombres que estaban tumbados bajo el capitán, que se levantaron con agilidad, se inclinaron con ceremonia y se fueron con paso firme—, siempre abusando de los demás.

—Pero el prisionero…

—¿Cuál? —le espetó, mirando al mismo punto del suelo al que miraba el capitán—. Yo no veo ningún prisionero aquí. Sólo un guardia tirado sobre dos hombres, apestando a alcohol, y un corrillo de personas aullando alrededor. Menuda vergüenza.

Algunas personas rieron en el corrillo de curiosos. La guardia montada comenzaba a retirarse, y así lo hacían también algunas personas, perdido el interés que confiere la cercanía de una batalla campal en ciernes.

—Atenta —susurró el alquimista, señalando a un grupo que se retiraba con discreción. ¿Quiénes son esos?

—Un grupo itinerante. Los itinerantes del Linde este, puede ser, no lo sé. Esos grupos nunca pasan del convenio bienal —añadió ella con cierto desdén.

El alquimista le faltó tiempo para echar a caminar a paso rápido tras ellos. Sin embargo, no entraron en la tienda, sino que la rodearon y se perdieron entre unos arbustos. El alquimista se detuvo de súbito, señalando una sombra anómala en la cercanía.

—Parece que hay mucha gente interesada en Jan Farelian—se rió, indiferente a si aquello serviría a la doctora de explicación para lo que estaba sucediendo—. Esperaremos.

Ella asintió, aparentemente satisfecha con las instrucciones.

—Salvo que quieras volver con Ardauz. Estoy seguro de que no le importaría tenerte cerca mientras me esperáis.

Ella se revolvió, sonriente pero aparentemente incómoda, lo que también le sacó una sonrisa a él.

—Y hablando del rey…

—No puede ser —bufó la doctora, señalando al capitán de la guardia de Tsacovia que echaba a andar con el pecho firme y la espalda recta tras el tenderete de los Itinerantes—. No será tan idiota.

—No es idiota. Sólo… impulsivo. Al menos no era idiota cuando viajaba conmigo. Quizá tú le has idiotizado, ya hablaremos de eso.

—¿Y ahora?

—Ahora…—empezó a susurrar—. Ahora, es nuestro turno de ser así de idiotas. Última oportunidad de dar la vuelta, Cata.

La mujer se rió, nerviosa, y echó a caminar tras la tienda, tratando de no llamar la atención.

* * *

Tras el tenderete de los Itinerantes, mediante enrevesado acceso a través de unos arbustos destrozados, se encontraba ni más ni menos que un segundo tenderete adosado al principal. De dimensiones modestas y carente de mobiliario alguno, los presentes apenas sí podían estar en pie sin rozar la lona con la cabeza.

—Así que tú eres Jan Farelian —habló el erudito que había llamado al orden al capitán de la guardia.

—He dicho mil veces que no lo soy —replicó el otro.

—Ya, bueno…

—Este caballero no es Farelian —le interrumpió el primero en abalanzarse sobre el capitán, un hombre alto y de porte afeminado—. Le vi un par de veces y no se parece más que en la actitud, si acaso.

—¿Estás seguro?

—Ahá —asintió el de la pesada armadura—. No es él.

—Hmm… Está bien, es tu turno para hablar —se dirigió al prisionero el primero de los tres—. Si no eres Jan Farelian, pero estás en su equipo de trabajo, vistes sus ropas y expones su investigación… ¿Un imitador?

El joven dudó. No era la primera ni la segunda vez que había dejado pensar a otros que él era Jan Farelian en persona; para algunos, poco menos que una leyenda viviente.

Un zumbido les sobresaltó a todos, en un abrir y cerrar de ojos una figura se materializó en el centro de la reducida carpa y desenvainó con ímpetu, rajando el techo.

—¡Liberad al señor Farelian o rendid cuenta con vuestras vidas! —exclamó con un aire teatral. Pese a todo, su rodilla flaqueó, rompiendo la atmósfera de superioridad.

Los tres anfitriones echaron mano de forma instintiva a la cintura o a la espalda, en busca de un arma que no habían podido llevar encima durante su estancia por el recinto del convenio.

Aun así, se miraron, los tres a una y asintieron, dispuestos a reducir al asaltante en combate singular. Un trozo de lona se descolgó y cayó

sobre el erudito, deteniendo momentáneamente la acción.

—¡Entregad al doctor de Cabbery! —aulló, para sorpresa de todos y desde la entrada, un enfervorecido Ardauz Milampere, haciendo una entrada magistral mientras agitaba violentamente un pedazo de arbusto que había sido arrancado de cuajo, con raíces y hojas.

Antes de dar tiempo a reaccionar a ninguno de los presentes, el capitán de la guardia golpeó en la espalda al asesino, que aún sostenía en alto su arma. El impacto lo derribó con facilidad y fue a dar con sus huesos no sobre el suelo farragoso, sino sobre el desafortunado Alexei.

Los tres propietarios de la tienda le miraron sin entender; el más joven, el erudito, levantó las manos de forma pacífica, dando a entender que no era un enemigo del capitán de la guardia, que miraba a uno y otro lado sin encontrar aquello que buscaba, el arbusto aún en alto, la posición amenazante.

Un fuerte soplo de viento hizo bailar la lona suelta y la entrada del tenderete. La llama del farolillo que iluminaba la reducida estancia se extinguió, y un momento después, la figura de un tercer extraño se recortaba contra la entrada, a espaldas del capitán de la guardia.

Sin llegar a formular palabra alguna, echó a un lado al capitán, que se fue al suelo incapaz de reaccionar. El desconocido avanzó con seguridad hasta casi tocar a los tres anfitriones del desafortunado tenderete, que continuaban inmóviles a las órdenes del erudito.

—¿Dónde está? —exigió el último de los transgresores con un fuerte acento.

En la oscuridad que poblaba el reducido espacio, con las lonas del techo ondeando al viento y con más hombres desparramados por el suelo que en pie, nadie alcanzó a formular una respuesta.

—¡Aquí! —habló, para sorpresa de todos, el verdadero Jan Farelian, que se dibujaba ahora contra la entrada de la ruinosa tienda, sosteniendo de la mano a la doctora—. Y he venido con tiempo para satisfacer a todos, aunque antes será mejor que nos pongamos en pie, nos limpiemos el barro y las heridas y soltemos las armas y arbustos. Después, podemos charlar un rato —añadió, esbozando su mejor sonrisa.

En la oscuridad artificial del lugar, nadie alcanzó a distinguir su expresión, pero de alguna forma todos sabían que el alquimista sonreía de oreja a oreja.

* * *

Con el paso de las horas, el pabellón que hacía las veces de taberna no sólo ganaba parroquianos, sino que hacía más fácil el hablar a voz en grito sin temor a estar siendo escuchado; con las suficientes cervezas encima, hasta el más formal de los eruditos disfrutaba de una buena pelea verbal con los investigadores de otra región. Así, pronto pasaron de ser la mesa más grande del lugar en la que se agolpaban

unos individuos de lo más variopintos para hablar en susurro a ser uno más de los grupos que reían, gritaban e insultaban o lanzaban comida a sus convecinos de otro reino.

Pese a todo, las presentaciones formales habían durado poco y habían sido escuetas e insuficientes. Con un brazo sobre el hombro de la doctora y otro sobre el capitán de la guardia, Jan Farelian no podía evitar mirar de reojo al que fuera su aprendiz en Pii, que le observaba con un tinte de acidez cada vez que se creía libre de la atención de su maestro. A su lado, el asesino cojitranco miraba a todos los presentes con desconfianza.

Por su parte, los tres dueños de la tienda charlaban animadamente con Ardauz Milampere y el tercer desconocido, que había resultado ser un hombre enmascarado que respondía al nombre de Antoine Konvalore y aseguraba tener una grave enfermedad de la piel, razón por la que ocultaba su rostro. El alquimista no podía menos que sonreír ante tan dantesca escena, mientras se forzaba a disfrutar de aquel momento para estar listo para lo que llegase después.

Al lado del joven Alexei, Abib se frotaba el cuello con expresión de estar sufriendo un fuerte dolor mientras observaba con recelo al capitán Milampere, responsable de su última lesión. Al alquimista no se le pasó por alto que, además de aquella y de la rodilla que ya le fallaba desde el momento en que se había dado a conocer, tenía una mano vendada y un moratón en un ojo.

—Así que me dije "eh —habló el barón Konvalore, mientras se giraba hacia el distraído alquimista—, qué clase de amigo sería si supiese que están haciendo daño a mi buen amigo, el doctor de Cabbery"? Y entré sin pensar, claro. A partir de ahí vi a este tipo enarbolando… bueno, enarbolaba algo con furia, y había gritos, y no se veía nada. En fin, que os voy a contar.

—Se queda como una anécdota para el futuro —añadió la doctora—. Me habría gustado entrar sólo un poco antes.

—La tienda entera se habría ido abajo —aseguró el más joven de los ponentes—. Por cierto, es un honor conocerles, doctora Popolov y… de Cabbery —añadió, arqueando una ceja—. Leí muchos artículos de ambos en su día.

—Seguro que todos habéis leído mucho de todos —le interrumpió el hombre de pelo blanco—, no estropees la cena con charlas de juntaletras.

El joven ponente asintió, aunque les dirigió una mirada significativa a sus compañeros de profesión: dejaría la "cena" tranquila, si acaso se le podía llamar cena a aquello, pero a ellos no les dejaría ir tan fácilmente.

El alquimista le sonrió con tranquilidad y volvió a mirar a Alexei, que clavaba sus ojos en su rostro como quien clava un cuchillo

caliente en una onza de mantequilla.

—Podríamos reunirnos en otro momento, los juntaletras —añadió, incómodo—. Hace tiempo que no he podido ver a Alexei, pero estoy seguro de que ha hecho avances dignos de mención desde entonces. Sería interesante un soplo de aire fresco.

—Me encantaría —repuso la doctora demasiado rápido, para gusto del alquimista.

El ponente de los Itinerantes se limitó a asentir con desinterés. Claramente, no consideraba al aprendiz a la altura de la situación, ni siquiera cuando muchos no habían notado la diferencia entre el trabajo de uno y otro.

—Mi nombre, en cualquier caso —volvió de nuevo a la carga el más joven de los investigadores—, es Garibehlo de las Manchadas.

—Gari para los amigos —acortó el peliblanco.

—Un placer encontrar a un compañero de profesión con la mente despierta —apreció el alquimista, tratando por enésima vez de redirigir la conversación—. No reconozco tu rostro de nuestra pequeña… reunión, por así llamarla, en Corthis.

—Garibehlo es un antiguo miembro que tomó su propio camino hace tiempo. Y ahora… Bueno, ya veremos lo que pasa ahora. De momento nos estamos ganando nuestro sueldo como escoltas. Poco a poco.

El alquimista asintió, satisfecho por la respuesta. Se le hacía raro ver a los dos paladines en aquella situación, rodeados de científicos y de personas con las que poco o nada podían tener que ver.

—Es agradable ver que el espíritu sigue vivo —apreció Jan—. Pasé no hace mucho por el Dragón dorado, buscaba a Danel para hacerle una consulta, pero…

—Me imagino lo que te dirían —le interrumpió el de la pesada armadura.

—Nada digno de mención, aunque el lugar ya no es lo que era, para mi gusto. También me gustaría saber qué se ha hecho del edificio Prahlini—habló el alquimista, dirigiéndose ahora hacia su antiguo aprendiz—, aunque quizá sea mejor hablar de ello con calma en otro momento.

—No hay nada de qué hablar —respondió el otro con el gesto contraído por la rabia—. Nada.

—¿Y si quisiera dar una explicación?

—¿Quieres?

—Pero no puedo —se sonrió—. No aquí, al menos.

Alexei golpeó la mesa con fuerza y se levantó con ímpetu. El viejo asesino lleno de moratones se levantó también sin mediar palabra.

—Abib —le llamó el alquimista, aún pasando los brazos sobre los hombros de la doctora y del capitán de la guardia—. No tienes por qué ir con él, amigo. Tú me ayudaste una vez. Deja que te devuelva el

favor, sin moratones, ni cortes…

—Tú tuviste tu oportunidad —habló él, mientras se apoyaba en la pesada mesa para ponerse en pie—. Alex ha sacrificado sus propios fondos para poder ayudarme a pagar mis deudas. Es él quien ha luchado por mantenerme con vida desde el primer día, en vez de instarme a esconderme bajo tierra.

—La verdad —concedió el otro sin alterarse—, eso suena a algo que yo haría. Así sea, entonces, mis mejores deseos para ambos. Y ahora —habló, dirigiéndose de nuevo al resto de los comensales, que escuchaban con renovada atención—, ¿alguien sabe algo de unos pedruscos blancos que hacen mutar a todo lo que los rodea?

Los rostros del ponente y sus guardaespaldas se retorcieron sensiblemente, saltando a la vista que no les era del todo ajeno.

Por su parte, Antoine Konvalore se permitió soltar una pequeña risotada tras su máscara de latón.

Sí, de aquella pequeña cena a base de vino y cerveza iba a salir más información útil que de muchos de los mítines de aquel día juntos, y aquello les causaba no poco regocijo.

* * *

—Ían —habló la doctora, sonriente—, no deja de asombrarme tu capacidad para hacer amigos.

—Y enemigos —añadió el capitán de la guardia, que caminaba sólo gracias a la ayuda del alquimista.

—La mayoría de la gente es sencilla, doctora. Uno no puede saber qué piensa otro, pero puede tratar de pensar qué hace allí, cómo se comporta y por qué o para qué lo hace. Con esos simples pasos suele ser más que suficiente. Otras veces basta con preguntar —añadió sonriente.

El grupo caminaba con lentitud hacia el tenderete de la doctora. La charla sobre los llamados “pedruscos” giró más sobre cuáles podían ser sus posibles usos que sobre qué eran y de dónde venían, que por alguna razón, era lo que más inquietaba al alquimista. De algún modo, no pudo evitar acordarse de los estragos presenciados en el bosque de la Falkeira baja. Con todo, saber que no era el único erudito que había puesto su atención en ellos era información de interés, y aunque había esperado poder obtener algo de información sobre los problemas de la Hermandad en la sede de Las Quemas, al menos fue una ocasión para charlar con sus iguales sobre algo que le resultaba verdaderamente interesante.

Aquello le dejaba, sin embargo, una nueva preocupación: si quería recuperar información sobre la base de Las Quemas, tendría que convencer al personal del edificio Prahlini de que se lo concediese; no olvidaba la charla con Laen sobre cómo su equipo le había ayudado con el problema.

—¡Jailith! —gritó una voz anciana, desgastada.

El alquimista se giró, sólo para ver cómo un hombre maltrecho corría hacia él con los ojos desorbitados—. ¡Embaucador, ladróóón!

El anciano tropezó y cayó antes de llegar hasta él, aunque aquello no le ayudó a sentir mejor. El alquimista no había visto a aquel hombre en su vida, y tampoco conocía a ninguna Jailith.

Un hombre apuesto se personó junto al anciano, le ofreció una mano para levantarse y le miró fijamente a la cara durante unos momentos. Luego susurró algo, y el anciano echó a caminar por donde había venido, el paso torpe y la vista perdida.

—Jan Farelian en persona —le saludó con aplomo el que había ayudado al anciano.

El alquimista sonrió con calidez, reconociendo a Milaine, el afable aprendiz de mago. Junto a él, el enano barbiblanco Gamblid hacía acto de presencia, combinando con notable maestría una sonrisa ancha con un rostro de pleno desagrado.

—¡Quién iba a ser sino! —habló el enano, aún manteniendo una afable sonrisa.

—Es agradable verte, amigo. Aunque sea tras el revuelo de esta tarde con la guardia y tras… esto.

—No he tenido nada que ver con el primero, y ni siquiera conozco a ese viejo chiflado —aseguró él, consciente de su escasa credibilidad.

—Estoy seguro de ello. Gam estaba dando una charla sobre sus nuevos inventos.

—Estoy seguro de que este año se subastarán mis planos por todo lo alto —aseguró éste mientras se mesaba la barba—. Nada de paralluvias esta vez, sólo lo mejor de lo mejor, unas prótesis que son lo último de lo último de lo último en una hermosa sintonía entre finas piezas de metal y pedruscos de todos los colores, cortesía de mi apuesto acompañante. Pero no hablemos de trabajo, Fharrel. ¿Has cenado?

—No es seguro que me llaméis por ese nombre.

—¿Que no? —se rió el enano—. Pero si están todos borrachos o dormidos, mira: ¡Jan Farelian! —aulló, risueño—, ¡Yo soy Jan, Jan, Jan, Jan Fareliaan! ¡Fharrel, Fharrel, Fharrel!

Algunos extraños se rieron desde las sombras, otros gruñeron y los más, sencillamente les ignoraron.

—A nadie le importa —terció el enano—, no pongas esa cara. ¿A qué te dedicas, amigo? ¿Has venido a visitar a tu querida hermana?

—No sólo. En realidad, llevo algunos días pensando en si merece la pena.

El aprendiz no respondió de inmediato; le palmeó la espalda y sonrió.

—Es bueno saber que te estás parando a pensarte las cosas. ¿Qué

pintas por aquí entonces, si no es meterme en asuntos que no me conciernen?

—Pues se me han juntado varias tareas, en realidad. Por un lado, he venido a acompañar a la doctora Catalina Popolov, una conocida cercana a la que admiro… y por otro —dudó—… en realidad, Mil, creo que vas a tener la suerte de ayudarme con un pequeño favor.

—¿Por qué no me extraña? —El hombre le palmeó un hombro, alegre.

—Siempre has sido un chico despierto. Si hubiese tenido un aprendiz como tú…

—Yo me voy a acostar —les interrumpió el enano, que ya echaba a caminar hacia su tienda—. Mañana en pie temprano, Mil. Hagas lo que hagas, no lo olvides.

Milaine Artiger asintió con seriedad, y cuando el enano inventor se perdió entre las sombras del recinto palaciego, se giró de nuevo hacia el alquimista con una expresión de picardía.

—El caso —comenzó a explicar el otro, consciente de que su viejo amigo estaba dispuesto a ayudarle casi incondicionalmente—, es que me he dejado la tienda cerrada por dentro y no sé dónde puedo tener las llaves, y…

—¿A quién quieres robar y por qué?

—Te lo explico por el camino.

Capítulo 20

Tras una breve parada en la tienda de la doctora para abastecerse, Jan Farelian echó a correr por el recinto palaciego en pos de su amigo, que le esperaba ya en las cercanías del tenderete de Pii. Desconocía cuántas personas había en su interior, aunque estaba convencido de que aquellas que le reconociesen no se alegrarían de verle.

—Así que —trató de resumir el hechicero—, ¿este chico era tu antiguo aprendiz, pero ahora te rechaza y quieres recuperar tus estudios?

—Resumiendo mucho, sí.

El otro meditó sus palabras durante algunos segundos. Si llegó a alguna conclusión, se aseguró de no dejar entrever su opinión al respecto.

—Es agradable volver a verte, Jan. Y aunque sea en estas condiciones, tienes… mejor aspecto que la última vez. Deja que investigue los alrededores, no queremos sorpresas desagradables.

El alquimista asintió en silencio y contempló al joven echar a caminar hacia lo oscuro. Antes de que su figura se perdiera por completo en la noche, el alquimista habría jurado verlo disolverse en un jirón de bruma, aunque unos pasos lo sobresaltaron a su espalda.

—Antoine de Konvalore —se rió el alquimista—. ¿Cuántos nombres usas?

—Qué más da —respondió el enmascarado, sentándose a su vera—. Sólo son nombres. ¿Has encontrado ya a Jan Farelian? Necesito…

—Jan Farelian está ocupadísimo ahora mismo—le cortó él sin ningún tacto.

El otro le miró desde detrás de la máscara, que le dejaba una mejilla a la vista, y esperó.

—Si le ves, hazle saber que la reina Caroline insistió fuertemente en ser la anfitriona de este evento. De hecho —añadió, como si estuviese inseguro de hasta qué punto era prudente hablar—, se dice que inicialmente iba a celebrarse en una de las islas, pero la reina se… aseguró, por así decirlo, de tener todas las de ganar. No reparó en medios.

—Hay quien diría que la reina alberga intenciones deshonestas.

—Efectivamente. Si le ves, dile que tenga cuidado.

—Sólo tengo una pregunta. ¿Cómo te las apañas para seguir a… este Juan Farelian del que tanto hablas? Estoy seguro de que él no te ha dicho a dónde va en cada momento.

—No le sigo —se rió abrumadoramente—, me anticipo. En cualquier caso... Hmm —rumió disgustado—, tu amigo está a punto de volver. Será mejor que me marche, de Cabbery. Que disfrutes de la velada.

—Que tengas una buena noche, Di Catto.

El otro sonrió de nuevo, dejando entrever el gesto a través del pedazo de cara sin cubrir. Luego hizo una breve reverencia y desapareció en la oscuridad, incluso con mayor facilidad de lo que lo había hecho el joven aprendiz de mago.

Para disgusto del alquimista, con todo, Milaine no apareció inmediatamente, y a pesar de la hora, aún quedaban personas en pie en el recinto palaciego, y aunque el ir y venir era irregular, los pasos en la cercanía o los borrachines que daban algún grito de cuando en cuando le sobresaltaban.

—¿Jan?

—Aquí estoy.

—No he encontrado ni rastro de tu aprendiz. Pero en ese tenderete hay mucha gente. Y hay algo en unas jaulas… algo que no me atrevía a anticipar como personas. No he mirado bajo la manta que las cubría, pero es un lugar extraño. No he percibido nada bueno allí.

—¿Has percibido alguna entrada?

El otro soltó una carcajada, meditó un momento y se sentó en el suelo a su lado, en el lateral opuesto al que lo había hecho el enmascarado.

—Te voy a ser sincero, Jan. Todo esto me da muy mala espina. Si algo sale mal, yo puedo esfumarme, y supongo que es lo que haría llegado el caso, pero tú…

—Me las puedo apañar, te lo aseguro.

—Te creo. El problema es que te creo. No me gustaría tomar parte en un baño de sangre. Yo estoy aquí para cuidar de Gamblid, y cuando vuelva, tengo que seguir con las pequeñas, y no quiero problemas con la ley para ninguno de ellos, ni… nada. ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—Vale. Una cosa más.

—Soy todo oídos —aseguró el otro, tratando de inspirar confianza. Sin embargo, su pérfida sonrisa pícara salía a flote casi automáticamente, restándole seriedad.

—Necesitas hacerte con una forma de escape. Una vitela de ilusiones, un doblón musí, un salvaconducto arcano… cualquier tontería de esas.

—Tengo métodos de escape —reiteró—. Y ahora, vamos. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Pégate a mí. Mientras no te separes, todo aquel que esté a más de dos pasos no podrá vernos… prácticamente. Además, prepararé un conjuro de tranquilidad. Si no están muy centrados en algo, puedo intentar dormirlos.

—Todo suena demasiado condicional para mi gusto, pero en fin, es lo que tenemos. ¿Estamos listos?

—Dímelo tú —se carcajeó su amigo.

* * *

A pesar de la seguridad relativa que les brindaba el cobijo arcano, decidieron esconderse tras la tienda hasta asegurarse de que no quedaba nadie en pie. Pasaron algún tiempo sentados en silencio hasta que, finalmente, el aprendiz de mago indicó que se acercaba el momento.

El joven murmuró algunas palabras y realizó algunos gestos en el aire, aún manteniendo las distancias. Sólo cuando se aseguró de que todo estaba en orden le tendió la mano a su compañero, que la aceptó no sin cierto recelo.

Trató de olvidarse lo mucho que odiaba la magia y lo mal que le había ido en las últimas semanas cada vez que había hecho caso a un hechicero. Aun así, tardaron menos en entrar de lo que él necesitó para deshacerse de aquellos recuerdos; la imagen del aterrorizado druida siendo engullido entero en el claro del bosque le causó un desagradable escalofrío, y aquella familiar sensación de frío intenso se hizo notar una vez más.

Su acompañante se giró, alarmado, pero al contemplar que todo iba bien se limitó a fruncir el ceño y continuar.

En el interior del pabellón se esparcían una serie de camastros y literas de aspecto poco convincente. El alquimista no se paró a inspeccionar los rostros desencajados de los durmientes, en parte porque su acompañante no le brindaba la oportunidad.

Anduvieron hombro con hombro como un torpe siamés hasta dar con la mesa más grande del lugar. A su alrededor había varios asientos y por toda su superficie se esparcían una suerte de planos, notas y cálculos de todo tipo. La pareja se detuvo junto a la mesa, y el alquimista, sin detenerse a mirar qué tipo de documentos se estaba llevando, comenzó a amontonarlos en un saco de aspecto basto.

Cuando hubieron terminado con la mesa mayor, se dirigieron hacia un estante con cajones que se dejaba ver junto a las jaulas tapadas, y como en el caso anterior, se prestó a vaciarlo con premura sin dejar un solo papel en su lugar de origen.

Acto seguido se agachó para tratar de ojear lo que había tras la manta, pero su acompañante le dio un fuerte tirón antes de poder llegar a ver nada más que unos enormes y grotescos pies vagamente humanos

Oteando en rededor, encontró el camastro del anciano profesor Calduim, y nuevamente se dirigió a la bolsa que colgaba junto a su cabeza y se la echó directamente la espalda.

—¿Está bien dormido? —susurró, casi sin voz el alquimista. Su acompañante se concentró durante un instante y asintió.

Antes de que el joven mago pudiera tirar de él, se inclinó sobre el anciano profesor y sacó algo de su propia bolsa.

Cuando se retiró del hombre durmiente, Jan Farelian invitó a su acompañante a observar el resultado: dos gruesas líneas negras cubrían las cejas del hombre, dándole el aspecto de un búho barbudo.

El aprendiz frunció el ceño y miró fijamente al alquimista. Luego, se volvió al anciano, y finalmente al alquimista.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos hombres se encontraban riendo fuertemente lejos de la tienda, aún al cobijo de la espesa oscuridad.

—Eres incorregible, Jan —le reprochó el otro, aún tratando de contener la risa sin éxito.

—Te agradezco mucho lo que has hecho. Yo…

No terminó la frase. Habían esperado demasiado tiempo como para que aún hubiese borrachines yendo y viniendo. Y además, los borrachines no iban y venían en grupos; no los que aguantaban hasta entrada la madrugada en pie.

—Desaparece, Mil. Ya has hecho suficiente por mí.

—¿Estás seguro? Se diría que…

—¡Desaparece!

El aprendiz de mago no se hizo de rogar. En un abrir y cerrar de ojos, la figura del joven ya no era más que un bruma oscura en la densidad de la noche. Escuchó los pasos dispersarse y una voz femenina dando instrucciones. Sabía que habían venido a por él y que las fuertes risas habían delatado su posición. Con seguridad, los pasos que se separaban del grupo ya estaban yendo a cercar las posibles zonas.

Trató de poner en orden sus últimos recuerdos y de recordar jugadas magistrales para huir de un lugar sin la ayuda de una multitud en la que esconderse… sin éxito.

Presa de una fuerte ansiedad, corrió a ejecutar su plan de emergencia: cerró los ojos y embistió contra los setos más cercanos. Con suerte, lograría pasar desapercibido. Sin ella, pasaría a la historia como una de las detenciones más ridículas de los guardias del palacio.

Contuvo la respiración hasta que fue capaz de relajarse, y sólo entonces se permitió empezar a intentar interpretar lo que decían las voces, que resultaron ser simples y decepcionantes instrucciones.

Por otro lado, nadie pasó junto a él durante algún rato, lo que constituía un leve consuelo. Las pisadas no se alejaban demasiado, sin embargo, y aquella situación pronto empezó a durar más de lo que le

habría gustado.

La idea de intentar conciliar el sueño en el seto se le antojó la menos catastrófica de cuantas tenía a su alcance, pero sabía que si se quedaba allí, era cuestión de tiempo que alguien diese con él, y apenas unos pasos más hacia el interior del seto se encontraba el sólido muro que cercaba el recinto palaciego.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó una de las voces.

—El prisionero dijo que le había dado su uniforme —respondió otra más lejos—. Aunque a estas alturas podría estar vestido de cualquier cosa, según el informante. No bajes la guardia.

El alquimista maldijo por lo bajo; casi todas sus opciones requerían a sus perseguidores con la guardia baja. Se tanteó la bolsa que llevaba a la espalda y su propio cinto de mensajero, en el que sólo llevaba un par de bolsitas y un botellín. Ninguno demasiado útil para hacer frente a un guardia, por no decir a una docena de ellos.

La bolsa del profesor Calduim no era mucho más esperanzadora, y en la oscuridad de la noche, que se reforzaba dentro del arbusto, era difícil distinguir qué era cada cosa.

Encontró una bolsita pequeña, se chupó el dedo y lo rebozó en su interior, pesaroso. Él no era partidario de meterse sustancias químicas en la boca, pero a falta de luz y en la humedad que desprendía aquel lugar, no le quedó otra que chupar el dedo rebozado de sustancia misteriosa. Al fin y al cabo, si de algo podía presumir era de haber respirado, manipulado y, por qué ocultarlo, tomado más sustancias de las que habría sido prudente en sus múltiples laboratorios. Su olfato y su gusto eran, para bien o para mal, dos sentidos excelentemente desarrollados.

Tras saborear el producto durante unos momentos, decidió que casi, casi seguro, aquella bolsita contenía un relajante bastante potente, y algo le decía que lo que hubiese en las jaulas lo echaría mucho en falta por la mañana. Sin algo que usar como proyectil o una multitud en la que esconderse, sin embargo, la posibilidad de usarlo contra uno de los guardias se antojaba terriblemente quimérica.

Rebuscó de nuevo en sus bolsas; el frasquito que tenía no era más que un fuerte laxante con base de alcohol que había considerado divertido echar en la cantimplora de su aprendiz, si acaso se topaba con ella durante su incursión a la carpa.

Se sonrió, a pesar de la situación, al pensar en la idea, y en apenas un momento ya se disponía a dar forma a su plan. Se arrancó un buen pedazo del ya destrozado uniforme de mensajero y lo humedeció ligeramente con el laxante. Sin perder tiempo, lo espolvoreó con el relajante y lo tiró al suelo, cerca del arbusto.

—Cuuuh-cuuuuh —aulló, sin conseguir pasar por ningún animal remotamente real—. Miau miaaau.

El resto fue sencillo. Uno de los hombres que patrullaban por el lugar se terminó acercando a la zona, y más pronto que tarde dio con el pañuelo, lo recogió y se puso a observarlo con calma.

El alquimista, apenas a dos palmos de él, podía contemplar cómo el guardia se debatía en si era o no adecuado olisquear aquel trozo de paño mojado.

Tras unos segundos que se tornaron interminables, el hombre se lo acercó un poco más al rostro, adoptó una expresión de concentración extrema y lo dejó caer de nuevo al suelo.

—Bah —bufó, con desdén, mientras encogía los hombros—, habrá sido el viento.

Jan Farelian clamó a todos los cielos e hizo acopio de fuerzas para no salir del arbusto y tratar de derribar al hombre por sus propios medios.

Su primer plan no había funcionado, pero al menos tampoco le habían descubierto.

Se serenó y trató de perfeccionar su estrategia, ya que era la única que se le había ocurrido.

—Que alguien patrulle por allí —resonó una voz fuerte, que el alquimista reconoció como la del capitán de la casa del Bienaventurado.

No le entusiasmaba saber que aquel hombre dirigía la búsqueda, y si habían sido lo suficientemente astutos para buscarle en la noche, cuando sabían que él actuaría y no podría camuflarse entre la multitud, con seguridad tendrían gente patrullando como mínimo, en la entrada del puesto de Pii. Y aquello, asumiendo que no tuvieran más pistas, como podía ser en el caso de que alguien hubiese seguido el rastro que había dejado al dirigirse hacia el norte desde Tsacovia. No, volver a su propio tenderete tampoco era una buena opción, y con total seguridad, la salida del recinto estaría fuertemente vigilada.

Deseó haber hecho caso a Milaine antes de ir a aquel lugar y poder tener una forma de simplemente desaparecer, tal y como lo había hecho él.

Bufó sin preocuparse por hacer ruido. La situación se volvía peor con cada detalle que valoraba, y aquello le angustiaba más. Se dio cuenta de que tenía el cuerpo agarrotado por el frío, pero decidió que aquello no era algo de lo que preocuparse en aquel momento.

La solución, de pronto, se le antojó más fácil de lo esperado. Forcejeó para salirse de entre los setos, recogió el paño húmedo y empezó a gatear por el límite del recinto, tratando de mantenerse en la oscuridad. Poco a poco, el tenderete de Pii comenzó a dibujarse de nuevo ante sus ojos. Tal y como había anticipado, dos guardias de aspecto trasnochado se apostaban en la entrada.

Se acercó a la zona trasera de la tienda, y desde allí, trató de

calcular más o menos dónde se encontraba el profesor Calduim. Poco a poco, empezó a palpar la lona del tenderete hasta que dio con la figura del anciano durmiente y comenzó a darle suaves golpecitos.

—Miaaaauuuurlll —aulló sin énfasis, tratando otra vez, sin éxito, de pasar por un animal silvestre —Guuuuurrrll…

Al no funcionar los golpecitos, comenzó a restregarse contra el anciano, que continuaba sin responder. Jan resopló, comenzando a perder la paciencia.

Situaciones desesperadas merecían medidas desesperadas.

Pensó en que no hacía mucho había pensado que quería darle las gracias al profesor Calduim por haber causado su expulsión, y se lamentó de lo que estaba a punto de hacer. Con todo, no tenía otra opción: se desabotonó las calzas y comenzó a mear sobre la lona que rozaba al profesor.

El efecto tardó más de lo que uno habría esperado en hacerse ver, pero una vez hubo tenido efecto, la reacción fue inmediata: en apenas un momento, el anciano profesor blasfemaba por lo bajo y usaba palabras que el alquimista jamás le había oído pronunciar. Sin perder tiempo, se cobijó tras un tenderete cercano y esperó.

En un abrir y cerrar de ojos, el erudito había salido y se encontraba inspeccionando la magistral meada que había terminado sobre su panza mientras clamaba a los demonios de todos los infiernos.

Y en otro abrir y cerrar de ojos, el alquimista se echaba sobre él pañuelo en mano. El forcejeo duró poco, ya que el hombre mayor apenas sí podía revolverse ante el embate del atacante.

Poco después, un hombre encorvado y cabizbajo con las cejas pintarrajeadas de carbón saludaba sin ánimo a la patrulla del tenderete de Pii, mientras un anciano profesor Calduim, vestido con un uniforme desgarrado, roto y sucio de mensajero descansaba entre los setos.

De vuelta en el tenderete, su idea había pasado por esconderse en una de las jaulas y esperar a que alguien lo sacase de allí. Sabía que la idea entrañaba una serie de riesgos demasiado elevados, pero al menos le permitiría pasar desapercibido hasta la mañana o el mediodía, momento en que podría volver a hacer uso de la multitud para pasar inadvertido.

Pese a todo, algo llamó su atención, y lo hizo con más fuerza de la que la prudencia, el miedo y la adrenalina lo movían hacia la jaula.

Consecuentemente, terminó llegando a aquel objeto que le llamaba la atención, y que no era sino un sombrero emplumado descansando sobre una pequeña mesita. A su lado, un camastro vacío atraía toda la atención del alquimista, que notaba cómo una furia incontenible le agarrotaba los puños.

Resistió su primer instinto de volcar la mesita y, sin hacer ruido,

comenzó a encontrar una serie de aparejos familiares: dos pequeñas ballestas, semejantes a las que había visto usar a Khaelara en su día, descansaban en el primer cajón, sobre un cincho cubierto de tachuelas demasiado afiladas.

En el siguiente cajón encontró dos brazales que no necesitó inspeccionar a fondo para saber que tenían dos cuchillas retráctiles, y antes de abrir el tercer y último cajón, supo que allí encontraría el chaleco de color pistacho y un cinto lleno de frascos.

Sin preocuparse lo más mínimo por hacer ruido, se hizo con todos los instrumentos y salió del tenderete.

El aire nocturno le refrescó, pero la cólera se agolpaba dentro de él y le impedía pensar con claridad; sin preocuparse por saber si las armas de sus brazales eran cuchillas o jeringas, apoyó sendas manos en el cuello de los dos guardias, que le devolvieron una sonrisa afable sólo antes de, quizá, percatarse de que el hombre cabizbajo con cejas de búho ya no tenía barba. En cualquier caso, ninguno de ellos tuvo tiempo para gritar, y el alquimista, armado y lleno de cólera, continuó luchando por someter su instinto salvaje y se llevó los dos cuerpos inconscientes hacia el lugar donde descansaba el durmiente profesor Calduim.

* * *

Jan Farelian no se consideraba un hombre particularmente vengativo, aunque al ver un único camastro vacío en el tenderete junto a todas las cosas de su aprendiz, no podía evitar pensar en el joven Alexei y su hermanastra congeniando para darle caza.

La sangre le palpitaba en el cuello y en la frente mientras arrastraba otros dos guaridas inconscientes. La furia le corría por las venas y sólo podía pensar en una cosa, y no le importaba llevarse por delante a cuatro, ocho o treinta hombres si ellos decidían interponerse en su camino.

Envalentonado por el odio pulsante, su ropa y sus utensilios, se asomó en busca de más patrullas. Estaba en inferioridad numérica, pero aquello nunca le había detenido antes y no iba a hacerlo entonces. Alexei había ido demasiado lejos, y aunque él no había ido a Tindarelha para consumar su venganza, todo indicaba que no le iban a dejar otra opción.

Capítulo 21

Unos golpes desaforados resonaron contra el portón de metal, y al abrirlo, los guardias encontraron un hombre que jadeaba aceleradamente y a duras penas sí se tenía en pie, la mano apoyada contra el umbral y el rostro cabizbajo, falto de aliento.

—Ha llegado corriendo del recinto —explicó uno de los hombres que flanqueaban la entrada—. Todo indica…

—Sé lo que indica —le atajó una mujer de porte militar—. Avisad a la reina.

—¿Debemos enviar refuerzos?

—No. No hasta que ella decida. Soldado —habló, dirigiéndose ahora al hombre que aún luchaba por recuperar la respiración. Al agarrarle de las solapas, la mujer vio que tenía un brazo y parte del rostro teñidos de un rojo sanguinolento—, ¿alguna noticia del capitán?

Él negó rápidamente, el rostro aún cuajado en una mueca gélida.

—Es-ta-taba —balbuceó.

A la mujer le sobró tiempo para propinarle una sonora bofetada y volver a agarrarle, en esta ocasión de la solapa del uniforme.

—Sosiégate.

—El el capipitán estaba —balbuceó de nuevo, haciendo un evidente esfuerzo por controlar el habla—, desenvainó, y alguien… no pude ver mucho —se disculpó, haciendo una pausa para respirar—. Se oyó una especie de aullido, pero el capitán desenvainó y se echó adelante. Mandó volver a por refuerzos —añadió pausadamente.

La mujer continuó mirándole con calma, mientras mostraba un rostro impertérrito, como si no supiese interpretar la conclusión inmediata de aquel relato.

O quizá no se lo creía del todo.

Como fuere, ella soltó al hombre y éste se desplomó y dio con el trasero en el suelo.

—Vosotros —habló la mujer con decisión—, conmigo. Vamos a asegurar el recinto y ayudar al capitán, si acaso lo necesita. Tú —se dirigió ahora al hombre ensangrentado—, serénate y límpiate la mierda de la cara. La reina querrá escuchar lo que nos has contado, y estoy segura de que querrá escucharlo sin balbuceos ni gilipolleces. ¿Estamos?

El asintió mirándola, aún boquiabierto mientras, rápidamente, devolvía toda su atención al brazo teñido de sangre.

Tan pronto como la puerta se cerró, el hombrecillo sacó un pañuelo de uno de los bolsillos del uniforme y se limpió el interior de la mano con calma. Luego se puso en pie con facilidad y comenzó a otear la estancia: no era un gran salón, pero sin duda era demasiado amplio para su gusto. En el centro había una mesa llena de queso, pan duro y vino, y en su extremo, una escalera de caracol conectaba el lugar con un pasillo más alto, desde el cuál se podía presidir la estancia.

Con el rostro y el dorso de la mano aún sucios, se dirigió a la mesa y manoseó algunos de los alimentos hasta dar con un trozo de pan no demasiado duro. Con calma, rebuscó también entre las lonchas de queso, tomó una y se la metió en la boca junto con un mendrugo correoso.

No mucho después oyó unos pasos acelerados que, como había previsto, llegaron desde el pasillo superior.

Sin prisa pero sin pausa, el hombre respiró profundamente y se preparó para retomar su papel de guardia angustiado. Caminó con una media sonrisa hasta el lugar del suelo donde se había dejado caer y se apoyó contra la pared, como si llevase un tiempo allí, tratando de recuperar la compostura.

—Aquí está —habló uno de los guardias que acompañaba a la mujer que ahora presidía el lugar, apoyada en la barandilla superior.

El alquimista se dio cuenta sólo entonces de que no sabía cuál era el saludo adecuado para la reina, así que, en lugar de saludarla, se desplomó de nuevo.

Uno de los hombres que la acompañaban bajó por las escaleras, receloso, y caminó hasta él. Cuando estuvo a su lado, le ayudó a incorporarse, y sólo entonces el alquimista se dignó a mirar a aquella mujer a los ojos, con la barandilla, la escalera de caracol y la amplia mesa entre ellos.

A su juicio, el tiempo se congeló durante un instante, en el que él esbozó una sonrisa curvada, elegante, y cuajada de la sangre de otro hombre. Sabía que podía engañar a todos los guardias del palacio, pero no a aquella mujer. Aún sintiendo cómo el tiempo comenzaba a descongelarse, Jan Farelian tomó el brazo del hombre que le ayudaba a levantarse, justo antes de volver a mirar a la reina Caroline, que empuñaba una pequeña ballesta, semejante a las que él mismo había tomado de los cajones de su aprendiz.

Se cubrió del primer virote tirando del guardia más cercano y, sin dejar de sonreír, echó a correr.

Para él, el tiempo aún continuaba transcurriendo con lentitud, como si él fuese el único motor que lo hacía avanzar. Hacía mucho que no había consumido sus bebedizos, y aunque al principio no estaba

seguro de cómo reaccionaría su cuerpo, todo indicaba que estaba respondiendo excepcionalmente bien al que había ingerido de camino al lugar.

Alcanzó la escalera de caracol antes de que su hermanastra alcanzase a preparar un segundo virote, mientras el segundo guardia ya bloqueaba la salida de la escalera.

Apenas un momento después, el sonido de un vidrio capturaba la atención de los presentes, seguido rápidamente de un fuerte destello.

Aún privada de la vista, la mujer sintió cómo algo la embestía con fuerza y la derribaba. Con su primer atisbo de visión, disparó el segundo virote, que surcó una corta distancia antes de atravesar algo de consistencia macilenta.

Sonó un grito mudo y algo pesado cayó al suelo. Demasiado pesado, se dio cuenta ella, para ser su esbelto hermanastro.

Cuando su visión continuó aclarándose, la figura del alquimista se recortaba contra la antorcha que iluminaba la estancia, y antes de que pudiese recuperar la pequeña ballesta, éste le pisó la mano y mostró una sonrisa ácida, que se expandió un poco más cuando la muñeca de ella cedió con un crujido.

* * *

—Los guardias volverán dentro de poco —aseguró la reina Caroline.

Jan Farelian se rió en bajo, pero ni siquiera se dignó a mirarla. Sabía que la mujer tenía razón; si no volvían los que habían ido a ayudar al recinto, sería alguna patrulla o algún encargado de comprobar que se encontraba bien; al fin y al cabo, era la reina de un gran territorio, y dado que había insistido en hospedar el convenio, era evidente que habría contado con varias medidas de contingencia. Sabía que cada segundo que pasaba dentro de aquel lugar corría más peligro, no necesitaba que se lo recordasen.

—Felicidades —susurró él, aparentando indiferencia. La había arrastrado hasta un cuarto pequeño y oscuro con comida distribuida por una suerte de estantes—. Veo que has decidido engendrar descendencia, a pesar de mi aviso. ¿Lo recuerdas?

—Muérete.

—Veo que sí —se regodeó—. Bueno, en cualquier caso, me veo obligado a renovar mi advertencia: ningún niño sano nacerá de tus entrañas corruptas. Sólo… engendros —escupió con cólera contenida —, como tú has terminado siendo.

Ella no reaccionó; tenía las muñecas atadas sobre su cabeza y los tobillos atados separados.

—Grita si quieres —le invitó él—, seguro que vienen a ayudarte más rápido.

—¿Los has matado a todos?

—Como si eso te importase —se rió con suavidad—. No te vi tan

afectada cuando mandaste a la muerte a mi padre y a toda nuestra corte… no hay necesidad de fingir ahora, los dos sabemos la clase de basura que somos, ¿verdad? Esto —enfatizó, sacando un pequeño frasquito de un pliegue del pantalón—, es algo con lo que me he hecho hace poco, querida hermana. Es, una cura, por llamarlo de alguna manera. No como las que solía hacer hace algunos años, no. Es más… directa, por así decirlo. Combina el fruto de mi trabajo de los últimos meses con la desenfadada ayuda que me concedió una dama de compañía.

El hombre le acercó el pequeño frasquito al rostro de la mujer para asegurarse de que lo podía ver bien.

—Contiene un poco de gel inerte —explicó él con calma—, en el que he ido recopilando algunas muestras que pueden ayudarte a controlar tu problema de fertilidad desmedida: sarcoptes scabiei, candida, gonorrea —continuó enumerando con una mueca rígida—, sífilis… he incluido algunos que no tengo claro si son organismos o no. Con suerte, entre todo esto habrá algo que arraigue en esas vísceras corrompidas que te crecen entre las piernas —escupió con odio—. Seguro que entre los dos nos aseguramos de no convertir este mundo en un lugar peor de lo que ya es. Vamos a untarte bien para que la medicina haga efecto —añadió, mojando los dedos en el gel de aspecto macilento—, y luego puedes volver a tus quehaceres de escoria subhumana.

—Jan…

—¿Ahá?

—Pienso arruinarte la vida —prometió ella con la voz quebrada. Le escurrían lágrimas desde los ojos y temblaba, saltaba a la vista que le costaba un gran esfuerzo articular palabras.

—Una vez más, una vez menos…

—Pienso destruir todo lo que amas, todo lo que…

—Afortunadamente —le cortó él, metiéndole el frasco de cristal entre la boca para silenciarla—, no te han coronado reina por tus ideas. Lo que me pregunto ahora es: ¿Qué harás cuando el bueno del rey Lebob se ponga cariñoso la próxima vez? ¿Piensas dejarle untar el churro en tu cálido, cálido campo de cultivo? —se rió él con estridencia—. ¿O vas a pasar a la historia como Caroline, la reina frígida hasta que el monarca decida deshacerse de ti? Bueno —se sonrió de nuevo, alargando más su pérfida sonrisa mientras contemplaba el odio bullente en los ojos de la mujer—, supongo que pronto lo sabremos.

Los dos continuaron en silencio durante algunos instantes, mientras el alquimista terminaba de asegurar el virulento cultivo en el cuerpo de la reina.

—Estoy seguro de que, en cuanto te deje libre tienes una jauría de

asesinos dispuestos a responder a tu llamada —añadió, mirándola fijamente—, o de… mercenarios musís… ¡Jo jo —se rió, al contemplar la expresión de ella—, así que musís! Bueno, lo mismo da, ¡qué poco original! El caso es que te voy a drogar, te voy a desatar, a vestirte de nuevo, y a dejar unas cuantas botellas de vino descorchadas encima tuyo, ya que las tenemos tan a mano. Y el resto… vaya —se interrumpió, inclinándose sobre ella para mirarla más de cerca—, hacía tanto que no veía esa mirada tuya, casi… casi me hace desear que todo fuese distinto. Que tú no fueras una arpía inmunda y yo no fuese… esto, ¡pero no! El caso, resumiendo, es que ya te encontrará alguien, apestando a alcohol. Con tu escolta muerta y sin ningún testigo con vida, ambos caídos por los virotes de tu arma. ¿No te mueres de ganas por ver lo que dicen los rumores? —se rió, dándole una palmada en el rostro.

Antes de quitarle el frasco de cristal de entre los dientes, extrajo una de las cuchillas retráctiles del brazal, la remojó en uno de los frasquitos del cinto robado y la aplicó con insistencia bajo el seno izquierdo de la reina, allí donde la herida pudiese ser menos visible.

—Que tenga dulces sueños, reina Caroline —se despidió con una sonrisa desencajada—… la impía.

Acto 4

Capítulo 22

Desde su salida de Tindarelha, la sensación de frío intenso que le acometía en determinados momentos se había vuelto casi constante y más intensa. Cada vez que le espoleaba, casi podía sentir dos frías garras tomándole de los hombros, y cada vez que coincidía con extraños en el camino o en cualquier parada, no podía evitar sentir que todos le observaban. Sabía que era presa de una simple manía persecutoria, pero ser consciente de ello no hacía la situación más llevable.

A la noche, se acostaba temprano pero no conciliaba el sueño, y a la mañana se echaba rápido al camino, pero se cansaba pronto y los viajeros le inspiraban un terror injustificado. Cada vez que un jinete rumbo al sur le adelantaba, sentía el reflejo de abalanzarse a un lado del camino y esperar.

Y lo que era peor, con aquella sensación sempiterna de estar siendo observado, se sentía incapaz de volver a Tsacovia o pedir ayuda a ninguno de aquellos que se la habían prestado. Él había hecho cosas monstruosas, sí, pero no traería la desgracia a aquellos que le habían ayudado desinteresadamente.

Se dejó caer a un lado del camino, buscó una roca sobre la que descansar y rebuscó entre sus bolsas. Mientras masticaba un mendrugo de pan duro con cecina, se percató de que el cielo parecía más lúgubre aquel día, y los arbustos que se alzaban a pocos pasos del lugar del que reposaba, parecían también más retorcidos y amenazantes.

Hacia final del día, había alcanzado su objetivo: el asentamiento conocido como Villalba, en el que había tenido el gusto de conocer a la hermosa pelirroja llamada Rosa y disfrutar de una velada

reparadora.

Anduvo rápido hasta el mismo establecimiento en el que había pasado la noche la vez anterior, y de la misma forma, pidió algo para comer y beber en la sala común, que en esta ocasión permanecía tranquila, presa de una especie de silencio tenso.

—Amigo —le increpó al posadero cuando éste se acercó para servirle una escudilla de puerros y pollo en salsa de ajo—, ¿qué ha pasado con todo el trajín?

—Hace poco hubo un… ataque. Unos parroquianos se dirigían de vuelta a sus casas cuando una jauría de perros se abalanzaron sobre ellos, según parece.

El alquimista rumió aquellas palabras. No olvidaba haber dejado a la encantadora meretriz verter un líquido de su invención sobre un grupo de parroquianos.

Se preguntaba cuántos de ellos eran gente verdaderamente malvada y cuántos simplemente habían estado en el lugar inadecuado en el momento erróneo.

"*Fuese como fuese",* se dijo a sí mismo, "*no hay diferencia entre un hombre malvado y un hombre idiota que cumple la voluntad del primero; tan peligroso es uno como otro para aquellos que los rodean*".

Tras meditarlo brevemente, decidió que, de hecho, no se estaba intentando engañar a sí mismo; aquello era lo que creía firmemente, e incluso, concluyó tras una pausa más larga, era lo que podía extraer de los actos de Khaelara. Ella había evitado en la medida de lo posible derramar la sangre de los inocentes, pero si alguien se interponía en su camino, lo apartaba sin pensárselo dos veces, y si bien ella había intentado evitar bajas innecesarias en todo momento, nunca se arriesgaba a la hora de tomar una decisión. Él había hecho lo mismo. Quizá no había dado una muerte rápida a aquellos que se interponían ante él y su objetivo, sino una dolorosa y aterradora, pero habían sido ellos quienes habían tomado, en última instancia, las decisiones que les habían puesto en aquel lugar.

—Maestro —llamó al posadero, alzando la voz desde la mesa—. Me gustaría pedir una habitación. Y una mujer, una pelirroja llamada Rosa…

—Se fue —dijo él solamente—. Dejó una nota escueta y desapareció, poco después de lo del ataque.

El alquimista clavó sus ojos en el posadero, que hacía apenas unos días se le había antojado vigoroso y apuesto: ahora parecía un hombre gris, plano y vacío.

Asintió, meditando las palabras de aquel hombre y dejándole más dinero del necesario sobre la mesa, y ascendió hasta la habitación.

Se dejó caer sobre la cama, pero aún era demasiado pronto y no tenía sueño. Afuera, en la oscuridad de la ventana, el mundo parecía

decididamente peor, como si algo se hubiese roto para no volver nunca, aunque era perfectamente consciente de que, para cualquier otro, el mundo tenía el mismo color de siempre.

Tomó el pequeño candil del escritorio y dejó la habitación, convencido de que dar un paseo a buen paso le ayudaría a conciliar el sueño más tarde. Disfrutó del aire fresco por las calles de Villalba, bien iluminadas y pobladas de gente que aún disfrutaba del fresco aire de la noche.

No podía volver con los marqueses ni con la joven Clara. No podía volver con Milaine y los enanos, ni tampoco podía volver a Pii o a buscar la ayuda de la Hermandad.

No le quedaba ningún sitio a donde ir... ¿O sí?

Desabotonó su bolsa rápidamente y echó a caminar aceleradamente hacia las afueras del lugar. Más allá de la humilde empalizada que delimitaba el pueblo, comenzó a esparcir sus papeles a la luz del pequeño candil de aceite.

De su incursión en la tienda de Pii había tomado multitud de escritos, pero no había encontrado la fuerza para revisarlos y comprobar si su joven aprendiz le había superado en tan poco tiempo. Los apartó y continuó esparciendo las cosas: halló el retrato de la prostituta pelirroja, que se permitió admirar antes de poner en el montón de papeles sin mayor cuidado. Topó también con algunas anotaciones propias relativas a los días de viaje, y continuó escarbando apresuradamente hasta llegar al fondo de la bolsa donde encontró lo que buscaba: los pergaminos arcanos que le había entregado la doctora; de Pii, de Tsacovia, Bukovia, Kelingrado, Bimescas… Y allí estaba aquel que no tenía nombre. En su lugar, un sencillo símbolo reposaba en el centro del intrincado galimatías: el esculapio en llamas.

Recordaba las indicaciones que le había dado la mujer: nada de usar uno de aquellos pergaminos mientras llevase más encima. Con cierto disgusto, los tomó todos, los guardó en una funda de piel fina y los puso a buen recaudo, enterrados dentro de un matorral. Se le había cruzado por la mente la idea de prenderles fuego a todos juntos, pero rápidamente algo en su interior le dijo que aquella no era la mejor de las ideas que se le habían pasado por la cabeza aquel día.

Sin prisa pero sin pausa, volvió a ordenar todas sus cosas, trató de recordar si se dejaba algo importante en la habitación que había reservado y, tras decidir que no, extendió el pergamino en el suelo, le prendió fuego y se situó en el centro.

Las llamas del candil parecían reacias a propagarse al principio; se mantenían titilantes en los extremos del pergamino, pero al poco comenzaron a recorrer por los ríos de tinta que se extendían bajo los pies del alquimista. Pronto, las llamas ya le cercaban y crecían hasta

las rodillas del hombre, aunque en esta ocasión se permitió el permanecer impertérrito, dispuesto a no dar un espectáculo tan lamentable como el que había dado durante su encuentro con el llamado Adencelli.

Las llamas se volvieron anaranjadas al principio, y después mudaron hacia un verdoso claro. Las lenguas de fuego comenzaban a lamerle la cara al alquimista, que empezaba a replantearse la idea de permanecer inalterable sobre el fuego cuando, entre las llamas, comenzó a vislumbrar algo distinto a los árboles que le habían estado rodeando.

Sin pensárselo dos veces, se abrió paso cubriéndose el rostro de las llamas y, de dos largas zancadas se encontró pisando suelo firme, azulejo de mármol ni más ni menos.

—Jan Farelian —se presentó con orgullo, ofreciendo la diestra a una figura que lo observaba en la oscuridad—. Encantado de conocerle, creo que me ha estado buscando.

* * *

El lugar era presa de una oscuridad antinatural, el aire se encontraba cargado, como seco, y en el exterior se oía sólo un silencio absoluto y permanente.

—¿Qué es este lugar?

—Es mi humilde morada, Jan. Ven—le ofreció su anfitrión, tendiéndole una mano cuya silueta sí alcanzaba a distinguir—, te enseñaré todo esto. Hasta ahora, tú y yo hemos… colaborado, por así decirlo, en un par de ocasiones. Yo te he dado información útil, y tú me has… bueno —se replanteó, con calma—, lo cierto es que no me has ayudado mucho, pero como ya te dije en nuestro primer encuentro, soy… una especie de admirador. El simple hecho de ver cómo te las vas apañando me deleita, no te voy a engañar y, por favor, no te lo tomes como una ofensa, porque no pretende serlo.

—Disculpado. No acoges invitados con frecuencia, ¿verdad?

El otro se rió de forma gutural, aunque de alguna forma, la carcajada sonó amortiguada, como si aquel lugar se tragase el ruido.

—Jan, lo cierto es que eres una persona especial. No sólo por… cómo te las has apañado para llegar a ser como eres, lo que sin duda te brinda un gran atractivo, sino por… llámalo destino, o cálculos.

—Lo de los cálculos suena más interesante.

—Pero lleva a preguntas cuyas respuestas aún no te puedo facilitar. Y esto, a su vez, nos lleva a esta sala. ¡Archaegni! —susurró el hombre con énfasis, aunque nuevamente, el sonido pareció perderse en la oscuridad.

Una luz brotó en el centro de una habitación plagada de muebles viejos, sobre una zona levemente más alta. Al alquimista no se le pasó que aquel era el lugar donde había tenido su primer encuentro con su anfitrión.

—Por cierto. Tú sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo…

—No necesitas conocer mi nombre —se rió con suavidad la silueta desdibujada, mientras caminaba hacia la luz—, al fin y al cabo, un nombre no es más que una palabra vacía. ¿Te serviría de algo saber que mi nombre sí es realmente Adencelli di Catto? No —se respondió a sí mismo—, sería decepcionante. De todas formas no es ese, no preguntes. Ven conmigo, lo que verdaderamente importa, Jan… y esto lo sabes, aunque quizá ahora mismo no lo estés recordando, no es el nombre, sino la identidad. Sube —le ofreció, tendiéndole lo que, a la luz de la habitación, Jan interpretó no como la mano de su anfitrión, sino el guante que la cubría. Sólo entonces se dio cuenta de que no había visto más que un retazo de piel de aquel hombre, sólo una mejilla tras la máscara rota que había llevado en Tindarelha, bajo la identidad del barón Konvalore.

>>Tú —continuó hablando, mientras ayudaba al alquimista a subir los escalones colmados de papeles, libros y pequeños trastos de todo tipo—, has caminado sobre la faz del mundo con no sólo muchos nombres, sino muchas…

—¿Caras? —preguntó el otro indiferente.

—Identidades, Jan. Tú me has reconocido en cada encuentro, incluso habiendo usado distintos nombres, habiendo cubierto de una u otra forma mi rostro… no has necesitado más que una simple mirada para saber quién era.

—Ahá. Me doy cuenta.

—Está bien, pues como muestra de buena voluntad… heme aquí —zanjó, tirando de él y obligándole a mirarle al rostro, ahora visible a la luz del humilde haz—, el villano, el monstruo.

Ante él, un hombre cuya edad resultaba difícil de decidir se erguía firme, mostrando un rostro pálido, casi albino, y una sonrisa coronada por dos largos incisivos.

—Así que… ¿un vampiro, eh? —se sonrió el alquimista, tratando de arrebatarle el culmen dramático a aquella presentación, y con él, la sonrisa a su anfitrión—. Poco sorprendente para un hombre que sólo aparece de noche y desaparece a voluntad. Al principio, pensé que la doctora lo era. Cuando fui su invitado, nunca la vi dormir, y creo recordar que tampoco comió estando nosotros delante.

—La doctora ha estado trabajando en la mejora de la especie humana en muchos aspectos, afrontando distintos frentes. Uno, como bien indicas, pasa por… mejoras de este tipo. Resistencia al envejecimiento, fuerza y reflejos mejorados, sanación más rápida... no es el único aspecto en el que ha estado trabajando, y como muy sutilmente has dejado caer, sí, tengo mi parte que ver con esta investigación. También con muchas otras no relacionadas con los ajos y las estacas, de todas formas. Como ves, todo nos lleva de vuelta a…

—Esta habitación, has dicho.

—Ahá. Esta habitación… en realidad —volvió a empezar, a todas vistas inseguro de qué expresión usar—, este lugar es, por así decirlo, un escondrijo. No hay nada tras estas paredes, no hay una luz que entre por las ventanas, ni hay una puerta por la que salir.

—Muy útil para ocultarse, me imagino.

—Te imaginas bien. Este lugar es un pliegue de la realidad que conoces, hay varias formas de entrar y de salir, pero desde fuera, no puedes situarlo en ningún mapa. Desde aquí es más cómodo curiosear algunas cosas. Esta habitación, en concreto, forma parte de un proyecto en el que hemos estado trabajando un compañero y yo.

—Pensaba que trabajabas solo.

—Tengo un conocido al que veo a veces —atajó el anfitrión, seco—. Le pido su opinión o su consejo…

—¿Un maestro?

—¡No no! Para nada —enfatizó—.Llámalo si acaso un… mentor. El término del maestro está demasiado anticuado para mi gusto.

—La verdad es que no veo la diferencia entre las dos palabras. Pero sigue —añadió rápidamente, al darse cuenta de que el lenguaraz vampiro estaba a punto de embarcarse en otro largo monólogo—, por favor.

—Alguien te dijo… no hace mucho, creo, que el saber de nuestra era se concentra principalmente en dos vertientes, dos disciplinas que compiten.

—La ciencia y la hechicería —aseveró él, recordando las palabras de Laen—, lo recuerdo.

—No es ningún secreto —concedió el otro, mientras echaba a caminar por la habitación—. Tampoco lo es que, mientras el desequilibrio entre una y otra crece, también lo hace la desigualdad con que se distribuyen. Tú sabes poco o nada de hechicería, Jan.

—Nunca me ha hecho falta.

—Eso dicen los ignorantes de aquello que no conocen. Eres una de las grandes esperanzas del continente en cuanto a ciencia… o solías serlo, para algunos. La doctora misma, sin ir más lejos, nota cómo le tiemblan las piernas ante tu sola presencia. Se le acelera el pulso, se le dilatan las pupilas… no has pasado desapercibido, en definitiva; con la traición de tu hermanastra, todo aquello que has hecho en el pasado bajo falsas identidades, tanto lo bueno como lo injustificable, vuelve ahora a ti, y conforme aumenta el odio que tu hermana te profesa, cuanto más la… aterrorizas, con más fervor extiende el conocimiento de tu persona entre las gentes. Puedes seguir creando identidades y moviéndote entre tus enemigos invisible, pero Jan Farelian será un nombre conocido por sus actos.

—Perdón —le interrumpió el alquimista, aburrido—, pero no

entiendo cómo eso nos lleva a esta habitación.

—Por supuesto, por supuesto. Me he ido por las ramas de nuevo, mis disculpas. Esta habitación era un intento de sincronía con un punto exacto de nuestra realidad. Digamos que intenté crear un acceso en un lugar al que me vendría muy bien poder entrar… pero lo cierto es que he fracasado. Seguramente lo intente más adelante —añadió con ligereza—, cuando esté más preparado. A lo que iba con todo esto, Jan, es a que tú siempre has mostrado interés por el conocimiento. Y al aliarte con Khaelara, has mostrado interés por la distribución de oportunidades. Entiendo que a ti, tanto como a mí, te desagrada la distribución de este conocimiento, y que cada vez más, se dirige hacia un modelo que arroja un futuro terrorífico.

—Explícate.

—Has trabajado en Pii, creando modelos lucrativos para la universidad, mientras aprovechabas esa libertad para elaborar tus planes. Tu… venganza, menos vana de lo que crees, y mientras lo hacías, la universidad patentaba estas creaciones. Si alguien quiere hacer uso de ellas, deberá pagar una parte a la universidad o arriesgarse. No te quepa duda que, antes o después, las instituciones que más poder amasen crearán cuerpos encargados de perseguir a aquellos que no paguen sus partes; así ha funcionado la humanidad siempre, y no hay razón para esperar que esto cambie a corto plazo. Ahora, Jan, imagínate que algún trabajador de Pii, por ejemplo… aunque podría ser de cualquier parte del continente —añadió meditativo el anfitrión—, o del mundo, si nos ponemos a unos cien, doscientos años vista.

—Céntrate —pidió el otro, que ahora sí se mostraba inusitadamente interesado por las motivaciones de su acompañante.

—Eehhh… Aha —carraspeó—. Imagínate que alguien patenta una tecnología reveladora, algo capaz de cambiar el mundo y de situarnos en una nueva era. Imagínate que un país, o Pii, o… alguien, amasa el poder absoluto del uso de esta tecnología. En el mejor de los casos, haría un uso responsable de ella.

>>Siempre existe esta posibilidad, por supuesto, pero imagínate qué pasaría en el peor de los casos… ahá —añadió, observando la mueca retorcida del alquimista—. Y por eso, tanto a ti como a mí, amigo, nos interesa continuar la labor de tu compañera.

Los siguientes momentos transcurrieron en aquel silencio abrumador como una eternidad. Aún a la luz del haz, Jan Farelian podía observar cómo aquel genuino vampiro había puesto patas arriba toda su concepción del presente y del futuro inmediato. A él nunca le había gustado el sistema de patentes, pero al fin y al cabo, pocas cosas había en la vida que funcionasen como a él le hubiera gustado.

—Di Catto —habló, al cabo, el alquimista—. ¿Cuál es tu motivación

en todo esto?

—La verdad es que es una mucho más pueril que la tuya, Jan. Es… una historia aburrida de enamorados. De las que no salen bien —añadió con un gesto vacío—. Pero mi camino se cruza con el tuyo, no hay razón para no prestar un servicio necesario mientras servimos nuestras venganzas, ¿no te parece?

—Me parece —afirmó él, tomándole con fuerza el hombro a su anfitrión y dejando que el otro tomase el suyo.

Jan Farelian miró a los ojos al vampiro y supo que aquel momento marcaría un antes y un después en su vida.

En aquel lugar alejado de toda creación, el mundo volvía a antojársele menos lóbrego al alquimista, que ni siquiera alcanzaba a vislumbrar sus pies en aquel mar de sombras.

Capítulo 23

—Siento parecer pedante —se excusó el anfitrión—, pero esta sala es, ni más ni menos que la antecámara del conocimiento. Aquí paso la mayor parte del tiempo, tratando de evocar representaciones de determinados libros y documentos de interés.

—¿Hay algo para mí?

—Poca cosa, salvo que estés a punto de interesarte por las raíces de lo arcano.

—Nunca me ha hecho mucha gracia —concedió el otro—, pero como tú has dicho, sólo un necio se cerraría las puertas de lo que no conoce.

—Me temo entonces que tendrás que dar con alguien capaz de enseñarte. Yo, pese a la imagen que intento ofrecer, no soy más que un aprendiz. Un aprendiz autodidacta, de hecho. Me paso el día leyendo cosas que pueden resultarme útiles, pero al final, rara vez las pongo en práctica. ¿Conoces las bases de lo que llamamos, aunando muchas disciplinas vagamente relacionadas, hechicería?

—Prácticamente… no.

—En teoría —comenzó a explicar el otro, mientras daba largas pero lentas zancadas por la oscura habitación—, todo nuestro mundo rebosa energía. Hay quien lo llama vida, pero a mí personalmente no me gusta esa reducción al absurdo. En algunos tratados más modernos lo han llamado entropía, pero no tiene sentido darle más vueltas a un simple palabro. Lo importante es que, según esta teoría, hay muchas formas en las que un ser puede manipular la energía y la materia del mundo. La más evidente, por ejemplo… por favor —pidió con suavidad—, empuja esa mesa… así. La más evidente, es esa, hacer algo con tus propias manos, eso es algo que todos los seres vivos entienden. Sin embargo, hay muchas otras más discretas, por así decirlo. Por ejemplo —titubeó, mordisqueándose el índice con indecisión—, los hechiceros de las escuelas clásicas suelen empezar con teoría pura, y posteriormente, con cosas más fáciles de comprender y asimilar, como manipular pequeñas cantidades de esta energía… habitualmente, en forma de luz. Casi cualquier mago que se precie ha empezado aprendiendo a crear un pequeño lucero entre sus manos. ¡No yo, por supuesto! Pero sí la mayoría.

—¿Cómo empezaste tú?

—Alguien me sacó de un mal camino. Alguien que se molestó en dejarme ver las ventajas de ciertas disciplinas. En cualquier caso… todas las iniciaciones pasan por modificar de forma sutil algún aspecto concreto de la materia que nos rodea. Tengo entendido que en su día, la escuela de nigromancia de Vexanda enseñaba a los alumnos a convertir gajos de naranja en mandarina, y cuando dominaban esta transformación, el interior de una pera en el de una manzana; cada vez pasaban por cosas más diferentes hasta que eran capaz de hacer brotar sangre y carne de mera arcilla. Claro que —añadió, girándose hacia el alquimista, que jugueteaba ahora con una plumilla polvorienta—, sólo lo he leído en algunos papeles viejos; bien podría ser una soberana farsa. En cualquier caso, la mayoría de las escuelas de la disciplina mal llamada magia, no se centran tanto en… la magia, perdona la redundancia, sino en la hechicería, que es la reducción de esta magia a simples recetas de cocina, si lo quieres llamar así. ¿Sabes lo que diferencia la bola de fuego de un buen mago de la de un mal mago?

—Sorpréndeme.

—No es el tamaño, ni la capacidad para propagarse o abrasar el lugar donde impacta… o bueno —recapacitó—, no sólo eso, sino la forma en que se lanza.

>>Para lanzar un hechizo se requiere un cierto grado de comprensión del concepto de la magia, de cómo es esta energía que mana del mundo y cómo interacciona con nosotros. Aquellos que cuentan años de maestría a sus espaldas, prácticamente pueden sentir esta energía a su alrededor y emplearla a voluntad, mientras que los adeptos deben tratar de memorizar una serie de procedimientos, entonaciones… un ritual, por así decirlo, que cause en ellos la sensación exacta que lleva al uso deseado de esta energía. Los usos más rudimentarios de la magia, Jan, no son distintos al aprendizaje de un pupilo de laboratorio; a ambos se les da una receta, bien de productos o bien de movimientos y cánticos que en ninguno de los dos casos necesitan comprender, para llegar a obtener aquello que desean.

—Es bastante decepcionante —admitió el alquimista—. Pero no estoy seguro del todo de por qué me cuentas esto.

—Simplemente quería que lo supieras.

El alquimista mantuvo la mirada a su compañero durante unos segundos. Desde el otro extremo de la habitación, sumido en las sombras como él mismo, le observaba a través del haz de luz.

Al cabo, fue el alquimista quien rompió el silencio con una sonora carcajada.

—Creo que vamos a llevarnos bien, Di Catto.

—Estoy seguro de que sí. Sin embargo, y antes de que comencemos a

abordar nuestros planes, hay algo que debes saber antes de volver a Pii.

—¿Voy a volver a Pii?

—Es bastante probable, aunque al final dependerá de ti. En cualquier caso, si vas…

—¿Para qué quiero volver a Pii?

—Algo me dice —se sonrió el vampiro, ahora con cierta malicia—, que robarle los papeles no es lo único que querrías hacerle al joven Alexei. Aunque —añadió, adoptando un tono más cordial—, eso vendrá cuando tenga que venir. Ahora hay asuntos de mayor importancia. ¿Encontraste la entrada que te indiqué en Tsacovia?

—¿Perdón?

—Las sembradoras. ¿Llevas el bestiario encima?

—Me temo que lo dejé en palacio. El marqués quería leerlo y dado que yo tenía que salir de viaje…

El otro se giró antes de dejarle terminar, evidentemente disgustado.

—Estás enfermo, Jan —dijo solamente—. Y en ese bestiario está, creo —enfatizó—, la forma de curarte. No es absolutamente prioritario, pero sí convendría recuperar esa información, mejor antes que después. ¿Crees que podemos hacernos con él?

—No es seguro enviar correspondencia directamente a los marqueses en este momento. Alexei no estaba en su tenderete la noche que ataqué a mi hermana, y la última vez que nos vimos, yo estaba junto con el capitán de la guardia de Tsacovia y la doctora Popolov. Cuando me percaté de su ausencia durante la trampa que me tendieron, tuve la certeza de que me había delatado. Por eso había guardias buscándome y patrullando la entrada del tenderete de Tsacovia, estoy seguro.

—Y cuando te diste cuenta —comenzó a exponer el otro, volviendo a adoptar un tono paciente—, ¿te sentiste particularmente alterado?

—¿Tú no te sentirías así?

—Quiero decir —se corrigió el otro atropelladamente—, ¿Sentiste alguna sensación? Un calor agobiante, o un frío que te entumecía el cuerpo? ¿Visión borrosa, dolor agudo? ¿Voces, alucinaciones?

En esta ocasión fue el alquimista quien adoptó una mueca retorcida.

—Sabes mucho sobre mí. Se diría que demasiado.

—Contente —ordenó el otro, variando rápidamente de una pose distendida a una amenazante, dispuesta para abalanzarse sobre el otro —. Cuando estuviste en Pii, Jan, en el edificio Prahlini, había dos personas, además de ti, que tenían acceso a esas ruinas abandonadas: el doctor Calduim, a quien hábilmente aterrorizaste y convenciste para hacer lo que tú querías…

—Y el doctor Bosago —masculló el alquimista, mientras evocaba el momento exacto en el que había formulado aquella misma pregunta al

joven Alexei—. Un hombre que tuvieron la bondad de describirme como… muy especial, colmado de tics nerviosos, manías…

—Un hombre que aseguraba ver muertos, por lo que he podido averiguar, y que, al parecer, perdió a su mujer en el propio edificio, una silva llamada Jailith.

Jan Farelian arqueó una ceja. Tras considerar que estaba hablando con un vampiro en aquel lugar que no podía ser situado en el mapa del mundo, ya no estaba seguro de poder entender lo que quedaba dentro del término "muerto". ¿Los vampiros no eran muertos vivientes? ¿Significaba eso que él también veía muertos? De pronto, la idea de arrimarle una ristra de ajos a su acompañante fue más fuerte que ningún otro impulso, aunque por suerte, no había ninguna ristra de ajos a mano.

—¿Y qué tiene el doctor Bosago que ver conmigo? —preguntó el alquimista, aún oteando en rededor en busca de unos cuantos ajos.

—Si estoy equivocado, nada… pero si no lo estoy, mucho. No lo sabremos hasta que no recuperemos ese bestiario.

—Quizá pueda enviar un mensaje a la doctora… o mejor aún, puedo enviar un mensaje para Clara al laboratorio de la doctora. Ella no me delatará. Es la única persona en la que puedo confiar por completo ahora mismo... aparte de ti —añadió rápidamente, al ver cómo el vampiro arrugaba la nariz—. Bueno, además de recuperar este bestiario, ¿qué otros planes tenemos?

—Volviendo a nuestro plan principal, nuestro objetivo ahora mismo es ralentizar la centralización del sistema científico que se aglomera en esta parte del continente.

El alquimista asintió, aparentemente conforme, mientras se apoyaba sobre un mueble lleno de cajones mal cerrados.

—¿Y qué hay de mi hermana?

—No lo sé, Jan. ¿Qué hay de tu hermana?

—Estoy bastante seguro de que no se quedará de brazos cruzados. Si Alexei me delató, es posible que mande agentes al marquesado o incluso al laboratorio de la doctora.

—Quizá no debiste atacarla. O ya puestos a atacarla, quizá no debiste dejarla con vida.

—Quizá. En realidad —balbuceó el hombre, inseguro—, estaba replanteándome si me merecía la pena continuar con todo esto. Ya en Tindarelha no tenía la seguridad de ir a actuar contra ella, pero cuando vi el camastro vacío de Alexei, una… furia ciega se apoderó de mí.

—Y por eso necesitamos curarte —concluyó el otro—. Eres un hombre con un gran potencial, Jan, y por ello precisamente no podemos permitirnos que la suerte de los inocentes que se topan en tu camino la decida un pronto incontrolable. Quién sabe —añadió, tras

una pausa calmada—, quizá yo esté equivocado y sea simplemente tu forma de ser. Pero espero por el bien de los dos estar equivocado.

—Ya le hemos dado suficientes vueltas a esto, Di Catto. Dime dónde está mi laboratorio, dónde puedo preparar la carta para Clara y cuándo comenzamos a preparar nuestro plan principal.

El otro le miró con una sonrisa pícara y, por un momento, Jan creyó estar viendo una versión gris y aburrida de sí mismo. Pese a ello, con sólo mirarle supo cuáles iban a ser las palabras a pronunciar.

—Todo esto —hablaron los dos al unísono—, es parte del plan principal.

Sumidos en la oscuridad, los dos hombres carcajearon con fuerza.

* * *

Un aullido cortó el aire e interrumpió la conversación, aunque no durante mucho tiempo. La doctora miró inquieta a la entrada de la habitación durante un momento, tamborileó los dedos sobre la mesa e instó a su invitado a continuar hablando.

—Así que —prosiguió el invitado—, se me ha pedido a mí en persona entregar esta misiva. Entienda que un mensaje de semejante índole se le ha sido entregada al capitán Milampere… y aunque yo no comulgue con el mensaje que entrego, no me queda otra que cumplir órdenes.

—Quién diría que Pii se terminaría doblegando a la voluntad de un reino. Y de uno con los que no hace frontera, además.

—La vida da muchas vueltas, doctora Popolov. A los que no nos va tan bien como para tener nuestro propio laboratorio, no nos queda otra que dar vueltas con ella, estoy seguro de que lo entiende.

—Perfectamente —replicó ella con firmeza. El invitado le producía un profundo malestar, pero no era ético ni, dadas las circunstancias, adecuado, hacerlo público. Además, el joven le inspiraba una sensación que podía afrontar sólo gracias a la seguridad que le brindaba estar en su propio laboratorio—. Aun así, mi lealtad está con la marquesa Vihjalssom, y a su plena voluntad me debo. Estoy segura de que usted, pese a su voltereteada situación —añadió nerviosa, notando lo que probablemente era una subida de adrenalina bombeando contra su sien—, también lo entiende.

El joven no dejó de mirarla; la taladraba en silencio con un rostro invariable, no abiertamente amenazante, pero sí inquietante.

Dos suaves golpes en la puerta les interrumpieron, y la doctora se permitió soltar el aire que pujaba por salir de sus pulmones desde hacía demasiado tiempo.

—Si me disculpa, doctor…

—Sólo Alexei —respondió, ignorando la puja implícita en la mención del título que no poseía—, mis amigos me llaman Alexei, y estoy seguro de que terminaremos siendo buenos amigos, Doctora.

Que tenga un buen día.

—Lo mismo le deseo —masculló ella con desdén, caminando hacia la puerta para dejar entrar a un guardia que escoltaba a una joven—. Le ruego nos deje con inmediatez; mi visita sí precisa de toda mi atención —añadió ella, reconfortada por la presencia del guardia y la misma hija de los marqueses.

—Un placer.

El joven se inclinó con gracia y barrió el suelo con la pluma de su sombrero emplumado, tal y como lo habría hecho el propio Jan Farelian, al quien el joven más que recordar, casi evocaba su viva imagen, con la excepción de que su rostro estaba menos envejecido y su altura no alcanzaba a la del larguirucho alquimista.

—¿Y ese basurilla —preguntó la más joven en cuanto la puerta se hubo cerrado, alzando la voz—, quién era?

La doctora continuó mirando la puerta, insegura de si el joven aún permanecía al otro lado de ella y, al mismo tiempo, posando su mano sobre el hombro de su nueva estudiante.

—Un mal hombre, Clara.

—Más bien una mala copia de…

—Basta —zanjó la mujer, ahora visiblemente afectada—. ¿Has traído todas tus cosas?

—Todas.

—Súbelas arriba. El guardia que te ha escoltado hasta aquí te enseñará tus dependencias… y una cosa más: anoche llegó una carta para ti. Viene sellada con lacre, pero no parece un sello de verdad. Me imagino de quién puede ser… aunque te advierto —añadió, levantando la carta más alto de lo que la joven alcanzaba—, quizá no sea buena idea abrirla. Hay una persona que ha traído demasiados problemas al marquesado… quizá es hora de dejar que esos problemas se vayan marchando. Piensa en tus padres antes de decidir si quieres abrirla, ¿vale?

—Vale —asintió ella con el rostro firme—, así lo haré.

La doctora le entregó sólo entonces la carta, y ella la tomó con ambas manos, la miró con delicadeza y salió del despacho. Tal y como le indicó la doctora, permitió al guardia que la había escoltado ayudarla a subir sus cosas a su cuarto, un lugar polvoriento y mal iluminado, y cuando se hubo quedado a solas desgarró el sobre y se deleitó leyendo la carta como un depredador se satisface devorando a su presa; sus ojos corrían por las líneas de tinta y casi saltaban de una línea a otra.

Cuando hubo terminado, se aseguró de releer la carta por si había entendido algo mal, y tras terminar por segunda vez, esbozó una mueca desagradable: no eran buenas noticias.

* * *

—Ya he puesto en marcha el primer paso para mi pronta recuperación —afirmó vehementemente el alquimista—. Hay más pasos que dar en esa dirección, pero por ahora es suficiente. Antes de abordar el "asunto Alexei" —añadió, mientras observaba cómo la atención de su anfitrión saltaba de un libro flotante a un pergamino, y a los pocos segundos a otro libro que ya ocupaba el lugar del primero—, me gustaría ablandar un poco las cosas, y para hacerlo necesito…

—¿Dinero?

—Ahá. No hace mucho me aseguré de afianzar un par de fuentes de ganancias bastante sólidas, pero no me cabe duda de que Alexei se habrá hecho con ambas.

—Veo dónde está el problema. Sin embargo, me imagino que ninguna de las dos fuentes pueden ser abordadas directamente.

—Efectivamente. Para abordar cualquiera de ellas, necesito una pequeña inversión con la que empezar.

—¿Qué tipo de inversión tienes en mente —masculló el vampiro, dejando caer todos los documentos que orbitaban a su alrededor y centrando su atención en el alquimista—, exactamente?

—Mercenarios —le respondió el otro inclinándose en un acto reflejo y sonriéndole con encanto—, mercenarios decadentes que sean capaces de despachar a una escolta terrible en un abrir y cerrar de ojos, ni más ni menos.

—¿Y si no sale bien, Jan?

—Entonces no habrá que pagarles —respondió el otro encogiéndose de hombros—. Además, tengo en mente a los mercenarios más decadentes que puedas imaginar. Es el plan perfecto, Di Catto.

—Hay… hay una bolsa con monedas en… Jan. —El anfitrión se aclaró la voz y trató de acaparar la atención del alquiimista—. No tengo ahorros ilimitados, ¿vale? Que sea un vampiro no significa que no tenga gastos; los tengo, y muchos. ¿Lo entiendes? —repitió, mirando con angustia al distraído alquimista, que tenía la desagradable costumbre de curiosear los cajones y armarios de la estancia mientras hablaba con él.

—Claro, sin problema. Te preocupas por nada —se rió él, mientras olisqueaba una vieja pluma roída—. Por cierto. Y no tiene nada que ver con la materia anterior, pero… ¿Conocemos a algún curandero bueno?

—¿Cómo de bueno? —preguntó el vampiro sin ocultar su desagrado.

—No sé, lo normal… Que pueda regenerar un brazo.

—¿Estás de broma?

—Un dedo, con un dedo me sirve.

—Te prohíbo que uses mi dinero para pagar a un curandero, Jan.

—Tranquilo, tranquilo… te preocupas por nada, de verdad. Venga,

no me pongas esa cara —le pidió a su compañero, cuyo rostro sempiternamente pálido mostraba un indicio de rojez—. ¡Venga! Un abrazo y tan amigos.

* * *

En condiciones normales, pasar por un único teletransporte era suficiente para dejarle fuera de juego durante un buen rato. Aquel día había pasado por dos; uno hasta el lugar de su primera reunión, donde se las había ingeniado para ganar aliados haciendo uso de sus ilimitados encantos y, por supuesto, de la limitada reserva de dinero del vampiro apodado "Di Catto", y otro hasta el lugar actual.

Contra todo pronóstico, aterrizó con suavidad y no sintió desorientación de ningún tipo. Sin estar seguro de estar preparado para echar a caminar como si nada, se quedó un momento en pie, parado, y probó a dar unas palmadas. Tras no encontrar nada extraño, probó a dar un saltito, y luego otro. De nuevo todo bien.

Convencido, echó a caminar con el pecho bien firme y la cabeza alta. No demasiado lejos, a un lado del camino, podía ver los banderines de su objetivo. Levantó una de las manos para protegerse la vista del sol, perdió el equilibrio y tropezó. Dio una zancada en un vano intento de recuperar el equilibrio, luego otra y finalmente otra, demasiado amplia para sus piernas. Trastabilló y cayó de espaldas, y en cuanto se giró para levantarse sintió como sus vísceras comenzaban a aquejar el segundo teletransporte. Cerró la boca para intentar sofocar la fuerte náusea que le espoleaba el estómago y la laringe y, casi al momento, lamentó su decisión y emitió un fuerte chorro de vómito por las cuencas nasales.

Abrió la boca para aullar por el escozor, y entonces surgió otra bocanada de ácido estomacal.

Dada la situación, se contentó con ser capaz de arrastrarse lejos del charco. Se limpió el rostro con un pañuelo que quedó literalmente inservible y, cuando al fin se recompuso, volvió a adoptar su paso digno con la cabeza bien alta y el pecho firme.

En esta ocasión, incluso, le resultó más fácil, ya que estaba convencido de haber expulsado como mínimo la mitad de sus vísceras en aquel charco ominoso.

Aun así, adoptó una sonrisa zalamera y echó a caminar dirección a los banderines. Al llegar, una serie de carros y carretas se agolpaban a los laterales del camino formando un amplio semicírculo, por el cual se permitió echar a caminar sin permiso ni ceremonia.

Dos hombres de piel cenicienta y constitución rocosa le cerraron el paso casi de inmediato, arma en mano y expresión poco amistosa en el rostro.

Antes de permitirse dar una explicación, otros dos hombres de aspecto semejante le cerraban la retaguardia.

—Santo y seña —expuso uno, seco.

—¿Perdón?

—¡Santo y seña!

—Busco al señor Covedine —se explicó el alquimista mientras alzaba las manos en señal de indefensión—. Es un viejo amigo que…

—Nadie entra sin el santo y seña —le atajó una quinta oponente, también de piel cenicienta y tan amenazante como cualquiera de sus compañeros.

—Vaya, pensaba que esto era una caravana comercial y no encuentro más que soldados y guardias. Está bien —se serenó el alquimista—. Si alguien hace el favor de decirle al señor Covedine que su amigo el químico ha venido a verle, estoy seguro de que estará encantado de acogerme, incluso sin conocer el santo y seña, ¿vale? Venga, uno de vosotros, que se lo diga pero ya, no pienso repetirlo.

Los guardias intercambiaron miradas durante varios segundos, hasta que finalmente fue la mujer, la última que les había salido al paso, quien echó a caminar a paso vivo hacia el centro del círculo de carretas.

Pocos momentos después, la misma mujer volvía en compañía de un hombre de rostro barbudo y con un brazo de menos.

—¡Covedine! —exclamó el alquimista—. ¡Mi viejo amigo! Mi… leal —enfatizó—, buen amigo.

—No eres el químico que esperaba encontrar —repuso el mercader —. Aunque tu aparición no me pilla por sorpresa.

—Lo cierto es que evité concretar cuál de tus químicos era precisamente para evitar un rechazo prematuro.

—Anoche llegó una carta de Pii. El profesor Calduim afirma que tu aprendiz te vio en el encuentro bienal de Tindarelha y que tuvisteis un encontronazo.

—Así es. El muy estúpido no me dejó explicarme, siquiera. Y eso que le salvé de ser arrestado. Le cogieron por hacerse pasar por mí.

—Ahá. Dice que te presentaste fanfarroneando con dos personas de Tsacovia.

—Sí, bueno, eso es posible, pero…

—Y que te measte sobre el profesor Calduim y le golpeaste en la cabeza.

El alquimista agitó el índice, indignado, y abrió la boca dispuesto a enumerar las razones por las que aquella afirmación le indignaba y le ofendía a partes iguales, aunque al mirar la expresión con que le observaba el hombre ceñudo supo que no merecía la pena.

—Escucha, me encerraron en Tsacovia. Incluso me hicieron pruebas, ¿vale?

—¿Y después?

—Después… estuve trabajando con los marqueses durante algún

tiempo.

—Ahá… y Alexei dice que volaste por los aires una de nuestras refinerías. Una recién inaugurada, además.

—Si por refinería entiendes fábrica de droga…

—Jan —le interrumpió el otro, acercándose más y conteniéndose para no gritar—, no sé en qué mierdas estarías pensando y tampoco sé en qué estás pensando para presentarte aquí.

—La verdad es que pensaba pedirte un abrazo.

El hombre no se rió, y aquello, por alguna extraña razón, le hizo daño al alquimista, que se encontraba ahora sujeto de piernas y brazos.

—Toma —habló el mercader, lanzando una pesada bolsa al intruso —. Es la misma cantidad de dinero que tú me diste. Si esperabas venir y convencerme para traicionar a Alexei, estabas aspirando a la mujer más guapa del burdel cuando eres el gordo del pueblo, Jan.

—Alexei jamás te llevará a actuar contra la culpable de la muerte de papá Jul.

—Tampoco tú —bufó el mercader—. Coge tu dinero y lárgate. No me hagas repetírtelo otra vez.

* * *

El sol se ponía a lo lejos y las figuras de los banderines ondeaban burlonas contra el horizonte. La bolsa de dinero que le habían lanzado a sus pies, efectivamente, se correspondía con lo que él le había dado a Covedine, e incluso incluía un pequeño extra, posiblemente por los intereses.

Aun así, apenas sí era un poco más de lo que había pagado a los mercenarios para cubrirle ante un hipotético enfrentamiento con los fieros guardianes del mercader, que ahora financiaba a Alexei.

"Eso es. Ahora financia a Alexei" se dijo a sí mismo. *"Eso le convierte en mi enemigo; ayuda a aquel que me ha traicionado y ha puesto a aquellos que quiero en peligro"*. Suspiró. Aunque aquello tenía sentido lógicamente hablando, de ninguna forma conseguía convencerse a sí mismo; antes al contrario. Habiendo estado trabajando para los marqueses, pese a la prohibición de comunicarse con sus antiguos aliados, los dos sabían que se las podía haber ingeniado para hacerlo a escondidas y, como mínimo, hacerles saber que seguía vivo.

En su lugar, la primera señal de su supervivencia había llegado en forma de un sabotaje que ellos habían orquestado contra aquellos que, en teoría, le habían apresado o ejecutado.

No apoyaba el punto de vista de Covedine, pero no podía negar que lo comprendía. Aun así, el hombre quería ver su patria restablecida y a los culpables de la muerte del conde Jul ejecutados, y eso sí podía dárselo. Si dejaba que Alexei siguiese valiéndose de él, estaría apoyando a aquellos que decía odiar y, a la larga, estaría alimentando

su propia desdicha.

Sí, aquel argumento sí era mucho más creíble y le servía para volver a la carga. Además, había pagado a toda una tropa de mercenarios y no podía dejar que aquel dinero se echase a perder.

Rebuscó en su cinto y tomó el pequeño sello que había de ser la señal para la llegada de sus acompañantes.

Se detuvo a pensar en cuáles iban a ser los siguientes pasos, pero aquello se le antojó engorroso y pesado, así que se limitó a tomar el sello entre las dos manos y lo quebró con un sonoro chasquido.

Un sonido apagado y una ráfaga de viento le alarmaron del inminente teletransporte a sus espaldas.

—¡Por la Hermandad! —aulló un decadente hombre de pelo descolorido mientras alzaba el puño.

—¡Por la Hermanda! —bramó, a continuación, un ser encorvado que blandía dos hachas desproporcionadamente grandes.

Una tercera figura apareció tras ellos: una mujer de tez oscura cubierta sólo con pieles, de cuya espalda brotaba una larga cola de felino. Finalmente, un hombre de aspecto corriente apareció tras ellos. Se inclinó con suavidad, saludando y, acto seguido, se llevó las manos a las tripas, se echó al suelo y empezó a vomitar descontroladamente.

—El mejor y más terrible ejército decadente que se puede contratar por doscientas piezas de oro —bufó el alquimista, a la vista del decepcionante escuadrón—. Ni en mis peores sueños. De todas formas —masculló, mientras jugueteaba con su propio mentón y trataba de elucubrar de qué forma podría hacer frente aquella cuadrilla a los duros mercenarios del mercader—, se me ocurre una idea…

—Yo esperaría a que Peixe termine de… afrontar los efectos del teletransporte.

El alquimista no insistió: el último de los hombres seguía vomitando descontroladamente, aún incapaz de levantarse por sí mismo. Hacía poco él había pasado por aquella misma situación y sabía que no serviría de nada explicar su plan hasta que aquel hombre pudiese pensar en algo que no fuesen sus vísceras desparramándose sobre un charco de bilis.

Aún meditando mientras ojeaba al grupo, inquieto, comenzó a contar las monedas que le había entregado Covedine.

—Vosotros —les habló a dos de los mercenarios—. ¿Nombres?

—Vora se presenta para la acción —habló una voz que no parecía surgir de ningún sitio.

El alquimista se giró, buscando el origen.

—¿Otro efecto secundario del telentransporte?

—Yo no puedo verte —habló una voz femenina que tampoco parecía surgir de ninguno de los presentes.

—Está bien. Simplemente decidme quiénes estáis aquí o… quienes

estábais antes de teletransportaros. Asumiendo que todos hayáis sobrevivido. Anoto no volver a fiarme de este nuevo mago vuestro para un teletransporte.

—El que ha hablado —respondió en su lugar el peliblanco—, es Vora. El troll es Abrak, ella es Gabriela…

—¿Una cambiadora?

—Ahá —respondió la mujer de piel oscura, inclinándose con torpeza.

—Y la otra que tampoco podemos ver es…

—Vale —le interrumpió el alquimista—, perdona, no sabía que ibais a ser tantos cuando os pedí los nombres; no me voy a acordar de todos y tampoco hace falta. He revisado el plan, escucha porque es importante… y he llegado a una conclusión, por otro lado bastante obvia, y es que no vais a poder hacer frente en un combate directo a la escolta de nuestro objetivo.

—Entiendo… cuéntame más. Uy —se alarmó el peliblanco, girándose de improviso—. ¿Alguien más ha notado eso?

—¿El qué?

Visto y no visto, el hombre se desvaneció sin dejar rastro.

—¿Qué ha ssido esso? —siseó el troll, por otra parte mostrando escasa sorpresa.

—Bonanzas del teletransporte, aventuro. Está bien, señor troll… os he pagado y quiero mi plan. ¿Quién de vosotros queda al mando?

Nadie dio un paso al frente. Nadie asintió ni le sostuvo la mirada al alquimista; mientras la mujer de rasgos salvajes había adoptado la forma de un enorme felino, el troll había decidido que era un buen momento para examinar el estado del filo de sus armas. Uno de los dos miembros invisibles guardaba silencio mientras que el otro se había permitido soltar un carraspeo particularmente exagerado, y al fondo, el mago llamado Peixe continuaba postrado en el suelo echando las vísceras.

—Está bien —zanjó Jan Farelian, decidido—, esto va a ser pan comido.

—¿Cuál es el plan? —preguntó la mujer que no podía ser vista.

—¿Veis aquel campamento de allí? Bien, —afirmó con seguridad el alquimista, mientras señalaba a la caravana comercial de Covedine—, pues nosotros vamos en la dirección opuesta.

* * *

Con la puesta de sol, el grupo había ido preparando la pila de madera para la hoguera, y tras un largo día de trabajo, los miembros de la Caravana comercial de Covedine se disponían a disfrutar de un merecido descanso.

El jefe de la caravana, por otro lado, prefirió no unirse a su equipo, agriado como estaba tras el breve encuentro con su antiguo

compañero. Además, algo le decía que Jan Farelian no estaría dispuesto a aceptar un "No" por respuesta, desde luego no con tanta facilidad.

La primera alarma llegó en forma de pequeña comitiva que ascendía por el sendero desde el pequeño asentamiento con ruido, antorchas y algarabía.

Dos de sus hombres se presentaron apenas poco después de que él mismo hubiese visto al grupo de alborotadores sin necesidad de ser llamados, y a un solo gesto del jefe entendieron que debían salir a investigar.

Él no lo había dicho abiertamente, pero sus chicos le conocían lo suficientemente bien como para saber cuándo merecía la pena estar alerta. No en vano el jefe Covedine había sido un veterano de guerra y un guardia con muchos años de experiencia a sus espaldas; sus chicos sabían que merecía la pena fiarse de su instinto.

Apenas unos instantes después, dos pequeñas antorchas salieron desde su propia caravana sendero abajo, al encuentro de los visitantes. Sólo cuando las hubo perdido de vista, Covedine decidió que no quedaba nada por hacer aparte de esperar. Se bajó del montante de la carreta, caminó renqueante hasta la hoguera y se unió a sus empleados en la cena que estaban preparando.

* * *

—Sólo son unos feriantes buscando gente… una troupe.

—¿Seguro?

—Ahá —afirmó uno de los exploradores—. Vendedores humildes, malabaristas… un par de bichos raros.

—Que se unan. Siento simpatía por aquellos que se ganan la vida viajando; debemos ayudarnos unos a otros, ¿no te parece?

El guardia se encogió de hombros; no le pagaban para opinar sino para proteger. Se dio media vuelta y se dirigió hacia los recién llegados, mientras el jefe le seguía la pista a la luz de las antorchas.

El explorador caminó con parsimonia hasta el pequeño círculo de luces que se apiñaba justo al lado opuesto del camino, donde se podían ver un par de animales de carga y una suerte de bolsas, baúles y equipaje variado.

Tras un breve diálogo, una de las antorchas volvió hacia el campamento, de nuevo con un característico paso armonioso, y al pasar junto a la hoguera, Covedine suspiró aliviado al ver que se trataba de su guardia, y no de un vengativo e impredecible Jan Farelian.

—Dicen que no hay necesidad, jefe —habló el mercenario—. Nos han ofrecido una botella de… vino. Vinagre, más bien, no hay quien lo trague.

—Ya será menos. ¿No quieren nada?

—Eso han dicho. Mencionaron algo sobre rechazar la ayuda del gran mercader opresor y… no lo sé, historias, jefe. Tonterías.

—¿Eso dijeron?

—Ahá.

Covedine se rascó el mentón, desanimado. Él no era un gran mercader opresor. Antes al contrario, si se había dedicado al mercadeo, había sido por una buena causa, y si se había hecho con una buena escolta era porque le habían dado buenas razones para ello. Si los chicos resultaban intimidantes no era su culpa, y desde luego, nadie podía culparle por no querer dirigir una caravana repleta de valiosas bonanzas sin protección por los traicioneros caminos. No, por supuesto que él no era uno de aquellos opulentos mercantes del chantaje y avasallamiento.

—Ernig —habló el jefe, el ceño fruncido y la mirada resuelta—, lléname un petate con botellas de nuestro peor vino y cecina reseca.

* * *

—¡A las buenas noches! —saludó con énfasis el jefe mercante Covedine, irrumpiendo en la fila de humildes antorchas que se incrustaban en el suelo de forma lastimera.

Varios de los presentes se levantaron y le dedicaron gestos amables; inclinaciones, alzamiento de copas y sonrisas.

—Mi nombre es Covedine de Croig.

—No tiene acento Maní, señor de Croig.

—Oh, sólo Covedine por favor. Nací en Al'Maniesse, pero he pasado la mayor parte de mi vida en Almoria.

—Muchos hemos conocido sólo la vida del nómada —le sonrió un hombre con la ropa llena de barro—. No es mala vida, para quien está hecho para ella, ¿verdad?

—Ahá. La verdad —habló el extraño, tomando asiento ante los rostros expectantes de sus anfitriones—, yo no nací para ella, pero las condiciones… ¡Ah, las condiciones!

—Qué nos va a contar —se carcajeó alguien a quien el mercader no podía ver, pero cuya posición se delataba por una serie de bienes que se apostaban junto a un tocón, entre ellos varios barriles de distintas cervezas—. Mis disculpas, soy… Vora, hombre invisible, en prácticas.

El mercader se permitió abrir mucho los ojos, sonrió y, tras comprobar que efectivamente había un hombre sentado frente a él, asintió, en señal de que el gusto era mutuo.

—Yo soy mercader. Dirijo aquella caravana del otro lado del camino, y pensé que podríamos compartir estas botellas de vino malo, de tú a tú, sin aceptar monedas del gran mercader. Sólo… vino barato. Por los viejos tiempos.

Los feriantes cruzaron miradas, a todas vistas inseguros.

—A mí me parece genial —habló el hombre invisible. Con la

primera respuesta, el resto del pequeño grupo animó de improviso. El primero en acercarse al extraño fue el troll, que aún en aquel momento de descanso llevaba las armas a la espalda.

—Magníficas armas —se admiró el extraño—. ¿Escolta?

—Malabarista —replicó el troll, arrastrando la "s".

Antes de darle tiempo a articular palabra, el encorvado troll se giró hacia la mujer de piel oscura, y a un gesto, ella le lanzó primero un arma y luego otra.

El troll las alzó ante el extraño, demasiado cerca para su gusto, y de pronto lanzó una de las hachas al aire, y antes de que aterrizase, la otra, demasiado altas para poder seguirlas en la oscuridad de la noche. Sosteniéndole la mirada al invitado, se inclinó ante él, apoyó las manos en el suelo y se colocó con total naturalidad cabeza abajo.

Por un momento todos contuvieron la respiración; se oía sólo el fuego de las antorchas e incluso el zumbido de los grillos y las cigarras pareció enmudecer. Un zumbido delator indicó el descenso de la primera de las armas; el mercader alzó el rostro, alarmado, pero el troll continuaba aún sosteniendo todo el peso de su cuerpo sobre sus manos, los pies en alto.

Al unísono, se oyó el contener la respiración de cuantos estaban allí. Los segundos se hicieron eternos, y entonces la primera de las dos armas aterrizó. Concretamente, en unos arbustos, lejos de ellos. La segunda cayó en medio del camino con un ruido metálico.

—¡Tadá! —canturreó el amenazante troll, aún cabezabajo—. Aún necessito más práctica.

El mercader se volvió sobre sí mismo para contemplar el hacha, que aún reposaba sobre el camino. Volvió a mirar al acrobático troll, y el "tadá" canturreado resonó de nuevo en su mente.

Aún agriado como estaba, no pudo evitar soltar una carcajada.

En un visto y no visto, los demás reían con él y las botellas de vino se pasaban y se pedían de un lado al otro del círculo de feriantes. La hoguera alumbraba con menor intensidad y la carne estaba más salada y correosa que la que servían en su propia caravana, pero el ambiente de aquel lugar era agradable; tenía algo, no sabía el qué, que le hacía sonreír.

Sólo entonces se dio cuenta: ¿Qué era aquello que le hacía sonreír? Desde luego, no las chapuceras acrobacias de los feriantes, y si bien el compartir su tiempo con aquella gente le resultaba agradable, el divertirse no causaba aquella sensación de estar abotargado, casi en una nube. Se percató entonces de que el extraño encapuchado que se sentaba junto a la mujer de rasgos felinos no había abierto la boca en toda la noche.

—¿Y quién es él? —preguntó Covedine, suspicaz—. ¿A qué se dedica, tiene algún número también?

—Oh, no, es sólo el médico.

—Poco más que un herborista —habló rápidamente el hombre de las ropas embarradas.

—Por favor —insistió, levantándose el invitado—, pocas personas me causan más respeto que los médicos ambulantes. ¿Le importaría darme la mano, buen hombre?

—Preferiría… ejem —carraspeó, cambiando de voz—, preferiría no, tengo una enfermedad, unos hongos en la mano que eeeh…

—Jan Farelian —exclamó el hombre, alzándose triunfante. Sin ceremonia ninguna, avanzó hasta el encapuchado y le retiró la caperuza, imponente.

Nadie habló durante un momento. De nuevo, hasta los grillos enmudecieron.

—Tú…

—Es usted un hombre sin educación —le reprendió el herborista, un hombre joven, de rostro ovalado y con menos superficie de pelo que de piel en su cabeza—. Y creo que ha bebido demasiado.

—Yo… eh…

Todos le miraban con dureza, rodeándole y cercándole contra la hoguera.

—Lo siento mucho —se disculpó, antes de abrirse camino rumbo a su caravana con paso torpe.

Ya dejando el círculo de extraños, tropezó cayó junto a una de las hachas que nadie se había molestado en recoger, y alguien le ayudó a incorporarse.

—Menudo ridículo has hecho ahí —habló, ahora sí, el alquimista—. No te preocupes, ya les advertí de que no tenías ninguna capacidad para comportarte con otras personas. Vamos, en pie. ¿Te has…?

—¡Suéltame! —aulló el otro, el rostro enrojecido de furia.

—Eh, no he sido yo el que te ha hecho beber hasta no poder caminar sólo. Y esta vez tampoco te he puesto nada en la bebida… nada —aseguró—. Vamos, te acompaño de vuelta a tu campamento. Te cuento mis cosas por el camino, y una vez llegues allí, si así lo decides, no vuelves a verme nunca. Como te lo propuse la última vez, ¿vale? ¿Te acuerdas de eso? Ahá. Fue un momento bonito, a su manera. Venga… pásame el brazo por encima del hombro, viejo correoso… No sé lo que te contó Alexei, pero lo que sucedió en Tindarelha, al margen de mis errores anteriores, Covedine… céntrate, ¿estás demasiado borracho para entenderme?

—Joder Jan, estoy bien. Sólo me he tropezado y… el tobillo…

—Alexei buscó al perro faldero de mi hermanastra. Mira, todo comenzó así, vi que arrestaban a un tal Jan Farelian, que resultó ser él, y fui a echar una mano con unos amigos. Lo sacamos de allí, pero al verme no sólo vivo, sino bien acompañado y contento, se puso

como una fiera, tendrías que haberlo visto, Cove. Los ojos… le salían de los ojos lo menos…

—Céntrate —pidió el otro, clavando la vista en el tramo que restaba hasta su campamento.

—Está bien. De noche, fui a robarle algunos apuntes… O sea, a recuperarlos —explicó apresuradamente—, porque antes eran míos. Él se quedó todos mis trabajos cuando me llevó la guardia, ¿y yo qué? Estuve encerrado en una mazmorra donde no se veía la luz del sol, joder. Y cuando pude salir, ni siquiera me dejaban tener una plumilla, no podía hacer nada… ni te imaginas cuánto tardaron en volver a dejarme trabajar, y siempre bajo absoluta vigilancia, dando informes de todo. Y mientras tanto, él en Pii, con el laboratorio que yo le conseguí, con los permisos y tratos favorables que yo le conseguí, la ayuda de Calduim, a quien también conseguí y tu puta financiación, que también le conseguí yo. ¿No me merecía al menos mis apuntes y mi papeles? Joder, era lo mínimo.

—¿Y luego?

—Salí a robárselos, y vi que había unos cuantos guardias por el recinto, buscando a alguien… a mí, presumiblemente. Cuando entré a su tienda, estaban todos en la cama menos él.

—¿Y luego qué?

—Me enfadé una barbaridad —admitió—. Y la verdad, puede que me extralimitase con alguno de los centinelas que había por la zona. El caso —enfatizó, tratando de reconducir la conversación—, es que terminé apañándomelas para llegar hasta mi querida hermanastra, causante primera de toda esta situación, y…

—La reina sigue viva, Jan. No sé qué harías, pero no lo hiciste bien.

—Te aseguro que lo hice perfectamente. La reina, ahora mismo, es un cubil infecto de enfermedades variadas, dignas de las más finas cortesanas de todo el reino.

—¿Perdón? ¿Te infectaste a propósito, Jan? ¿Te la…?

—No, no… no te creas que, llegado el momento, no me tentaba. Admito que esa guarra me causa una sensación de odio ardiente, y al mismo tiempo, al tenerla allí, a mi completa merced… Pero no —recondujo, sacudiendo la cabeza con energía—, no me tiré a nadie, si ibas a preguntar eso, Covedine, ni me infecté de nada. Digamos que recogí las muestras de camino a Tindarelha, allí donde paraba pedía la compañía de alguna mujer hermosa, y en vez de tirármela, como tú dices, simplemente recogía algunas muestras. Un regalo para nuestra querida hermana.

El mercader le observaba con los ojos como platos, mientras los dos caminaban cada vez más despacio, sumidos en la conversación. Ninguno de los dos tenía prisa por llegar al campamento de la caravana de Covedine.

—Baste decir que esa basura infecta no concebirá ningún hijo vivo, Covedine. Ni vivirá más de… qué se yo, veinte o treinta años, máximo. Quizá no llegue a dos —añadió, encogiéndose de hombros—, cada persona es un mundo. Y a decir verdad, no puedo estar seguro de cuántas enfermedades recolecté para ella, así que…

—Eres un hombre extraño, Jan. Un hombre jodidamente siniestro, de hecho. No por cómo haces, escucha, me he cruzado con asesinos, violadores, ladrones… pero tú…

—Yo —le interrumpió él—, te lo cuento con naturalidad, Covedine, porque estoy roto por dentro. En lo que a mi hermanastra respecta, no puedo sentir… nada, casi. Sólo un odio ciego. Destruyó mi vida, y con ella, mi pasado y el futuro que tenía planeado. Me dejó sin nada…

—Y aun así ya has hecho amigos en Tsacovia —atajó el otro—. No me sirve esa excusa. Tu hermanastra os jodió bien, pero no me mientas a la cara, joder. No soy idiota —mascó el hombre, que ahora le recordaba verdaderamente al hombre que había luchado junto a su padre en la Garganta blanca, y no a un mercader opulento—. ¿Qué pasa contigo, Jan?

—La verdad, no lo sé. He hecho un amigo, Covedine… o bueno, quizá no sea mi amigo, quizá sólo sea un aliado. Dice que estoy enfermo.

—¿De qué?

—Un parásito. Algo que me hace comportarme de forma extraña, dijo. Aunque también dice que quizá yo sea así y la enfermedad no afecte a mi conducta, pero eso da lo mismo. Mira, lo que interesa aquí, y como ya casi hemos llegado a tu campamento, tengo que abreviar… es que sí estoy trabajando contra Caroline. Alexei no es mi enemigo… o sería más adecuado decir que no está en mi lista de enemigos, siempre que no se cruce en mi camino. ¿Entiendes?

—Ahá.

—Aunque algo me dice que lo hará. Quien hace tratos con Caroline, tú lo sabes, repite… es una mujer muy convincente.

—No me cabe duda. Oye, y respecto a eso, Jan. ¿Es cierto eso de que tú y ella…?

—Eso no es asunto tuyo, viejo verde —le recriminó el alquimista, dándole unos suaves toques con el índice en el pecho—. Pero sí, yo y ella, Covedine. No teníamos la misma sangre, así que era meramente un asunto político. No habríamos tenido un hijo tonto ni deforme, si es lo que estás pensando.

—No estaba pensando en eso.

—Ya… escucha. Ya estamos, Cove. No te pido que dejes en la estacada a Alexei; veo que has montado tu propia vida y que te gusta… al menos, más de lo que te gustaba ser un veterano sin motivación en la vida más allá de mendigar y beber. Y lo respeto,

Covedine. Me parece genial si no quieres meterte entre dos fuegos, yo sólo quiero decirte que sí que me vendría bien una cierta financiación, aunque sea poca. Y que, con tu ayuda o sin ella, me encargaré de Caroline… y aunque no es lo que yo quiero, lo más seguro es que termine encargándome de Alexei. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, aunque no me gusta, Jan.

—A mí tampoco me gusta, pero es lo que hay. ¿Te las apañas para caminar solo?

—Eso creo, sí.

—Pues buenas noches. Y ahora —añadió, con tono alegre y una sonrisa mordaz—, la gran pregunta… ¿Deseas que me marche para no volver nunca, amigo?

El hombre le miró, a él, a sus ojos vivos, alegres pero amenazantes, y a aquella sonrisa artificial pero que tan naturalmente le salía al que había cuidado hacía tantos años casi como a un hijo más.

Y al mirarlo, después de tanto tiempo y de saber todo lo que sabía, sin embargo, no lograba ver otra cosa que no fuera un simple emisario de la muerte, la tragedia encarnada.

—Tendrás noticias mías, Jan. Por el conde Jul.

—Por papá —asintió, estrechándole la mano.

Capítulo 24

—¿Cómo ha ido?

—Bien —replicó el alquimista, exhibiendo una sonrisa flamante.

El vampiro parecía haber estado todo el día en su antecámara del saber; tal como lo había visto antes de salir, así seguía en aquel momento. Aun así Jan Farelian no se hacía ilusiones: sabía que aquel hombre había dedicado gran parte de su tiempo durante los últimos meses a espiarle e investigarle, y tenía la certeza casi absoluta de que, tan pronto como él dejaba la morada, el llamado Di Catto corría a echarle un ojo a través de sus extraños medios.

—Fue más sencillo de lo que esperaba, en realidad. Sólo tuve que darle un cambio de enfoque.

—Es bueno saberlo —asintió el otro sin dejar de otear manuscritos y tomos de aspecto fantasmal—. Dime, ¿te sobró algo del dinero que cogiste?

—Ni una pieza. Pero Covedine nos abastecerá por ahora.

—¿Simplemente te acercaste a él, charlasteis un rato y decidió regalarte su lealtad incondicional?

—Algo así —se rió el otro—. Pagué a unos mercenarios para que le emborrachasen. También le echaron un par de tonterías en la bebida. Nada importante, bueno, pero necesitaba estar seguro de que me escucharía.

—¿Y qué tal se lo tomó?

—Fantásticamente, por supuesto. Ni siquiera se dio cuenta, en realidad. Puede que le dijese que sólo había bebido de más, no te centres en los detalles. Estoy pensando en nuestro siguiente paso y… no termino de decidirme. ¿Qué opinas tú?

—¿Qué opciones barajas?

—Alexei es un punto a abordar, sin duda. El único problema es que no sé si hay opciones de recuperarlo como aliado o…

—U objetivo a abatir.

—Exacto.

El vampiro pareció rumiar aquellas palabras pausadamente, como si tratase de encontrar algún doble sentido de cuya existencia estuviese seguro a pesar de no haber visto ningún indicio delator.

—¿Y qué hay de la doctora y el bestiario?

—Es otra opción, sí. Me gustaría poder explicárselo todo a los marqueses yo mismo, en vez de por vía de su hija.

—Pero no puedes. No por ahora, al menos.

—Lo que nos lleva al siguiente punto: muerto el perro, se acabó la rabia. No tenía intención de abrir unas heridas tan directas contra mi hermana, pero eso ya no tiene arreglo, y…

—¿Te planteas acabar con ella?

—Es una opción. Quizá la más sensata.

—Quizá —asintió el otro, poco convencido—. Se me ocurre algo que podríamos ir abarcando mientras determinas quién es amigo y quién no.

—¿Y qué es eso?

—Mientras tu hermana viva, no puedes volver ni a Pii, ni a Tsacovia. Tampoco puedes quedarte aquí indefinidamente, no te… sentaría bien. Este no es un lugar para vivir, no para un humano.

—¿Me echas?

—Te ayudo a reubicarte. Necesitas un nuevo laboratorio. Un sitio donde no vayan a buscarte, preferiblemente en una zona poco segura, para que nadie dé contigo por accidente. No necesariamente aislada, para permitirte moverte con facilidad.

—¿Has estado pensando en esto mientras estaba fuera? —preguntó el alquimista mientras jugueteaba con la elegante pluma verde de su sombrero.

—Me ofendes—replicó el otro, tomando aire y haciendo un espaviento—. Lo he pensado ahora, Jan. Mientras estabas fuera he estado ocupado espiándote.

El alquimista rió. Sabía que lo decía completamente en serio, pero no por ello le resultaba desagradable; entendía que, tal y como la marquesa se lo había remarcado antes de sacarle de los calabozos, también su nuevo anfitrión había invertido mucho tiempo y esfuerzo en él; no era raro que intentase tenerlo controlado mientras estaba fuera.

—¿Se te ocurre algún sitio con esas cualidades?

—No hace mucho estuve en un lugar, así. Me imagino que te acuerdas.

—Precisamente —asintió el otro con calma, clavando sus ojos en el invitado—, en eso estaba pensando.

* * *

—¿Estás seguro de que esto es buena idea?

El vampiro le dio un toquecito en el hombro a su compañero, le guiñó un ojo y sonrió, mostrando una expresión que sólo conseguía ser siniestra y desconcertante.

—En la vida no hay nada seguro, Jan.

—¿Pero este barón es amigo tuyo? La última vez que estuvimos aquí

dijiste haberlo encerrado en un féretro, si no recuerdo mal.

—Como tú has dicho —habló el otro, agarrando el aldabón y golpeando con fuerza, una, dos, tres veces. "Toc, toc, toc" —, eso fue la última vez que estuvimos aquí, Jan. No vivas en el pasado.

Jan Farelian prefirió no responder; ninguna de las réplicas que le venían a la mente era adecuada para aquel momento. El graznido de un ave presa en la cercanía le sobresaltó. Apenas sí se acordaba de haber estado en aquel bosque; en su mente, su viaje por las cercanías de La Falkeira no era más que un recuerdo borroso, casi eclipsado por completo por los sucesos del Convenio bienal de Tindarelha.

Pese a todo, allí estaban de nuevo, de vuelta en aquel bosque ominoso, y para más inri, se encontraban dentro de la finca del caserío desvencijado donde se habían encontrado tras la accidentada huida.

Según Adencelli, el dueño de aquella propiedad era uno de los suyos, "un vulgar chupasangres", había dicho, "escasamente refinado y carente de su ingenio y su buen gusto". Aquella conversación, por supuesto, la habían tenido en el oscuro refugio donde no se apilaban más que muebles viejos sin ningún orden, pero el alquimista había preferido no poner el dedo en la llaga.

—No sé si esto es buena idea—habló, al cabo, el alquimista, poco convencido con aquella decisión—. No me gustan los animales, Di Catto.

—No te preocupes, creo que tú tampoco les gustas a ellos.

La puerta se abrió con ruido chirriante, las tablas crujieron bajo el peso de unas fuertes pisadas y una bocanada de aire estancado les dio la bienvenida.

—¿Quiénes sois? —habló una voz grave, gutural—. ¿Qué buscáis aquí?

—¡Buenas noches! —saludaron al unísono los dos extraños, haciendo reverencias con inusitada coordinación y enarbolando sendos sombreros.

—Somos dos amantes de la naturaleza que buscan un lugar discreto y tranquilo —habló el vampiro, adentrándose en la vieja casa sin esperar a ser invitado.

Jan Farelian se recolocó el sombrero y siguió los pasos de su acompañante con premura. El ser que flanqueaba el umbral, a pesar de la breve descripción que le había sido dada, no se parecía en nada al llamado Adencelli di Catto. Antes al contrario, si su elegante acompañante era un vampiro, la mole que les había abierto la puerta tenía que ser, como mínimo, un supervampiro. De ahí en adelante, todo era posible, aunque, sorpresas a parte, el plan no estaba yendo mal, así que sabía que no era el momento para flaquear.

—Los dos somos caballeros de mente inquieta —continuó hablando el alquimista, mientras se adentraba aún más en el viejo salón y

trataba de aparentar no ser presa de un intenso terror—, y todos sabemos que la compañía de ese sucio bosque lleno de druidas no es del agrado de todos, no hay por qué engañarse.

—A mí sí me gustan los druidas —habló el otro, aún observándoles desde la entrada.

—Nadie es perfecto. El caso es que estaríamos interesados, como hemos mencionado, en vivir aquí, darnos compañía mutua y refugio. Además —añadió con énfasis el que había entrado primero, tratando de imitar sin éxito la sonrisa de su acompañante—, no aceptaremos un "No" por respuesta.

—No —zanjó el otro de improviso—. No quiero visita. No quiero… raros en mi casa. Gracias —añadió tras una pausa, aún sin soltar la manilla de la entrada.

—No lo entiendo. ¿No te disgustan esos druidas andrajosos?

—Que no, he dicho.

Los dos intrusos se miraron inquietos. Habían previsto varias posibles situaciones en las que el plan salía mal, pero ninguna incluía ser tratados como una visita de mal gusto.

—Está bien —habló el alquimista, poniéndose nuevamente en pie—. Nos vamos, pues. Di Catto, busquemos a otra persona capaz de apreciarnos.

—¿Cómo dices? —balbuceó el otro, completamente desconcertado.

—Que nos vamos —enfatizó el más joven, cruzando los brazos con aire teatral—. No hagamos perder más tiempo a este caballero; seguro que hay decenas de personas, sino cientos, que estén dispuestos a pelearse por nuestros trabajos. ¡Presto! —exclamó con énfasis, estirándose y dejando caer el sombrero en el gesto—. Maldita… caballero —se dirigió ahora a su enorme anfitrión—, padezco dolor lumbar, ¿me haría…?

—Por supuesto —se apresuró el anfitrión, soltando por vez primera la desvencijada puerta.

—Di Catto, ahora —susurró el alquimista, que se sostenía fuertemente la espalda en una pose particularmente extraña.

—¿Ahora qué?

—Ya sabes… eso.

—¿Eso?

—¡Que saltes sobre el grandullón! —aulló el alquimista, echando mano al arma de atrezzo mientras el anfitrión se incorporaba rápidamente.

Con torpeza, el llamado Di Catto se abalanzó sobre el hombre, que rugió con furia y le echó una mano al cogote.

El alquimista, sin embargo, fue rápido al propinarle un golpe seco sobre la mano con su arma de madera, que se dobló aún más con un fuerte crujido.

El grandullón dejó escapar un grito grave, profundo, y el hombre que colgaba de su espalda comenzó a golpearle en la nuca con fuerzas.

—¡Prepárate para reunirte con tu creador! —exclamó el otro, tomando ahora la espada con ambas manos y mirando fijamente a su oponente.

Antes de poder preguntarse qué era lo que había salido mal, daba con las posaderas en el suelo y contemplaba con angustia cómo el propietario del edificio sostenía su arma con cólera en los ojos, ignorando por completo al hombre que le golpeaba en la cabeza mientras luchaba por mantenerse sobre él.

Jan Farelian rodó justo a tiempo para evitar el primer golpe, sintió cómo la adrenalina inundaba sus venas y tomó fuerzas para moverse y evitar el segundo.

Lamentablemente, la adrenalina sola no servía para infundir a su humilde cuerpo lo que necesitaba para poder evitar los golpes de su anfitrión; el madero le alcanzó en un muslo, empujándole, y el golpe le hizo trastabillar. A pesar de su discutible equilibrio y de la oscuridad y el desorden, se las arregló para ponerse en pie.

—Ahá —exclamó triunfal, aún antes de poder encararse de nuevo a su rival.

—¡Cuidado! —le alertó Di Catto, todavía forcejeando sobre su anfitrión.

La advertencia, con todo, no llegó a tiempo, y un arma de atrezzo lanzado con inusitada fuerza golpeó al alquimista en las posaderas.

Él chilló, el gigante rugió, encolerizado, y el artífice de aquel plan salió volando, golpeó contra un estante de madera carcomida y quedó sepultado bajo un montón de cascotes y tablas.

—¡Di Catto!

—Estoy bien —le tranquilizó el otro, agitando una mano lastimera de entre el montón de restos—. ¡Busca plata!

—¿Aquí? ¿No sirven ajos?

—¿Ajos?

—¡Largo de mi propiedad! —exclamó el otro, que ya caminaba hacia los dos intrusos—. ¡Largo!

—No podremos irnos si no deja de golpearnos —intentó explicar el alquimista.

El propietario, con todo, se dirigía a él con los ojos inyectados en sangre, aparentemente indiferente a sus razones.

Jan Farelian, que se consideraba a sí mismo un hombre insistente, pero no estúpido, reunió fuerzas para incorporarse y alzó las manos en señal de indefensión.

—Todo esto ha sido un malentendido, buen hombre. Mi amigo es de otra tierra, y es costumbre…

—¡Largo! —reiteró el otro por enésima vez, alzándole por el chaleco

y levantándolo del suelo.

Durante un momento, Jan Farelian se encontró cara a cara con el gigantesco anfitrión, que le observaba con ira contenida. Jan se percató sólo entonces de que el aliento del anfitrión olía a carne poco hecha, a sangre y a ajos.

—Jan Farelian —se presentó, estirando el brazo hacia el hombre que lo sujetaba—, experto cocinero. No puedo evitar dejar de fijarme en que ha estado preparando morcilla casera, si no me equivoco.

El hombre frunció el ceño. Sin duda luchaba por controlar sus instintos y no machacar al intruso que sostenía entre sus brazos. Pese a aquello, la última frase había logrado distraerle de sus instintos homicidas, aparentemente.

—¿Sabes preparar morcilla?

—¿Qué si sé? —se rió el alquimista, tratando de controlar el temblequeo de su voz. El hecho de no tocar el suelo con los pies, por alguna razón, le hacía muy difícil saber si se había meado encima—. ¡Por favor! Soy experto en morcillas. Y en nabitos, cebolletas… casi todo lo que sale de la huerta, salvo las coles. Odio las coles —añadió, forzando una sonrisa.

El hombre dudó, lo volvió a colocar en el suelo y se dejó caer sobre un asiento de aspecto vetusto.

—No sé quién cojones sois —concluyó—. Y no me trago esa mierda de los cocineros, pero os quiero fuera de mi casa ya. Mañana tengo visita y no quiero mamonadas. ¿Está claro?

—¿Visita? ¿Los vampiros tenéis visita?

—¿Vampiros? —repitió el hombretón, arqueando mucho las cejas—. Hace años que no hay vampiros. Ni aquí, ni en ninguna ciudad a varios días de camino a la redonda. No sé quién narices os habrá dicho esa gilipollez, pero…

—Fue el hombre de los lobos —replicó rápidamente el alquimista—, ese… sucio druida.

El hombretón arrugó la nariz. No se molestaba en ocultar que no se creía nada, pero al menos ya no les golpeaba, lanzaba ni aplastaba con sus enormes brazos, lo que ya era un avance.

—¿Entonces no eres un vampiro, dices? —preguntó Jan Farelian, que se había conseguido mantener en pie junto a su anfitrión.

Él negó con la cabeza, y el alquimista se sonrió con alegría.

—¿Has oído, Di Catto? ¡No es un vampiro!

—¿Y qué? —replicó el otro desde debajo del montón de estantes y libros.

—Que nos hemos estado complicando la vida. Jan Farelian —se presentó, ofreciendo nuevamente la mano a su anfitrión, que le aún le observaba desde la butaca con desagrado—, cazavampiros.

—León Valdero, natural de Robleda, aunque he vivido en el

continente la mayor parte de mi vida. Druida —añadió tras una pausa cansada, con pesadez.

El alquimista se sonrió. Observó a su compañero, que sólo ahora pujaba por salir de entre los bultos que lo oprimían, y dirigió de nuevo su atención hacia el enorme druida, que a su juicio, se parecía más a un oso que a un humano.

Con todo, agitó con gracia la mano, invitando a su anfitrión a estrechársela. Con desconfianza, éste la tomó, primero con suavidad y luego con firmeza, mientras el alquimista sonreía con encanto.

El sonido de una aguja saliendo de la funda cortó el silencio, y aunque el grandullón retrocedió con auténtico rencor en la mirada, la figura del alquimista se mantuvo impasible mientras él comenzaba a ver como su oscuro alrededor se desdibujaba ante sus ojos.

—Te dije que nos habíamos complicado —reiteró el alquimista, girándose ahora hacia su acompañante.

* * *

—Este plan tuyo no me tiene convencido del todo.

—Servirá. Al menos, servirá por ahora. Aunque deberíamos hacernos con unas cuantas jaulas. Las que vi en el convenio tenían el tamaño ideal. ¿Crees que Alexei me diría dónde las encargó?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —rezongó el vampiro, dejando caer el cuerpo inconsciente del hombretón dentro de un sarcófago de piedra—. Como salga de aquí…

—Ocúpate de que no salga. ¿Sabes qué es lo que me preocupa a mí?

—¿El qué?

—La visita que mencionó. No creo que fuese mentira, no parecía… no quiero tener a esos druidas andrajosos husmeando por aquí. Y especialmente desde lo que vi la última vez que pisé ese bosque de ahí fuera. ¿Sabes que a menos de doscientos pasos tuve el placer de contemplar cómo una especie de monstruo-planta se comía a mi guía?

—Te las apañarás.

—¿Yo? ¿Y tú qué?

—Te haré compañía una temporada. Hasta que tengas todo en orden, supongo. Además, algo me dice que a la larga no llevaríamos muy bien lo de convivir. Además, tú tienes mucho que hacer y poco tiempo. Yo intentaré ir consiguiendo lo que necesites: jaulas, probetas, matraces, encendedores… sólo asegúrate de no olvidar nada.

—Entendido. Pero volviendo a la visita de mañana…

—Siempre puedes no responder cuando llamen a la puerta.

El alquimista se giró, sorprendido, y miró a su acompañante, que luchaba por volver a colocar la tapa del sarcófago. ¿Por qué no se le había ocurrido a él esa idea?

—Además, me encargaré de recoger tu correspondencia. Puedo incluso hacerle una visita a la doctora, si quieres. No sería la primera,

no llamaría la atención.

—No es mala idea, Di Catto. Podría ahorrarnos bastante tiempo. Incluso podríamos comprarle instrumentos usados a Catalina. Hmmm… Qué más. Si hacemos esto, podrías recuperar el bestiario, mataríamos dos pájaros de un tiro. También hay cosas en Tsacovia que me gustaría recuperar, en mi habitación. ¿Crees que podrías hacerte cargo?

—Esta noche me entretendré creando una nueva identidad. Será grato, para variar.

—¿Las diseñas? —preguntó el alquimista sin molestarse en ocultar su sorpresa. Habían terminado de encerrar al anfitrión en un sarcófago de piedra y, sin perder un solo momento, se habían sentado en el mismo suelo a parlotear.

—¿Tú no?

—Pues no —replicó, de alguna forma ofendido—. Simplemente surgen. Aficionado —bufó.

—Está bien. Hagamos esto: esta noche descansaremos. Mañana, aprovechando la visita inesperada, liquidamos unos cuantos asuntos, dejamos esto vacío, y a la noche volvemos y comenzamos a instalarte. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto… ¿Pero qué hacemos entonces con León?

Los dos se levantaron de súbito y miraron al cajón de roca. Antes o después se le pasaría el efecto del narcótico al gigantesco druida. Y le entrarían hambre y sed, y tendría que satisfacer algunas necesidades biológicas.

—Aguantará un par de días—zanjó el alquimista—. Me dio la impresión de estar como cansado, muy tenso… le vendrá bien un pequeño retiro.

—No me termino de acostumbrar a la naturalidad con la que dices esas cosas —se rió el otro—. Sea pues, León se va tomar un descanso contra su voluntad. Ya me dirás cómo piensas calmarlo cuando lo saquemos de ahí.

—Claro —se rió ahora el alquimista, mostrando todos sus dientes—, cuando lo saquemos.

Capítulo 25

La luz de la luna se colaba por algunas vidrieras rotas y numerosos agujeros en el techo. Al alquimista se le antojaba todo un prodigio que alguien pudiese vivir allí por voluntad propia, y más aún que se tratase de un druida, cuando el cetrero que le había hecho de guía en su anterior visita le había aconsejado no acercarse a la parcela. ¿Acaso no era él también otro druida? Algo se le escapaba, y lo sabía.

Por otro lado, se las había apañado para dar con un camastro no del todo destrozado y una habitación con un techo razonablemente entero.

Además, había encontrado un candil y un depósito de aceite y, por primera vez en varios días, sintió que tenía la ocasión de descansar en un lugar seguro.

Se desparramó sobre el camastro y comenzó a extender los papeles que había robado del tenderete de Pii. Durante los siguientes minutos se decidió a agrupar hojas según cabeceras y a leer párrafos sueltos para tratar de formarse una idea general.

Esparcida entre distintas secciones, se podía vislumbrar una idea general que el propio Jan reconoció a primera vista como obra de Alexei, su alumno predilecto.

Aquellas hojas que parecían más antiguas tras la desaparición del propio alquimista venían expresando su preocupación por encontrar apuntes con las fórmulas del maestro alquimista. Las siguientes, sin embargo, se centraban en el elixir que él mismo había estado consumiendo durante un largo período, aquel que la propia doctora Popolov le revelado ser nocivo y cuyo consumo le había obligado a detener.

Al parecer, el aprendiz había centrado sus esfuerzos en reproducir la mezcla a través del estudio de un frasco de elixir que había encontrado en la casa donde su maestro había sido llevado contra su voluntad. Desde allí, había buscado más viales en el propio laboratorio y había tratado de reproducir su síntesis mediante el uso de apuntes, de los ingredientes disponibles y, por supuesto, de su prodigiosa mente.

En algunas hojas se explicaban las conclusiones de distintos experimentos realizados con algunos sujetos de prueba, mientras que, en los márgenes y en algunas páginas con menos información, se encontraban esquemas o ideas generales acompañados de las etiquetas “Para Calduim”, “Calduim”, o “C”. Estos esquemas, por lo general, correspondían a ideas escasamente relacionadas con el trabajo del joven, que conforme avanzaba el tiempo, parecía más decidido a idear algunas de las mezclas de las que el propio alquimista le había hablado, incluso cuando, en algunos casos, no conocía ninguno de los compuestos o dosis empleadas. La determinación con que escribía, pese a todo, parecía encostrarse más con cada día que pasaba. En algunos casos, los márgenes y los espacios entre fórmulas y bocetos no estaban ocupados por ideas para el doctor Calduim, sino por tachones, blasfemias o cálculos que no parecían responder a ningún contenido cercano.

Los papeles menos antiguos, incluso, comenzaban a ser escasamente inteligibles, y en muchos casos las fórmulas, las estimaciones y los cálculos estaban agolpados unos sobre otros, imposibilitando su lectura.

El repaso de la documentación, pese a todo, mantuvo al alquimista despierto casi toda la noche, y a pesar de lo frustrante que le resultaba extraer información de aquellos galimatías, algunas de las notas habían sido verdaderamente reveladoras.

—Las últimas pruebas con el elixir no han sido muy prometedoras —susurró el alquimista para sí mismo, mientras leía una de las últimas cartas del joven, previsiblemente dirigidas a Covedine—. Pese a todo, parecen lograr que, quien lo consume, sí se sienta más despierto e inteligente. Estoy seguro de que, si se consumiera durante un período suficientemente largo, podría llegar a provocar una intensa adicción, independientemente de que el intelecto del individuo se acrecentase o no. Además, nos servirá para obtener información relevante que nos permitiese afinar o descartar las fórmulas y mejorar el compuesto. En cualquier caso, estoy seguro de que podrás hacer de esto una rápida fuente de ingresos, C. Firmado, tu alquimista preferido—leyó, terminando la carta y conteniendo su impulso de arrugarla y lanzarla lejos, a la oscuridad—. Menudo hijo de perra.

—¿Todo bien ahí arriba? —preguntó Adencelli de Catto desde el ruinoso salón.

—¡Todo bien!

Prefería no pensar en ello, pero de alguna forma siempre terminaba llegando a la conclusión de que Alexei iba a ser un problema. Además, uno mayor de lo que se negaba a aceptar. Un escalofrío le bajó por la nuca, y rápidamente se hizo un ovillo bajo la vetusta manta.

De una u otra forma, mañana sería un gran día, y aquello era en lo

único en lo que quería pensar. Aquello, y que, tras el enfrentamiento con León el hospitalario, necesitaría poner a punto su arma de atrezzo si no quería que se quebrase la próxima vez que hiciese uso de ella.

* * *

El sol relucía en lo más alto cuando el extraño llegó hasta la entrada de la finca.

—Ponedlo con las demás —indicó al guardia de la entrada, mientras señalaba una jaula tapada—. Y haced saber a la doctora que Adencelli de Catto la espera, con impaciencia.

—La doctora está ocupada en estos momentos…

—La doctora siempre está ocupada —atajó el otro, agriando el gesto —, de eso no me cabe duda. ¿Eres nuevo, custodio? Te he dicho que avises a la doctora, ¡con presteza!

El hombrecillo asintió, indeciso, e indicó a sus compañeros que vigilasen al extraño. Pocos momentos después, el vigía descendía a las carreras por el sendero que cruzaba el jardín.

—Adelante —indicó solamente—. Haré llevar la jaula con las demás.

Adencelli di Catto inclinó la cabeza con desdén y echó a caminar, maletín en mano y capa al viento, camino al edificio principal.

Sin molestarse en golpear la puerta, se adentró, buscó las escaleras más cercanas y descendió. En el sótano, húmedo y oscuro, se sintió mucho más a gusto, respiró con tranquilidad y comenzó otear en las salas en busca de la doctora Catalina Popolov.

—Catalina —saludó, inclinándose, ahora sí, con gracia y elegancia.

—Buenos días, Adencelli. No esperaba una visita suya en estas… circunstancias.

—A quién no le gusta una buena caminata a la luz del sol —se rió, frotándose las manos—. La pomada que me preparó funciona razonablemente bien. No es perfecta —añadió—, pero desde luego cumple su cometido.

—Me alegra mucho oír eso —agradeció ella con una sonrisa escueta —. Ahí dentro está la hija de los marqueses. ¿Quiere conocerla?

—Me encantaría —replicó, negando con las manos—, pero me temo que traigo noticias delicadas. Quizá… ¿Ha recibido la joven alguna carta recientemente?

—Así es, sin firmar. Me imagino de quién, aunque no ha consentido en enseñármelas, a pesar de que sus padres le indicaron que me hiciese caso en todo. Esa chica dará problemas, aunque con suerte, no será a mí. De tu pregunta —comenzó a mascullar la mujer—, deduzco que el interés de tu visita no se reduce exclusivamente a nuestros estudios en común. Lo que, sinceramente, me apena—. Añadió, levantándose y acercándose al hombre con un paso insinuante.

Él retrocedió, tratando de no resultar excesivamente violento, apoyó el maletín sobre la inmensa mesa de madera que monopolizaba la

estancia, y comenzó a rebuscar entre varios papeles.

—Eso no implica que no haya traído nada para ti; al contrario —añadió con aire magnífico—. Tengo algunas cifras, manuscritos… no sé si algo de esto es fiable, la verdad, pero mejor en tus manos que en las de nadie. No son más que viejos pergaminos recuperados.

—Tú y Jan…

—Jan te envía, además, algunos papeles. Creo que se ha tirado casi toda la noche para hacerte estas copias, dijo que quizá podrían serte de utilidad. La mayoría no son más que fórmulas, pero hay algunos, cómo lo dijo… cócteles de hormonas, aislantes y reactivos, ¿puede ser que dijera algo así?

—Puede ser.

—Dijo que quizá podrían servirte. No pierdes nada por echarles un ojo. Respecto a la joven…

—Saldrá cuando termine sus ejercicios. Podréis hablar entonces. Mientras tanto, me gustaría pedirle algo a Jan. Al margen de la oportunidad que ha sido el poder trabajar a su lado, yo…

—No —le interrumpió él.

—¿Perdón?

—No tiene intención de desaparecer, y yo… yo tampoco pienso irme —explicó, mostrando una sonrisa amenazante—, no sin hablar con Clara. Y después…

—No hace mucho pasó por aquí su amigo. Decía venir en nombre de la misma reina de Almoria, y resultó bastante convincente. No quiero ver a los marqueses en ningún problema por su culpa.

—Puedo imaginármelo. Aun así —añadió, acercándose más a la doctora—, figúrese que no me consta que tenga intención de marcharse con el rabo entre las piernas. De todas formas —habló, girándose, al percatarse de que estaba resultando demasiado intimidante—, estoy seguro de que antes o después se terminará pasando por aquí él mismo. Esperaré fuera hasta que Clara quede libre, no quiero robarle más tiempo, doctora.

La mujer gruñó para sí misma y se centró, aparentemente centrada en la información de sus apuntes.

—Doctor Di Catto —le llamó, antes de que él hubiese salido de la habitación. Éste se giró rápido, sonriente—. ¿Qué ha visto en Jan? Es un químico prodigioso, sin duda, pero ¿realmente merece la pena?

El hombre, aún en el marco de la puerta, sonrió, hizo una leve reverencia y se alejó por el pasillo. Al fin y al cabo, el tiempo de aquella mujer no merecía ser malgastado.

Una puerta se cerró en lo alto de las escaleras, y él se detuvo; alguien se dirigía hacia allí. Sin prisa pero sin pausa, se dio la vuelta y echó a caminar despacio. Antes de llegar a la puerta por la que acababa de salir, alguien se adentró en las escaleras que bajaban hasta

donde estaba él.

—¡Buenas tardes! —saludó un joven airado.

Adencelli di Catto se giró, contemplando a un joven con chaleco beige, camisola blanca y calzas que se perdían dentro de unas botas altas. En lo alto, un sombrero emplumado coronaba la escena.

—Hmmm… el aprendiz del doctor Calduim, creo recordar —saludó el hombre, remarcando su condición de aprendiz—. Un placer volver a verle. Vi la exposición de su equipo en Tindarelha… fue más o menos interesante.

—Y usted es…

—Migellangello de Bonateri, asistente.

—Perfecto entonces. Necesito que me acompañe, he recibido un aviso para inspeccionar una de las últimas jaulas que ha llegado.

—¿Por orden de quién? —inquirió el otro, plantándose en medio del pasillo, la pose desafiante y la mirada hostil.

—De alguien con la suficiente autoridad —replicó el otro con desdén, apartándole para pasar—. Requeriré de la atención de la doctora, si no le importa que se la robe.

—En absoluto, puede quedársela para siempre —replicó el otro, burlón—. Les deseo una próspera inspección.

El otro le dirigió una última mirada, aviesa, y entró en la sala con el rostro constreñido en una mueca. Unos segundos más tarde, el joven volvió a salir, en esta ocasión seguido de la doctora, que le dirigió una mirada preocupada a Di Catto.

Rápidamente, la mujer se perdió escaleras arriba, seguida de su acompañante, que le observó con lo que parecía ser una mezcla de incertidumbre y bravata.

Poco después, la puerta del despacho se abrió, y en esta ocasión fue la joven Clara quien salió al pasillo, oteando en rededor.

—¿Dónde está la doctora? —preguntó con antipatía, sin molestarse en presentarse al extraño—. Se supone que tiene que encargarse de mí.

—Ha tenido que atender a un invitado. Por otro lado, yo he venido de parte de de Cabbery. Él no ha podido personarse en persona por… razones. Creyó que tendrían este sitio vigilado. Me reí, pero ahora veo que no le faltaba razón.

—¿Está bien Jan?

—Estaba perfectamente cuando le dejé hace sólo un rato. Quiere saber si habrías recibido la carta que te envió.

—Recibí varias. Ninguna de hoy.

—¿Tienes contigo el bestiario?

Ella negó enérgicamente. Mala cosa. Aun así, el otro trató de no fruncir el ceño; no había visto nunca a la joven y no quería causarle una mala impresión.

—¿Va todo bien por Tsacovia? Jan está preocupado.

—Querría ir con él. La doctora es… hábil en su campo —habló, despacio, como si tratase de buscar las palabras socialmente adecuadas—, supongo, pero como profesora no vale nada. Para encerrarme en un cuarto y leer apuntes no necesito a ninguna eminencia.

—Estoy seguro de que él también querría que estuvieses allí —replicó el otro sin dudarlo, mirándola a los ojos—, pero por ahora es imposible. Estamos tratando de encontrar un sitio donde pueda quedarse con tranquilidad, pero aún no es seguro. De hecho, esta noche…

—¿Qué?

—Nada, ya veremos lo que pasa esta noche. De momento, Jan sólo necesita recuperar el bestiario, o al menos una página en concreto. También necesita saber que tú y tus padres estáis bien.

—¿Y la doctora?

—Supongo que también quiere que esté bien. La respeta mucho, creo. En fin, si no tienes el bestiario… ¿Hay algo que quieres que le diga a Jan?

—Dile que pase a recogerme. No hoy—explicó con calma—, cuando pueda. Yo estoy lista siempre.

El hombre dudó. Aquella joven tenía algo que le desconcertaba, pero se las apañó para asentir en silencio.

—Se lo diré.

* * *

—¿Así que apareció ese pequeño engendro?

—Apenas hube entrado con la jaula, así es. Tenías razón en que vigilan a la doctora.

El alquimista asintió. No había razón para esperar lo contrario; al fin y al cabo, en el convenio de Tindarelha Alexei había visto demasiado. Aquel hecho también probaba algo de lo que no había podido estar seguro hasta entonces; Alexei colaboraba ahora con su hermanastra, fuera de toda duda.

—Me imagino que el palacio de los marqueses también estará vigilado.

—Clara no tenía el bestiario, pero me dijo que te pidiese que las recogieras en cuanto fuera posible. Parecía bastante segura.

El alquimista asintió y continuó paseando por la habitación, inquieto. Se encontraban de vuelta en la oscura guarida de Di Catto, mientras la visita del druida León pasaba por el que sería su nuevo hogar.

—¿Sabes? No me gusta la idea, pero cada vez estoy más seguro de que voy a tener que matar a Alexei. La verdad es que esperaba poder traerlo de vuelta al redil. Es joven y no se da cuenta de la estupidez

que está cometiendo. No se merece esto, pero…

—No te está dando muchas opciones, no —asintió el otro—. Aun así, piénsatelo dos veces antes de actuar. No querrás dudar llegado el momento, ni querrás lamentarte una vez pasado.

El alquimista le miró y asintió, como si le acabasen de revelar un secreto de gran interés.

—Además —habló Jan—, podría saber algo útil. Tienes razón, Di Catto, como de costumbre. Deberíamos secuestrarlo y torturarlo.

—¿Yo he dicho eso?

—Además, parece estar alterado. Temo que esté consumiendo el mismo brebaje que yo consumía antes de ir a Tsacovia… y no me vino mal la temporada entre rejas. Me ayudó a limpiarme, y a él también le ayudará, no me cabe duda. Lo mejor será que dejemos la vieja casaun poco decente y no demos señales de vida durante unos días; no sería prudente volver tan pronto. Aprovecharemos para dejar esto listo y que tú puedas volver a ocuparte de tus asuntos, y después volveremos y terminaremos con todo esto de una vez por todas. Lo que me recuerda —añadió, de alguna forma sorprendido—, que había olvidado por qué me ayudas: aún te debo una.

—Así es, pero primero tus asuntos; lo mío puede esperar, y cuantas menos sorpresas inesperadas, mejor.

—En realidad, quizá sea el mejor momento. ¿Las patentes que querías destruir están en Pii? Alexei no estará allí ahora, podría ser un buen momento para deshacernos de ese lugar y de mi antiguo laboratorio.

—No quiero hacer esto apresuradamente, Jan. No podemos permitirnos ningún error… aun así, merece la pena estudiarlo. Descansa hoy y acomoda tu nueva guarida en la medida de lo posible. Yo estaré dándole vueltas a lo que me has propuesto y te diré si es viable… con suerte, antes del anochecer. Por cierto, ya va siendo hora de sacar a León de su caja, ¿no te parece?

—Estudiaré eso que me has propuesto —se mofó el alquimista, burlón—, y veré si es viable.

* * *

Para sorpresa del alquimista, alguien prefirió golpear la puerta con sus propias manos antes que usar el aldabón, “tac, tac, tac”. Sin prisa, se acercó a la entrada del lugar. Lo cierto era que le preocupaba qué clase de tarado podía llamar a la puerta de un edificio como aquel, pero le preocupaba más el que alguien entrase a investigar.

Con esfuerzo, se las apañó para deslizar los pestillos oxidados y abrió la pesada puerta.

—Por alguna razón no me sorprende verte aquí.

El alquimista se las apañó para no parecer tan sorprendido como estaba. En su puerta se encontraba el mismísimo Galerno, cetrero y

guía durante su primera visita a aquella zona. De alguna forma, había llegado a esperar no volver a encontrárselo nunca, y al parecer, el sentimiento era mutuo.

—¿Qué quieres, Galerno? Estoy ocupado.

—Busco a León. Anoche no apareció.

—Yo también le busco. Pasa si quieres, échame una mano. Estoy poniendo todo en orden, parece… que no haya estado aquí durante algún tiempo.

—¿De veras? —rió el cetrero—. Algo me dice que no le conoces en absoluto. O que mientes descaradamente.

Un animal aulló entre los árboles, no demasiado lejos. Aquello logró poner los pelos de punta al alquimista, a pesar de que no se encontraba indefenso, como lo había estado en su primer encuentro.

—¿Quieres entrar o no? —zanjó, comenzando a cerrar la puerta.

—Te echaré una mano. ¿Has mirado en los dormitorios?

—No he encontrado nada de interés allí arriba. Están más oscuros y sucios que el salón, y ya es decir. He montado un pequeño alambique en uno de ellos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Ían?

—¿Ían? —repitió el otro, esbozando una sonrisa burlona—. Sí, eh… he llegado hace un rato, pero cuando a uno le expulsan de todas partes, coge práctica montando y desmontando el espacio de trabajo. ¿Por dónde quieres empezar?

—Si arriba no hay nada, merece la pena echar un ojo a las catacumbas. Tengo entendido que las usaba para colgar queso y embutido que él mismo hacía. Supongo que para ahumarlo.

—Tiene sentido. A las catacumbas entonces —concluyó el alquimista, tratando de no parecer nervioso. León reposaba en una de las primeras salas que uno se encontraba al acceder a las catacumbas. Y a aquellas alturas, estaba más que seguro de que el hombretón ya habría superado los efectos del narcótico.

—¿Crees que se molestaría si tomamos un poco de ese embutido? —preguntó Jan, tratando de ocultar un nerviosismo creciente.

—Yo no me arriesgaría; siempre ha sido muy posesivo, muy… territorial.

El alquimista tragó saliva. Caminaba con calma detrás de su acompañante, aunque le costaba prestar atención a lo que éste le decía. En su lugar, sólo podía pensar en cuántas formas posibles había de que aquello terminase fatal.

—¿Conoces bien estas catacumbas? Está oscuro aquí abajo.

—Lo suficiente.

El alquimista blasfemó para sí mismo y continuó siguiendo los pasos del otro. Las opciones menos terribles parecían ser tres: atacar por la espalda al cetrero, que en un combate a golpes tenía todas las de

ganar; tratar de encerrarle en una habitación distinta a la de León, para evitar que lo sacase de su cajón particular; y por último, tratar de aparentar que no pasaba nada, seguir al hombre y rezar para que no encontrase a su prisionero.

—¿Sabes qué, Galerno? La primera vez que te vi no me gustaste —habló, sin pensar demasiado bien lo que decir. Sólo quería distraer al cazador—. Ahora, sin embargo… bueno, tampoco me gustas, la verdad.

—¿A dónde quieres llegar?

—A ningún sitio. Sólo quiero salir de aquí, no me gustan las catacumbas, los bosques, las ruinas… son como más para aventureros, ¿no te parece?

—El bosque es para los druidas.

Odiaba a los druidas. Y no dejaba de olvidar que aquel hombre, pese a no ser un barbudo naturalista con predicciones nefastas, también era uno de ellos. Sin dejar de seguirle, comenzó a tantear la empuñadura de la espada de atrezzo. Lo primero que había hecho tras dejar la guarida de Di Catto había sido asegurar las partes dañadas con unas cintas de cuero y un par de clavos mal puestos. Una chapuza, sin duda, pero él nunca había sido un manitas para esas cosas.

—¿Nunca te habían dicho que tienes cara de llamarte Abelardo? Te pega mucho más que Galerno.

—Nunca me lo habían dicho. ¿Quieres esperar arriba, de Cabbery? Te noto nervioso, y me estás distrayendo.

—La verdad es que lo preferiría, aunque… mejor te acompaño. Nunca se sabe dónde puede surgir un peligro. Mejor que no te coja solo, yo te cubro la espalda. He leído que en las catacumbas puede haber espíritus o ghouls… o reptadores.

—No creo que haya carroñeros en unas catacumbas vacías. Aunque sí podría haber espíritus, supongo. Claro que León se habría dado cuenta.

La inspección de las catacumbas duró más de lo que a Jan le habría gustado. Mientras que algunas habitaciones tenían unos pequeños ventanucos a ras del suelo, por los que se colaba algo de luz natural, la gran mayoría no tenían más luz que la que el pequeño candil del cetrero arrojaba a su paso. Montones de mugre, polvo y tela de araña se apilaban por el suelo y las paredes, y todo estaba teñido de un desagradable color ceniciento. El primero se acercó a un cuarto de aspecto menos sucio, apartó un candelabro blanquecino de una patada y giró la manilla de la habitación.

—Parece que ahí es donde suele ahumar.

El alquimista no protestó; el pequeño cuarto era uno de los que disponía de un pequeño ventanuco. El lugar no era demasiado amplio, pero tenía unos pequeños asientos, unos taburetes de aspecto vetusto y

una suerte de ganchos colgando del techo, muchos de ellos con embutidos y quesos.

Lo primero que se le vino a la mente fue que no se le ocurría ninguna buena razón para colgar y ahumar quesos, pero al fin y al cabo, él no era un druida chiflado.

Entró en la sala siguiendo a Galerno, miró en rededor y se dio cuenta de que, además de los embutidos y quesos, de los taburetes y una pequeña mesa de aspecto ruinoso, no había nada en aquel lugar. Sin hacer ningún comentario, caminó despacio hacia la salida mientras el otro continuaba ojeando los alimentos colgantes, y antes de darle tiempo a reaccionar, cerró la puerta, tomó la manilla y la atrancó con el candelabro ceniciento.

* * *

—¿Ese es tu gran plan? ¿Vas a encerrar a cada persona que aparezca por aquí en el sótano?

—Sólo si es un druida —replicó el alquimista.

Su acompañante había tardado más de lo planeado en llegar, pero con todo, había logrado estudiar el plan a profundidad en muy poco tiempo. Pasaba de media noche cuando Adencelli de Catto se personó en la entrada y el alquimista le recibió, esta vez sí, preparado con una vieja ballesta y con todos sus artefactos y frascos a la vista.

—Además, sólo es provisional. Antes o después, estoy seguro de que podré dejarles ir y todo quedará en una anécdota graciosa. Un recuerdo del que reírse. ¿Sabes qué? He estado leyendo con calma todo lo que cogimos del tenderete de Pii en el convenio, y encontré algo gracioso: mientras que yo estuve preparando en un surtido pensado para hacer enfurecer a las bestias, el doctor Calduim estuvo trabajando en un sedante suave que se podía aplicar por medio de vapores. No un sedante volátil, sino un potingue que, cuando uno se acerca…

—¿Qué tienes en mente, Jan?

—El tipo que he encerrado ahí abajo puede controlar a los animales, y no querría terminar devorado. En cuanto le encerré, volví por fuera y cerré el ventanuco, lo tapé con tierra para que no pueda hablar con sus amigos lobos y águilas, pero no me da demasiada confianza. Me dijo algunas cosas desagradables, aunque no le puedo culpar.

—¿Es posible que se te esté yendo un poco de las manos?

—¡Oh, en absoluto! Antes de todo esto, en Tsacovia, estaba trabajando con otro proyecto distinto.

—Déjame adivinar —le interrumpió el otro—, si pudieses recuperarlo…

—Exactamente. Mira, tengo un plan. Necesitaremos varios días para ponerlo en marcha, algo de esfuerzo y, bueno, un poco de tu dinero. Estaré encantado de reponer todo lo que he tomado en cuanto

Covedine empiece a enviarme lo que nos corresponde, te lo prometo.

—No es el dinero lo que me preocupa. ¿A dónde vas a ir esta vez, Jan?

—Pii, Tsacovia y Bukovia. Caerán los tres objetivos a la vez… pero antes necesito que hagas varias cosas para mí.

Capítulo 26

—El plan no me gusta. Es… el plan que menos me gusta de todos los que has tenido, Jan. Nos jugamos mucho.

—Lo sé. No te creas que no entiendo la cantidad de tiempo, esfuerzo y dinero que has puesto en esto. Saldrá bien.

Los dos hombres esperaban en las catacumbas, que quedaban ahora vagamente iluminadas por una serie de candiles que habían bajado. Cada poco miraban atentamente a los ventanucos, mientras un silencio denso devoraba la estancia.

—Ya casi es mediodía —sentenció el vampiro, seco—. Buena suerte.

—Buena suerte, Adencelli. Y no pongas esa cara tan larga. Nos veremos antes de medianoche.

El vampiro asintió, comenzó a canturrear en bajo y lanzó el conjuro. En apenas un momento, el alquimista había desaparecido del sótano.

—Nos veremos antes de medianoche —susurró, molesto—, o no volveremos a vernos nunca.

Antes de retomar los cánticos, se dio un paseo por la estancia: revisó sus bolsas, se palmeó los pliegues de la ropa para comprobar que llevaba todo lo necesario y, finalmente, comenzó a preparar el conjuro para su propio teletransporte.

En algún lugar del continente, si nadie les había traicionado, alguien estaría lanzando un tercer conjuro.

El vampiro suspiró, falto de fé, y esperó que así fuese, por el bien de todos.

* * *

—Guardia, haz saber a la doctora que Adencelli de Catto espera.

—¿Alguna jaula, carreta, mercancía?

—Nada que declarar —respondió con sequedad el visitante—. Y ahora ve a avisarla, no malgastes mi tiempo.

El custodio no se hizo de rogar. Pidió a sus compañeros que cubriesen su puesto vigilando la entrada de la finca y, visto y no visto, echó a correr sendero arriba.

Jan Farelian le observó correr mientras trataba de mantener la cabeza gacha: no estaba seguro de cuánto tiempo tardarían en darse cuenta de que él no era el llamado Adencelli, pero sólo necesitaba que

el engaño durase lo suficiente para entrar al laboratorio.

* * *

—Con su permiso —habló el vampiro, acercándose a uno de los guardias que protegían la casa de invitados—, ¿serían tan amables de indicarle al señor marqués que su amigo Sir Quirrel le espera? Me he desviado en una visita privada, y nada me gustaría más que poder compartir con el margrave algunos pensamientos e impresiones. Hágaselo saber con pelos y detalles, por favor.

—Así se hará —aseguró el guardián.

—Hágale saber que le espero en el ala del maestro de Cabbery, como me indicó. Tengo la llave —añadió en un susurro confidencial.

El hombre asintió, acercándose al invitado para hacerle ver que entendía el carácter privado de la visita. En un abrir y cerrar de ojos, ya caminaba a paso vivo hacia el edificio principal, mientras el invitado accedía al ala en desuso del edificio de invitados.

Adencelli di Catto cerró la puerta con llave al entrar, abrió las ventanas y los postigos y miró al cielo. Dentro de poco, si todo iba según lo previsto, alguien estaría irrumpiendo en Pii.

* * *

El comando aterrizó con elegancia sobre el descampado. Desde donde estaba, el hombre de pelo blanco podía observar el desvencijado edificio Prahlini. El viento soplaba fresco y el sol calentaba el cuerpo. A su lado apareció una mujer en armadura completa, armada con una hoja larga y con el pelo recogido en una coleta.

A su otro lado, aparecieron el troll y la mujer de piel negra, que rápidamente adoptó la forma de un gran felino.

Tras él aterrizaron otros dos hombres; uno de ellos se permitió colocarse el pelo y disfrutar de la brisa, mientras otro se postraba de rodillas y comenzaba a vomitar.

—No te desanimes, Peixe. Cada vez te pasa menos.

—¿Dónde están Huanpu y Frintezza?

—No pueden haber caído lejos. Cuando aparezcan y Peixe se haya recuperado, poneos manos a la obra. Para los que vais al edificio Prahlini, recordad: mapa siempre a la vista y armas fuera; aunque no se esperan peligros, podría haber… ¿fantasmas? Eso dice en la carta, bueno. En cualquier caso, siempre alerta. Para los que vais al archivo, discreción. En caso de ser descubiertos no opongáis violencia, no queremos un enfrentamiento aquí.

—¿Con quién vas tú? —acertó a preguntar el maltrecho hechicero.

—Hay un hombre encerrado en las dependencias la guardia. Encerrado por… prácticas de brujería y alquimia prohibidas, por alzar a los muertos, seducir mujeres… bueno —añadió, arrugando la nota que estaba leyendo—, quiero verlo con mis propios ojos. Creo que

merece la pena investigar.

—¿Posible recluta?

—Quizá sí, quizá no. No me fio de la gente con tanto drama y espectáculo a sus espaldas… le llaman "el espectro". Personalmente, creo que si fuese tan capaz de hacer las cosas de las que se le acusa, no le habrían encerrado en una celda vulgar, pero como dije, no se pierde nada por mirar. Si esto sale bien, nos vamos a hacer muy ricos. O al menos, razonablemente menos pobres. ¡Suerte, y adelante!

* * *

Jan Farelian descendió por las escaleras y buscó la habitación donde le habían indicado que estaría la doctora. Antes de entrar, escuchó un grito, sonido de pasos y se apartó al ver la puerta abrirse.

—¡Jan!

—¡Clara! —exclamó él, alzándola en brazos y besándola en los labios, sin reparo.

—Dentro está ese idiota repelente de tu aprendiz, con la doctora. Llévame contigo y no volvamos aquí.

—Ese joven repelente amenaza a tus padres, Clara. He venido aquí para llevarte conmigo, sí… pero también para hacerme cargo de él. De una vez por todas —añadió, abriendo la puerta del despacho.

—Así que Adencelli di Catto. ¿Por qué no me sorprende? —se rió el joven Alexei, que se encontraba sentado con sus piernas sobre la mesa. Antes de dar tiempo al que fuera su mentor a decir nada, comenzó a aplaudir despacio, con sorna.

—No te sorprende porque eres estúpido y engreído. Pero no te preocupes —añadió, llevándose la mano a la empuñadura del arma—, estoy aquí para ayudarte con eso. En guardia, Alexei.

—¿En guardia? ¿No vas a convertir esto en un duelo de dialéctica? ¿En una pelea de químicos, lanzándonos frascos, haciendo florituras?

—¿Tan surrealista eres? ¿Qué quieres, que nos peleemos encima de la mesa, quieres que nos bajemos los pantalones? Coge tu maldita arma, Alexei, es mi último aviso.

—No tengo un arma —se sinceró, poniéndose en pie y recolocándose el sombrero—. Me da igual si tú sí.

El alquimista no le dio tiempo a decir más. Desenvainó la espada de atrezzo, gritó con furia y corrió sobre la mesa. El joven le lanzó un frasco, que cayó a sus pies y explotó, derribándole. Aun así, Jan Farelian se consideraba noble pero no estúpido, y el cóctel que había ingerido antes de entrar en aquel edificio, suficiente para destrozarle el hígado a un caballo adulto, le hacía casi imposible sentir dolor. Y conforme los reactivos pasaban a su sangre, comenzaba a notar como, cada segundo que pasaba, le comenzaba a resultar más difícil sentir otras cosas.

Se puso en pie sin saber cómo, porque apenas sí sentía su cuerpo de

rodilla para abajo, y se abalanzó sobre el joven justo a tiempo para golpearle con su arma en la mano. El brazo del aprendiz cedió con un crujido, el frasco que sostenía cayó, y una nube de vapor ominoso surgió a sus pies.

Los dos se retiraron, quedando a sendos lados de la gran mesa que ocupaba el centro del lugar. Las dos mujeres, que observaban desde la entrada, se mantenían inmóviles.

Alexei viró rápidamente y se hizo con una escoba, que empuñó con inusitada agilidad. Tras unos momentos de miradas tensas, los dos combatientes dieron un paso adelante y pisaron sobre el asiento de su lado de la mesa.

Otro paso adelante y los dos químicos se batían ya en duelo sobre la mesa, escoba contra espada de madera.

—Jamás debí sacarte del aula —gruñó el mayor, lanzando un devastador golpe vertical—. Sólo supe ver tu potencial, pero no tu falta de iniciativa.

—¿Mi falta de iniciativa? —aulló el otro, retrocediendo y volcando un vaso de agua—. ¡Fuiste tú quien nos abandonó! ¡Yo retomé tus planes y los mejoré! ¡Los convertí en algo más ambicioso!

—Los convertiste en una mierda —escupió Jan, al tiempo que lanzaba una estocada directa al corazón.

El joven intentó parar el golpe, sin suerte, y el arma de madera le impactó en el pecho sin grandes consecuencias.

El joven retrocedió, recuperó el equilibrio y se incorporó de nuevo.

—Y aquí estás otra vez haciendo el ridículo con un arma de madera. ¿No te cansas?

—¿Cansarme? ¡Lo adoro!

El otro se lanzó antes de que su mentor continuase hablando. Asió la escoba con las dos manos y descargó un golpe simple pero efectivo contra el hombro del alquimista, que aulló dolorido.

—¡Me has hecho daño!

—¡Y tú a mí! ¿No lo ves?

El hombre retrocedió, bajando el arma y alzando el brazo libre.

—No lo supe ver, yo…

—No pienso caer en esa.

El alquimista no perdió tiempo; no teniendo la mano tendida de su oponente para golpear, se abalanzó de nuevo con furia, descargando una tormenta de golpes secos pero veloces. Las armas comenzaron a crujir de forma lastimera, pero el intercambio de golpes, lejos de cesar, se fue acrecentando.

—Sólo eres un cafre. No eras nada sin mí, Alexei. No supiste hacer nada por ti mismo hasta que pervertiste mis planes… ¡Melón!

—¡Imbécil! —gritó el otro, retrocediendo.

—Inútil, incapaz, estúpido, abollado, tonto rampante, simple, patán.

—¡Zopenco, débil, idiota!

—Mameluco, ignorante, pasivo…

Más pronto que tarde, la escoba se rompió, pero eso no impidió a los dos contendientes continuar lanzándose golpes con furia.

* * *

—Señor margrave…

—Deme una sola razón por la que no deba ordenar a la guardia prenderle al momento. Además de estar en el cuarto de Tankridian y tener su llave, se entiende.

—Tankridian…

—Ya no es bienvenido. Ni él, ni ningún amigo suyo.

Un tercer hombre se adentró en la sala con paso gallardo, la porte firme.

—Por su culpa estamos en graves problemas —habló el capitán de la guardia, Ardauz Milampere—. Contrarió las instrucciones de los marqueses, se personó en el convenio de la reina Caroline, marcándonos como sus aliados, y luego la atacó. Tanto si lo hizo a propósito como si no, Tankridian de Cabbery nos ha dejado en una posición deplorable.

—Así es —confirmó el margrave—. Ían nos ha traicionado, de una u otra forma. Por su culpa tenemos a ese hombre espantoso deambulando.

—¿Qué hombre?

—El capitán de la guardia personal de la reina Caroline. Estamos bajo vigilancia permanente por culpa de Ían.

—Nosotros le acogimos —habló el margrave, que tenía aspecto de estar cansado más allá de todo límite humano—, le dimos todo, y así nos lo ha agradecido.

—Jan no lo hizo a propósito, se lo aseguro…

—No nos importa. Mi esposa y yo confiamos en él, y a cambio, él decidió actuar por su cuenta, sin pararse a pensar cómo nos afectaría. Tankridian de Cabbery es persona non grata aquí. Así que por favor, coge lo que sea que hayas venido a recoger para él, y no vuelvas nunca más. Dile a él que tampoco lo haga, ¿está claro?

—Meridianamente claro, señor marqués.

* * *

—¡Y además, eres un obtuso! —zanjó el alquimista, haciendo un torpe molinete con el arma y, a continuación, dándole una fuerte patada en la espinilla a su aprendiz, que aulló de dolor, trastabilló y se cayó de la mesa, golpeándose el hombro contra el banco y finalmente dando contra el suelo con el rostro.

>>Ríndete —pidió Jan, bajando con elegancia del gran mesón—. No quiero hacerte más daño, Alexei. Tú y yo no tenemos por qué ser enemigos. Te ayudaré, igual que Catalina me ayudó a mí.

—¿Tú? ¿Ayudarme a mí? —alcanzó a articular el otro, aún tirado en el suelo, la pose retorcida y el rostro desencajado—. Ni en tus sueños más ridículos, Jan. Tú y yo…

—¿Ahá?

El joven comenzó a moverse de forma lastimera, luchando por darse la vuelta. El alquimista le empujó con un pie, ayudándole con desdén.

—Tú y yo —repitió el más joven, ahora mirando a su oponente con el rostro contraído por el odio—, volveremos a vernos.

El joven aprendiz desapareció antes de que su oponente pudiese articular palabra. Un vistoso doblón de oro captó su atención durante un momento. Al momento en que la moneda golpeó contra el suelo, el joven ya no estaba allí.

Nadie se movió ni pronunció palabra. No hasta que el alquimista blasfemó y se inclinó sobre el lugar donde hacía un momento se encontraba su díscolo aprendiz.

—Joder. ¿Qué es esto?

—Parece un doblón de Calcheder. Musí —explicó la doctora, acercándose. La joven se acercó también—. Era bastante habitual verlos en otros tiempos. Eran un pequeño honor, se le entregaba a alguien importante y, si esta persona se veía en apuros, lo lanzaba al aire y en un visto y no visto, aparecía allí donde había obtenido el doblón.

—Astuto —susurró el otro, recogiendo el doblón y examinándolo con una mezcla de inquina e interés—. En fin, los dioses saben que lo he intentado. La próxima vez…

—¿La próxima vez qué? —le interrumpió la doctora—. ¿Piensas matarle, Jan? ¿Tan seguro estás de que podrás?

—Tan seguro de que el sol saldrá por el este. Este Alexei es un joven con un gran potencial, de eso no hay duda… la verdadera pregunta —añadió, incorporándose rápidamente y cercando a la doctora—, es si tú estás tan ciega para no ver que, por sí mismo, es un pollo sin cabeza. Un peligro, no sabe a dónde va, ni qué es lo que va a querer cuando consiga lo que quiere. La verdadera pregunta —continuó hablando, acercándose más a ella—, es hasta qué punto estás dispuesta a ignorar eso, Catalina. ¿Tanto te duele el rechazo? ¿Tan… ordinaria eres?

La mujer le miró en silencio, a todas vistas luchando por mantener la compostura.

—Qué decepcionante. Vámonos, Clara.

—Gracias —habló la mujer más joven, tomándole de la mano—. Estos días con la doctora han sido ridículos.

—Jan.

El alquimista se giró, arqueando una ceja. Clarienna Von Meister se giró también, ella, con una mueca de desprecio en el rostro.

—No puedo permitir que te lleves a la hija de los marqueses.

—Impídemelo si puedes —se mofó el otro—. Échame a tu ridícula guardia encima. O a tu papá, me da lo mismo. No serías tan estúpida de pensar que he venido aquí sin… o bueno —se interrumpió a sí mismo, curvando sus labios en una sonrisa cruel—, quizá sí lo serías. En cualquier caso, le deseo lo mejor, doctora. Ojalá recuperes su buen juicio, el mundo se merece una mente preclara. Un saludo —añadió tras una larga pausa, girándose para hacer una sutil reverencia—, y mis mejores deseos.

—Jan.

—¿Ahá? —rumió, ya sin molestarse en dedicarle una última mirada.

—Eres despreciable.

—Lo sé.

—Y te odio.

—Lo sé .—Se carcajeó con elegancia—. Si piensa hacer algo al respecto, será mejor que se ponga a la cola.

Capítulo 27

—Todo está listo.

—Te lo dije, Di Catto —exclamó el otro, con énfasis contenido—. No había razón para esperar que esto saliese mal.

—Tampoco la había para esperar que saliese bien.

El alquimista le quitó importancia con un gesto y continuó andando. Era el momento de llevarle algo de comida a León. Tras mucho discutirlo, habían llegado a la conclusión de que la forma menos mala era convencerle de no intentar escapar, bloquear la tapa del sarcófago de forma que no pudiese ser levantada pero sí deslizada, usando uno de los nichos del sótano, y entregarle algo de comida y alimento.

Los dos hombres y la joven mujer bajaron por las escaleras del sótano, candil en mano y con expresiones victoriosas. Caminaron durante un momento por el lugar, aún colmado de polvo y ceniza y llegaron a la habitación del sarcófago.

—¿Jan?

—No —se adelantó el otro, luchando por no perder los nervios—. Se ve que no lo dejé bien cerrado. Me pregunto si…

—Galerno tampoco está.

Ninguno de los tres articuló palabra de inmediato; las miradas volaron de uno a otro, y de ellos a los oscuros alrededores.

—Tranquilos. Si no nos han atacado cuando bajábamos, que era el momento perfecto para emboscarnos, es que han debido irse.

—La pregunta es hasta qué punto es seguro quedarse aquí.

—Tiene razón—le apoyó Clarienna—. Por lo que habéis dicho, esos dos hombres parecían bastante peligrosos.

—Joder —blasfemó el alquimista—. ¡Odio a los druidas!

—Cálmate. Ahora necesitamos pensar con claridad.

Jan Farelian miró al vampiro, se detuvo un momento para contemplar su expresión calmada y tomó aire; él tenía razón, perder los nervios no les llevaría a ningún lado.

—Clara.

—¿Sí?

—A mi cuarto. Ya has oído a Adencelli, necesito… necesitamos, los tres, pensar con claridad. Y yo ahora no la tengo, estoy… alborotado.

La joven asintió con una sonrisa. Adencelli di Catto, por su parte,

optó por guardar silencio. Se le ocurrían muchas opciones más productivas que encerrarse en un cuarto ruinoso con aquella joven para satisfacer sus necesidades, pero sabía que, ni era decisión suya, ni el alquimista estaba en disposición de hacerle caso en aquel momento.

De la misma forma que, desde que se habían unido, cada vez más había sido él quien había tenido que dar el brazo a torcer.

—Jan —habló Di Catto, mientras los otros dos ascendían por las escaleras—. Tengo algo importante que hacer. Yo también necesito ver a alguien para decidir cuál es nuestro siguiente paso. Si algo se tuerce, he dejado un pergamino que os llevará de vuelta a mi guarida. Está en mi cuarto, sabes cuál.

—Gracias Di Catto. ¿Te veremos mañana?

—Pasado mañana a más tardar. Cuidaos mucho —pidió—, y no hagáis ninguna estupidez.

* * *

La noche pasó rápido en la sucia alcoba. Apenas hubieron cerrado la puerta de la sala, las prendas comenzaron a pesarles demasiado a los dos amantes. Desprovistos de ellas, todo se volvió fácil y fluido, como si no fuese concebible ninguna otra opción.

Durante algunas horas se perdieron entre gemidos y suspiros, miradas cómplices y sonrisas cargadas de picardía. Sus cuerpos se separaban y se unían, se entrelazaban y se restregaban con inusitada avenencia.

Una vez satisfechos, ya faltos de energía, la pareja se limitó a quedarse en la cama de la sala en ruinas, mirándose en calma.

—Ha estado bien.

Ella asintió sin dejar de observarle, una sonrisa colmándole el rostro.

—Cuando papá y mamá se enteren de esto…

—Ya se habrán enterado. Y seguramente, la reina Caroline también. Lo debe de saber todo el mundo. Aunque si sale mal, siempre podemos decir que te rapté contra mi voluntad.

—Pero la doctora…

—La doctora no será un problema —atajó él, convencido—, por la cuenta que le trae.

La respuesta pareció complacerla, de forma que se volvió a dejar caer sobre el pecho de su acompañante.

—¿Cuál es el siguiente paso entonces?

—Los hombres que contraté pudieron arramplar con todo lo que había en el laboratorio de Pii, pero no fueron capaces de cumplir con la labor que me encomendó Adencelli. Sospecho que por eso se ha ido, hay algo en todo esto que no me ha contado, y le preocupa.

—Adencelli te ha estado utilizando desde el principio. ¿Por qué le ayudas?

—Tal y como él me lo explicó… tenemos un objetivo común. Le

ayudo por simpatía, y aunque ha estado intentando dirigir mis pasos, lo ha hecho, ahora lo veo, para bien. Intentó alejarme de mi búsqueda de venganza varias veces, que al fin y al cabo es lo que nos ha llevado a esta situación. Intentó darme otros asuntos de interés… la doctora, el bosque de la Falkeira… intentó que me replantease cosas.

—No lo hizo demasiado bien, entonces.

El alquimista rió. Sabía que la joven mujer pretendía hablar en broma, pero el cinismo y la acidez con que escupía cada palabra, a pesar de su bella sonrisa, le recordaba ya no a su hermanastra Caroline, sino a otra mujer de su pasado.

—Hablas como una vieja amiga mía.

—¿Te gustaba?

—Me volvía loco. Pero no te preocupes —añadió, al ver cómo se quebraba la sonrisa de ella—, jamás volveré a verla.

Clarienna sonrió de nuevo, aunque el alquimista no supo con seguridad si por el comentario o por la desaparición de aquella mujer que le había vuelto loco. La joven le inspiraba una mezcla de sentimientos enfrentados, pero su mera cercanía le sumía en un frenesí que le impedía apartarla de su mente.

—Sin el laboratorio de Pii, Alexei estará más limitado, aunque creo que la doctora Popolov no dudará en ofrecerle un sitio en su laboratorio.

—Entonces échalo abajo. Soluciona dos problemas con un único movimiento.

—No es tan fácil. La doctora es una gran mente, y Alexei…

—La doctora no dudará en apuñalarte por la espalda si vuelves a enfrentarte a Alexei. Ante mí, fingía repulsión, fingía… ser una frígida, pero podía ver cómo se miraban desde los extremos de la mesa, Jan. Ella no quiere hacerlo, pero si tiene que escoger, no dudará un momento en hacer lo que sea necesario para salvarle. Y además, lo hará convencida de estar haciendo lo correcto.

—Quizá sea lo correcto. Yo he empezado todo esto. No he aportado nada bueno a nadie…

—Menuda tontería. Mírame a mí. Sin ti, seguiría jugando a ser una muñeca esperando a casarme con un noble con tierras. Y Adencelli estaría… no lo sé, pero estaría peor, no te quepa duda. En lo poco que me has contado, no has parado de mangonearle, y aun así sigue a tu lado; echa cuentas. Tu amigo mercader también está mejor, lo encontraste amargado bebiendo en una mesa a solas; ahora tiene una vida y una motivación, mejor o peor, pero la tiene. No digas que no has hecho ningún bien, porque es una estupidez.

—Y a ti no te gustan los estúpidos —replicó el otro, forzando una sonrisa agridulce—. Está bien, merece la pena entonces. El siguiente paso supongo que es esperar a Adencelli. Los hombres que

contratamos dijeron no haber encontrado más que unas estanterías en un cuarto mojado. Se deshicieron de todo lo que había dentro, pero por cómo lo describieron, Adencelli está seguro de que no es lo que buscábamos. Cuando vuelva sabremos a dónde debemos ir después. Sospecho que nos tocará perseguir esas patentes, aunque admito que me gustaría saber por qué son tan importantes… además de por el bien común, quiero decir.

—¿Podré acompañaros en vuestra próxima salida?

—No lo sé —respondió el otro, incorporándose y colocándose sobre la

muchacha—, ¿has entrenado algo mientras yo no estaba?

—Estoy en plena forma —respondió ella, deshaciéndose en una sonrisa melosa.

El otro no se hizo de rogar. Deslizó su barbilla por la piel cuello de su acompañante, besándolo a intervalos regulares. Mientras la acariciaba con las manos, continuó deslizándose cuerpo abajo; se deslizó por sus pechos y por su vientre, y después, continuó deslizándose.

* * *

Alguien golpeó la puerta con verdadera fuerza, con furia contenida podría decirse, porque el repicar del aldabón resonó por toda la casa.

Momentos más tarde, el alquimista se presentó en el umbral con la espada de atrezzo en una mano y un trozo de queso duro en la otra.

A sus espaldas, Clarienna observaba con dos ojos muy abiertos, grandes como platos. Afuera, no se encontraban sólo los antiguos cautivos, León y Galerno, sino una mujer enorme, de más diez pies, y los tres les observaban en silencio.

—Un gigante —masculló él con aire teatral—. Uno nunca sabe qué va a haber tras esta puerta. Y eso que parecía una zona tranquila… ¿Puedo ofrecer queso?

—¿Es ese mi queso? —rugió León.

—Depende —masculló el otro, midiendo sus palabras—. ¿Estaba tu queso colgado en un cuarto en el sótano de este edificio, en un cuarto lleno de cenizas en el cuál encerré a un hombre hace como un par de días?

—¡Sí!

—Pues no, es otro queso completamente distinto,¡.

—Ya basta —les interrumpió el cetrero, que sostenía ahora a su ave sobre su diestra—. La doncella Frigil demanda una reunión. Vendrás por las buenas o por las malas.

—Iré por las buenas, no hay motivo para enfadarse. ¿Queso? —ofreció, hablando con la boca llena—. Está un poco ceniciento, pero…

—Hora de partir —le interrumpió la giganta, mostrando, para su sorpresa, una voz femenina y bella.

Los cinco anduvieron durante un rato, sin pausa pero sin prisa.

—Tenía un amigo muy sabio que habría descrito esta situación con las palabras adecuadas: "la tensión se podía cortar con una patata". ¿A qué viene todo esto?

—Guarda silencio, forastero—atajó el cetrero—. Es un gran honor tener audiencia con una de las doncellas.

—Las doncellas servimos a la naturaleza —habló la mujer gigante—. Vagamos donde somos más necesarias. Y este lugar necesita de toda ayuda posible. Mis hombres me han hablado de tus proezas.

—¿Mis proezas?

—Nosotros no empleamos esas palabras —gruñó León, que de nuevo se asemejaba más a un gigantesco oso que al animal del que tomaba su nombre.

—Te adentraste en el bosque y fuiste atacado por quimeras. Te inmiscuiste entre la reina Laurel y su consorte y sobreviviste. Y te deshiciste de estos dos druidas hábilmente. No son los mejores druidas a mi mando —añadió, para disgusto de sus acompañantes—, pero son hombres capaces.

—En realidad, sólo los engañé.

—León quería despiezarte con sus propias manos —continuó hablando como si nada—. Pero por suerte, decidió liberar a su amigo y acudir en mi busca. Tankridian de Cabbery, ellos son druidas. Y al igual que yo, están en armonía con el bosque. Podemos sentirlo de la misma forma que él puede sentirnos a nosotros. Tú, sin embargo…

—No me gusta el rumbo que está llevando esto.

—Tú —siguió diciendo la mujer—, puedes abrirte paso hasta el corazón del mal.

—¿Te refieres al pedrusco? ¿En el santuario de la luna?

—El rey…

—¿Ha caído?

La mujer se giró, mirándole directamente por primera vez desde que habían llamado a su puerta.

—Deja de interrumpirla —le indicó el halconero.

—El rey del bosque tenía razón, pero también la tenía Laurel. No se puede poner trabas a la vida. No puede pretender detenerse la evolución ni la especiación. Sin embargo —añadió, tras un profundo suspiro—, tampoco ha sido prudente permitir que lo desconocido arraigue en el hogar de uno mismo. Incluso si es lo más imparcial…

—No estábamos preparados para esto —habló de nuevo el cetrero—. Los dos se han perdido, tanto el rey como Laurel. La mayoría de los druidas que no se fueron dando cuenta, las dríades, incluso algunos centauros y gorgonas… el corazón del bosque, entero, está corrupto.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Algún tipo de… magia? ¿Demonios?

—Una simple planta. Al igual que hay hongos capaces de infectar a

hormigas para que dispersen sus esporas, al igual que hay gusanos capaces de alterar la conducta de su hospedador… una especie nueva ha arraigado bajo la protección del rey del bosque, y lo ha infestado todo, animal o vegetal. El corazón del bosque está envuelto en gruesas lianas de flor violeta, el aire colmado de esporas y la unión que unía a sus habitantes, corrompida, dedicada únicamente a su perpetuación. Por eso necesitamos a una persona que no esté en armonía con el bosque.

—¿Y por qué yo? ¿No sería mejor algún renombrado aventurero? ¿Alguien con un buen historial de victorias heroicas, de actos caballerosos a sus espaldas? Pregunto desde el desconocimiento.

La giganta sonrió por primera vez, aunque lo hizo con dureza.

—Porque la alternativa era dejar que León te descuartizase. En el peor de los casos, mueres de todas formas.

—¿Y en el mejor?

—¿Qué te gustaría?

—Me gustaría quedarme con la casa de León. Es perfecta para mí y para mis amigos.

—¡Nunca! —rugió el druida.

—Es un trato justo. Líbranos de esta plaga, Tankridian de Cabbery, y la finca de León Valdero, *el lancero rojo*, será tuya por derecho con todo lo que contiene. Son mis deseos —añadió, dando a entender que no era un tema abierto a discusión—. Prepárate y sal. Cuanto antes mejor.

—Una última pregunta. ¿Qué pasaría si, como has dicho, muero en el intento?

—Buscaremos a más —zanjó la mujer, como si estuviese diciendo algo evidente.

* * *

Rebuscando entre sus trastos, pocas veces se pudo haber alegrado tanto de ver la máscara de metal con que la marquesa lo había retenido en sus calabozos. Al parecer, formaba parte de los bultos de viaje de Clarienna. Un gran alivio, teniendo en cuenta que ya estaba pensando cómo podía hacerse una máscara protectora con los trastos oxidados que había por la casa; aquello dejaba una tarea menos de la que preocuparse.

—¿Cómo piensas apañártelas? Casi ninguno de estos tarros tiene nombre.

—No me hace falta —se rió el alquimista, seguro de sí mismo. Entre sus manos pasaban a velocidad vertiginosa distintos frascos, tarros y botellas del botín que habían traído los mercenarios del edificio Prahlini, junto con todo el instrumental que no había llegado a pedirle a la doctora. No era igual de bueno, pero tendría que servir.

Mientras él se peleaba con los brebajes, pomadas y filtros, Clarienna

trataba de seguir sus instrucciones para colocar aquello que debía ser de utilidad en los compartimentos del cinturón. Jan no terminaba de decidirse sobre cuál era la indumentaria adecuada para una jornada como la que tenía ante él: por un lado, su viejo traje, así como los dos que aún le quedaban de los que le había regalado Valeska Vihjalssom Teenfjord, tenían más compartimentos, bolsillos, pliegues y utilidades. Por otro lado, también tenía todas las cartas para engancharse en ramitas, arbustos y rocas, y un sombrero de ala protegía mejor que una capucha ante posibles insectos caídos de un árbol.

—No lo sé, Clara. ¿Qué conjunta mejor con una máscara de la plaga?

—Probablemente la capucha. No querría dejar piel expuesta si esta planta es tan impredecible. ¿Te he dicho ya que no me gusta esto?

—No lo habías dicho.

—Sería más fácil librarnos de esos druidas. Quizá no tanto de la giganta.

—Líbrate de un druida y aparecerán otros dos. Ellos sí que son una plaga.

—Y respecto a lo de acompañarte, ¿la excusa va a ser que sólo tenemos una máscara?

—Será esa si te sirve. No te ofendas, pero nuestras lecciones en el herbolario de palacio podrían no ser suficientes para lo que hay ahí fuera.

—No me ofendo. Mejor matarse uno que los dos.

—Se te ve afligida —bromeó el otro.

—Se me parte el corazón. ¿Tienes todo en orden?

—Hmmm…

—¿Sí?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —siseó el alquimista, inseguro.

—¿Otra? Claro. Puedes hacerme lo que tú quieras —respondió ella con picardía, pegando su cuerpo al de él.

—Se te ve muy cómoda aquí, a pesar de que siempre has vivido en palacio.

—Siempre quise hacer algo con mi vida. Allí no iba a hacerlo. Aquí… al menos te tengo a ti. Así que —añadió, esbozando una tristeza teatral que rápidamente volvió a dar lugar a una cálida sonrisa —, lárgate rápido para que pueda tenerte pronto de vuelta. Ya tengo ganas…

* * *

—¿Me prestas ese par de ojos?

—¿Perdón?

—Tu pájaro —explicó el alquimista—. Ese que llamabas Claudio, creo. ¿Me lo prestas? No me vendría mal una vista de águila para poder guiarme ahí dentro. Nunca me han entusiasmado los bosques, la

verdad. Sobre todo, los bosques embrujados, malditos o plagados, esos son los que menos me entusiasman de todos los tipos de bosque que normalmente no me entusiasman. No sé si me explico…

—Puedo llamar a Claudio, pero dudo mucho que te haga el menor caso.

—Hazlo —medió la mujer gigante.

Los dos druidas habían pasado a recoger al alquimista tan pronto como el sol había salido por el este. Tras caminar durante un breve rato, llegaron al lugar donde no hacía tanto, Jan Farelian se había presentado como Tankridian de Cabbery ante la reina Laurel.

Ahora, no había ni rastro de aquel ser en apariencia delicado; se encontraban en un claro delimitado por árboles horadados, retorcidos o plagados de trepadora.

—Esto es lo que está haciendo esta plaga. Tu misión, aventurero, es alcanzar el corazón del bosque, destruir el origen del problema y volver con vida.

—Lo último es menos importante —masculló el mayor de los druidas.

—También sería de agradecer si acabas con cualquier ser corrompido que te encuentres—continuó hablando la mujer, sin importarle las puyas de los otros—. No tengas piedad de los caídos. Evita pisar la trepadora, pasar por espacios con mucha flor violeta y sobre todo, atento a los bulbos anaranjados.

—¿Qué pasa con todas esas cosas?

—Son peligrosas —replicó ella tajante.

El alquimista no insistió. Por alguna razón, la opción más viable, no sólo para él, sino para todos, era quemar el bosque de arriba abajo, o al menos eso era lo que él sentía, pero algo en su interior le decía que aquellos maníacos abrazaárboles no estarían de acuerdo con él.

—Entonces, resumiendo… no pisar las trepadoras, no pasar bajo las flores y no caminar cerca de los bulbos de una planta que ha consumido todo el bosque. Además, me abro paso hasta el corazón del mismo, mientras, sin remordimiento ninguno, aniquilo cuanto se me ponga delante. Y todo esto con mis propias manos… pan comido.

—También te llevas a Claudio —se rió León—. Cuídalo bien. No creo que Galerno pudiese perdonarte si le pasa algo. Siempre ha sido una persona muy… pasional. No querríamos que tomase venganza contra esa joven que atesoras en mi casa.

—No querríamos, no. Por el bien de todo cuanto abarca la vista del hombre, sería una pena que todo esto ardiese hasta las raíces. Y ahora, amenazas de mentecato aparte, volvamos al asunto que nos ocupa. Llama a tu pájaro de una vez.

—¡Ah'lei, Claudio! —exclamó el hombre, antes de ponerse a graznar —. ¡Awk, awk!

Jan Farelian se contuvo a duras penas: la visión del hombre llamando a su animal se le antojaba ridícula, sí, pero sin duda era funcional, y aquello era lo que a él le interesaba.

Además, era una gran situación para probar el potingue que había robado de los papeles de Alexei. No esperaba igualar el vínculo del cetrero con su animal, pero sí confiaba en que al menos, el ave se ceñiría a él.

—Claudio, awk —llamó el alquimista con menos gracia, mientras levantaba la diestra, envuelta en una manopla de cuero—. ¿Ves? Tu pájaro y yo vamos a llevarnos estupendamente. Será visto y no visto.

—Que la gran madre te guíe —se despidió la doncella—.Y vosotros, id a enviar misivas, buscad más héroes, mercenarios… cualquier persona lo suficientemente desesperada para adentrarse aquí.

—¿Y cómo les debemos convencer, mi señora?

—Si quieren gloria, habladles de lo peligroso que es este lugar. Si quieren dinero, ofrecedle el botín y el saqueo de los que ya han caído; el bosque está repleto de aventureros fracasados, no hay razón para no usarlo en nuestro favor. A aquellos que no podáis comprar con fama ni dinero, ofrecedles tierras.

El halconero miró a la gran dama con el rostro cuajado de perplejidad.

—¿Tierras, mi señora?

—Ofrecedles cualquier cosa que podamos darle —aseveró ella—. Tened en cuenta que sólo habremos de complacer a quien triunfe, podemos permitírnoslo.

—¿Y Jan, doncella Frigil?

—¿Y Jan qué? —replicó ella, malhumorada.

No había necesidad de explicar que la conversación terminaba allí.

* * *

El camino sí le sonaba a duras penas. No podía evitar recordar que, la primera vez, había ido con la ayuda de aquel pobre druida que había terminado devorado por una de sus semejantes.

Sólo el camino de vuelta la había hecho caminando, y lo había hecho al anochecer, siguiendo los pasos del desafortunado August. Decir que tenía una vaga idea de hacia dónde dirigir sus pasos era pecar de ingenuo; si acaso, tenía una idea de la manera en que caían los rayos de sol cuando caminaba de vuelta, lo que para él, al menos, no era lo suficiente como para poder orientarse.

Cuando se paraba o se detenía a pensar demasiado, oía los graznidos de Claudio indicándole el camino, pero avanzar por el bosque en aquellas condiciones les llevaría toda la vida. Más aún si daban con una zona infestada que debieran rodear; aun así, el alquimista no se desesperaba; en su lugar, se limitaba a caminar distraído, despacio,

mientras trataba de hacer poco ruido y pensar en cómo salir de posibles situaciones.

El problema era que, en cuanto una situación se torcía un poco en su mente, rápidamente volvía a rememorar a su antiguo guía, August, siendo devorado en el claro mientras las siniestras criaturas se agitaban en las sombras, y aquel recuerdo le revolvía las entrañas.

En aquella ocasión, además, su arma de madera le había ayudado a huir, aunque fuese de una forma lamentable. Si algo salía a su paso en aquel momento, sin la oscuridad de la noche para hacer de cobertura, algo le decía que el viejo arma de madera no sería de gran ayuda.

Intentó apartar aquellos pensamientos de su mente mientras se acercaba a un viejo tronco caído. Algo se oía al otro lado, no demasiado lejos, y aunque el sentido común le gritaba que debía dar la vuelta y echar a caminar silenciosamente, algo dentro de él le susurraba que, ante él, había algo que no tendría la oportunidad de volver a ver nunca. Y, por muy prudente que le gustase considerarse a sí mismo, sabía que la curiosidad era siempre, siempre más poderosa.

Se apoyó sobre el viejo tronco podrido y notó cómo la corteza cedía ante su peso. Algunos insectos salieron serpenteando de entre sus dedos, pero no le importó. Se incorporó, apartó unas ramas y se limitó a observar desde la cercanía, consciente de que si alguna criatura le atacaba, su única opción sería correr. Aun así, no dudó en apartar algunas ramas y asomar. Ante él, tres gorgonas, seres con cuerpo de serpiente y busto de mujer, se deslizaban calmadamente, ajenas a su cercanía.

Al alquimista le sorprendió el tamaño de los seres: aunque había visto a las gorgonas en el bestiario de la doctora, no recordaba haber leído que aquellos seres superasen los seis pies.

Orgulloso de su capacidad para observar sin ser detectado, decidió no tentar a la suerte y continuar su camino rodeando aquel lugar.

—¿Son bellas, verdad?

La pregunta le sobresaltó. No había terminado de salir de entre la maleza cuando encontró a un fornido enano, por cuyo hombro sobresalía la cabeza de un diminuto ser amarillento.

—Pero no te dejes engañar —continuó hablando el otro, atravesando los arbustos a su lado como si tal cosa—, son seres ominosos. Usan dardos untados de un veneno parduzco que paraliza a las víctimas, y sobre ellas apilan lodo y piedra para convertirlas en estatuas y evitar que se deshidraten. Puagh.

Visto y no visto, el insólito dúo cargaba contra las tres gorgonas, que recibieron su carga con extraña pasividad.

Antes de que ninguna de las tres alcanzase a percibir que se encontraban bajo ataque, el enano había machacado el vientre de una de ellas con un martillo completamente desproporcionado, y al pasar

le había cercenado un brazo a otra.

El alquimista volvió a retirarse, en esta ocasión sin preocuparse de ser sigiloso. Una vez se hubo librado de todas las ramitas, se alejó de los ruidos de la batalla que se estaba librando al otro lado de los arbustos, aunque los gritos y los ruidos terminaron de súbito, antes de lo que habría podido esperar. Por alguna razón, el impulso de poner tierra de por medio entre aquel enano y él era más fuerte que el de ofrecerle una asociación. Se echó a un lado del camino y cayó sobre un montón de hojarasca. Se deslizó cuesta abajo hasta caer junto a un pequeño riachuelo.

Se las apañó para someter el impulso de beber de aquel agua cristalina que, sin embargo, podía estar contaminada. En su lugar, echó a caminar siguiendo el pequeño reguero, consciente de que había terminado de perderse.

—¡Claudio! —llamó, inseguro de si el ave rapaz acudiría—. ¡Awk awk!

El animal acudió presto, aunque sólo entonces el alquimista entendió que no tenían una forma fiable de comunicarse. Ya posado en su brazo, le acarició el pico y el entrecejo al animal, consciente de que a las aves no les gustaban las caricias en las plumas.

Sin pensárselo dos veces echó a caminar. No tenía idea de a dónde se dirigía, pero tenía claro que quería alejarse de allí. Con cuidado para no perturbar al ave, atravesó el riachuelo y echó a caminar por la otra pendiente.

—Venga precioso, guíame —le susurró al ave, consciente de que éste no entendía sus palabras—. Al corazón del bosque, arriba, ¡Awk awk, Claudio!

Agitó el brazo y el animal echó a volar. El alquimista no tenía ni idea de si éste entendía de alguna manera su lenguaje o no, pero rezaba para que los años junto al cetrero hubiesen servido de algo. Al fin y al cabo, él era un druida después de todo, y se suponía que los druidas hacían ese tipo de cosas. Le inquietaba más si, en caso de entender a las personas, podría entender sólo a aquellos que hubiesen desarrollado un vínculo especial con la naturaleza. Sus opciones, pese a todo, eran ignorar al ave o hacerle caso, así que prefirió fiarse del halcón.

El resto del día transcurrió con tranquilidad: aquí y allí, Claudio se iba posando, asegurándose de llamar la atención de su acompañante, y poco a poco iban avanzando, con suerte, hacia su destino.

Por el camino, no se encontraron más contiendas, más seres extraños ni aventureros ávidos de acción; antes al contrario, durante buena parte de la mañana, del mediodía y de la tarde, apenas sí escuchó otra cosa que el batir de las ramas y las hojas contra el viento. La mayoría de aves, cuadrúpedos e insectos parecía haber desaparecido del lugar.

Ocasionalmente se dejaba escuchar algún polluelo entre las ramas o algún roedor corriendo entre los arbustos, pero en líneas generales, la mayoría de los seres parecían haber aprendido a esquivar aquel sitio. "*Buena señal"* pensó el alquimista, "*si no fuera porque es a donde nos dirigimos nosotros"*.

Cuando el sol empezaba a ponerse, decidió hacer una pausa para comer algo; por alguna razón había esperado que aquella incursión fuese tan breve como la anterior, en la que había contado con la ayuda de druidas y portales. Se rió de sí mismo por su ingenuidad y comenzó a devorar las raciones de embutido y queso que había tomado del sótano de León.

Se permitió deshacerse de las botas de caña alta para descansar y se tumbó sobre una de las vitelas de Adencelli, que además de ser útiles para teletransportarse eran bastante cómodas. De cuando en cuando, le tendía un trocito de carne Claudio, que sin embargo, parecía más interesado en dar caza a los pequeños insectos que aún no habían abandonado el bosque, a falta de una presa mejor.

—Eres un bicho la mar de agradable —le susurró el alquimista—. No dices estupideces, no traicionas a los que te quieren… ¡Y qué plumas! Toma, un trocito salchichón.

El animal tomó el salchichón de entre sus dedos, le miró durante un instante, y se volvió de nuevo hacia las escasas presas que ofrecía el sotobosque.

—¡Qué entrañable! —le sorprendió un voz femenina, anciana. El alquimista se sobresaltó, pero no se permitió mostrarse asustado, sino disgustado.

—¿Druida o aventurero? —preguntó él, esforzándose por sonar desdeñoso.

La anciana salió de entre los arbustos, jorobada, tuerta y con una pierna retorcida. A una señal suya, Claudio se posó sobre su brazo, haciéndole saber al extraño que se no se contaba entre los últimos. Y aquello, de entre todas las cosas que podían salir de entre los matojos, era lo que más miedo le daba. ¿Qué le habían dicho que le había pasado a los otros druidas?

—¿Te diriges al corazón del bosque?

—Sólo estoy de paseo con mi halcón —replicó el otro con una sonrisa abierta, bonita y desafiante, mostrando sus dientes.

La anciana rió, se acercó hacia él y se sentó.

—¿Cecina? —ofreció la mujer, sacando un embutido de aspecto ceniciento—. También es de León. Es la mejor cecina en muchas millas a la redonda.

—¿Conoces a León? —preguntó él, dispuesto de pronto a aceptar la cecina de la dudosa mujer.

—Sí. Es un viejo gruñón y avaricioso —escupió ella—. Arrogante, sí,

pero hace un gran queso. Y un buen embutido, qué demonios. Los otros druidas desaprovechan la carne. Sacrifican los animales enfermos a la diosa. Y ahora sacrifican a los aventureros a Kernunnos… como si alguna vez hubiese querido sacrificios.

—Perdona —la interrumpió él, sin dejar de masticar la sabrosa cecina—. ¿Has dicho que sacrifican a los aventureros?

—Ahá —respondió ella, también sin dejar de mascar—. Están haciendo un espantajo gigante de madera. Ayer nos trajeron tres hombres para que los ahogásemos en el caldero.

—¿Y qué hicisteis?

—¿Tú qué crees? —le respondió ella, con tono de regañina—. ¡Pues ahogarlos en el caldero! A mí no me gustan esas cosas, pero una ya tiene una edad…

—Y esta cecina —la interrumpió de nuevo—, has dicho que era de León, ¿no?

La mujer se rió estridentemente.

—Eres un joven encantador. No, esa cecina no es de hombre… aunque con los tiempos que corren —añadió, empezando a ponerse en pie—, nunca digas nunca, como mi vieja madre solía decir. No sería de buen gusto no ofrecerte ayuda. ¿Deseas…?

—¡No, en absoluto! Estoy bien.

La mujer volvió a reírse de forma estridente y aguda, como las brujas de los cuentos de hadas. Pese a todo, no le lanzó ningún conjuro ni mordió ninguna rana; se limitó a agitar la mano con energía y largarse por donde había venido.

—¡Que no te muerdan las chinches! —gritó antes de perderse en la espesura.

No sabía cómo encontrarse. Por ahora, aquello no había ido tan mal como había esperado inicialmente. Había hablado de “los otros druidas”. ¿Habrían resistido el influjo que afligía al bosque, como León y Galerno? Según le habían dicho, ellos lo habían resistido por no vivir en su interior, pero la anciana, o, según sus propias palabras, “ellas”, vivían cerca de aquel lugar.

Claudio volvió de entre la maleza volando con gracia y se posó junto a él, justo antes de comenzar a graznar enérgicamente.

—Coincido contigo —se apremió el alquimista, empezando a ponerse las botas—, hace un rato que fue hora de salir de aquí. Vuela, animalillo —le susurró, acercándole el brazo. El animal se posó sobre él al momento, obediente, justo antes de echar a volar de nuevo—, dime qué ves.

Poco después de dejar el claro a sus espaldas, algunos sonidos de ramas, gritos y gruñidos comenzaron a sonar. No tenía ni idea de qué era lo que estaba sucediendo, y aunque una parte de él quería volver y asomarse entre las ramas para observar, como lo había hecho con las

gorgonas, decidió que su parte curiosa aún seguía satisfecha.

Durante un tiempo que se le antojó más del que habría sido prudente, se permitió caminar por un sendero limpio por el que avanzaba con facilidad y a mejor ritmo. Pronto se hizo la oscuridad, y con ella, llegó la necesidad de buscar un refugio, en parte porque no tenía ni idea de hasta qué punto podía confiar en el halcón en plena noche ni cuánto necesitaban descansar aquellas criaturas. Él podía tomarse un elixir que le permitiese ver con menos luz, sí, pero aquello no cambiaba que tendría que avanzar a ciegas. Además, no podía evitar recordar una y otra vez las escabrosas escenas que había presenciado en el claro de la reina Laurel durante la última noche que había pasado allí. Si tenía que enfrentarse a seres nunca vistos antes, prefería hacerlo mientras al menos él sí pudiese verlos.

Con Claudio de nuevo sobre su antebrazo, no tardaron en dar con una pequeña grieta en la piedra. Escalaron un poco, lo suficiente para que, con suerte, ningún animal nocturno decidiese disputarle aquel lugar. Luego el alquimista esparció algunas mantas y se apoyó en el petate.

—Buenas noches, Claudio.

—Awk awk.

* * *

Con las primeras luces del día, hombre y bestia se pusieron de nuevo en marcha. El lugar de descanso había sido frío y duro, poco confortable. Quizá por ello se había levantado pronto y con ganas de salir de allí, y durante buena parte de la mañana avanzaron con decisión, aprendiendo a esquivar las zonas demasiado expuestas y parándose a escuchar para rodear posibles trifulcas o guerrillas. Fuese lo que fuese que estuviera pasando en aquel bosque, no era de su incumbencia más allá de eliminar la plaga.

Antes del mediodía comenzaron a encontrar las trepadoras que le habían mencionado León y Galerno. Allí donde se apilaban con mayor densidad, repuntaban unas flores púrpuras semejantes a pequeñas rosas. Ignorando el mensaje que le habían dado, Jan Farelian se permitió tomar una muestra tanto de las trepadoras como de las rosas, y conforme continuaron avanzando, decidió que era buen momento para ponerse su máscara de doctor de la plaga. Normalmente, aquellas máscaras de cuervo se empleaban embutiendo hierbas aromáticas en el pico, de forma que estas hacían de filtro ante posibles agentes infecciosos en el aire.

Jan, pese a todo, se había permitido colocar una serie de telas en las rejillas de la parte inferior del pico, asegurándose de que el filtro era tan denso como podía llegar a serlo sin asfixiarle.

Se aseguró de que el halcón observaba cómo se colocaba la máscara y la capucha, y antes de volver a echarlo al aire volvió a acariciarle el

pico y la coronilla, para asegurarse de que el animal seguía reconociéndole. Además, se esparció un poco más del mejunje que se había puesto en el brazal para apaciguar a los animales, que sin duda era responsable en buena parte del comportamiento ejemplar del animal.

El resto del camino fue casi igual de tranquilo, obviando que el silencio en aquella zona era más intenso y las trepadoras y las flores comenzaban a ser más y más frecuentes, hasta llegar al punto de que, en algunos pasajes, resultaba imposible cruzar sin avanzar sobre aquellas plantas.

La opción de prenderle fuego a todo se le antojaba cada vez más y más razonable, pero su nuevo hogar, su seguridad y, lo que era más importante, la de Clara, dependían ahora de que no hiciese ninguna estupidez.

Según pensó en eso, se dio cuenta de que avanzar por un bosque malvado con la sola confianza de que el halcón y sus cualidades innatas le salvarían de todo era, cuanto menos, digna de chanza y escarnio.

Rápidamente llamó al halcón, y juntos, caminaron hasta una zona más libre de trepadoras. Allí, el alquimista se retiró la máscara y se permitió seleccionar algunos frasquitos del cinturón. Se bebió el amarillento que agudizaba sus sentidos, se inyectó en el cuádriceps el de color rojo sangre, que potenciaba sus reflejos, y se untó en las encías una pomada verdosa, que debía evitar que los demás compuestos acabasen destrozando su hígado.

Se mantuvo allí, quieto, durante algún rato: quería asegurarse de que las dosis eran las adecuadas y de que no se marearía al ventarse o no se le pararía el corazón al hacer un esfuerzo. Se volvió a colocar la máscara y la capucha, comenzó a hacer algunos esfuerzos y, cuando decidió que todo estaba en orden, rogó al cielo para que no le pasase como la última vez que había expuesto su cuerpo a un fuerte estrés, como le había pasado tras sus últimos teletransportes.

En esta ocasión, de todas formas, continuó caminando sin que ninguna de sus vísceras se retorciese de dolor. Continuó, inseguro, tras asegurarse de que no estaba a punto de empezar a vomitar o de mearse encima, y cuando estuvo todo lo seguro que podía estar con la absurda cantidad de toxinas que tenía en el cuerpo, echó a caminar de nuevo, mucho más convencido.

En un par de ocasiones oyó pasos, ruidos o señales de refriegas, y tantas señales de vida como pudo encontrarse, las esquivó.

Halcón y hombre hicieron una pausa después de mediodía en una zona donde las trepadoras no ocupaban todo el espacio, y poco después, las extraña pareja se puso de nuevo en marcha. Al alquimista, aquel bosque se le antojaba más hostil conforme más paz

se encontraba, pero para bien o para mal, sabía que estaba a punto de llegar a su destino.

Capítulo 28

—No termino de comprender tu inquietud —habló el anciano. Su acompañante, un hombre elegantemente vestido que se hacía llamar Adencelli de Catto, le había resumido sus últimos días apresuradamente, ciñéndose a duras penas al orden cronológico—. Dices que, en resumidas cuentas, ¿te preocupa la actitud de Jan?

El anciano le observaba con una sonrisa desdentada, casi pútrida, aunque con expresión paternal. Sumido en la espesa oscuridad como se encontraba, a pesar de su deplorable estado, irradiaba una cierta presencia magistral.

—Exactamente —respondió el vampiro tras meditar unos instantes —. Desde que se unió a mí, he sido yo el que ha estado ciñéndome a sus planes una y otra vez, el que ha adaptado su tiempo y el que ha cedido siempre… y al final, ni siquiera ha sido él quien se terminó encargando de las patentes. Fueron unos simples mercenarios. ¿No podría haberlos contratado yo mismo? —gruñó el vampiro, apretando los puños—. ¿No se suponía que era importante?

—Lo es. Lo que ellos destruyeron fue el sótano del edificio, pero no pensarías que algo que mantiene a una ciudad con tanto poder está almacenado en un simple sótano con dos guardias trasnochados como única protección, ¿no? No, nuestro verdadero objetivo está en un lugar bastante más exótico, mejor protegido. Y aunque lo deseable e ideal es que sea Jan quien se ocupe de ello… no te sulfures. La vida no es ideal, ¿no?

—No.

—Y respecto a lo de librarte de Jan…

—¿Qué crees que debo hacer?

—¿Tienes alguna buena razón para ello? Una razón de verdad, no eso de… adaptarte. Sabías en lo que te metías, ¿no?

—Sí.

—Entonces creo que te vendrá bien trabajar con él. Jan no sólo es una persona muy especial, no… también tiene un gran, gran poder de convicción. Es un… conducto, si quieres verlo. Nos conviene tenerlo de nuestra parte.

—¿Un conducto de qué, exactamente?

—Te darás cuenta tú mismo —sonrió el anciano—. Antes de lo que

te imaginas. Y por encima de todo —añadió, sin dejar de sonreír—, te viene bien tener un amigo. Yo de ti, seguiría intentando cuidarle.

* * *

La paz se rompió de súbito; unas pisadas graves, rotundas, menos ágiles de lo que él las recordaba, comenzaron a sonar en su dirección, como una avalancha.

Jan Farelian fue presa de un pánico trepidante, aunque sólo por un segundo. Se echó al suelo sin ninguna gracia, cayó de cara contra el barro y se golpeó una rodilla contra una roca. Instintivamente, se agarró a su pierna, aullando, y se hizo un ovillo, justo a tiempo para ver pasar sobre él al enfurecido rey del bosque.

—¡Profanadores! —rugió con furia, haciendo retumbar el suelo—. ¡Maleantes, impíos!

El alquimista, aún atemorizado como se encontraba, se las apañó para arrastrarse entre la maleza, orgulloso de sus buenos reflejos para haberse apartado del gigantesco rey.

—¡A él! —exclamó una voz— ¡Vale su peso en piezas de oro!

El alquimista no perdió tiempo en averiguar quién llevaba las de ganar. Continuó arrastrándose a pesar del dolor que le radiaba desde la rótula y, ya dentro de un arbusto, se giró a tiempo para ver cómo el rey se inclinaba sobre algo y vomitaba una densa corriente de lo que a él le pareció que eran insectos grandes como piedras.

Rodilla rota o no, le faltó tiempo para ponerse en pie y echar a correr. Con la máscara puesta, el aire de que disponía era limitado y se agotaba, así que pronto se vio obligado a volver a buscar un refugio, muy a su pesar. No demasiado lejos, el sonido de una batalla encarnizada le llegaba entre las ramas, lo que le animó a volver a ponerse en pie y retomar su marcha.

Cuanto más avanzaban, más trepadora había por todos lados, y cuanta más trepadora había, más parecía sufrir el fiel halcón para abrirse camino.

—¡Awk, Claudio, aquí! Ven conmigo, pequeño—le susurró el alquimista desde detrás de su máscara—. No tiene sentido que sigas atravesando esa maleza infestada, tú ya has cumplido.

No sabía si era su aguda intuición o las evidencias que le cortaban el camino y le atemorizaban a cada pocos pasos, pero algo le decía que estaban a punto de alcanzar su objetivo.

—Ya casi estamos, amigo. Parece —masculló, sofocado por el calor, la humedad y la falta de aire—, que es por ese sendero lleno de trepadora. Ve, vuelve con tu amo Claudio. ¡Arriba! —exclamó, invirtiendo sus pocas fuerzas en agitar el brazo. El animal echó a volar sin una sola réplica, sin un graznido de despedida. El sendero, por su lado, descendía en una maraña verde y púrpura que zigzagueaba hacia las profundidades.

El alquimista se permitió descansar una última vez, consciente de que, si había algún peligro ineludible en aquel bosque, estaría allí abajo. Calculó mentalmente para asegurarse de que los brebajes que había ingerido aún tendrían efecto sobre él, y finalmente encendió un diminuto candil que llevaba al cinto y esgrimió su arma de atrezzo.

—Listo o no canturreó, mientras echaba a caminar sendero abajo—, allá voy yo.

Algo, no sabía el qué, se agitó en la oscuridad, no demasiado lejos.

El alquimista alzó el candil y se mostró alerta, aunque fue capaz de contener el impulso de preguntar quién estaba allí. Aquello le sacó una sonrisa, que se le cayó del rostro en el momento en que una figura vagamente humanoide, cubierta de bulbos y trepadora comenzó a acercarse con paso torpe. El hombre retrocedió, asustado, y deseó haberse tomado un trago del elixir que preparaba para velar sus emociones; en aquel momento, de todas formas, ya era demasiado tarde, un miedo intenso le petrificaba las piernas.

—Agghhh —suspiró el atacante, mientras continuaba avanzando hacia él.

—Bah, no ha nacido rival para…

La frase quedó sin terminar. Antes de que el alquimista pudiese reaccionar, la torpe figura ya se había lanzado a peso muerto contra él, agarrándole la cara y mostrando unas mandíbulas oscurecidas y pútridas.

Jan Farelian forcejeó, aunque el engendro era inusitadamente fuerte. Poco sorprendente cuando uno estaba lleno de raíces. *"¿Siempre han sido las raíces tan duras?"* pensó mientras forcejeaba, en vano.

Un graznido retumbó contra las paredes de la cueva, y en un visto y no visto, Claudio clavaba sus garras sobre un cráneo que yacía ya lejos de su cuerpo. Sin la cabeza al mando, el resto del ser que aprisionaba a Jan se quedó flácido, y éste se deshizo de él con facilidad.

—Todo bajo control —suspiró a través de la máscara mientras se limpiaba el traje de restos—, ¿verdad pajarito? Pero este no es lugar para ti. En
marcha —añadió, haciéndole espavientos—, vamos, vamos. Los pájaros no viven en las cuevas.

El animal, pese a todo, permaneció impávido, observándole con fijeza.

—Está bien, quédate si quieres, pero que no te pase nada, no queremos que el chiflado de tu dueño se enfade… quédate detrás de mí, si entiendes lo que te digo. Creo que no lo entiendes —reflexionó, pausado, antes de agriar el gesto y volverse de nuevo al animal—, si no, te habrías ido… pero ya basta de distraerme, pájaro.

El animal, como si pudiese entenderlo, voló y se posó sobre el brazo del candil, ojo avizor. En aquel sitio se habría sentido más protegido

con un búho o una lechuza, pero a halcón regalado… mejor era eso que nada. Además, el bicho ya le había salvado una vez desde que había entrado en la cueva, que no era poco.

Juntó fuerzas para apartar todos aquellos pensamientos de su mente y se dispuso a continuar el descenso. Poco a poco, la oscuridad se hizo más intensa, y la atmósfera más húmeda y sofocante. Pese a todo, y a pesar de que no había bulbos ni esporas a la vista, prefirió mantener la máscara en su lugar. Al fin y al cabo, Jan Farelian podía ser muchas cosas, pero no negligente. O al menos, eso le gustaba pensar a él mientras se adentraba en una caverna infestada con un halcón y una espada de madera.

Pronto llegaron a una cámara más amplia, donde el aire era más húmedo y sofocante. Las trepadoras cubrían el suelo y las paredes, pero estaba seguro de que aquel era el lugar que el rey del bosque le había enseñado desde lejos, indicándole que no era seguro bajar.

La mayor diferencia, sin embargo, radicaba en que allí donde había estado el petrificado hermano Qeilin, ahora se agitaba un enorme capullo de trepadoras palpitantes.

Jan miró hacia lo alto en un acto reflejo y vio el saliente donde se había parado a mirar no hacía tanto. Se sonrió al pensar en cuánto podían cambiar las cosas en tan poco tiempo.

Sin pensárselo dos veces, se aseguró de que la máscara estuviese bien ajustada y echó a caminar sobre las ramas de trepadora, que parecían estremecerse a su paso.

Un rugido retumbó por toda la caverna, haciendo templar el suelo y las paredes.

—¡Apóstatas! —bramó la poderosa voz del rey del bosque—. ¡No profanaréis el santuario!

Un fuerte golpe se oyó en lo alto de la caverna, aunque Jan no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros y avanzar hacia el gran macizo de trepadora que se agolpaba apenas a unos pasos de él.

—Te he permitido llegar hasta aquí —resonó una voz, no ya en la caverna, sino en su propia mente—. Para que contemples lo que es esto. Para que entiendas de qué estás a punto de formar parte.

—Quizá en otro momento —replicó Jan en voz alta, sin dejar de pisotear las trepadoras.

—Mientras los hijos del bosque propagan mi simiente, tú serás el designado para portar mi conciencia, el sucesor de esta carcasa marchita.

En esta ocasión, el alquimista se permitió obviar la chanza: la situación ya era suficientemente estresante para pensar algo ingenioso; además, algo le decía que el ser que le susurraba en la mente no sabría apreciar su humor mordaz.

Mientras en el piso superior continuaba el ruido de la batalla

encarnizada, él se abría paso y se alegraba de no haber traído un arma de metal, afilada y flexible. En su lugar, disponía de una espada de madera sólida y compacta, perfecta para apartar las lianas y ser usada como palanca. Sin pensárselo dos veces, hundió el arma en el capullo de lianas y comenzó a forcejear.

—¡Padre —aulló el rey del bosque en lo alto—, concédeme tu bendición!

—Esto será sólo un momento —susurró la voz de su cabeza, mostrándose de alguna forma deleitada por los actos a su alrededor.

Durante un momento no sucedió nada, y, de pronto, todas las lianas, todas las flores, los bulbos, parecieron estremecerse a la vez.

El rey del bosque rugió en lo alto, golpeó algo con fuerza, y la batalla retomó su festival de golpes, alaridos y gemidos.

Mientras Jan Farelian continuaba haciendo palanca, un cuerpo aterrizó a su lado, no aplastándole por poco.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó el alquimista sin dedicarle más que una mirada desinteresada. Su acompañante tenía poca pinta de estar bien, con el costado hendido de lado a lado y el rostro sanguinolento. Pese a todo, era un troll de constitución fibrosa y piel negra, y haciendo gala a la célebre resistencia de los trolls, él no estaba muerto aún, a pesar de que tanto el golpe como la caída por separado habrían bastado para deshacerse de cualquier persona normal.

Pese a todo, el herido no era capaz de articular palabras comprensibles, y más pronto que tarde, se resignó y se desmayó sobre las trepadoras, que se cerraron sobre él.

—El ciclo de la vida —suspiró el alquimista sin dejar de hacer palanca contra las lianas, que volvían a cerrarse tan pronto como él dejaba de hacer fuerza.

Se retiró un paso, frustrado, tomó el arma con las dos manos y comenzó a golpearlo con fuerza, sin efecto.

En lo alto, más gritos se unieron a la reyerta, aunque aquello le importaba poco. Mientras la pelea no llegase hasta allí abajo, por él como si se mataban a cosquillas. Su problema era que no podía superar el capullo de lianas espinosas, o al menos aquel era su problema principal. Estaba también el asunto de que, cuanto más tiempo pasaba allí abajo más abotargado se sentía, y por supuesto, y de esto se percató demasiado tarde, de que el troll que acababa de desmayarse a sus espaldas se levantaba ahora gimoteante y lleno de lianas.

El alquimista alzó el brazo del halcón, que voló durante un momento, se estrelló sin gracia contra su objetivo y se desplomó, cayendo sobre el suelo a peso muerto.

—Debería haber hecho una máscara para pájaros —bufó el

alquimista, resignado. No se le pasaba el detalle de que, aunque no saltase a la vista, el aire estaría sin duda plagado de esporas, probablemente tóxicas.

Destrabó el arma, que ahora parecía no querer salir del capullo de lianas, y se lanzó contra el troll, que lucía un uniforme negro con una insignia de un gran árbol rojo.

Siguiendo la acción del halcón contra el primer ser que le había atacado en aquella cueva, Jan golpeó en el cuello, con la idea de arrancarle la cabeza a aquel cuerpo maltratado. El impacto dio en el blanco y se lo retorció, aunque éste continuó avanzando hacia, el rostro retorcido hacia un lateral.

En lo alto, un nuevo golpe hizo retumbar la caverna, y otros dos trolls cayeron sobre las trepadoras, que rápidamente abrazaron sus cuerpos.

Instintivamente, la mente de Jan Farelian se puso en marcha y comenzó a calcular cuántas energías pensaba que le quedaban y cuántas podía necesitar para salir corriendo de aquel lugar, aunque nada le aseguraba no verse envuelto en una batalla semejante a la que estaban teniendo allí arriba.

Volvió la vista al troll que se acercaba con torpeza hacia él, balbuceando con las manos extendidas, y tomó una decisión.

Rodeó el capullo de lianas, tomó la espada del revés y abrió la pequeña puerta del candil que sostenía con la zurda. Aún caminando en círculo para evitar a su perseguidor, comenzó a rebuscar en su cinturón hasta que dio con la bolsita que buscaba: extrajo unas esferas de cerámica de las que salían unas delgadas mechas, las entrelazó y las metió en candil. Se encomendó a los padres, las madres y los demás familiares del bosque, cerró la puertita del candil y lo colgó de la empuñadura del arma, que ahora agarraba por su otro extremo, mientras continuaba controlando con el rabillo del ojo que el troll no se acercase a él.

Finalmente, se armó de valor, volvió a mirar al sendero por el que había descendido y empleó todas las fuerzas que le quedaban en hundir el arma, empujando desde el extremo puntiagudo, en el capullo de trepadoras.

Al desaparecer el candil, todo se quedó a oscuras. El alquimista no podía ver al troll que le perseguía, y por alguna razón, tampoco podía oírlo.

La atmósfera le resultaba muy asfixiante, y, de pronto, se sentía vulnerable y muy, muy negligente.

Pese a todo, lo único que podía hacer era esperar unos intensos instantes, preferiblemente sin pisotear más trepadoras ni avanzar a ciegas. Aún en completa oscuridad, tanteó su cinturón y abrió con sorprendente agilidad una bolsita. De su interior, extrajo un trozo de

cecina dura y se puso a mordisquearla, consumido por los nervios. Su plan tenía que estar a punto de funcionar, no había razón para preocuparse y dejar de roer la cecina. En cualquier momento, sin duda… a no ser que hubiese salido mal. De pronto, y sin dejar de masticar el salado alimento, un pensamiento fugaz le pasó por la mente: ¿Habría aire para no asfixiar el fuego dentro del capullo de trepadoras?

Una risotada histérica le surgió de las entrañas, le obligó a soltar la cecina mordisqueada y a agarrarse el vientre.

En cualquier momento, estaba seguro, iba a notar las manos llenas de raíces y espinas del troll, y ya no tenía pájaro, candil ni arma. Por no tener, ni siquiera tenía demasiadas fuerzas, y la salida, de todas formas, ni la podía ver ni, seguramente, la podía cruzar.

Un gran estallido le derribó de súbito y sacudió una vez más toda la caverna, que pareció comenzar a resentirse.

Cuando abrió los ojos, pequeñas hojitas en llamas caían de las paredes y del techo, enormes bulbos ardían aquí y allá, y las sombras bailaban al son de todas las llamas que había ahora en aquel lugar.

En lo alto, los gritos y los golpes continuaban, aunque cada vez se oían de forma más pausada, señal de que quedaban pocos supervivientes. Aquello, de todas formas, seguía sin importarle. Tan pronto como sus ojos se acostumbraron a la luz cambiante de las llamas, se incorporó haciendo acopio de fuerzas, rebuscó en el suelo y recuperó su trozo de cecina.

Mordisqueándola. Buscó también al troll, del que ahora quedaban sólo trozos dispersos, la mayor parte de ellos en llamas.

Donde antes se encontraba el cuerpo de lianas, ahora se encontraba la conocida figura petrificada del hermano Qeilin. Aquel que, tal y como le había explicado el rey del bosque, había tratado de manipular la extraña roca de la que parecía surgir todo el mal.

—Contémplame —resonó de nuevo en su cabeza, borrándole la sonrisa que había recobrado al llenarse la boca de cecina—. ¡Deléitate con la visión de un dios!

Las palabras, colmadas de intensidad, resonaron ya no en su mente sino en toda la caverna.

—¡Yo soy el bosque! —rugió la propia caverna—. ¡Póstrate ante mí!

La voz no surgía de la figura petrificada, sino del propio lugar en el que se encontraban. Aquello le recordó a algo, un dejavú cruzó su mente, aunque se preocupó de centrarse en su situación. La realidad era simple: no tenía nada de lo que valerse, y su situación no había mejorado mucho. Ahora tenía luz, sí, pero a lo lejos veía las trepadoras envolviendo a los trolls que habían caído allí abajo, y pronto se levantarían para darle caza.

Algo se desprendió del techo y aterrizó con fuerza ante él, haciendo

un estruendo.

—Contempla el poder de la creación —susurró el hermano Qeilin en su mente, mientras una figura vagamente humana y hecha de roca pura se levantaba ante él—, o perece ante ella.

El alquimista no lo dudó: hincó la rodilla rápidamente, maravillado por la visión del gólem que se erguía ante él.

Además, inclinado como estaba podía curiosear la faltriquera en la que guardaba su última baza.

—Oh gran dios bosque —comenzó a decir, mientras rebuscaba apresuradamente—, ilumíname con tu eh… poder. ¡Con tu sabiduría! Sí, con tu sabiduría de la creación.

El gólem, que a todas vistas no tenía intención de interrumpir el momento de admiración hasta que el alquimista hubo abierto la boca, se inclinó con sorprendente flexibilidad para estar hecho de roca y lo agarró del cuello.

—Traigo una ofrenda para el dios —masculló el otro a duras penas.

Sin dar tiempo a nadie a decir nada, dejó caer un papel de grandes dimensiones sobre el hermano Qeilin, consciente de que, si aquello no funcionaba, la próxima vez que saliese de aquella cueva sería un engendro lleno de ramas y raíces.

—¿Qué es esto?

—Mi más preciada posesión —masculló el alquimista, luchando por meter algo de aire en sus pulmones.

El aire era demasiado denso de pronto, la luz le molestaba en los ojos, y las cenizas y las brasas que caían de la vegetación del techo enturbiaban el poco oxígeno de la cueva.

Además, y de aquello se dio cuenta sólo entonces, mientras fijaba su atención en una brasa que caía no demasiado lejos de él, las lentes de la máscara se habían roto, casi con total seguridad durante la explosión.

¿Cuánto tiempo llevaba respirando aquel aire plagado de muerte? Ya no le importaba, en su mente, sólo había una cosa: la brasa que caía ardiendo, lenta, lentamente, hacia la vitela que cubría al petrificado hermano Qeilin.

Cuando se trataba de sí mismo, rara vez tenía duda: Jan Farelian se conocía a fondo, era consciente de sus capacidades y, más aún, de sus limitaciones. Y sabía que, en aquel momento exacto, podía aguantar un momento antes de desmayarse.

Ya casi se notaba sin consciencia cuando la pequeña brasa aterrizó sobre la vitela que cubría al hermano Qeilin.

—¿Dónde está tu dios ahora, bosque? —masculló el alquimista, complacido con las llamas que corrían ahora por el pergamino. Cuando terminó de pronunciarlo, ya caía a peso muerto contra las enredaderas, aunque sonreía de forma desencajada.

Capítulo 29

La imagen era turbia y difícilmente le decía nada. En torno a su cuerpo, sólo sentía un abrazo cálido e intenso.

—¿Clara?

Un ruido atronador le respondió; por cómo le llegaba el sonido, bien se podría decir que era una montaña riendo, y por cómo le temblaba el cuerpo, también.

Sin embargo, a pesar de que la vista, la orientación y el oído le fallaban, Jan Farelian sabía que siempre podía confiar en su olfato, y aquello que le abrazaba con fuerza olía a humo y a queso fuerte.

—Mi druida favorito —logró articular él. O al menos, eso pensó, aunque una nueva risotada proveniente del hombre que se lo llevaba a hombros le indicó que quizá sus palabras no llegaban a su boca tan definidas como querían sonar en su mente.

A su alrededor, una mezcolanza verde y púrpura pasaba sin formar ningún orden ni sentido.

—Clau… dio…

—Tranquilo —vociferó el gigantesco druida sin dejar de caminar—, he recogido al pájaro también. No tendrás que vértelas con Galerno por ahora.

El alquimista sabía que, lo que fuese que le estuviese contando el vozarrón de montaña que se lo llevaba a alguna parte era tranquilizador, aunque lo sabía sólo por el tono afable y porque aún no lo habían tirado al suelo.

Él estaba bien y el pájaro también. Y además, alguien lo estaba sacando de allí, así que no merecía la pena luchar para seguir angustiado sin enterarse de nada.

Sin pensárselo dos veces, se dejó abandonar a un plácido sueño, producto de la necesidad de un bien merecido descanso y la inhalación esporas tóxicas.

* * *

Cuando amaneció, la visión de unos maderos carcomidos, sucios y llenos de ceniza le alegraron el alma. Sin prisa pero sin pausa, se animó a abrir un poco más los ojos, y después a incorporarse sobre el camastro de paja.

—¿Hola? —llamó en alto. En su mente no tenía una idea clara de

qué había pasado ni cuánto tiempo llevaba allí. Por los sucios ventanales entraban rayos de sol propios de media mañana, y las aves cantaban fuera.

Tras un momento apremiante, sintió una pequeña decepción cuando la puerta no se abrió para mostrar a una atractiva Clara semidesnuda llevándole alimentos; en su lugar, un roedor de gran tamaño entró en la sala y olisqueó un montón de escombros.

No era el amanecer de sus sueños, pero al menos estaba vivo y en casa. O al menos, en lo que tendría que convertirse en su nueva casa una vez que se ocupasen de la ceniza, los roedores y las vigas podridas, para empezar la lista.

Se las apañó para terminar de salir del camastro a duras penas. No le extrañó encontrarse torpe y con el cuerpo agarrotado, aunque aquello confirmaba que llevaba allí más tiempo del que le habría gustado.

En cuanto se las apañó para sostenerse en pie sin ayuda recuperó sus cosas, se vistió y se dispuso a explorar lo que aguardaba en su nueva casa, que parecía ahora estar desierta.

—¿Hay alguien? —preguntó, temeroso de descubrir que le habían dejado solo en aquel camastro de mala muerte.

Nadie respondió, pero a lo mejor sólo habían salido a vender morcilla a las brujas del bosque, o a dar un paseo. No había por qué alarmarse.

—¿Jan? —llamó una voz desde el sótano.

El alquimista se sonrió. No era ninguno de los druidas ni tampoco la dulce Clarienna, pero al menos era una voz amiga.

—¡Aquí arriba, Di Catto!

El ruido de los pies del vampiro sobre los escalones de piedra comenzó a resonar, cercano. El alquimista se preparó para ir a su acogida, contento de verle.

—¡Di Catto! —repitió con más énfasis—. ¿Por qué….? ¿Por qué me sabe la boca a sal y humo?

—No había mucho para escoger. Mientras dormías te han dado pequeños trozos de embutido. Temía que te ahogaran —añadió el otro con calma—. Pero al fin has despertado, y eso hay que celebrarlo. ¿Morcilla?

El otro sintió una pequeña arcada, pero se las apañó para sonreír.

—Tengo que ponerte al día —continuó hablando el vampiro—, aunque no hay mucho que contar. Cuando llegué, me encontré a este León, que para mi sorpresa me dio una cálida bienvenida. Me dijo que el hombre de los animales y la mujer gigante ya se habían ido, no tenía ni idea de qué me hablaba, aunque Clara se las apañó para explicármelo todo un poco mejor.

>>Por ahora, los dos se han quedado aquí y hemos cuidado de ti entre todos. Creo que León planea pedirte quedarse en casa con

nosotros; parecía muy amable y preocupado, pero nervioso al mismo tiempo. Puedo oler esas cosas—añadió con orgullo, dándose unos suaves toques en la nariz—. De todas formas, ven. Estoy seguro de que podemos encontrar algo que no apeste a humo y ceniza para saciar tu hambre. ¿Sangre? —ofreció, girándose de improviso y mostrando una sonrisa desafortunada. El alquimista rió, pero sólo durante un momento—. León y Clara han salido, espero que a por comida. Yo he estado intentando adecentar esto un poco. No he estado en persona en tus otros laboratorios, pero pasé el suficiente tiempo hm… vigilándote, digamos, para ver cómo solías tener tus cosas. Encontrarás el espacio que te he preparado de lo más acogedor, espero.

—Muchas gracias Di Catto. Pienso agradecerte todo lo que has hecho por mí, te lo aseguro.

El alquimista abrazó al otro con fuerza, aparentemente para su sorpresa. Tras un momento, le soltó y le dedicó una sonrisa cálida y sincera.

—¿Sabes? —habló de inmediato—. He estado pensando.

—Te ha faltado tiempo. —El vampiro rió, aún conmovido.

—He dejado a mis espaldas una lista de cosas terribles bastante largas. Me gustaría ir empezando a compensarlas. Estaba pensando en dejar atrás la fama de mansión encantada y peligrosa que tiene este sitio, y en su lugar poner señales para los viajeros. Podríamos hacer un pequeño albergue para los que se pierden o para los enfermos, ¿Sabes?

—Sí, sí. Sé cómo dices, aunque me extraña. No te ofendas —añadió rápidamente—, pero como tú has dicho, hay una lista bastante larga de envenenamientos, sabotaje, provocación, inducción al caos, a la traición… en fin, una lista larga, bueno.

—Así es. Antes de conocer a Khaelara no me solía preocupar por los grandes asuntos. De vez en cuando me libraba de algún robagallinas, hacía de cazarrecompensas de vez en cuando, ¿sabes?. Pero en general, durante los viajes también me dedicaba a satisfacer mi curiosidad científica, y ayudé a muchas personas en su momento. Ahora mismo he perdido a mi familia y a mi hogar… dos veces. He perdido a la mujer a la que más he admirado y que ha cambiado mi vida, y durante algún tiempo, perdí el norte por completo, pero he tenido la suerte de que la vida me ha brindado una tercera oportunidad. Y ahora estamos aquí nosotros tres… y bueno, ese druida greñudo. Y tenemos nuestra propia pequeña mansión. Un poco sucia y ruinosa, sí, pero eso se puede arreglar.

El vampiro se mordisqueó el labio con aire meditabundo. Vestía su habitual ropa simple pero elegante, y su mera visión le recordaba al alquimista al clásico vampiro de los cuentos.

—La verdad, no sé qué decirte Jan —habló—. ¿Vas a darle la

espalda a todo lo que has hecho hasta ahora?

—¿Cómo dices? ¿Si voy a indultar a mi hermanastra? No, no, ella es una mujer perversa y pagará por todo lo que ha hecho, no tendré piedad ninguna. Eso no quita que pueda ayudar a otras personas de cuando en cuando —añadió quitándole importancia—. No soy ningún chiflado bipolar.

—Hablando de eso, Clara recibió esto por correo. No me preguntes quién lo envió ni dónde lo recogió, se negó a dar ninguna explicación.

—¿Es eso lo que creo que es?

—Exacto —zanjó el vampiro, mostrándole a su acompañante el bestiario de la doctora Popolov.

* * *

Aunque las instrucciones eran claras, ninguno de los dos tenía intención de esperar a media noche. Además, tampoco tenían ninguna ruina abandonada a mano, pero el sótano de su propia casa se parecía bastante.

Para el ritual, habían escogido la habitación de ahumar el embutido, ya que era la única en la que no había hecho falta ordenar, limpiar o vaciar los trastos de su interior.

Para la ocasión habían dispuesto un círculo de símbolos tal y como el que se indicaba en el bestiario, y en el exterior, dejando margen, un círculo de sal que debía hacer las veces de protección. Apoyado en la pared, bajo el ventanuco que habían tapado para impedir la entrada de luz, había un gran espejo de cuerpo entero, y entre éste y el círculo arcano, un viejo balde lleno de agua.

—¿Has hecho un exorcismo alguna vez, Di Catto?

—Esto no es un exorcismo —le tranquilizó el otro—. Sería un exorcismo si estuvieses poseído o algo así, pero sólo tienes un parásito. Piensa en esto como una especie de lavado de estómago. Sólo que un poco más exótico.

—¿Pero lo has hecho antes o no?

El vampiro apenas sí desvió su mirada del libro y le dedicó una sonrisa a su acompañante.

—No te preocupes por eso, Jan. Es de lo más sencillo.

La frase, contra todo pronóstico, no logró evitar que el alquimista se preocupase; antes al contrario, se giró de improviso y le miró con los ojos muy abiertos.

—Yo sólo voy a mirar desde la puerta —añadió el vampiro—. El resto es cosa tuya. ¿Me acercas la sal? Quiero hacer una franja aquí, bajo el umbral… sólo por si acaso.

El bestiario era claro y conciso, sí. En una vieja página amarillenta de la sección *“espíritus y fantasmas”* se describían dos seres al lado de un mismo dibujo.

—Las parcas y las sembradoras —comenzó a leer el vampiro desde

la entrada de la habitación, mientras sostenía un pequeño candil—, si bien han sido confundidas por su aspecto en los libros, jamás serían confundidas la una con la otra por alguien que haya tenido el infortunio de sobrevivir a un encuentro con ninguna de ellas. Mientras que las parcas han sido descritas como seres aparentemente dotados de razón y capaces de comportarse de forma lógica —continuó leyendo Adencelli di Catto, aparentando indiferencia—, las sembradoras parecen poseer un instinto ciego que las impulsa a repetir una conducta una y otra vez. Prueba de ello se encuentra en que todos los avistamientos de sembradoras describen un mismo comportamiento: la siega continua de vidas de todo tipo: hombres, bestias y plantas sin discriminación, para al terminar la cosecha, plantar una única semilla. Las parcas, sin embargo, no son siempre hostiles, sino que al parecer sólo causan tormento, terror o muerte cuando lo necesitan. Se han descrito avistamientos sin ningún tipo de hostilidad con cierta frecuencia. Alguien que haya avistado o sobrevivido a un ataque de parca, sin embargo, podrá ser perseguido por ella sin importar dónde vaya ni cuánto tiempo haya pasado desde el avistamiento, según algunos testimonios. Este comportamiento refuerza la teoría de que las parcas poseen cierta inteligencia, al demostrarse que son capaces de usar víctimas como bancos de alimento en vez de atacar indiscriminadamente.

—Muy tranquilizador.

—Estoy bastante seguro de que esto tuvo que sucederte en Pii, pero no podemos hacer el ritual allí, así que tendrá que servir esto.

—Pues empecemos cuanto antes. Desde que dejé Pii he estado sintiendo esta sensación por todos lados. Este frío, y esta idea de que me están observando…

—¿Siempre?

—En mis mejores momentos como mínimo, de eso estoy seguro. Puede que también en los peores, no sabría decirte. Lo que no entiendo, Adencelli, es cómo sabías que necesitaba encontrar la página de las sembradoras, pero no sabías el resto sobre las parcas.

—Es una larga historia. Una historia para otro momento, si queremos acabar con esto antes de que vuelvan Clara y León.

—Tampoco entiendo que encerraras a León en un sarcófago la primera vez que estuvimos en esta casa.

—Mentí—replicó el otro apresuradamente—. Le encerré en el sótano sin más. Me imagino que estaría ahumando salchichas, Jan. ¿Alguna otra pregunta que quieras hacer para retrasar este momento?

—En realidad…

—¿Ahá?

—No, no se me ocurren más —cedió el otro.

—Pues manos a la obra. Mucha suerte amigo mío. Con esto

sabremos si todo lo que has hecho hasta ahora ha sido exclusivamente mérito tuyo o…

—O un síntoma desafortunado. Está bien, pues adelante.

El alquimista se encontró queriendo decir algo más, pero por primera vez en mucho tiempo, no tenía claro el qué. Tragó saliva, recogió los pergaminos y empezó a leer para sí mismo.

—Aquel que se viese acosado por una aparición —comenzó a leer en voz alta y pausada—, debiera volver al lugar donde la contemplase por vez primera llevar consigo un espejo, un balde con agua y un cuchillo. Una vez reunido cuanto fuere necesario, se habrá de romper el espejo y cubrir con sus trozos el fondo del balde con agua. Con el cuchillo, se habrán de verter unas gotas de la sangre propia en el fluido, y con el agua mezclado con sangre se habrá uno de lavar el rostro —añadió, tras lo cual comenzó a seguir las instrucciones que acababa de leer. Con el rostro ya mojado, se secó las manos para no dañar la vitela y continuó leyendo en voz alta—. Una vez llegado a este punto, el ritual no debe ser detenido, pues haría enfurecer al espíritu entrañando un riesgo innecesario… ¿No podían haber puesto esto antes?

—¡Jan! Céntrate —le reprendió el otro desde fuera, notablemente más lejos del lugar donde debía estar.

—Una vez hecho esto, se debe agitar el agua ensangrentada, y con los ojos y el rostro también manchados, se habrá de esperar a que el agua se calme y prepararse para una visión verdaderamente terrible…

—Continúa —se adelantó Di Catto, adelantándose a las blasfemias que casi con toda seguridad estaba a punto de escupir el alquimista—. Ya insultarás luego al que escribió eso.

El alquimista le miró, depositó el pergamino ante él, en el suelo, y comenzó a agitar el agua con poca convicción. Al fin y al cabo, no quería enfurecer al espíritu.

—Una vez las aguas se calmen, el afectado contemplará el ánima, posiblemente enfurecida, a la vera de su propio reflejo.

—¿Puedes verla, Jan?

—La madre…

—Sin dejarse afectar por tan imponente visión —continuó leyendo Jan Farelian con la voz quebrada—, deberá tomar para sí el balde de agua ensangrentada, alzarlo hasta la altura de su pecho y hundir en él el rostro… y tomar de esa agua infame para sí en la boca y escupirla sobre los restos del espejo.

—Menuda majadería —masculló Di Catto desde el pasillo. Él sólo veía la llama del candil que alumbraba la estancia titilar de forma antinatural, pero sabía que su amigo probablemente estaba pasando por una experiencia aterradora.

—Una vez extendido el agua sobre el espejo roto y sosteniendo aún

el balde—continuó hablando Jan, luchando por contener un incipiente tartamudeo—, deberá hundir el rostro nuevamente y aguantarlo de aquella manera hasta que vislumbrara el rostro de la bestia.

El resto de palabras, si acaso las llegó a pronunciar, no se pudieron escuchar al encontrarse el rostro del alquimista completamente sumergido en las aguas sanguinolentas.

Jan Farelian no se consideraba un hombre particularmente bravo, pero tampoco había pecado, en general, de una flagrante cobardía. En las situaciones peligrosas, en general, solía simplemente dejarse llevar con una sonrisa y confiar en que todo saldría probablemente bien. En aquella ocasión, sin embargo, sólo se podía ver a sí mismo desde fuera, como si encontrase dentro del espejo, y ante su atenta mirada, un hombre sumergía el rostro en un recipiente con agua mientras un matojo de harapos negros se arremolinaba a su alrededor. El aire estaba viciado y la estancia cubierta de una bruma densa, roja y colmada de un nauseabundo hedor a hierro. En su interior, creía estar recitando las palabras que había leído del pergamino, aunque no podía oír nada, salvo un ruido regular que presionaba sobre sus oídos.

"Se habrá de buscar a la bestia" escuchó en su mente, torpe y lenta, "y se la habrá de mirar al rostro. Sólo entonces el espíritu mostrará su filacteria, la esencia misma de su ser…"

Por supuesto, aquello era más fácil de decir que de hacer. ¿Dónde estaba el rostro de aquel ser que envolvía al pobre ingenuo? Se acercó y se sintió lento, demasiado ligero para avanzar con normalidad, como si también estuviese hecho de bruma, y encontró una de las zarpas de aquel ser, negra y afilada, haciendo presa sobre la nuca de su prisionero. La otra la encontró rodeándolo, como si le diese un abrazo, agarrándole del pecho.

"Suéltale"

Aquello resonó en su mente, pero no sonó en ningún lugar. Conociendo dónde estaban las manos del ser, se armó de valor para avanzar, mientras una fuerza tiraba de él hacia atrás.

"Estás intentando sacarle"

No perdió tiempo; avanzó un poco más y alzó su mano hacia el lugar donde la parca debía tener su rostro. La fuerza que tiraba de él se intensificó, y aquello le ayudó a tirar del ser. Éste desveló un cráneo vacío que, ahora sí, le miraba, su expresión imposible de descifrar.

La fuerza que tiraba de él continuaba creciendo, la bruma roja comenzaba a dejarse arrastrar hacia atrás, hacia el espejo, y las ideas se volvían cada vez más lentas; sentía un dolor intenso en todo su cuerpo.

"Seguro que todo… sale… bien"

Apenas sí sentía algo, a parte del dolor.

"Seguro".

Aulló en silencio y lanzó la mano contra el rostro del ser.

Luego el dolor le dio un breve, breve descanso. Todo se volvió primero negro, después rojo y después blanco. El olor a hierro estaba dentro de él, sus ojos no veían con claridad y el dolor se extendía por su cuerpo.

Unas manos frías lo tomaron de la cintura y lo ayudaron a levantarse en medio de aquel caos que sentía

—¡Jan! ¡Jan!

—Estoy aquí —exclamó el alquimista, hecho un ovillo y rompiendo a llorar.

El otro no dudó ni un momento, lo abrazó con fuerza y lo cubrió con su elegante casaca, mientras contemplaba sin importarle cómo se teñía de sangre.

* * *

—Jamás le contaremos a nadie lo que ha pasado aquí.

—¿Qué tuve que arroparte mientras llorabas encogido de miedo? En lo que a mí respecta, nunca ha sucedido. —El vampiro le tocó la espalda con tranquilidad—. ¿Te sientes mejor?

—Me siento estúpido. Casi me ahogo en una bacinilla. ¿Te lo imaginas? Jan Farelian —recitó con énfasis, alzando las manos—, científico de éxito, alquimista de prestigio y aventurero de moral discutible. Muerto por ahogarse un orinal. Ríete, es para reírse.

El otro no se hizo de rogar; rota la tensión inicial, comenzó a reír con una voz seca, poco acostumbrada a ello, pero con una risa sincera, discreta a su manera.

—Y todo para esta miserable moneda —añadió el alquimista, mostrando un trozo de cristal en cuyo interior se podía ver la imagen distorsionada de una moneda oxidada y ennegrecida—. ¿Cuánto licor crees que podría comprar con ella?

—Pues ahora que lo dices, estoy seguro de que el comprador indicado te podría dar una verdadera fortuna. Y cuando me refiero a verdadera —añadió con los ojos abiertos como colecciones de cubertería completas—, me refiero a…

—A comprar un pueblo mediano y unas cabras y vacas, ya me lo imagino. Pero ni tú ni yo tenemos demasiado interés en fundar un pueblo, ¿no? ¿Villavampiro? No lo veo. Quizá algo menos excelso, Muerteorinales de arriba.

El vampiro reaccionó a la puya con calidez. Tomó el hombro de su acompañante y lo apretó con fuerza, dedicándole una mirada tranquila.

—Lo cierto es que tengo planes para esta moneda. Había barajado en devolvérsela al doctor Bosago, si aún sigue vivo. Sospecho que ese anciano desequilibrado podría estar buscando a su fantasma… aunque por otro lado, podría ser la pieza que le faltase para terminar de

perder la cabeza y hacer algo peligroso para los demás. Por ahora, la moneda se quedará conmigo. ¿Sabes lo que quiero hacer ahora, amigo?

—Dime.

—Descansar. Necesito quitarme de encima este asqueroso olor a sangre, y después me gustaría no volver a mencionar esto nunca, parecer una persona normal para cuando lleguen Clara y León. Seguro que están al caer.

El vampiro consintió. Estaba seguro de que, en algún lugar del sótano, había un par de barricas grandes con agua fresca, cortesía de su antiguo anfitrión.

—Me ocuparé de eso, Jan. Tu siéntate un rato, busca algo para leer y descansa.

Capítulo 30

Clara y León volvieron al hogar con las últimas horas de luz y las bolsas llenas. La sesión había sido ardua pero productiva: las cantimploras y frascos rebosaban agua fresca y de la percha que portaba el enorme hombre colgaban dos liebres, tres peces de buen tamaño y un pichón.

—Esas viejas siniestras nos han dado tarta —añadió el hombre mientras cruzaban el umbral—. No me producen ningún agrado, pero la repostería que preparan es de primera.

—León —le salió al paso el nuevo dueño de la casa—. Antes de nada, me gustaría aclarar unos puntos necesarios. Entiendo que quieres quedarte con nosotros y… bueno, no me gustan los druidas, ya lo sabes.

—Ahora tú eres un druida —replicó el otro afable, despreocupado.

—No, no lo soy. Me habría dado cuenta.

—Sí que lo eres —le apoyó ahora la muchacha—. Has salvado el bosque. No hay nada más druídico que salvar bosques y acoger animales heridos.

—No he acogido ningún animal herido… ¿O sí? —preguntó éste con una sonrisa.

—¿Ves? —se rió ella—. Echas de menos a Claudio, pero no; Claudio se fue con papá Galerno, aunque veo que te habría gustado tenerlo contigo. ¡Eres un sucio druida!

—Y yo te enseñaré a adaptarte a eso —zanjó el grandullón.

—No, yo te dejaré quedarte en mi casa —replicó Jan, enfatizando el "mi" —. Únicamente porque yo te lo permito. Por pena, ¿vale?

—Claro.

—Y si quieres quedarte, tendrás que aceptar sin protestar ni molestar en nuestro trabajo.

—Perfecto —respondió el otro mientras se llevaba los animales a una estancia en la que todavía no se habían molestado en entrar.

—Pues muy bien. Y mañana empezarás a hacer unos carteles nuevos para los caminos. No quiero esas señales siniestras del lancero rojo espantando a la gente… ayudaremos a quien se pierda por el bosque, te guste o no.

—Me parece genial—se despidió el otro mientras cerraba con fuerza

la puerta de la estancia, que había resultado ser una cocina.

El alquimista se recolocó los ropajes, se frotó las arrugas de la casaca y se pasó la mano por el pelo.

—Ahá. Así es como se le enseña a un sucio druida quién manda —masculló con orgullo.

—No estoy segura de por quién lo dice—le susurró la mujer al vampiro. Los dos compartieron una risa discreta, e incluso el alquimista se permitió sonreír.

Aquella noche cenaron un par de truchas hechas a la brasa y leche de cabra que les habían entregado las brujas del bosque.

Después de la cena descorcharon una vieja botella de vino malo, charlaron a la luz del candil y, ya en la oscuridad del dormitorio, Jan Farelian se permitió contarle a la joven mujer lo que había sucedido con respecto al pequeño ritual del sótano con pelos y señales.

* * *

—¿Cuál es nuestro siguiente movimiento, Jan?

—La verdad, podríamos simplemente no hacer nada. Vivir aquí, en el bosque, con los sucios druidas…

—No seas mediocre —se mofó ella, dándole un toque en el mentón.

—No me olvido que aún le debo mucho a Di Catto. Él quería acabar con unas patentes, y esa es mi prioridad ahora. Me ha ayudado a solucionar mis problemas y a establecerme, me ha ayudado con lo de la parca, y en general, ha estado ahí siempre que lo he necesitado. Nunca me ha dicho "no" a nada que le haya pedido, y creo que es el momento de devolverle el favor.

—Me parece justo.

—Por otro lado, no me olvido de los planes que tengo preparados para mi hermanastra, y al mismo tiempo, soy consciente de que tus padres, a quienes les profeso un profundo cariño, tienen problemas por mi culpa. Respecto a eso…

—No, no quiero volver a Tsacovia Jan. Ahora esta es mi casa, contigo.

—Tenía que preguntar —se disculpó el otro—. Está bien, la prioridad son las patentes de Di Catto, y también tendríamos que librarnos de mi hermanastra y mi antiguo aprendiz. Eso debería solventar los problemas en Tsacovia, o al menos una buena parte de ellos.

—¿No te olvidas de nada?

—Hm… No lo sé, ¿me olvido de algo?

—Había un pedrusco que dio muchos problemas a este bosque al caer en malas manos. Sería una pena dejarlo a la intemperie, al alcance de cualquier patán, ¿no te parece?

El alquimista retorció el gesto. La idea de la mujer le resultaba, al igual que ella misma, indescriptiblemente atractiva y, al mismo

tiempo, endiabladamente peligrosa.

Se sentía como si fuese un mosquito acercándose a una llama que, sin lugar a dudas, terminaría abrasándole. Aun así no le faltaba razón; tanto si decidía utilizar la piedra como si simplemente quería enterrarla bajo tierra, dejarla allí tirada parecía una idea de lo menos prudente.

"Y si Jan Farelian era algo", pensó para sí mismo mientras se disponía a poner sus manos en lo que parecía haber sido el origen de todo aquel caos y confusión, *"era prudente"*.

—Está bien; las prioridades son recuperar el pedrusco del mal, ocuparnos de las patentes de Di Catto y eliminar a Alexei y Catalina, en ese orden.

—Pensaba que querías ver sufrir a tu hermana.

—Así es —asintió él con indiferencia—, pero no voy a dejar que siga causando problemas sólo para deleitarme con su sufrimiento. En su lugar, estoy dispuesto a ejecutarla con la mayor brevedad posible, todo sea por el bien común.

* * *

—Repítemelo de nuevo —pidió el vampiro por enésima vez, mientras se abrían paso a través del bosque—. ¿Estamos vagabundeando por aquí en vez de continuar con nuestros planes para poseer algo que no nos interesa lo más mínimo, sólo para evitar que otra persona lo tenga?

—Técnicamente no sabemos si nos interesa —le corrigió el otro—, pero sí, esencialmente ese es el asunto. Ya que vamos a vivir en este bosque, debería interesarnos que no haya una batalla campal cada noche.

—Yo no voy a vivir aquí.

—Pero seguro que nos haces alguna visita, no te hagas de rogar.

El vampiro no se hizo de rogar, pero continuó murmurando cosas para sí mismo durante la mayor parte del camino. Se habían puesto en marcha con las primeras luces de aquel día, y en esta ocasión habían salido con viandas de sobra para los cuatro y con la compañía de León, que parecía conocer el bosque como la palma de su mano.

El avance era mucho más ágil y relajado de lo que había sido durante la última incursión, e incluso se habían permitido avanzar mientras charlaban y compartían historias e impresiones.

—Este solía ser territorio de arpías —les interrumpió el corpulento druida, parándose en seco—. Ya no hay ni rastro de ellas. Este bosque ha perdido mucha vida en muy poco tiempo.

—Se recuperará.

El druida miró a la mujer, que fue quien había hablado, se llenó los pulmones y estiró los brazos, satisfecho.

—Sin duda. Estos viejos troncos han visto mucho. Esto —añadió,

palmeando un árbol maltrecho que tenía a su lado—, no es nada. En marcha.

Según el viejo druida, la mayoría de las razas inteligentes habían puesto pies en polvorosa en cuanto los problemas habían comenzado a hacerse frecuentes. Al parecer, las aves habían sido los primeros animales en huir. Aquello había considerado un desequilibrio en el número de roedores, que a su vez habrían afectado a otras especies. Como resultado final, sólo un puñado de druidas y algunos ejemplares de otras especies inteligentes habían sobrevivido y permanecido en el bosque.

—Entonces, técnicamente podríamos crear un ecosistema nuevo.

—Técnicamente —enfatizó el druida—. Aunque un hombre con criterio habría sacado algo en claro de todo lo que ha sucedido aquí.

—Si encuentro alguno le preguntaré —se mofó el otro—. Estoy casi seguro de que el santuario donde estaba el hermano Qeilin estaba en esa dirección.

—No vamos hacia allí —replicó el druida—. A estas alturas puedo asegurarte que no seríamos los primeros en dirigirnos a ese lugar. Sólo encontraríamos restos y cadáveres. No hay razón para ir.

Nadie se opuso; lo que decía el druida tenía sentido, y además, de entre ellos cuatro, era sin duda el que mejor conocía el bosque y sabía qué podía esperarse de él, así que no tenía sentido contrariarle.

Antes de mediodía encendieron un fuego humilde y tomaron embutido y pescado salado, y no mucho más tarde volvían a estar en marcha, en esta ocasión ascendiendo a una pequeña colina.

En su parte más alta destacaban unas rocas de gran tamaño cuidadosamente colocadas, y ya en el interior del círculo se abrieron paso entre el sotobosque hasta que se encontraron con tres figuras que discutían acaloradamente alrededor de un gran caldero.

—A los buenos días —saludó el grandullón, adelantándose e inclinándose con poca gracia.

Las tres mujeres le salieron al paso entre risas, olvidando por un momento el tema que tan intensamente las había ocupado hacía sólo unos momentos.

—¿Qué hacen una bella dama y tres hombrecitos pululando solos por este bosque de mala muerte? —exclamó la más anciana de ellas, una mujer larguirucha y encorvada, con poca carne en los huesos y un ojo tuerzo.

—Déjalos tranquilos, vieja loca —les defendió la otra, también encorvada aunque con más carne y una prominente joroba—. A ese, al guapo, me lo encontré yo antes de todo esto. Seguro que has tenido algo que ver —añadió dirigiéndose al alquimista y tomándole del mentón—, ¿verdad que sí?

—No lo sé. ¿León?

—“El guapo” —enfatizó León, alejando a la mujer del alquimista de un empellón—, podría haber tenido algo que ver. De la misma forma que nosotros podríamos tener algo que ver con el objeto que sujetaba el hermano Qeilin.

—Eh… ¿Blanquecino, grandote como una roca?

—Así es.

—No nos suena de nada —respondió la tercera mujer, un ser de tamaño reducido, tez joven y voz suave—. Nos acordaríamos si lo hubiésemos visto, seguro, sí.

Ninguno de los visitantes habló de inmediato, aunque sí intercambiaron miradas inquietas.

—Estamos siendo del todo maleducados —se disculpó entonces el druida, anteponiéndose a la creciente tensión—. Mis acompañantes, desacostumbrados a lo que es normal en estas tierras, han olvidado presentarse. Aquí, este hombre es…

—Jan Farelian —habló él, inclinándose con verdadera elegancia—, artista y hombre de ciencias. Un placer.

—El placer es todo nuestro, hermosote.

—La doncella a su lado —continuó el druida, volviendo a apartar a la rolliza mujer—, es… ¿Se me permite?

—Por favor —concedió ella.

—Clarienna Von Meister, heredera única del marquesado de Tsacovia. Y el hombre de aspecto elegante se hace llamar…

—Ricardo Bolerante —habló el vampiro—, nativo de Ix, veterano de guerra y, en la actualidad, mercader acomodado. O en resumidas cuentas —añadió, haciendo una reverencia no menos elegante que la del alquimista—, un viajero curioso que disfruta de la buena compañía.

—Vaya, vaya —habló de nuevo la más descarnada de las tres—. Pues nosotros somos las señoras de esta zona del bosque. Y no terminamos de decidir si nos gustáis o no.

—Salvo el úrsido apestoso —se apresuró a añadir la de menor tamaño—. Él tenemos claro que no nos gusta, aunque sus quesos…

—Hmm —se relamieron las tres al unísono—, sus quesos…

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo como personas civilizadas.

De alguna forma, aquella simple frase logró acabar con la conversación; de pronto, todos los presentes observaban al alquimista con apremio, como si estuviese a punto de revelar un secreto anhelado durante años.

—Sólo digo que estoy seguro de que podemos. No cómo.

Bufidos y risas, pasos intranquilos.

—Nosotras sólo hemos visto a todos estos intrusos...

La que parecía más anciana de las tres propinó un fuerte puntapié a

la otra, que cayó de morros sobre el suelo.

—¿Qué intrusos? —habló León, imponente.

—Algunos curiosos que se adentraron en la cueva cuando todo terminó. Nada importante.

—Sospechamos que alguno de ellos tiene la piedra que buscáis —añadió la más regordeta de mala gana.

—Pensábamos echarlos al caldero —terminó de explicar la pequeña —. Sacar los restos limpitos limpitos, sin carne…

—Suficiente—atajó el alquimista—, por favor. ¿Podríamos ver a esos prisioneros?

—¡Ya habéis oído, ancianas cochambrosas! —rugió León, haciéndolas retroceder apresuradamente—. ¡Llevadnos hasta los prisioneros!

Las tres mujeres obedecieron rápidamente, desapareciendo entre los arbustos.

—¿Qué son? —preguntó el alquimista susurrando.

—Las tres ancianas. Son muy poderosas aunque puedan no parecértelo… pero también son sólo lo que ves, viejas frágiles. Son astutas y despiadadas… pero también justas, si se las sabe tratar. Te recomiendo no disgustarlas, aunque ahora te teman.

—¿A mí? ¿Por la tontería del bosque?

—No es ninguna tontería —aseveró el otro, clavándole la mirada—. Vamos.

El alquimista no se hizo de rogar y echó a caminar junto al viejo druida, por donde ya habían desaparecido sus demás acompañantes. Un par de resbalones y dos macizos de arbustos más adelante, una auténtica ristra de prisioneros se encontraba amordazada y atada de pies y manos. Además, estaban atados entre ellos, y los extremos de la cadena se encontraban atados a dos árboles.

—¿Pensabais hervir a todas estas personas? —se indignó el druida.

—Con toda esa historia de Kernunnos…

—Pero ya no hay Kernunnos que valga —zanjó el otro, avanzando hacia los prisioneros. Las mujeres se alborotaron y comenzaron a pulular alrededor, balbuceando sinsentidos pero sin atreverse a detenerlo.

—¿Quién es Kernunnos? —preguntó Clarienna.

—Kernunnos es uno de los padres de la naturaleza según la tradición druida. El hermano Qeilin aseguró ser su encarnación viva y demandaba sacrificios en su nombre. Un sinsentido —bufó León, comenzando a manosear a los prisioneros—. En cualquier caso, el hermano Qeilin ya no está, así que no tiene sentido hervir a todas estas personas y continuar ganándonos enemigos. ¿Está claro?

—Claro clarísimo—respondieron las tres mujeres descoordinadamente.

—¡Como el agua! —añadió la menor.

El druida asintió sin dejar de fruncir el ceño y con los brazos en jarra. Las tres mujeres le observaban con una actitud de sumisión, pero aun así, el gigantesco hombre no terminaba de fiarse.

—Pues aprovechando lo claro que está —comenzó a hablar de nuevo, sin mudar la actitud—, vamos a aprovechar que ya estamos aquí para ayudaros a liberar prisioneros, así le ahorraremos trabajo a esas viejas manos vuestras. ¿Verdad?

—Claro —asintió Clarienna—. Sería una pena desaprovechar la ocasión.

El hombretón le guiñó un ojo y ella sonrió, animada. El proceso de desatar prisioneros terminó siendo más largo y arduo de lo pensado originalmente; las sogas eran duras y correosas, pero estaban cubiertas de una costra de liquen y mugre que hacía deslizarse las manos. Además, cada uno de los prisioneros gozaba de toda una suerte de nudos alrededor de su cuerpo. Una vez desatados los primeros, toda la ristra comenzó a bambolearse, caerse y comenzar a removerse con torpeza, dificultando el proceso.

De los rollos de soga salieron casi una decena de trolls como los que el alquimista había visto caer durante su encuentro con el hermano Qeilin, un enano vigoroso que, apenas hubo sido liberado salió corriendo y otros tantos aventureros desafortunados.

Entre los últimos, el alquimista encontró un rostro conocido.

—Ayer por mí, hoy por ti —se rió, mientras manoseaba los nudos con impaciencia. Antes de continuar, le retiró la venda de los ojos al prisionero, que recibió su visión con una mueca agria.

Ante él se encontraba el hombre de gran armadura que se había abalanzado sobre Alexei durante su arresto, permitiéndole huir.

—Pensaba que no eras tú a quien habíamos salvado —dijo solamente.

—No lo era, no. De hecho, era una persona que ha terminado siendo mi archienemigo, por así decirlo. O bueno —se replanteó el alquimista sin dejar de tironear de los pedazos de soga—, mi segundo archienemigo. Mi archienemigo adjunto, si quieres verlo así. Pero lo que cuenta es la intención.

El hombre de la armadura gigante se levantó con rapidez, sin importarle desequilibrar al alquimista. Sin embargo, le tendió una mano justo a tiempo para evitar que éste se fuese al suelo.

—Cada vez que me encuentro contigo o con alguno de los tuyos, pierdo a algún hombre.

—Yo también me alegro de verte. Chicos —exclamó, antes de permitir a su invitado retomar su vida—, permitidme que os presente a mi amigo.

—No somos amigos.

—Claro que sí, no seas vergonzoso. Este honrado paladín es Cihan, miembro de la Hermandad de la que os hablé.

—Ya no existe la Hermandad. Perdimos a muchos de los nuestros en Las Viñas, y muchos más después por las heridas de batalla. Luego intentamos crecer —continuó explicando mientras trataba de reanimar a sus acompañantes, en peor estado que él—, demasiado rápido en poco tiempo, y cuando pasa eso se pierde el control.

—Pues es extraño, porque no hace mucho pasé por el Dragón dorado y se diría que allí había una auténtica Hermandad…

—Una—zanjó el otro mientras le tendía la mano a un hombre con el rostro lleno de heridas—. No la nuestra. Estamos en paz, Fharrel. Espero que no volvamos a vernos.

El alquimista se limitó a agitar la mano en señal de despedida. El pequeño grupo liderado por el hombre del ceño eternamente fruncido desapareció por donde había echado a correr el enano, y por donde, poco a poco, los demás prisioneros fueron desfilando, cerro abajo.

—Se te da bien hacer amigos —se burló Clarienna, que le observaba sentada en un tocón.

—Bah. Está dolido en el orgullo porque le he salvado. Es lo que tienen los paladines, son gente demasiado orgullosa con sus principios, su virtud y su fé. Gilipolleces —resumió rápidamente—. Pero sabe que le hemos salvado nosotros. Seguro que en el futuro no se le olvida, y bien que nos puede venir eso.

—¿Y si no?

—Si no, que le den. Me da lo mismo, el mundo está lleno de patanes con aspiraciones. Muchos sólo necesitan que alguien tire de las cuerdas que les mueven para ponerse a hacer algo con su vida. Sin ir más lejos, cuando trabajé con Khae encontré a un hombre al que sólo tuve que contarle una historia de pena para animarle a dejar de pedir limosna y empezar a ganarse el pan.

—¿Matando gente?

—Pues más o menos —reconoció el alquimista sin reparo—. Se libró de un par de personas que estaban en nuestra lista.

—¿Y por qué estaban esas personas en vuestra lista? —intervino la menor de las tres brujas—. ¿Eran gente malvada?

—Trabajaban para alguien que les explotaba, les engañaba e impedía que progresasen como personas y como sociedad. Probablemente, a nivel individual eran inocentes —reflexionó el alquimista—, y no intento justificarnos, pero si aceptas trabajar para defender a alguien malvado, te expones a que alguien te ponga en su lista.

—Si trabajas para defender alguien bueno también —apreció Clarienna mientras devoraba un pedazo de queso—. Tampoco es que el bien y el mal se puedan medir con un cartabón o una balanza. Sólo

se trata de a quién no le gusta lo que haces.

—Y cuanto más hagas, más gente habrá a la que no le gusta —añadió la pequeña bruja—. Por eso nosotras no le gustamos a nadie.

Tanto el alquimista como la joven se sonrieron, pero evitaron hacer ningún comentario al respecto.

—Eh —les llamó el druida—. Pillé a tu amigo, el de la armadura grande con esto.

El alquimista se giró justo a tiempo para agarrar con las manos el pedrusco que le acababan de lanzar. Tan rápido como vio qué estaba cogiendo exactamente, lo lanzó al suelo con un espaviento.

El objeto, de un cristalino turbio y grande como lo sería el huevo de un cerdo si los cerdos pusieran huevos, parecía contener una niebla que se arremolinaba en su interior.

—A todo esto —habló el alquimista—, ¿qué ha pasado con le estatua que mandé a tu guarida, Di Catto?

—No te preocupes por ella —respondió el otro sonriente, agitando la mano para quitarle importancia—, la puse en una especie de jaula. Algo que llamó "el rincón oscuro". Ya te lo enseñaré cuando sepamos qué hacer con ello, aunque sospecho que no es más útil que un pisapapeles grande y feo.

—Si no lo quieres, podemos usarlo como estatua de jardín. Sería más elegante y menos grotesco que una cabeza de ciervo colgando de la pared. Y centrándonos de nuevo en esto —añadió Jan mientras señalaba al pedrusco blanquecino—, ¿cómo nos lo llevamos?

—Acabas de tenerlo en la mano —obvió la mujer—. Teniendo en cuenta que no te has convertido en un vegetal malvado, creo que estamos a salvo. Me arriesgaría a decir que no fue la piedra la que obligó al druida chiflado a tratar de convertirse en un dios del bosque.

—Más bien, la piedra fue un medio para un fin —aseveró el vampiro —. Estoy de acuerdo con Clara. Coge el pedrusco y vámonos.

—No puedes llamarle pedrusco a esta cosa —se quejó el otro, mientras se limitaba a hacer lo que le habían indicado—. Es una fuente de mutación y de poder, piensa algo más grandioso, más… pedante.

—¿Un fragmento de la creación? —propuso el vampiro.

—¿Origen de la vida?

—Me gusta más la opción de Di Catto —apreció Jan, satisfecho—, pero gracias por intentarlo. Creo que "fragmento de la creación" es lo más grandioso y pedante que podemos juntar entre los cuatro, así que por ahora se queda así. ¿Volvemos a casa?

—¿Así sin más? —le reprendió el druida—. Deberías hacerle una ofrenda a las brujas. Como ya te dije, son mujeres frágiles pero muy poderosas. Y además, les sobra maldad. No conviene jugársela con ellas.

—Tonterías —zanjó Jan, resuelto y sonriente—. Estoy seguro de que no necesitamos regalos para llevarnos bien. Además, ¿qué es lo peor que podría pasar?

* * *

La tormenta arreció con furia durante el viaje de vuelta, sin dar ni un solo momento de tregua.

—¿Qué es lo peor que podría pasar? —refunfuñó el gigantesco druida, que mojado y malhumorado como estaba, volvía a parecerse más a un oso que a una persona.

Ninguno de sus acompañantes tuvo el arrojo necesario para llevarle la contraria. El alquimista se había disculpado reiteradas veces durante el lamentable trayecto, pero la tormenta no hacía sino empeorar, el agua caía a chorro sobre ellos y las nubes se arremolinaban sobre el suelo formando una niebla espesa y hostil.

—La próxima vez les llevaremos un poco de queso y salchichón —zanjó el cabecilla.

El otro gruñó, dando a entender que aquello cerraba la discusión sólo durante un rato. Tras casi tres días y tres noches deambulando por el bosque, al fin lograron dar con las cercanías de la vieja mansión, y sólo cuando la hubieron alcanzado comenzó a escampar la tempestad.

Las labores se pusieron en marcha al día siguiente, tras el merecido descanso. Mientras Di Catto se dedicaba a viajar y recopilar información, Jan Farelian, León y Clarienna Von Meister pusieron cuerpo y alma en rehabilitar la vieja mansión, por dentro y por fuera. Así, poco a poco la ceniza fue desapareciendo de la mayoría de las zonas, las tablas rotas o raídas fueron cambiadas por maderos menos elegantes pero más seguros, los cristales rotos reemplazados, y la maleza boscosa del exterior fue exterminada para dar lugar a una suerte de cultivos varios.

Mientras tanto, Di Catto visitaba regularmente la vieja mansión, siendo su habitación una de las pocas ignoradas por la limpieza por petición del propio vampiro, quien guardaba su llave celosamente. León, por su parte, hacía salidas periódicas para cazar, pescar o para perderse en el bosque durante algunos días sin dar explicación alguna, y mientras tanto, Jan y Clara invertían su tiempo libre en estudiar y repasar los apuntes de Pii, las propias investigaciones del alquimista y cualquier documento que el vampiro lograba adquirir para ellos.

Poco a poco, la vieja mansión del lancero rojo, lugar misterioso y digno de ser evitado, se convirtió en un hogar acogedor para propios y viajeros. Los primeros trotamundos en atreverse a llamar a la puerta fueron dos mercaderes cuyo animal de carga se había lastimado una pata. Pronto descubrieron que tener invitados no era tan ideal como se lo habían planteado originalmente, pues en ocasiones demandaban

atención constante y algunos se negaban a ayudar con los trabajos mientras recibían ayuda de sus anfitriones.

El pintoresco grupo, sin embargo, no tardó en encontrar formas originales de deshacerse de aquellos que decidían abusar de sus anfitriones. Así comenzaron a correr no sólo relatos de que el lugar era un punto de descanso y de ayuda al necesitado, sino también historias en las que aquellos que resultaban ser unos huéspedes aprovechados recibían la visita de temibles vampiros o fieros hombres oso, cuando no eran perseguidos por insectos furibundos u otras maldades sobrenaturales.

Además, los envíos de Covedine comenzaron a llegar puntualmente, facilitando la adquisición de inmobiliario, semillas y componentes de todo tipo.

Una noche, demasiado tarde para esperar recibir ya ninguna visita, alguien golpeó la puerta con el aldabón una, dos, tres veces, “toc, toc toc”.

Jan Farelian no se consideraba un hombre impaciente, pero si alguien se había tomado la molestia de llamar a su puerta a aquellas horas, tenía que ser Di Catto, y tenía que traer información importante.

Sin mediar palabra, se deshizo de Clara, que se encontraba sentada sobre él. Rápidamente salió de la cama, se colocó unas calzas andrajosas y le alcanzó un par de harapos a la joven, y sin perder ni un solo momento corrió escaleras abajo para dar una cálida bienvenida a su amigo.

Según abrió la puerta, Adencelli di Catto le sonrió con calidez y le dio un fuerte abrazo.

—He encontrado las patentes —dijo solamente.

Ante él, tanto el alquimista como su aprendiz, los dos acalorados y medio desnudos sonrieron con complicidad, el rostro cuajado en una sonrisa ambigua.

Acto 5

Capítulo 31

Si la información del vampiro era cierta, las patentes se registraban en una serie de centros relevantes, como el que habían asaltado en Pii. Una vez que se les daba el visto bueno, se guardaba una copia de todas ellas y se enviaban a algún lugar seguro, originalmente situado en algún lugar cerca de la frontera entre Omag y Tartaria, entre las montañas.

La información, no obstante, era esquiva y poco fiable, ya que la mayoría de los interesados no conocían el proceso mucho más allá de lo que a ellos les era relevante. En muchas ocasiones, ni siquiera de esto sabían demasiado, ya que algunos de los interrogados se limitaban a sellar papeles de un montón y ponerlos en otro.

Aun así, Adencelli di Catto no se había dejado desanimar fácilmente, y tenía de su parte el tiempo, suficiente dinero y, sobre todo, un intelecto agudo capaz de inventar, robar o suplantar identidades con extremada facilidad. Así, un hombre llamado Antoine Konvalore había escrito a varias personas cercanas a los círculos de la doctora Popolov haciendo algunas preguntas sobre Jan Farelian, mencionando lo sorprendido e indignado que se encontraba con la inseguridad que presentaban individuos como él en la sociedad y, de paso, aprovechando la ocasión para preguntar un par de detalles sobre el método a seguir para patentar una idea humilde que se le había ocurrido.

Poco después se dejó caer por la pequeña convención de sabios que se había amontonado en Tsacovia para investigar la desaparición de la joven heredera.

Tras presentarse como Ramón Correas, pintor y viajero de las islas,

consiguió reunir algunos detalles sobre la ruta que parecían seguir los escritos. En Pii, un estudiante de tez pálida, pelo corto y tartamudo se pasó por el edificio de los correos para hacer un par de preguntas sobre cómo debía presentar una idea para que la universidad decidiese apadrinarla. De allí no sacó más que un par de comentarios despectivos, y por poco no se llevó una paliza de una manada de estudiantes bebidos. El rastro le llevó hacia Omag, y allí donde paraba se aseguraba de hacerse con información de todo tipo, no sólo para sus acompañantes en la casa del bosque sino para sí mismo. Las personalidades que encarnaba se perdían para siempre o reaparecían en otro lugar del mundo a los pocos días; a la mañana era un humilde comerciante maní y al anochecer encarnaba a un mercenario retirado de los vergeles del sur. La información estaba ahí, aunque la sentía escondiéndose de él, serpenteante. Le escocía la nariz cuando tenía la seguridad de estar siguiendo una pista falsa, aunque su necesidad de conocer la verdad le impulsaba a seguirla hasta el lugar donde acabase, pues si bien muchas cosas terminaban siendo no siendo lo que él buscaba, la mayoría de las veces revelaban historias con las que vampiro aprovechaba para deleitarse.

Sí, el hombre sin rostro y con muchos nombres adoraba viajar. Para él, la vida era algo que necesitaba ser explorada de muchas formas distintas, y encarnar a tan distintas personalidades era una forma espléndida de hacerlo, además de ayudarle a pasar desapercibido. Dominaba los acentos, las costumbres y gestos, y hacerse pasar por otro le hacía sentir vivo, lo que no estaba mal sabiendo que en la mayoría de los libros se hablaba de los vampiros como muertos vivientes.

Conforme pasaban los días y descansaba en su búsqueda para dejarse caer por la vieja casa del bosque, mayor era la sensación de que estaba en el buen camino y de que, poco a poco, estaba logrando sus objetivos. Continuaba creando identidades y viendo pueblos, villas y ciudades.

Por desgracia, aquella sensación se esfumó cuando, mucho tiempo y esfuerzo más tarde, logró dar con aquella información que tan incansablemente había perseguido, no en los valles de Omag ni en la falda de las montañas de Tartaria, sino mucho más al Este, entre las gentes de tez grisácea y rostro ceñudo, en el reino devastado de Myrba.

El rastro llevaba hasta un pequeño pueblo costero del que llegaban embarcaciones de lo más variopintas, desde las grandes barcazas de Z'Akhul hasta las elegantes goletas y galeones del sur. Allí el rastro se disolvía en una suerte de caravana de la que formaban parte sólo unos humildes viajeros. La escolta, sin embargo, sí podía llamar la atención para los ojos del observador avezado, y para el erudito vampiro pocos

detalles podían pasar desapercibidos.

El rastro de la extraña marcha se perdía en un viejo bosque repleto de monumentos caídos y monolitos incompletos, donde los árboles crecían cenicientos y el aire se arremolinaba enrarecido.

El hombre que se hacía llamar Adencelli di Catto era un viajero audaz y enamorado de las aventuras, pero conocía los límites de lo prudente. En lo que a él concernía, el rastro terminaba allí. El resto era tarea para un equipo de personas más capaces.

* * *

—Presta atención, por favor —insistió el corpulento druida mientras señalaba el dibujo grabado en la tapa de un libro viejo, apenas a un palmo del rostro del alquimista.

—Sólo digo que me parecen lo mismo —se quejó el otro.

No sólo no se habían puesto aún en camino, sino que ni siquiera habían discutido el plan. Tras la llegada de Di Catto, decidieron que lo mejor era que el vampiro se acomodase en su habitación y terminase de ultimar detalles con tranquilidad, de forma que tras una calurosa bienvenida, cada uno se dispuso a retomar sus quehaceres.

Con el amanecer, el olor de la leche recién hervida les había llevado hasta el salón, donde el afanado druida les estaba esperando con decenas de tomos mohosos, rotos o mordisqueados, cuando no enteramente destrozados.

A pesar de las quejas iniciales por parte del alquimista, León no había tardado en comenzar a compartir con él y con la joven algunos de los conocimientos que le correspondían por su nuevo estatus de druida de pleno derecho.

—El trisquelión no es lo mismo que el nudo de la trinidad —repitió el hombretón por enésima vez.

—¿Pero no representan lo mismo?

—El nudo de la trinidad no es exclusivo del druidismo. Es un símbolo de protección que supuestamente llama a los dioses de los cuatro confines para demandar su protección.

—Y el trisquel —continuó hablando la mujer—, representa la tríada: tierra, agua y aire; madre, padre e hijo; pasado, presente y futuro… es el ciclo de la vida.

—Me suena un poco a la misma basura —se disculpó el alquimista —. ¿Eso no son las tres barras, entonces?

—El awen o triqueta —continuó el druida, acercándole un libro abierto cuyas páginas crujían con el tacto—, representa la inspiración, o la gran madre.

—No creo que nada de esto pueda serme útil.

—El sigilo de los druidas…

—¿Me va a servir de algo? —le interrumpió el alquimista, comenzando a apilar los libros para formar casitas.

—Allí donde veas el círculo cruzado por dos rayas verticales serás bien recibido —respondió el otro de mala gana—. Ya está bien, si no quieres aprender nada no tienes más que decírmelo.

—No seas injusto, te lo he dicho nada más comenzar —se quejó el otro.

La joven contuvo la risa y se colocó entre ellos, haciéndose con el libro de la discordia en el proceso.

—Déjame los libros a mí —sugirió—. Yo les echaré un ojo y le comentaré lo que le pueda servir.

Los dos obedecieron sin oponer queja alguna. Clara estaba demostrando ser una mujer activa e inteligente con un ansia viva de aprender todo lo que podía; cuando salía con Leon, trataba de averiguar y preguntar por qué hacían cada cosa, qué tipo de especies podían encontrarse a su paso y qué debía saber de ellas. Aunque el druida podía entender lo que una chica como ella veía en el agrio alquimista, no podía evitar sentir una punzada de envidia hacia él.

Por el contrario, cuando se encontraba con Jan le ayudaba y preguntaba sobre todas las fórmulas, le proponía hipótesis e ideas y le ayudaba a organizar todo el material. Y en sus tiempos muertos, además, se las apañaba para aprender el arte de la esgrima por parte de Di Catto y Jan y la disciplina de la caza, el acecho y el combate mano a mano del viejo druida.

El tiempo no pasaba en vano, y cuando al fin llegó el momento de disponer todo para el viaje, sin embargo, ninguno se sentía listo para embarcarse en aquella pequeña empresa. ¿Acaso no lo habían intentado antes enviando a simples mercenarios? Di Catto no lo había mencionado abiertamente, pero conforme pasaban los días y el vampiro continuaba sin compartir los detalles mientras se ocultaba en su sala cenicienta, más se preocupaban los demás.

¿Qué había detrás de un montón de simples patentes, meros documentos? ¿Por qué tanto viaje, tanto secretismo? Estaba claro que el vampiro sabía más de lo que decía o que, como mínimo, tenía una serie de sospechas bien fundadas.

Durante aquellos días apenas dejaba su cuarto y mostraba siempre un semblante cansado. En ocasiones hacía breves salidas en las que no solía dejar claro a dónde iba ni qué hacía, aunque por lo general volvía pronto y nunca con mejor aspecto del que tenía al haber salido.

—Adencelli —le retuvo un día Jan, tomándole del hombro con fuerza—. Ya basta. Sea lo que sea puedes compartirlo con nosotros. Te apoyaremos, ¿vale? Al menos, yo, yo te lo debo, eso y más. Sólo dinos dónde hay que colarse y nos pondremos a trabajar todos juntos en ello —añadió, mientras le dedicaba una cálida sonrisa. Se percató de que, al poner la mano en el hombro del vampiro lo notaba más huesudo y malogrado, casi enfermizo.

Adencelli di Catto asintió despacio, como si le costase entender las palabras de su amigo.

—He encontrado lo que me pediste. Las manoplas —aclaró, al ver la mirada extraña del alquimista, que se curvó en una amplia sonrisa al entender a qué se refería—. Sé que he tardado, pero sólo era capaz de encontrar pequeños trastos; monedas, dedales, medallones, cadenas…

—Y aun así nos han sido útiles; no te tortures. Pero ahora centrémonos en tu problema. ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

El vampiro le miró de hito en hito, inseguro, y asintió, pero echó a caminar sin decir nada. El otro, por puro respeto, se limitó a seguirle el paso, lento y renqueante. Sin prisa pero sin pausa llegaron a la sala de estar, donde se encontraban los otros dos habitantes de la casa repasando viejos escritos druidas.

—El lugar donde se encuentran las patentes —comenzó a explicar el vampiro, sin importarle interrumpir a los demás—, no es sólo el lugar donde se guardan las patentes. Es una especie de gran biblioteca. Es… es difícil separar los mitos de las historias reales —añadió balbuceante —, pero el sitio es una especie de fortaleza antigua, oculta en lo profundo del bosque que os había mencionado.

>>Dentro se guardan no sólo las patentes de nuestra sociedad, de toda la costa oeste del continente… no, se guardan también, en teoría, conocimientos de todo tipo; pergaminos de tiempos antediluvianos, crónicas anónimas, relatos de sucesos históricos, tanto los que han marcado el ritmo de la historia como los más irrelevantes… poderosos conjuros, grimorios prohibidos… creo que buscamos algo muy concreto en un lugar muy grande.

—Y me imagino que un sitio así no estará desprotegido.

—Te imaginas bien, Clara. No creo que podamos simplemente colarnos en este lugar. Y tomarlo por la fuerza… bueno, no lo sé, pero no creo que sea viable. No sabemos nada de ese sitio.

—No sería prudente —zanjó el alquimista—. Y si algo somos nosotros, es prudentes, eso está claro. Por cierto —añadió de pronto, dándose un toquecito en la nariz—, ya que mencionas la manopla… es posible que haya estado manipulando un poco la piedra con las manos desnudas, aunque ahora me sentiré mejor con esa manopla. Y volviendo a lo de la fortaleza oculta inexpugnable, no te preocupes, amigo; estoy seguro de que daremos con una forma de dar con ello. De todas formas, y lo pregunto sólo por si ocurriese el muy improbable suceso de que nos matasen a todos en el intento… ¿Qué interés oculto tienes en destruir esas patentes? Además del bien común, quiero decir.

—Es difícil de explicar. Digamos que son mi salvoconducto. Sabes Jan que no soy un gran luchador ni un hechicero hábil, más allá de las técnicas de transporte. Tengo un enemigo poderoso y no puedo

pretender vencerle en su campo. En su lugar, hay otras opciones que estoy dispuesto a desenterrar. Otras opciones que, como tú has dicho, arrastran consigo un bien común. No pretendo dañar a ningún inocente, en definitiva, si era eso lo que me estabas preguntando.

—En realidad ni siquiera había pensado en eso. Sólo quería conocer tu verdadera motivación.

—¿Y bien? —preguntó el vampiro arrastrando la voz—. ¿La apruebas? ¿Venganza por un crimen pasional? ¿Despecho, rencor?

—¿Qué si la apruebo? Me gusta la venganza, Di Catto, me encanta.

* * *

—¿Sabes lo que me preocupa, Clara?

—Sé muchas cosas que te preocupan. Supongo que hay muchas más.

Jan sonrió, satisfecho por la respuesta de la joven.

—Esta vida que tenemos aquí, nosotros cuatro… me siento como en casa, feliz.

—¿Te preocupa perderlo todo?

El alquimista se incorporó un poco, deshaciéndose de la sábana. Sin dejar de mirar a la joven, se remangó la manga de la camisa y le acarició el rostro con suavidad.

—No. No me preocupa que nos matemos con el plan de Di Catto, estoy seguro de que daremos con una buena forma de llevarlo a cabo. Me preocupa que vuelva a pasarme lo mismo una y otra vez. No hace tantos años yo era un noble acomodado. Tenía una familia a la que quería, un sitio al que llamar hogar y todas las facilidades con las que podía soñar. El sitio donde vivía no era tan grande como el de tu familia, pero para mí tenía todo cuanto podía llegar a pensar. Todo eso —añadió tras una pausa meditativa—, lo perdí. Por nada, no sólo no tuve la culpa de aquello, sino que me aseguré de evitarlo. Pero algo tan simple como la codicia de otro acabó con ello, me lo arrebató todo y me llenó de odio. Luego volví a Pii, conocí a Alexei y mi vida comenzó a recobrar parte de su sentido, investigando y compartiendo mi conocimiento con mi querido aprendiz… aquello también lo perdí, y de nuevo no por mi culpa. No enteramente, al menos. Es cierto que mi pasado me pertenece a mí, no lo niego… pero cuando tu madre me llevó, yo no pude explicarme ni despedirme de mis amigos. Me encerró en una jaula y, de nuevo, me arrebató la vida que logré levantar de la nada.

—Mamá te dio una vida mejor.

—Me dio otra vida. Una más completa y más parecida a la primera que tuve. ¿Mejor? No lo sé. Tú ya estabas cuando trabajaba en Pii. Iba de aquí para allá todo el rato, sí, pero lo tenía todo: la universidad y el palacio, el aprendiz de laboratorio y la de campo… y de nuevo, lo perdí. No todo en esta ocasión, al menos, pero mi antiguo aprendiz es

ahora mi enemigo jurado, al igual que mi hermanastra, a quien amaba por encima de todas las cosas, me traicionó y me convirtió en un traidor y un apóstata. Y ahora, los dos se han aliado contra mí, y he perdido también a Ardauz Milampere y a Catalina Popolov, dos grandes personas, respetables donde los haya. Ahora, ellos también son, me parece, mis enemigos. Allí donde voy, me persigue la traición, y donde siembro amistad sólo crece dolor. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Lo entiendo.

—No quiero sembrar más dolor. A veces, ni siquiera sé si quiero vengarme de mi hermanastra, pienso que podría dejarlo ir a cambio de no causar más problemas, de poder tener una vida que no se convierta en cenizas a mi paso y no vuelva para picarme en el culo.

—Todos tenemos momentos de flaqueza —susurró ella mientras le devolvía la caricia. Se recolocó el camisón, que se deslizaba por uno de sus hombros, y le tocó el rostro con ternura—. Hay algo que no estás teniendo en cuenta.

—¿El qué?

—Lo más sencillo y evidente de todo, como siempre. Quizá has estado plantando en el suelo erróneo. Tu hermana te traicionó por codicia, tu aprendiz por celos, y la doctora y Ardauz simplemente no han sabido hacer frente a las consecuencias que de sobra conocían que traería aliarse contigo… y sobre todo, esos dos no han sabido aceptar tu rechazo, no sienten más que despecho.

>>Piensa, si no, por qué podría odiarte la doctora cuando tú nunca le has hecho nada, cuando has ido a su laboratorio asumiendo un riesgo propio… tú eres especial, Jan. Te lo dije en casa. Los demás no lo entienden, sólo ven pasar algo distinto, algo que quieren catar, y cuando no pueden, se irritan y patalean.

>>Yo no soy así —le aseguró, obligándole a clavar la vista en sus hermosos ojos verdes—. Y Adencelli… la verdad es que no sé cómo es Adencelli, pero no es un hombre simple. Te observa desde la igualdad, consciente de que ambos os necesitáis y os complementáis mutuamente. Me atrevería a decir que te observa desde la cercanía pero con cierto recelo. ¿Me estás escuchando, Jan?

—Me encanta verte hablar. En general, me encanta verte —añadió sonriente—. No culpo a Adencelli. Siendo sinceros, tú y yo somos dos buenas piezas. Eso se nota. Y él está en conflicto, eso también se nota. Hay muchas cosas que no nos ha contado de su pasado, seguramente por una buena razón. Sea como sea —zanjó, incorporándose perezosamente—, es buena hora para ponerse en pie. León ya estará en la cocina.

—Hablando de León, creo que hoy tiene algo para ti.

Jan se incorporó sonriente y la miró con aire de complicidad.

—No es queso —atajó ella. El rostro del alquimista se agrió durante un momento y, acto seguido, los dos rompieron a reír.

* * *

En aquella ocasión contaron con la presencia del pernoctado Adencelli, quien, para variar, se mostraba enérgico y positivo. El viejo druida preparó unos pequeños bollos rellenos de queso fuerte y leche hervida, y dedicaron buena parte de la mañana a descansar y compartir ideas.

Cuando la inactividad comenzó a hacerse patente y los comensales comenzaron a mostrarse nerviosos, León se retiró a la cocina para volver pocos momentos después con un largo paquete.

—No me lo puedo creer —se adelantó el alquimista, mientras tomaba el regalo—. ¡Me has hecho un queso con forma chorizo!

Los demás rieron al unísono, pero se limitaron a esperar a que él desenvolviese la piel que cubría el presente.

Sin prisa pero sin pausa, Jan Farelian se fue deshaciendo del pelljo de conejo primero, de dos viejas mantas después y, finalmente, desenvolvió una elegante espada tallada en madera, labrada de símbolos que se le antojaban familiares y cuidadosamente pulida y barnizada.

—No puedo creerlo —alcanzó a articular al cabo—. Es genial.

—Es mucho más genial de lo que crees —replicó la chica, que se apresuró a quitársela de las manos.

Fíjate, en la empuñadura tiene este pequeño ingenio. Si lo giras…

—¡No me lo puedo creer! —se rió el otro, completamente asombrado al ver la pequeña cuchilla asomar por el extremo del elegante arma—. Sois maravillosos. Muchísimas gracias a todos. Aunque no entiendo por qué es esto.

—Simplemente porque te apreciamos.

—No creo que haga falta una fecha específica para regalar algo a alguien a quien quieres —coincidió la joven.

El resto de la conversación pasó por los obligados agradecimientos y la inspección del arma entre todos los presentes.

Terminada la fase de conmoción inicial, el alquimista resolvió colgarla en la sala principal mientras no estuviese usándolo, a modo de exquisita decoración.

El resto de la mañana se resolvió con normalidad entre trabajos de huerto en el jardín, restauración de vigas y estructuras y, ya tras la hora del almuerzo, retirada para investigar en los campos respectivos de cada uno. Lo cierto era que, ahora que tenía las manoplas del metal protector que le había traído Di Catto y suficiente chatarra para forrar un mono, tenía muchas ideas con las que trabajar sobre el llamado fragmento de la creación, anteriormente conocido como “el pedrusco blanco”.

Así, mientras Di Catto terminaba de ultimar sus planes y recopilar información y víveres, el resto del grupo continuaba formándose en aquello cuanto podía ser relevante, incluido el viejo druida, que había acordado hacer una habitación aislada en la que colocar tierra y asegurar aire fresco y sol en una de las celdas del sótano. Al colocar el pedrusco en ella, las características trepadoras de flor morada aparecieron rápidamente, y con ellas un nuevo campo de experimentación se abrió para el alquimista y su pupila. En esta ocasión, sin embargo, las plantas no se esparcieron sin control ni volvieron loco a nadie, lo que por un lado entraba dentro de lo esperado, pero por otro desconcertaba de algún modo al alquimista. ¿Por qué en esta ocasión parecían tener menor poder? ¿Era acaso por la falta del hermano Qeilin sometiéndolo a su control? ¿Era por estar creciendo en un pobre sótano? Había muchas preguntas, y aunque la información llovía a raudales, sentía que el día en el que Di Catto les pidiese tomar parte de su conflicto personal estaba al caer.

Y aquello, por alguna razón, les causaba cada vez más inquietud.

Capítulo 32

—Estoy firmemente convencido de haber encontrado el lugar donde se esconden las patentes —aseguró el vampiro, mirando fijamente al hombre con el que compartía mesa, un caballero de aspecto descuidado y barba de dos días, con poco pelo en la cabeza.

—Está bien. ¿Crees que estáis listos para entrar? —preguntó el otro, mientras examinaba por enésima vez los papeles que el vampiro había esparcido por la mesa.

Unos haces de sol se colaban por las ventanas y les permitía verse los rostros, a pesar de que la cabaña parecía rebosar oscuridad.

—Creo que no vamos a estar más listos de lo que ya estamos. No antes de que aparezca cualquier otro problema, y tratándose de Jan… sé que es cuestión de tiempo.

El hombre asintió, meditativo, mientras parecía digerir aquellas palabras.

—Está bien. Supongo que no puedo ayudarte más, ni tampoco tú a mí.

El vampiro tragó saliva. No temía a aquel hombre, pero había algo en él que le hacía sentirse intranquilo, y aquel comentario sólo había agudizado aquella sensación.

—Te deseo lo mejor —dijo solamente, haciendo ademán de levantarse—. Y ahora déjame, necesito pensar.

* * *

El día, tal y como todos se temían, terminó por llegar. La información no era tan precisa como les habría gustado, pero era lo más preciso que habían podido extraer de las fuentes disponibles: las patentes, entre otras muchas cosas de gran valor, formaban parte del alijo custodiado por una banda Myrbaní sobre cuyo origen era difícil distinguir lo real de lo inventado. Desde antiguos guardianes de los tiempos de la creación hasta vulgares mercenarios venidos a más, las opiniones y relatos eran de lo más variopinto. En lo que sí parecía haber consenso, era en que la legendaria banda defendía su fortaleza con insólita crueldad de todo aquel lo suficientemente imprudente para acercarse demasiado, y a cambio de tal proeza, hacía las veces de almacén para el mejor postor. Así, mientras las leyendas sobre lo que había en sus cámaras se alimentaban las unas a las otras, también

crecía la legendaria dureza de esta banda, y conforme crecía su reputación, más seguras parecían ser sus paredes y mayores secretos decían albergar.

—Probablemente no haya más que botín de bandidos ahí dentro —objetó el alquimista, apacible—. Había oído hablar de bandidos que custodiaban cámaras donde los ricachones escondían cosas, pero sólo en historias para niños o en relatos de civilizaciones primitivas. ¿Quién en su sano juicio escondería algo tan valioso en un sitio tan remoto?

—No te falta razón —asintió el vampiro, que tampoco parecía creerse la mayoría de los relatos que había puesto en conocimiento de sus compañeros—. Aun así, más valdría ser precavido. No necesitas que te recuerde que las patentes tienen un valor incalculable, capaz de hundir unas regiones y causar el atraso de otras.

El vampiro hablaba afectado, aunque se mostraba indiferente, simplemente inquieto, mientras jugueteaba con un viejo collar de cuentas.

—Está bien. Supongamos que nos las apañamos para entrar en esa fortaleza —habló el druida—. Y supongamos que, de entre todos los tesoros que hay dentro, encontramos las patentes. Supongamos también que alcanzamos a destruirlas y podemos volver a casa con uno de esos prácticos pergaminos que fabricas, Adencelli. ¿Y luego qué?

El vampiro sonrió, tenso, y aquello intranquilizó a los demás.

—En realidad estoy bastante seguro de que no podríamos simplemente usar uno de esos pergaminos ahí dentro. Si el sitio es tan seguro que a nadie se le ha ocurrido contratar a una manada de magos para averiguar lo que hay dentro, me imagino que tiene que estar fuertemente protegido contra este tipo de energías. En realidad —añadió, sin dejar de juguetear con las cuentas—, cada vez creo que un ataque directo es menos viable. Nosotros somos sólo cuatro, y no podemos considerarnos precisamente bravos guerreros, capaz de derrotar a un escuadrón o a una banda de guardianes, ni siquiera de garrulos con palos y piedras, siendo honestos.

—¿Qué tienes en mente, entonces?

—Mi mentor tenía un interés especial en algo que se guarda con las patentes. Uno de los muchos tesoros legendarios, en realidad. Al principio pensé que no eran más que tonterías, pero demostró saber mucho y…

—Céntrate, por favor.

—Tanto él como yo estamos interesados en las runas clásicas. A lo largo y ancho del mundo —comenzó a explicar, antes de que ninguno tuviese tiempo a preguntar—, habréis encontrado runas de todo tipo: arcanas, rituales, decorativas, alfabéticas… casi cada civilización tiene

o ha tenido runas de algún tipo. Sin embargo, las runas clásicas son, en teoría, la forma elemental de canalizar el poder. De la misma forma que aquellos con una Voluntad fuerte pueden someter cuanto les rodea sin necesidad de recurrir a cánticos ni de evocar emociones concretas, las runas son simples representaciones capaces de, con su mera presencia, desencadenar una reacción más directa que ninguna otra forma. Supongamos que Jan es un reputado hechicero al que se le conoce por su capacidad para levantar muros, prisiones o jaulas… Una simple runa que contuviese la esencia de liberar, o abrir… o algo parecido —añadió apresuradamente, balbuceando—, podría deshacer cualquier acción conjurada por Jan, sin necesidad de que aquel que la represente tenga conocimiento alguno. Desde luego, no sé si existe una runa que represente el concepto de la libertad o de abrir algo, pero para que entendáis la idea es un buen símil.

—¿Y eso está enterrado con las patentes? —preguntó la joven, escéptica—. Si es tal y como comentas, se me ocurren muchas buenas razones por las que deberían seguir enterradas.

—Coincido contigo. Sin embargo, mientras tú me ves aquí como una persona calmada y en paz… por dentro ardo de cólera y clamo venganza. No soy tan razonable como deseo aparentar, Clara —añadió susurrando con un tono funesto, llevándose las manos a la cara—. Alguien en mi pasado me arrebató todo cuanto tenía y me condenó a una prisión que nadie debería sufrir… y como ya te he dicho, no tengo ninguna oportunidad en igualdad de condiciones. No soy más que un humilde viajero con algunos conocimientos claves para viajar rápido. Y ni siquiera estos conocimientos me los puedo atribuir; las vitelas que diseño fueron un regalo de mi mentor. Una forma de estrechar manos, por así decirlo.

El viento sopló, y durante unos momentos, pareció que llegaba menos luz al viejo edificio. Sin embargo, Di Catto se retiró las manos del rostro y volvió a mirarles con normalidad, superado el momento de flaqueza.

—Sé que no es el mejor momento para decir esto —se arriesgó a mencionar Jan, mientras se metía un bollo de pan en la boca—, pero ese mentor tuyo me da mala espina, y ni siquiera lo conozco.

—No te culpo. Sin embargo, ahora tenemos problemas más urgentes que atender, como las patentes y el rastro de enemigos jurados que has ido dejando y que, antes o después, terminarán encontrando este lugar si no nos ocupamos de ellos. De ser un problema mi mentor, probablemente es un problema de otra persona.

Nadie se opuso a aquella conclusión. Lo cierto era que, de la misma forma que no podían hacer frente a una banda de guardianes, tampoco se sentían con capacidad ni con ganas de detener a un desconocido de gran poder.

—Está bien, creo que tengo una idea. Una idea fantástica —matizó el alquimista mientras se frotaba el mentón—, aunque terriblemente peligrosa.

—¿Más peligrosa que asaltar una fortaleza de leyenda entre cuatro aventureros con ganas?

—No lo creo. Pero voy a necesitar de tus contactos, León, y de paso, unos cuantos días para prepararnos. Es posible que también necesitemos algo de dinero, y esos pergaminos y escritos que has conseguido reunir, Di Catto.

—¿Algo más? —preguntó el druida con abierta hostilidad— ¿Una cabra, una ballesta, quizás?

—No fastidies, ¿crees que podrías conseguirme una buena cabra?

* * *

La tensión era palpable en el ambiente. Los trolls habían llegado antes de tiempo, y para cuando el lánguido druida se presentó en el claro, podía sentir con claridad cómo más de aquellos seres fibrosos y encorvados se deslizaban entre la maleza y por las copas de los árboles, dispuestos a encargarse de él si daba un paso en falso.

—Mis queridos amigos troll —exclamó el druida alzando los brazos, y con ello agitando una vieja manta roída que caía sobre sus hombros —. Me complace volver a veros sanos y salvos.

—Trollss también se alegran —respondió el que aparentaba ser el capataz, arrastrando las eses con fuerza—. Trollss quieren los detalless.

El druida se frotó la barba con fuerza, como si hiciese un amago de recordar algo, y de pronto se agitó, alegre. A su gesto respondió el movimiento entre los arbustos, que le recordó lo indeseable de hacer un paso en falso en aquella situación.

—Una bolsa de dinero como esta para cada uno. Hay más en el sitio de donde ha salido esta —reiteró, asegurándose de que el ser de piel negra y ojos rojos entendía lo que le estaba diciendo—. Podéis gastarlo en comida o mandarlo a vuestro jefe chamán, lo que hagáis los trolls. ¿Cuál es tu nombre, amigo? —preguntó el alquimista, nervioso ante el silencio de su interlocutor.

—Cssassu —arrastró él con dejadez—. Oro está bien, ssí… pero no lo ess todo.

—Hablas con sabiduría, amigo Casasu —exclamó el druida, alzando los brazos. Nuevamente el sonido entre los matojos le llevó a volver a bajarlos con presteza, y además decidió que no había razón para tener el viejo cayado en la mano, así que simplemente lo soltó sin ninguna ceremonia.

—Cómo pesan estas tonterías de druida —se quejó—. Tantos bastones, tantas togas sucias y tanta barba. —El druida se rascó con fuerza, y en esta ocasión extrajo de entre las profundidades de la

barba un pedazo de lomo ahumado—.

>>En fin, el sitio es una especie de fortaleza legendaria con unos guardianes muy peligrosos, no os voy a mentir.

—¿Guardianess de una fortalessa legendaria? —replicó el troll, abriendo sus pequeños ojos rojos.

—Eso es. Peligrosísima —añadió el otro, al contemplar cómo se empezaban a escuchar susurros de aprobación entre las ramas y los matojos—. Habría que ser gente muy muy dura para hacerse con ella. Acabar con muchos autodenominados guardianes legendarios, ya sabes.

—Trolls han esscuchado ssufissiente.

El druida se dio dos golpecitos en el mentón, meditabundo, y rebuscó bajo la manta roída.

—Tomad, una cuña de queso fuerte. Un regalo de buena fé.

El troll borró su sonrisa de la cara de pronto, mientras el otro ofrecía la cuña, que había captado demasiada atención como para poder ser retirada discretamente.

—Está muy rico —añadió con auténtico pavor—. Si no lo quieres…

—¿Ssólo una coña?

—Oh, es un queso muy fuerte. Se unta en muy pequeñas cantidades, si no, no hay quien lo trague. Os lo voy a dejar en el suelo—añadió el druida, deseoso de largarse de allí cuanto antes—, aquí mismo, cojo mi bastón de druida y… ¡Giliberto! ¡Giliberto!

Los trolls le observaban atentamente, en silencio. El druida continuó esperando, pero Giliberto, fuese lo que fuese, no aparecía. Sólo entonces empezó a blasfemar el druida, extrajo una pequeña petaca y se roció la manga con el contenido.

—¡Giliberto, precioso! —llamó por última vez.

Con paso perezoso, un macho cabrío inusualmente grande se abrió paso entre los arbustos, y el druida, ni corto ni perezoso, se lanzó encima con gracia y lo espoleó, a lo que el animal reaccionó gimiendo de forma lastimera e intentando avanzar a duras penas.

—¡Hasta la vista amigos trolls! —se despidió el extraño druida, mientras poco a poco, se iba perdiendo entre la maleza—. ¡Gracias por ayudar a vuestro mundo, vosotros sois los verdaderos héroes!

* * *

—Esta cabra es inútil. Se desplomó poco después de salir del claro —se quejó el alquimista, que aún se quitaba pelos de la barba postiza de entre su propia perilla.

—Era la cabra más grande que encontramos. No entiendo exactamente qué pretendías que pasara —se mofó el druida, mientras acariciaba el morro del llamado Giliberto.

—Está claro que el brebaje que le di no funciona con cabras. Aunque solía funcionar muy bien con mi viejo caballo.

—¿Drogabas a tu caballo? —se escandalizó no el druida, sino el vampiro.

—Sólo cuando la ocasión lo merecía. En cualquier caso, los trolls participarán. No me dijeron que sí abiertamente, sino que se lo pensarían, creo... pero tendríais que haber visto cómo se pusieron cuando les comenté lo suicida que era el plan.

—Me dan pena esos trolls. Casi terminan muertos en el bosque por gracia de la doncella Frigil, luego se salvan por los pelos del caldero de las tres brujas, y ahora los engañas para que se metan en esta campaña suicida.

—No les he engañado —se quejó el otro, mientras se deshacía de la vieja manta y recuperaba sus cosas, ya en el interior del edificio—. Les he dicho exactamente lo que había y se han puesto como locos. Bueno, en realidad han abierto un poco esos ojillos que tenían, así —intentó imitar él, despertando risas en su acompañante—. En cualquier caso, una cosa menos. Estoy seguro de que acudirán unos cuantos patanes a la llamada de los anuncios.

—Suponiendo que Galerno haya puesto los anuncios.

—¿No te ha contestado?

—Aún no.

—Bueno, hay tiempo. ¿Adencelli ha vuelto ya?

El druida negó con la cabeza, preocupado.

—Sólo espero que esté bien.

* * *

Aún no había anochecido, pero el grupo se amontonaba alrededor de una hoguera y celebraba con salero la simple razón de estar todos juntos. A su alrededor, una humilde caravana formada por carretas, carros y vagones de aspecto roñoso se agrupaban a un lado del camino, y apenas a unos pasos de los presentes, una comitiva de doce animales de carga se apostaba disfrutando del calor de las llamas.

—Y entonces va y me dice… “Ten cuidado, Adencelli, son gente muy peligrosa” —exclamó el vampiro antes de romper en carcajadas y derramarse el vino por encima.

El grupo le coreó y más jarras de bebida comenzaron a correr entre los presentes. Apenas unos momentos después, un violín al que le faltaban varias cuerdas y un acordeón tocado con torpeza comenzaron a sonar con alegría.

El hombre que se hacía llamar Adencelli di Catto había tardado en dar con el grupo, en parte porque ahora eran simples nómadas que se las apañaban como podían. En contra de lo que le había indicado Jan, sin embargo, no eran media docena de hombres, sino que superaban la veintena de personas en edad de romperse las costillas por una buena causa.

—Ven conmigo —le indicó alguien tocándole la espalda, invitándole

a perderse en un paseo entre las sombras, lejos del círculo que celebraba—. Cuéntame más de esa idea.

El vampiro obedeció sin reservas. El hombre que le guiaba entre las carretas no era ninguno de los dos que le había indicado Jan, sino el joven investigador con el que habían coincidido en Tindarelha, el tal Garibehlo de La manchadas.

—Me imagino que esperabas encontrarte otra persona al mando —se adelantó el joven—. Ya volverán, no te preocupes. Mientras tanto, yo me encargo.

—Entiendo. ¿Te cuento el plan sin más, o…?

—Deja que coja algo de papel para tomar nota.

—Esencialmente, hay una fortaleza de leyenda que se dice que es casi inexpugnable, en cuyo interior hay riquezas prácticamente ilimitadas —explicó el vampiro como si tal cosa—. A nosotros sólo nos interesan unos documentos en concreto. Claro que si hay montones de oro, nos vendría muy bien llevarnos un pellizco o dos, pero nada grandioso, lo justo para sanear la economía, ya sabes. Nosotros nos encargaríamos de facilitaros el viaje de vuelta, aunque parece que os va viniendo bien un sitio donde quedaros, si seguís creciendo a este ritmo. Habrá más apoyo, por ahora un grupo de mercenarios troll, algunos cazarrecompensas con poco aprecio por su vida… estamos buscando una pequeña tropa de gente capaz, por así decirlo.

—¿Les ofrecéis algo?

—La escasa posibilidad de hacerse con las riquezas que haya dentro de ese sitio, sean cuales sean.

—Lo estás diciendo como si vosotros no fueseis a formar parte del ataque. —El joven le miraba con una mirada ácida, reveladora. En su rostro mostraba una mueca de victoria velada.

—Me gustaría —se rió el vampiro con naturalidad—, de veras que sí. Pero sólo somos cuatro personas, y ninguno de nosotros es un combatiente experimentado. Intentaremos un sabotaje sutil desde dentro. Mira —añadió rápidamente—, no pretendo una respuesta inmediata, ya me imagino que os gustará debatirlo con calma cuando estéis todos de vuelta. Simplemente considéralo. Si os parece bien, enviad un mensaje a Las Quemas. Enviaré a alguien allí dentro de una semana desde hoy.

El otro asintió y le palmeó el hombro, mientras le miraba fijamente.

—Sólo por curiosidad —preguntó el vampiro—. ¿Dónde están el de la armadura gigante y el de pelo blanco?

El otro dudó, aparentemente sorprendido por el interés del extraño.

—Cihan se fue a un bosque. Se llevó a unos pocos con él, pero aún no ha vuelto.

—¿A acabar con una especie de plaga?

—Sí, exactamente.

—Yo mismo le liberé del caldero de unas brujas hace ya varias semanas. Y el bosque ya era seguro, no debería haberle pasado nada.

—¿Estás seguro de que era él?

—Como así de alto, muy enfadado e incapaz de dar las gracias, con esa vieja armadura cochambrosa…

—Es él —asintió el joven, echando a caminar nuevamente—. Bueno, seguro que se las arregla.

—¿Y el otro?

—Fue a atender una reunión con un pequeño grupo. Los llamaba "Los chicos de Cali". Me habría gustado ir; él parecía reacio, y me preocupa que no ponga de su parte.

—Seguro que sale bien —soltó el vampiro con calma. No porque estuviese seguro sino porque era la frase que se soltaba en aquellas situaciones por mero protocolo social.

El otro asintió y se lo agradeció con un gesto.

—Está bien, pues me marcho, Garibehlo. Un placer.

—¿Qué tal está Jan? —le interrumpió el otro, reacio a dejarlo ir tan fácilmente—. ¿Ha progresado?

—Progresa con su trabajo, sí. En diversos campos, me atrevería a decir. Aunque eso será mejor que se lo preguntes a él cuando le veas.

—¿Durante el asedio?

—Ninguno de los dos tenéis pinta de ir a encabezar el ataque —se rió el vampiro. Sin embargo, el otro no compartió el gesto, le dirigió una mirada torva y se retiró.

—¿Qué ha sido eso? —La voz venía de entre las carretas, donde menos luz llegaba de la hoguera y las antorchas.

Un hombre esbelto se acercó a paso vivo, el porte altivo y envuelto en una armadura engalanada y repleta de remaches de colores vivos y medallas.

—Perdón, no tenemos el gusto…

—Es un amigo —habló Garibehlo desde la lejanía, antes de desaparecer.

—Un amigo que ya se iba —añadió Di Catto.

El hombre que acababa de llegar le observaba con los bazos en jarra. A pesar de la armadura se le apreciaba una constitución atlética, y contra en el rostro un gesto de duro orgullo se combinaba con unos pómulos robustos.

—La reunión no es una gran idea —dijo el otro entonces, relajando la postura—. Pero tampoco es que haya muchas alternativas mejores, ¿no te parece?

—No creo que sepa lo suficiente como para opinar.

El otro bufó sin ocultar su desagrado.

—Tenemos gente con potencial. Con un poco de entrenamiento y una disciplina algo más dura, podríamos hacernos cargo de la mayor

parte de los problemas que puedan salirnos al paso.

—Como todo el mundo —objetó el vampiro, deseoso de salir de allí.

El hombre le miró de lado, arqueando una ceja, pero no dijo nada al respecto.

—Disculpa que te haya asaltado así. Me encargo de la… seguridad. Por decirlo de alguna manera.

Di Catto no le culpaba, pero no le gustaba la gente de personalidad tan dura, ni le gustaba sentirse presionado ni, sobre todo, le gustaban los paladines. Y la armadura de aquel hombre, junto a su porte altiva y otros pequeños detalles, apestaban a inquisidor a millas de distancia.

—Buenas noches —se despidió de nuevo el vampiro, en esta ocasión echando a caminar. El otro le despidió con un gesto y volvió entre las sombras.

Entendía que a Jan le unía una leve relación de amistad con aquel curioso grupo, y entendía que, entre sus cualidades, destacaba un cierto desprecio por el riesgo, muy útil para las empresas que Jan gustaba de emprender de vez en cuando. Sin embargo, algo le decía que un grupo de personas que se dedicaban a pasearse entre las sombras llevando toda la armadura encima no podía aspirar a lograr grandes metas.

Recordando que tenía cosas más importantes de las que ocuparse, continuó adentrándose entre las sombras hasta dar con un lugar tranquilo, y sin dudarlo ni un momento respiró profundamente y se deshizo en una madeja de jirones de negra oscuridad, uno con la noche.

* * *

Los días pasaban y la tensión crecía. Al final habían terminado recibiendo una visita del leal Claudio, que traía una nota de su amo.

Al parecer, el cetrero había tenido bastante éxito a la hora de reclutar interesados en alistarse para la tarea que tenían entre manos. Además, Di Catto aseguraba haber hecho grandes avances en cuanto a cómo asediarían el lugar, a pesar de haberse negado a compartir los detalles exactos o a enseñarles algún plano.

Pese a todo, de alguna forma volvía a sentirse que el plan volvía a estar bajo control; mientras no había novedades, todos en la casa se limitaban a trabajar en el acondicionamiento de la casa durante la mañana y empleaban la mayor parte de las tardes en sus campos de trabajo respectivos. Durante las horas de descanso compartían alimento y tiempo juntos, y sobre todo, disfrutaban de una sensación de tranquilidad verdaderamente reconfortante, en parte porque sabían que podría no durar mucho.

Di Catto, por su parte, pasaba la mayor parte del tiempo recluido en su habitación, cuyo acceso continuaba estando, en palabras del vampiro*, "vigorosamente prohibido, por nuestra propia seguridad"*. Pese a

todo, su humor y su aspecto habían mejorado, y aquello era algo positivo.

El viejo druida se había esmerado en cuidar el huerto y el jardín, en asegurarse de que todas las zonas del viejo edificio eran seguras y accesibles, y en buscar especies exóticas a lo ancho y largo del bosque para el estudio del alquimista. Éste, a su vez, empleaba el tiempo del que disponía en hacer pruebas de todo tipo, en espacial las que incriminaban al pedrusco o a las trepadoras púrpuras. Además, había aprendido que debía visitar de vez en cuando a las tres ancianas del bosque, que disfrutaban de las visitas y, sobre todo, le garantizaban que no hubiera desastres meteorológicos.

Mientras tanto, Clarienna Von Meister trataba de pasar tiempo con sus tres compañeros y optimizar su aprendizaje, y aquello le hacía sentirse viva y satisfecha.

Aunque echaba de menos a su familia y al capitán de la guardia, que había sido como un tío para ella, no podía dejar de alegrarse de haber terminado en aquella vieja mansión, donde vivían con menos facilidades pero se aseguraban de aprovechar todo el tiempo que se les había dado.

Durante aquellos días no hubo ninguna visita de viajeros descarriados o en necesidad, lo que les dejó más tiempo para ultimar sus detalles.

El día clave, como todo en la vida, terminó llegando, y cuando lo hizo todos estaban deseosos de acabar por fin con aquel proyecto que tanto tiempo les había tenido en vilo.

—No debería verlo así —comentó el vampiro mientras sus acompañantes se llenaban la boca de bizcocho—, pero si todo esto sale bien, por fin seré libre. No del todo, porque aún me quedarán cosas que hacer…

—Pero habrás saldado la deuda con ese mentor tuyo —completó la mujer—. Te entendemos, tranquilo.

Él asintió, agradecido, y le alborotó el pelo a la muchacha, que sonrió con calidez.

El hombre que se hacía llamar Adencelli di Catto esbozó su mejor gesto, aunque unas fuertes ojeras lucían en su rostro pernoctado. No era ningún secreto que durante los últimos días había trabajado especialmente duro y descansado poco; probablemente más por la presión de que todo saliese bien que por pura necesidad. De una u otra forma, el elegante vampiro había visto días mejores.

—Hemos reunido un pequeño batallón —afirmó por enésima vez—. Quizá no sean los suficientes para capturar la fortaleza. A decir verdad, ni siquiera sabemos a qué tipo de fuerza se enfrentan, pero eso es lo de menos. Como os dije, nosotros evitaremos el conflicto principal. Daremos apoyo si podemos a aquellos que lo necesiten, pero

debéis recordar en todo momento que ellos están allí a sabiendas de que el riesgo es grande y la recompensa incierta. Si algo saliese mal, no debéis volver la vista atrás. ¿Está claro?

Los demás asintieron, bien de palabra o de gesto, mientras le miraban atentamente.

>>Pues a partir de este momento, me gustaría delegar la dirección de este proyecto en Jan. Hombre de muchas bondades, pero sobre todo, hombre que nos ha traído hasta aquí. Me he pasado los últimos días y las últimas noches buscando cualquier resquicio de información que hubiese podido salir mal, redactando vitelas y pintando pergaminos. En esa habitación hay suficiente material para pasear a un ejército pequeño por medio continente —añadió con una sonrisa cansada, haciendo imposible saber si bromeaba o no—. Hoy es el día en que todo lo que hemos hecho hasta ahora será puesto a prueba. Espero que hayáis descansado. ¿Aceptas el liderazgo de este extraño grupo, Jan, amigo mío?

—Qué puedo decir —rió él, mientras se metía más bizcocho en la boca—. Estoy demasiado lleno de comida para salir corriendo.

El vampiro se inclinó sobre él, el gesto aún cálido pero cansado, y le puso sobre su regazo la espada de madera tallada que había adornado el salón principal durante los últimos días.

—Puef nada —articuló el alquimista mientras se metía un pedazo de galleta en la boca, aún llena de bizcocho—, nof vamof a la guerra.

Capítulo 33

El aire rebosaba humedad y no corría viento alguno entre los árboles del bosque ceniciento, cuyo nombre ni siquiera parecía estar en los mapas. El sol, aunque apenas se las apañaba para hacer pasar sus haces contra las ramas resecas del lugar, calentaba el aire, ya por sí sofocante, hasta convertirlo en un auténtico horno.

—He estado pensando en qué puede ser lo que guarece ese sitio —habló el alquimista, que vestía ahora uno de sus trajes con capa y capucha, armado hasta arriba de frascos, cuchillas y bolsillos con toda suerte de artefactos—. Creo que podrían ser simples trolls. Cuando todo terminó con Khaelara fuimos a un bosque donde también había trolls. No como los que encontramos en casa, mercenarios de Z'Akhul, sino trolls de piel verde y mayor tamaño, continentales por así decirlo.

—Podría ser —apreció el vampiro sin detenerse.

—Aun así, no creo que fuese un problema para los nuestros matarse con los de su propia especie, ¿no?

—Espero que no. La historia de los trolls está llenas de trolls matándose los unos a los otros, incluso los de la misma especie. Según tengo entendido —añadió el corpulento druida fatigado, presa del angustioso ambiente que les rodeaba—, en la propia Z'Akhul se siguieron matando durante mucho, mucho tiempo después de la guerra. Por cazar en territorio enemigo, por ofensas religiosas, por… por todo, supongo. Yo no estoy para estas caminatas… me hago viejo. Estos troncos huecos no me reconocen.

—¿Te reconocen los árboles de casa?

—Claro que sí —replicó el otro con orgullo, ignorando la burla del alquimista—. Los bosques tienen vida propia. Eres un druida terrible.

—No soy un druida.

—Lo que tú digas.

El grupo no seguía ningún sendero. Subieron un par de colinas y descendieron a través de campos repletos de piedras esparcidas. Allí donde el aire podía correr un poco y estar más fresco, evitaban pisar para avanzar sólo entre la espesura.

El bosque destilaba una atmósfera extraña, no hostil pero sí poco hospitalaria, como si aquel lugar desease seguir despoblado para siempre. Apenas sí se oían aves, y la mayoría de insectos que se

podían ver eran discretas polillas que trataban de pasar desapercibidas contra los troncos de los árboles.

Di Catto era capaz de rastrear al séquito que había seguido ya varias veces desde el puerto. Aunque avanzaba poniendo siempre distancia de por medio por miedo a ser visto, había reunido fuerzas para adentrarse en aquel lugar y aprender el camino. Con el tiempo, había visto lo suficiente para distinguir desde cualquier colina hacia dónde se dirigían: entre dos pequeños cerros escarpados, crecía una madeja de árboles densos y apretados, descoloridos a su manera pero no tan grisáceos como los que formaban el resto del bosque. Una vez que uno sabía dónde buscar, el lugar era relativamente sencillo de encontrar.

Cuando se hubieron aproximado lo suficiente, hicieron una pausa para descansar en un claro reducido, y cuando hubieron terminado, comenzaron a extender una suerte de pergaminos no demasiado grandes sobre el suelo, en los extremos del claro.

En el centro, el vampiro hizo algunas marcas en el suelo, y finalmente tendió un rastro de aceite conectando todos los escritos con el centro. Comprobó por última vez que todos estuvieran listos y prendió fuego al entramado. No recordaba la última vez que se había sentido tan inseguro, pero sabía que, pasase lo que pasase, ya no había vuelta atrás.

* * *

Las tropas reunidas habían superado las expectativas. Poco a poco, conforme el símbolo había comenzado a arder, habían comenzado a llegar algunos de los asistentes planeados, así como otros con los que no se les había ocurrido contar.

Además, para alegría de los presentes, los llamados aventureros habían demostrado aptitud y ganas de lograr la victoria, por lo que no les había costado agruparse con aquellos más afines a sus actitudes y comenzar a recibir órdenes, lo cual tranquilizó al alquimista, que había apostado una cuña de queso a que los mercenarios comenzarían a pelearse entre ellos antes siquiera de poner un pie fuera del claro.

Jan perdió el queso pero ganó una gran seguridad en la empresa, lo que al fin y al cabo era muy positivo. Una vez que los mercenarios comenzaron a conocerse y preparar sus cosas para el ataque inminente, el grupo encabezado por Jan extendió un nuevo pergamino en el suelo, lejos de los demás, y emprendió el segundo viaje del día.

—Este símbolo me suena —susurró el alquimista, ya sobre el pergamino.

El vampiro sonrió y derramó una chispa sobre la vitela.

Visto y no visto, el escueto grupo se encontraba en un jardín demasiado familiar, donde una estatua de un hombre que intentaba sostener algo disipaba toda duda: estaban de vuelta en casa.

—No entiendo nada —se quejó el viejo druida.

—Hemos ido hasta el lugar y hemos abierto la entrada para nuestras tropas. El asedio es ahora asunto de ellos, nuestro camino discurre por un sendero distinto. Venid conmigo, aprisa.

—¿Hacía falta que fuésemos todos para esa tontería? —se quejó el alquimista, sin dejar de seguirle por ello.

—¡Vamos!

No insistió. El tiempo corría y no había tiempo para pararse a discutir; Di Catto había pasado mucho tiempo trabajando en aquel plan y no tenía sentido cuestionarlo en base a impresiones sacadas sobre la marcha.

El grupo entró nuevamente en la casa, echó el cerrojo de la puerta y subió por las escaleras. Una vez allí, Di Catto extrajo de una pequeña bolsita la llave de su cuarto y lo abrió. Sin darles tiempo a hacer ninguna pregunta, indicó a sus acompañantes que entrasen en la habitación, completamente sumida en una oscuridad antinatural. Entre las tinieblas que reinaban en el lugar se podían distinguir montañas de libros apilados, pergaminos pegados a las paredes y escritos de todo tipo tirados por el suelo.

Sin dedicarle un segundo a evitar pisotear toda aquella información, se echaron a las carreras tras los pasos del vampiro, que tomó un nuevo manojo de pergaminos y rodeó la luz que surgía del centro de la habitación. Contra todo pronóstico, continuaron corriendo durante algún tiempo más allá de lo que habrían podido de seguir en el cuarto en el que habían entrado. Pronto llegaron a una estancia que parecía estar inclinada, donde las paredes y el techo se retorcían, como queriendo formar una espiral.

Sin dedicarle una segunda mirada, atravesaron con dificultad la entrada del cuarto y comenzaron a pisar sobre una superficie sobre la que se erigían cadenas tirantes que culminaban en extraños farolillos. El grupo lo atravesó a las carreras, ignorando las mesas que colgaban del techo y la cantidad de papeles que se arremolinaban a su alrededor. La siguiente estancia le resultó al alquimista perfectamente reconocible: había estado allí la primera vez que había decidido ir al encuentro de Adencelli, cuando aún le consideraba *el hombre sin rostro*. El lugar, pese a todo, también parecía haber cambiado sutilmente, como si algo lo hubiese desordenado o cuanto había en su interior hubiese sido fuertemente maltratado.

Allí, pese a lo que él recordaba, había una puerta cerrada que no estaba la primera vez que había visitado el lugar, de aquello estaba seguro. El vampiro utilizó la misma llave con la que había abierto su dormitorio y le dio una, dos, tres vueltas, *"clock clock clock"*. Sin pensárselo dos veces, el grupo la atravesó a las carreras, y al final de otra galería rebosante de oscuridad antinatural alcanzaron a vislumbrar un foco de luz. El camino terminaba en una serie de

tablones claveteados de cuyo interior emanaba una luz tímida. El vampiro se acercó al lugar, toqueteó con calma y comenzó a deslizarla con lentitud.

—Una puerta ingeniosa —le dijo al alquimista, dedicándole una última sonrisa cansada—. Espero que no te importe que la cogiese de tu viejo laboratorio.

El alquimista se rió primero y se inclinó después, en muestra de felicitación. Sin embargo, no invirtieron más tiempo del necesario en gentilezas y atravesaron el lugar, que desde el otro lado se veía como una sólida pared formada por viejos bloques de roca.

El lugar donde se encontraron a continuación era un viejo cuarto repleto de trastos de madera y latón. Lo abrieron sin ninguna ceremonia y salieron a una galería espaciosa y perfectamente cuadrada, formada también por bloques de roca y por cuyo interior circulaba un aire húmedo, viciado y sofocante.

—Estamos de vuelta —afirmó, más que preguntó el druida—. ¿No era más fácil teletransportarnos dentro sin más?

—Aquí no podemos teletransportarnos. Ni hacia dentro ni hacia afuera —explicó el vampiro—. Eso no quita que, a través de unos pliegues frágiles, y contando con las herramientas adecuadas, mientras vosotros trabajabais por las mañanas, no haya podido hacer este pequeño túnel.

—¿Has usado el pedrusco? —se escandalizó el alquimista.

—He tomado precauciones. Este es nuestro segundo descanso. Tomad aire, aseguraos de que tenéis todo en su lugar, y sentaos un poco si sentís mareo o malestar.

—Tomad —añadió, lanzándoles dos petacas de aspecto sencillo—. Una es agua. La otra es… os ayudará. No es sano hacer viajes como este que hemos hecho.

—¿A qué esperamos? —preguntó la joven, que vestía el otro traje del alquimista, debidamente remangado y ajustado con diversos remiendos para ajustarlo a su talla.

—A los gritos de la batalla —reveló el alquimista, que observaba atentamente el semblante firme del vampiro.

* * *

Desde dentro, resultaba imposible saber qué aspecto tenía el lugar, ya que sólo veían galerías, pasillos y puertas cerradas.

El vampiro, pese a todo, parecía saber con seguridad hacia dónde se dirigía, y si bien hacía breves pausas en algunas encrucijadas, el avance era rápido y uniforme. Conforme se adentraban en las profundidades, el aire parecía más fresco y menos agobiante, y los ruidos de batalla, más distantes.

—El plan está saliendo a pedir de boca —exclamó el gigantesco druida, que volvía a mostrarse cansado y llevado al límite de sus

fuerzas—. Demasiado.

Ninguno lo puso en duda: esperaban que la mayoría de las fuerzas del lugar estuviesen concentradas en el exterior, haciendo frente a los asaltantes. Sin embargo, el no encontrar ningún tipo de resistencia era algo con lo que no habían contado, y aunque el avance era rápido y sencillo, no podían evitar sentir que corrían hacia la boca del lobo.

—¿Cómo vamos a saber cuál de todas estas puertas es la que buscamos?

—Lo sabremos —replicó el vampiro solamente. Lo cierto es que no se esperaba que el lugar fuese un entramado de pasillos llenos de puertas cerradas excavadas bajo tierra. ¿Quién había construido aquella monstruosidad? Aquello ya no importaba. Las instrucciones que le había dado su mentor eran sencillas, y mientras las siguiesen, estaba seguro de que podrían alcanzar su destino. El viaje de retorno, sin embargo, le preocupaba más. El grupo continuó alternando las carreras con el trote y el paso lento para descansar, sin llegar a detenerse en ningún momento. Las puertas se alternaban unas tras otras, con números, marcas y letras únicamente inscritas sobre ellas como única diferencia.

El vampiro se detuvo de pronto, a media carrera, y retrocedió unos pasos mientras enarbolaba el collar de cuentas.

—¿Lo notáis? —preguntó con la voz quebrada.

Ninguno notaba nada, pero por la respuesta del vampiro estaban seguros de que acababan de llegar al lugar. La puerta ante la que se había detenido era exactamente igual que cualquier otra de las que habían visto, aunque al acercar el collar, el mecanismo de la puerta cedió con un crujido limpio, como si el mecanismo acabase de ser engrasado. Al abrirla, se encontraron una única escalera de caracol que descendía aún más, hacia las profundidades de la montaña.

La extensión del complejo resultaba abrumadora, aunque ninguno de los presentes tenía tiempo para pararse a pensar en aquello.

El aire se tornó más fresco escalera abajo, y al avanzar, vislumbraron un alto techo por el que se filtraban claros rayos de luz.

—¿Cómo es posible…?

—Este lugar es especial —se apresuró a explicar el vampiro—. Es como las galerías por las que os he traído. Este es nuestro tercer y último descanso en nuestro viaje de ida. Sentaos, tomad aire y deleitaos con las vistas. Os encontráis en la misma cuna del conocimiento. El lugar más seguro que el hombre ha podido encontrar para guardar todo este saber… Mantened los ojos bien abiertos, no os dejéis engañar por el aspecto apacible del lugar. Voy a dejar un pergamino aquí mismo —añadió, dirigiéndose hacia un macizo de maleza que crecía entre unos cascotes—. Si algo saliese mal, utilizarlo os llevará hasta el cuarto por el que hemos accedido al edificio, donde

los calderos y las escobas. Es lo más lejos que puede llevaros. Desde allí deberéis retirar la pared falsa por la que hemos entrado, y una vez hayáis cruzado la galería y atravesado la puerta del lugar oscuro, aseguraos de que el mecanismo se cierra y bloqueadlo con cualquier mueble. Desde ahí a nuestra casa, no hay más que unos pasos.

* * *

Tras un descanso breve, el grupo se puso de nuevo en marcha a través de la inmensa sede. Casi tan altas como la misma bóveda resquebrajada que cubría el lugar, se erigían filas de estanterías cubiertas de polvo, cascotes y musgo, y bajo sus pies se extendía una planicie de adoquín mal cuidado, repleta de baches, grietas y protuberancias. Di Catto encabezaba la marcha, aún sosteniendo el collar de cuentas entre sus dedos y sin mediar palabra con los demás; a pesar de que el lugar emanaba una sensación de sosiego imperturbable, aquellas estanterías se alzaban amenazantes y la atmósfera era hostil.

Contra ellas, se podían encontrar largas escaleras de mano labradas en madera carcomida y respaldadas con delgados armazones de metal, y en su base se apreciaban casi siempre dos pequeñas roscas dentadas para desplazarse por los maltratados raíles que se dejaban ver junto a su lado.

El vampiro, pese a todo, no parecía particularmente interesado en los libros, sino que avanzaba a paso vivo por el lugar, perdiendo la vista ocasionalmente en la bóveda rota por la que se dejaba entrever un cielo desconocido para ellos.

—Pase lo que pase —susurró el vampiro, girándose ahora hacia su grupo—, no os separéis de quien lleve el collar. Si algo me sucediese, que otro lo recoja rápidamente.

—¿Debemos preocuparnos?

—Sí —replicó él con seriedad. No dando tiempo a ninguno a formular otra pregunta, se dio media vuelta y continuó la marcha.

Las estanterías continuaban sucediéndose, y junto a ellas, las escalas, los pequeños taburetes y algún que otro libro caído contra el suelo, a menudo maltratado por las inclemencias, mordisqueado o hecho jirones. Aquello no era un buen presagio, pero ninguno hizo comentarios al respecto.

Tras varias horas de marcha comenzó a hacerse notar que el mediodía comenzaba a quedar lejos, y aunque aún no oscurecía, la luz sí comenzaba a escasear en según qué partes del complejo.

—Preferiría estar de vuelta antes del anochecer.

De nuevo, nadie osó contrariar al vampiro, que parecía conocer lo suficiente de aquel lugar como para inspirar terror en todo su grupo. La marcha continuó a paso firme, hasta que finalmente se terminó la explanada y llegaron a unos escalones humildes labrados en la roca,

que ascendían hasta un discreto haz de luz.

—¿Esto es lo que intentabas reproducir? —habló el alquimista, consciente del parecido con la habitación que tantas veces había visto evocar a su acompañante.

El otro no respondió; en su lugar, corrió hasta allí, indicándole a sus acompañantes que no se separasen y se abalanzó hacia el haz de luz. Antes de comenzar a hacer su trabajo, le lanzó el collar de cuentas al inmenso druida, que lo cazó al aire.

—He pasado tanto tiempo preparándome para esto. —El aventurero se relamió, cercano como estaba a aquel momento con el que había soñado tantas veces—. Todo el conocimiento jamás soñado por el hombre en mi mano… y aún incapaz de no abarcar más que unas pocas líneas a la vez.

—¿Te las apañarás?

—Me las apañaré —replicó él, sonriendo con todo su rostro por primera vez en varios días; por un momento, volvió a parecer el perseguidor inagotable que había acosado a Jan a lo largo y ancho de los reinos del oeste.

—¿Alguien ha escuchado eso?

—¿Escuchado el qué?

El suelo tembló con fuerza, y en esta ocasión todos lo percibieron.

—Protegedme hasta que termine —les indicó el vampiro, mientras comenzaba a zambullirse en una vorágine de libros que comenzaban a llegar de múltiples estanterías—. O nada de esto habrá servido de nada.

Al grupo no le hizo falta una segunda indicación; se agruparon junto a él y se prepararon para hacer frente a cualquier enemigo que pudiese surgir de entre las estanterías.

—¡El muchacho tenía razón! —exclamó una voz no del todo desconocida.

Al alquimista se le agrió el rostro de inmediato; no tenía ninguna intención de darse por vencido, pero se había hecho a la idea de que saldría cualquier guardián de entre las estanterías, quizá algún tipo de autómata, como los golems que según las historias custodiaban toda ruina o torre de hechicería que se preciase. Estaba preparado para golems gigantescos o para gárgolas, pero no para aquello.

—No puede ser —habló la joven.

—¿No puede ser qué?

—Por supuesto que tenía razón —se impuso una voz femenina de tono ominoso e imponente—. Ya os dije que no era un simple crío imberbe.

De entre las estanterías aún no había surgido nadie, pero además de los graves pisotones desacompasados, comenzaban a dejarse oír una auténtica procesión de pasos y voces.

—Estoy comenzando a lamentar no habernos traído a algunos de nuestros mercenarios como escolta.

—No seas ingenuo. Venga lo que venga, llevamos días preparándonos para esto —susurró el druida, cuyas venas estaban tan hinchadas que parecía estar a punto de explotar—. Podemos con cualquier cosa.

De entre las estanterías comenzaron a surgir, sin prisa pero sin pausa, una auténtica escuadra de soldados, todos adecuadamente armados y protegidos con hachuelas, estoques y dagas, y alguna que otra pica y alabarda. A la cabeza, observándolos con abierto desdén, se erigía un hombre vestido con un guardapolvos rojo sangre, sobre el que se acoplaban diversas chapas en una elegante combinación de traje de gala y armadura. En su pecho relucían un sinfín de chapitas e insignias, que a su vez combinaban con el orgullo que se cuajaba en su rostro desfigurándolo más allá de todo límite humano.

—Tu joven aprendiz ha sido capaz de predecir tus pasos hasta traernos hasta aquí —habló la voz de la reina Caroline, que se abría paso desde las últimas filas.

Conforme avanzaba, los fuertes pisotones seguían aproximándose, ya no desde un único sitio sino desde varios—. Aunque admito que no se necesitaba un genio para llegar a esta conclusión: el mismo día que atacas a el laboratorio de la doctora y el de la Universidad, también se produce un terrible saqueo en el lugar donde, supuestamente, se guardan las patentes.

—Para ser justos —replicó el alquimista, desmarcándose de su grupo —, no ataqué el laboratorio de la doctora. Sólo se perdió una escoba, y ni siquiera parecía demasiado cara.

La mujer se rió, y sólo entonces alcanzó al primera fila y se puso a la vista del alquimista; Caroline Farelian lucía una auténtica joya de la mecánica moderna.

Tal y como la había oído ser descrita no hacía tanto, *“una armonía perfecta entre finas piezas de metal y pedruscos de todos los colores”*. Lo que su viejo amigo Gamblid había llamado *“unas prótesis que son lo último de lo último”* no era otra cosa que una armadura de cuerpo completo rebosante de modernas piezas cuya función resultaba impredecible pero igualmente atemorizante, efectivamente colmadas de piedras de diversos colores. Piedras como las que había visto usar al viejo enano en el pasado; algunas funcionaban como simples baterías; otras servían para absorber grandes cantidades de calor en poco tiempo, y otras sólo las había visto explotar en sus torpes manos. En definitiva, sabía que lo que el enano había llamado “pedruscos” no eran otra cosa que caras manufacturas de hechiceros venidos a menos, y que tenían tanto de pedrusco como el fragmento blanquecino que él guardaba en su sótano.

—Es impresionante lo que el dinero puede comprar —se mofó la reina al contemplar el rostro desencajado de su hermanastro—. ¿No te parece?

—Jan —le llamó el druida, susurrando. Sus venas parecían menos a punto de explotar.

—Ahora no.

—Pero…

—Ahora no, he dicho —replicó el otro, susurrando también.

La reina Caroline se rió de forma estridente. No necesitaba ser un genio para saber que aquel momento le estaba sirviendo para regodearse. Claro que tampoco lo necesitaba para saber que, apenas unos pasos detrás de él, el vampiro que había dicho llamarse Adencelli di Catto estaba haciendo el trabajo para el que había pasado tantas horas cada día durante tantos meses practicando. Si podía alargar aquel momento, tanto mejor.

—Bah, bah. Sólo es un trozo grande de chatarra brillante, producto de una mente enferma. Conozco al arquitecto personalmente. ¿Sabías que no hace mucho presentó un artefacto hecho de varillas y tela para protegerse de la lluvia? Es el hazmerreír de la ciencia, si quieres llamarle ciencia a eso. Yo ni siquiera me atrevería a meterme ahí dentro, por si acaso.

La mujer no respondió, pero a un gesto suyo, la pieza que reposaba sobre su rostro se deslizó, cubriéndolo por completo.

—Veamos lo que esta pieza de chatarra puede hacer —habló al reina, cuya voz resonaba ahora por toda la sala.

Mientras hablaban, el suelo retumbaba cada vez con más fuerza; no demasiado lejos, algo de grandes dimensiones se dirigía hasta allí, aunque en aquel momento, aquella era la menor de sus preocupaciones.

La reina fue la primera en reaccionar: ni corta ni perezosa, se llevó la mano a la sien, y la prodigiosa armadura comenzó a vibrar con suavidad.

El alquimista no sabía qué era lo que implicaba aquello, pero sabía que no le haría ningún bien. Con la intención de alejar la atención de Di Catto, se echó a un lado mientras indicaba a sus acompañantes echarse al otro.

Rodear a aquel grupo no parecía una acción lógica por mera superioridad numérica, pero quedarse en el sitio hasta que ellos les superasen sin duda parecía peor. Además, no tenían maravillas tecnológicas, pero tenían de su lado el ingenio más agudo… o al menos eso querían pensar.

Un puñado de pequeñas esferas de cerámica volaron hacia el grupo de intrusos, estrellándose con sonidos vidriosos contra enemigos, suelo y estanterías indiferentemente.

A los pocos segundos, una densa bruma comenzaba a devorar la estancia.

—¡Encuéntrame si puedes— aulló el alquimista, desafiante—. En un visto y no visto, el encapuchado vestía su ya familiar máscara de doctor de la peste, a la cual le habían hecho una serie de reparaciones y ajustes tras su último uso.

—A él le quiero vivo —avisó la mujer, ordenando a su séquito que se hiciese cargo del rufián—. Los demás me sirven de cualquier manera.

Apenas hubo terminado la orden, dedicó un momento de su atención al grupo rival, que se desperdigaba sin terminar de perderse de vista.

A Caroline Farelian no le extrañaba; al fin y al cabo había pasado muchos años viviendo a la sombra de su hermanastro, y en menor o mayor medida sabía qué podía esperarse. Pese a todo, y como tantas veces había sucedido en el pasado, su hermanastro parecía estar obviando lo más simple de todo: el hombre que se retorcía en el haz de luz ante ellos. Mientras un sinfín de libros, pergaminos y escritos de todo tipo acudía hacia él, otros tantos se arremolinaban a su alrededor y volvían a desaparecer de la misma forma que había llegado.

A Jan, de aquello estaba segura, le había perdido en el mismo momento que había lanzado las bombas de humo; de aquello tendrían que encargarse sus subalternos. Sus otros dos acompañantes, por otro lado, trataban de atraer la atención de los demás soldados.

Sin pensárselo dos veces, Caroline subió los escalones con premura, y en dos zancadas se plantó ante el hombre de los libros.

—¿Quién es este hombrecito tan aplicado? —se rió ella, apenas a unos palmos de su presa.

—Que te jodan, zorra ominosa —susurró el vampiro.

La mujer reaccionó con furia, golpeó con el brazo y, en respuesta, la armadura chirrió contra una dura superficie que no alcanzaba a vislumbrar.

Durante un segundo, ella le observó atónita, y luego chilló con furia y se retiró: ningún mago del tres al cuarto iba a ponerse en su camino.

A lo lejos, un rugido estremecedor, inhumano, sacudió la sala, y justo después, un cristal que se rompía y el ruido de armas chocando comenzaron a inundar el ambiente.

No demasiado lejos de allí, Jan había hecho las suficientes pruebas con los derivados de la trepadora de flor púrpura para conseguir alterar el comportamiento de distintos sujetos, y aunque aún no se hacía a la idea de cómo conseguir controlarlos sin convertirse en una estatua infame, no necesitaba más que un grupo de hombres firmes y bien juntitos para ganarse a un pelotón dispuesto a vérselas con lo que tuviese más cerca.

Así, en apenas un momento los hombres de la reina habían pasado

de buscar con expectación al intruso a revelarse contra sus compañeros. Lamentablemente para Jan, parecía que aquellos afectados por las esporas perdían gran parte de su capacidad para discurrir, y si bien se las veían contra su enemigo sin temor por su vida, ésta, al ser defendida con torpeza o con las manos desnudas prometía estar próxima a su fin.

Más vasijas cilíndricas rodaron y más humo comenzó a esparcirse entre las estanterías. No demasiado lejos, oía terribles rugidos y voces que repartían o discutían órdenes de forma caótica. Periódicamente, algún grito silbante o un tajo metálico anunciaban el fin de una vida de servidumbre.

Jan sabía que no duraría, pero si había un momento para lanzarse al combate, era aquel, mientras el humo enturbiase el aire y los hombres perturbados por las esporas hiciesen de señuelo. Sin pensárselo dos veces, desenfundó el arma de madera y se lanzó al fragor de la confusión. Sólo esperaba que a los demás les fuese, como mínimo, igual de bien.

* * *

Los enemigos comenzaban a rodearles, y a causa del humo, cada vez les resultaba más difícil orientarse.

—No debemos alejarnos de Di Catto—sugirió ella, mientras el gigantesco hombre trataba de vislumbrar a los enemigos entre el humo—. ¡Uno a tu izquierda!

Un ruido retumbante se siguió de su indicación.

A la joven no se le escapaba que, mientras los hombres que usaban el uniforme rojo de la guardia real resultaban ser más duros y mostrar un mejor adiestramiento, aquellos que lucían la casaca plateada parecían maniobrar con más facilidad pero ser presas fáciles en el combate cuerpo a cuerpo. Apenas se hubieron dado cuenta, la peculiar pareja no tardó en empezar a sacarle provecho a la situación.

—Podemos tirar algo más de humo ahí —indicó la mujer a su acompañante, mientras lo arrastraba fuera de la voluminosa nube de vapor turquesa—, y tratar de retroceder en silencio. Podríamos causar alguna baja sigilosa antes de volver con Di Catto, y con un poco de suerte, pasar inadvertidos y hacer que se esparzan por entre las librerías.

—No sé si puedo pasar sin ser visto —le advirtió él, convencido de que, de hecho, no podía.

—No te preocupes. Si no puedes, yo te apoyo; cargaremos desde dentro sacando ventaja de la confusión. ¿Sabrás en qué dirección nos debemos mover?

—No lo creo —replicó el druida, preocupado.

—Está bien…

—Ve tú; te alcanzaré antes de que puedas darte cuenta, ¿vale?

—Vale.

Dos pequeños cilindros metálicos rodaron, y tras ellos, una nueva neblina de olor dulzón comenzó a elevarse.

La muchacha se giró para dedicarle un último gesto a su acompañante, enarboló el arma y se adentró en la nube de la que acababan de salir.

León, por otro lado, se adentró en la nueva nube, más densa y de olor más intenso. Los ojos le escocían horrores, pero no era el momento de quejarse. Se encomendó a los dioses de los bosques, que estuviesen donde estuviesen, sabía que no podrían verle, y se agazapó junto a la estantería más cercana.

Los ruidos de botas comenzaron a sonar más y más cerca; los hombres se habían reagrupado.

* * *

—Te estás perdiendo lo mejor —susurró el hombre, mientras la reina continuaba paseándose con inquietud a su alrededor, mascullando para sí misma. Hasta el momento, había probado varias utilidades de su armadura, pero ninguna había demostrado ser útil contra el escudo intangible que la separaba del hechicero.

—Tus hombres están siendo asesinados —continuó hablando, intentando llevar la atención de la mujer hacia las nubes que comenzaban a asomar entre las estanterías—, y tú aquí, de cháchara contemplativa. ¡Menuda reina!

—¿Y qué eres tú? ¿Otro erudito de mierda? —bufó la mujer—. En algún momento vas a tener que salir de aquí, y cuando eso pase…

—Ya veremos cuándo eso pase —la interrumpió él, con toda la intención de enfurecerla.

Desde lejos, la escena no parecía ir bien, al menos desde el punto de vista de Jan. Aun así, la opción de caminar hasta allí para hacerse valer contra su hermanastra en combate singular no estaba entre las ideas ganadoras. Además, las posibilidades de llegar hasta allí sin ser visto eran muy escasas. ¿Cuánto le separaba de Di Catto y la reina Caroline? ¿Una veintena de pasos, como mínimo?

Aquello le dio una idea. No iba idea heroica y caballerosa, ¿pero de qué servían los caballeros en aquellos días?

No demasiado lejos de él, algo emitió un chillido ahogado, y del humo surgió primero un hombre embutido en casaca plateada, y tras él la bella Clarienna, sosteniendo su cuello mientras empuñaba una hoja sin guardamanos.

—Por dios, Jan —le reprendió ella—. Ahí pasmado mientras los demás hacemos el trabajo sucio, y con esa cara de querer echar abajo la estantería. ¿Te encuentras bien?

—Clara, preciosa —se impuso él, dedicándole su mejor sonrisa—. Así a ojo, ¿cuánto dirías que mide esta estantería de alto?

* * *

—Siendo realistas, podríamos salvar a Di Catto —farfulló el alquimista mientras se peleaba con la última de las patas de la estantería—. Por otro lado, podríamos matarlo, y él es nuestro amigo.

—Sea lo que sea, decídelo ya, Jan. Es cuestión de tiempo que vuelvan a dar con nosotros.

—Oh, lo he decidido hace rato —se rió él con tranquilidad—. Un poco más y sabremos si le hemos ayudado o matado. ¿Sabes si los vampiros aguantan bien el aplastamiento?

—¡Jan! ¡Ahora no, ayuda!

Él no necesitó una segunda llamada; en un visto y no visto, se había metido la mano enguantada en una faltriquera holgada cubierta de gelatina. El primero de los enemigos en surgir de la neblina, que comenzaba ya a disiparse por completo, recibió el fluido en el rostro con un aullido de dolor. La afilada hoja de Clara lo silenció al momento, sin embargo. Ya con la neblina más dispersa, los dos fugitivos se sorprendieron al ver que en el suelo sólo quedaba la ropa plateada del desafortunado que acababan de abatir.

Tras él aparecieron dos casacas rojas, recibiendo uno de ellos la misma sustancia que el anterior. El segundo cargó contra clara, que detuvo su ataque con una parada en perpendicular de su cuchilla. La ausencia de protección en la empuñadura y la superioridad física de su rival, sin embargo, la derribaron con facilidad. Ella rodó para alejarse, aunque el hombre que la había superado ya se aferraba a su propio cuello con la vista fija en el hombre que le había disparado un discreto dardo.

En esta ocasión, fue el propio alquimista quien pasó sobre su compañera, desenfundó un cuchillo de partir embutido y se lo clavó en el abdomen al atacante.

—En pie —le indicó a la mujer mientras le tendía la mano—, antes de que lleguen más. A su lado, el segundo guardia aún chillaba postrado de rodillas, las manos en el rostro.

—¿Has terminado con la pata?

—Eso pensaba, pero no cede. Empuja conmigo…

Como un solo hombre, los dos empujaron con fuerza, aunque no arrancaron de la librería más que un quejido lastimero. Faltaba poco, pero lo suficiente para impedirles llevar a cabo su plan.

—Quizá sea una señal —dijo ella—. Yo digo que vayamos, y entre los tres…

—Eso es, entre los tres —la interrumpió Jan, maravillado de su propia mente.

El primer golpe apenas hizo crujir los estantes, aunque sí arrancó un alarido al hombre cuyo rostro parecía estar fundiéndose por momentos, que había sido empujado contra la estantería.

Antes de que éste pudiese incorporarse, la joven se abalanzó contra él, hundiéndole el pecho, arrancándole el aire de los pulmones y haciendo gemir a la estantería de forma aún más quejumbrosa.

El pobre desdichado no había conseguido recuperar la respiración cuando un tercer golpe resonó a su lado, y a continuación un gran bulto impactó de nuevo sobre su cuerpo, prácticamente empotrándolo en los viejos estantes.

La madera crujió durante un momento, y luego durante otro más… luego algo se rompió y algunos libros comenzaron a caerse de sus estantes.

—¿Jan?

—¿Impresionada?

—Creo que se está cayendo del lado que no es.

* * *

—Simplemente lárgate —insistió Di Catto, sacudiendo la mano como quien aparta un bicho.

La reina, aún envuelta en su armadura, le ignoró, como llevaba haciendo desde hacía rato. De pronto, se sacudió levemente, se retiró la visera y se acercó más al vampiro, mostrándole un rostro maltratado pero bello.

—¿Qué es lo que quieres? Jan no tiene amigos —escupió con desprecio—. Todos le terminan traicionando si no lo hace él antes. Podemos llegar a un acuerdo.

—Ahora que lo preguntas, me gustaría algo de tranquilidad. Esto es una biblioteca.

—Vamos, ¿eso es lo que quieres? Sal de ese escudo tuyo y hazme callar.

—¿A ti? —se rió él, nervioso—. Puedo oler tu sangre desde aquí. Apesta a inmundicia, a corrupción.

La mujer retrocedió un paso, sorprendida. El comentario había hecho mella en ella.

—Eso es lo que pasa a quien se asocia con Jan. Solíamos ser amantes, él y yo. No hace tanto tiempo, en el pequeño palacete de su padre, el conde Jul.

—No me interesa —insistió él, mientras sus ojos volaban de un manuscrito a otro, y de éste a un libro que acababa de llegar flotando.

—Pero él no tenía ojos para mí —continuó ella, indiferente y acercándose más al vampiro, el rostro aún expuesto—. Decía que me amaba y se deshacía en halagos… pero al final, no quería ni verme. Sólo tenía ojos para esa zorra suya, Calira o algo así.

—Khaelara.

—Esa. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿Quedarme de brazos cruzados esperándole, sin hacer nada? ¿Poner un candil en la ventana y agitar un pañuelo blanco desde la torre más alta? Y una

mierda.

—Te he dicho…

—Que no te interesa —le interrumpió ella—. Y yo te he dicho, que si quieres dejar de escuchar vas a tener que obligarme.

El hombre que se hacía llamar Adencelli di Catto abrió mucho los ojos, extendió los brazos y estiró un pergamino. Los demás, papeles, notas y tomos medio deshechos, continuaban extendiéndose ante él, y él, tan intensamente como podía tras tanto tiempo de entrenamiento, trataba de repartir su atención entre tantos documentos como podía.

Aquel viejo papiro, sin embargo, le impedía centrarse en otra cosa.

Con las manos temblequeantes, lentamente formó un símbolo, y la mujer que estaba ante él, como a una sola orden, se quedó en silencio.

El vampiro esbozó una sonrisa triunfal mientras ella, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo, se miraba a sí misma con los ojos desorbitados y se aferraba a su garganta, aún embutida en la elegante armadura.

La sonrisa, sin embargo, le duró poco al vampiro. Apenas un instante después, un relámpago atronador resonó por toda la habitación, el suelo comenzó a retumbar aún con más fuerza, y cielo que se veía a través de las cúpulas quebradas, como si se un eclipse se tratase, se oscureció de súbito.

No demasiado lejos de allí, algunas estanterías comenzaban a derrumbarse unas sobre otras, mientras densas lenguas de niebla de distintos colores surgían de entre los pasillos.

* * *

—Ve y ayuda a Di Catto —ordenó el alquimista—. Yo me haré cargo de los hombres restantes.

—¿Tú sólo?

—Yo, las estanterías, la confusión… ¡Simplemente ve!

La mujer no discutió; el plan del alquimista parecía tremendamente imprudente, pero al fin y al cabo, todos sus planes solían serlo y hasta ahora les había ido relativamente bien. Sin pensárselo dos veces, se hizo con la pica de uno de los soldados caídos y se lanzó a correr entre las estanterías que aún no se habían derrumbado. No era el camino más directo hacia Di Catto, pero ella tenía sus propios planes.

—Y ahora —habló el alquimista, a sabiendas de que nadie le escuchaba—, el momento de la verdad. Veamos si tanto tiempo trabajando en aquella salita ha servido de algo.

Jan Farelian no era un hombre cobarde, pero mientras comenzaba a pasarse el pequeño candil que usualmente colgaba del cinturón por distintas partes de su ropa, comenzó a temer por su vida.

La máscara le protegía no sólo los pulmones sino los ojos, y sólo por eso ya debería ser mejor que la única prueba que hizo en su momento, por la que la cuba donde León guardaba el agua de la casa quedó llena

de restos de ropa, ceniza y persona quemada.

Entre las muchas cosas que había hecho antes de salir, ungir su atuendo con aquella grasa supuestamente ignífuga era la que más le preocupaba haber hecho bien. En su cinturón comenzaban a terminarse los viales, y una vez más, prefería no depender enteramente de su capacidad con las armas. No le quedaba más humo, más mejunjes incendiarios ni más mecanismos explosivos. Los dardos del brazalete también se le habían acabado, y por no quedar quedar, no quedaba nada ni siquiera en la pequeña bolsa de embutido.

Aquello lo descubrió con pena mientras toda su ropa comenzaba a arder con furia.

Se alegró de haber untado también el arma de madera y, tras empuñarla, primero con inseguridad y luego con más fuerza, se lanzó a la búsqueda de oponentes.

A su paso, pequeñas brasas y gotas de aceite en llamas saltaban hacia todos lados, y tras él, demasiado agitado como se encontraba por no estar siendo devorado por las llamas como para darse cuenta, muchos libros y documentos centenarios comenzaban a arder.

* * *

La mujer había vuelto a bajarse la visera, y ahora golpeaba el escudo que protegía al hombre con fuerza. Tras una breve pausa, había extraído una pequeña bolsita y había mojado el arma con su interior.

—Ya basta de distraerme —susurró él con desdén.

La mujer le enseñó el arma más de cerca, luego lo agitó y lo clavó.

Adencelli di Catto dejó escapar un grito ahogado cuando la hoja se clavó en su costado, atravesándolo.

A su alrededor, los libros, pergaminos y vitelas se desplomaron al unísono, haciendo de inusitado cojín cuando él mismo se dejó caer, herido.

Al desplomarse, contempló cómo las columnas que flanqueaban la pequeña elevación comenzaban a girar, y sus lados extraños parecían formar inmensas efigias humanas. Desde lo alto, la luz de un relámpago recortó oscuras siluetas que descendían por el techo, y aquello le trajo recuerdos lejanos y dolorosos.

Ya delirando, le pareció que, a su rescate, acudía una amazona de cabellos dorados montando sobre un enorme oso, aunque aquello tenía que ser, claro estaba, una extraña alucinación.

Se volvió a comprobar el costado, del que manaba ahora un líquido negruzco que manchaba su elegante gabardina marina, su chaleco de piel magenta y su camisola blanca; se escurría por sus piernas y manaba sobre los libros hasta crear un pequeño charco a sus pies.

—Sólo es —comenzó a balbucear, incapaz de enfocar la vista—… un… rasguño.

Caroline Farelian se acercó más, ahora que el muro no se lo impedía,

y cuando fue a recuperar su arma, sorprendida, contempló cómo su oponente se desvanecía en las tinieblas que se adueñaban del lugar.

Contra todo pronóstico, las dos enormes columnas que flanqueaban el alto comenzaron a agitarse, y antes de que ninguno de los presentes pudiese darse cuenta, dos gigantes alargados y rocosos se interponían entre la reina y la insólita pareja que acudía al rescate.

—¡No te detengas! —exclamó la mujer que montaba sobre el inmenso oso.

El oso no se detuvo, pero las dos estatuas se habían centrado en ellos, y las posibilidades de superarlas sin ser golpeados parecían escasas. Dicha posibilidad parecía enorme, sin embargo, cuando se comparaba con la de sobrevivir a un golpe de aquellas criaturas. El oso continuó a la carrera mientras la amazona enarbolaba la pica con furia, los ojos constreñidos en una mueca que no podía dejar de ver al vampiro desplomándose a manos de la mujer.

—¡No te detengas! —gritó de nuevo.

León, que había terminado adoptando la forma de un oso furioso, no iba a detenerse.

La primera de las estatuas golpeó el suelo con el puño cerca de ellos, pero no lo suficiente como para evitar su avance.

La segunda levantó una de sus piernas rocosas y pateó con furia, levantando el suelo. Oso y amazona salieron por los aires.

Clara voló y cayó, golpeándose el costado contra aquel suelo adoquinado duro. Llena de furia, se incorporó como si no le doliese todo el cuerpo, se llevó un frasquito del cinturón a la boca y lo vació de un solo trago.

Ante ella, una de las estatuas se encorvaba, como si la estuviese observando más de cerca a pesar de no tener ojos.

Ella aguantó inmóvil, tratando de contener su furia y no volverse hacia la reina; tenía un arma y suficiente fuerza para atravesarla de cabo a rabo si se la lanzaba y acertaba. Sin embargo, si lo hacía sería aplastada por aquel guardián pétreo, y pese a todo, sabía que tenía cosas importantes que hacer. Más importantes que arruinar la venganza de su maestro, desde luego.

Esperó, mientras la estatua continuaba acercándose, inclinándose sobre ella y extendiendo uno de sus brazos sin manos. De su interior nacía un ruido crepitante, estaba casi segura de surgía del interior del cuello de la estatua, pero no podía esperar atravesar el pecho de roca con su lanza y la fuerza de su cuerpo. Como mucho, la lanza penetraría un palmo, si aquella roca no estaba tan dura como la roca normal. Y teniendo en cuenta que aquella roca estaba articulada, cabía esperar cualquier cosa.

Esperó un poco más. El brazo de la estatua casi tocaba su rostro. Entonces se abalanzó bajo el brazo, apuntó a la axila y lanzó la pica,

que se clavó apenas un palmo en la superficie de aquel ser.

El ruido crepitante se convirtió en una suerte de crujidos tristes, la lanza se rompió y el ser se estiró, hizo ademán de incorporarse y, finalmente, se derrumbó, causando una avalancha de piedra, arcilla y pequeñas piezas metálicas.

Cuando el polvo se hubo disipado, un muro de escombros las separaba a la reina Caroline y a ella del resto del edificio.

—Al menos aún podemos escalarlo —se dijo a sí misma, sin importarle compartir sus pensamientos con la mujer que acababa de apuñalar a su amigo.

Como respondiendo a su afirmación, un crujido lejano resonó, seguido del sonido de la madera rompiéndose, y cada vez más cerca, el crepitar de algo enorme envuelto en llamas.

En esta ocasión no se echó al suelo, pero el golpe de la estantería ardiendo al caer sobre los restos del guardián de roca hizo temblar el lugar. Cuando se giró, no sólo un muro desmoronado las separaba del resto del mundo, sino un muro desmoronado recubierto de escritos ancestrales en llamas.

—Escala eso ahora —se rió la otra mujer, a sus espaldas.

Capítulo 34

—Entonces, tú debes ser su nueva perra.

—Y tú debes ser la nueva reina chabacana venida a más —replicó la más joven de las mujeres, sin dignarse a mirar a la otra. Su atención se centraba en el lugar que las rodeaba, desde el que difícilmente podían salir. No parecía haber ningún pasadizo ni puerta, y el montón de escombros se desmoronaba en una mezcla de tierra, piedra y brasas, que de vez en cuando echaban a volar con delicadeza.

—Touché —respondió la reina Caroline—. Una reina no debería hablar así. Quizá habría debido decir manceba, o su último capricho conocido.

—Quizá deberías haber dejado que viésemos esa boca tan bonita que tienes en lugar del montón de mierda que se te acumula detrás hablase por ella. Pero nadie es perfecto —añadió Clara con desdén—. ¿Crees que puedes sacarnos de aquí? ¿Esa cosa vuela?

—¿Qué si vuela? —se rió la reina, poniendo los brazos en jarra con aire de superioridad—. Bueno, quizá en los planos que nos vendió aquel enano. No, esto no vuela —añadió, comenzando a caminar hacia la otra mujer, que continuó sin dignarse a mirarla—, pero seguro que será capaz de sacarnos de aquí. Échate a un lado.

—¿Échate a un lado? —replicó indignada, volviéndose por vez primera para mirarla fijamente—. Échate tú a un lado. Estamos aquí por tu culpa.

—¿Es mi culpa querer defenderme?

—Es tu culpa haber traicionado a un hombre como Jan. ¿En qué cabeza cabe? —le gritó con furia—. Podrías haberte atravesado con un arma de lado a lado, habrías ganado tiempo. Pero no, tenías que conseguir un mejor título nobiliario, tenías que estar en boca de todos… menuda estúpida.

La otra mujer abrió la boca, pero no llegó a responder. No de inmediato; en su lugar, continuó acercándose a la joven y la tomó por un hombro, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Qué debía haber hecho? ¿Esperar a que le matasen o a que volviese hablando de esa zorra suya a la que tanto admiraba, hasta que finalmente decidiese librarse de mí?

—Podrías simplemente haberte despedido de él. O podrías haberle

abandonado sin ponerte a la vista de todos; te casas con un terrateniente cualquiera con tierras suficientes para vivir cómodamente en un rinconcito tranquilo del mundo y fin del asunto. A otros les servirá el cuento de la víctima —añadió con asco Clarienna —, pero a mí no. No me insultes contándome esas gilipolleces; simplemente querías su atención, le lanzaste un órdago y te salió mal… porque has resultado ser una mujer inmadura, caprichosa y poco inteligente, presumo. Eres el aldeano que se va a matar un dragón con la azada en busca de gloria, convencido de tener todo bajo control mientras se pregunta cómo a nadie más se le había ocurrido una idea tan buena. Una visión verdaderamente bochornosa — escupió, cargada de desdén.

—Soy la reina de Almoria —replicó ella.

—¡Y no por ello más relevante! Has fracaso en la vida, Caroline. Y ahora, usa tus manos por una vez y pon esa armadura a trabajar. No saldremos de aquí de otra forma.

Las dos mujeres se quedaron mirándose con fijeza, aparentemente reacias a darse la espalda la una a la otra. La primera en dar el brazo a torcer fue la más joven, que le dedicó un único encogimiento de hombros a la reina y se puso manos a la obra; en un visto y no visto, buscaba el sitio menos malo para comenzar a apartar escombros.

—¿Realmente piensas salir de aquí así?

—Desde luego, no pienso salir de aquí quedándome de brazos cruzados.

En esta ocasión, la puya si encontró dónde clavarse, y en apenas un momento, la esbelta reina, no mucho más alta ni corpulenta que su acompañante, ya se había puesto manos a la obra.

De cerca, la elegante obra de ingeniería se veía incluso más impresionante; de un tono translúcido, las placas exteriores dejaban entrever una suerte de fibras que formaban un entramado que unía las distintas piedras engarzadas en el conjunto.

—¿Qué hace esa armadura?

—Ya lo averiguarás —respondió la reina una mueca provocadora.

De nuevo, su acompañante le dedicó un encogimiento de hombros cargado de indiferencia y continuó con su trabajo. Las brasas se caían y resbalaban sobre el polvo y los cascotes, y algunas piedras estaban demasiado calientes para tocarse con la piel desnuda. El trabajo era lento y desagradecido, mientras al otro lado del muro, amortiguados por el crepitar de las llamas, se oían voces, golpes y algún chillido ocasional. En lo alto, pequeños pedazos de techo se desprendían, y ocasionalmente resonaban graves crujidos que hacían temer lo peor.

Por las grietas del techo se intuían unas siluetas alargadas. Se recortaron contra el destello de un relámpago que, tras unos momentos tensos, hizo retumbar todo el lugar.

—¿Has visto eso?

—¿El qué? —bufó la reina.

No hubo tiempo de responder; apenas dos pasos a sus espaldas, el suelo adoquinado estalló, salpicando pedazos de roca, y donde antes había piso firme, ahora sólo ondulaba un tentáculo pardo cubierto de cientos, sino miles de ojos.

Las dos mujeres se echaron hacia atrás en un gesto instintivo, presas del pánico. Sin embargo, a la más joven le faltó tiempo para ponerse en pie y lanzarse contra el nuevo objetivo. En un abrir y cerrar de ojos, el humilde cuchillo sin protección para las manos se hundía en el tentáculo, que sin embargo no parecía haber advertido daño alguno.

—¡Fuego! —le gritó a la reina.

La mujer la miró con los ojos desencajados.

—¿No echa fuego esa mierda? ¡La armadura!

La reina boqueó, aún luchando por recuperar el control de su cuerpo. Poco a poco, se las apañó para ponerse en pie, y luchando por mover un pie primero y otro después, comenzó a recortar distancias contra el tentáculo, que parecía observarlas a ambas. Toqueteó algo en la parte trasera de la armadura, alzó el brazo y un manantial de llamas surgió hacia la masa de ojos, que emitieron un sonido estridente y silbante y volvieron a desaparecer entre las profundidades.

Ninguna de las dos se molestó en preguntar qué había sido eso; saltaba a la vista que ninguna lo sabía. Además, también saltaba a la vista que ninguna de ellas tenía intención de quedarse allí más tiempo del necesario.

La reina se echó corriendo a los escombros y comenzó a escarbar, mientras que la otra, sin embargo, se limitó a inclinarse sobre el agujero del tentáculo.

—¿Estás esperando a que salgan más de esas cosas? —le inquirió la mujer en armadura.

La otra se incorporó con los brazos en jarra y negó enérgicamente con un gesto de disgusto.

—¿El miedo te ha paralizado? —se rió la reina, nerviosa.

La otra negó de nuevo, sin terminar de alejarse del agujero.

—Estaba esperando que volviese, nada más.

—¿Y eso por qué, niña?

—Esa cosa se ha llevado mi arma. Esperaba poder recuperarla.

La reina la miró, insegura de si la joven bromeaba. Tras una breve lucha interna, escudriñó la mirada dura y decidió que, efectivamente, estaba hablando en serio.

—Eres una chiquilla de lo más particular —continuó hablando la mayor de las dos mujeres. Sin pensárselo dos veces, desenvainó y le lanzó su propia arma—. Puedo imaginarme qué ha visto Jan en ti. Aunque no termino de entender qué puedes haber visto tú en él —

añadió con tono burlón.

—Yo, sin embargo —replicó la más joven, decidiendo que no merecía la pena pasar más tiempo lejos de los escombros—, sí que puedo entender por qué él te desprecia como lo hace.

* * *

—¡Ya puedo verlas! —exclamó Persel Cufer, capitán de la guardia de la Casa del Bienaventurado y, durante los últimos meses, guardaespaldas personal de la reina Caroline.

Sin más palabras que esas, se limpió las manos contra la casaca roja, cosida con piezas de armadura, y se limpió el sudor de la frente.

El alquimista chistó con desdén ante la apuesta visión. De alguna manera, esperaba que el primero en poder decir aquello fuese alguien de su grupo. Su grupo, sin embargo, se había visto reducido a León el oso y a él mismo. Di Catto había desaparecido en el fragor de la batalla, y a Clara la había visto quedar al otro lado del muro que ahora escarbaban. A su lado, el inmenso oso en el que se había transformado León se removía inquieto y sanguinolento, esperando la orden de avanzar a través del muro. Del otro lado se habían oído gritos y golpes, pero hacía tiempo que ya no se escuchaba nada.

El alquimista se abrió paso con torpeza escalando entre los escombros, intentó apartar al capitán Cufer de un manotazo y trastabilló, perdiendo el equilibrio y cayendo del otro lado. Sin embargo, conforme terminó de rodar muro abajo, se apresuró a ponerse en pie, sólo para toparse con la mirada de superioridad de su hermanastra, que le tendía una mano.

—Un placer volver a verte —le saludó ella con un tono reservado, cargado de rencor.

—¡Apártate, inepta!

A ella sí la pudo apartar sin caer al suelo, aunque nuevamente perdió el equilibrio y tropezó. En esta ocasión, los brazos de Clarienna Von Meister lo agarraron con fuerza. Los dos se miraron y se sonrieron, pero no les faltó tiempo para obviar que aquel edificio ruinoso se caía encima de ellos.

—¡Vienen más! —exclamó el capitán Cufer desde lo alto del muro—. ¡El oso no da abasto!

—Ya has oído al tiparraco ese.

—Espera —susurró Clarienna, tomándole del brazo—. Di Catto estaba agarrando ese libro.

—¿Ese? —preguntó Jan mientras señalaba uno.

—No, aquel…

—¿El rojo?

—El azul. No ese —añadió, acercándose para ayudar al alquimista. Cuando Di Catto había caído, una auténtica tonelada de libros, papeles y pergaminos había caído a su alrededor—. Mierda, Jan. Ya

no sé cuál era. Era azul, tiene que ser uno de estos —añadió con prisa, mientras se postraba al lado del alquimista y comenzaba a ayudarle a recoger libros de tapas azules—. Ya vale, no hay tiempo para más…

—Pues en marcha, preciosa. Corre, yo te sigo detrás.

La mujer se giró y le miró con una sonrisa pícara. Todos los demás habían desaparecido ya, y no demasiado lejos, el suelo se abultaba, amenazando con dar paso a uno de los numerosos tentáculos con ojos como los que habían tenido que aniquilar mientras llegaba la ayuda.

—Ve tu delante, casi te despeñas hace un momento.

—Por favor, Clara, insisto…

—Sólo quieres que vaya delante parar mirarme.

—Si nos morimos —argumentó el otro con impaciencia—, quiero irme de este mundo con una visión bonita.

La mujer se rió pero no protestó; sabía que no tenía sentido intentar razonar con aquel hombre. Se aseguró de estar cogiendo los libros que llevaba con firmeza y echó a correr muro arriba.

Del otro lado esperaba León, una vez más en forma de afable hombretón. Se sentaba sobre las ruinas y respiraba con dificultad. Sangraba por distintas partes del cuerpo, y desde el pelo y el rostro le caían generosos regueros de sangre.

—No os preocupéis por mí —balbuceó con esfuerzo—. Sólo…

—No te pongas heroico —le reprendió la mujer—. No tenemos tiempo, y seguro que quieres morirte en tu precioso bosque. No te creas que vamos a poder arrastrarte entre los dos todo el camino de vuelta.

—No todo —balbuceó, mientras se giraba hacia lo alto. Por las grietas, ahora estaba seguro, bajaban más criaturas pétreas, y sin la ayuda del capitán Persel Cufer sabía que no tenía ninguna oportunidad de defender a sus amigos.

—¿Tenéis las cuentas? —balbuceó el druida. Sus compañeros asintieron, acercándose con preocupación. También le caía sangre de las axilas, y una inmensa mancha de color carmesí le teñía la ropa a la altura de las tripas—. Caroline…

—Ya se han ido —le tranquilizó Jan—. Tendremos que esperar a otra oportunidad.

—No…

El alquimista se acercó. Bajo los escombros sobre los que se sentaba, comenzaba a formarse un pequeño charco de sangre. Aun así, el viejo druida les miraba con fijeza y manoseaba una bolsita marrón que le colgaba de un hombro, como las que él mismo había llevado alguna vez para recoger setas.

—¿Qué necesitas, amigo? Dímelo.

—En mi cinto… al otro lado —le indicó León, luchando por formar palabras—, una pequeña hoz…

El alquimista la encontró sin dificultad: colgando del cinto del viejo druida, contra la cadera, una pequeña hoz de oro relucía con modestia, cubierta de una costra de barro y hojas.

Jan la tomó y la sostuvo sin comprender, y sólo entonces el viejo Druida se las apañó para levantar uno de sus pesados brazos y lo posó sobre su hombro.

—Serás… un gran… druida.

La cabeza de León cayó a peso muerto, la mandíbula colgando, y se dejó caer sobre los escombros.

Clarienna se acercó despacio, consciente de que el lugar estaba a punto de caerse encima de ellos y de que más de aquellas criaturas se dirigían hacia allí.

A su alrededor se amontonaban diversos cuerpos envueltos en ropas rojas y algunas togas plateadas vacías. Además, algunos pedazos de efigies vagamente humanas se esparcían por el lugar, la mayor parte de ellas formadas por roca y madera.

—Tenemos que irnos, Jan.

El hombre se giró, sorprendido por la cercanía de Clarienna. De alguna forma, había esperado que echase a correr hacia la entrada.

—No pienso ser un druida —replicó él—. Ni de broma. Me quedan algunas medicinas —le dijo a la mujer—. Yo he gastado todo lo que era explosivo, humeante, chispeante, inflamable, venenoso, ensordecedor… pero tengo algunas tonterías. Déjame lo que lleves y quizá pueda darle algo de tiempo a nuestro viejo y peludo amigo.

—¿Y luego qué? No podemos arrastrarlo de vuelta a casa.

—No tengo intención de arrastrar a esta mole. Tengo un plan. Simplemente…

—Toma las armas —le indicó Clara, lanzándole uno de los cintos que le cruzaban el pecho. Sin él, la camisola rasgada se deslizó por uno de sus hombros, dejando a la vista uno de sus pechos. El alquimista sonrió con dulzura, y ella le correspondió. Se recolocó la camisa y echó a correr; no necesitaba saber más del plan.

* * *

El surtido que le había dejado la joven Clara era bastante para hacer frente a un pelotón pequeño de enemigos normales, pero aquello no le tranquilizaba demasiado. ¿Qué eran aquellas cosas? Había visto deshacerse en el aire a los guardias de ropa plateada, había visto enormes guardianes de roca, gárgolas y extraños autómatas de madera repletos de tuercas y engranajes. Y para defenderse, sólo tenía una pequeña hoz, una espada de madera y una serie de frascos con los que no esperaba poder hacer frente a aquellos autómatas que defendían el lugar.

—Venga, grandullón —le susurró al druida, que permanecía inconsciente en sus brazos—. Vamos a cobijarnos debajo de toda esta

basura. Aquí somos presa fácil.

Arrastrar al druida no era sencillo, y aunque tenía un frasco que podría ayudarle a reunir fuerzas durante algún tiempo, prefería guardarlo por si el combate se volvía ineludible. En aquellos momentos, sólo podía lamentar toda aquella situación. León se moría en sus brazos, Clara corría por aquel lugar endemoniado sin nada con lo que defenderse, y Di Catto simplemente había desaparecido, a juzgar por las palabras de Clara, muerto.

Miró al techo, por donde seguía viendo sombras serpenteantes. Por las grietas seguía cayendo lluvia, pero al menos el techo había dejado de desprenderse.

Quizá Di Catto no estuviera muerto. Se suponía que conocía aquel lugar y, además, era un hombre precavido y cauto. ¿Acaso no habían sido cautos todos ellos?

El alquimista se paró a pensarlo y se rió de su propia ingenuidad.

—¿De qué te ríes tú?

—¡León! —exclamó el alquimista, eufórico. El hombre había recuperado el conocimiento, pero teniendo en cuenta la mezcolanza que le había dado, hasta un muerto podría haberse levantado para ponerse a bailar. Su hígado y sus riñones, sin embargo, serían algo de lo que hablar si sobrevivían lo suficiente.

—Veo que nos hemos quedado solos… ¿Clara?

—Clara ha ido a por ayuda.

El druida se rió, de nuevo, de su ingenuidad.

—¿De verdad esperas que vuelva? Sabes que quiero a esa muchacha Jan… es… ¡Argh! . —El druida vomitó un espumarajo sanguinolento sobre las manos de su acompañante, pero incorporó el rostro rápidamente—. Es como volver a tener una hija, pero esa cría no va a volver Jan. Tiene vida dentro, tiene una chispa… ¡Arrgh!

—Cállate —le pidió el otro—. O te vas a desangrar por la boca. Si no vuelve ella, quizá vuelva Di Catto. Y si no, pues nos moriremos aquí juntos. Tendrás alguien para que te haga compañía.

—Es más de lo que puedo…

—Que no hables —le regañó el otro, dándole un pescozón—. Aún no es seguro que nos vayamos a morir, así que hasta que seas incapaz de abrir la boca sin convertirte en una fuente sanguinolenta, te estarás callado.

—No me fastidies Jan, me muero. No pienso… —el hombre tomó aire, una dos, tres veces, con calma—. No pienso estarme callado. Yo tenía una hija, ¿sabes? Una muchacha dulce. Más dulce que Clara, aunque no tan…

—¿Tan qué? —se rió Jan, preocupado pero desafiante.

—Para mí era la mejor cría del mundo. Las amaba, a ella y a su madre, una mujer humilde… ¡Aay! Estoy bien, estoy bien —balbuceó,

tras una larga pausa—. Una buena mujer. Las viejas del bosque, un día mientras cazaba…

—¿Las tres brujas?

—Me avisaron, cof cof.

El hombretón hizo una pausa para escupir un generoso gargajo de sangre.

—No les hice caso… un día…

—Ya me lo contarás en casa —le tranquilizó el alquimista, que se moría por saber el resto de la historia. Aun así, sabía que cuanto más tiempo pasaba, menos probable era que llegasen a volver. Le acarició la frente y le cerró los ojos con la mano—. No te mueras antes de tiempo.

—Unos bandidos… la casa… en llamas.

—Me has fastidiado el final —se quejó el alquimista, tratando de no sonar tan preocupado como estaba. Su amigo no sólo sangraba por multitud de heridas; en el costado parecía haber sufrido un fuerte aplastamiento. Probablemente, alguna roca le había caído encima mientras trataba de socorrer a Di Catto.

—Serás un gran druida, Jan. Y un gran… hombre.

—No pienso ser un druida.

—Sé mejor que yo. Lárgate y cuida a esa cría.

El alquimista boqueó, incapaz de decir nada. El peso de León cada vez se hacía más intenso en sus brazos. Los dos perdían fuerzas, y no le faltaba una parte de razón: si echaba a correr, había una posibilidad pequeña de que llegase al otro lado. Podría seguir cuidando de Clara, y León, al fin y al cabo, iba a morir de todas formas. Había tenido una vida, y la había alargado lo suficiente para martirizarse durante nadie sabía cuánto tiempo. Quizá se había ganado aquel descanso; morir en brazos de un amigo, habiéndole confesado sus secretos más íntimos y habiéndole transmitido su legado, o lo que él pensase que simbolizaba aquella pequeña hoz.

El druida tenía razón: era su deber echar a correr y salvar su futuro. Soltó al hombretón y trató de acomodarlo sobre los escombros, dentro de las posibilidades.

Poco a poco, se escurrió hasta la salida del pequeño túnel de escombros en el que se habían refugiado y se plantó allí.

Jan Farelian no era un hombre cobarde, desde luego, pero en aquel momento el lugar ya no era una biblioteca, sino un laberinto de llamas y escombros. Y aunque no podía verlos, sabía que allí, entre toda aquella muerte, había decenas, sino cientos de autómatas dispuestos a deshacerse de ellos.

No, Jan Farelian no era un cobarde. Y sólo un cobarde abandonaba a un amigo a su suerte. Se repantigó en donde estaba, no queriendo mover más al malherido hombre, y se resignó a esperar.

Cuando hubo transcurrido tiempo suficiente para que Clara cumpliese con la parte del plan que le tocaba, Jan decidió continuar esperando. Quizá aquello se calmase. León, con casi total seguridad, moriría allí, desangrado, incluso si el lugar se tranquilizaba.

Para él, sin embargo, podía existir aún una posibilidad. Y habiendo fallado sus demás planes, no tenía más opción que esperar. Clara no había vuelto a por ellos; se suponía que debía haber recogido el pergamino que Di Catto había dejado en la entrada de la biblioteca y haber vuelto, pero claramente, la idea no le había terminado de convencer.

Desmotivado hasta extremos desconocidos, se dejó caer de cualquier forma sobre los escombros y le dedicó una mirada vacía a León, cuya sangre continuaba extendiéndose en el suelo del estrecho túnel. Pronto se encontraría descansando sobre la sangre del viejo druida.

A lo lejos, surcando el lugar como un soplo huracanado, algo cruzó el lugar agitando las llamas. No era ni Di Catto ni Clarienna, ni tampoco alguno de los hombres a los que había enrolado para asaltar aquel lugar. Por exclusión, en el mejor de los casos no era más que uno de los extraños seres de la biblioteca. En el peor, alguna otra cosa intentando matarles, lo que no hacía una gran diferencia.

Fuese lo que fuese, surcó de nuevo en sentido opuesto, haciendo bailar nuevamente las llamas que consumían el lugar, y en esta ocasión lo hizo emitiendo un desagradable zumbido que hacía vibrar el aire y dañaba los oídos.

—Jan Farelian —habló una voz desagradable, casi desgañitada, a la entrada del agujero.

Desde donde estaba, el alquimista sólo podía ver dos viejas piernas plagadas de marcas, ennegrecidas y comidas por la sarna. Tras ellas se veía un pedazo de tela roída y descolorida, y aun lado, lo que podía ser un nudoso bastón a punto de quebrarse.

Fuese lo que fuese, seguramente no sería peor que morir ahogado por el humo o devorado por las llamas. Jan Farelian gateó hasta la entrada del hueco y se dejó caer fuera, a los piel del anciano cuya silueta, a pesar de su estado, se recortaba magistral contra el cielo estrellado de la biblioteca.

—Presente —escupió el alquimista, dejándose caer a los pies del viejo.

—¿Tienes los libros?

El alquimista no necesitó una segunda pregunta para saber a cuáles se refería; los había dejado dentro del túnel, seguramente empapándose con la sangre de León.

El alquimista, agobiado como estaba, luchaba por formar palabras completas, pero el lugar le asfixiaba. Respondió asintiendo a la desesperada y señalando al viejo túnel.

El viejo se mesó una barba raquítica.

—Sálvanos —pidió Jan—, y te daré los libros.

—Puedo sacaros de aquí —se ofreció el anciano, inflexible—. Nada sé de salvación, no obstante.

—¡Me parece un trato justo!

El anciano se removió inquieto, se giró para mirar a su alrededor, y asintió, sin dejar de mesarse la barba. De cerca olía a agua estancada, a podredumbre. El alquimista contuvo unas fuertes arcadas y se limitó a dejarse caer contra el empedrado.

Cada vez le fallaban más las fuerzas, se le cerraban los ojos y le costaba respirar. Sintió que, por enésima vez en su vida, perdía el conocimiento, el suelo se le antojaba trémulo e inseguro, e intentó aferrarse al adoquinado, sin éxito.

Le despertó una luz cegadora acompañada del ruido rocoso de una pequeña avalancha. Estaba terriblemente mareado, pero podía volver a ver y respirar. Le dolía todo, y sabía de sobra que no era el mejor momento para intentar ponerse en pie.

En ese instante, sólo podía pensar en la hierba fresca que se le metía en la boca y la nariz, y en cuánto odiaba la magia en general y los teletransportes en particular.

* * *

Apoyó las manos contra el suelo húmedo y se deleitó con el olor de la hierba y el tacto de la tierra mojada. Apoyó las rodillas, y antes de terminar de levantarse vio a un hombre adulto con la barba de dos días inclinado sobre el suelo, revisando un montón de libros de tapas azules.

—Me llevo este —dijo solamente, la voz carente de emoción alguna.

El alquimista tuvo la sensación de que aquello estaba mal, pero ante él, a un lado del hombre, el viejo León se removía de forma lastimera, la mitad del cuerpo sepultada bajo madera y cascotes cenicientos.

Al volver la vista al hombre de los libros, este ya no estaba. En su lugar, unas pisadas aceleradas se dirigían hacia ellos.

—¡Jan!

Aún no podía formar palabras, y apenas sí lograba permanecer de rodillas, pero reconocía sin lugar a dudas la voz de Clara. Más pies avanzaban hacia ellos, pisando con calma, mullidos.

El alquimista se dejó caer para darse la vuelta de cara al cielo, justo a tiempo para ver la figura de Clara inclinarse sobre él, pero no estaban en casa como esperaban: Clara estaba cubierta de sudor y jadeaba, no había dejado de correr desde hacía tiempo.

—¿Dónde…?

—Todo va a estar bien —le atajó ella.

Una risa aguda y desvencijada resonó cerca.

—Menuda mentirosilla —se rió la más esbelta de las tres ancianas.

En algún momento, las tres brujas se habían apiñado sobre el cuerpo del herido—. Me gusta esta niña.

Capítulo 35

Los siguientes días transcurrieron sin grandes novedades; el alquimista y su ardiente discípula permanecieron en el claro de las tres ancianas mientras estas se dedicaban a trastear con su enorme caldero y aseguraban estar velando por la vida del viejo druida.

—Clara…

—Sé que ha sido una idea terrible —replicó ella con rechazo—, pero no vi otra opción. Yo no podía volver a hacer el camino de vuelta, hasta el suelo se estaba cayendo a pedazos. Habríamos muerto los tres.

—Aquel hombre…

—¿El mentor de Di Catto? A mí tampoco me ha gustado un pelo, pero las opciones eran las que eran.

El alquimista asintió. No le había gustado entregarle aquel libro que tanto había deseado su amigo, y que tanto poder se suponía que encerraba. Tampoco le había gustado el propio anciano; su mera cercanía le había hecho sentir una repulsión visceral, difícil de explicar. Le había gustado incluso menos que Clara trastease en los asuntos de Di Catto para invocar a aquel hombre, y para rematar el asunto, tampoco le gustaba lo más mínimo dejar al viejo druida en las manos de las tres brujas, pero él se encontraba todavía demasiado débil para hacerse cargo de ningún asunto; no le quedaba otra que agradecer a Clara el haberles permitido salir vivos y esperar que todo mejorase, aunque algo le decía que aquello estaba lejos de empezar a mejorar. Sin el toque sofisticado de Di Catto y la calidez de León, no podía imaginar la idea de volver a la casa en la que los cuatro habían puesto tanto tiempo juntos; de alguna forma, al pensar en ella sólo podía evocar la imagen de la casona siniestra que coronaba la colina, aquella que debía evitarse a toda costa tras la puesta de sol.

Comprobó con gusto que, tras aquel pensamiento nefasto, no había sentido el frío intenso y la sensación de estar siendo observado. Aquello le sacó una pequeña sonrisa.

—Todo mejorará, Jan. Aún no sabemos si Di Catto se ha perdido para siempre, al fin y al cabo es…

—Un vampiro.

—Di Catto —respondió ella con una bonita sonrisa—. Tampoco es seguro que León vaya a perder la vida. Deberíamos hacernos a la idea,

por si acaso, pero mientras tanto…

—Tienes razón —replicó él—. No sirve de nada amargarse poniéndonos en lo peor. Encontraremos a Di Catto y dejaremos que esas viejas chifladas se ocupen de nuestro amigo. Quizá es el momento de volver… de volver a casa —prosiguió tras recuperar el aliento.

La mujer le dio la mano y le ayudó a levantarse, manteniendo la sonrisa.

—Eres una bendición, Clara. Con todo lo que ha pasado, tu sola cercanía…

—No te pongas estupendo —se rió ella—. Despídete de las viejas, dales algo bonito y a casa.

En esta ocasión, el alquimista no discutió. Durante el tiempo que habían tenido para afianzarse en el bosque había aprendido a llevarse bien con las tres ancianas. Y, tal y como había dicho León, merecía la pena hacerlo, no sólo porque fuesen mujeres de gran poder, sino porque, pese a ser unas personas depravadas y privadas de empatía y compasión humana, conseguían hacerse querer a su manera. No, el alquimista no necesitaba que le recordasen que merecía la pena tener algún que otro detalle con ellas.

—Nos vamos —dijo solamente al llegar al caldero. Junto a él, la más alta de las tres brujas sujetaba un enorme cucharón de ramas, mientras que la más regordeta sostenía un saco, en cuyo interior algo se removía nervioso.

—De nuevo, muchas gracias por la ayuda —habló Clarienna, haciendo una sutil reverencia.

—He traído esto —continuó el alquimista, dejando de apoyarse en Clara y pasando a usar un viejo tronco como ayuda mientras rebuscaba en una bolsa de su cinto—. Para las mujeres más especiales de la zona, el regalo más especial de la temporada.

Las dos mujeres se viraron al unísono, la mirada fija en la pequeña moneda que el alquimista acababa de lanzarles.

—Pensaba guardarla para maldecir a mi hermanastra —añadió Jan —. No me habría importado tener un espectro devorando a sus retoños nonatos, pero ahora lo cambiaría de buen grado por tener a cualquiera de mis amigos de vuelta. En fin, muchas gracias de nuevo, queridas damas, por todo. Clarienna y yo volvemos a casa.

—Jan —le llamó la atención una aguda voz a sus espaldas. La tercera de las brujas, La Ninfa, llevaba tiempo escuchando—. ¿Y si sólo pudieses tener a uno de tus amigos de vuelta?

Las otras dos ancianas rieron con maldad, aunque el alquimista no respondió.

—Los dos merecen vivir más que yo —respondió este únicamente—. Por una vez, le dejaría a otro la elección. Échame una mano, Clara, preciosa. Por favor —pidió con humildad.

La joven se permitió observar a las tres mujeres con una sonrisa amenazante, los brazos en jarra y las piernas separadas. Se mantuvo así durante un momento antes de darse la vuelta y ayudar al hombre que había cambiado su vida para siempre, al que tanto le dolía ver en aquel estado.

Sin dudarlo un segundo, se pasó su brazo por encima del hombro y le agarró de la cintura para ayudarle a caminar. No se le pasaba el hecho de que, si bien sus otros compañeros habían sido apuñalados, cortados, golpeados y aplastados, Jan apenas sí había recibido un par de golpes. Según él, sin embargo, había comenzado a encontrarse mal tras el encuentro con el que debía ser el mentor de Adencelli di Catto. Estaba claro que el vampiro había desaparecido sin contarles muchas cosas, pero Jan comenzaba a mejorar, y aquello era lo que importaba en aquel momento. Además, su propia cercanía hacía sentirle mejor; no necesitaba ser una doctora para darse cuenta de que el mero contacto de su cuerpo le borraba la mueca desfigurada que solía mostrar cuando su mirada se perdía y se centraba en sus pensamientos. El mal que le afligía estaba dentro de él, pero poco a poco remitía, y ella estaba dispuesta a hacer cuanto hiciese falta para devolver a su maestro la preciosa sonrisa que tanto solía mostrar.

* * *

La vuelta a casa fue lóbrega y fría. El lugar se sentía vacío sin la presencia de Di Catto y León, pero entre los dos, poniendo tiempo y esfuerzo, lograron recuperar la rutina.

Durante las mañanas, al principio solo Clara dejaba la casa y se ocupaba de pescar en el río o buscar algo de caza mientras Jan se ocupaba del huerto y los cultivos. Pasado el mediodía, los dos comían juntos y leían los libros de León, y durante las tardes se dedicaban a ojear los escritos de Di Catto, a retomar los estudios de la joven o a trabajar juntos en diversos proyectos.

Con el tiempo, el alquimista comenzó a acompañar a Clara en sus salidas matutinas, y más pronto que tarde comenzaron a sentir como no sólo la casa, sino el bosque que les rodeaba, comenzaba a formar parte, una vez más, de su hogar. El riachuelo que pasaba no demasiado lejos de la vieja casa formaba una charca en la que se podía uno bañar y nadar, además de ofrecer una pesca más suculenta que la que se podía encontrar en la parte superior del cauce, donde el agua corría más rápido y los peces eran más escasos y menos corpulentos.

Un día recibieron una paloma con un mensaje de las tres mujeres del bosque, en el que se les pedía no volver a visitarlas hasta nuevo aviso, además de señalar que no había habido cambios en la salud de León. Al parecer, éste permanecía vivo pero inconsciente, lo que era raro teniendo en cuenta que lo que le había causado el daño eran heridas y

pérdida de sangre… ¿O acaso lo había intoxicado el alquimista con lo que le había dado, untado o inyectado en un intento de mantenerlo con vida? En aquel momento no tenía sentido darle vueltas, y los dos estaban de acuerdo en ello.

—Creo que es el momento de hacer un buen viaje, preciosa.

—¿Sin la ayuda de Adencelli? ¿O piensas usar alguno de los pergaminos que dejó?

—No creo que dejase ningún pergamino para el lugar donde queremos ir. Tendrá que ser a la vieja usanza, pero no nos hará mal cambiar de aires después de todo lo que ha pasado. Salimos mañana con la primera luz.

—¿Y qué hay de León?

El alquimista arrugó el mentón y el entrecejo. Él también había pensado en eso, pero no podían dejar que un hombre moribundo les atase para siempre; no sabían si las ancianas podrían curarle o no, o si permanecería en aquel estado indefinidamente.

La joven leyó aquello en su rostro y asintió, convencida pero al mismo tiempo reticente. Los dos estaban de acuerdo en qué era lo correcto, aunque ninguno ardía en deseos de abandonar a León en los que podrían ser sus últimos momentos de vida.

—Si alguien puede salvarle, será él.

—¿Quién tienes en mente? ¿Algún curandero? ¿Un mago?

—Un hombre podrido de dinero —replicó—. Uno de los hombres más ricos del mundo, sino el que más.

—¿Y sois amigos, o algo?

—¿Amigos? No, no creo que me considere un amigo. Se podría decir que le timé una vez —se rió el alquimista—. Pero seguro que se alegrará de verme.

* * *

El contacto llegaba tarde, pero aquello no le pillaba por sorpresa. A decir verdad, se conformaba con que terminase apareciendo, de una u otra forma.

Seguro como estaba de estar siendo observado, decidió mostrar paciencia y continuar sentado en el humilde banco, que lindaba con una oscuridad densa que nacía de un estrecho callejón.

Pasaba el tiempo y nadie aparecía, aunque no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente, más aun teniendo en cuenta el largo viaje que había hecho para la ocasión.

Poco a poco, comenzó a ponerse el sol, y los primeros faroleros comenzaron a aparecer, y junto a ellos, las grandes compañías de guardias fueron poco a poco dando lugar a las pequeñas patrullas nocturnas.

—¿Jantou de Falladech?

El alquimista alzó la mirada para observar al hombre que se había

dirigido a él. Antes de que llegase a asentir, éste se giró e hizo señas a una patrulla que pululaba por la zona.

—Queda oficialmente bajo arresto por orden del virrey, acusado de mala fé, traición, conspiración, múltiples homicidios…

—Suficiente, suficiente. Simplemente vámonos.

El guardia dudó un momento antes de hacer nada. Rara vez el detenido no tenía interés en conocer de qué se le acusaba, y aún menos veces se entregaba de tan buena manera. El trío de guardias se acercó con tranquilidad y, entre los cuatro, lo rodearon y echaron a andar. La pequeña comitiva dio un rodeo para evitar el callejón de aspecto siniestro. Pasaron sobre un pequeño arco que sorteaba una calle más baja y volvieron a sumergirse en el entramado de callejuelas. Sin mediar palabra, el grupito se adentró en una vieja casa abandonada, donde dos guardias más esperaban con impaciencia.

—Jantou de Falladech, aventuro —habló uno de los dos que les estaban esperando, un hombre con una chepa incipiente y el rostro descarnado—. Pues un placer. Seguro que entenderás las precauciones…

—Sin duda. Un informador de su majestad debe vigilar dónde se deja ver y con quién. Además, ha sido un paseo agradable.

—Al virrey le agradará saber que la ciudad es de su gusto. Siempre que no tenga intención de quedarse —añadió el hombre con una sonrisa significativa.

—Nada más lejos de la realidad. Mi interés aquí se limita únicamente al intercambio de información. Cuanto antes pueda marcharme, de hecho…

—Todo a su tiempo —le atajó el otro guardia, un hombre ceñudo que permanecía sentado con el arma en la mano—. Y para hablar siempre hay tiempo, ¿verdad?

—Verdad verdadera —concedió Jan con su mejor sonrisa—. Respecto a eso, ni siquiera tengo intención de regatear. Pienso dar la información como acto de buena fé, aceptar lo que me den y largarme, cuanto antes mejor, como he dicho… para no preocupar innecesariamente al señor virrey.

El primero de los dos guardias sonrió con malicia y se dejó caer sin ninguna ceremonia junto a su compañero, que se limitaba a frotar un cuchillo con un pañuelo áspero.

No hacía falta ser un genio para reconocer los desmanes de los poderosos cuando se había crecido entre ellos, y Jan Farelian cumplía ambos requisitos. No se le escapaba la poca intención del virrey de hacerse pasar por un simple soldado. Evitando todo movimiento brusco, puso las manos en alto, bien visibles, y trazó una leve reverencia ante el guardia.

—No estaba seguro de si acudiríais en persona, señor.

—Uno no se puede fiar de nadie en estos días. La última vez que dejé que uno de mis subalternos se ocupase de información sensible, terminé perdiendo el grueso de mi ejército en el norte.

El alquimista silbó. No pretendía fingir sorpresa porque era algo de dominio público, pero era una de aquellos sucesos en los que, aun conociéndolo, se le podían poner los pelos de punta a uno cuando le recordaban las cifras de muertos, heridos y afectados de modo alguno.

—Mi información es puramente de actualidad en este caso. Nada de ofertas demasiado tentadoras como para ser ciertas. El caso es que… ¿Es seguro hablar delante de estos hombres? —se interrumpió el alquimista.

—Proceded —les indicó el otro.

Uno por uno, tanto el escolta del virrey como los tres guardias que habían acompañado a Jan hasta el lugar recogieron unos tapones que les tendió el monarca y se los fueron colocando en los oídos.

Sin demasiada prisa, el mismo virrey se ató un pañuelo a modo de bandana , de forma que le cubriese la boca. Después, continuó hablando como si nada.

—Hay quien prefiere fiarse de un buen hechizo para prevenir el espionaje… ¿Pero quién nos protege de los magos? A veces, lo más simple es lo mejor. Ponte de espaldas a mis hombres y habla de lo que te apetezca. Lo que salga de aquí… complots, asesinatos, líos de falda con una prima, lo que sea… queda entre nosotros dos.

El alquimista esbozó una sonrisa mordaz que, rápidamente, convirtió en una sonrisa de camaradería. Había oído hablar del peculiar estilo del virrey, pero jamás había tenido ocasión de tratar con él en persona.

—Sé de buena fé que la reina Caroline Farelian está a punto de dejar su puesto —afirmó con seguridad—. Quizá una abdicación, quizá un viaje, o a lo mejor sólo un accidente repentino.

El rey arqueó una ceja, aparentemente confundido.

—No me cuentas nada que no sepa. La reina Caroline ha partido de vuelta a su humilde condado en una caravana. Según las fuentes oficiales, para volver a sus raíces. Según los cientos de ojos y oídos a mi servicio, el buen rey no la quiere ver ni en pintura… literalmente. Ha mandado retirar sus retratos, según tengo entendido. Según estos mismos rumores —añadió el rey con displicencia—, la caravana va con retraso. Quizá tengas razón en lo del accidente. Aun así… ¿No has venido aquí para hablar de eso, no?

En esta ocasión fue el alquimista quien esbozó un gesto de sorpresa desencajada. Por supuesto que había ido allí para hablar de eso, ¿de qué si no?

El virrey, a todas vistas, leyó el desconcierto en su rostro.

—No tienes ni idea de lo que está pasando —se rió, adoptando su

habitual expresión displicente—. Me dijeron que era imposible, pero… bah, qué demonios. Uno de mis consejeros me debe una pasta gracias a ti.

—Con el debido respeto…

—No entiendes una mierda —terminó el virrey, divertido, mientras se ponía en pie. Con calma, se tamborileó la tripa y animó a su acompañante a ponerse en pie también—. Un hombre de mundo como tú se habrá fijado en la incipiente corriente que hostiga a la civilización tal y como la conocemos. Rebeldes aquí, charlatanes allá… patanes con horcas y antorchas por los caminos, en fin: un disparate. Y todo en nombre de la libertad. ¿Sabes? Sé que te mueves por el occidente y que allí todo es más moderno e ilustrado. Al igual que sé que, allí, este problema es más agudo que en el corazón de la civilización. Auténticas revoluciones bañadas en sangre, pequeñas aldeas pasadas a hoja y fuego en una noche, trifulcas salvajes… en nombre del progreso y de la libertad individual.

>>Por ahora —continuó hablando el virrey, asegurándose de hacerse entender con claridad—, dentro de Tartaria no está habiendo grandes dificultades para mantener el orden, pero si uno de los tres reinos cae, se abrirá una brecha, una frontera al caos… ¿Has visto a alguno de esos patanes? —preguntó el rey con odio reprimido—, muchos, no todos, desde luego, pero muchos… apestando a alcohol, haraposos, llenos de morados y con las encías inflamadas, con los pocos dientes que aún no han perdido podridos hasta la médula. Simples y violentos, maleducados… y sobre todo, muy manipulables.

>>He visto a alguno de los que aseguran ser las voces cantantes, pero no son más que marionetas que responden ante una publicidad de otras figuras que han sabido permanecer en lo oscuro mientras otros con más recursos se enrolaban en su causa movidos por las palabras y una utopía del todo surrealista. ¿Cómo piensan obrar en libertad, decidiendo entre todos? Seguro que un herrero sabe tomar decisiones sobre qué plantar igual de bien que alguien que ha pasado toda su vida en el campo. —El virrey se rió con nerviosismo, mirando alrededor—. Seguro que sí, ¿eh?. Y seguro que aquellos sin pertenencias, sin educación y sin capacidad para informarse por sí mismos podrán evitar ser manipulados por caciques locales que les vendan pan para hoy y hambre para mañana, sí… créeme —enfatizó el virrey, acercándose al otro—, el hombre vivirá en igualdad algún día, pero ese día… Bueno, mis consejeros más optimistas lo estiman en unos setenta años. Yo diría que, como mínimo, unos doscientos cincuenta o trescientos. Unas cinco generaciones, con suerte… tengo claro que, sea cuando sea, no viviré para verlo.

—Disculpe, su majestad…

—Sin prisa, hijo. Ahora te explico a qué me refiero. A lo que voy es

que, nazca de donde nazca este movimiento, no podemos permitir que arraigue en nuestra sociedad; no aún. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente, sí —respondió Jan, a pesar de que, en aquel momento, lo que le pasase a la sociedad le importaba bien poco—. Decidí reunirme contigo en persona porque, según los rumores, este movimiento nace de un mártir. Un mendigo sin nombre, sin nada en la vida. Un buen día —continuó hablando el rey, con sorna—, a este mendigo se le apareció un hombre con una historia de lo más deprimente, y antes de que el mendigo se lo pudiese pensar dos veces, éste había desaparecido, dejando tras de sí un frasquito.

»Este mendigo pasaría a la historia como el asesino de cierto capitán local. Echó a caminar hacia él en medio de la multitud, gritó *"Los hombres a los que habéis aplastado os envían recuerdos"*, y le lanzó un frasquito inflamable.

—¿Y ya?

—Y ya —confirmó el rey, divertido—. Así de fácil es poner en marcha a una marea imparable. Cuando un barco surca el mar con suavidad llegan fuertes olas a la costa… o algo así. De todas formas es un refrán bastante estúpido, aunque en este caso ilustra muy bien la situación. Aquel hombre murió no mucho después por una de aquellas bravuconadas, convirtiéndose en un mártir de una causa que ahora obedece a intereses oscuros. A la globalización, si quieres llamarla así, un movimiento que no conoce fronteras… y eso es muy peligroso. Pero, antes de continuar, ¿cómo decapitas a una causa cuyo líder ya está muerto?

—Puedes eliminar a sus nuevos líderes o deshonrar la memoria de…

—Nada de eso funciona con los fanáticos—le interrumpió el otro—. No les importan las pruebas ni los hechos, hijo. Estos movimientos se retroalimentan: desenmascara a una de las voces cantantes, uno de esos nobles ilustrados o incluso a uno de los dirigentes en lo oculto… la muchedumbre nombrará nuevos líderes en su ausencia en un abrir y cerrar de ojos. No sirve de nada cortar una cabeza si a esta la sustituyen otras dos, pero eso da igual ahora. Sólo quería saber si eras consciente de ello, nada más.

—La verdad es que todo eso me pilla por sorpresa, majestad.

—No lo dudo, no lo dudo —asintió el otro con tranquilidad, pensativo—. Pero entonces, no me sirves de nada —concluyó, dándole la espalda—. Siempre es agradable charlar con alguien capaz de entenderte, y por eso te agradezco tu tiempo… pero nuestra pequeña reunión ha terminado —añadió, haciendo un gesto para que sus guardias se quitasen los tapones y corriesen a su lado—. Ahora, deseo que dejes mi ciudad. Como ya te dije, eres una visita agradable… siempre que no te quedes demasiado tiempo. Y en los momentos que corren, demasiado tiempo es el que ya hemos estado aquí dentro,

parloteando para nada. Os enviaré algo de dinero como compensación a la posada donde dejaste a la jovencita, Jan. Cógelo y no vuelvas nunca, no sin una invitación.

—Así lo haré, su majestad.

—No me cabe duda. Al fin y al cabo pareces un hombre razonable. Mucha suerte con tus asuntos. Ah —añadió, girándose de improviso—, un último consejo, hijo. Al igual que yo tengo espías a lo largo y ancho del continente, mis enemigos también los tienen. Hay ciertos distritos aquí, en mi propia ciudad en los que si se me ocurriese poner un pie, incluso yendo de incógnito, no duraría ni un abrir y cerrar de ojos.

—No entiendo…

—Esto se aplica a cualquiera que se haya reunido conmigo —se rió el monarca, mientras esbozaba una sonrisa sardónica—. Si yo fuese tú, tendría cuidado de dónde pongo los pies, y como ya te dije… los llevaría uno tras otro rápidamente lejos de esta ciudad.

El alquimista asintió. Le gustaba el humor particular del virrey, pero no necesitaba que le volviese a pedir que se marchase de aquel lugar. Por muy sibilinos que fuesen sus supuestos enemigos, aquel hombre enjuto y amenazante sabía hacerse respetar, por decirlo de algún modo.

* * *

La gente siempre decía que el camino de vuelta se solía hacer más corto que el de ida, porque uno conocía dónde se iba a detener exactamente y cuánto le faltaba para aquello. Menos sufrido, por así decirlo.

Tras más de dos semanas montados en la silla del animal, que había demostrado no ser ningún portento, ni el alquimista ni la joven dama podían estar más en desacuerdo con aquel dicho popular.

El viaje de ida había transcurrido con lentitud y torpeza a través de los valles de la Sierra viperina. Un paso montañoso, y después varios días de viaje a través de las faldas primero y después las llanuras del reino de Tartaria, donde la población parecía vivir con casi cien años de retraso, con patanes medio desnudos en las tabernas, camas repletas de pulgas y chinches y mesones sucios y ruinosos.

El gran imperio era extenso, y a sus lindes no llegaba el progreso con tanta intensidad como emanaba Mauriga, capital del mayor reino y, por antonomasia, de la humanidad establecida a lo largo y ancho del continente.

El viaje, a pesar de lo prometedor que había parecido en su inicio, había sido tedioso, lento y frustrante, y de su escueta reunión con el virrey no habían conseguido sacar más que una invitación a no volver nunca.

Desde luego, por muy humildes que fuesen sus expectativas, era

innegable que habían fracasado una vez más.

Aun así, la fragancia del bosque, húmeda e intensa, les reconfortó por dentro y por fuera. Incluso el torpe jaco pareció revigorizarse con la cercanía de su hogar. De vuelta en la vieja casona, el huerto había crecido sin incidencias, aunque las malas hierbas amenazaban con devorar los cultivos. En el interior, los montones de ceniza arrinconados contra las paredes parecían haber comenzado a extenderse, y el sótano parecía frío, oscuro y hostil.

Pese a todo, fue agradable volver a estar en casa. Alquimista y aprendiz se mostraron agradecidos de encontrarse allí, y aquel día decidieron entregarse al descanso y al placer; tras dejar sus bártulos esparcidos en la alcoba, se cambiaron y corrieron al pequeño estanque para darse un chapuzón y disfrutar el uno del otro.

A la noche asaron pescado fresco y se retiraron a la vieja casa, donde continuaron su jornada de descanso y placer.

Con la primera luz del día siguiente, un cuervo inusualmente corpulento, casi mórbido, les despertó posándose en el alféizar.

—Parece que nuestras tres amigas nos han echado de menos —rumió el alquimista, desperezándose.

Sin perder tiempo, anduvo tambaleante hasta el cuervo gordezuelo y tomó una nota atada a una de sus patitas. Antes de comenzar a leerla, le acarició con delicadeza la cabeza y el pico al animal, que se removió agradecido.

—A los pájaros no suele gustarle que les acaricien —apreció Clarienna—. Se les va la cera que recubre su plumaje. ¿Crees que será algún ser humano convertido en pájaro por esas viejas?

—Quizá —respondió el otro con calma. El contenido de la carta acaparaba toda su atención en aquel momento—. Parece que tendremos que ir a verlas. Mejor pronto que tarde.

—¿Alguna novedad con León?

—No… no hemos tenido esa suerte. Antes al contrario, otro problema del que ocuparnos, me atrevería a decir. Prepárate para salir y…

—Jan —la interrumpió ella tras desperezarse. Se deshizo de la ropa de cama con delicadeza y mostró sus vergüenzas en todo su esplendor, asegurándose de captar la atención de su acompañante—. Aún no hemos tomado nada. Desayunemos, vistámonos con calma…

—Tienes razón. Comeremos algo, nos prepararemos y saldremos. Echo de menos levantarme y tener leche hervida, queso untado o pequeños dulces.

—¿Y al viejo druida paseando por aquí y por allá, tratando de convencerte para no hacer tonterías…?

—Sí, sí, echo de menos a León con todas sus cualidades —se rió—. Aunque esas en concreto, no las extraño tanto por ahora. Me ocuparé

de hervir algo mientras te preparas, preciosa… suponiendo que tengamos algo que hervir.

* * *

Aquel día no hubo nada que hervir. Unos restos de cecina dura y unos pedazos de queso que no pudieron untar sobre ningún pan hicieron las veces de comida saludable. Sin perder demasiado tiempo, se prepararon para el breve viaje hasta la morada de las tres ancianas, y antes de mediodía se encontraron comenzando a ascender por el sendero que llevaba a lo alto de la pequeña colina.

—Sabes, Clara. Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer. Era feliz con Di Catto y León en casa. Estudiábamos, cuidábamos del huerto, teníamos alimentos sencillos pero variados… teníamos todo lo que necesitábamos para ser felices.

—Teníamos un objetivo —replicó ella—. Sólo necesitas saber cuál es tu objetivo ahora. Yo también los echo de menos, no pienses que no… pero lo que ha cambiado es que, sin ellos, no sabes cómo abordar tus planes, o cuáles son siquiera. Pero se te pasará —añadió ella férrea, con un tono más cercano al de una orden que al de un consuelo.

El hombre guardó silencio; por un lado, no estaba de acuerdo, y por otro, hablar mientras se subían senderos campestres por fuertes pendientes era más que de sobra para arrebatarle el aliento a la mayoría de los hombres en buena condición física… Y Jan no era precisamente un titán, así que decidió guardar aliento para la subida.

Al llegar a lo más alto le faltaba el aire, pero sabía que tenía poco tiempo antes de tener que enfrentarse a su siguiente problema.

—¿Está bien León? —exclamó al llegar a lo más alto, avanzando con paso renqueante.

—Está bien —respondió una de las ancianas, que reposaba sentada sobre un viejo tocón—. O al menos, no está peor que como lo dejasteis. Lo mantenemos con vida, pero no hay ningún cambio. Seguimos intentando todo lo que se nos ocurre… pero no os hemos pedido que vinierais por eso.

—Algo me decía que habría peores noticias.

—Según cómo lo quieras interpretar —se sonrió la más corpulenta —. Será mejor que lo veas tú mismo, querido… ve junto al caldero, con Sif y Yenna.

El hombre no se hizo de rogar; apreciaba el imperecedero optimismo de las tres mujeres a pesar de su retorcida forma de ver la vida, pero no por ello lo compartía. Sólo quería ocuparse de lo que fuera que requería su atención y encerrarse de vuelta en la vieja casa.

Si Clara tenía razón, cuanto antes se pusiese a planear su próximo objetivo, antes volvería a dejar de sentirse sucio y vacío.

Echó a caminar con prisa y mala cara, atravesó los anillos de maleza, luego los de frutales y por último, los de monolitos. En el

centro reconoció la figura del caldero. A uno de sus lados, reconoció la forma de Sifrelda y Yenna, las otras dos brujas. Al otro lado… no podía estar seguro, pero creía reconocer otras dos siluetas. Conforme se fue acercando, cada vez menos seguro de no estar teniendo un desagradable sueño, fue confirmando sus sospechas. Llegó junto al caldero con el rostro contraído por el odio.

—¿Qué haces aquí, hermana?

La mujer se puso en pie, esbelta y sonriente, vestida por primera vez en muchos años tal y como él la recordaba, con simple ropa de viajero.

—He venido a terminar con este conflicto de una vez por todas.

—No eres tan estúpida —escupió él con rabia—. No me desafiarías aquí, en mi propio bosque.

El alquimista no pronunció más palabras, pero boqueaba como si estuviese a punto de soltar un monólogo interminable, y mientras lo hacía, caminaba lentamente en círculos sin dejar de mirar a su hermanastra, que se las apañaba para continuar sonriendo con dulzura.

—No… no has venido a desafiarme ni a emboscarme. Vienes a rendirte… ¿Incondicionalmente, presumo?

—Incondicionalmente —aseveró ella, arrodillándose ante el que había sido su hermanastro mayor, su amante y su enemigo más acérrimo—. En la biblioteca vi cosas… vi a tus acompañantes, hombres de buen corazón, decididos y fieles. Pensé en ello, y en todo lo que ha sucedido entre nosotros desde la muerte de papá.

—Yo de ti no me referiría a ese hombre con esa palabra —le advirtió él, acercándose con furia contenida, la voz tensa y el rostro crispado —. No si deseas salir con vida.

—¿Cómo que con vida? —les interrumpió Clara—. Esa zorra mató a Adencelli. Te jodió la vida, Jan. No puedes dejarla ir sin más.

El alquimista se giró y se encaró a Clarienna Von Meister, mujer que, desde el primer momento, le había recordado a la que había sido su hermanastra, su amante y su compañera durante tantos años. En aquel momento, no podía evitar ver a las dos mujeres como las dos caras de una misma monera, aunque sabía que todo aquello no era más que una trampa de muchas, y aquello le enfurecía sobremanera.

Un relámpago retumbó en el horizonte, no demasiado lejos, y el olor de la humedad les arrolló como una crecida salvaje.

—Sé que has sido expulsada de la capital —retomó él, volviéndose a su hermanastra, que permanecía arrodillada—. Mi plan funcionó.

—El rey no desea volver a saber de mí, en efecto. Pese a todo, jamás quisiste ver mi naturaleza humana en nuestro conflicto, Jan. Quise librarme de ti y te tendí una emboscada.

—Una emboscada en la que murió gente inocente, como papá.

Hombres buenos perdieron mucho… Covedine de Croig perdió su mano defendiendo a nuestro padre, ¡pero muchos otros lo perdieron todo! ¡Todo! —chilló, abofeteando a la mujer con fuerza—. ¿Lo entiendes? Destrozaste la vida de muchas personas para sentirte más segura. Nada de lo que hagas puede compensar eso.

—Lo sé —reiteró ella—. Aun así, no es razón suficiente para no cambiar de rumbo. No puedo deshacer lo que ya está hecho.

—Te perseguirá para siempre, si queda algo de humanidad dentro de ti.

—Lo sé —repitió.

El alquimista dejó de caminar y se dio cuenta de que le dolían los puños de apretarlos demasiado. En el cielo, una borrasca se arremolinaba sobre ellos, dispuesta a descargar una auténtica lluvia torrencial, pero no le importaba lo más mínimo.

Volvió a mirar a su hermanastra y desenvainó el arma, la bella espada que sus amigos habían diseñado, labrado y montado para él, sólo porque le querían.

Llevó la punta del arma hasta el mentón de su hermanastra, que, a diferencia del suyo, era suave y redondeado, y lo alzó, obligándola a mirarle a los ojos.

Con un solo movimiento podía deslizar la hoja que escondía el bello arma y seccionar su yugular, acabar con aquello de una vez por todas.

—Caroline Farelian… tú fuiste mi vida durante muchos años. Y luego me lo arrebataste todo, destrozaste mi mundo y me llevaste a convertirme en… esto. Y ahora vienes a mi casa suplicando perdón. ¿Es así, hermana?

—Así es —respondió ella tragando saliva.

Él notó el movimiento de su garganta en el otro extremo del arma, y recordó su cuello de piel nívea, suave y embriagador… como el de Clarienna, la mujer que le miraba esperando que acabase con todo aquello de una vez por todas. Él la miró a los ojos, aquellas esmeraldas cargadas de furia, y algo le espoleó el interior. No la fría sensación que tanto tiempo le había perseguido, sino otra cosa distinta. Una emoción a la que no estaba acostumbrado, quizá porque no era un cobarde.

—Caroline… tú ya estás muerta para mí. Lárgate y no vuelvas nunca —sentenció con pesar—. No envíes ningún mensajero, no me mandes cartas, no me envías ningún mensaje, nunca. Piérdete en lo que tú desees y olvídate de mí, de Clara y de todo lo que hayas visto en este bosque, porque si alguna vez vuelvo a verte o a saber algo de ti, te lo aseguro… te lo juro —se corrigió, acercándose a la mujer y tomándola del cuello—, acabaré contigo, haré que todo lo que te he hecho hasta ahora no parezca más que un simple recuerdo, una broma de mal gusto, ¿me entiendes?

La mujer asintió con esfuerzo, tratando de luchar contra el férreo agarre del alquimista. En sus ojos llorosos brillaba una expresión sincera de pánico y de pesar. Él lo vio y, por enésima vez, se sorprendió de sí mismo, la soltó y retrocedió trastabillante.

—No vuelvas nunca, Caroline.

—Jan —le llamó ella.

Él ya había tenido tiempo de darle la espalda y echar a caminar con vigor. Aquello le revolvía las tripas y el resto de las vísceras de su cuerpo, sólo quería dejarlo atrás… pero algo en su interior no podía dejar de obedecer a aquella voz desesperada, a aquella llamada que resonaba en sus recuerdos. Se detuvo, sin dignarse a mirarla.

—Tu aprendiz me traicionó. Tras convencerme de que te esperase en la biblioteca, donde aseguró que estarías… envió falsa información al rey. El hombre que mencionaste antes, Coledin…

—Covedine —la corrigió él.

—Un mercader se reunió con uno de los fieles del rey Lebob. Para cuando volví, había tantas mentiras en su mente, pero todas tan factibles… decidí pedir volver a casa por cuenta propia, antes de que otra decisión peor cayese sobre mí. Ten cuidado con el muchacho Jan. Advertirte es lo más que puedo hacer por ti, como agradecimiento —añadió con la voz trabada—. Te esperará en Tsacovia, donde decía que había comenzado todo.

El alquimista continuaba impertérrito, de espaldas a ella. Las oscuras nubes que ocupaban el cielo comenzaron a descargar la tromba que tenían preparada para tan dramático momento, y el alquimista la recibió con placer. En aquel momento sólo sentía un odio ardiente dentro de sí mismo, y el agua caía del cielo refrescante y fragante, rebosante de vida. Se quitó el sombrero emplumado, extendió los brazos y se llenó los pulmones de aquel aire cargado de ozono, mientras una vorágine de ideas se arremolinaba en su mente, a punto de cobrar forma y devolverle el sentido.

—Te creo —dijo solamente—. Y ahora, por última vez… desaparece. Lárgate de mi bosque —enfatizó, soltando todo el aire que había retenido hasta ese momento en sus pulmones. Su voz sonó poderosa, resonante, como si surgiese de todos los puntos del anillo de roca que los rodeaba—, y no vuelvas nunca.

Capítulo 36

—Insisto por enésima vez —habló la mujer. El alquimista ni siquiera la miraba, en parte porque montaban sobre un mismo animal—. No hay necesidad de ir, ni de pedir ayuda.

—Y yo insisto por enésima vez… eres demasiado joven, Clara. Algún día me agradecerás esto, si sobrevivimos.

La mujer bufó. No estaba en desacuerdo con su maestro, pero el último apunte era el que más la preocupaba: ¿Qué posibilidades había de salirse con la suya? Los planes de Jan habían funcionado bien durante un tiempo, sí, pero en su última expedición habían perdido a dos buenos amigos.

—Además —añadió el alquimista al cabo de un rato, meditativo—, aunque tus padres no quieran verme ni en pintura, ellos me trataron como a uno más. Durante un tiempo me sentí como si volviese a estar en casa, con mi propia familia. Los dos son buenas personas, unos seres humanos encantadores… y aunque no lo haya hecho a propósito, yo les metí en esta situación. Me corresponde a mí sacarles de ella, ¿entiendes?

—Lo entendí perfectamente la primera vez que me lo explicaste. Lo que no me convence es la parte en que evitas que te maten. Hemos visto las notas de Alexei… si pretendes salir de allí con vida, deberías admitir que, como mínimo, tu aprendiz posee un gran ingenio, cercano al tuyo.

—Dílo —se rió él—, por qué no, superior al mío. Alexei ha demostrado ser verdaderamente brillante. Ha tenido tiempo para confabular contra mí, indagar sobre las piedras blancas y, de paso, culminar mi propio plan contra mi hermanastra. Probablemente, sólo para demostrar que es mejor que yo. Pero tranquila: no pretendo medirme en combate singular contra él, no. Sé perfectamente que no llevo las de ganar.

—Tampoco esperaría que los mercenarios se encarguen de él.

—Ni yo, ni yo. Tengo un plan perfectamente dibujado en mi mente… ahora mismo estoy trabajando en el plan de emergencia por si ese falla.

—Para cuando ese falle, quieres decir.

El alquimista se sonrió y aceptó la puya sin más miramientos. El

paseo era agradable, y aun, que él no disfrutaba de las largas travesías, la mera compañía de Clarienna bastaba para mantenerle de buen humor, incluso cuando ella misma se mostraba pesarosa e irritable.

No sería justo decir que las palabras de la muchacha no le preocupaban, aunque por otro lado, el problema de Alexei, y con él la última pieza de todo su rompecabezas, se acercaba a su fin. Aquel era un pensamiento que le causaba un cierto bienestar, incluso con la importante amenaza de muerte que se cernía sobre ellos.

Estuvieron en el camino casi cinco días hasta dar con su objetivo. Tal y como los lugareños de las últimas aldeas les habían indicado, en lo alto de un cerro de tamaño humilde se dibujaban las siluetas de carros y carretas contra la luz de las antorchas.

Al acercarse fueron recibidos con un afable indiferencia, aunque tan pronto fue reconocido el alquimista, alguien se encargó de guiarlo casi a rastras a un lugar apartado, un alto desde donde se dominaba el pequeño risco, lejos de las luces y el bullicio.

—Si no eres capaz de sostener el escudo más alto y con más firmeza, será mejor que no lo uses —indicó una voz cansada, familiar, que no se dirigía a ellos—, sólo servirá para que pierdas el equilibrio cuando te golpeen en él, caerás al suelo y dejarás a tus compañeros expuestos. Para eso —insistió—, mejor que te dediques a otra cosa.

El hombre que guiaba a los dos visitantes les indicó que se acercasen y se retiró con una humilde reverencia y una sonrisa amable.

—Mira a quién tenemos por aquí —habló la misma voz, pronunciando con premeditada parsimonia y asegurándose de hacerse entender—. Por alguna razón no esperaba volver a verte, aunque no por ello es menos agradable.

El hombre de larga melena blanca salió de entre las sombras y le estrechó la mano con fuerza. Luego clavó los ojos en él y le abrazó, también con fuerza.

—Papi y Josep, podéis recoger por hoy.

Las dos figuras respondieron de inmediato con una sutil reverencia y desfilaron, charlando animadamente.

—Es demasiado pequeña para sostener un escudo como es debido —se quejó el peliblanco—, pero le pone ganas.

—¿Y él?

—¿Josep? Es un portento. También le pone ganas, tiene experiencia en multitud de campos y está en buena forma. Además, es un santo.

—¿Cuál es el gran “pero”?

—El de siempre —se rió el otro—. ¿Alguna vez has oído a los patanes quejarse de que las mejores mujeres ya están cogidas? Con las personas que merecen la pena pasa lo mismo; tiene mujer e hijos, no puede vivir con nosotros. Es una pena, pero no un impedimento

insalvable, en realidad.

—Pensaba que ya no había Hermandad —apreció el alquimista, tomando asiento al lado de su acompañante.

—No la hay. Este grupo de gente, aunque haya caras conocidas, no es… como un grupo, el mismo que fuéramos hace unos años. La gente y las ideas cambian, amigo…

—Entiendo. Y respecto a nuestro último trabajo juntos…

—Pocas veces he podido ver tanto oro junto —se sonrió el hombre de pelo blanco—. En la propia fortaleza apenas encontramos resistencia. Había unos cuantos salvajes, pero nuestra superioridad numérica fue abrumadora. Dentro de algunas cámaras, sin embargo, si hubo sorpresas desagradables, pero supongo que esa es otra historia. ¿Por qué no me cuentas para qué has venido esta vez? ¿Algún otro trato rentable?

—No —se rió Jan, sorprendido por la cálida acogida—, que va, ojalá. En realidad, esperaba poder comprar algo de mano de obra con poco aprecio por los planes estructurados y seguros, aunque después de este pequeño botín —añadió, al ver cómo cambiaba la expresión de su anfitrión—, me imagino que el precio ha subido considerablemente.

El hombre de pelo blanco asintió mientras trataba de mantener un gesto comprensivo. Aun así, en su mirada el mensaje estaba meridianamente claro: *"estos hombres acaban de ganarse la paga de su vida, no vamos a mandarlos a jugársela por unas lentejas"*.

Jan lo comprendía. A decir verdad, no había acudido allí con grandes esperanzas de que unos desconocidos se jugasen el tipo por mera simpatía a su causa.

—Lo que podemos hacer —añadió el otro para su sorpresa—, es tratar de ver qué opciones hay y cómo podemos echarte una mano… como agradecimiento por esta paga. ¿Qué te parece? A lo mejor podemos conseguirte algo de ayuda, por primera vez en bastante tiempo empezamos a contar con gente bastante capaz en diversas disciplinas… no tenemos músicos, arquitectos y artistas como antes, pero sí volvemos a contar con cocineros, herboristas y algún sanadores entre nuestras filas. Y poco a poco…

—Me alegro mucho por vosotros —le interrumpió Jan—. De verdad.

—Y yo te lo agradezco. Aunque —añadió, levantándose con esfuerzo —, nada es para siempre, te lo aseguro. Lo he visto pasar una y otra y otra vez… muchas personas son como muelles. ¿Alguna vez ha visto un muelle la damisela?

—Más de una vez —se rió Clarienna, mostrando su preciosa sonrisa por primera vez en varios días.

—Los muelles son piezas de maquinarias más complejas. Venid conmigo, permitidme que os invite a cenar… no hay gran cosa, pero nadie le hace feos a un poco de pan con queso, ¿verdad?

La pareja de invitados intercambió una mirada de complicidad, pero su anfitrión no lo vio, se limitó a llevarles hasta un desordenado montoncito de bolsas y faltriqueras.

—Es jodidamente difícil encontrar las cosas cuando uno las deja… ya veis cómo. En fin, lo del muelle. Cuando le das un pequeño impulso a un muelle, salta, y salta y salta. Si pones un muelle en un sitio nuevo y haces un poco de presión, puedes hacer que encaje donde quieres, casi siempre. Sin embargo, cuando esa persona se acomoda y se acostumbra, es como cuando dejas de hacer presión sobre el muelle: cuando ya no hay presión, algunas veces el muelle ya ha encajado en su sitio, pero otras simplemente vuelve a saltar por los aires. Y cuando una pieza salta, a veces es un conjunto importante de la maquinaria la que deja de funcionar, no sólo el muelle. Sin embargo…—El anfitrión dejó de rebuscar entre los enseres durante un segundo para mirar de improviso a sus invitados—. Si quieres que la máquina funcione, no te queda otra que seguir buscando muelles, aunque no tengas forma de saber cuáles van a quedarse y cuáles van a saltar.

El hombre tomó aire, se rascó el cogote y luego exhaló con fuerza, emitiendo un sonido quejumbroso.

>>Perdonad —se disculpó—, a veces me pongo a hablar y no me doy cuenta de cuando parar. Tomad —indicó, sacando unos pedazos desmenuzados y torpemente envueltos—, servíos como podáis. El pan es de hoy. Sabes, Fharrel —añadió el peliblanco mientras le tocaba el hombro al alquimista—, desde aquí veo a toda esa gente junto al fuego, sentados en grupitos, charlando… todos han puesto su granito de arena. Lo mismo podría durar años que un par de semanas, pero no por ello es menos bonito. Y tú, amigo mío, también has puesto tu granito de arena, te importe o no, así que ¿por qué no me cuentas tus problemas mientras nos ponemos las botas y vemos qué se puede hacer con ellos?

* * *

La planificación duró más de lo que habían esperado. A pesar de lo lejos que se encontraban, un pequeño grupo de hombres dejó el campamento con la primera luz del alba para investigar qué era lo que se podían esperar de Tsacovia en aquel momento, y casi una semana más tarde, mismos los exploradores volvieron con noticias poco halagüeñas. Pese a todo, en tanto tiempo ya habían podido prever una gran variedad de escenarios, por lo que la mayoría de la información no les pilló de improviso.

—¿Entonces, todo el edificio de invitados…?

—Exactamente —reiteró uno de los hombres que habían viajado hasta Tsacovia—, un gran laboratorio, o eso se rumorea. No hemos tenido la oportunidad de atravesar los jardines.

El alquimista asintió despacio, tratando de digerir aquella

información. Lo cierto era que no podía dejar de admirar cómo su aprendiz había logrado aquel trato tan ventajoso, incluso con el apoyo de la reina antes de haber sido expulsada de su propio palacio. En su día, él sólo había logrado tener un pequeño despacho con poco más que mecheros, un puñado de viales y un alambique pequeño, pero no era el momento de dejarse llevar por la envidia.

—En general —intervino el otro viajero, un hombre de piel curtida y musculatura generosa—, la gente no está segura de qué pasa.

—Parece que se respira una cierta inseguridad —continuó hablando el primero—, aunque la confianza en la gestión de los marqueses aún se impone entre las gentes. Me atrevería a decir que confían en un repunte progresista por parte de las élites… pero la mayoría simplemente se dejan llevar por lo que oyen aquí y allí.

—Y puedo imaginarme quién ha pagado a gente aquí y allí para esparcir rumores —concluyó Jan, ceñudo—. Bueno, pues es bastante más de lo que sabía cuando llegué aquí. Muchas gracias por vuestra ayuda.

—Muchas gracias a ti —repuso el primero de los viajeros—. Ha sido un auténtico placer poderte ayudar después de lo que has hecho por nosotros.

El alquimista se inclinó con elegancia y trató de sonreír con humildad. Lo cierto era que toda aquella situación le resultaba tremendamente extraña y le costaba reaccionar con naturalidad, aunque no podía evitar sentirse agradecido por el trato que aquel extraño grupo le brindaba un día tras otro.

—Supongo que es hora de volver al camino. ¿Clara?

—Sí, llevamos demasiado tiempo aquí parados —convino ella—. Muchas gracias a todos, ha sido un verdadero placer.

Los dos viajeros se despidieron con sencillez y dejaron la tienda, dejando a solas al hombre de pelo blanco y a los dos visitantes.

—Mucha suerte con vuestros planes —se despidió el primero—. Os han dejado un par de bolsas con materiales a la salida —añadió—. Me imagino que tenéis de todo lo que pueda haceros falta, pero que no sea por no ofrecéroslo. Además, hay un par de hombres que podrían ayudarte con lo de tus compañeros, aunque no volverán al campamento hasta dentro de unos días.

El alquimista abrió la boca mientras levantaba las manos, dispuesto a negarse educadamente, pero se detuvo antes de pronunciar una sola palabra.

—Eso sería sublime —apreció—. Mucha suerte también para vosotros… y gracias.

—Oh, Jan.

—¿Aha?

—Una última pregunta. Estos dos hombres… Jacob y Oscar, ¿qué

opinión te merecen?

—Han parecido gente muy agradable. Muy dispuesta, por así decirlo, ¿por qué?

—Curiosidad —se sonrió el anfitrión—. A mí también me han parecido un encanto, pero quería una segunda opinión. Cuando uno ve tanta amabilidad y disposición… ya sabes, deformación profesional.

—No sé qué decirte.

—Ya me has dicho lo que quería oír. Tened un buen viaje, pareja, no olvidéis recoger la bolsa que os han dejado a la salida, y no os sigáis despidiendo… ya van tres veces. ¡Adiós, adiós!

La pareja no se hizo de rogar; ellos tampoco eran dados a las cálidas despedidas donde la gente repetía lo mismo una y otra vez, así que le dedicaron una sonrisa sincera a su anfitrión y salieron con premura. A la salida, no una bolsa, sino un hombre joven, atlético y de porte firme les esperaba apoyado contra un poste.

—¿Ya salís? —preguntó solamente. El alquimista asintió; era el mismo hombre que según Di Catto había dicho estar al cargo de la seguridad durante su última visita al campamento—. ¿Qué tal habéis estado?

—Todo ha sido de nuestro gusto —replicó la muchacha con una sonrisa mordaz.

—Y… ¿qué tal ha estado él?

—¿Él? —habló ahora el alquimista—. Bien, perfectamente, diría. Correcto.

El otro asintió meditabundo, como si llevase tiempo dándole vueltas a algo en su mente.

—Nosotros también salimos —añadió, señalando a un hombre de aspecto titánico y altivo y a otro que se removía inquieto a su lado—. Permíteme que te lleve la bolsa —indicó, mirando a una bolsa que no guardaba ninguna relación con el pequeño saquito que Jan esperaba poder echarse al cinturón. En su lugar, un costal abundante de piel curtida y tachonada reposaba en el suelo, a los pies del hombre enguantado en armadura.

El alquimista asintió, de alguna forma incapaz de llevar la contraria a aquel hombre.

—¿Sabes lo que le comenté a tu amigo cuando pasó a vernos?

El alquimista asintió en silencio, mientras el otro le pasaba la bolsa al acompañante de mayor tamaño, que se la echó al hombro sin ningún esfuerzo.

—Al final salió bien. Batallamos junto a los chicos de Cali en el lugar que nos vendiste.

—¿Y qué tal fue?

—No se unirán a nosotros —respondió decepcionado—. Al principio

parecía que sí, pero… son diferentes. Son mercenarios, y nosotros, pues bueno, no se sabe demasiado bien qué somos.

—Ya veo.

—Lucharon bien. Quizá mejor que nosotros —añadió el hombre—, con más fiereza desde luego, aunque había caos y desorden… no se seguían las instrucciones.

—¿Y vosotros sí las seguís? —preguntó el alquimista con un tono mucho más desafiante del que había pretendido usar.

El otro, pese a la puya, ni siquiera le lanzó una mirada.

—Pregunta a esta gente quién es su jefe o a quién siguen; te dirán muy orgullosos que a nadie.

—No por decirlo es más cierto —se rió la muchacha, que miraba a los ojos al alto paladín. Éste, sin embargo, rehuía su mirada, se limitaba a avanzar con la vista clavada en el suelo.

—No es más cierto, ni menos. Quizá ese es el problema —concluyó el otro—. A veces, las buenas intenciones solamente no sirven. A veces se necesita mano dura, ¿entendéis?

—No —respondieron los dos visitantes al unísono, a pesar de que entendían perfectamente a qué se refería.

—Pues mejor. Quini, la bolsa.

El hombre que acarreaba los bártulos reaccionó al instante: sin una sola muestra de esfuerzo, se los quitó del hombro y los posó con delicadeza mientras les dedicaba una sonrisa amigable.

>>Que tengáis un buen viaje.

* * *

—Admito que esta idea ha funcionado mejor que la del virrey.

—¿No te lo esperabas?

—No del todo —confesó la mujer—. Son un grupo extraño estos amigos tuyos. ¿A dónde vamos ahora, volvemos a casa?

—¿A casa? —repitió él con una sonrisa melancólica—. No... no estrictamente. Vamos a Tsacovia. Ni las brujas ni los druidas nos ayudarán allí. Vamos a hacernos cargo de una vez por todas de Alexei. Ahora que mi hermanastra no está de por medio, debería ser fácil, y no pienso volver a cometer el error de dejarlo escapar. Demasiadas veces me he equivocado con ese chico.

—Ha resultado ser un auténtico aprendiz. De ti —aclaró la mujer—, del engaño, la distracción… y la iniciativa. ¿No te parece?

Jan Farelian se giró para mirar a la joven, que caminaba ahora junto al animal de carga que les habían los no mercenarios.

—Sí, sí que lo ha sido —cedió—. Demasiado buen aprendiz, no pude verle venir. Desgraciadamente, también parece haberme superado en aquellas virtudes menos positivas. ¿Qué es eso de la bolsa? ¿Un escorpión?

Clara se balanceó para ver a qué se refería su maestro. El interior

estaba lleno de compartimentos con hierbas, moledura y hojas secas, y en la cavidad principal había una vieja máscara de metal junto a otros cachivaches que Jan había pedido durante su estancia. Era al exterior a lo que él se refería, donde había pintado un animal de ocho patas, con cuerpo quitinoso y pinzas.

—Diría que es una langosta. Alguna vez he visto comerlas en las ciudades portuarias.

Jan continuó mirando al extraño animal durante unos segundos, se frotó el mentón y se volvió, devolviendo sus pensamientos a Tsacovia y a su aprendiz.

—Qué gente más rara.

* * *

El camino de vuelta a Tsacovia se les antojó familiar y extraño al mismo tiempo, como quien ve a un viejo amigo que ha cambiado demasiado desde la última vez.

Los senderos y los caminos, pese a formar parte de la gran ruta de comercio, daban la sensación de estar menos llenos de vida, y en las tabernas donde solían pasar la noche, el ambiente parecía más calmado, aunque también tenso.

Cuando llegaron a la ciudad, aquella atmósfera de calma truculenta se desvaneció por completo. En su lugar, los alborotadores florecían por aquí y por allá, los voceros clamaban libertad contra la nobleza opresora y las masas se aglomeraban a su alrededor deshaciéndose en gritos, puños al aire y poco menos que rugidos del todo inhumanos.

En las afueras de la capital, la atmósfera parecía no estar tan a punto de estallar, así que, para variar, se alojaron en un establecimiento verdaderamente cochambroso con la intención de pasar desapercibidos, a pesar de que, incluso tan lejos de palacio como se encontraban, había buenos establecimientos.

Tras dejar los bultos en la alcoba, que tuvieron que pagar por adelantado, decidieron bajar a la sala común para ver qué era lo que se podía ver por allí, además de turbas enfervorecidas.

La realidad, sin embargo, dejaba poco a la imaginación: saltaba a la vista que muchas personas habían tenido su misma idea, y a pesar de tratarse de un establecimiento humilde en exceso, en la sala común se apiñaban no pocos viajeros de aspecto adinerado. Las conversaciones eran escasas y las palabras se susurraban con cuidado, y el mismo posadero parecía poco dado a extender rumores, tal y como se plantaba tras la barra, con la vista perdida y aspecto macilento. El alquimista se levantó, pidió dos tazas de leche hervida y se dirigió directamente al cartel de anuncios, donde la mayoría de clásicas ofertas plagadas de errores y de ideas cuestionablemente legales habían sido ocultadas tras una marabunta de panfletos de la lucha por la libertad. Ocasionalmente, algún comerciante empedernido se las

había apañado para colocar más carteles sobre dichos panfletos, pero estos ocupaban la mayoría de la superficie del panel.

—Mira este —le sorprendió la muchacha, que se las había apañado para llegar hasta él sin llamar su atención—. Dice "J,F, ayúdanos. Cada día, a la hora del fin de las ventas en la puerta de los trajes".

—Se refiere a primera hora de la mañana, cuando volamos por los aires un edificio por un problema de estupefacientes —explicó el alquimista—. En la puerta del sastre que me hizo estos trajes.

—¿Iremos?

—No lo sé. Me preocupa que sea una trampa. Ha usado señales que sólo yo sepa interpretar, y supongo que las ha dejado por todos los tablones de anuncios de la ciudad, a sabiendas de que terminaría viniendo.

—Parece fiable. Ardauz y tú parecíais buenos amigos.

—Y lo éramos —asintió Jan—. Le apreciaba mucho, de hecho. Pero con Alexei de por medio, nunca se sabe. También a él le consideraba un amigo, y a la doctora, y a tus padres…

—Te entiendo. —La muchacha le posó una mano en el hombro, comprensiva y apremiante al mismo tiempo—. Aun así, algo me dice que Ardauz sería uno de los mayores interesados en que todo volviese a la normalidad.

—Probablemente, supongo —cedió el otro, poco convencido—. Iremos mañana al amanecer, y observaremos desde una distancia prudente. No sabemos cuánto tiempo hace que pusieron ese cartel, al igual que no sabemos si Alexei lo habrá descubierto o si Ardauz sigue asistiendo a ese lugar.

—Basándome en la velocidad con la que han tapado la mayoría de carteles, me atrevería a decir que lleva ahí menos de una o dos semanas, como máximo.

Clarienna no parecía dispuesta a darse por vencida, y no se podía negar que sus argumentos estaban bien fundados.

Pese a todo, a Jan no le terminaba de convencer la idea. ¿Por qué Ardauz le dejaría un mensaje precisamente a él, en lugar de desobedecer sus órdenes directas para contratar a un verdadero profesional? No sería la primera vez que decidía actuar por su cuenta en pro de los propios marqueses, y pese a la amistad que los había unido, algo le decía que aquello, como tantas otras cosas, era parte del pasado.

Pese a todo, también era innegable que aquella era su mejor oportunidad para dar con algo de información entre aquel hervidero de rencor y violencia contenida en el que se había convertido la ciudad, por no mencionar que, si Ardauz aún confiaba en él y estaba dispuesto a ayudarle, podría facilitarle el acceso al recinto palaciego, que en aquel momento estaría terminantemente prohibido más allá de

toda duda.

—Está bien —concedió Jan mientras se mesaba el mentón manchado de leche—, mañana al amanecer iremos a donde el sastre.

Capítulo 37

Al día siguiente se limitaron a vestirse de la forma más discreta posible y acudir al lugar mencionado. A pesar de su intención de pasar desapercibidos, en la calle del sastre había poca gente al amanecer, a diferencia de las zonas donde los mercaderes montaban sus tenderetes o los aldeanos salía para cumplir con sus menesteres.

No, los nobles no madrugaban aquel día, ni tampoco lo harían sus artesanos más valorados… y "maese Garnie" era, más allá de toda duda, un maestro artesano.

Jan no sentía ningún deseo de reunirse en un lugar como aquel con Ardauz Milampere. Aun así, guardó el catalejo, se lo pasó a su cómplice y echó a caminar calle arriba en dirección a la casa del sastre. En su interior, un escalofrío de lo más mundano le hizo recordar aquellos momentos en los que el frío penetrante le envolvía junto a la seguridad de estar siendo observado. En aquel momento, sabía que no había sido más que un simple escalofrío porque, pese a todo, tenía miedo. No sólo a estar dirigiéndose a una emboscada, sino a reunirse con Ardauz. Después de haber tenido que ver una vez tras otra cómo aquellos a quien quería se convertían en sus enemigos, aquella sencilla reunión le llenaba de congoja.

—¡Ardauz! —llamó, gritando con fuerza. La suerte estaba echada.

El capitán de la guardia se giró, recostado como estaba contra una pared, y tiró el cigarro que sostenía con desdén.

—¿Jan?

—¡He visto tu mensaje! —añadió el alquimista, encorajinado al ver que nadie le disparaba por la espalda—. ¡He venido tan pronto como he podido!

—¡Jan! —respondió el otro, alzando también la voz—. Joder, Jan… no sé qué decir.

Aquello le detuvo en seco. No eran amantes de quince años, pero tenían muchas cosas que decirse después de tanto tiempo. Aquello sólo podía significar una cosa, y Jan Farelian, que se tenía a sí mismo por un hombre extremadamente inteligente, se detuvo en seco y alzó los brazos, en señal de comprender la situación.

—En la cara no —pidió sin más.

Algo le pisó con fuerza en la pantorrilla, tirándole de morros contra

el suelo, y sin mayor cuidado le retorcieron el brazo y le golpearon en la nuca.

* * *

—Otra vez no…

—Otra vez sí —respondió una voz que parecía llegar de muy lejos.

Jan Farelian se giró con esfuerzo y dio con el rostro en un suelo de piedra húmedo y frío. Cuando logró enfocar la vista, ante él había una colección de barrotes oscuros, de aspecto sólido y pesado. Tras ellos se encontraba sentado en un taburete un hombre de constitución fuerte que vestía botas altas, calzas de cuero y, en lo alto, una camisola holgada cubierta por un chaleco beige y unos guantes abundantes. Una mirada orgullosa le observaba desde lo alto de una máscara de la que colgaban dos cilindros metálicos.

—Me han dicho que te has convertido en un hombre de campo, así que te he conseguido esa celda con vistas —continuó hablando el hombre enmascarado—. No me he molestado en poner barrotes, para que no te estropeen el paisaje.

—¿Y si me escapo? —articuló el alquimista con esfuerzo, reuniendo fuerzas para formar cada una de las palabras.

El otro se rió con ganas.

—Quizá cabrías si te amputases un brazo… te animo a intentarlo. En fin, me alegra ver que estás bien, Jan. Ardauz dijo que te desplomaste como un animal muerto, y me había preocupado. Pero ahora que sé que estás bien, tengo que volver al trabajo, tú ponte cómodo y disfruta.

Las pisadas del hombre altanero se alejaron a ritmo vivo. Jan Farelian decidió que no merecía la pena hacer más el ridículo intentando incorporarse; en aquel momento aún estaba demasiado mareado y no iba a lograr nada, así que se desplomó y cerró los ojos con tranquilidad.

* * *

—Jan, amigo…

—¿Oyes algo, pájaro?

El capitán de la guardia chistó. Llevaba ya un rato intentando hablar con el prisionero, pero él parecía negarse a admitir su mera existencia. En su lugar, se limitaba a charlar con un gorrión que rebuscaba entre el césped de al lado de la diminuta ventana.

—Te aseguro que yo no quería esto para nadie —insistió el capitán —. Pero hemos terminado todos atados de pies y manos. Ese chico aprendiz tuyo nos la jugó a todos… ya te darás cuenta.

—Yo tampoco oigo nada, señor pájaro.

El capitán de la guardia bufó, se levantó y paseó nervioso.

—Bueno, ya volveré cuando se te haya pasado la tontería. Quizá te venga bien estar encerrado una temporada, después de todo, aunque

te habríamos necesitado ahora.

—¿Ahora? —aulló el alquimista, volviéndose de pronto—. ¡Ahora estoy encerrado en esta maldita jaula por enésima vez! Y supongo que te puedo dar las gracias a ti.

—¿Crees que fui yo el artífice del plan? Tú eres algo más inteligente que eso.

Jan caminó hasta los barrotes y los agarró con fuerza. Ardauz, para su sorpresa, no retrocedió, aunque de todas formas se encontraba fuera del alcance de las manos del prisionero.

—Tú y yo fuimos buenos amigos, Jan. Ha habido problemas, sí… pero yo aún te considero un buen amigo. Algún día tú también me perdonarás, estoy seguro.

—No tengo fama de saber perdonar bien —replicó el otro con una sonrisa desencajada—. ¿Verdad que no, señor gorrión?

—Ese pájaro es una lavandera.

—¡Ya sé que es una lavandera! —gritó con furia—. Y aun así confiaría antes en él que en cualquiera de los gusanos que estáis aquí dentro.

El alquimista escupió al suelo con ganas.

>>No me importa si te han obligado a tenderme una trampa, Ardauz. Me da igual si han puesto a tu familia en el patíbulo y te han amenazado con colgarlas si no lo hacías… demasiada gente confiaba en ti. ¡No sólo yo! Nos has fallado a todos. A los marqueses, a Clara…

—Hablando de Clara…

—No sé dónde está —le interrumpió el alquimista.

—Yo sí, pero no te va a gustar.

Aquellas palabras le pasaron por encima a Jan como una piara de gorrinos a la carrera. No necesitaba que el capitán de la guardia, que con la máscara de los filtros y la túnica ignífuga que llevaba parecía veinte años mayor de lo que era, le dijese dónde estaba Clara.

—Veo que no te sorprende demasiado. ¿Sabes, Jan? Deja que traiga la banqueta, quiero que sepas qué le pasó a los dos profesores anteriores.

—Lárgate —pidió el alquimista con un tono vacío, gris—. Por favor.

El otro dudó. De la pose desafiante y burlona del prisionero no quedaba ya ni la sombra. En su lugar, un hombre devastado ocupaba la celda, incapaz de mirar algo que no fuese el animal que peleaba por meterse un rollizo gusano en el gaznate.

—Este pájaro lleva viniendo días a comer delante de mi ventana —dijo solamente el alquimista—. Hoy he decidido que le estaba cogiendo cariño… y he empezado a preguntarme cuánto tardaría en abandonarme. Por suerte sólo es un miserable pájaro.

—Volveré mañana a verte, Jan.

—También volverá el. No sé cuál de las dos visitas me importa

menos —zanjó el otro, antes de sentarse de cara a una esquina y quedarse en silencio. El capitán se despidió con un sonido gutural, caminó hasta la entrada del pasillo y golpeó la puerta dos veces. El sonido de una rejilla abriéndose y cerrándose precedió al de la puerta del lugar, y tras ella, las pisadas del capitán, las conversaciones del pasillo de fuera y todo lo demás desapareció—. ¿Qué me dices, pájaro? ¿Tú también vas a apuñalarme?

La lavandera se giró durante un momento, como si fuese capaz de entenderle, y se acercó a su mano, cerca del pequeño ventanuco.

El alquimista sonrió y se volvió a poner en pie, calmado ante la cercanía del animal.

Éste clavó la vista en él durante un momento y Jan le tendió la mano. El pequeño pájaro caminó despacio hasta ella, se posó y se mantuvo allí durante un rato.

El prisionero se lo acercó al rostro con calma, intentando no asustarle.

—Eres un bicho bastante majo. Te llamaré…

El animal pio una, dos y tres veces. Luego le soltó una generosa deposición en la mano y echó a volar.

* * *

—Cuando sugerí que sería interesante practicarte una vivisección, no estaba pensando en esto.

—Ya me imagino que verme en una celda, hecho un auténtico despojo no iba con tu imagen idealizada del laboratorio —se mofó el alquimista—. Me imagino que en tu visión había una cómoda superficie de roca o madera podre, unos cuantos grilletes oxidados…

El alquimista no tenía intención de expulsar a su visita. Tras más de dos semanas enjaulado, apenas había tenido ocasiones de hablar con nadie, así que los visitantes, por mucho rencor que les guardase, siempre eran bienvenidos.

Por eso trataba de ser cruel sólo hasta donde pensaba que cada uno de ellos podía aguantar sin marcharse. La doctora, pese a todo, parecía encajar bastante bien las críticas. Y además, la máscara que todos parecían obligados a llevar para visitarle le sentaba sorprendentemente bien.

—La máscara le resalta los ojos —apreció Jan—. Quizá debería haberse tapado la cara hace tiempo, parece que la embellece mucho.

—A ti, sin embargo, las bravuconadas vacías y los insultos hacia aquellos que se preocupan por ti no parecen sentarte demasiado bien. Tienes ojeras y parece como si llevases días sin comer.

—He estado en sitios peores —replicó el otro mientras se esforzaba por formar una sonrisa. Lo cierto era que se sentía débil y por las noches no lograba descansar por mucho que durmiera. La inactividad le estaba matando por dentro, lo sabía.

—Dígame una cosa, doctora. ¿Realmente merece la pena todo esto?

—¿Para quién?

La pregunta le pilló por sorpresa. ¿Para quién iba a ser?

—Para mí, no —respondió ella—. Yo sólo quería trabajar tranquila, como antes de que tú aparecieses en nuestras vidas. Para la ciencia, sin embargo…

—¿Ha habido progresos?

—Y muy buenos. En el sótano contiguo al tuyo hay varios contenedores llenos de disolvente.

—¿Y…?

—Disolvente para metales. Alexei está progresando mucho en diversos campos.

—No me fastidies —bufó el alquimista—. ¿Alkalest?

—No no, eso son cuentos de niños —se rió la doctora—. Claro, que esto también lo era hasta no hace nada. No es un disolvente universal, aunque se las apaña con bastantes metales. Aún está haciendo pruebas. También me ha ayudado mucho en la… evolución controlada-

—¿Cómo de acontrolada?

La doctora miró hacia los lados, insegura. El lugar en el que se encontraba la jaula era una galería subterránea que se encontraba bajo algún jardín, aquello era todo lo que sabía.

—Tiene un… gólem. Un ser monstruoso al que llama Anya. No sé si recordarás al doctor Aphaebus Marlene.

—El chiflado de Terraldía que quería criar una raza de hombrecillos eslavos, sí. No he tenido la suerte de poder sacarlo de mi memoria.

—Han estado hablando, él y Alexei. Mientras trabaja en otros proyectos, sigue haciendo pruebas con ese ser monstruoso. Asegura que en unos años podríamos criar más cómo él para que construyesen, limpiasen o trabajasen en las minas por nosotros.

—Ese gólem era una mujer —la interrumpió Jan—. Una mujer a la que pagó por ir a su habitación en Pii y… bueno. Es lo que me han contado. ¿Sacrificarías humanos para convertirlos en cómo los has llamado… monstruosidades?

—Ya te he dicho que para mí no merece la pena. No la tomes conmigo, Jan.

—No lo hago. Sólo trato de ver qué hay en esa cabecilla que tienes, Catalina.

Les interrumpió el ruido de la pesada puerta abriéndose, no demasiado lejos. El sonido de unos pasos ligeros, vivos, le anunció a Jan que era su aprendiz el que se acercaba por la galería.

—“Sólo quiero saber qué hay en esa cabecilla” —se burló—. Ni siquiera en una jaula puedes estar tranquilo, ¿eh? Siempre dando problemas, enrolando a los demás en tus tonterías.

—Está bien —susurró la doctora bajando la cabeza, con tono de disculpa.

—Claro que sí. Retírate, Cata. Y recuerda limpiar la máscara al salir, la última vez la dejaste llena de saliva. La máscara tiene que estar limpia, ¿entiendes? Joder, se supone que eres una científica.

—Lo siento mucho, Alex.

—Ya lo sé. Y ahora largo, quiero hablar con nuestro invitado.

La doctora no respondió; se inclinó levemente y se marchó con la cabeza gacha. Jan podía entender por qué para ella todo aquello no merecía la pena.

—Que no te haga sentir triste —le advirtió el otro, que por primera vez desde que había ingresado en aquella celda se había presentado sin máscara. En su lugar, un amplio sombrero emplumado le adornaba la testa, y a su espalda ondeaba una capa blanca y pomposa—. Solía estar la mar de alegre hasta que trajiste de vuelta a Clara. Empezó a comportarse como una vulgar prepúber desde entonces.

—No como tú, que tienes un comportamiento maduro y adecuado.

—Le dijo la sartén al cazo… he oído que sueles charlar con un pájaro. ¿Estás perdiendo la cabeza, Jan?

—¿A eso has venido?

El otro se encogió de hombros y esbozó una sonrisa bella, convincente.

—En realidad tenía un rato libre. Unos compuestos que necesitaban hervir y nada que hacer en ese rato. Y qué narices, visitar a mi viejo maestro también está bien, joder. ¿Sabes? Todo esto que ves… y lo que no ves, pero estoy seguro de que puedes sentirlo, ha pasado gracias a ti, Jan. Si tú no me hubieses recogido en Pii, seguramente seguiría allí, malgastando el dinero de mi vieja madre y tratando de terminar unas materias por las que no sentía ningún interés. De no ser por ti, no habríamos desarrollado estos geles, estos bebedizos, estos disolventes… nada de esto.

—Estás haciendo que me arrepienta de haber existido.

El otro se rió con ganas y con sinceridad. Rencor a parte, el alquimista no podía negar que el tiempo le había sentado bien a Alexei. Había mejorado su aspecto físico y vestía con elegancia y naturalidad. Su sonrisa y sus carcajadas eran convincentes y bellas… no podía evitar verse a sí mismo con unos cuantos años menos, o al menos, a la persona que él siempre había creído ser.

>>Sólo te pido que no me menciones en tus memorias. Haz lo que te dé la gana, pero no me atribuyas parte del mérito. Prefiero morir en el anonimato o ser recordado sólo por las atrocidades que he hecho a formar parte de… esto.

—Estás viendo la realidad a través de un pequeño ventanuco, Jan. A través del ojo de una aguja. Ni siquiera sabes dónde estás, ni lo que

hay cinco palmos por encima de tu cabeza… y ya estás convencido de que no quieres formar parte de ello. ¿Sabes por qué te he mandado encerrar ahí?

—Tengo la certeza de que esperas que realmente me ampute un brazo. Una especie de apuesta macabra, por así decirlo.

—Sería sorprendente —se rió el otro, de nuevo con vehemencia y encanto—, sí, sí… admito que me gustaría, pero no te he encerrado por eso. Tengo la firme seguridad de que, pasado el tiempo suficiente, te calmarás… o te romperás. En cualquier caso, terminarás trabajando para esto. Te respeto a mi manera, Jan. Y me haría mucha ilusión que formases parte de este pequeño proyecto, que trabajásemos codo con codo, como tú hiciste con el profesor Calduim.

—¿Qué tal le va al viejo?

—Pse —respondió el otro, indiferente—. Para su edad, está muy bien. Mejor de lo que estaremos tú o yo si alguna vez llegamos, seguramente. ¿Sabes? A Calduim le ha gustado tu pequeña tontería, la de deshacerte de las patentes… piensa que es lo que le hace falta a este mundo, antes, y cito textualmente, "antes de que sea demasiado tarde".

—¿También le has encerrado?

—¡Por favor! —exclamó el otro, indignado—. ¡Somos personas maduras, Jan! Nuestros puntos de vista no nos impiden trabajar juntos, incluso cuando tratan sobre un tema tan cercano.

—Veo que sois unos auténticos caballeros. Te ha sentado bien el paso el tiempo, Alex, lo admito.

El hombre se retiró el sombrero y lo blandió, tal y como habría hecho él mismo.

—He tenido un buen maestro. Sin rencor, Jan. Tengo tus cosas guardadas no lejos de aquí, sueño con el día en que abraces esta iniciativa, aunque tenga que esperar durante años.

—¿Cómo de lejos dices que las tienes guardadas?

El otro retrocedió un paso de la jaula y le miró a los ojos con una expresión cargada de convicción.

—Tengo que volver al trabajo —respondió con una sonrisa significativa—. Volveremos a vernos pronto, amigo.

* * *

Durante los siguientes días, ni siquiera la lavandera se dignó a visitar al alquimista. En su lugar, una soledad envolvente y demasiado plácida para su gusto se hizo con el lugar. Ocasionalmente se oían pasos en las galerías o algún ruido en el exterior, a través del ventanuco. Un día llovió desde que salieron los primeros rayos de sol hasta bien entrada la noche. Aquel día, el alquimista se permitió disfrutar de la lluvia cayendo sobre su rostro una vez más, aunque sólo fuese a través de la pequeña oquedad.

El ruido de los pasos por la galería volvió a resonar bien entrada la noche. La puerta se abrió con el gemido de los goznes, y un paso vivo llevó al capitán de la guardia hasta la misma celda del recluso.

—Sabes, Jan —habló sin más, acelerado. El alquimista se puso en pie y se acercó a los barrotes. Desde allí, podía oler el intenso olor a licor que destilaba el guardia—. Tu llegada revolucionó mi mundo. Pasaste de ser un simple empleado a un prisionero legendario —añadió tras una pausa, como si le costase encontrar las palabras. Se giró para coger el pequeño taburete, y al hacerlo, una pequeña libreta se cayó de una de sus bolsas. Él se giró rápidamente para recogerla, se volvió al taburete y continuó divagando—. Luego te convertiste en algo más que un amigo, eras… como un ejemplo. No podía evitar ver cómo te habías convertido en alguien importante para los marqueses y para Clara. ¿Lo entiendes? —preguntó tras otra pausa, mirando fijamente al alquimista. Arrastraba algunas de las palabras pero hablaba apresuradamente y con claridad, y aunque las ropas apestaban a licor, su mirada era firme y nada tenía que ver con la clásica mirada perdida y desenfocada de los borrachuzos de media noche.

Sí, Jan lo entendía, así que asintió en silencio.

—Luego… bueno —pausó el capitán, arrastrando nuevamente las palabras—. Conocimos a la doctora, ¿verdad? Una mujer de lo más especial, y yo… bueno, ya sabes. Pero ella… bueno, para ella yo no era tan especial. Tú, por otro lado, Jan…

—No tienes por qué decir más.

—O no, no, quiero decírtelo —insistió el otro—. ¿Sabes? Todo esto podría haber sido culpa mía. Un día bebí de más con los chicos, y se me ocurrió que, si quería librarme de ti, sólo tenía que darte el cambiazo.

—¿Cambiazo? ¿Qué cambiazo?

—Valeska te había dado esos trajes con… tonterías, para que no te pudiesen encontrar. Tu hermana —aclaró, por si de alguna forma no fuese evidente—. No tenía más que llevar uno de ellos al sastre, pedir una réplica normal y corriente, y esperar. Estuve a punto de hacerlo.

—Pero no lo hiciste —replicó el otro con tono conciliador. Sus puños, sin embargo, se cerraban con fuerza, pero aquel no era el momento de discutir. ¿O sí?

El capitán de la guardia guardó silencio durante un rato, arrastrando la mirada por el suelo primero, y luego por la oscuridad que envolvía la sala, como si buscase algo.

Luego volvió a mirar a Jan, y acercó un poco más el taburete.

—Todo esto podría haber sido culpa mía, Jan. Un vaso más, o quizá una palabra de aliento de un amigo… ¿Te acuerdas de mis chicos?

—Claro que sí. Pol, Herr Gelmman…

—Y Ostrich —le interrumpió el otro, haciendo una pausa significativa—. Preguntaron por ti no hace mucho.

—¿Qué tal les va a esos tres?

—Así asá —respondió el capitán, encogiéndose de hombros—. Se llevan, pero no se mezclan. ¿Entiendes?

Jan Farelian estaba seguro de que el capitán intentaba decirle algo, pero no tenía ni idea de qué era. No había conocido a ningún amigo suyo llamado Ostrich, de aquello estaba seguro. Sin embargo, tampoco conocía a ningún otro hombre llamado Ostrich, ni recordaba haber usado ese nombre con algún significado especial.

—Te perdono, Ardauz —respondió Jan, sin saber exactamente cómo alargar más aquella conversación—. Lo que ha pasado, independientemente de lo que pudieras haber hecho, ha sido culpa mía. Sólo necesitas perdonarte a ti mismo.

—¿Cómo?

El capitán de la guardia negó aceleradamente con la cabeza, de forma discreta pero lo suficientemente visible para el alquimista.

—No no… sabes, no te perdono —se corrigió—. De hecho, lo más probable es que si salgo de aquí te busque y te mate, y…

El hombre negó. Aún con más fuerza y comenzando a mostrar nerviosismo.

—…y nos tomemos algo, o bueno, ¡Necesito pensar! —chilló—. Quizá mate a ese Ostrich por llevarte al mal camino. ¿Eso te… gustaría? —preguntó el alquimista, completamente confundido y sin tener ni idea de qué era lo que estaba pasando.

—¡Ostrich! —gritó el capitán también—. ¡Ese cerdo fue el que me dio la idea!

La puerta se la galería se abrió de improviso y varios guardias entraron aceleradamente.

—¡Ya es suficiente! —gritó una voz familiar entre el murmullo de voces. El ruido de botas, cotas de malla tintineando y el eco de los pasos sustituyeron la tranquilidad del lugar, y el capitán de la guardia no necesitó un segundo aviso para levantarse rápidamente y echar a caminar hacia la entrada.

En un abrir y cerrar de ojos, sólo volvía a escucharse la lluvia, aunque al menos sabía que había varios guardias protegiendo la entrada a su celda día y noche. Ardauz no había logrado explicarse bien, pero al menos le había dado una información útil. Ahora sólo necesitaba entenderla.

Jan Farelian se dejó caer contra los barrotes y se desparramó por el suelo, duro y frío. No tenía ni idea de qué podía significar “Ostrich”, pero lo cierto era que tampoco podía evitar recordar lo novelesco que se había vuelto el capitán de la guardia cuando habían pasado aquel tiempo juntos. Al hombre le gustaba ser rimbombante, desde luego.

Se giró, y sólo entonces vio un pequeño papel arrugado, tirado más allá de los barrotes. Tenía que haberse caído del cuadernito del capitán, y Jan estaba seguro de que no había sucedido por accidente.

En el papelito, para más énfasis novelesco, cada letra del alfabeto se correspondía con un elemento químico, aunque la mayoría estaban repetidos. Aquello era una forma sutil de indicarle que la doctora estaba en aquello también… o que al menos, le había pedido ayuda, o robado algún papel. Tratándose del capitán de la guardia, Jan ya no sabía a qué atenerse.

—Sí, podrías fugarte —susurró una figura desde las sombras, dentro de su propia celda. Jan Farelian no era un hombre cobarde, pero no era de cobardes lanzarse al suelo y llevarse las manos al pecho cuando un desconocido se presentaba de aquella forma.

—¿Di Catto? —preguntó, poco convencido. La voz no sonaba ni remotamente parecida a la del vampiro, pero no en pocas ocasiones se le había aparecido de forma semejante.

La figura, pese a todo, negó con la cabeza. Se acercó un poco más al alquimista y dejó su rostro a la tenue luz de la luna, mostrando un rostro comido y una barba andrajosa. Una prominente chepa crecía allí donde debería haber hombros, y un bastón decepcionantemente normal sujetaban al anciano.

—¡Otra vez tú! —exclamó el alquimista, que de alguna forma tenía la seguridad de encontrarse ante el hombre que les había sacado de la biblioteca.

—Y otra vez necesitas huir —concluyó el viejo—. Aunque en esta ocasión… aaagh —tosió, escupiendo un lapo de sangre negra—. En esta ocasión no tienes nada que ofrecerme a cambio de la libertad. ¿O sí?

—En esta ocasión no te necesito —zanjó el alquimista, aún tirado en el suelo y acorralado contra una esquina de la jaula. El anciano, a pesar de su estado deplorable, era un hombre corpulento, parecía abarcar todo el centro de la celda. Éste le miró con unos iris desprovistos de color y asintió.

—Cierto es, podrías no necesitarme. Muchos acuden a tu ayuda en momentos de necesidad. La pregunta… aghh… —aulló, antes de volver a echar otro lapo de sangre—, la pregunta es con quién te irás. Todos te han abandonado antes. Aquellos a quienes… a quien… ¡Ay! A quienes has querido…

—Ya sé lo que han hecho todos y cada uno de ellos —le interrumpió el prisionero, tratando de no sonar tan asustado como estaba—. Y ahora, por favor, desaparece.

El anciano no tuvo tiempo de replicar; como obedeciendo a una orden irrevocable, se deshizo en un remolino de oscuridad. En un abrir y cerrar de ojos, no quedaba ni rastro de él, así que se puso

cómodo sobre el camastro de paja y trató de dormir. No lo consiguió, pero tras toda una noche en vela, con los primeros rayos de sol volvió la lavandera. Y con ella, toda una marabunta de otros pequeños pájaros.

El alquimista se limitó a observar maravillado a los pequeños animales, que rebuscaban pequeños insectos, se acercaban a la ventana y se volvían a alejar. Y mientras lo hacían, no dejaban de obsequiar al alquimista con auténticos montones de caquitas.

El hombre no terminaba de comprender de qué se trataba todo aquello, pero estaba claro que alguno de sus amigos de los bosques le estaba echando una mano. Lo que no terminaba de decidir era quién tenía más cartas de odiarle menos; por un lado estaban las tres brujas: Jotta, Sifrelda y Yenna, pero no tenía ninguna seguridad de que realmente simpatizasen con él más allá de lo que la convivencia les exigía. Por otro, podría tratarse, aunque esto le resultaba incluso menos probable, de la doncella de los bosques o de Galerno, el cetrero.

Respecto al mensaje que le había dejado el capitán de la guardia, no tenía ni idea de a qué se podía referir. Había probado a asignar números a los elementos que correspondían a las letras de "Ostrich", y cambiar esos números por sus equivalentes del abecedario, pero aquello no llevaba a ningún sitio. Después de eso había tratado de buscar otros patrones, también sin éxito, y mientras observaba a los pajarillos llenarse la tripa y llenarle la ventana de excrementos, no podía dejar de pensar en "Ostrich". El capitán le había dicho *"se llevan, pero no se tocan, ¿entiendes?"*. Cuanto más vueltas le daba, menos sentido tenía.

Finalmente, decidió dejarlo estar. Antes o después, Ardauz se daría cuenta de que no le encontraba sentido a lo que le había contado, así que se las apañaría para darle más información. Hasta entonces, no merecía la pena centrarse en ello.

—Debería ser capaz de resolver un puzle hecho por esos dos —habló para sí mismo—. Se supone que soy un buen químico. O como mínimo, un químico decente.

Bufó, desganado, y se recostó. No había podido dormir en toda la noche, y estaba cansado. La decepción del puzle, además, no ayudaba lo más mínimo. Se suponía que era un buen químico… ¿O no?

Se incorporó de súbito, aunque aquello no asustó a las empedernidas aves, que parecían empeñadas en pringarlo todo de guano.

Él no era un químico… o al menos, no sólo. Estando con la doctora, había hecho hincapié en lo que se consideraba a sí mismo: un alquimista. Y en la mayoría de los tratados alquímicos, a cada elemento les correspondía un símbolo; aquella era una de las vertientes a las que él menos atención había puesto nunca, ya que

aquellos compuestos a los que la alquimia catalogaba como elementos muchas veces no eran más que minerales con distintas cantidades de una misma sustancia. Por ejemplo, mientras que el hierro estaba reconocido como elemento tanto en la química moderna como en la mayoría de los tratados alquímicos, el mercurio de la química formaba parte del cinabrio y la amalgama en la alquimia, por lo que estar al tanto de los elementos era redundante y carente de utilidad. Aquello, por supuesto, no debían saberlo Ardauz Milampere ni la doctora Catalina Popolov, que a pesar del tiempo compartido con él, al parecer, pensaban que parte de su trabajo consistía en dibujar círculos de sal durante la luna llena y hacer pasar su luz por distintas lentes polarizadas.

Sintió un pequeño aguijonazo de rubor al pensar que sus amigos tenían una idea tan arcaica de él como científico. Pese a todo, le faltó tiempo para ponerse a hacer memoria con los símbolos que mencionaba el pequeño papel, y tardó poco en ver que, si se intentaban colocar uno al lado de otro, sin superponerse, formaban más o menos la forma de su celda. Una vez que supo ordenar los siete símbolos, le quedó claro que el énfasis del dibujo estaba en la propia puerta. Más concretamente, en los verdaderos goznes. Sólo gracias al dibujo se dio cuenta de que, el lugar donde llevaba días apilando guano, no eran en realidad los goznes, sino una única pieza forjada para simularlos. Mucho más discreto y en la parte inferior había un único gozne que sostenía toda la estructura. Aquel día no hizo nada hasta la noche, cuando se aseguró de que nadie podría verle. Sólo entonces se apresuró a recoger todo el guano que habían dejado los pájaros y untarlo cuidadosamente sobre el gozne de la verja. Aquella semana no recibió ninguna otra visita además de la de los habituales pájaros, en contra de lo esperado. El tiempo se le hacía eterno, y el tener que dejar pasarlo sin hacer nada lo devoraba por dentro. De pronto, se dio cuenta de que no se había deshecho de la nota de Ardauz, así que sin pensárselo dos veces, se la metió en la boca, la masticó enérgicamente y se la tragó. Sorprendentemente, no sabía mal para ser un papel sucio lleno de tinta potencialmente tóxica.

Algunos días más tarde se abrió la puerta de su galería y escuchó aquellos pasos vivos que tan bien conocía.

—Buenos días —le saludó Alexei. El joven se veía vigoroso y alegre, y a pesar del rencor ardiente que se acrecentaba dentro del alquimista, no pudo evitar responderle con una sonrisa—. Siento no haberme pasado antes… la verdad es que me había olvidado por completo. Te lo confieso avergonzado, de veras. Me estaba preguntando si querrías dar un paseo, ver un poco esto. Tendrías que ponerte unos grilletes y de todo, no sería muy digno —le advirtió—, pero al menos estirarías un poco las piernas. Podríamos comer algo y luego vuelta a la jaula.

Pienso que podríamos hacerlo incluso una vez por semana, si te gusta. ¿Qué te parece?

—¿Es una forma de integrarme poco a poco? —se rió el alquimista —. Primero veo todo un poco, como si fuese un gran favor… luego se incluyen los laboratorios en el paseo, y se me deja ver y dar ideas para los proyectos… y al cabo de dos o tres años, quizá, se me empieza a dejar estar por ahí, ¿no?

—En realidad pensaba enseñarte los proyectos y pedir ideas ya mismo, pero sí, esencialmente… un condicionamiento suave. Si no te apetece, no hay ningún problema.

—Mataría por dar un paseo —replicó el otro rápidamente.

El más joven sonrió de oreja a oreja y desapareció de nuevo por la puerta. Poco después entró un guardia de Tsacovia de rostro grisáceo y macilento.

—Tiene que tomar esto —le dijo solamente—. Le dormirá, y despertará con el señor.

Al alquimista no le gustaba que le durmiesen, y mucho menos que lo manipulasen mientras estaba inconsciente, pero menos aún le gustaba perderse la oportunidad de recabar algo de información del lugar y, por qué no, de dar un paseo.

Sólo esperaba que al abrir la jaula, el gozne no chirriase o expulsase una lluvia de excrementos.

* * *

—No se me escapa que sabías más que de sobra dónde estabas encerrado —comenzó hablando Alexei—. Aunque no hubiese más que arbustos a la vista de tu ventanita, sé que te sobra con el olfato para reconocer algunas fragancias familiares. ¿Están bien los grilletes?

—No me aprietan —respondió el otro. En ningún momento había dudado que se encontrasen en el palacio de Tsacovia, o mejor dicho, bajo los jardines del palacio. Sin embargo, le llamaba la atención que ni los marqueses ni su hija hubiesen pasado a visitarle, aunque estaba seguro de que todos ellos tenían una buena razón.

—Puedes ver que he hecho algunos cambios en el ala de invitados… Por cierto, ¿por qué le llaman ala, si es un edificio aparte?

—Jamás pregunté —admitió el otro, que ahora no podía evitar pensar en aquello mismo—. Quizá en su día el palacio era más grande y el pequeño edificio formaba parte. Luego lo echarían abajo para tener más espacio útil, y...

—Poco probable —le interrumpió el otro—. Pero plausible, sí. Eres un hombre enrevesado, y eso, a veces es una virtud. Ves soluciones que otras personas no ven. Aquellas más complejas que no pueden ser acometidas desde puntos de vista tradicionales… sin embargo, muchas veces se te escapan las respuestas más obvias.

—Probablemente le llaman “ala” de invitados porque sí —concluyó

el alquimista.

—Probablemente —aseveró el otro—. En cualquier caso, ahora es un ala de pruebas. Tsacovia se está relanzando como una pequeña capital que se está convirtiendo en una insignia del avance y el progreso. Teniendo tan cerca la universidad, y contando con el apoyo de la doctora, que otorga renombre y calidad, ¿por qué no convertirnos en una potencia? El mundo necesita visionarios, Jan. Pero no de los que asesinan y destruyen documentos, no. La forma de superar una amenaza no es dinamitándola… es haciéndote más grande que ella.

—Entiendo tu opinión.

—¿Pero?

—Dinamitas un problema: acabas con él. Si sólo pasas por encima, el resto del mundo sigue teniendo ese problema, con el añadido de que tú, desde tu posición ventajosa, podrías convertirte a su vez en otro problema. Uno incluso mayor. Supón que una persona inventa un sistema que revoluciona por completo la forma de transportarnos… y con ello, revoluciona todo el mundo: la gente viaja más y más rápido, hay más choques culturales, el comercio cambia…

—No suena mal.

—Bueno —objetó el otro—. A mí no me entusiasma, pero admito que para el progreso per se suena muy bien. Supón que esa tecnología la controla un país. Y que nadie puede usarla sin pagarle una tasa alta, muy alta.

—Entonces, la solución no es acabar con esa tecnología… es superarla, Jan.

—Quizá en un mundo ideal. Siempre podrá superarla una potencia con intereses distintos a los del bien común. Y la ciencia, Alex… la ciencia no será siempre igual. Habrá épocas de grandes avances en determinados campos, y épocas en las que esos campos ya no sean rentables. No puedes depender de que alguien mejore todo una vez tras otra. Y sobre todo, no puedes depender, en general, de que la gente haga lo correcto. De hecho, parece ser mejor no depender de la gente.

—¿Eso lo has aprendido por las malas, Jan? —preguntó el otro con una preocupación que parecía sincera.

—Eso me lo enseñó una buena amiga, aunque no me ha venido mal recordarlo. Pero no nos pongamos melancólicos —añadió el otro agitando los grilletes—. Vamos a ver esas instalaciones, Alex.

—Con mucho gusto. Empecemos por el ala de invitados, sígueme —pidió, mientras echaba a caminar.

El joven parecía sin lugar a dudas más apuesto y fornido, y viéndolo a la luz del día, también era indudablemente más alto, de aquello no había duda. Además, también parecía mucho más calmado de lo que se había mostrado tanto en el convenio como en el encuentro en el

laboratorio de la doctora, poco tiempo después.

A Jan no se le escapaba aquello, y aunque le resultaba tremendamente interesante, no estaba dispuesto a preguntar directamente; conocía a Alexei, y sabía que, si él no le preguntaba, terminaría contándoselo sin más rodeos. No en vano había sido su aprendiz, y como él mismo, sufría el defecto del orgullo propio del que se siente importante.

—En el ala tenemos algunos trabajadores recién salidos de Pii. Gente que ha estudiado y sabe… lo suficiente para no tirarse los compuestos por encima, en realidad.

—Pues con lo que hemos visto, no se puede decir que sea poco.

—En absoluto —asintió el otro—. No lo decía como algo malo, te lo aseguro. Con lo que hemos visto, como bien dices… en cualquier caso, suele ser gente con ganas, aunque con menos conocimiento del que piensan. Así que aquí se les asignan algunas labores más o menos mecánicas. Lo que es el trabajo no teórico, por así decirlo. La doctora y yo prácticamente ni tocamos el material, nos limitamos a pensar… un gusto, aunque a veces se echa en falta esa otra parte, la "cocina" —pronunció, risueño—, pero es mejor así. Al menos, es como mejor se aprovecha el tiempo.

—¿En qué trabajan ahora mismo? —preguntó el alquimista. Al entrar en el lugar, aquellos trabajadores más cercanos le dedicaron un saludo escueto a su acompañante.

—Pequeños proyectos. Algunos simplemente reproducen la reacción entre algunos compuestos. Como son gente que lleva aquí poco tiempo, preferimos no compartir los proyectos completos con ninguno de ellos… sólo por si acaso, ya sabes.

—Razonable.

El tour por el ala de invitados fue breve, en parte porque no había mucho que ver. En la estancia principal se esparcían algunos escritorios equipados con conjuntos de equipo muy básico: algunos matraces, frascos y viales, algunos encendedores, depósitos con agua limpia, palas, cucharas y varillas… lo suficiente para hacer aquello que se les pedía. En el centro de la habitación había un par de alambiques.

—A veces utilizamos tu cuarto —añadió el más joven tras un momento de meditación—. El equipo que tiene es muy limitado, pero se está tranquilo y es agradable. Hemos dejado tus cosas ahí dentro, para cuando vuelvas.

—Pareces muy seguro —se rió el alquimista—. De que vaya a volver, quiero decir.

El otro no respondió, aunque le dedicó una sonrisa significativa, casi amenazante.

—Te enseñaré la otra cara. Algo me dice que te gustará más… al

menos, a una parte de ti.

En esta ocasión fue el propio Jan quien respondió con la ley del silencio; aquel comentario, por alguna razón, le había ofendido. Lo cierto era que no olvidaba que, durante su estancia en Pii, había mostrado un respeto limitado por algunas nociones como la ética o el respeto hacia otros seres humanos, y sabía sin lugar a dudas que aquello a lo que se refería su acompañante tenía que ver con ello.

—La doctora insistió en que no era buena idea enseñarte los accesos al subsuelo —explicó el otro, indiferente—. Parece más preocupada que yo, incluso, por una posible fuga. Pero lo cierto es que un plan sencillo siempre es funcional. Cuantas más tonterías pones, más riesgo hay de que alguna tenga un problema que se te ha pasado por alto… sin embargo, unos buenos barrotes, una llave bien protegida, y fin del asunto. No te ofendas.

—No me ofendo —le sonrió el otro. Lo cierto era que tenía toda la razón del mundo.

Continuaron caminando con tranquilidad por los jardines del patio de palacio. Los pocos cortesanos que se encontraban sólo le dedicaban una mirada curiosa, a pesar de los grilletes. Cuando Jan saludaba a algún rostro conocido, por lo general, éste le devolvía el saludo, como si todo fuese normal. Alexei también repartía saludos y “buenos días” por aquí y por allá. Tras un breve paseo, se adentraron en el laberinto de setos, y allí donde el marqués se había reunido con su acompañante, descendiendo las escaleras ocultas tras el panel oculto en los setos, descendieron con tranquilidad. Sin embargo, no continuaron descendiendo hacia la pequeña sala en la que se habían reunido los tres hombres en su momento, sino que tomaron un desvío transversal. De allí pasaron a una galería mucho más amplia. Las paredes y el suelo estaban hechas de losas, y allí donde no había una rendija desde la que se colase la luz del sol, colgaba una pequeña antorcha para dar luz. A sendos lados de la galería se veían puertas de madera con rejillas en la parte más alta.

El joven extrajo un manojo de llaves de un bolsillo y comenzó a abrirse paso mientras los pocos guardias que había por la zona le saludaban al pasar. Sin prisa pero sin pausa descendieron por unas escaleras de aspecto burdo y cruzaron un pasaje más oscuro y húmedo, donde ya no llegaba la luz natural y sólo se veía gracias a las antorchas y lámparas de aceite. Contra las paredes repicaba el sonido de picos, palas y bastos gruñidos.

—Estos son los constructores —explicó el joven—. Almas perdidas todos ellos… ladrones reincidentes, violadores, asesinos… condenados a pudrirse en una jaula sin aportar nada a la sociedad. Hasta ahora —matizó—. Las canteras, las minas… están bien. Mejor que nada, quiero decir. Pero aún mejor es colaborar con el progreso científico, sígueme

—pidió, tras coger uno de los candiles que colgaban de la pared. Avanzaban despacio, y allí el suelo aún no estaba empedrado, por lo que sus pies se hundían sobre el barro y el olor a humedad lo impregnaba todo. Tras avanzar un poco alcanzaron a una cuadrilla de lo que, a la luz de la antorcha, parecían cinco hombres.

Conforme se fueron acercando, sin embargo, Jan Farelian contempló con espanto cómo aquellas cinco figuras, vistas más de cerca, podían parecer cualquier cosa menos seres humanos. Todos llevaban máscaras de hierro; las de algunos les cubrían la parte inferior del rostro, dejando sólo los ojos y la frente a la vista. Las de otros, les cubrían la totalidad de la cara, dejando sólo un pequeño hueco para los ojos. Allí donde la carne quedaba a la vista se veían pústulas, tumores o cicatrices, y su constitución, además de desproporcionadamente grande, les obligaba a caminar encorvados o ladeados. Ante la cercanía de los dos extraños, la cuadrilla se giró con torpeza, aunque a un solo gesto del que ahora era su maestro devolvieron su atención a los picos y las palas.

—Gente como ellos son los que construye este lugar. Algunos excavan, otros adoquinan, otros limpian… algunos simplemente sirven de prueba para los ensayos en humanos. Sé que esto no está permitido en ningún lugar del mundo, pero también sé que en ningún otro lugar se ha avanzado a un ritmo tan optimista como aquí. Y sé que una parte de ti, aunque al verlo te repugne, se siente orgulloso, Jan.

—La verdad… no sé qué decir, Alex.

El alquimista no mentía; lo cierto era que no sólo no sabía qué decir, sino que ni siquiera sabía cómo sentirse. No estaba orgulloso de ello, pero aquel joven había desarrollado lo que no hacía tanto tiempo había sido su sueño; una guarida oculta de los ojos indiscretos donde sacar provecho a aquellos seres humanos que habían decidido ser un lastre para la sociedad, y además con el visto bueno de un igual o un superior, como bien podía ser la doctora.

Pese a todo, aquello ya no era un sueño para él; en su lugar, lo que se le antojaba un sueño, y cada vez más una fantasía lejana, era el volver a la vieja casona con Clara, Di Catto y León.

—Me gustaría tomar un poco de aire fresco antes de volver a la celda —pidió Jan—. Si es posible.

—¿Ya? ¿No quieres siquiera comer algo?

El alquimista le miró con esfuerzo; le costaba centrar la vista y el suelo parecía moverse bajo sus pies.

—Quizá la próxima vez, si decides sacarme de la jaula más adelante. Ahora mismo no me encuentro bien.

El otro asintió, comprensivo, y posó una mano sobre su hombro.

—Me gustaría ofrecerte que te agarrases a mí hasta salir de aquí… pero aun cuando estoy casi seguro de que no intentarías ninguna

tontería, entiende que tienes un auténtico historial a tener en cuenta, Jan.

El otro asintió y se recostó contra la pared. Aunque el suelo simplemente estaba húmedo, bajo sus pies sentía como si estuviese caminando por un pantano. Cuando al fin hubo recuperado la compostura, los dos hombres salieron de los túneles primero y del laberinto de setos después.

—¿Te encuentras mejor, Jan?

Él asintió. Le costaba identificar a aquel hombre preocupado con el joven a quien había abatido en un duelo de armas de mentira en Bukovia.

Poco a poco, comenzó a encontrarse mejor, y su acompañante volvió a mostrar aquella sonrisa sempiterna que bien habría podido ser la suya misma en otro tiempo.

—Estoy listo para volver a la celda —afirmó Jan, seguro de sí mismo.

—Está bien. Huele esto, acércatelo a la nariz.

—¿Sin más?

—Sin más —asintió el otro, risueño.

El alquimista no se hizo de rogar; destapó el pequeño frasco y se lo acercó a la nariz. Rápidamente, tomó aire un par de veces, y cuando fue a devolverle el frasquito a su acompañante, tras un torpe tirón de los grilletes, se lo derramó por encima.

—No sabes cuánto… cuanto lo…

—No te preocupes, Jan —le tranquilizó el otro—. No pasa nada.

Jan Farelian comenzaba a desvanecerse con una sonrisa perspicaz cuando, en medio de aquel escenario onírico que se retorcía ante él, reconoció una trenza dorada y una fina forma femenina. Podría ser parte de sus sueños, era consciente de que se estaba quedando dormido allí mismo, pero en su interior sabía que no; Clara andaba por allí.

Estiró la mano mientras se desparramaba con torpeza sobre el banco de granito, y su antiguo aprendiz se la cogió con calma.

—Todo irá bien —susurró, sin soltar sus dedos.

Jan sonrió de nuevo, abrió vagamente un ojo y se derrumbó sobre él.

* * *

Despertó de nuevo en la celda, a juzgar por la luz del sol, hacia media tarde. Sentía la mente un poco embotada y tenía un chichón en la nuca, aunque en general se encontraba bien, quizá un poco hambriento.

No le gustaba estar de vuelta en la celda, pero aquella pequeña salida había sido mucho más productiva de lo que había esperado. Antes de aspirar el contenido del frasquito, durante un breve

momento, recordaba haber luchado por contener su impulso de lanzarle el frasquito a su acompañante, pero ¿de qué le habría servido? Con los grilletes, sin su equipo y en pleno patio de palacio, donde todos sabían que era un preso, no habría llegado a ningún sitio.

Sin embargo, allí abajo, ya tenía todo lo que necesitaba, salvo el pequeño detalle de la libertad.

Sabía que, tras el pequeño paseo, alguien acudiría a visitarle para comprobar que se encontraba bien y, sobre todo, que no había aprovechado la ocasión para hacerse con algo indebido, y cuando la ocasión llegase, tendría que estar preparado.

También era perfectamente consciente de que, al menos durante las visitas, siempre había más ojos y oídos de los que alcanzaba a vislumbrar. Durante la noche se le había aparecido el viejo tétrico y nadie había intervenido, lo que bien podía significar que sólo le vigilaban durante las visitas, o igualmente probable, que aquel hombre sabía pasar desapercibido.

En cualquier caso, salir de la jaula estando solo no era una opción, porque tras la puerta de la galería seguiría encontrando resistencia. Mientras terminaba de afinar aquellos pequeños inconvenientes, se quitó la ropa, todavía húmeda del narcótico, y la sacó por el pequeño ventanuco.

* * *

Unos pasos torpes y desacompasados delataron al capitán de la guardia, que una vez más volvía apestando a alcohol. En esta ocasión, el hombre trastabilló hasta dar con los barrotes y volcó accidentalmente parte del contenido de su petaca sobre la zona inferior de los mismos. Al alquimista no se le escapó que, tras comprobar que el fluido había bañado el gozne, el capitán compartió una sonrisa bobalicona.

—Me han degradado —dijo solamente. En esta ocasión, su aliento también olía a alcohol—. Ya no soy capitán de la guardia… ni de nada. Vuelvo a ser un miserable miembro de la guardia urbana. ¿¡Te lo puedes creer!? —exclamó con violencia—. Por dar un par de voces aquí, mierda, mierda, mierda.

—Respecto a eso —comenzó a explicar el alquimista—, le he dado un par de vueltas a lo de Ostrich y ya recordé a qué te referías. No creo que le haga nada, después de todo… por ahora, he pensado que lo mejor es dejarlo ir, ¿no te parece?

—Jan… y yo qué sé —respondió el otro, desmoronándose sobre el suelo—. Lo que hagas está bien. A nadie le importa Ostrich, ni nada. La gente, Ían, la gente es…

—¿Cómo es?

—La gente es una mierda.

—Dímelo a mí.

Los dos suspiraron al unísono, desmotivados.
—Cuando entrabas, me ha parecido que tenías algo en la espalda, Ardauz.
—Ya… y tú no llevas pantalones —respondió el otro, poniéndose a la defensiva—, pero he tenido el tacto de no mencionarlo.
—Por favor —enfatizó el alquimista—. Me gustaría echarte un ojo, eso es… a ver, prueba a dar un paso más.

Jan Farelian no lo dudó un segundo: tenía muy pocas opciones de salir de allí, pero si tenía que apostar por una persona para ayudarle a abrirse camino, el excapitán, por muy borracho que estuviese, era su baza menos mala.

Cogió carrerilla y se lanzó contra los barrotes, apoyándose sobre el gozne lleno de caca de pájaro y líquido de la botella del capitán.

Al principio, pareció que aguantaría, pero un crujido delator resonó, haciendo girarse al capitán de improviso.

—¡Que se escapa! —gritó con énfasis, aunque sin demasiada fuerza.

Desde un lado de la habitación, algo se removió entre las sombras, y en un abrir y cerrar de ojos, un hombre vestido de negro y con una máscara corría hacia allí.

Jan había planeado todo tipo de inventos macabros e imprudentes en el pasado, incluyendo su llamada “trampa de asco”, de la cual se sentía particularmente orgulloso. Su funcionamiento consistía en una plataforma activada por presión como la de un cepo, pero en lugar de cerrarse sobre quien la pisaba, catapultaba una cesta cargada de cebo vivo o de sanguijuelas, si se quería causar mayor pánico.

En el pasado había tenido las herramientas necesarias, pero en aquel lugar apenas había tenido nada.

Aun así, se encomendó a todos los padres y madres de los druidas, corrió hacia el ventanuco y recogió un bulto de volumen muy generoso.

Lo volteó como si fuesen unas boleadoras una, dos, tres veces, hasta que la verja se desplomó y cayó hacia adelante, casi aplastando al trastornado Ardauz. Al momento, el hombre de negro se abalanzaba contra él, y en ese mismo momento, Jan soltaba el bulto formado por sus prendas anudadas.

Al soltarlas y estrellarse contra el intruso, una auténtica marabunta de aves narcotizadas despertaron al unísono y sumieron la celda en un pequeño caos. Mientras que el hombre de negro trataba de deshacerse de los pájaros, Jan no había perdido tiempo en ir a por la botella del antiguo capitán, y en un abrir y cerrar de ojos, la botella se había roto contra el cráneo del centinela.

—¡Dios mio, Jan! ¿Qué has hecho?

—Lo llamo trampa de gorriones —respondió el otro con orgullo—. Aunque sean lavanderas.

Apenas hubo terminado de pronunciar aquellas palabras, tomó el arma del intruso, lo asió con ambas manos y lo hendió contra su pecho, atravesándolo de lado a lado.

El centinela dejó escapar poco más que un silbido agónico silenciado por el trinar enfervorecido de los pájaros.

—¡Has matado a Abib! —aulló el antiguo capitán, escandalizado—. ¿Estás loco?

—¿Yo? ¡Tú me trajiste esto! Tu… escucha, ahora no es el momento. No sé si querías ayudarme a salir, pero ya estás en esto, y eres tan culpable como yo. Por los viejos tiempos —añadió, tendiéndole la mano al antiguo capitán.

Éste no reaccionó rápidamente; en su lugar, trató de enfocar la vista en el hombre que se alzaba ante él, presa de demasiados sentimientos enfrentados como para pensar con normalidad.

* * *

No mucho más tarde de lo que hubo entrado, el antiguo capitán de la guardia dejó la sala con el rostro enrojecido y malhumorado. Se despidió de los guardianes de la galería con un gruñido desagradable y desapareció.

El resto de la noche transcurrió sin incidencias hasta casi entrada la madrugada. Una doctora Popolov con cara de no haber dormido en días se abrió paso entre los mismos guardias, que la observaban con mirada pícara. Aun así, ella no les dedicó ni un solo instante y se adentró en el lugar.

—Este es el disolvente del que te hablé —le indicó ella—. Será mejor que espere un rato antes de salir. Y después, espera tú antes de irte. Recuerda no decir ni una sola palabra a los centinelas.

—Qué lástima —respondió el otro, mirando fijamente al cuerpo del asesino—. Abib y yo podríamos haber llegado a ser buenos amigos… qué digo, Abib fue un buen amigo, a su manera.

—¿Me estás escuchando, Jan?

—No decirle nada a nadie, salir un rato más tarde que tú. Supongo que nada de mirar a los ojos a la gente.

—Da lo mismo. Con la máscara nadie debería darse cuenta.

—Ya veo… ¿Me has traído algo más?

—Poca cosa. Lo que puedo esconder en los bolsillos, todo tuyo.

—Catalina —la interrumpió, tomándola de la mano—. Gracias.

—Ya… no me las des aún. En adelante estás completamente solo, Ían. Buena suerte —susurró ella, ruborizada, mientras echaba a caminar hacia la puerta.

Él la observó alejarse entre las tinieblas, impertérrito. En su interior, algo se revolvía y le gritaba que se iba para no volver, pero después de todo lo que había sucedido, él no era nadie para pedirle que no se fuese.

La puerta se cerró con un fuerte golpe, y aún un rato después, su eco aún retumbaba dentro de la mente de Jan.

El momento de la verdad había llegado. Ya no tenía al maltrecho Ardauz Milampere de su parte, ni tampoco a la bella doctora o a su tenaz aprendiz. Si alguno de ellos le brindaba su apoyo en aquel momento, lo haría desde algún lugar seguro, lejos de allí. Jan Farelian tomó aire y le dedicó una mirada anodina al cadáver de Abib, que se dibujaba contra una mancha oscura en una esquina de la celda.

Después de mucho tiempo, volvía a ser él mismo; libre, sediento de venganza y preparado para encarnar a cualquiera que se cruzase en su camino sin siquiera un parpadeo. Y pese a todo, no lograba sentirse bien. El traje de centinela le angustiaba, el olor a hierro de la sangre le traía recuerdos turbios, y la mera existencia de los guardias al otro lado de la puerta le aterrorizaba. Aun así, sabía que no era el momento para lamentarse ni hacerse preguntas. Había personas que habían arriesgado mucho para sacarle de allí, y, una vez más, era el momento de cumplir con su deber.

Tomó aire y se ajustó la máscara con decisión. Luego caminó hasta la puerta y la golpeó con saña. Apenas un momento después, un hombre de rostro asustadizo asomó entre la hoja y el marco, y al contemplar la siniestra máscara, retrocedió temblequeante y trastabilló. Uno de sus compañeros le agarró de la cintura, y el otro se zafó rápidamente. Los otros tres rieron por lo bajini, aunque ninguno osó hacer ningún comentario en presencia del centinela jefe.

Completamente aterrado, Jan Farelian caminó junto al guardia que había abierto la puerta, y lo empujó con un desdén ardiente antes de desaparecer por las galerías.

No, no se sentía en su lugar y ya no era la persona que había disfrutado cambiando no sólo de identidad, sino de vida a gusto y disfrute, pero tampoco era una persona ajena incapaz de hacer de hacer cualquier cosa por aquellos a quienes decía querer.

Y en aquel momento, eso implicaba pasar por encima de quien se pusiese en su camino, de una u otra forma.

El laberinto de galerías excavadas bajo los jardines era una construcción verdaderamente impresionante, más aún si se tenía en cuenta su reciente construcción.

Pese a todo, Jan Farelian era bueno orientándose, y mejor aun siguiendo su olfato, y en aquel lugar era fácil seguir de dónde procedía el aire menos viciado, a pesar de las rejillas y los respiraderos.

Salió a la superficie antes de lo esperado, sin que ninguno de los guardias se dignase a hacerle perder el tiempo con preguntas redundantes. Afuera, para su decepción, nadie le esperaba, a pesar de que aquello había sido siempre lo más probable.

Nadie le había dicho a dónde dirigirse una vez fuera, así que se

encontraba completamente solo. Su mejor oportunidad parecía ser volver a por su equipo, ¿pero acaso no sería eso lo primero que habría previsto Alexei en caso de fuga? Estaba claro que no le había revelado aquella información sólo por mera filantropía; lo más probable era que todo lo que le había enseñado durante su visita respondiese a una meticulosa planificación previa.

El factor determinante para su plan era el tiempo que tardasen en percatarse de su huida, bien al revisar la celda o al descubrir su farsa como Abib.

Poco a poco, un plan comenzaba a dibujarse en su mente; un plan con muchos huecos, casi un plan colador, pero al fin y al cabo era lo único que tenía.

Caminó hasta el ala de invitados y se acercó a los dos guardias que patrullaban la entrada; los conocía de cuando él mismo había residido allí, aunque estaba seguro de que, con la máscara y el resto del traje, ellos serían incapaces de reconocerle a él. Estaba casi, casi completamente seguro.

Se plantó ante ellos y se mantuvo en silencio durante un momento, asegurándose de captar toda su atención.

—Traedme a la doctora —susurró—. ¡Ahora!

La doctora había asegurado que no le ayudaría más allá y que estaba solo. Bien, pues que lo hubiera pensado antes de aliarse con Alexei. A juicio del alquimista, ella había sido tan parte del problema como él mismo, así que le ayudaría a acabar con Alex de una vez por todas, quisiese o no.

Los guardias no rechistaron; se adentraron en el ala de invitados con prisa y salieron poco después llevando a empellones a la doctora Popolov.

Jan conocía a aquellos hombres y sabía que no eran gente violenta, pero estaba claro que las disciplinas de la zona de palacio habían cambiado mucho en los últimos meses.

—Camine —escupió él, propinándole un nuevo empellón. La mujer tropezó y cayó al suelo, pero no rechistó. En su lugar, se apresuró para ponerse en pie y se alisó el vestido blanco mientras se encaraba al centinela—. No me lo haga repetírselo dos veces, doctora.

Ella aguantó el tipo; clavaba sus ojos en los de la propia máscara, aunque en el mismo momento en el que el alquimista alzó un brazo para reclamar la señal de los dos guardias, ella cedió. Bajó el rostro y echó a caminar.

—Tan pronto amanezca, hacedle saber a Alex que la doctora ha sido acusada de tramar un intento de fuga —indicó a los guardias—.Yo me haré cargo de ella hasta entonces.

Los guardias asintieron con rigor y volvieron a su posición. Por su parte, los otros dos se perdieron entre la oscuridad de la noche.

—¿A qué juegas, Ían?

—Ya no juego a nada, doctora —siseó el otro—. Si no querías haberte visto metida en esto, no debiste empezarlo. Voy a necesitar varias cosas. En primer lugar, necesito saber si la ventana de mi celda está vigilada.

—¿Cómo dices?

—¿Alguien vigila mi ventana?

La mujer negó con nerviosismo.

—Da a una porción del jardín a la que sólo hay un acceso, y está bien protegido.

—Voy a necesitar acceder a él. Y voy a necesitar mis químicos.

—Quizá deberías haberlo pensado antes de sacarme del ala de invitados. Está todo allí, Jan.

—Protegido, presumo.

La mujer desvió la mirada, avergonzada.

—Es el cuarto de Alexei —repuso el otro, ofendido en lo más profundo de su ser—. Hay una ventana por la que debería poder entrar. Puedo… apuñalarlo mientras duerme, sin más.

—¿Crees que puedes entrar así como así?

—Clara solía entrar por…

El alquimista enmudeció rápidamente, aunque la mujer no se sorprendió.

—No me importa si te la trajinabas, Ían. A nadie le importa a estas alturas; en realidad es lo más lógico, visto lo visto. Aun así, Clara abría tu ventana; ¿crees que Alex no habrá tomado medidas, sabiendo quién eres y la merecida reputación que tienes de fugarte? Además, él nunca duerme.

—¿Perdón?

—Lo que has oído. Alexei no duerme nunca. Ya viste cómo ha cambiado desde tu anterior encuentro en Bukovia. Ha mejorado muchas de tus fórmulas, y algunas las usa consigo mismo. Se aplica más de media docena de brebajes, lociones, inyecciones y vapores cada día.

—No es posible.

—Ya ves que sí —repuso ella, riendo con nerviosismo—. ¿Recuerdas el elixir que ingerías antes de que yo te examinase?

—¿Lo ha mejorado?

—Lo ha conseguido hacer funcionar. Ha tenido muchos sujetos con los que probarlo durante estos meses, y desde que puso sus manos en el catalizador…

—¿Qué catalizador, Catalina? Necesito que me cuentes las cosas paso por paso.

—Me contó que unos conocidos tuyos estaban teniendo un problema con unos seres monstruosos que surgían de las profundidades de una

cueva. Financió una expedición desde Pii, y le trajeron aquel pedrusco blanco. No ha parado de hacer pruebas con él desde entonces, Ían.

—Puedo imaginármelo —susurró el otro, frotándose el mentón de la máscara—. Lo guardará en un lugar seguro.

—Se supone que es un secreto —respondió ella, también susurrando —, pero estoy bastante segura de que lo guarda en el herbolario.

—Es el lugar perfecto —reconoció el otro—. Entonces ya sabemos cuál es el plan, aunque voy a necesitar un equipo. No te voy a forzar a venir, Catalina, a pesar de haberte sacado de la cama. No quiero encargarte ir a hacer algo importante y que te des a la fuga; para eso, prefiero hacerlo yo mismo.

>>Pero —añadió rápidamente—, necesito que entiendas que si hoy no nos deshacemos de Alexei para siempre, no lo haremos nunca. ¿Lo entiendes, Catalina?

Ella asintió. Tenía el rostro fruncido, pero al fin y al cabo compartían un objetivo común.

—Pero no cuentes con Ardauz —añadió ella—. Estaba muy afectado cuando vino a buscarme. Y muy borracho.

—Tráelo —insistió él—. Nos vendrá bien su ayuda, borracho o no. Y además, no se podría perdonar no haber participado en esto, si sale bien.

—¿Y si no sale bien?

En esa ocasión, fue el alquimista quien dejó escapar una risita nerviosa.

—Ve a por esa jarra de alcohol con patas, Cata. Tenemos poco tiempo. Cuando lo tengas, dirigíos al herbolario. Yo me haré con la llave.

—Alexei guarda la única llave, la lleva siempre encima.

El alquimista meditó sobre aquellas palabras, aunque, tras el espeso metal de la máscara, sonreía de lado a lado.

—Como te he dicho, yo me ocupo. Pero antes de irte, Cata…

—¿Ahá?

—Voy a necesitar que me hagas un pequeño mapa.

Capítulo 38

El acceso al interior del palacio fue mucho más fácil de lo que uno habría podido esperar. Lo cierto era que, por extraño que se hubiese sentido al principio, su nueva identidad como matón del jefe de turno le brindaba un acceso cómodo e incuestionable allí donde decidía ir. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró frente a los centinelas de la puerta de Clara.

—Lo siento señor —se disculpó uno—. Nadie puede perturbar a la hija de los marqueses, absolutamente nadie.

—No pretendo perturbarla —siseó el otro, acercándose a uno de los hombres. Sus rostros también le sonaban del pasado, aunque no los conocía personalmente—. Sólo darle un mensaje importante.

—Aun así, las órdenes…

El alquimista negó con la cabeza mientras se acercaba aún más al que acababa de hablar. El filtro de su máscara casi le rozaba el rostro, y desde allí, el hombre podía oír el aire al cruzar a través de las ranuras de la máscara, pujando con calma pero con fuerza por abrirse paso. Más abajo, lejos del foco de atención, los dos centinelas se habían percatado de que la mano del falso Abib reposaba sobre la empuñadura de su arma.

—Como he dicho —reiteró el alquimista, rozando ahora el rostro del hombrezuelo—, sólo quiero entregarle un mensaje… un mensaje de suma importancia, que sí podría perturbar a la joven heredera si no fuese recibido a tiempo. Y seguro que unos guardias aplicados como vosotros no seríais tan estúpidos —enfatizó—, de causarle un perjuicio a la joven. ¿Verdad que no?

Los segundos se ralentizaron. El hombre sobre el que Jan se inclinaba tiritaba literalmente de miedo, y aunque se esforzaba por mantener la boca cerrada, él podía escuchar el castañetear de sus dientes.

El otro hombre, por su lado, también había deslizado su mano hasta la empuñadura de su arma. Jan estaba dispuesto a derramar la sangre de aquellos inocentes si la ocasión lo requería, aunque no estaba tan seguro, sin embargo, de ser capaz de hacerlo. Él nunca había sido un diestro espadachín más allá de la esgrima, y estaba seguro de que aquellos hombres tendrían adiestramiento y, seguramente, mejor porte

físico que él.

—¿Qué es todo ese ruido ahí fuera?

La voz vino del interior de la habitación. Sonó con demasiada convicción para tratarse de alguien que supuestamente dormía hasta hacía poco, y el tono estaba cargado de desdén.

Antes de que ninguno de los presentes tuviese tiempo de responder, la puerta se abrió desde dentro.

—Haré que le sustituyan antes de la salida del sol —le dijo al guardia cuyos dientes aún castañeteaban—. No pagamos guardias para morirse de miedo a la primera de cambio. ¿Y tú, Abib? ¿Qué quieres? Tu repugnante olor me ha despertado.

El alquimista se sonrió bajo la máscara. Clarienna le había reconocido, estaba casi seguro. Su rostro, sin embargo, parecía demasiado convincente para estar fingiendo.

—Una nota de extrema importancia —dijo solamente—. No se la he confiado a las manos de ningún otro, tan importante es.

La mujer la tomó entre sus finas manos, le dedicó una última mirada y cerró la puerta con un fuerte golpe.

El alquimista se recompuso y devolvió su atención a los dos guardias. La tensión se podía cortar con una patata, pero aquello a él le importaba poco.

Emitió un sonido de desdén y se dio la vuelta. En apenas un momento, ya se perdía entre las oscuras galerías.

* * *

—Señor, ¿está seguro de que esto es prudente?

—Es todo lo prudente que puede ser transportar un tanque de ácido en plena noche —respondió el falso Abib.

Poco a poco, la noche avanzaba, y era cuestión de tiempo antes de que todo el mundo descubriese el engaño.

—Técnicamente, es disolvente, señor.

—¿Crees que este disolvente puede disolver vidrio, muchacho?

El investigador enmudeció. Era un joven imberbe al que había sacado casi a rastras del edificio de invitados con una excusa completamente inverosímil, pero Alexei no había mentido cuando dijo que se pelearían por un unas migajas de mérito. Hasta el momento, el joven parecía más que deseoso de ayudar al matón local, siempre que la excusa fuese más o menos aceptable.

—¿Sí o no?

—Su-supongo que sí —replicó él, mientras se recolocaba las lentes —. ¿Puedo preguntar para qué…?

—Es secreto —zanjó el otro sin siquiera mirarle—. Un secreto urgente, Arriz.

—Me llamo Arroich, señor.

El otro negó con calma, en señal de que no le interesaba lo más

mínimo. El contenedor de disolvente era más grande de lo que había esperado. Arrastrarlo por el patio de palacio no parecía una opción prudente, ni siquiera para su muy laxo sentido de la sensatez.

—¿Crees que podemos llevarlo entre los dos?

—¿Có-cómo dice? —tartamudeó el joven—. ¿Con las manos?

—Ponte los guantes. O mejor aún, pídele a los guardias de la casa de invitados que se ocupen. Lo quiero en el ala vieja de palacio.

El contenedor no sólo era más grande de lo esperado, sino más pesado. El joven lo había sacado del subterráneo con la ayuda de uno de los guardias de la zona, pero en el exterior, se las había tenido que apañar él solo hasta alcanzar el lugar donde le esperaba el falso Abib.

—Esto contentará a Alexei —susurró éste cuando vio el joven científico estuvo lo suficientemente cerca—, seguro que sí. Me aseguraré de mencionar tu nombre Reriz,. Y ahora, largo de aquí. ¡Apura!

El joven desapareció con paso presto, aunque de vez en cuando se giraba y volvía el rostro, curioso. Jan el impostor, sin embargo, sabía lo suficiente de hacer cosas a escondidas como para no delatarse, así que se limitó a permanecer allí en silencio mientras terminaba de ultimar los detalles en su mente.

Antes de que llegasen los encargados de trasladar el recipiente, lo abrió y llenó un farolillo vacío, a falta de otro contenedor. La sorpresa llegó mientras se deleitaba con lo astuto que se consideraba a sí mismo, al ver que el farolillo, tanto en su zona metálica como en su zona de vidrio, comenzaba a deshacerse como si estuviese hecho de azúcar, y el ácido le corría por los ropajes, empapándole el pecho. Por suerte, la tela del uniforme de Abib parecía resistir al compuesto, aunque no se podía decir lo mismo del farol; un momento después, de su mano sólo colgaba una pequeña manija oxidada.

Jan Farelian no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente, pero entre las sombras, alcanzó a vislumbrar a los dos pernoctados guardias del edificio de invitados, que acudían prestos a recoger el contenedor.

Cuando hubieron llegado, él se limitó a inclinar la cabeza con ligereza y echar a caminar hacia el jardín de setos. Le habría venido bien tener un poco de ácido a mano, pero se las tendría que apañar sin él.

—Guardias —les llamó, mientras se alejaban sujetando el contenedor—. Necesitaré un candil de aceite.

No necesitó pedirlo; en un momento, los dos hombres se habían puesto de acuerdo para posar la carga con cuidado y uno ya se acercaba sosteniendo su propio candil, a pesar de que el hombre que se lo había pedido ya tenía uno; pero en aquello consistía la disciplina, al fin y al cabo.

—Gracias. Podéis ir —les informó el falso Abib.

Se adentró en el laberinto de setos siguiendo el escueto mapa de la doctora. Rápidamente llegó a un lugar donde se apostaban tres hombres de rostro aburrido.

—Estáis de descanso hasta la salida del sol —les informó el enmascarado—. Quien incumpla esto se enfrenta a un severo castigo.

Los hombres se miraron entre sí, pero nuevamente prefirieron cumplir sin cuestionar las órdenes. El enmascarado continuó caminando con prisa y avanzó por el pasillo de setos hasta que, finalmente, dio con aquel ventanuco familiar. Sin pensárselo dos veces, encendió el farol, lleno de aceite, y lo lanzó por le ventanuco.

Con el fuego, sabía que la alarma cundiría en cualquier momento. Ya todo dependía de que los demás hubiesen cumplido su parte.

Rápidamente se escabulló entre las sombras y deshizo su camino hasta volver al edificio de invitados. Al llegar allí, se escondió entre los arbustos y esperó.

No mucho más tarde, un hombre acudió a las carreras, llamó a la puerta primero y luego se adentró en el edificio sin más. Y apenas un momento después, salieron el mismo guardia y el propio Alexei, rumbo a las catacumbas.

De nuevo, Jan esperó. Ni más de lo necesario, ni menos de lo prudente, y se lanzó al edificio de invitados. Conocía el camino hasta su alcoba de memoria, así que lo cruzó a las carreras y entró, cerrando de un portazo.

—¿Qué haces tú aquí?

La pregunta le pilló de improviso. Estaba seguro de que la habitación estaría vacía, de forma que ni siquiera se había percatado de la forma femenina que se insinuaba sobre el camastro. En cuanto pudo enfocar la vista, sin embargo, se le cayó el alma al suelo.

—¿Que qué hago yo aquí? —alcanzó a articular—. ¿Qué haces tú —enfatizó—, aquí?

La mujer guardó un silencio meditativo, mientras se erguía y se alisaba los ropajes y la melena pelirroja.

—No puede ser —siseó ella, súbitamente alegre—. Después de todo este tiempo… Aurelian de Cabbery en persona. O debería decir…

—Ya, ya —le interrumpió él, tentado de deshacerse de la máscara—, sabes quién soy. A nadie le importa. Ni siquiera debería preguntarte qué haces aquí, no es… relevante, y no tengo tiempo.

—¿Y aun así…?

—Ahá —confesó—, me gustaría saberlo.

—Bueno —comenzó a explicar ella, mientras se calzaba las botas—. Tras conocerte en aquella posada y ver de qué era capaz un simple hombre, algo se avivó dentro de mí. Me marché poco después de que la jauría de animales salvajes desmembrase a los hombres que

habíamos rociado con aquel brebaje, y partí en tu busca.

—Terminaste llegando a Pii, supongo.

—Así es. Allí conocí a Alexei, a los doctores Calduim y Bosago…

—Yo nunca llegué a conocer al doctor Bosago —se quejó el otro.

—Un hombre atormentado por la pérdida de su mujer, trastornado, diría. Calduim estaba tratando de ayudarle. En cualquier caso —añadió ella, haciendo ver con un gesto que aquello carecía de importancia

y volviendo a centrarse en el tema principal—, Alexei terminó el trabajo que tú empezaste. Ahora trabajamos juntos, aunque desde lados opuestos de la muralla.

—¿Cómo dices?

—La subversión —replicó ella, como si aquello debiese explicarlo todo—. Soy una de las voces cantantes, Jan. Juntos podemos hacer que esta revolución no sea un baño de sangre. Intento mantener la presión viva, pero bajo control, y a cambio, los marqueses se ocupan de…

—No me importa de qué se ocupan los marqueses —zanjó el otro, mientras comenzaba a rebuscar en su bolsa. Alexei no había mentido; si alguien había estado rebuscando entre sus cosas, se había asegurado de no llevarse ninguna de ellas. Rápidamente comenzó a hacerse con sus herramientas y sus pertenencias. En un abrir y cerrar de ojos, la máscara de Abib reposaba sobre el suelo, y la vieja máscara de pico le volvía a cubrir el rostro. Respiró sientiéndose mejor, aunque entonces algo le sobresaltó: contra su espada, algo frío y afilado hacía presión.

—Me encantas, Jan —susurró la mujer pelirroja, con tono de disculpa—. Tú me sacaste de aquel mundo y me… ayudaste a despertar. Te idolatro, de hecho. Pero no por ello voy a permitir que destruyas este proyecto.

—¿Rosa? No quieres hacer esto —susurró también él. Aquello no se lo había esperado—. No estás pensando con claridad.

—Nunca antes he pensado con tanta claridad. Esperarás a Alexei y volverás a tu celda… o morirás con mi arma atravesando tu pecho.

El hombre se permitió girar el rostro para mirarla de reojo. La mujer no actuaba; estaba convencida de lo que hacía, y al mismo tiempo sufría por ello.

—No quiero hacerte daño, Rosa. Pero con la misma convicción que tú me amenazas, yo te aseguro que estoy dispuesto a pasar por encima de ti.

—No me da miedo —replicó ella con firmeza—. Moriré luchando por una revolución ilustrada si es necesario.

—Y yo… yo mataré luchando contra un progreso monstruoso. Si me obligas, Rosa. Te aseguro que lo haré.

El arma se clavó más en su espalda, comenzando a hacerle

verdadero daño, pero ahora el alquimista podía notar cómo la mano de ella temblaba en su empuñadura. Con todo, un movimiento en falso podía hacer que todo aquello acabase en aquel mismo momento, sin más vuelta de hoja.

—Rosa… si vas a apuñalarme, me gustaría que no fuese por la espalda —susurró él con calma—. Querría verte el rostro una última vez. Recordar tus preciosos cabellos pelirrojos, tu mirada cálida…

—¿Aún guardas mi pintura?

—Por supuesto. Debería estar en esta bolsa, de hecho.

—Date la vuelta… despacio, o será lo último que hagas, Jan. No bromeo.

El alquimista sabía que no bromeaba, así que se giró despacio y con las manos en alto. Al girarse, observó con delicia el rostro quebrado de la mujer y sonrió. Sonrió porque su mera visión le hacía sonreír, pero también porque, al presionar el sable contra su pecho, notaba cómo la presión disminuía poco a poco.

—¿Qué… qué está pasando?

El alquimista continuó avanzando hacia ella, presionando su pecho contra el sable que, en contacto con sus ropas empapadas en disolvente, se deshacía como manteca caliente.

Un momento más tarde, la mujer sólo sostenía el guardamanos de su arma y un pequeño pedazo de hoja, mientras su prisionero la observaba con fijeza a sólo un palmo de distancia y le mostraba una sonrisa triunfante y hermosa.

—Has perdido esta batalla, pero aún puedes ganar la guerra —susurró el alquimista—. No hagas ninguna tontería y vivirás para seguir matando por la libertad, si es eso lo que te hace feliz. Toma ese frasco —le indicó él—, destápalo y aspira sus vapores. Y hazlo sentada en la cama, Rosa.

La mujer se giró, tomó el frasco y lo destapó. Luego se giró de nuevo hacia el alquimista, y lo miró, y se colocó el frasco a la altura de la nariz.

Durante un brevísimo momento, sus miradas se cruzaron, e incluso a través de su vieja máscara de pico, Jan pudo ver con absoluta claridad cuál era su intención. Cuando la mujer le lanzó el frasco, él lo cogió al vuelo, preparado como estaba, y en el mismo movimiento la golpeó en el rostro con el puño cerrado.

La mujer no chilló, se fue directamente al suelo, y antes de que pudiese reaccionar, él se abalanzó sobre ella y le agarró el cuello con una única mano, apretándolo con fuerza.

El pico de su máscara rozaba su piel, y mientras ella luchaba sin éxito por respirar, Jan no podía dejar de pensar en la preciosa expresión que lucía aquella mujer en su cuadro, en su sonrisa, y en lo hermosa que era su melena.

Cuando su presa comenzó a dejar de patalear y resistirse, él le acercó el frasco y le roció su contenido bajo la nariz. Ella dejó de luchar al momento, se quedó completamente flácida. Tapó el frasco, se lo echó al cinto y terminó de recoger sus bultos.

El encuentro con la antigua meretriz le había dado la vuelta de dentro afuera; Alexei verdaderamente había cogido todas las piezas de su pasado y las había alineado contra él. ¿O acaso era él mismo quien había dejado todas aquellas piezas tiradas de cualquier manera y buscando algo a lo adherirse? Ya no importaba. Recogió el cuerpo inerte de la mujer y la colocó en la cama, con la ropa alisada y la empuñadura rota en la mano, colocada sobre el pecho que asomaba sobre una camisa desabotonada. Antes de abrir la ventana, se volvió hacia ella, comprobó que aún respirase y le retiró los restos del narcótico del rostro. Al volverse, contempló un pequeño joyero que se escondía en un estante junto a la cama. Normalmente no se interesaba en virguerías de aquel tipo, pero aquel pequeño mueble llamó poderosamente su atención, así que, sin pensárselo dos veces, caminó hasta él y lo abrió. En su interior, una auténtica colección de doblones dorados, pardos y hasta oxidados reposaba en filas y columnas. El alquimista no se sorprendió: sabía que Alexei había contado con ayudas económicas muy nutridas.

Se limitó a tomar un puñado de monedas y se las guardó en distintos pliegues de la ropa. Luego, se echó la bolsa con sus pertenencias a la espalda y salió por la ventana.

Poco a poco, todo aquel asunto se acercaba a su fin, aunque lo cierto era que, conforme más tiempo pasaba, menos seguro se estaba de estar haciendo lo correcto. ¿Acaso era él el villano, el hombre que luchaba contra la corriente e impedía el avance de su especie?

Quizá sí, quizá no; existían muchos matices, pero ya no había tiempo para aquel tipo de planteamientos. Entró a palacio corriendo, pero en lugar de dirigirse hacia el ala antigua, puso rumbo a la escalera, hacia la alcoba de los marqueses.

Los dos guardias que custodiaban la puerta no vestían el uniforme clásico de Tsavocia, sino un uniforme oscuro. Al alquimista no se le pasó que ambos llevaban máscaras como la de Abib al cinto. Alexei había pensado en todo, desde luego.

Al acercarse el falso Abib, los dos hombres inclinaron brevemente el rostro.

Jan Farelian no se consideraba un hombre violento ni, por qué negarlo, particularmente valiente, pero en aquel momento le sobró tiempo para desenvainar el arma de Abib y abrirle la garganta a uno de los dos guardias. El otro, en lo que tardó en reaccionar, se topó con que ya era demasiado tarde para ponerse la máscara. Un vapor amarillento le drenaba las fuerzas y, a pesar de sus esfuerzos, se

escurría por la pared directo hacia el suelo.

Entró en la habitación de los marqueses sin ninguna ceremonia y allí encontró, en pie, a Valeska Vihjalssom Teenfjord, marquesa de Tsacovia en todo su esplendor. Sus ojos rugían como dos incendios de fuego verde y vestía ropa de hombre. En su mano sostenía un sable de aspecto sólido y elegante manufactura.

—Has tardado —apreció ella—. Empecé a temerme que no lo lograrías. Ocúpate de mi esposo mientras organizo la defensa.

—¿Qué defensa? —repuso Jan, confundido, y aún embutido en su traje de centinela. Ni siquiera estaba seguro de si la mujer le había reconocido, aunque algo en su actitud le indicaba que sí.

—Te he seguido el rastro, Ían. Desde el momento en que llegaste. Jamás te he juzgado porque hacías feliz a mi hija —añadió, acercándose a él—. Pero no por hacerme la ciega lo soy. Estoy al tanto de tu estancia en la Falkeira baja, de tu nombramiento como druida y de tu ataque al Archivo. No me trates como si fuese una mujerzuela estúpida —pidió, con furia contenida—, y dime si vas o no a emboscar a Alexei en el jardín botánico.

El alquimista no supo qué responder. Algo en lo que aquella mujer le había dicho le había hecho sentirse un traidor, incluso cuando estaba seguro de que ella comprendía las condiciones que le habían llevado a tomar aquellas decisiones.

—En el jardín botánico, sí —alcanzó a articular.

—Ya sabes dónde retienen a mi marido. ¿Tienes tu traje? Póntelo —ordenó ella—. Mis hombres tienen orden de obedecerte. He estado planeando esto desde hace mucho… no me jodas, ¿vale?

El alquimista sonrió. Aquellas habían sido las palabras que la mujer había pronunciado antes de sacarlo de una celda por primera vez. Algo le decía que, en esta ocasión, no habían sido Ardauz ni Catalina los artífices del plan para volver a sacarlo.

Asintió con sumisión y comenzó a quitarse el ominoso traje negro. Se descolocó sus utensilios, y sólo tras haberse vestido, se los volvió a ceñir, en esta ocasión, con mimo y atención.

Mientras él se cambiaba, la doncella de hierro ya había arrastrado los cuerpos inconscientes de los guardias que protegían su habitación y los había escondido en un armario.

—Buena suerte, Ían.

—Buena suerte, Valeska.

La mujer no se despidió con reverencias o saludos, simplemente echó a correr por el pasillo. Él se detuvo un momento para admirar la alcoba: sin la calidez que emanaba de los dos marqueses, usualmente afables y comprensivos, aquel lugar le recordaba al edificio Prahlini, frío, oscuro y abandonado, incluso cuando sabía que, en aquel momento, rebosaba de actividad.

Sin más apreciaciones, se calzó la capucha y echó a correr escalera arriba.

Una pareja de guardias que custodiaba otra puerta le salió al paso, pero un frasco incendiario los detuvo en seco. El alquimista no se detuvo a contemplar si ardían o huían; no tenía tiempo. Mientras galopaba escalera arriba se dio de frente contra otra pareja de guardias, estos sí, vestidos con el clásico uniforme y la insignia de Tsacovia.

—¡Buscad y apoyad a la marquesa! —les gritó de improviso—. ¡Se dirige al jardín botánico!

Los hombres se tomaron un momento para asimilar sus palabras, pero rápidamente echaron a correr escaleras abajo. Jan casi podía oír cada segundo en el reloj de su imaginación; el momento se precipitaba y no tenía ninguna garantía de llevar la ventaja.

En lo alto, tres guardias custodiaban la puerta de la habitación más alta, aquella en la que había conocido al regio marqués.

El alquimista no se contuvo en esta ocasión, ya mientras subía por las escaleras sostenía un farol en una mano y un manojo de mechas que se entrelazaban en la otra. Aunque no veía cómo podía ser más ético segar una vida con explosivos que con una espada, se sentía menos sucio al pensar en lo que había sentido al rajarle el cuello al centinela del otro cuarto.

Tan pronto como se hubo topado con ellos, arrojó el artilugio con las mechas encendidas, y en apenas un momento, una explosión sacudió toda la galería. Unos momentos después, otras explosiones menos rugientes volvieron a sacudirla, y finalmente, una auténtica traca de pequeñas explosiones resonó por todas las escaleras.

Cuando se hubo disipado la humareda, Sebastian Von Meister en persona se abrió paso entre la macabra escena que se extendía por suelo, paredes y techo por igual.

—Una entrada enfermiza —apreció el marqués—, perfectamente adecuada a la situación. Te abrazaría, hijo… si no estuvieses lleno de restos de carne humana.

—El tiempo apremia, marqués.

—Sólo Sebastian —le recordó, con un tono que no había cambiado desde la última vez. El hombre no se molestaba en ocultar que se alegraba de verle, a pesar de los pesares.

—Clarienna debería haber enviado un mensajero con la llave del jardín botánico. Allí esperan Ardauz y Catalina, amén de su esposa y algún que otro guardia, con suerte. Será nuestro bastión para derrocar a Alexei, él no debería contar más que conmigo.

—Muy astuto —apreció el marqués—. Y muy arriesgado. Vamos.

—No —le detuvo el otro, tomándole del hombro—. Usted debe ocuparse de Clara… con perdón, señor.

—No me fastidies, Jan. No es el momento de paternalismos, Clara… Clara se las apañará ella sola. En ocasiones, temo que se las termina apañando demasiado bien, ¿no te parece?

El alquimista volvió a quedarse en blanco. En esta ocasión, el hombre sí le estaba acusando abiertamente de haberse relacionado demasiado, por así decirlo, con su única hija. Aun así no parecía especialmente molesto, dadas las circunstancias.

—Como he dicho, nos quedamos sin tiempo.

—Pues vamos, hijo, al jardín botánico. ¿Estará también tu amigo?

—¿Qué amigo? ¿Ardauz?

—El otro—replicó el marques mientras echaba a correr escaleras abajo. Para su edad, tenía un físico excepcional; al propio alquimista le costaba seguirle el ritmo—, el que desaparecía con facilidad. Permitió que nos comunicásemos Valeska y yo.

El alquimista no se permitió pararse a respirar ni a meditar sus palabras: *"el hombre que desaparecía con facilidad"*, aquello sonaba a Di Catto o, más probablemente a su mentor. En cualquier caso, no esperaba encontrar a ninguno de ellos en el jardín botánico, aunque habría dado un brazo por tener a su lado al elegante vampiro.

Codo a codo, descendieron hasta las galerías inferiores y avanzaron a las carreras hasta el ala vieja. En el único enfrentamiento al que tuvieron que hacer frente, el marqués se las apañó con sorprendente habilidad, rompiéndole el tabique nasal a un adversario mientras retenía su arma con una daga empuñada con la zurda.

Al llegar, la pesada puerta se abrió con un quejido de ultratumba. Ante ellos se extendía una auténtica selva; la hierba cubría hasta los hombros o más arriba, y aquí y allá se podían ver enormes troncos de los que caían lianas colmadas de espinas y flores púrpuras.

—Al fin has llegado, Jan —la voz de Alexei surgía de todas partes, como si cada una de las plantas reprodujese su voz—. El pobre Ardauz estaba hartándose de esperar. ¡Estaba subiendo un depósito de ácido a unas ramas con una cuerda, Jan! —se rió el otro, con estridencia—. Pero mi disolvente no daña los tejidos orgánicos. Podrías bañarte en él y no tendrías más que una leve irritación, un… sarpullido, como tú.

—¿Perdón? —exclamó el alquimista.

—¡He intentado darte todo! Fui tu mejor aprendiz, te apoyé y cuidé de ti cuando lo necesitaste, y aun así me abandonaste, Jan —le acusó la voz, afectada—. Me has fallado tantas veces… me has rechazado, humillado y traicionado. Ya no más —añadió con calma—. Te ofrecí una última oportunidad, y para variar… has sembrado el caos. Allí donde pisas, todos sufren. No eres más que una promesa a medias. Abarcas mucho, pero no aprietas nada.

—Ya sabes lo que dicen —exclamó el alquimista, mientras avanzaba con precaución entre las hierbas, atento a cualquier movimiento—.

¡Prometer hasta meter, y una vez metido, olvidar lo prometido!

Alexei no estalló en cólera, contra todo pronóstico. Jan Farelian se tenía por un hombre ilustrado, pero lo cierto era que no sabía qué esperar de científicos narcotizados y probablemente ciegos de poder.

—Y ahí está el bufón otra vez. Por eso jamás has hecho nada bien, de principio a fin.

—¡No digas nada de lo que te puedas arrepentir, Alex! —le advirtió el otro, aún sonriente—. ¡Tus palabras me hieren! ¡No queremos herirnos! ¿Verdad que no?

El alquimista no se dejaba amedrentar; no tenía ni idea de cómo salir de aquella situación, pero no por ello se permitía quedarse quieto en el sitio. En su lugar, avanzaba con cuidado, apartando la maleza con el arma de madera labrada, mientras se aseguraba de que el marqués le seguía el paso. Recordaba el jardín, y sabía que buscaba el pedrusco blanco, si acaso no lo llevaba Alexei encima.

—Te abro las puertas de mi casa y ¿qué haces? Intentas matar a Abib.

—¿A qué te refieres con que lo intento? —replicó el alquimista dejando de sonreír—. Le clavé su propia arma, le asomaba por la parte de alante.

El otro rió, de nuevo con estridencia.

—¡Por favor, Jan! ¡Yo le recompuse una pierna entera a ese hombre! Después de que tú le dejases tirado, por cierto… ¿Piensas que algo tan mundano como una cuchillada puede revertir mi trabajo?

El alquimista no necesitó una respuesta; él no era un cazador, pero había pasado suficiente tiempo en el bosque para sentirse más o menos a gusto en aquel entorno. Se giró y enarboló el arma justo a tiempo para hacer frente a Abib, que ahora vestía su clásico uniforme negro y una máscara de las de la guardia.

El alquimista trabó el arma y empujó, en un intento de desequilibrar al asesino, pero éste era más fuerte y, lejos de perder el equilibrio, fue capaz de derribarlo a él.

Jan Farelian rodó sin soltar el arma, pero su oponente era más rápido, más fuerte y estaba mucho mejor adiestrado, y antes de que pudiese ponerse en pie, Abib le pateó el costado, derribándolo de nuevo, y le aplastó un hombro con la bota.

—Jan —siseó, desde detrás de la máscara—. Alexei tiene razón. Éramos amigos, y tú…

—Déjalo estar —habló Alexei, cuya voz surgía ahora desde un único punto—. Yo me encargo de los sermones. Tú asegúrate de que no se vuelve a poner en pie.

El asesino no perdió tiempo: con un solo movimiento, giró el arma sobre sí misma y lo clavó en el suelo, atravesando el hombro derecho de su presa, que soltó un grito agudo.

Desde la espalda, algo se abalanzó sobre Abib y lo tiró al suelo, al lado del alquimista. Sebastian Von Meister era un hombre mayor, quizá demasiado mayor para vérselas con un asesino profesional. Sin embargo, el empellón inicial y la tromba de golpes que descargó sobre el asesino le dio una ventaja definitiva. Alexei, sin embargo, surgió de entre la maleza y retiró el arma que atravesaba el hombro de Jan.

—¡Alex, no!

El hombre miró al alquimista, le observó con reproche y asió el arma curva del asesino con las dos manos.

—¡Sebastian!

El marqués contempló la hoja barrer el aire y, contra todo pronóstico, se tiró al suelo a tiempo para esquivarla, aunque su oponente no dudó en patearle el pecho y volver a preparar una estocada.

Desde el suelo, Jan le dio un golpe en la cintura con su arma de madera, pero esto no logró desviar la atención del otro científico más allá de un momento. Alzó el arma y dio un paso para acercarse al marqués, que aún luchaba por recuperar el aliento.

Con el siguiente paso, sin embargo, sus calzas se fueron al suelo, y Alexei tropezó y cayó.

Jan, aún desde el suelo, se sonrió al observar la maravillosa construcción que era su espada de madera con la pequeña cuchilla oculta, y lo cierto era que, aunque había tenido reparos en su momento, la cuchilla había cortado el cinturón de Alexei como un cuchillo candente cortaría una barra de manteca.

El hombro le sangraba generosamente, pero luchó por ponerse en pie antes que su rival, más joven y más fuerte.

—Esperaba a alguien más, pero veo que has pasado por mi cuarto —observó el otro—. Veo que a ti también te faltan compañeros.

—¿Qué le has hecho a Valeska?

—Valeska está por allí —respondió él, aun recuperando el aliento—. Junto a los soldaditos que se trajo consigo. Está bien —añadió—. Al menos uno de los marqueses debe sobrevivir para que no estalle el caos.

El alquimista no perdió ocasión: aún en cuclillas, golpeó la rodilla del otro con su arma como si fuese un mero bastón. El otro chilló, y Jan repitió el gesto hasta que su oponente volvió a dar con el trasero en el suelo. Luego, sin volver la vista atrás, echó a correr a través de aquel extraño entorno.

—¡Ardauz! —aulló.

—¡Aquí, Jan!

El hombre se encontraba envuelto en un capullo de lianas, junto a un nutrido número de guardias y a la marquesa.

—Tranquilo, soy un druida. Te sacaré de aquí.

—¿Vas a decirle a estas plantas que me suelten?

—Tengo esta hoz —se justificó el otro, mostrando la pequeña hoz que le había regalado León. El instrumento, a pesar de su tamaño, cortaba las lianas con sorprendente facilidad, y en un abrir y cerrar de ojos, el capitán de la guardia volvía a ser libre.

—¿Tienes un candil? —le preguntó, con prisa.

—¡Nunca aprendes, Jan! —vociferó el bosque, de nuevo. La voz de su aprendiz volvía a surgir de todos lados—. Pudiste ejecutarme, pero corriste a alargar este sinsentido. Ya te dije que nunca terminas nada…

—No pretendo acabar contigo —se rió el otro—. Nada más lejos de la realidad.

—En eso al menos —respondió el jardín, jocoso—, somos diferentes.

La puerta del lugar se volvió a abrir con su quejido característico. Desde donde estaban, no podían ver quién o qué estaba entrando, pero el alquimista reconoció rápidamente los gruñidos y gemidos que emitían los seres llamados constructores.

—¿Catalina?

Un desfile de gruñidos y gañidos comenzó a avanzar entre las malas hierbas. El alquimista perdió la poca moral que le quedaba al ver que no sólo no eran sus refuerzos, sino que eran refuerzos enemigos.

—Catalina me dijo que vendría con ayuda —le indicó el capitán—… No sé si decía la verdad. En cualquier caso, Ían, que no te cojan.

Para entonces, el valeroso hombre ya había echado a correr, aunque Jan no tardó en alcanzarlo para indicarle que le siguiera. Orientándose a duras penas entre la maleza, se las terminó apañando para llegar a donde reposaba el marqués, aunque el cuerpo de Abib ya no se encontraba allí.

—¡Sebastian! —susurró Jan. En aquel momento, el recuerdo de su padre pereciendo en sus brazos en medio de la batalla por el Paso blanco vino a su mente. Sebastian había sido como un padre para él, al menos durante un breve período de tiempo.

—Señor marqués, ¿está bien?

El marqués tosió sangre y se palpó el pecho.

—Mis pecho…

—Alexei le ha roto varias costillas. Quizá le ha machacado el bazo, o un pulmón, no sabría decir con seguridad. Puede que se le haya perforado; es grave —resumió Jan, para informar al capitán—. Mucho.

—Ocúpate de...

—¿De Clara?

—Sé que te ocuparás de Clara —respondió el margrave, y se las apañó para sonreír mientras otro borbotón de sangre salía de su boca —. Salva a Valeska.

—¡Qué emotivo! —rugió la voz que surgía de todos sitios—. ¡Ojalá

pudieses salvarlo, Jan! Pero como ya te dije, todos cuantos te rodean, mueren. Salvo, curiosamente, tu hermanastra, la persona que te destruyó la vida.

—Ella destruyó muchas cosas —replicó él—. Pero no puedo culparla de mis decisiones, Alex. Algún día entenderás que tú tampoco puedes culparme de las tuyas, verás… verás todo el daño que has causado, y sentirás un gran dolor. Y una gran pena —añadió, clavando los ojos en Sebastian Von Meister, que acariciaba su rostro con esfuerzo.

—Ardauz… —susurró el marqués.

—¿Señor?

—Has sido un gran… un gran orgullo. Siempre —añadió, antes de dejar caer el brazo.

Jan Farelian abrazó el rostro del marqués y se mantuvo así durante un rato. Sin embargo, los gemidos y gruñidos sonaban ahora desde todas direcciones, y se sabían rodeados.

—El marqués quería que la tuvieras —le indicó el capitán de la guardia, que le alcanzaba un elaborado sable militar—. No harás gran cosa contra esos engendros con tu arma de madera.

El alquimista no protestó. Envainó el arma de madera y tomó la que le tendía su amigo, aquel arma que el marqués había querido darle tanto tiempo atrás. Se pusieron en pie y, como un solo hombre, cargaron contra el constructor más cercano. El capitán fue rechazado de un mero empellón por el ser deforme, mientras que el otro clavó su arma en la garganta del ser, sonsacándole un chillido desinflado. Jan extrajo rápidamente el arma, retrocedió y se llevó un bebedizo a los labios. Después de tanto tiempo sin tomarlos, no estaba seguro de cómo podría sentarle, pero para pelear contra aquellas moles, sabía que toda ayuda sería poca. Volvió a tomar el arma con las dos manos y cargó contra el ser, que ahora exponía su espalda. Saltó y la clavó, de nuevo, en la garganta, aunque hendiendo hacia arriba. Cuando golpeó algo duro, supo que había dado en el cráneo desde dentro y volvió a tirar, pero el ser se revolvía y se agitaba con fiereza. En un visto y no visto, el constructor acababa de pasar por encima de Ardauz Milampere y se había golpeado contra un árbol antes de caer al suelo.

—Uno menos —exclamó el alquimista, mientras ayudaba a levantarse a su acompañante.

De entre la maleza, casi al momento, surgieron otros tres, y a lo lejos podían oírse a más de aquellos seres.

—¿Te quedan más armas, amigo?

El capitán le alcanzó una pequeña daga que usaba como guardamanos y le lanzó una sonrisa ácida.

—Libera a Valeska o acaba con Alexei. Yo distraigo a estos bichos.

—¿Estás loco? Te despedazarán.

—¿Y tú puedes impedirlo? —se burló Ardauz—. ¡Pues largo! Haz

algo útil con este tiempo.

—Ojalá tuviésemos un poco más de ayuda —bufó el otro. Estaba convencido de que abandonar a Ardauz a su suerte era una idea nefasta, pero quedarse a su lado, como él había dicho, no iba a cambiar nada.

Algo se agitó entre la maleza a espaldas del capitán. Él no estaba lo suficientemente cerca para entrar en combate por él, pero tampoco lo necesitaba.

Se metió la mano enguantada en una faltriquera del cinto y lanzó un puñado de gel.

La máscara de la guardia cubría la nariz y la boca, pero el resto de la cara de Abib quedaba al descubierto.

Ardauz se giró al escuchar el alarido inhumano que emitió aquel hombre, aunque lo que encontró no parecía mucho más humano que las moles gigantes que se acercaban a él por el otro lado. Sin pensárselo, le lanzó un tajo brutal con el sable al desfigurado Abib, cuya cara comenzaba burbujear bajo el gel.

Un segundo alarido resonó con aún más fuerza al caer el brazo del asesino, amputado limpiamente por el capitán de la guardia. Al contemplar aquel ser agónico, Jan decidió que no había intelecto en el mundo capaz de volver a curarlo, aunque por si acaso, decidió acabar con su agonía.

—Podríamos haber sido amigos —le susurró, con verdadero sentimiento—. Lo siento mucho.

Un tajo rápido pero generoso con la pequeña daga acabó con el veterano asesino, que se llevó su única mano a un cuello del que manaba sangre a raudales.

Sin dedicarle una segunda mirada, Jan echó a correr hacia la marquesa y su escolta y comenzó a liberarlos con la pequeña hoz.

—¡Tus decisiones nos han traído aquí! —exclamó la voz del jardín.

A aquellas alturas, a Jan ya no le preocupaba la voz, aunque sí le preocupó la gigantesca mano que le agarró del cuello y lo levantó del suelo. Sin embargo, era un druida y sabía cortar lianas, así que no dudó en hacer lo propio con los enormes dedos del constructor, que le soltó al perder el primer dedo.

—Tu amigo se muere, Jan —siseó el jardín.

—Ían…

—¿Sí, Valeska?

—Déjate de tonterías… busca la piedra.

Aquellas palabras le desarmaron. Cuanto más tardase en arrebatarle la piedra a Alexei, más se prolongaría aquella matanza. Se había dispuesto a escalar un tronco y ganar algo de visión cuando la pesada puerta recibió un fuerte golpe que resonó en toda la habitación.

Un segundo golpe le arrancó un crujido más agónico de lo normal, y

el tercero, simple y llanamente la arrancó del muro.

Jam no perdió tiempo albergando esperanzas, aunque apenas hubo escalado un poco, se giró para ver si lo que había atravesado el umbral de aquel lugar era un nuevo engendro gigante.

—¿Ían? —llamó la doctora Popolov desde la puerta.

A su lado, un hombre de aspecto ceniciento y dimensiones desproporcionadas se erguía con dificultad, agachándose para cruzar el umbral.

—¡Aquí estoy! —llamó él—. ¡Pero busca a Ardauz!

La doctora le susurró algo al enorme ser, que rugió como una criatura del abismo y se lanzó entre la maleza. Con suerte, no sería demasiado tarde para Ardauz. Y con suerte, ni siquiera los constructores podrían hacer frente a aquella abominación.

Algo tiró de su pie con fuerza y, aunque trató de aferrarse al tronco, éste se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo.

Ante él se encontraba nuevamente Alexei, cuyo semblante se mostraba ahora menos calmado y comprensivo. Éste se agachó y cogió una rama. Sin palabros dramáticos ni discursos, el joven la alzó por encima de su cabeza y descargó un golpe contra Jan, que sin embargo se acababa de escabullir entre sus piernas.

Apenas se hubo girado, Alexei recibió una dosis del mismo gel que le había derretido el rostro a Abib, y aunque, al igual que él, también aulló de dolor, prácticamente le sobró tiempo para echarse un brebaje sobre la piel y lavarse el rostro con las manos.

—Aunque te escondas puedo olerte, Jan. Puedo oler tu… miedo —le advirtió, mientras giraba sobre sí mismo. El alquimista sabía que no mentía; quizá no era su miedo lo que podía oler, pero estaba seguro de que aquel hombre podría seguir su rastro con facilidad.

Sin embargo, en la mente de Jan ya estaba todo situado, y lo único que necesitaba era no darle tiempo a su oponente para no colocarse la máscara. En una carga suicida, se lanzó contra su espalda, mucho más dura y fornida de lo esperado, y le apuñaló con la daga. El otro lo agarró de las ropas y se lo quitó de encima con un simple tirón, y antes de darle tiempo a hacer nada, le machacó el hombro de un fuerte pisotón, en el mismo lugar donde Abib le había apuñalado. En su interior, algo crujió y se rompió, y Jan se permitió gritar de dolor. Sin embargo, con el otro brazo, fue capaz de desabotonar el pequeño bolsillo que guardaba para aquellas ocasiones, y de su interior cayeron rodando una suerte de pequeñas esferas que zumbaron durante unos segundos y, después, estallaron con el sonido del vidrio roto y un fuerte destello.

Aún sin poder ver, Alexei notó como le agarraban de las solapas, y aunque se zafó de un simple golpe, al momento algo le hirió el pecho, una vez y luego otra.

El más joven se lanzó a ciegas, sin encontrar nada, y sólo entonces comenzó a recuperar la visión, cuando su antiguo maestro se situaba nuevamente sobre su espalda, le sujetaba del pelo y se apresuraba a colocarle el cuchillo bajo la nuez.

Aun así, él era más grande y más fuerte, y no tenía un hombro destrozado, así que una vez más, se lo quitó de encima con facilidad.

—Jan —rugió él, atronador—, no eres más que un resquicio del pasado. Una disciplina obsoleta.

—A veces —le respondió el otro, tirado contra el suelo y luchando por levantarse una vez más, sin éxito—, lo más sencillo es lo que mejor funciona.

Sin pensárselo, tomó una piedra del suelo y se la arrojó al rostro del otro, reventándole literalmente la nariz.

Alexei retrocedió unos pasos con la mirada quebrada y una mano en la nariz.

—Puede que hayas vencido a los constructores, y puede que… no seas un enemigo tan fácil como esperé —reconoció el joven tirano, mientras continuaba retrocediendo contra un enorme tronco hendido.

El alquimista no sabía por qué, pero sí sabía que era de extrema importancia que su antiguo aprendiz no llegase al hueco del tronco. Pese a ello, su cuerpo ya no le respondía: le habían machacado el pecho y destrozado el hombro por varios sitios, y al caer, se había dañado la rodilla. Sólo le quedaban una pierna y un brazo intactos, y a pesar de la adrenalina, era incapaz de ponerse en pie. Sin poder evitarlo, contempló cómo su aprendiz se metía en el hueco del árbol y comenzaba a ascender.

—Puede que hayas llegado hasta ahí de lejos, pero no puedes detener al progreso —sentenció él, mientras su voz volvía a surgir de todos los lugares de la sala—. No eres más que un diente de león luchando contra el viento.

Sin previo aviso, la corteza del árbol estalló en mil pedazos.

—¡Contempla las posibilidades de un futuro que ya está aquí! —exclamó la voz, completamente fuera de sí misma—. ¡Contempla un futuro del que no formas parte!

Jan Farelian no se avergonzó de dejar caer su mandíbula. El traje que su hermanastra había mostrado en la biblioteca era una cosa, pero la estructura gigante que había permanecido dentro del árbol y ahora avanzaba hacia él era otra muy distinta. Como mínimo, cabía destacar que aquel armazón superaba fácilmente los siete u ocho pies.

Ni siquiera el engendro que Catalina había traído podía medirse contra aquella creación cuyos huesos parecían hechos de metal y su carne de lianas espinosas. Lo cierto era que, en aquel momento, el estruendo del jardín se había detenido por completo. Bien con admiración o con espanto, todos clavaban sus ojos en la imponente

creación del joven genio.

Era cierto, si el progreso era un armatoste de dos toneladas como aquel, Jan no podía detenerlo. Probablemente, nadie podía. La verdadera pregunta era qué permitía mover aquello, y la respuesta era obvia: el pedrusco blanco.

Aquella idea le llenó los vasos de adrenalina, pero ni siquiera así fue capaz de incorporarse sin la ayuda de un viejo tronco. No demasiado lejos de él, la armazón de aspecto humano en la que se escondía su aprendiz avanzaba hacia él, y a su paso, el suelo retumbaba con un sonido mullido. Aquello le resultó familiar y decidió evocar el bosque de la Falkeira, más concretamente al rey del bosque. Llegado aquel punto, Jan no podía hacer otra cosa que irse de aquel mundo con un recuerdo bonito.

—¿Pero qué haces? —le gritó la marquesa, que luchaba por deshacerse de los restos de su prisión.

Sin embargo, no fue su voz la que más le sobresaltó, sino el enorme engendro de la doctora Popolov, que saltó directamente contra la creación de Alexei. El gólem de hierro y trepadora, sin embargo, lo atrapó rápidamente y lo machacó contra el suelo, dejándolo atrapado en un capullo semejante al de la marquesa.

—Catalina, tú tendrás que vivir —le advirtió Alexei la mujer—. Tu mente es demasiado valiosa para perderse. Pero él…

—¡Él no es más que un canalla! —gritó un ensangrentado Ardauz Milampere, cuya ropa estaba hecha harapos—. ¡Pero es de los nuestros, y eso es más de lo que tú serás nunca!

El otro comenzó a reírse con estridencia, y con él, cada planta de la sala se estremeció con fuerza, haciendo retumbar el recinto. Ardauz Milampere, sin embargo, corrió hacia la creación, pero antes de llegar a él se colgó de una liana que, con su peso, cedió irremediablemente, y con ella, un depósito de disolvente se precipitó sobre el inmenso gólem, estalló y comenzó a filtrarse entre las trepadoras.

Desde su interior manaron los gritos y blasfemias de Alexei, mientras el descomunal gólem se transformaba en un cúmulo informe de trepadoras y plantas púrpuras.

Jan caminó renqueante hasta el lugar, evocando los recuerdos de la caverna del bosque, cuando había hecho frente al hermano Qeilin. Miró hacia arriba, entre las copas de los árboles, y sólo entonces reconoció los característicos bulbos.

—¡Ardauz!

—¿Ían?

—¡La máscara de Abib! ¡Dámela y saca a la marquesa de aquí!

—Pero…

—¡Ya!

Apenas lo hubo pronunciado, los bulbos estallaron en una lluvia de

esporas. Jan se retiró la máscara de cuervo y tomó aire para aguantar la respiración y asegurarse de que todo terminaba según lo previsto. Cuando Ardauz llegó corriendo y la acercó la máscara de Abib, Jan le indicó al capitán que se pusiese la suya. Aquello le permitiría aguantar para salvar a Valeska y, quizá, a sus soldados.

Por su parte, Jan se lanzó sobre el cúmulo de trepadoras haciendo acopio de fuerzas y comenzó a escarbar en busca de su antiguo aprendiz. Encontró su rostro completamente inexpresivo, vacío. Y en su regazo, un pedrusco blanco igual al que él mismo había empleado en su vieja casona.

Se deshizo del pedrusco y tiró del joven hasta sacarlo de la trepadora. Le abofeteó el rostro hasta que logró que respondiese, mientras notaba cómo comenzaba a quedarse sin aire. Empapó los filtros de la máscara de Abib con un frasco y se la colocó al joven sin ninguna ceremonia.

Ya no podía retener más la respiración y las esporas inundaban el aire, pero él ya había sobrevivido una vez; sabía que perdería el conocimiento, como mucho, pero aquellas esporas no eran algo con lo que estuviese dispuesto a jugársela… y su aprendiz tampoco.

Una vez le hubo ajustado bien la máscara a su aprendiz, toqueteó algo en su nuca y, justo después, se quedó sin aire; tomó una bocanada de aquella atmósfera llena de esporas y perdió el conocimiento, desplomándose encima del cuerpo inerte de su aprendiz.

* * *

Nada había salido como lo había planeado. Sin embargo, una vez más se lo llevaban del lugar donde había caído tras su victoria. Una vez más, dejaba el pedrusco blanco, su premio, atrás. Y una vez más, se preocupaba por su fiel compañero, caído junto a él, mientras se lo llevaban entre los árboles y las trepadoras de flor púrpura.

Intentó mirar hacia arriba, pero sólo alcanzaba a ver los prominentes hombros que cargaban con él.

—¿León? —balbuceó, mareado.

El ritmo de las pisadas le resultaba familiar, y el tamaño de los hombros también. Sin embargo, el olor no era el de León. Su salvador apestaba a formol y su espalda no tenía la misma constitución fuerte que la del viejo druida.

—Es Tarum Popolov, Ían —le indicó la doctora, que llevaba una máscara de dos filtros, semejante a la de Alexei—. Mi padre.

—Es un…

—¿Monstruo? —respondió la doctora. No se reía, pero tampoco sonaba como si le estuviese reprendiendo—. No, Ían. Es un genio. Un genio enfermo, como tú. Adencelli di Catto compartió conocimientos conmigo sobre el vampirismo… era una de las ramas con las que he

estado trabajando para curarle, pero Tarum no es un vampiro. Es… una especie nueva. Un heraldo del progreso.

—¿Vas a hacerme lo mismo? —balbuceó, mientras el gigante lo posaba con delicadeza en el suelo.

—Me encantaría abrirte en canal—confesó ella—. Pero vales más vivo.

El hombre no le rebatió la respuesta. Uno tras otro, Tarum Popolov, el mayor científico de todos los tiempos y, ahora, también el mayor hombre del continente, los fue sacando del jardín botánico.

Ardauz Milampere fue el primero en caer a su lado. El capitán de la guardia vivía, pero, al igual que él, no era capaz de ponerse en pie. A su lado, la marquesa, también viva y con la máscara de pico de Jan, se repantigaba contra una pared mientras sostenía sobre su regazo el cuerpo sin vida de su marido.

El enorme Tarum se adentró una vez más para recoger a Alexei… sin embargo, al tratar de enfocar la mirada, al alquimista le pareció que, ante el gigantesco salvador, se encontraba no una, sino dos figuras.

El alquimista la reconoció de inmediato y, apoyándose en la propia doctora para ponerse en pie, se adentró a las carreras en el jardín, cojeando y con torpeza, de nuevo hacia el aire mortecino, que se dejaba ver ahora anaranjado, producto de las esporas.

—¡Detente! —ordenó el alquimista.

Al lado del enorme Tarum Popolov se encontraba una figura encorvada y retorcida, apoyada sobre un bastón y con una larga y andrajosa barba.

—Acaba con él —siseó el extraño.

Tarum Popolov se giró de improviso, como si obedeciese a una orden muda, mientras el otro trataba de recuperar sin éxito la atención de Alexei.

Ante él, el gigante levantaba el puño con los ojos velados, dispuesto a poner fin de una vez por todas a aquella noche fatídica.

—¡Atrás, Jan!

Aquella voz le paralizó. Se giró, en vez de apartarse, y un golpe devastador lo envió directo al suelo. Desde el suelo, no podía evitar pensar que olía a humo, a aceite y a papel quemado.

Se intento levantar, inseguro de qué partes de su cuerpo aún podía sentir y qué partes reaccionaban por mero instinto. Entre la niebla anaranjada le pareció vislumbrar una enorme figura trotando hacia Tarum, y tras él, la silueta de dos personas.

El inmenso doctor se acercó más a Jan, la mirada perdida en algún punto del infinito y el rostro cuajado en una mueca incomprensible. Por suerte para Jan, había pocas cosas con las que el maltratado cuerpo del doctor no podía competir, y un enorme oso enfurecido era, por suerte para él, una de ellas.

El enorme animal se abalanzó sobre el gigante y lo derribó. Tras caer él, el alquimista pudo ver cómo una elegante figura desenvainaba su arma y desafiaba sin más al anciano, que contra todo pronóstico fue capaz de plantarle cara con la simple ayuda del bastón. El desafío se prolongó durante algunos segundos. Tras ellos, el alquimista creyó vislumbrar una silueta de menor tamaño, sibilina, que se deslizaba entre la maleza sosteniendo el pedrusco blanco.

Jan sonrió, incapaz de dilucidar si aquello estaba siendo un sueño o no, y se arrastró con sus últimas fuerzas hasta Alexei.

—Alex —habló, haciendo un gran esfuerzo—. Alex, ¿estás despierto?

El alquimista se giró y se dejó caer Ante él, arrastrándose sobre el montón de lianas, la figura del joven aprendiz avanzaba hacia él.

—¿Qué has hecho? —susurró el más joven. Su voz se escuchaba extraña a través de la máscara.

Jan no fue capaz de encajar aquella visión: él debía haberse desmayado o sucumbido a los filtros intoxicados de la máscara. ¿Por qué no se desmayaba?

El suelo tembló cuando Tarum Popolov cayó entre los dos, rugiendo con fiereza. Cuando se levantó, el enmascarado Alexei ya se encontraba casi a su alcance, y a él no le quedaban suficientes partes del cuerpo enteras como para enfrentarse a él, ni siquiera en aquel estado.

—Puedo ayudarte —susurró Jan—. Puedo… compensarte, Alex. Por todo.

Durante un momento, los sonidos de combate se alejaron de ellos, y la silueta del gigante cosido se personó ante Jan, el rostro aún dislocado en aquella extraña mueca.

—¡Acaba con él! —volvió a exclamar la voz del anciano, una voz desagradable y poderosa.

Tras el gigante, algo sonó flácido, y éste pareció congelarse durante un momento. Entre sus piernas, Jan reconoció dos botas altas y la fina cintura de una joven, y sin dedicar un momento de más, la fina silueta se escabulló de nuevo entre la bruma mientras sostenía un abultado cristal blanco manchado de sangre negra.

Tarum Popolov mudó por un momento de expresión, como si no entendiese qué estaba haciendo allí. Miró a Jan, que se encontraba tumbado cuan largo era ante él, y luego se miró a las manos.

—Vámonos de aquí —sugirió el gigante, aún desorientado.

—¡No! ¡Ayúdales! —exigió Jan, consciente de que le debían quedar escasos momentos de consciencia en aquel aire ominoso. Habría dado casi cualquier cosa por tener consigo su máscara, pero no se le había ocurrido cogérsela a la doctora antes de correr de vuelta allí. Una idea estúpida, pero ya no podía hacer nada.

A su lado, Alexei continuaba luchando por reptar hacia él.

—¡Acaba con ellos! —exclamó, de nuevo, la voz del anciano—. ¡Sáciate con sus cuerpos, date un festín! ¡Bríndame tu fuerza!

Aquellas palabras, por alguna razón, revolvieron las vísceras a Jan, de dentro afuera y de fuera adentro. El viejo ya no le hablaba al doctor Popolov; estaba claro que él se había librado de su influjo.

Como una macabra respuesta a sus peores temores, un rugido animal respondió a las órdenes del anciano, un rugido terrible y cargado de poderío.

Desde donde estaba, Jan se permitió descuidar a su aprendiz un instante para contemplar aquello. A pesar de que sólo podía discernir lo que sucedía a través de la espesa niebla anaranjada, le pareció contemplar cómo la figura del anciano desaparecía junto a la del enorme animal, sólo para, momentos después, recibir este segundo la embestida de la figura sibilina, cristal blanco en mano.

Desde donde estaba, no se veía capaz de hacer nada. Sólo esperar a que aquel animal despedazase a sus amigos o a que Alexei llegase hasta él, si no sucumbía antes a los productos que había puesto en sus filtros.

—Alex —susurró Jan—. Ayúdame... Ayúdanos a todos.

El alquimista se giró. Alexei estaba casi encima de él. Ahora podía verle con claridad, y sabía que el joven no le ayudaría. Co su único brazo entero, se llevó uno de los viales a la boca, se enjugó las encías con su contenido y lo tragó, desprovisto aun así de esperanza de ningún tipo.

Casi ajeno al terrible dolor que sacudía todo su cuerpo, se incorporó; se colocó de cuclillas y se lanzó sobre su aprendiz, al que agarró con una mano por el cuello y con otra por la máscara, haciendo presión.

—Desmáyate de una vez —susurró, notando cómo dejaba de sentirlo todo.

A sus espaldas, oyó a alguien gritar de dolor y a un animal rugir con fuerza.

Sólo entonces lo vislumbró: entre los productos que Alex llevaba con él, había un pequeño tarro colgando de su cintura. El alquimista supo qué era al momento, o creyó saberlo. Sin dejar de estrangular a su aprendiz, lo tomó, se giró, y lo lanzó con fuerza.

Al igual que ya no sentía el dolor, hacía rato que había dejado de sentir las piernas, y ahora notaba cómo los brazos y el diafragma le comenzaban a fallar. Rebuscó entre los pliegues de su aprendiz, que ya no forcejeaba. Tomó su mano inerte, y con ella agarró un doblón dorado.

Con su último aliento, decidió: ¿Merecía la pena? Alexei era un hombre inteligente. Si le dejaba ir, caería en su habitación, en manos de Rosa tan pronto como esta recuperase la consciencia. Ella le tendría a su plena merced, como mínimo durante varios días, gracias a los

filtros de la máscara. ¿Lo convencería para liderar aquella revolución en la que ella creía, más humana y menos sangrienta?

Jan se quedaba sin aire.

A sus espaldas, escuchó el sonido de un animal apaciguado, una suerte de suspiro fuerte, vibrante, que hizo retumbar el suelo. El vial que había lanzado era el adecuado, y aquello le tranquilizó.

—¡Acaba con él, Clara!

En esta ocasión, fue la voz de Adencelli di Catto, vampiro, viajero y amigo, la que dio la orden.

¿Confiaría en el juicio de aquellos que le habían seguido a pies juntillas? ¿En la buena voluntad de quienes se habían erigido en defensa de un supuesto bien común?

A la orden, le siguió el sonido flácido del metal hendiendo la carne, y a este, un aullido inhumano que, gradualmente, fue cambiando de registro hasta evocar la voz de cierto druida.

—¿Está muerto? —preguntó el vampiro.

—Lo estará —respondió Clarienna Von Meister, no demasiado lejos de él—. Fuera de toda duda, lo estará.

Jan ya no podía sentir nada, y sólo podía pensar en aquel doblón. En su mano estaba la suerte de su aprendiz, y con ella, la posibilidad de brindarle a la sociedad un progreso moderado y medido.

Quizá él se la merecía, y quizá la sociedad también. Pero, en aquel momento, Jan sólo podía pensar en el rugido agonizante del enorme hombretón. Estaba harto de hacer lo correcto. Estaba harto de conceder segundas oportunidades, y estaba aún más harto de perder a sus seres queridos.

Sin dudarlo ni un momento, cerró con fuerza su mano sobre la de su aprendiz, y finalmente, se desmayó. Alexei sería un engendro sin voluntad. Su mente, una herramienta más a su servicio. No había más segundas oportunidades.

Capítulo 39

El suelo era demasiado duro para ser un camastro, y también demasiado traqueteante. Los rayos de sol se colaban a través del techo de la carreta y le molestaban en los ojos, aunque aquel era el menor de sus problemas. Con su único brazo sano comenzó a palparse el cuerpo; tenía todo el tronco inmovilizado, al igual que un brazo y una pierna.

Pese a todo, sonreía. Marchaba de Tsacovia, probablemente para no volver en mucho tiempo. Y aunque aquello le entristecía, no podía evitar pensar que, para bien o para mal, había logrado terminar lo que había empezado. Odiaba y compadecía en partes iguales a Alexei.

Éste, a pesar de los problemas que le había causado, había demostrado ser un verdadero portento, y ejecutarle sin más habría sido un derroche de potencial imperdonable.

En su lugar, el joven genio viajaba a su lado, inmovilizado y atado al suelo de la carreta, con la máscara soldada al cráneo.

Mientras cambiasen los filtros de la máscara cada varios días, no tendrían que preocuparse por las iniciativas maquiavélicas del joven portento.

El carro se detuvo momentáneamente, y la puerta trasera se abrió de sopetón. Ante él se dibujaba la silueta de un hombre escuálido con el rostro picado de viruela.

—Buenos días, hijo.

—Buenos —replicó el otro, al que la presencia de aquel hombre acababa de borrarle la sonrisa—. ¿Cuándo podré moverme?

—Pienso liberaros a ambos cuando estéis en casa. Cuando no seáis problema mío, por así decirlo.

El alquimista resopló con desgana. Se alegraba de estar de nuevo en el camino, aunque fuese en aquel estado lamentable. Sin embargo, el ser un simple prisionero por enésima vez, se llevaba todo lo positivo que pudiera tener la situación.

—¿Sabes algo de lo que ha pasado estos días?

El alquimista negó con el rostro. Sus últimos recuerdos antes del carro se limitaban al jardín botánico, donde había presenciado una brevísima pero intensa escena que aún le costaba alcanzar a comprender. Sí que recordaba con gran claridad, sin embargo, el golpe

que le había propinado Tarum Popolov. Eso no lo podía haber imaginado.

—Tras la pequeña reyerta en el palacio de Tsacovia —comenzó a hablar el hombre del rostro descarnado—, Valeska Vihjalssom Teenfjord, se encerró en su alcoba durante días y declaró un luto oficial de toda una semana por su esposo, el marqués Von Meister, querido por todos. Mientras tanto, la rebelión local, tras ser devuelta una de sus voces cantantes por parte de palacio, y posteriormente juzgada como una traidora, comenzó a disolverse en una serie de refriegas y disputas por el poder que terminaron siendo atajadas por la propia guardia, que terminaría devolviendo la normalidad a la ciudad primero, y al resto del marquesado después —continuó explicando aquel hombre enjuto, con una voz que resultaba fácil de entender y de escuchar. Saltaba al oído que aquel hombre tenía experiencia en hacerse oír.

»De lo que terminaría siendo de la meretriz llamada solamente Rosa —continuó, tras una breve pausa—, poco se sabe, aunque algunos rumores la han situado a la cabeza de su propia brigada de hombres. Sus fines cambian, no obstante, según a quién le preguntes: desde llevar la libertad al pueblo hasta matar a un dragón y hacerse con su tesoro, sin dejarse otros clásicos como dedicarse a asaltar caminos o robar a los mercaderes para darle dinero a los pobres. La realidad, me temo —añadió con un suspiro—, no resulta lo suficientemente interesante como para ser investigada.

—¿Qué hay de Catalina Popolov, señor?

El hombre meditó un momento y tomó aire antes de retomar la narración.

—Todo apunta a que Catalina Popolov terminará pasando a la historia como una mente privilegiada pero retorcida; su mayor mérito, devolver la vida a su padre, considerado largo tiempo muerto por la comunidad científica… aunque aún es pronto para asegurarlo.

—Catalina me salvó la vida. Y no me refiero sólo al día de la reyerta, sino a…

—Sé a cuándo te refieres —le interrumpió el otro, condescendiente —. ¿No te interesa la suerte de Ardauz Milampere?

—Por favor —pidió Jan, sumiso—, continúe.

—Pues no hay mucho que decir sobre Ardauz —se rió el de la cara picada—. Recuperó su puesto como capitán de la guardia real. Inicialmente, solicitó acompañarte en esta carreta, pero alguien insistió en que su lugar estaba junto a la marquesa. Ella necesitaría alguien en quien apoyarse cuando superase el luto por su marido… alguien fiel y leal.

—¿Le obligó a quedarse en Tsacovia, señor?

—¿Yo? —se rió él, visiblemente divertido. Antes de responder, dio

un par de golpes a la carreta para indicarle al conductor que volviese a ponerse en marcha, y en un momento el traqueteo continuó, machacándole la espalda al alquimista—. No, yo no puedo obligarle a hacer nada, no soy su rey… yo sólo le hice ver dónde era más necesario.

El alquimista se sonrió. Decididamente, le gustaba el estilo de aquel hombre: simple, pero funcional.

—¿Y qué hay de lo que le describí? La escena que presencié cuando Tarum me destrozó el pecho.

El hombre se inclinó sobre Jan, ahora con el rostro más serio, y negó con lentitud.

—No se encontraron rastros de nadie. No se encontró ningún oso, ni se encontró sangre, ni se vio al hombre que describiste o a la hija de los marqueses.

—¿Insinúa que me lo imaginé? ¿Qué podría haber sido producto de una la intoxicación de las esporas?

—Podría. —El hombre se encogió de hombros, indiferente—. Y también podría no haberlo sido. Tampoco se encontró la roca de poder que Alexei había estado usando, el llamado catalizador.

—Puedo asegurar que estaba allí, señor.

—Te creo —le tranquilizó el otro—. Sólo te cuento los hechos, Jan. Sabes, hijo… yo conocí a tu padre una vez. No recuerdo mucho, lo cierto es que tengo que tratar con mucha gente continuamente, pero Jul… creo recordar que me dejó un buen sabor.

—No sabía que papá hacía tratos con la capital.

—¡Todo el mundo los hace! —se rió el otro—. Lo que pasa, es que muchos no se dan cuenta. Tú no me dejas esa misma sensación, Jan. Eres más como un pimiento, no sabes si va a picar o no hasta que ya ha pasado. ¿Recuerdas que te dije que no quería volver a verte en mi ciudad?

—Ahá. Lo recuerdo, señor.

—Bien, pues no lo olvides.

El alquimista se rió, esta vez en voz alta. Desconocía los motivos por los que el virrey le estaba llevando en persona en aquella carreta, aunque le extrañaba más la cantidad de información que había logrado reunir sobre él. El regente del mayor imperio del continente tenía que tener sus medios, desde luego, pero había cosas que, a simple vista, no tenía forma de conocer. Y sin embargo allí estaba; demostrándole que sabía todo lo necesario sobre él, con total tranquilidad.

—Ya casi hemos llegado a la Falkeira. Desde allí, tendrás que apañártelas para hacer el resto de camino por tu cuenta, hijo.

—¿Y Alexei? —preguntó el alquimista, angustiado.

El otro se mordió el labio antes de responder.

—No te mentiré; todo el camino he estado dándole vueltas a la idea de dejarte aquí tirado de cualquier manera y llevármelo sin más. Alex ha demostrado ser… valioso y peligroso a partes iguales.

El alquimista no protestó; se consideraba un hombre muy capaz, pero su falta de prudencia no alcanzaba a negarle sus deseos a aquel hombre.

—Pero tú te has hecho cargo de él, después de todo. Ay, Jan… quería esa piedra. Y quería a tu aprendiz. Por querer, querría llevarte a los laboratorios de mis mejores hombres y dejar que te estudiasen.

—Me lo dicen muy a menudo —reconoció el otro. El comentario, por una vez, logró hacer sonreír al virrey.

Éste comenzó a desatarle, y justo después comenzó a desatar al enmascarado Alexei.

—Buen viaje, vayas donde vayas, Jan. Pero no vayas a Mauriga, de verdad.

El alquimista sonrió y se bajó del carro, y tras él, también se bajó el aprendiz enmascarado.

—Será mejor que me eches una mano —le dijo Jan a su acompañante—. Te enseñaré tu nuevo hogar. Buen viaje, señor virrey.

—Jamás he admitido ser ningún virrey —se rió el de la carreta—. Las malas lenguas dicen que hay muchos imitadores por ahí... ya sabes Jan, no te fíes de nadie.

—No lo hago. Buen viaje, señor. Y gracias por llevarnos.

—Gracias a ti por mantener el orden, Jan.

* * *

El olor de la foresta le lleno los pulmones como una marejada, y como quien se abandona al mar, Jan Farelian se abandonó a la brisa cargada de briznas y hojarasca.

A su lado caminaba un Alexei mucho mayor del que recordaba haber conocido en Pii. Al mirarle, ya sólo podía sentir pena por él, pero lo cierto era que ambos habían jugado sus cartas, y él había perdido. Ahora sólo le quedaba aquella máscara de hierro soldado a su piel y una pose encorvada y sumisa. Sólo gracias a su apoyo fue capaz de abrirse camino hasta la vieja casona, dolorido y machacado como se encontraba.

Durante los siguientes días, Jan se dedicó a leer los libros que el viejo León había dejado en la casa antes de su partida hacia la biblioteca, hacía ya algún tiempo atrás, mientras el enmascarado se ocupaba de cuidarle y satisfacer todas sus necesidades.

Cuando al fin fue capaz de ponerse en pie y caminar por sí mismo, el viento ya era frío y la mayoría de los árboles estaban completamente desprovistos de hojas.

El suelo era un manto húmedo de lodo y humus que crujía bajo sus pies, pero aquello no le impidió echarse a la espesura en plena noche.

En lo más alto brillaba una luna llena y flamante, y no necesitaba el candil para poder ver con claridad.

El camino de ida lo hizo casi sin darse cuenta, mientras pensaba en otras cosas en lugar de prestar atención al movimiento de la maleza o a unos ojos al acecho; aquel lugar se había terminado convirtiendo en su hogar, y uno no vagabundea por su hogar enarbolando un arma y amenazando a quienes le rodean.

Antes de darse cuenta, se encontró subiendo la familiar pendiente que serpenteaba por la colina, se abrió paso entre los helechos y la maleza y dio al peculiar círculo de monolitos. Junto al caldero había mucha gente, no sólo las tres ancianas. Jan caminó hasta allí, cansado por el trayecto y afectado por sus lesiones, y sólo cuando estuvo casi en el centro, los demás presentes parecieron percatarse de su existencia.

—¿Jan? —preguntó una voz familiar, seca—. ¡Jan, amigo!

El primero en echar a correr fue él, un hombre menudo y pálido de gusto elegante. Él fue el primero en echarse a sus brazos y estrecharlo con fuerza. Jan no era un hombre con complejos, de modo que también lo estrechó con fuerza y disfrutó del frio contacto de su amigo.

—No sabía si estarías muerto —confesó el alquimista—. Me alegro mucho de que estés bien, Di Catto.

—Puedes llamarme Koschei —susurró el otro—. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Koschei?

—Mi nombre —explicó—. El de verdad.

—Adencelli suena mucho mejor, donde va a parar.

El alquimista le dedicó una sonrisa cálida. Al parpadear se sorprendió, al ver que le caían grandes lagrimones.

Cuando al fin se deshizo del abrazo de Adencelli, se giró, y tras él contempló a la mujer que tantas veces le había hecho sentir extraño, feliz pero fuera de lugar.

La miró durante un momento, y luego la tomó de los brazos, la levantó y la estrechó con fuerza. Ella le agarró con brazos y piernas y también le estrechó y le besó.

—Clara, en Tsacovia…

—Chsss —le hizo callar ella—. Todo está bien. Llevamos días esperándote.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no en la casa?

—León —dijo ella solamente.

El alquimista la soltó y su rostro se agrió de pronto. El reencuentro había sido emotivo, pero no eufórico. Y aunque, en su interior, algo le había dicho que sabía con qué se encontraría, no estaba preparado para ver al enorme hombretón tendido sobre una tumba de vides.

—Estuvimos cuidando de él durante mucho tiempo —explicó la primera de las tres ancianas—. Aunque curamos sus heridas, en su interior algo se extendía, una infección contra la que pudimos hacer poco o nada.

—Le tuvimos así durante mucho tiempo —aseveró Sifrelda, la más alta de las tres—, pero no podíamos hacer más que mantenerle con vida.

—Le despertamos para el momento clave —explicó el vampiro, haciéndole girarse—. Llegados a ese punto, no podíamos permitirnos que nada fallase. Y él ya estaba condenado… empleó sus últimas fuerzas para salvar tu vida, Jan.

El alquimista asintió. Por un lado, se alegraba de que aquello no hubiese sido un sueño. Por otro, le dolía no haber podido despedirse del viejo druida, aquel hombre que, aunque no había tenido tanto tiempo como los demás para ayudarle a convertirse en una persona mejor, lo había dado todo para asegurarse de ello.

—Cuando estábamos en la biblioteca, se despidió de mí. Deseó que fuese un hombre mejor que él… un druida mejor que él, incluso —explicó Jan, mientras se acercaba hacia la sencilla tumba—. Pero no creo que vaya a poder.

Sin más comentarios, dejó la pequeña hoz sobre el pecho del hombre, entre sus enormes manos.

—Tenemos mucho de qué hablar —terció el alquimista, mientras se volvía hacia sus acompañantes—. Pero no ahora.

—En pocos días se celebra la festividad de Mabon —les indicó Sifrelda, mientras se deslizaba sinuosamente entre los presentes—. Invitad a vuestros seres queridos y traedlos aquí.

—¿Mabon era…?

—Equinoccio de otoño —le ayudó la bruja—. La tierra se prepara para despedir al gran Padre.

—La festividad de la cosecha —masculló, mientras se acariciaba el mentón. A pesar de sus largos viajes, jamás se había permitido visitar una fiesta de la cosecha.

Siempre había habido algo más importante al final del camino. En aquel momento, sin embargo, no podía pensar en otra cosa que no fuese descansar y disfrutar con aquellos a quienes quería—. Está bien, invitaré a algunas personas, aunque no prometo que vaya a venir nadie.

La anciana sonrió, y tras ella, también sonrieron las otras dos brujas.

—Pues hale —le reprendió la menor de las tres, la llamada Yenna—, a dormir todos. Mabon no se va a preparar solo.

La diminuta mujer tenía razón. Las cosas no se hacían solas, y todos ellos tenían un aspecto terrible. Aun así, había demasiadas cosas de qué hablar, y tratar de conciliar el sueño en aquel momento no les

llevaría a ningún sitio.

Sin hacer ruido, los tres visitantes se escabulleron hacia un saliente de la colina y se esparcieron junto a un pequeño terraplén.

—¿Qué sucedió exactamente en Tsacovia? —El primero en romper el silencio fue Jan, que no tenía fuerzas para andarse con rodeos—. Valeska mencionó a un hombre pálido que desaparecía…

—Yo ayudé a elaborar el plan —admitió el vampiro, humilde—. Los marqueses estaban aislados y no podían entrar ni salir de sus celdas sin su escolta. Sin embargo, yo no necesitaba usar las puertas.

—Estaba convencido de que habías caído para siempre. No al principio, pero tras los primeros días…

—Le debo mi libertad a esas tres mujeres. En los Archivos, Jan, no morí. Soy un vampiro —remarcó, con una sonrisa—. Pero me desvanecí en las sombras de aquel lugar aislado de este mundo. Me… perdí, por así decirlo. Vagué como una brizna de oscuridad durante mucho tiempo, hasta que esas tres ancianas lograron pescarme.

—Al parecer —intervino Clara—, un visitante les sugirió emular la sombra más densa que pudiesen imaginar sacrificando a cierto ser de ultratumba.

—Cierto ser que residía en una moneda —se sonrió el otro, cansado y ojeroso. Me hago a la idea. ¿Y tú, Clara?

—Cuando le perdonaste la vida a tu hermana… no sé cómo decirlo, pero la palabra decepción se habría quedado corta. Estaba desencantada, y cuando además te dejaste capturar, me replanteé algunas cosas. Alexei, por otro lado, estaba logrando grandes progresos en muy poco tiempo. Le estudié, desde una distancia prudente —añadió rápidamente—. Era un hombre con una gran mente, pero pronto vi que lo que en realidad estaba viendo no era un gran exponente de la humanidad… sino el resultado de tus actos. No era más que tu aprendiz, Jan, dopándose con una de tus fórmulas. Se había convertido en una persona muy inteligente, muy fuerte y muy carismática… gracias a ti. Monologaba todo el rato y te mencionaba con frecuencia, como si su propósito estuviese más cerca de simplemente superarte que de ahondar en el progreso porque era lo correcto. Entendí hasta qué punto me había equivocado.

El otro asintió, agradecido por la sinceridad de la mujer, aunque lo cierto era que aquella confesión le había dejado un sabor agridulce.

»En cuanto tuve ocasión, no me costó escoger un bando. El mismo bando en el que había estado siempre —añadió resuelta—. Pero había más. Tras la batalla de la biblioteca, no podía quitarme de dentro una sensación muy intensa. Un… fuego que me quemaba las vísceras y me enturbiaba la mente. Tú habías perdonado a la mujer que había acabado con la vida de Adencelli, y luego habías permitido escapar al culpable de la muerte de León.

—¿Quién?

—Mi mentor —intervino el vampiro—. Jotta y las demás lograron sanar las heridas de León, pero su salud sólo empeoraba. Lo encerraron en un capullo de plantas, pero éstas se marchitaban y morían. Algo crecía dentro de él, como te han dicho antes.

—Luego recordé lo enfermo que habías estado tú también. Cuando os sacó de los Archivos —explicó ella—. No tenías heridas graves, pero llegaste a estar verdaderamente mal.

El alquimista no añadió nada; le daba rabia haber dejado escapar aquel patrón tan sencillo.

—Por eso, le expresé a Adencelli mi deseo de acabar con su mentor y comenzamos a trabajar juntos en este plan. Tú, sintiéndolo mucho, no podías ser otra cosa que el cebo. El resorte que activase toda la cadena de acontecimientos.

—Necesitabais que huyese de la celda para movilizar a Alex —masculló Jan, que comenzaba a unir las piezas en su mente—. Os asegurasteis de dejar caer la información necesaria delante de la persona adecuada.

—La marquesa lo sabía todo —le corrigió Di Catto—. Ella fue una pieza crucial a la hora de diseñar el plan. Una mujer destacable.

—Sin lugar a dudas.

—En lo que respecta al plan, todo salió bastante bien —continuó explicando Clarienna—. Tus movimientos fueron difíciles de preveer, la verdad, y no acertamos en todo. Aun así, a grandes rasgos te fugaste, llevaste a Alexei hasta el fragmento y lo derrotaste, reclamando la atención del mentor.

—No entiendo por qué sabíais que acudiría.

En esta ocasión, fueron los otros los que no respondieron de inmediato.

Jan les miró con atención, pero ninguno se apresuró a continuar hablando.

—Necesito descansar —se disculpó el vampiro—. Que tengáis una noche espléndida, pareja. Me hace muy feliz volver a veros juntos.

Los otros dos se despidieron. A todos ellos les hacía feliz volver a estar juntos, aunque no pasaba nada por decirlo. Jan se levantó y le dio otro abrazo a su amigo antes de dejarlo ir.

—El mentor se me apareció en un par de ocasiones —admitió ella—. Y estoy segura de que se le apareció también a Alex. Hablé con Di Catto y nos dimos cuenta de que él siempre había estado empujándote en unas direcciones muy concretas. Por un lado, sugirió a Di Catto que sería una buena idea convencer a la doctora Popolov de ofrecerte aquella pequeña aventura en el bosque. Tu primer contacto con… este lugar, y con el primer pedrusco blanco. Él te puso en contacto con esta vida —matizó ella, mirándole a los ojos—. Por otro lado, te llevó

directamente hasta mí, en Tsacovia.

—¿Cómo dices? —repuso el otro—. Fui yo el que buscó…

—Buscabas una oportunidad de integrarte en la nobleza —le interrumpió ella—. Había muchas, media vertiente occidental está adoptando un movimiento ilustrado. Sin embargo, y sé que eres un hombre bueno recordando las caras… ¿Recuerdas quién te habló de papá?

—Un hombre anciano, con barba.

Los ojos de Jan se abrieron como platos. Durante unos segundos, no alcanzó a hacer otra cosa que balbucear.

—No-no puede ser —arguyó—. Él…

—Te ha estado manipulando. En cierto modo, todos lo hemos hecho. Adencelli siempre te llevó a investigar en esta dirección. Yo, por mi parte… te atraía hacia mí —admitió con una sonrisa pícara—. Aún ahora estoy segura de que entre nosotros hay algo especial, Jan. Y no hablo sólo de hormonas y afecto, ni de sexo ni paseos a la luz de la luna. Tú y yo estábamos destinados el uno al otro —sentenció ella indiferente, como si estuviese hablando de un tema ajeno a ellos.

A Jan no le gustaba aquella actitud, pero no podía negar lo que aquella mujer le estaba explicando. Desde el primer momento que la había visto, por más que había intentado evitarlo, se había sentido inevitablemente atraído hacia ella, y no era algo meramente físico ni químico.

Sin decir nada, le pasó el brazo sobre los hombros a la muchacha y la atrajo hacia sí.

—No es amor —dijo él, también aparentando indiferencia—. He amado antes. Esto es otra cosa, algo… enfermizo.

Ella se recostó sobre su pecho y asintió.

—Pero te gusta.

Él asintió en silencio y suspiró. Comenzaban a escucharse algunos ruidos nocturnos. El bosque parecía mucho más poblado de pequeñas criaturas de lo que lo había estado la última vez.

—¿Entonces, sabíais que el Mentor tenía algún tipo de interés en vosotros dos? ¿En Alex y tú?

—Ahá. Él siempre tiró de los hilos para atraerte hacia nosotros, primero. Y luego hacia estas piedras. Te usó para allanarnos el camino.

El alquimista masticó aquellas palabras. Sentía rabia, pero por otro lado, él ya no estaba; volvía a ser libre.

—Hay muchas cosas que no hemos llegado a averiguar. Pero supongo que, a estas alturas, todas ellas son irrelevantes.

—Eso espero. Ahora mismo, señor druida —habló ella, comenzando a incorporarse—, su prioridad es hacer llegar las invitaciones para Mabon. Reúne a los pocos amigos que tengas y asegúrate de

atenderles como se merecen.

—Todo el mundo parece estar muy ocupado estos días, Clara. Me temo que seremos sólo nosotros tres y las brujas.

—Tú envíalas, Jan. Asegúrate de que llegan, o te arrepentirás. No bromeo —añadió, haciéndole ver que efectivamente, no bromeaba.

El alquimista tragó saliva y asintió. Prometió asegurarse de que llegarían a sus destinatarios y se puso en pie. Después, observó a la muchacha alejarse dando brincos y la siguió entre la maleza.

Capítulo 40

Las tres mesas de Mabon fueron largas y estuvieron repletas de comida, y en uno de los extremos encendieron una gran hoguera en la que rindieron tributo al cuerpo de León antes de incinerarlo.

Conforme se fue poniendo el sol, comenzaron a llegar viajeros de todos lados: los primeros en acudir al olor del festín fueron los afables trolls de la cuadrilla de Cssassu, quien se aseguró de manifestar su sorpresa por ver que Jan aún seguía con vida.

Apenas se hubieron sentado a la mesa, llegó un humilde grupo de viajeros. Uno de ellos se desmontó de la carreta con énfasis y energía, y corrió a estrechar la mano de su anfitrión.

—¡Qué bien, hijo! —le espetó el viajero del rostro descarnado—. ¡Nadie ha acabado contigo!

El druida asintió con una sonrisa forzada y les invitó a él y a su cuadrilla a tomar asiento junto a los ávidos trolls, que ya daban buena partida de las fuentes de venado asado.

Jan Farelian, pese a ser el druida honorífico, anfitrión de aquella velada de Mabon, prefirió no tomar asiento todavía; en su lugar se limitó a permanecer junto a la hoguera masticando unas ancas de pollo.

—¿Crees que vendrá más gente? —le susurró a su acompañante.

Para la ocasión, tanto él como Clara se habían vestido de forma especial: él llevaba unas togas simples de esparto que dejaban ver sus vendajes en múltiples partes de su cuerpo, mientras que ella llevaba un vestido vaporoso de seda blanca, un presente de las tres ancianas cuyo origen habían preferido no desvelar.

—Vendrán —le tranquilizó ella.

Él la miró y supo que no se trataba de una mentira piadosa. Quizá de un error, pero no de una mentira.

Los siguientes en aparecer por el sendero serpenteante fueron toda una suerte de viajeros en una caravana que ascendía endemoniadamente despacio.

Antes de que llegasen arriba, un jinete a caballo adelantó al parsimonioso grupo, desmontó junto a las mesas y corrió a hincar la rodilla ante su anfitrión.

Jan le tomó de su único brazo y le obligó a ponerse en pie, de igual

a igual.

—Me alegro muchísimo de verte, Covedine.

El mercader lo abrazó con fuerza, tal como Di Catto había hecho, y procedió a tomar asiento junto a la cuadrilla del carretero picado de viruela.

Poco después comenzaron a llegar los primeros carros de la caravana, y Jan comenzó a vislumbrar rostros amigos por doquier.

El hombre de las largas melenas blancas le dedicó un gesto al pasar, pero en lugar de acercarse, se apeó rápidamente para ayudar a los demás miembros de la Hermandad a desmontar. Poco a poco comenzaron a desfilar rostros agradecidos, se acercaron a brindarle su bendición y fueron tomando asiento a lo largo de las tres mesas. Algunos, incluso se permitieron el detalle de hacerle saber lo felices que se encontraban de verle *"sano y salvo, contra todo pronóstico"*.

Antes de que todos los miembros terminasen de distribuirse a lo largo y ancho de las tres mesas, del lado opuesto surgieron las tres mujeres del bosque, vestidas, por una vez, con sus mejores galas, tal y como le habían prometido al anfitrión con anterioridad. Sin embargo, no habían tejido ilusiones que les dotasen del aspecto de jóvenes damas, como el druida había esperado, sino que se habían limitado a lavarse los cabellos y ceñirse sencillos vestidos tradicionales. Cada una de las mujeres pasó junto al anfitrión, le besó en una zona distinta del rostro y tomó asiento en una mesa distinta.

—Has cambiado mucho las cosas, druida —le dijo Yenna, la menor de las tres y la última en pasar—. Quizá no sea para mal, después de todo.

El hombre le agradeció el voto de confianza y la invitó a tomar asiento. La mayoría de los sitios ya estaban ocupados, y sólo en la mesa del centro, en el extremo más próximo a la hoguera, quedaban unos pocos asientos libres.

Jan suspiró, resignado. Habían venido casi todos, y aquello le llenaba de ilusión. Sin embargo, no podía evitar pensar en los que no habían asistido; estaba seguro de que habían recibido las notificaciones, pero quizá no habían podido ir, incluso aunque hubiesen querido. O quizá no tenían ganas de volver a tenerlo delante de ellos; no en vano les había traído gran sufrimiento.

—Ahí están —exclamó Clara, apartándose de su lado por primera vez y echando a correr sin importarle que su vestido mostrase demasiado—. ¡Mamá!

El alquimista sonrió. Nunca había escuchado a la joven llamar así a su madre. Tomó una rama ardiendo de la hoguera y echó a caminar hacia los recién llegados. Acababan de desmontar los dos animales; en uno de ellos llegaba la mismísima Valeska Vihjalssom Teenfjord, y del otro jaco se apeaban ahora la doctora Catalina Popolov y el capitán de

la guardia real, Ardauz Milampere, con el que ni siquiera contaba.

—Al principio, pensé en quedarme a cargo de palacio —se justificó el hombre, ante la mirada cargada de sorpresa de su anfitrión—. Pero dejar a la marquesa a cargo de la doctora tampoco parecía una opción prudente. Y si algo nos has enseñado…

El alquimista se rió y lo abrazó con fuerza. Luego tomó de los hombros a la doctora, y repitió el gesto, y finalmente se colocó ante la marquesa, que acababa de deshacerse del férreo abrazo de su hija, y, tras cruzar una mirada breve pero intensa, la abrazó también, de igual a igual. La mujer no rechazó el gesto, sino que le agarró con más fuerza.

—Muchas gracias por todo —le susurró al oído.

El alquimista no se esperaba aquello, pero le palmeó la espalda en señal de agradecimiento.

Aquella mujer había pasado por demasiado en muy poco tiempo, y el simple hecho de contar con su comprensión valía más que cualquier otra cosa que ella pudiese ofrecerle.

—Antes de ir a las mesas —le advirtió el capitán—, será mejor que tomes esto. Te lo dejaste en el jardín botánico.

El alquimista tomó el sable del difunto marqués Von Meister y lo sostuvo con elegancia. Aquella era un arma con clase y bien construida.

—El marqués había querido que yo lo tuviera —recordó el alquimista—, pero seguramente no le habría gustado que terminase tan lejos de su hogar.

Sin admitir una negación, se lo lanzó de nuevo al capitán, que lo cogió al vuelo por puro reflejo—. Tú has sido siempre fiel a la casa de Von Meister. Has dado mucho por ella y sé que piensas seguir dándolo. Ocúpate de que no se pierda —le indicó Jan, guiñándole un ojo.

El otro miró a la marquesa buscando aprobación, pero ella se limitó a sonreír, indiferente.

Antes de darles tiempo a alargar innecesariamente aquella conversación, el druida les instó a tomar asiento en la mesa central, en aquellos sitios más cercanos a los de los anfitriones.

La cena se alargó durante horas. Las bandejas de venado asado, verdura hervida y pescado fueron pasando de un lado a otro, mientras que las jarras de bebida no paraban de ir de las bocas a la mesa y de la mesa a las bocas. La gran hoguera ardió durante gran parte de la noche, y las historias, hazañas y triquiñuelas que habían vivido todos los presentes durante los últimos meses volaron, se repitieron y se escucharon hasta la saciedad.

Así, las historias del asalto a la gran biblioteca, las numerosas fugas del alquimista o eventos tan dispares como los sucedidos en aquel

mismo bosque y en Tsacovia fueron conocidos por los presentes e inmortalizadas en las mentes de hombres y mujeres que, al día siguiente, partirían hacia los distintos confines del continente.

Sí, muchos habían perdido seres queridos, y otros muchos no habían ganado nada a título personal, pero en general, todos se irían a dormir aquella noche con la firme convicción de que el mundo era ahora un lugar mejor gracias a ellos, y aquello era algo verdaderamente digno de celebrar.

Epílogo

La visión de las carretas, caravanas y monturas desfilando sendero abajo le causaba una sensación agridulce. Aquella noche pasaría a su memoria para siempre como uno de sus momentos más felices, y ahora que sus invitados se iban, no podía evitar sentir un pequeño vacío.

—Dentro de poco es Samhaim —le tranquilizó Di Catto. Había llegado sin hacer el menor sonido, y aunque aún se mostraba magullado, tenía mejor aspecto—. Aunque no creo que todos ellos quieran volver tan pronto.

—Quizá para el próximo Mabon. ¿Qué tenemos que hacer los druidas en Samhaim?

El vampiro soltó una carcajada.

—¿Crees en la reencarnación, Jan?

Él frunció el ceño y negó en silencio, aunque evitó decirlo en voz alta.

—Yo tampoco. Pero encontré esto junto a tus mantas.

El hombre le mostró uno de sus viejos libros, y entre sus páginas se sumergía la hoja de la pequeña guadaña de León. Jan la tomó con cuidado y abrió el libro por la página indicada.

—"Samhaim conmemora el viaje del Padre al otro mundo—comenzó a leer el druida—, es la semana de los espíritus y resulta fácil comunicarse con los que se han ido". Tonterías —añadió sin interés, aunque se permitió dejar escapar una sonrisa.

—Podrías aprovechar la cena de Samhaim para afianzar amistades. Quiero decir, ahora que no está León…

—Ya, necesito amigos druidas —bufó el otro—. Trataré de contactar con Galerno.

—Según los libros, los sidhe…

—Poco a poco, amigo —le interrumpió Jan, devolviéndole el libro —. Ahora mismo tenemos todo el tiempo del mundo, y sólo un brazo.

Adenceli no insistió. Sabía que Jan quería abrazar las costumbres que por activa y por pasiva le habían estado ofreciendo, pero también sabía que, para él, era algo extraño con lo que tendría que familiarizarse poco a poco.

También sabía que no era la única persona que tendría que

familiarizarse con algunos conceptos.

—Clara necesita disciplina —añadió el druida tras un breve silencio, consciente de lo que probablemente estaba pensando su amigo—. Sabes que no me ha pasado inadvertido… pero lo abordaremos con tiempo. Ella aún es joven y tiene un gran potencial.

—¿Intelectual?

—Por así decirlo —asintió él—. Aunque no sólo eso. A veces, cuando la miro a los ojos sólo veo a una mujer apasionante. Pero en otras ocasiones, veo una furia esmeralda que puja por salir. Conocí a alguien así, Di Catto.

El vampiro asintió en silencio. Él también había conocido a alguien así. Recordaba aquellos ojos azules y aquella determinación ciega, y recordó que de no haber sido por aquella persona, jamás habría podido estar allí, participar en todos aquellos sucesos ni, por qué no decirlo, volver a sentirse feliz.

—Os adoro —dijo solamente—. A los dos. Fui verdaderamente feliz durante el tiempo que pudimos disfrutar con León. Espero que podáis volver a sentiros como entonces. Eso me volvería a hacer sentir muy bien.

—A mí también, Di Catto. ¿Te vas?

El vampiro asintió. Desde el primer momento, había mostrado una expresión extraña; la noticia no pillaba del todo por sorpresa a Jan.

—Eso me temo, sí. Os haré compañía una temporada —añadió, deslizando un pequeño retrato del interior de su chaleco—. Después, y ahora que soy libre, tengo una venganza que llevar a cabo.

El alquimista lo entendía. No le gustaba tener que despedirse de Di Catto una vez más, pero entendía que originalmente le había ofrecido su ayuda incondicional porque sus caminos se cruzaban.

Ahora, sus caminos volvían a separarse; Jan había llegado al final del suyo y, aunque se extendían distintos senderos ante él, el de Di Catto partía ahora en otra dirección.

—Visítanos de vez en cuando —le pidió sin diligencias.

El otro asintió. No necesitaba que se lo pidieran; para él, aquella vieja casona era el único lugar al que había podido llamar hogar después de mucho, mucho tiempo.

—¿Cuáles son tus planes, Jan?

—Sanarme de estas heridas. A largo plazo tengo muchas ideas revoloteando por la mente, la verdad, pero en cuanto me sane…

—¿Alguna empresa imprudente?

El alquimista se sonrió con malicia.

—Estaba pensando en que debería aprender a hacer queso y cecina —se rió el otro. El vampiro no se iría todavía, pero se veía en su mirada que, en ese momento, sí tenía cosas que hacer. Jan le miró a los ojos y le abrazó con fuerza antes de dejarlo ir.

No, no estaba seguro de cuánto tardaría en sanar de todas las heridas que los últimos meses le habían dejado en cuerpo y alma, pero sí sabía que, por una buena temporada, había tenido suficientes planes imprudentes.